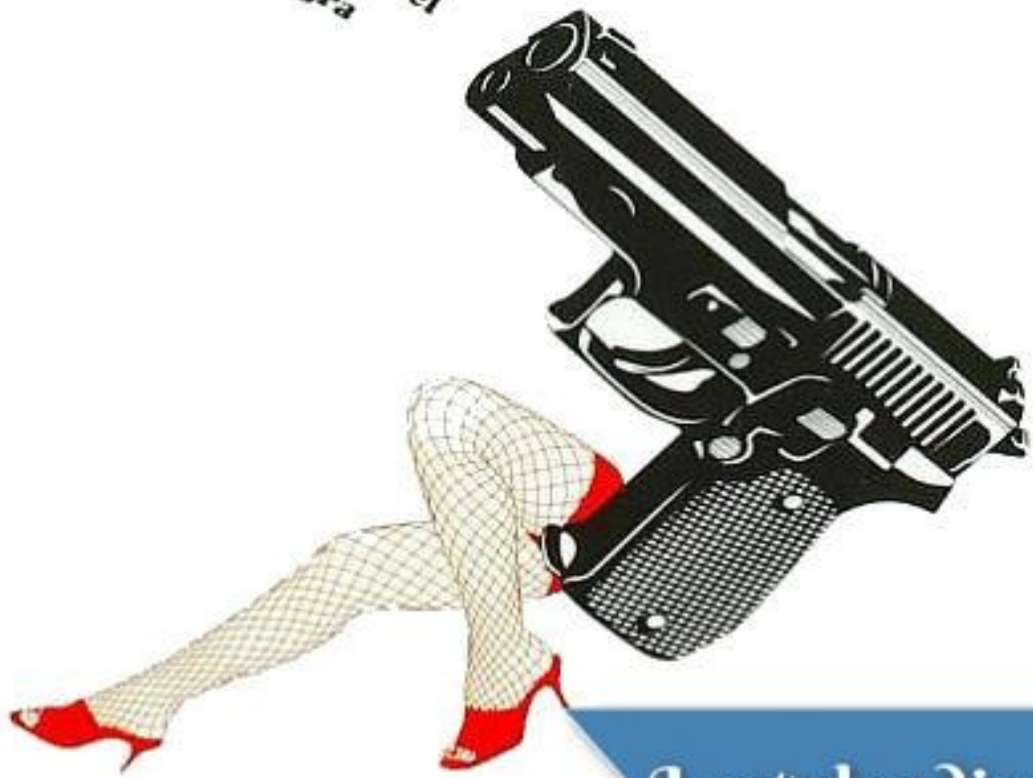


# James Hillroy

## *Sangre vagabunda*

El magistral cierre de la Trilogía Americana, por el autor de L. A. Confidential y La Dalia Negra



Lectulandia

Verano de 1968. Martin Luther King y Robert Kennedy han muerto. Un grupo dedicado al juego sucio está listo para desplegarse en la Convención Demócrata de Chicago. Los militantes negros combaten en el sur de Los Ángeles, acosados por los federales. Y el destino ha colocado a tres hombres en el vórtice de la Historia. Dwight Holly es el matón preferido de J. Edgar Hoover, el que pone en práctica sus planes racistas. Wayne Tedrow, expolicía y traficante de heroína, está construyendo una meca del juego para la mafia en República Dominicana. Y Don Crutchfield es un joven detective privado de ética dudosa. Sus vidas chocan al tratar de dar caza a la Diosa Roja Joan, y cada uno de ellos pagará «un precio elevado y feroz por formar parte de la Historia».

Lectulandia

James Ellroy

# Sangre vagabunda

Underworld USA - 3

ePub r1.0

epubdroid 01.09.15

Título original: *Blood's a Rover*

James Ellroy, 2009

Traducción: Montserrat Gurgú y Hernán Sabaté

Editor digital: epubdroid

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A  
J.M.

*Camarada: por todo lo que me has dado*

*Clay lies still, but blood's a rover;  
Breath's a ware that will no keep.  
Up, lad; when the journey is over  
There'll be time enough to sleep.*

El barro reposa, pero la sangre es vagabunda;  
y el aliento es un bien que no perdura.  
Levanta, muchacho; tiempo habrá de dormir  
cuando el viaje finalmente concluya.

A. E. HOUSMAN

# ENTONCES

## Los Ángeles, 24/2/64

De repente:

El camión de la leche giró bruscamente a la derecha y rozó el bordillo. El conductor perdió el control del volante. Presa del pánico, pisó los frenos. Las ruedas traseras patinaron. Un furgón blindado de Wells Fargo colisionó con el camión frontolateralmente.

*Anota ahora:*

7:16 horas. Los Ángeles Sur. La Ochenta y Cuatro con Budlong. Negrolandia residencial. Chozas de mierda con patios delanteros de tierra.

Los dos vehículos se detuvieron por el impacto. El conductor del camión de la leche se golpeó contra el salpicadero. La puerta de su lado se abrió del todo. El conductor se desplomó y cayó en la acera. Era un negro de unos cuarenta tacos.

El furgón blindado se hizo unas abolladuras en el capó. Se aparearon tres vigilantes a inspeccionar los daños. Eran blancos, vestidos con pantalones ajustados de color caqui. Llevaban cinturones con pistoleras abotonadas y correaes.

Se arrodillaron junto al conductor del camión de la leche. El tipo dio unas sacudidas y jadeó. El golpe contra el salpicadero le había abierto un corte en la frente. La sangre le caía sobre los ojos.

*Anota ahora:*

7:17 de la mañana. Cielo nublado invernal. La calle está tranquila. No hay peatones. El choque aún no ha despertado curiosidad.

El camión de la leche exhaló. El radiador resopló. El vapor silbó y se dispersó ampliamente. Los vigilantes tosieron y se restregaron los ojos. Tres hombres se aparearon de un Ford del 62 aparcado unos metros más atrás.

Llevaban máscaras. Llevaban guantes y zapatos con suela de crepe. Llevaban cinturones de trabajo con bombas de gas en las bolsas. Iban en manga larga y abotonados de arriba abajo. Llevaban tiznada la piel.

El vapor los envolvió. Se acercaron y sacaron pistolas con silenciador. Los vigilantes tosieron. Aquello suministró cobertura sonora a los enmascarados. El conductor del camión de la leche sacó una pipa con silenciador y disparó en la cara al vigilante más cercano.

El ruido fue un golpe seco. La frente del vigilante estalló. Sus dos compañeros se llevaron la mano a la pistolera. Los enmascarados les dispararon por la espalda. Se doblaron y cayeron hacia delante. Los enmascarados les dispararon en la cabeza a quemarropa. Los disparos y los crujidos de los cráneos resonaron apagados.

Son las 7:19. Todo sigue tranquilo. No hay peatones y el choque aún no ha despertado curiosidad.

Ahora, ruido: dos disparos y fuertes ecos. Llamadas de una boca de cañón de arma, extrañas: disparos por una aspillera apaisada del furgón blindado.



Las balas rebotaron en el asfalto. Los tipos de las máscaras y el conductor del camión de la leche se arrojaron al suelo. Rodaron hacia el furgón blindado. El furgón escupió fuego. Sonaron cuatro disparos más. Cuatro más dos: una carga de revólver.

El enmascarado número uno era alto y delgado. El enmascarado número dos era de estatura media. El enmascarado número tres era corpulento. Son las 7:20. Todavía no hay tráfico de peatones. Un gran dirigible en lo alto del cielo arrastraba publicidad de unos grandes almacenes.

El enmascarado número uno se levantó y se agachó debajo de la aspillera. Sacó una bomba de gas de la bolsa y le arrancó el tapón. Los vapores chisporrotearon. Metió la bomba por la rendija. El vigilante que estaba dentro chilló y se oyeron sus náuseas. La puerta trasera reventó hacia fuera. El vigilante saltó y cayó de rodillas en el asfalto. Sangraba por la nariz y la boca. El enmascarado número dos le disparó dos veces en la cabeza.

El conductor del camión de la leche se puso una máscara de gas. Los enmascarados se pusieron una máscara de gas sobre la máscara de la cara. El gas salió silbando por la puerta trasera. El enmascarado número uno sacó la bomba de gas número dos y la lanzó al interior.

Los vapores se expandieron y se asentaron en una niebla ácida, roja, rosa, transparente. La calle empezó a despertar. Mirones en las ventanas, algunas puertas abiertas, tipos de color en los porches.

Son las 7:22. Los gases se han dispersado. Dentro no hay un segundo vigilante.

Ahora entran.

Apenas cabían. Era un espacio muy aprovechado. Estanterías con sacas de dinero y maletines amontonados. El enmascarado número uno los contó: dieciséis sacas y catorce maletines.

Los agarraron. El enmascarado número dos llevaba un saco de yute metido en los pantalones. Lo sacó y lo abrió.

Arramblaron con todo. Llenaron el saco. Un maletín se abrió. Vieron montones de esmeraldas en bolsitas de plástico.

El enmascarado número tres abrió una saca de dinero. Asomó un rollo de billetes de cien. Tiró de la goma elástica. Unos chorros de tinta lo rociaron y le alcanzaron los agujeros de la máscara. Le entró tinta en la boca y en los ojos.

Jadeó, escupió tinta, se restregó los ojos y salió trastabillando. Se cagó en los pantalones y se quedó plantado en medio de la calle, agitando los brazos. El enmascarado número uno se apartó de la puerta y le disparó dos veces en la espalda.

Son las 7:24. Ahora hay expectación. Es un estruendo selvático limitado a los porches.

El enmascarado número uno se encaminó hacia allí. Sacó cuatro bombas de gas, las destapó y las lanzó. Las arrojó a derecha y a izquierda. Se elevaron vapores rojos, rosados y transparentes. Un cielo ácido. Un sistema frontal de minitormentas, un arco iris. Los idiotas de los porches gritaron y tosieron y entraron corriendo en sus

casuchas.

El conductor del camión de la leche y el enmascarado número dos llenaron cuatro sacos hasta arriba. Se llevaron toda la carga, las sacas y los portafolios, treinta en total. Se dirigieron hacia el Ford del 62. El enmascarado número dos abrió el maletero. Metieron los sacos dentro.

7:26.

Se levantó una brisa. El viento arremolinó las nubes de gas convirtiéndolas en colores frenéticos que se fusionaban. El conductor del camión y el enmascarado número dos observaban con los ojos muy abiertos detrás de las gafas protectoras.

El enmascarado número uno se plantó ante ellos. Se cabrearon. ¿Qué pasa? No nos tapes el espectáculo de luz. El enmascarado número uno les disparó a los dos en la cara. Las balas rompieron los cristales de las gafas y los tubos de las máscaras y los colores se extinguieron en un instante.

*Anótalo ahora:*

Las 7:27. Cuatro vigilantes muertos, tres atracadores muertos. Nubes de gas rosa. Lluvia ácida. Los vapores teñían los matorrales de gris maligno.

El enmascarado número uno abrió la puerta del conductor y metió la mano debajo del asiento. Exactamente allí: un soplete y una bolsa marrón llena de perdigones. Los perdigones parecían comida para pájaros/un híbrido de gominolas.

Trabajó despacio.

Se acercó al enmascarado número tres. Le puso perdigones en la espalda y le metió otros en la boca. Encendió el soplete y flambeó el cadáver. Se acercó al conductor del camión de la leche y al enmascarado número dos. Les puso perdigones en la espalda, les metió otros en la boca y flambeó los cadáveres con el soplete.

El sol ya estaba alto. Los vapores del gas atraparon los rayos y convirtieron en un gran prisma una pequeña franja de cielo. El enmascarado número uno se marchó, conduciendo en dirección sur.

Las sirenas sonaron más cerca. Calle abajo, un chico lo saludó. Agachó la cabeza y le devolvió el saludo.

Ya había captado la *gestalt*. Hay cosas que esperas toda la vida. Y, cuando llegan, las reconoces.

Era un tipo grande. Vestía un traje de sarga de lana y una pajarita de tartán. Llevaba cosidos en la tela unos pequeños catorces. Había disparado y matado a catorce atracadores armados.

Fue el primero en llegar a la escena. Siempre lo hacía. Pinchaba la radio de las patrullas y se enteraba de todo lo que ocurría en el barrio negro. Llevaba su propia radio multifrecuencia.

Se detuvo junto al furgón blindado y el camión de la leche. Miró calle abajo. Vio a unos negros de mierda mirando la masacre. El aire era irritante. Su primera

suposición: bombas de gas y un choque simulado.

Los negros asquerosos lo vieron. Pusieron su cara habitual de «¡oh, mierda!». Oyó sirenas. La superposición le dijo que eran seis o siete unidades. Newton con la calle Setenta y Siete. Dos divisiones iban hacia allí. Tenía tres minutos para inspeccionar.

Vio a los cuatro vigilantes muertos. Vio dos hombres calcinados junto al bordillo de la acera este, unos cuantos coches más atrás.

Hizo caso omiso de los vigilantes. Estudió a los quemados. Estaban bien socarrados, con la piel resquebrajada y las ropas desordenadas. Su primer pensamiento: traición instantánea. Jodamos la identificación de unos socios desechables.

Las sirenas sonaron más cerca. Calle abajo, un chico lo saludó. Agachó la cabeza y le devolvió el saludo.

Ya había captado la *gestalt*. Hay cosas que esperas toda la vida. Y, cuando llegan, las reconoces.

Era un tipo grande. Vestía un traje de sarga de lana y una pajarita de tartán. Llevaba cosidos en la tela unos pequeños catorces. Había disparado y matado a catorce atracadores armados.

**AHORA**

*América:*

*Espié cuatro años de nuestra historia. Fue una larga vigilancia móvil y un chantaje de patada en la puerta. Tenía licencia para robar y libertad de acción.*

*Seguí a gente. Pinché teléfonos, grabé conversaciones y recorrí en elipses los grandes acontecimientos. Me mantuve en la sombra. Mi vigilancia enlaza el Entonces con el Ahora de una manera nunca antes revelada. Yo estuve allí. Mi reportaje se basa en rumores creíbles y en información privilegiada. Un enorme rastro de documentos permite su verificación. Este libro recoge expedientes públicos robados y diarios personales usurpados. Es una suma de aventura personal y cuarenta años de aprendizaje. Soy un albacea literario y un agente provocador. Hice lo que hice y vi lo que vi y de lo demás me fui enterando a lo largo de la historia.*

*Veracidad de escritura pura y contenido de revista de escándalos: es esta conjunción lo que le da la chispa. Lleváis dentro la semilla de la credulidad. Recordáis el tiempo que abarca esta narración y captáis la conspiración. Estoy aquí para deciros que todo es verdad y que no es en absoluto como pensáis.*

*Leeréis con cierta reticencia y al final capitularéis. Las páginas siguientes os obligarán a sucumbir.*

*Voy a contároslo todo.*

**PARTE I**  
**ENTONCES**

La gran cagada colectiva

(14 de junio de 1968 - 11 de septiembre de 1968)

DOCUMENTO ANEXO: 12/9/68. Documento interno del FBI. Encabezamiento: «Fase 1 encubierta»/«Estrictamente reservado al Director»/«Destruir después de la lectura»: Al director Hoover. De Dwight C. Holly, agente especial.

Señor:

La OPERACIÓN HERMANO MAAALO está a punto de despegar. Hemos conseguido el local tapadera y los fondos preliminares de la operación, hemos valorado los expedientes de las agencias policiales sobre los grupos objetivo y sus miembros, hemos seleccionado al infiltrado y éste está listo para ser ubicado en un contexto operacional que resulte tanto plausible como provocativo. La informante del Buró núm. 4361 me ha proporcionado el nombre de una posible informante confidencial y he pedido a Archivos Centrales del Buró su expediente. Lo estudiaré concienzudamente antes de intentar establecer contacto con ella. La ALIANZA DE LA TRIBU NEGRA (ATN) y el FRENTE DE LIBERACIÓN MAU MAU (FLMM) ocupan el mismo universo político y criminal, que pasará a resumir junto con los historiales Político/criminales de sus «líderes». Como se ha dicho antes, estos grupos poseen inclinaciones criminales y están dispuestos a lograr sus objetivos por medios criminales. Son rivales políticos y, como tales, nuestro objetivo tiene que ser fijo: crear disensiones entre los grupos que cometan actos criminales y que sirvan para desacreditar a todo el aparato del nacionalismo negro.

1. Ambos grupos operan siguiendo líneas casi idénticas. Usan oficinas que sirven de centros de reclutamiento, clubes sociales y lugares de reunión para los negros de la comunidad y radicales de paso, por lo que la vigilancia fotográfica en algún momento puede resultar útil. Ambos grupos distribuyen panfletos contra los blancos y contra el Departamento de Policía de Los Ángeles y propaganda que incite al odio de los grupos rivales de militantes negros. Casi siempre se trata de burdos panfletos estilo historieta cómica. Ambas organizaciones hacen proselitismo en los institutos de enseñanza media superior. Ambas organizaciones extorsionan a los tenderos locales para que donen comida para sus programas de «Alimenta a los niños» y bebidas alcohólicas para sus «combinados políticos», unas fiestas semanales a las que hay que pagar por asistir y que en realidad son farras de borrachos que a menudo acaban a puñetazos. Ambas organizaciones tienen seguidoras femeninas que actúan como prostitutas y que donan casi todos sus beneficios a la «causa». Se rumorea que las dos organizaciones tienen «pisos francos» donde alojan a los radicales de paso en la ciudad y donde se ocultan los miembros que huyen de la justicia. A diferencia de los Panteras Negras y los EE.UU., no hay constancia de casos en que la ATN y el FLMM hayan empleado violencia contra las fuerzas policiales. Ordenaré nuestro infiltrado y a nuestra informante que me notifiquen enseguida si descubren algún plan que contemple tales provocaciones. Se dice que ambas organizaciones quieren dedicarse a la venta de narcóticos, aunque dudo seriamente de que posean la experiencia requerida para tener éxito en ello. Hasta la fecha, las dos organizaciones han lanzado operaciones criminales de poca monta, aunque sus «líderes» individuales y algunos seguidores poseen muy a menudo historiales delictivos. Los miembros de la ATN son sospechosos de haber robado en una serie de librerías pornográficas situadas en la jurisdicción de Wilshire del DPLA; los miembros del FLMM son sospechosos de haber participado en una serie de robos simulados en varios drive-in de la cadena Jack in the Box con la ayuda de algún empleado de dicho establecimiento. Al parecer, las ganancias de dichas acciones delictivas van a parar a las cuentas corrientes de los grupos operativos de la ATN y del FLMM. Un miembro de la ATN tiene una destilería y produce licor de maíz de 95 grados; un miembro del FLMM falsifica entradas a los partidos de Los Ángeles Dodgers y Los Ángeles Rams. Estas empresas criminales crean gastos operativos a la ATN y al FLMM y ponen de manifiesto la criminalidad innata de sus miembros. El desenmascaramiento de su actividad criminal endémica es esencial para nuestra descripción despectiva de estos grupos y aportará un guión procesal conciso cuando nuestra operación concluya y empiecen unos procesos judiciales que tendrán una gran repercusión en los medios de comunicación.

2. En cuanto a los «líderes», he aquí algunos detalles clave:

A. EZZARD DONNELL JONES, varón, raza negra, FDN 24/8/37. Dos condenas por posesión de narcóticos (1957, 1961). Tiene una licenciatura en Teología obtenida mediante un catálogo de ventas por correo recoge fondos en las iglesias de Los Ángeles Sur. JONES es el «Alto Comisario Exaltado» de la ATN.

B. CORNELIUS BOLES, ALIAS BENNY, varón, raza negra, FDN 11/1/40. Una condena por atraco a mano armada (1964). Trabaja como camarero en el Delores Drive-In de Beverly Hills. Supuestamente homosexual y Sospechoso del homicidio de un hombre que se dedicaba a la prostitución masculina en Los Ángeles Oeste. BOLES es el «Alto Comisario adjunto» de la ATN.

C. LEANDER JAMES JACKSON, varón, raza negra, FDN 4/5/38. Sin antecedentes criminales identificables. Se rumorea que es haitiano de nacimiento y que practica el vudú de Haití. Al parecer, es un artista de la estafa (vende suscripciones falsas a revistas, negocios inmobiliarios falsos), de la falsificación (cheques de la seguridad social, transferencias de dinero y entradas a los partidos de baloncesto) y traficante de armas (rumores sin confirmar lo vinculan a grupos izquierdistas violentos del Caribe). JACKSON es el «armero» de la ATN.

D. JOSEPH TIDWELL McCARVER, varón, raza negra, 16/7/37 Robos en viviendas y en farmacias. Se rumorea que ha cometido más de 100 robos desde 1956. Jugador impenitente, con 26 detenciones y ninguna condena por estafas e irregularidades en las apuestas. Organiza una timba de dados

semanal en una iglesia de separatistas negros, cuyos beneficios van a parar al FLMM. McCARVER es el «Gobernador Panafricano» del FLMM.

E. JOMO KENYATTA CLARKSON, varón, raza negra, FDN 4/3/29. Sin antecedentes criminales, pero se rumorea que es un atracador armado muy hábil y selectivo en sus objetivos. Es dibujante y autor de historietas cómicas contra los blancos y contra la ATN, que vende el FLMM. Trabaja en la centralita de la compañía de taxis Black Cat en Los Ángeles Sur. Se rumorea que ha cometido numerosas violaciones «por motivación política» como «expresión de solidaridad» con el «hermano» Elridge Cleaver del partido de los Panteras Negras. CLARKSON es el «ministro de Propaganda» del FLMM.

F. CLAUDE CANTRELL TORRANCE, varón, raza negra, FDN 29/11/46. Numerosos arrestos por faltas: conducir en estado de embriaguez, conducta desordenada, pequeños robos, impago de las pensiones de su hijo, estafa a un hostelero, suplantación de un agente de policía, vagancia, y delitos relacionados con las apuestas. Es el encargado principal del programa «Alimenta a los niños» del FLMM. TORRANCE es a la vez «ministro de Finanzas» y «ministro de Extorsión» del FLMM.

3. Entre los locales que sabemos que frecuentan la ATN y el FLMM están la centralita de la compañía de taxis BLACK CAT, originariamente financiada mediante un préstamo del Fondo de Pensiones de los Camioneros (no están al día en los pagos), lo cual la señala como empresa claramente criminal; LA BARBERÍA DEL SULTÁN SAM, EL PATIO DEL SULTÁN SAM (una coctelería financiada con un préstamo de los Camioneros), EL PARAÍSO DEL PINBALL DEL SULTÁN SAM (una sala de juegos recreativos/librería pornográfica), las EXTRAVAGANCIAS ADULTAS DE CALVINO (una librería pornográfica), y los siguientes bares y locales nocturnos: EL NIDO DE NAT, EL OTRO MUNDO DE MR. MITCH, EL BOLLO DE BETTY (un bar) su dueña es BETTY CHANTAY McCARVER, TIDWELL McCARVER (financiado por Camioneros), LA ZORRA ALTIWA, EL ESCORPIÓN, LA SALA DE FIESTAS DE TOMMY TUCKER y el CAFÉ DE CAROLINA PINES en Imperial Highway. Hay que destacar sobre todo los rumores que relacionan a las figuras clave de la ATN y el FLMM con el BANCO POPULAR DE LOS ÁNGELES SUR, del que se dice que originariamente fue financiado mediante un préstamo del Fondo de Pensiones de los Camioneros (al parecer no están al día en los pagos) y del que hace tiempo que se sospecha que es un centro de blanqueo de dinero Procedente de las actividades criminales de los negros. El presidente del banco es, desde hace mucho tiempo, LIONEL DARIUS THORNTON, varón, raza negra, 8/12/19, que no tiene antecedentes delictivos, y es un famoso dinamizador de la comunidad negra de Los Ángeles. Se le sospechan vínculos con el crimen organizado.

4. Como detallé en mi anterior télex confidencial, nuestro infiltrado será el AGENTE DEL DPLA MARSHALL E. BOWEN, un hábil suplantador que ha participado en previas infiltraciones en grupos subversivos financiadas por CLYDE DUBER ASOCIADOS. Estoy preparando un escenario para que el agente BOWEN sea cosméticamente expulsado del DPLA, quizá como consecuencia de la relación hostil del AGENTE BOWEN con el SARGENTO ROBERT S. BENNETT, detective de la división de Atracos del DPLA, muy temido y despreciado en Los Ángeles Sur. He investigado al SARGENTO BENNETT y lo considero un elemento perfecto para este escenario. He concertado una cita con TOM REDDIN, JEFE DEL DPLA, y JACK LEAHY, AGENTE ESPECIAL DESTINADO EN LOS ÁNGELES, para discutir la expulsión/inmersión del AGENTE BOWEN. Aparte de nosotros, serán el único personal de las fuerzas del orden al corriente de esta información.

Así, el estatus de la OPERACIÓN HERMANO MAAALO es el de despegue inmediato. Quedo a la espera de sus comentarios. Atentamente,

A. E. DWIGHT C. HOLLY



Wayne Tedrow Jr.  
(Las Vegas, 14/6/68)

Heroína:

Había montado un laboratorio en la *suite* del hotel. Estanterías llenas de frascos, cubetas y quemadores Bunsen. Una cocina eléctrica de tres quemadores para la conversión de pequeños lotes. Cocinaba un producto con graduación de calmante. No había cocinado droga desde Saigón.

Una *suite* de tres habitaciones en el Stardust, financiada por Carlos Marcello. Carlos sabía que Janice tenía un cáncer terminal y que Wayne tenía conocimientos de química.

Wayne mezcló polvo de morfina con amoníaco. Con dos minutos de calor, desprendió láminas de mica y sedimento. Hirvió agua a 83 °C. Añadió anhídrido acético y redujo las proporciones del excipiente. El hervor desprendió solución orgánica.

Luego, los precipitantes: el proceso a fuego lento, diacetilmorfina y carbonato sódico.

Wayne mezcló, midió y bajó la intensidad de dos quemadores. Miró a su alrededor. La camarera había dejado el periódico fuera. Todos los titulares hablaban de él.

La muerte de Wayne Senior por un ataque cardíaco. James Earl Ray y Sirhan Sirhan en chirona.

La tinta de la primera plana: ninguna mención a él. Carlos había enfriado lo de Wayne Senior. El señor Hoover había enfriado las consecuencias de los atentados contra King/Bobby.

Wayne contempló cómo se formaba la masa de diacetil. La mixtura dejaría medio anestesiada a Janice. Quería conseguir un trabajo grande con Howard Hughes. Hughes era adicto a los narcóticos de farmacia. Podía cocinarle un lote particular y llevarlo a la entrevista con él.

La masa adquirió la forma de cubos y surgió del líquido. Wayne vio fotos de Ray y Sirhan en la página dos. Él había trabajado en el golpe contra King. Había trabajado en ello desde lo más alto. Freddy Otash había utilizado a Ray como chivo expiatorio de King y a Sirhan como chivo expiatorio de Bobby.

Sonó el teléfono. Wayne lo cogió. La línea se llenó de clics del desmodulador. Tenía que ser Dwight Holly desde un teléfono seguro de los federales.

—Soy yo, Dwight.

—¿Lo mataste?

—Sí.

—Lo de «ataque cardíaco» es una mierda. Habría sido mejor «embolia fulminante».

—Carlos se encarga de ello personalmente —tosió Wayne—. Aquí puede enfriar lo que sea.

—No quiero que el señor Hoover se sobresalte con esto.

—Todo controlado. La pregunta es: «¿Qué pasa con los otros?».

—Siempre se habla de conspiraciones —respondió Dwight—. Te cargas a una figura pública y sale ese tipo de cosas. Freddy incitó a Ray clandestinamente y a Sirhan sin tapujos, pero adelgazó y cambió de aspecto. En conjunto, yo diría que estamos a salvo en los dos casos.

Wayne observó la droga que estaba cocinando. Dwight le contó más noticias. Freddy O. había comprado el casino Golden Cavern. Se lo había vendido Pete Bondurant.

—Todo controlado, Dwight. Dime que está todo controlado y convénceme de ello.

—Suenas un poco rudo, chico —se rio Dwight.

—He querido abarcar demasiado, sí. El parricidio de esa manera es divertido.

Dwight se rio. Los recipientes de droga empezaron a hervir. Wayne redujo el calor y miró la foto de su escritorio.

Es Janice Lukens Tedrow, amante/exmadrstra. Corre el año 61. Baila el twist en el Dunes. No tiene pareja, ha perdido el zapato, se le ha descosido una costura del vestido.

—Eh, ¿estás ahí? —preguntó Dwight.

—Aquí estoy.

—Me alegro de oírlo. Y me alegro de oír que, por tu parte, está todo controlado.

—Mi padre era amigo tuyo. —Wayne miró la foto—. Te tomas muy a la ligera el asunto.

—Mierda, chico. Fue él quien te mandó a Dallas.

Dallas. Noviembre del 63. Estuvo allí aquel gran fin de semana. Pilló el gran momento y empezó su gran viaje.

Era sargento del DP de Las Vegas. Estaba casado. Era licenciado en Químicas. Su padre era un pez gordo mormón. Wayne Senior tenía contactos con toda la ultraderecha. Hacía operaciones del Klan para el señor Hoover y Dwight Holly. Distribuía propaganda racista. Representaba el espíritu de la extrema derecha y se mantenía al día. Estaba informado del golpe contra JFK. Era cosa de múltiples facciones: exiliados cubanos, agentes de la CIA que actuaban por su cuenta, la mafia. Senior le dio a Junior una oportunidad.

Un trabajo de extradición, con una condición: matar al extraditado.

El DP le asignó el encargo. Un macarra negro llamado Wendell Durfee había rajado a un croupier de casino. El hombre sobrevivió. No importaba. El Consejo Gestor de los Casinos quería muerto a Wendell. Los polis de Las Vegas se encargaban de esos trabajos. Eran encargos de primera con grandes bonificaciones en metálico. Eran experimentos. El DP quería ver si tenías pelotas. Wayne Senior tenía influencia en el DP. Estaba informado del atentado contra JFK. Senior quería que Junior estuviese allí cuando ocurriera. Wendell Durfee escapó de Las Vegas con destino a Dallas. Senior dudaba de las pelotas de Junior. Senior pensaba que Junior mataría a un negro desarmado. Wayne voló a Dallas el 22/11/63.

No quería matar a Wendell Durfee. No sabía nada del atentado contra JFK. Lo emparejaron con un compañero de extradición. El poli se llamaba Maynard Moore. Trabajaba en el DP de Dallas. Era un psicópata blanco sureño, un paleta reaccionario que hacía recados relacionados con el atentado.

Wayne chocó con Maynard Moore y trató de no matar a Wendell Durfee. Wayne se tropezó con la trama del atentado en la caída libre que siguió a éste. Vinculó a Jack Ruby con Moore y con aquel mercenario derechista, Pete B. Vio a Ruby matando a Lee Harvey Oswald en directo por televisión.

Lo supo. No sabía que su padre lo sabía. Aquel domingo todo se jodió.

JFK estaba muerto. Oswald estaba muerto. Localizó a Wendell Durfee y le dijo que escapara. Maynard Moore se entrometió. Wayne mató a Moore y dejó vivir a Durfee. Pete B. intercedió y dejó vivir a Wayne.

Pete consideró que su propio acto compasivo era prudente y el acto compasivo de Wayne, atolondrado. Pete avisó a Wayne de que Wendell Durfee podía presentarse de nuevo.

Wayne volvió a Las Vegas. Pete B. se mudó a Las Vegas para hacerle un trabajo a Carlos Marcello. Pete siguió el rastro de Durfee y acumuló información: es un cabronazo violador y algo peor. Corría enero del 64. Pete oyó que Wendell Durfee había vuelto a Las Vegas y se lo dijo a Wayne. Wayne fue tras Wendell. Tres adictos de color se entrometieron. Wayne los mató. Wendell Durfee violó y asesinó a la mujer de Wayne, Lynette.

Aquella fue su propia caída libre. Empezó en Dallas y se ha prolongado dando tumbos hasta Ahora.

Wendell Durfee escapó. Wayne Senior y el DP movieron hilos para que Wayne no respondiera por los adictos muertos. El señor Hoover se mostró receptivo. Dwight Holly, viejo amigo de Senior, no. Por aquel entonces, Dwight trabajaba para la Agencia Federal de Narcóticos. Los adictos muertos vendían heroína y ya tenían pruebas para acusarlos. Dwight se quejó al fiscal general. Wayne Junior le había jodido la investigación. Quería ver a Wayne Junior incriminado y juzgado. El DP fabricó algunas pruebas y engañó al gran jurado. Wayne salió libre de los asesinatos. Aquello lo dejó vacío. Abandonó el DP y se metió en La Vida.

Mercenario. Traficante de heroína. Asesino.

Lynette estaba muerta. Juró encontrar a Wendell Durfee y matarlo. Lynette era su enamorada y su mejor amiga y el muro que contenía su amor por la segunda mujer de su padre. Janice era mayor. Se casó con Senior por el dinero y la influencia y vio crecer a Junior. Janice correspondió al amor de Junior. El deseo era mutuo. El deseo siguió vivo y se limitó a crecer.

Wayne intimó con Pete y su esposa, Barb. Pete era uña y carne con un abogado de la mafia llamado Ward Littell. Ward había sido agente del FBI y era el hombre clave en el golpe contra JFK. Trabajaba para Carlos Marcello y Howard Hughes e intentaba enfrentarlos en provecho propio. Wayne tuvo a Pete y a Ward de maestros. Aprendió La Vida con ellos. Pasó por sus currículos a paso de caída libre.

Pete se había liado con la causa de los exiliados cubanos. Vietnam estaba cada vez más caliente. Howard Hughes albergaba unos planes dementes para comprar Las Vegas. Wayne Senior se asoció con la guardia mormona de Hughes. Ward Littell albergó resentimientos hacia Senior. Un agente corrupto de la CIA reclutó a Pete para transportar la droga de Saigón a Las Vegas, con beneficios para la causa cubana y financiación de Carlos Marcello. Pete necesitaba un químico para cocinar la droga y reclutó a Wayne. El odio de Ward hacia Wayne Senior creció. Ward jodió a Senior informando a Wayne de que su padre lo había mandado a Dallas.

Wayne se tambaleó, notó que le faltaba el aire y apenas se sostuvo derecho. Wayne jodió a Janice en casa de su padre y se aseguró de que Wayne Senior lo viera.

«La Vida», un nombre. Un refugio para mormones quemados, químicos sin escrúpulos y asesinos de negros piojosos.

Wayne Senior se divorció de Janice. Le pegó con un bastón con punta de plata para compensar el precio de la pensión de divorcio. Janice cojeó desde aquel día y, a pesar de ello, continuó jugando al golf con hándicap cero. Ward Littell vendió Las Vegas a Howard Hughes al precio inflado de la mafia y se enredó en un lío amoroso esporádico con Janice. Wayne ganó influencia con Howard Hughes y le hizo la pelota al exvicepresidente Dick Nixon. Dwight Holly dejó la Agencia de Narcóticos y regresó al FBI. El señor Hoover encargó a Dwight desarticular el movimiento de los derechos civiles y a Martin Luther King. Dwight desplegó a Wayne Senior en unas operaciones anti-Klan por fraude postal, una concesión a los llorones del departamento de Justicia.

Wayne cocinó heroína en Saigón y la distribuyó en Las Vegas. Persiguió a Wendell Durfee durante cuatro años. En el país estallaron algaradas y una tormenta de odio racial. El doctor King derrotó al señor Hoover en todos los frentes morales y agotó al viejo por el mero hecho de existir. El señor Hoover lo probó todo. El señor Hoover se lamentó a Dwight de que había hecho cuanto había podido. Dwight entendió el mensaje y reclutó a Wayne Senior. Wayne Senior quería que Wayne Junior también participara. Senior pensó que necesitaban algo con lo que presionarlo para reclutarlo. Dwight salió y encontró a Wendell Durfee.

Wayne recibió un soplo pseudoanónimo. Encontró a Wendell Durfee en los bajos

fondos de L.A. y en marzo lo mató. Fue un trabajo planeado en secreto. Dwight recogió pruebas forenses y lo coaccionó a implicarse en el atentado. Wayne trabajó con su padre, Dwight, Freddy Otash y Bob Relyea, el tirador profesional.

A Janice le diagnosticaron un cáncer terminal. Las lesiones de las palizas interfirieron en la detección precoz de la enfermedad. El negocio de la droga de Saigón fue víctima de las luchas entre facciones y reinó el caos. Por un lado, los monstruos de la mafia y los zumbados de los exiliados cubanos. Por el otro, Wayne, Pete y un mercenario francés llamado Jean-Philippe Mesplède. Abril y mayo fueron pura caída libre. Las elecciones se acercaban. King estaba muerto. Carlos Marcello y los chicos decidieron cargarse a Bobby Kennedy. A Pete lo metieron en el plan con coacciones. Freddy se apuntó después de haber participado en el golpe contra King. Ward Littell siguió trabajando para Carlos y Howard Hughes. Ward heredó un expediente antimafia y se lo dio a guardar a Janice.

Wayne fue a ver a Janice el 4 de junio. El cáncer le había arrebatado la vitalidad y las curvas y la había dejado sin fuerzas. Hicieron el amor por segunda vez. Ella le contó más cosas sobre el expediente de Ward. Él registró el apartamento de Janice y lo encontró. El informe era muy detallado. Incriminaba directamente a Carlos y su operación de Nueva Orleans. Wayne lo envió a Carlos con una nota:

**«Señor, mi padre tenía pensado extorsionarlo con este expediente. ¿Podemos hablar de ello, señor?».**

Robert F. Kennedy murió dos horas después. Ward Littell se suicidó. Howard Hughes ofreció a Wayne Senior el cargo de Ward como mediador/enlace con la mafia. Su primera misión: comprar la lealtad del más que probable candidato republicano, Dick Nixon.

Carlos llamó a Wayne y le dio las gracias por el aviso.

—Cenemos juntos —dijo Carlos.

Wayne decidió matar a su padre. Wayne decidió que Janice tenía que matarlo a golpes con un palo de golf.

Carlos tenía una *suite* de estilo romano en el Sands. Un menda vestido con una túnica hacía de centurión y dejó entrar a Wayne. La sala tenía columnas romanas de imitación y cuadros del saqueo de Roma. Las etiquetas con el precio todavía colgaban de los marcos.

Había dispuesto una mesa con comida y bebida. El menda hizo sentar a Wayne a una mesa lacada con las iniciales SPQR grabadas. Carlos entró. Vestía un diminuto pantalón corto de seda y una chaqueta de esmoquin manchada.

Wayne se puso en pie.

—No te levantes —dijo Carlos. Wayne se sentó. El centurión sirvió dos platos y se esfumó. Carlos sirvió vino de una botella recién descorchada.

—Es un placer, señor —dijo Wayne.

—No hagas como que no te conozco y tutéame. Eres el chico de Pete y de Ward y trabajaste para mí en Saigón. Sabes más de mí de lo que debieras, además de toda la mierda que hay en ese expediente. Conozco tu historial y, comparado con el de otros gilipollas que he oído últimamente, el tuyo sí que es bueno, joder.

Wayne sonrió. Carlos sacó del bolsillo dos muñecos que movían la cabeza. Uno representaba a RFK. El otro representaba al doctor King. Carlos sonrió y les arrancó la cabeza.

—*Salud*, Wayne.

—Gracias, Carlos.

—Buscas trabajo, ¿verdad? Esto no va de un apretón de manos y un sobre de muchas gracias.

Wayne bebió un sorbo de vino, cosecha de la era actual y comprado en la tienda de licores.

—Quiero ocupar el cargo de Littell en tu organización, junto con el que tenía en la organización de Hughes y que mi padre acaba de heredar de Ward. Tengo las

habilidades y los contactos que demuestran que soy valioso y estoy dispuesto a favorecerte en todos mis tratos con el señor Hughes y conozco los castigos que impones por deslealtad.

Carlos pinchó una anchoa. El tenedor resbaló y se salpicó de aceite de oliva la camisa del esmoquin.

—¿Dónde estará tu padre durante todo esto?

Wayne derribó el muñeco de RFK. Un brazo de plástico se desprendió. Carlos se hurgó la nariz.

—Bien, aunque soy susceptible a favores y tú me caes bien, ¿por qué Howard Hughes habría de buscar fuera de su propia organización, llena de lameculos con los que se siente cómodo, y contratar a un expoli pringado que va por ahí matando negros de mierda por pura diversión?

Wayne frunció el entrecejo. Cogió la copa de vino y casi rompió el pie.

—El señor Hughes es un toxicómano xenófobo, conocido por inyectarse narcóticos en la vena del pene, y yo puedo preparar...

Carlos se rio y dio palmadas a la mesa. Su copa se volcó. Volaron trozos de pimienta y rociadas de aceite de oliva.

—... drogas que lo estimulen y lo seden y disminuyan su capacidad mental hasta el punto de que resulte mucho más tratable en todos los negocios que haga contigo. También sé que tienes un sobre muy grande para Richard Nixon, si finalmente es el candidato. El señor Hughes pone el veinte por ciento y yo tengo planeado saquear la reserva de mi padre y darte otros cinco millones en efectivo.

El menda de la toga entró. Traía una esponja y limpió la suciedad en un plis plas. Carlos chasqueó los dedos. El menda de la toga desapareció.

—Siempre vuelvo a tu padre. ¿Qué hará Wayne Tedrow Senior mientras Wayne Tedrow Junior se la clava donde más duele?

Wayne señaló los muñecos y luego hacia el cielo. Carlos hizo chasquear los nudillos.

—De acuerdo, trato hecho.

—Gracias. —Wayne levantó la copa. Carlos levantó la suya.

—Recibirás dos cincuenta al año y puntos. Ponte inmediatamente con el antiguo trabajo de Ward. Necesito que supervises las compras de negocios legales iniciadas con los créditos del fondo de pensiones de los Camioneros, de forma que lo podamos blanquear y desviarlo a un fondo reservado que nos permita construir esos hoteles-casino en algún lugar de Centroamérica o del Caribe. Ya sabes lo que buscamos. Queremos un jefe dócil y anticomunista que haga lo que queramos y que mantenga todas las protestas de los disidentes *hippies* como un ruido amortiguado. Sam G. está explorando el terreno. Lo hemos limitado a Panamá, Nicaragua y la República Dominicana. Ése será tu trabajo principal, joder: hacer que suceda y hacer que tu compinche drogota siga comprándonos los hoteles y asegurarte de que nuestros tipos sigan dentro para que puedan sacar la astilla.

—Lo haré —dijo Wayne.

—Ésta no se la espera tu papá —dijo Carlos.

Wayne se puso en pie de prisa. Su mundo romano ficticio daba vueltas. Carlos se puso en pie. Tenía la camisa salpicada, en vías de estar empapada.

—Me encargaré de que estés protegido en esto.

Janice tenía una *suite* en el Dunes que imitaba una kasba. Wayne le proporcionaba enfermeras las veinticuatro horas del día. Janice no salía del hotel.

La enfermera del turno de tarde estaba fumando en la terraza. La vista era medio espectáculo de luz, medio neblina del desierto. Janice estaba acurrucada en la cama, con el aire acondicionado a toda marcha. Su organismo estaba esquizoide. O se medio helaba, o se medio asaba.

Wayne se sentó a su lado.

—En la tele dan golf.

—Creo que he tenido más golf del que puedo soportar por un tiempo.

—*Touché* —sonrió Wayne.

—La entrevista con Hughes es dentro de poco, ¿no?

—Dentro de unos días.

—Te contrataré. Pensará que eres mormón y que tu padre te enseñó algunas cosas.

—Bueno, eso fue lo que hizo.

—¿Quién te entrevistará? Cómo se llama el hombre de Hughes, quiero decir.

—Se llama Farlan Brown.

—Lo conozco. Su mujer era la campeona del club, en el Frontier, pero la única vez que jugué con ella la gané nueve y ocho.

—¿Algo más? —Wayne se rio.

Janice se rio. La risa la hizo toser y sudar. Apartó la colcha y se le levantó el camisón. Wayne vio más zonas flácidas y huecas de carne.

Le secó la frente con la manga de la camisa. Ella le olisqueó el brazo y jugó a morderlo. Wayne jugó a poner cara de dolor.

—Iba a decir que bebe y persigue mujeres, como todos los buenos mormones. Para los hombres como ellos existe una trinidad: cantantes, camareras de coctelería y putas.

La habitación estaba gélida. Aquella simple charla había dejado a Janice empapada. Se mordió el labio. Las sienas le palpitaron. Se tocó el estómago. Wayne vio el circuito que recorría el dolor.

—Mierda —dijo Janice.

Wayne abrió el maletín y preparó un chute. Janice le tendió el brazo. Wayne encontró una vena, la limpió con una torunda e hizo un torniquete manual. Aguja y émbolo, ahora tranquila.

En un latido...

Ella se tensó y se relajó. Los párpados aletearon. Un bostezo y fuera.



Wayne le tomó el pulso. Sus latidos eran ligeros pero uniformes. Su brazo casi no pesaba.

En la mesilla de noche había un *L.A. Times* abierto. Mostraba un tríptico con tres fotos: JFK, RFK, el doctor King. Wayne lo dobló para no verlos y miró dormir a Janice.

Don Crutchfield  
(Los Ángeles 15/6/68)

Mujeres:

Dos grupos de chicas caminaban por el aparcamiento. Las del primer grupo parecían dependientas. Llevaban ropa pija y el pelo cardado. El segundo grupo era *hippie* puro: vaqueros remendados, bisutería pacifista y melenas largas y lacias que el viento levantaba.

Llegaron y se marcharon. Unos hombres las saludaron. Eran colaboradores de detectives privados. Las dependientas les devolvieron el saludo. Las *hippies* les hicieron un corte de mangas. Los hombres soltaron aullidos lobunos.

El solar de la estación de servicio Shell, Beverly con Hayworth. Cuatro surtidores y una oficina. Tres conductores arrellanados en sus coches.

Bobby Gallard tenía un Oldsmobile Rocket. Phil Irwin tenía un Chevrolet 409. Crutch tenía un GTO del 65. Era el colaborador novato. Llevaba el buga del jefe: motor 390, cuatro velocidades Hurst, pintura chocolate como el color de los negros.

Bobby y Phil llevaban un coloquio mañanero de vodka de alto octanaje. A Crutch le quedaba el coloquio residual del paso de las chicas. Miró la calle en busca de más. Nada, sólo unos viejos hebreos que iban a la sinagoga.

De vuelta al periódico. Bostezo: más chorradas sobre James Earl Ray y Sirhan Sirhan. Ronquidos. «América llora»/«la guarida del acusado de asesinato». Ray olía a pringado. Sirhan olía a turbante. Eh, América, que le den a tus lloros.

Crutch pasó páginas. Llegó a los combates de pesos pluma en el Forum y un gancho: ¡La revista *Life* ofrece un millón de dólares por una foto de Howard Hughes! Pasó una pelirroja. Crutch la saludó. Ella torció el gesto como si viera una cagada de perro. Los colaboradores emitían vibraciones muy maaalas. Eran barriobajeros y estaban jodidos a la manera indígena. Se reunían en el solar a la espera de que los contrataran detectives privados corrientes y abogados especializados en divorcios. Seguían a cónyuges adúlteros, tiraban puertas de una patada y tomaban fotos de los idiotas pegando un polvo. Era un trabajo de alto riesgo, muchas risas y posibilidades de carne femenina. Crutch era nuevo en aquello. Deseaba conservar el trabajo toda la vida.

El periódico decía que Howard Hughes era un «multimillonario misántropo». Crutch tuvo una lluvia de ideas. Podía dejar de comer hasta quedarse en los huesos y, entonces, colarse por un tubo de la calefacción. Clic. Una Polaroid y vámonos.

El solar dormitaba. Bobby Gallard hojeaba revistas de tías y bebía Smirnoff de 50 grados. Phil limpiaba su 409 con una gamuza. Phil hacía seguimientos para Freddy

Otash y también le servía de chivato. Freddy O. era un artista del chantaje y se ofrecía como guardaespaldas. Era expoli del DPLA. Había perdido la licencia de investigador privado en un asunto de caballos drogados. Phil era su colaborador/perro faldero favorito.

El solar dormitaba. No había trabajo, no pasaban chochos. Aburrimiento de gasolinera.

Hacía calor y humedad. Crutch bostezó y dirigió la salida del aire acondicionado hacia sus huevos. Aquello lo animó y lo hizo viajar mentalmente. Tedio de gasolinera, *adieu*.

Tenía veintitrés años. Lo habían expulsado del instituto Hollywood High por filmar a las chicas en el gimnasio. Su viejo vivía en un contenedor a las afueras de Santa Anita. Crutch padre mendigaba, apostaba y sólo comía burritos de pastrami. Su madre desapareció el 18/6/55. Crutch tenía entonces diez años. La madre recogió sus cosas, se largó y nunca regresó. Cada año, por Navidad, le mandaba una postal y cinco dólares desde una ciudad distinta, sin dar nunca su dirección. Crutch elaboró un expediente de persona desaparecida. Ocupaba cuatro grandes cajas. Mataba el tiempo con él. Hizo llamadas a todo el país, habló con departamentos de policía y hospitales, comprobó óbitos. Empezó la búsqueda durante sus primeros años en el instituto.

Nada. Margaret Woodard Crutchfield seguía desaparecida.

El trabajo de colaborador de detective le llegó por chiripa. Ocurrió así:

Seguía viéndose con Buzz Duber, su colega del instituto. Buzz compartía su pasión por el merodeo de casas. Merodeos leves, como éste:

Hancock Park. Grandes casas a oscuras. Guaridas de chicas preuniversitarias. Toc, toc. ¿No hay nadie en casa? Bien.

Entras sin que nadie te vea, llevas una linterna, paseas por casas de lo más lujoso. Entrás en los dormitorios de las chicas y sales con su lencería.

Con Buzz lo hizo unas cuantas veces. Y a solas lo hizo muchas más. El padre de Buzz era Clyde Duber. Clyde era un investigador privado de primera. Se había especializado en divorcios y sacaba de marrones a los famosos. Infiltraba universitarios en grupos izquierdistas para que delatasen la subversión. La pasma pescó a Crutch en un merodeo. Lo pillaron con ropa interior de encaje negro y un emparedado que había cogido del frigorífico de Sally Compton. Clyde le pagó la fianza y le limpió el expediente. Clyde le buscó trabajos sencillos de conductor y de vigilancia. Clyde dijo que mirar por las ventanas estaba bien, pero los allanamientos de morada, no. Clyde le dijo: «Te pagaré por mirar, chico».

El solar dormitaba. Bobby Gallard pintaba con aerosol una cruz de hierro en su Oldsmobile. Phil Irwin se tomó unas píldoras amarillas con un chupito de Old Crow. Crutch soñaba despierto con Howard Hughes. Lluvia de ideas: ¡salta su lujoso ático! ¡Entra con un garfio!

Un coche de la poli sin distintivos se detuvo. El solar cobró vida. Crutch vislumbró el destello de una pajarita roja de tartán y olió a *pizza*.

La ruta más directa. Crutch siguió a Bobby y a Phil. Scotty Bennett se apeó del coche y flexionó las piernas. Medía metro noventa y tres. Pesaba 105 kilos. Trabajaba en Atracos del DPLA. Su corbata llevaba un 18 cosido en el tejido.

El asiento trasero estaba repleto de *packs* de seis latas de cerveza y *pizza*. Bobby y Phil subieron al coche y se sirvieron. Crutch echó un vistazo y miró el salpicadero. Allí seguían: las fotos de la escena del crimen, amarillentas y pegadas con cinta adhesiva.

La fijación de Scotty: aquel gran golpe al furgón blindado. Invierno del 64. Era un caso todavía sin resolver. Vigilantes muertos y atracadores quemados todavía sin identificar. Habían desaparecido sacas de dinero y esmeraldas.

—Para que no se me olvide —dijo Scotty, señalando las fotos.

Crutch tragó saliva. Scotty siempre imponía. Llevaba dos 45 y una porra flexible de cuero sujeta con una correa. Bobby y Phil bebieron cerveza y engulleron *pizza*. Convirtieron el asiento trasero en el foso de un zoo. Crutch señaló la pajarita de Scotty.

—La última vez llevaba un 16.

—Dos varones negros atracaron una tienda de licor en la Setenta y Cuatro con Avalon. Y resultó que yo estaba en la trastienda con una Remington de aire comprimido.

—Es el récord de tiroteos fatales en cumplimiento del deber, ¿verdad? —se rio Crutch.

—Exacto. Supero en seis a mi competidor más cercano.

—¿Qué le ocurrió?

—Que lo mataron dos varones negros.

—¿Y a ellos? ¿Qué les ocurrió?

—Atracaron una tienda de licor en Normandie con Slauson. Resultó que yo estaba en la trastienda con una Remington de aire comprimido.

El aire olía a queso curado y a aerosol. Scotty frunció la nariz. Phil se había agachado a comer, con las piernas en el asfalto. Los pantalones le quedaban bajos y se le veía la raja del culo. Scotty lo levantó tirando del cinturón.

Phil voló por los aires. Phil puso aquella cara de «sálvame» que Scotty inspiraba. Phil cayó de pie y se cuadró. Bobby tragó saliva y se cuadró. Scotty guiñó un ojo a Crutch.

—Busco a dos varones blancos que conducen un Thunderbird del 62 azul claro con guardabarros azul oscuro. Atracan asadores, roban la caja, toman a los dueños como rehenes y obligan a las mujeres a que les hagan mamadas. Me gustaría que mantuvierais los ojos abiertos.

—¿Descripción física? —preguntó Crutch.

—Llevan máscara —sonrió Scotty—. Las víctimas femeninas los describen como «normalmente dotados».

—¿Dotados? —Bobby y Phil lo miraron boquiabiertos. Crutch sonrió con

presunción. Scotty cogió los restos de cerveza y de *pizza* y se los endosó. Al hacerlo, a Scotty le cayó un bocado de salchicha sobre la chaqueta. Phil tembló y le hizo un corte de mangas.

Scotty montó en el coche y se largó hacia el sur. Crutch miró a una rubia que estaba junto al surtidor de gasolina.

—Se cree muy duro —dijo Phil—, pero sé que puedo con él.

El solar se adormiló otra vez. A Bobby le salió un trabajo de echar el lazo. Se presentó su abogado judío favorito y lo puso en antecedentes. Es un asunto rijoso sobre un marido que va de putas. Mi cliente es la mujer. Ve, alquila una habitación en un burdel de sábanas calientes y busca al marido en su bar favorito. Facilita un encuentro casual. Proporcióname fotos y filmaciones.

Buzz Duber pasó por allí. Crutch le contó el negocio de Hughes. Buzz tuvo una lluvia de ideas. Dijo que conocía a un negro enano y asqueroso. El tipo hacía de pigmeo en películas de la jungla. Podían mandarlo a la guarida de Howard Hughes dentro del carro del servicio de habitaciones.

Freddy Otash pasó por allí. Había perdido algo de peso. Fanfarroneó sobre el hotel casino que había comprado en Las Vegas. Le ofreció a Phil un trabajo de seguimiento. Phil arrancó y se marchó medio colocado.

Crutch y Buzz se adormilaron de tanta cerveza y *pizza*. Crutch tuvo visiones adormiladas de Dana Lund en una ventana, su silueta suavemente recortada por la luz.

Sonó un claxon demasiado fuerte. Crutch abrió los ojos. Mierda, aquí está el leguleyo preferido de Phil, Chick Weiss.

Con su Cadillac de judío de mierda. Con su pelo encrespado y su traje inglés de lechuguino. Con su puta fijación por el arte caribeño.

—Tengo un trabajo de maricas para ti —dijo Weiss—. Al tipo le gusta hacérselo con filipinos potentes y he encontrado a un mutante con una polla de veinticinco centímetros. La mujer quiere el divorcio, cosa que no me extraña.

El marido tenía un picadero en el Ravenswood. Crutch llevó una Rolliflex y un *flash*. Buzz se calzó zapatos de patear puertas.

El mutante se encontró con ellos en el vestíbulo. Tenía la llave de una habitación. Crutch se puso de malhumor. Le apetecía un poco de acción pateando puertas. Se acercaron. Crutch le dijo al mutante que metiera al marido en el saco rápido. Buzz le dijo que les proporcionara una iluminación decente. El mutante les dijo que sacaran su polla en las fotos. Hacía servicios a cónyuges de los dos sexos. Quería más trabajos de divorcio. Quería que se divulgara su condición de superdotado.

Hicieron una cuenta atrás de cuatro minutos. El mutante se metió en el

apartamento 311. Crutch sacó la cámara y la dejó preparada para disparar. Buzz contaba segundos con un cronómetro.

10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1, vamos.

Corrieron escaleras arriba. Recorrieron pasillos y encontraron el 311. Buzz abrió la puerta. Crutch levantó la cámara. Siguieron los gruñidos del amor hasta un umbral y entraron en la estancia.

En pleno griego. El mutante taladraba al marido con su monstruosa picha a la vista. Crutch pulsó el obturador. *Pop pop pop pop*. La habitación se llenó de un cegador blanco de *flashes*. El marido gimió el blues de: «¿Cómo has podido?», un clásico entre maricones. El mutante se puso los pantalones y se piró por la escalera de incendios. Crutch pensó: «Así es la vida».

—Tenía que medir un metro —dijo Buzz.

—Menos de palmo y medio —dijo Crutch—. Recuerda que Chick Weiss nos dio la medida.

—Podríamos utilizarlo otra vez —dijo Clyde Duber—. ¿Le pediste el teléfono?

—Podemos encontrarlo a través del gremio de artistas. Es coprotagonista de una serie de televisión.

La oficina de Clyde Duber, en Beverly Hills. Paredes de plafones de pino, trofeos de golf y cuero rojo. Quédate con el friso de la pared.

Tenía que ver con ese gran atraco al furgón blindado. Clyde no dejaba de darle vueltas. Era una espina que llevaba clavada. Hay un billete manchado de tinta tras un cristal. Hay fotos enmarcadas de cadáveres calcinados y esmeraldas sueltas. Aparece el sargento Scotty Bennett maltratando a dos varones negros.

Clyde se había hecho un expediente de aficionado sobre el caso. Era su proyecto favorito. Scotty lo mimaba con chucherías. A Clyde le encantaban las cintas de los interrogatorios de Scotty. Salían varones negros gritando.

—Freddy Otash ha comprado un hotel en Las Vegas —dijo Crutch.

Clyde se sirvió un *whisky* triple.

—Freddy es un miserable. Corren rumores, y eso es todo lo que puedo decir sobre el tema.

—Cuéntale a papá el negocio con Hughes —dijo Buzz.

—La revista *Life* ofrece un millón de dólares por una foto de Howard Hughes. —Crutch se rascó las pelotas—. Creo que podemos conseguirla.

Clyde lo mandó a la mierda con un gesto. Niñatos, el fastidio de cualquiera. Niñatos sabuesos, niñatos infiltrados, niñatos para trabajos de vigilancia.

—¿Tienes planes esta noche? —Buzz le preguntó a Crutch con un codazo.

—He pensado en salir a dar una vuelta en coche.

—Mierda, vas a espiar a Chrissie Lund.

—¿Quién es Chrissie Lund? —preguntó Clyde.

—Es una estudiante de primer curso de la USC. Tiene a Crutch encoñado.

—No hagas nada que yo no haría. —Clyde bebió un sorbo—. Como cometer un 459 del CP, allanamiento de morada.

Crutch se ruborizó y contempló el friso de la pared. Anotación: compra unas pajaritas de tartán y córtate el pelo al uno como Scotty Bennett.

Buzz se echó sifón en el *whisky*.

—Danos un trabajo de señuelos. Mándanos a algún grupo comunista.

—Nada de eso. Estáis demasiado verdes y se os ve demasiado cachas. Para que esas cosas funcionen, tenéis que poder soltar el mismo rollo que los rojos. Vosotros, chicos, no sabéis nada de la revuelta social. Lo único que os interesa es ese chocho universitario que no podéis tener.

Buzz se rio. Crutch se ruborizó. Anotación: estudia tu expediente y merodea por si ves a los majaras de las mamadas que Scotty anda buscando.

—¿Quién encarga esos trabajos de infiltración?

—Ultraderechistas con dinero. Todos son médicos y reyes. Tienes al doctor Charles S. Toron, el rey de la eugenesia. Tienes al doctor Fred Hiltz, el rey de los panfletos racistas, y al doctor Wesley Swift, el rey de la Biblia nazi.

—El doctor Fred es dentista —dijo Buzz—. Los demás tienen títulos de esos que se compran a reembolso, como toda esa mierda de predicadores negros.

—Dentista al que le han retirado la licencia —dijo Clyde—. Se enganchó a la cocaína anestésica y empezó a joderle los dientes a todo el mundo.

Crutch pensó en Dana Lund. Anotación: Llevar un filtro difusor. Buzz sacó una bolsa de hierba. Clyde puso los ojos en blanco. Niñatos.

—Esto me recuerda una cosa. El doctor Fred tiene un trabajo para nosotros. Una mujer le robó dinero y desapareció.

Buzz miró a Clyde. Crutch miró a Clyde. Las dos miradas decían, «para mí». Clyde lanzó una moneda al aire. Buzz dijo cruz. Salió cara.

Crutch tenía una palanca en los apartamentos Vivian. Era un antro cutre al sur de Paramount. Allí vivían tramoyistas y técnicos. Actores secundarios hacían servicios sexuales a la hora del almuerzo en un enorme cuarto de las escobas. Crutch había metido todo su material en dos habitaciones.

El material del expediente, el material de la cámara, el material del coche, el material de pinchar teléfonos y grabar. Clyde le había enseñado a hacer vigilancias. Tenía cables de teléfono y grapas a mogollón. Tenía una buena colección de *Playboy*. Tenía todos los números de *Car Craft* desde el 52. El empapelado de las paredes eran cuarenta y una Chicas del Mes de *Playboy*.

Se instaló a pasar la noche. Actualizó las notas sobre el último paradero conocido de su madre. Navidades del 67: Margaret Woodard Crutchfield escribe desde Des Moines. Todas las búsquedas en registros públicos: cero. Más atrás, año 66: una

postal de Navidad desde Dubuque. Todas las búsquedas en los registros públicos de las poblaciones entre una ciudad y otra, cero.

Crutch se inquietó. A saber dónde andaba Buzz, colocado de quién sabía qué. Buzz tenía una vena malvada de la que él carecía. Buzz llevaba una placa de policía falsa y coaccionaba a las putas para que le hicieran mamadas. Eso, no. Eso, déjalo. Mejor abstenerse.

Fuera hacía calor. Se fraguaba una tormenta de verano. Crutch salió a dar una vuelta en coche. Recorrió Hollywood Boulevard y luego el Strip. Miró a la gente. Las chicas de cabello largo lo excitaban y los chicos de cabello largo lo irritaban. Buscó a aquel T-Bird del 62 y a los atracadores de las mamadas de Scotty. Vio a dos sarasas en un T-Bird del 61 y nada más.

Dobló al este en dirección a Hancock Park. Apagó las luces y se detuvo en la Segunda con Plymouth. Aquella gran casa española lo retuvo.

Había luz en las ventanas, arriba y en la planta baja. Vio a Chrissie con una sudadera de la USC. Sólo un vislumbre y nada más. Vio a Dana recogerse el cabello en la cocina.

Buzz no lo pillaba. Nadie lo pillaba. Por eso no se lo había contado nunca a nadie. No era Chrissie Lund. Siempre era Dana Lund y Dana tenía cincuenta y tres años.



Dwight Holly  
(Washington D.C., 16/6/68)

Negros de mierda.

El restaurante estaba lleno de ellos. El señor Hoover contó con la cabeza. Dwight vio que sus ojos hacían clic. Camareros de color, lobistas de color. Un campeón de béisbol de color. El viejo sarasa estaba débil. Sorbía la sopa como un paralítico. Había perdido facultades, su cerebro todavía chisporroteaba y sus circuitos funcionaban a base de ODIO.

El restaurante Harvey's, cerca del centro del D.C. La gran avalancha del almuerzo. Un lugar importante para ser visto. Un buen lugar para disparar el clic visual.

—¿Wayne Tedrow Junior mató a Wayne Tedrow Senior? —inquirió el señor Hoover.

—Sí, señor.

—Resuma, por favor.

Dwight apartó su plato.

—Carlos Marcello sobornó al DPLV y al forense del condado de Clark. Un homicidio causado por un golpe con un objeto contundente se convirtió en un ataque al corazón.

—¿Un ataque al corazón? Habría preferido algo que resaltara más la relación con el golf.

—No voy a preguntarle más detalles, señor. —Dwight encendió un cigarrillo—. Alabaré a sus fuentes y a otra cosa mariposa.

—El capitán Bob Gilstrap y el teniente Buddy Fritsch inspeccionaron la escena del crimen. Estaban al corriente de la animosidad entre Tedrow *père* y *filis*, y los dos oficiales están en deuda con el señor Marcello.

—El señor Marcello es un magnífico amigo de la comunidad de policías de Nevada, señor. En Navidad manda unas estupendas cestas con regalos.

—¿De veras? —El señor Hoover se puso radiante.

—Sí, señor. Los dobles fondos esconden fichas de casino y billetes de cien dólares.

El señor Hoover enrojeció.

—¿Ha participado Junior recientemente en alguna operación en Memphis de la que usted haya oído hablar?

Dwight puso una mueca: Tengo los labios sellados. El señor Hoover pinchó una tostada triangular y ahuyentó a un camarero.

—Es usted un hombre elocuente, Dwight. Comprende a su público y actúa ante él de una forma inimitable.

—Me pongo a la misma altura que usted, señor. No es nada más que eso.

Movida de negros asquerosos a la izquierda. Un camarero negro adulaba al jugador de béisbol negro. El señor Hoover desconectó de las bromas y prestó atención a los negros. Tenía setenta y tres años. Le apestaba el aliento. Le sangraban las cutículas. Vivía a base de digital y anfetamina subcutánea. Un proveedor le suministraba las inyecciones diarias.

Clic. Ha vuelto de nuevo. Clic. Ha vuelto a la conversación.

—Nuestros otros homicidios. Los más ostentosos y mirados con lupa, que puede que inspiren conversaciones imprudentes.

—Ray y Sirhan son psicópatas, señor. —Dwight apagó el cigarrillo—. Las declaraciones que han hecho confirman su paranoia y el público americano ha llegado a esperar un grandioso engaño en sus asesinos. Habrá conversaciones imprudentes pero, con el tiempo, serán sustituidas por la indiferencia pública.

—¿Y los Tedrow? ¿Nos compromete eso? Tranquilíceme a su manera más fingidamente sincera.

—La muerte de Senior no es en absoluto sospechosa —dijo Dwight—. Sí, dirigía operaciones del Klan para nosotros, pero eso no ha sido nunca de dominio público. Sí, distribuía pasquines que incitan el odio, pero no fue nunca tan públicamente facundo como nuestro colega Fred Hiltz, el de los panfletos racistas. Sí, había sido designado para hacer el trabajo que Ward Littell hacía para Howard Hughes, lo cual habría provocado especulaciones. Sí, pienso que el trabajo, ahora, lo conseguirá Junior. No, no creo que nada de esto nos comprometa de una forma importante.

El señor Hoover pinchó la última tostada triangular. La mano le tembló. Unos políticos que iban de mesa en mesa lo miraron.

—Poder. ¿Fue ése el móvil de Junior?

—Lo conozco de toda la vida, señor. Creo que «odio plenamente justificado» es lo que mejor lo define.

Un predicador negro abordó a los políticos. Circularon las risas y las palmaditas en la espalda. El tipo llevaba botas de vaquero con su traje de ministro. Dwight lo reconoció. Presentaba maratones televisivos de recogida de fondos para negros enfermos y defendía la mierda izquierdista. El señor Hoover dijo:

—El príncipe Bobby y Martin Lucifer King se han ido, dejando desconsolados a los moralmente enfermos y proporcionando un deseado alivio a los sanos. La operación Conejo Negro no alcanzó los resultados que esperábamos y es evidente que se han formado unas nubes tóxicas de nacionalismo negro. Me gustaría que investigase al partido de los Panteras Negras y también a los Esclavos Unidos, que usan esas siglas de EE.UU., como objetivos potenciales del programa de desarticulación. Estoy pensando en una operación de contrainteligencia a gran escala. También hay dos grupos menos conocidos en Los Ángeles que tal vez requieran

vigilancia. Fíjese en lo chocante de sus nombres: la Alianza de la Tribu Negra y el Frente de Liberación Mau Mau.

A Dwight se le puso la carne de gallina.

—Tengo una fuente en L.A. Tomaré el avión hasta allí y hablaré con ella.

—¿Ella, Dwight? ¿La informante confidencial del Buró núm. 4361?

—Sí, señor —sonrió Dwight—. Tal vez nos interese tener un topo.

Conoce a todos los izquierdistas hipócritas que están presos.

—Todos los izquierdistas tendrían que estar presos.

—Sí, señor.

—Pásese también por Las Vegas. Haga una valoración de la salud mental de Wayne Tedrow Junior.

—Sí, señor.

—Los Mau Mau eran una secta caníbal africana, sin agravios justificados contra nosotros. Follaban con babuinos y se comían a sus propios hijos.

—Sí, señor. Conozco su historia.

—Sus conocimientos no me sorprenden. Es usted mi obediente matón graduado en Yale.

Vivía en *suites* de hotel. Los agentes itinerantes tenían alojamientos pagados por el Buró en todo el país. Le gustaban el Statler de Los Ángeles y el Sheraton de Chicago. El Mayflower del D.C. era cutre. El servicio de habitaciones era un desastre, las tuberías silbaban y la cama crujía.

En el escritorio estaban los expedientes que tenía que estudiar y el billete de avión. El señor Hoover lo había enviado durante el almuerzo. Panteras/EE.UU./Mau Mau/Tribu. Aquello era lo que quería el señor Hoover. El vuelo a L.A. salía al cabo de dos horas.

Dwight se lustró los zapatos, limpió la pistola e hizo unas flexiones de brazos en la barra colgada de la puerta. Aquellas tareas de mierda le anulaban los nervios y lo llevaban a no beber más de una copa cada noche. Todo estaba controlado. Lo de RFK había sido cosa de Carlos. Era su sueño húmedo. Sirhan Sirhan prácticamente babeaba. Nunca había identificado a Otash de una manera creíble. A James Earl Ray lo habían pillado en el aeropuerto de Londres. El miedo a la extradición se extendería. Jimmy hablaría, eso seguro. Otash se movía en círculos. La historia de Jimmy sonaría a fantasía de un zumbado.

Pete aguantaría. Otash aguantaría. El consenso acerca de un loco solitario calaría. El señor Hoover acallaría todas las investigaciones divergentes. El único imponderable era el chico.

«Lo conozco de toda la vida, señor».

Y su padre y mi padre, de Indiana, hace mucho tiempo.

Su padre era Daddy Holly, un activista advenedizo y propagandista del Klan. Daddy Holly se hizo rico vendiendo parafernalia del Klan en su apogeo de los años 20. Daddy tuvo a sus hijos Dwight y Lyle sin estar casado y mandó a Louisa Dunn

Chalfont de vuelta a Kentucky. Dwight y Lyle se criaron en kampamentos del Klan. Daddy les enseñó a escribir con K todas las palabras que empezaban con una c que sonara así. Daddy odiaba a los judíos, a los católicos, a los hijos de puta de negros y consideraba que los del Klan eran unos flojos.

Daddy alcanzó la categoría de Cíclope Exaltado. Daddy vendía sábanas del Klan a medida, ropa del Klan para chicos y *kouture* kanina. Daddy se hizo rico. El boom de los años 20 lo benefició. Un caso de violación-suicidio le desbarató la vida. Su mentor Gran Dragón del Klan asaltó a una joven en un tren. La chica bebió mercurio y se mató. Corrieron ríos de tinta. El Klan perdió el favor tras unas críticas rabiosas. Los políticos apoyados por el Klan fueron desalojados en masa. Daddy buscó nuevas oportunidades e invirtió fuerte en bolsa. Su fortuna creció hasta el Martes Negro.

En aquella época, Dwight tenía doce años y Lyle, nueve. Perdieron su gran casa de Peru, Indiana, y se mudaron a un barrio de mierda. Daddy empezó a pasar de ellos. Daddy encontró un *protégé*: un joven llamado Wayne Tedrow. Los dos urdieron planes para hacerse ricos rápidamente y vendieron panfletos racistas. Los residentes de Indiana disfrutaron con las tiras cómicas y las rechiflas sobre el traidor Franklin Rosenfeld. Wayne Tedrow tuvo un hijo con una chica de allí en el 34, aproximadamente. Wayne Junior era un chico brillante a quien gustaba la química. A Dwight le tomó afecto de hermano/hijo desde el primer día.

Daddy Holly la palmó en el 29. Una cirrosis se lo llevó por delante. Wayne Senior crió a Wayne Junior en Peru, Indiana. Pasó de su primera esposa y se casó con una tipa ligera de cascos llamada Janice Lukens. Dwight y Lyle trabajaron como mulas para poder ir a la universidad. Dwight ingresó en la Escuela de Abogacía de Yale. Lyle fue a la Escuela de Abogacía de Stanford. Wayne Senior trasladó a su familia a Nevada y se enriqueció con los panfletos y los bienes inmuebles. Dwight se alistó en los marines, fue movilizado y mató japoneses en Saipán. Lyle se alistó en la armada, fue movilizado y mató japoneses en barcos. Dwight ingresó en el FBI en el 46. Lyle ingresó en el DP de Chicago en el 47. Los dos mantuvieron el contacto con los Tedrow.

Acércate a Martin Luther King. Infiltra y subvierte la Conferencia de Líderes Cristianos del Sur.

Lyle hizo lo que pudo. Lyle fracasó. Lyle fracasó porque Martin Luther King le caía bien y porque Martin Luther King era imparable.

Wayne Junior ingresó en el DP de Las Vegas. Dwight fue destinado a la Agencia Federal de Narcóticos. Trabajó en la delegación del Sur de Nevada y pasó tiempo con Wayne Senior. La vida de Wayne Junior implosionó en Dallas. Eso lo llevó a una gran caza de negros de mierda. Wayne Junior se cargó a tres negratas a quienes Dwight se había propuesto juzgar. Sí, le tenía cariño al chico, pero que fueran viejos amigos no significaba nada. Al agente Dwight C. Holly no se lo cabrea.

Fue en pos de Wayne Junior. Ward Littell y Pete Bondurant intercedieron. Ward y Peter movieron hilos para beneficiar a Dwight y forjaron una tregua endeble. Dwight

fue nombrado jefe de investigadores de la oficina del Sur de Nevada. No se quedó mucho tiempo. El trabajo lo aburría. El señor Hoover lo atrajo de nuevo al FBI.

Lyle se suicidó en agosto del 65. Fue algo turbio. En aquella época, Ward Littell estaba compinchado con Lyle. Ward contagiaba dolor dondequiera que fuese y a veces convertía un dolor sin importancia en algo fatal. Lyle Dunn Holly, muerto a los cuarenta y cinco años. Jugador, borracho, mujeriego. Un menda de buen carácter que quería abarcar mucho.

El doctor King obligó al señor Hoover a tener que abarcar mucho. Era un oso pardo contra un chihuahua, joder. El doctor King era un comunista inquebrantable. El señor Hoover era un conservador inquebrantable. El doctor King jodía vigorosamente con mujeres. El señor Hoover coleccionaba antigüedades y pornografía clásica. La historia dio la bienvenida al doctor King. Al señor Hoover, la historia le levantó la alfombra de bienvenida de debajo de los pies y lo hizo caer de culo. Urdió la operación Conejo Negro y fue a por todas.

Teléfonos pinchados, grabaciones, sobornos, campañas públicas de descrédito. Seguimientos. Difamación en la prensa. Rumores, coacción, infiltración, suplantaciones, propaganda, guerra psicológica. La operación Conejo Negro duró tres años. Las personas clave tenían nombre de conejo. El doctor King era el Conejo Rojo. Dwight era el Conejo Azul. Lyle fue el Conejo Blanco durante un tiempo. Wayne Senior era el Padre Conejo. La operación fue una rabiosa jaula para conejos y una gran cagada colectiva sin posibilidad de arreglo. El doctor King se encumbró mientras el señor Hoover languidecía. El doctor King hacía su florido numerito negrata de: «He tenido un sueño». El señor Hoover le dijo a Dwight que él tenía un sueño sin haber pronunciado nunca las palabras. El señor Hoover se retiró al éter de los sueños. En Memphis, Conejo Azul hizo realidad ese sueño. Conejo Azul vio los disturbios resultantes en directo por televisión. Conejo Azul vio a una muchachita de color muerta por una bala perdida.

Dwight hizo cincuenta flexiones en total. Sudó lo suyo y los músculos le quedaron doloridos. Se duchó, se vistió y preparó la maleta. Sacó su talonario de cheques anónimo.

Un giro postal y un sobre. Trescientos dólares al señor George Diskant de Nyack, Nueva York.

Dwight llenó el cheque, cerró el sobre y lo limpió de huellas.

El vuelo salió de Dulles con retraso. Dwight comió almendras saladas y leyó los informes sobre los militantes negros.

Los Panteras Negras. Un nombre enrollado, una mascota enrollada. Fundado en el 66. Los miembros eran negros expresidarios o resentidos. Muchas reuniones, muchas campañas ruidosas y extravagantes, un crecimiento potencial asegurado. Odiaban a la policía. Los «hermanos» famosos eran Elridge Cleaver, Huey Newton y Bobby Seale. Retórica de «Muerte a la pasma». Ataques no letales a la policía. Un tiroteo mortal en Oakland, California, el 28/10/67.

Huey Newton, herido. Un policía muerto. Proceso judicial pendiente.

Los Panteras odiaban a los Esclavos Unidos. Eran riñas entre facciones de negros de mierda. Los EE.UU. tenían un lema pegadizo: «Estés donde estés, allí están los EE.UU.».

Tiroteo mortal, 6/4/68, dos días después de Memphis. Oakland de nuevo, lugar preferido de los que odiaban a los blancos de mierda. Los Panteras lo llamaron emboscada. La poli lo llamó «vigilancia táctica». Un Pantera resultó muerto. Elridge Cleaver resultó herido. Nota a pie de página: Cleaver tenía una condena por violación.

Dwight pasó páginas. Casi todos los departamentos de policía de las grandes ciudades tenían Panteras fichados e informantes negros en las calles. Programas educativos, reparto de comida contra el hambre, fomento de la cultura negra. Los Panteras Negras: número de adeptos creciente, prestigio entre la modernidad y mínima cobertura en los periódicos.

Una intuición: los Panteras son demasiado conocidos para ir a por todas.

El verano anterior, el Buró había lanzado una incompetente operación de contrainteligencia. El objetivo: crear disensión entre los Panteras y los EE.UU. Unos agentes de San Diego pusieron en circulación unos panfletos. Los Panteras llamaban «mollejas de puerco» a los EE.UU. Los EE.UU. llamaban «negros de chuleta de cerdo» a los Panteras.

Una intuición: Los EE.UU. eran demasiado conocidos para ir a por todas.

Nota al señor Hoover: no aumente la presión sobre los Panteras o los EE.UU. Rebaje las operaciones existentes. A la larga, los dos grupos se desacreditarán el uno al otro.

Dwight pasó páginas. Llegó a la parte dedicada a la Alianza de la Tribu Negra y el Frente de Liberación Mau Mau. Eran extravagantes, llamativos y claramente criminales.

Negrolandia de L.A. Operaciones rivales en las aceras. El número de miembros era pequeño pero iba en gradual ascenso. Ambos grupos «supuestamente tratan de vender narcóticos para financiar sus actividades».

No hay informantes conocidos. Nomenclatura sacada de Amos 'n Andy, pura comedia de negros: «Lord Alto Comisario», «Ministro de Propaganda», «Gobernador Panafricano». Algunos soplos sobre los actores principales:

Un menda con cuatro detenciones por droga. Un camarero de drive-in maricón con dos atracos a mano armada. Un artista del timo/hechicero de vudú. Un tiburón de los naipes con noventa y un arrestos y un expediente más grueso que la guía telefónica. Una violación con «motivaciones políticas». Arribistas, oportunistas, Panteras Negras malogrados. Payasos propensos a los caprichos y a las carnicerías.

A Dwight se le puso la piel de gallina. Dwight jugueteó con su anillo de la escuela de abogacía y leyó más páginas.

Más nombres, fechas y lugares. Más detalles sobre las bullas entre la ATN y el

FLMM. Una nota del sargento Robert S. Bennett, del DPLA: «En lo que se refiere al atraco al furgón blindado y los homicidios del 24/2/64, no hay nada que pruebe los rumores de la participación de la ATN y el FLMM».

Agitación en las esquinas de las calles. Puñetazos, conducción bajo los efectos del alcohol, redadas triviales. El camarero maricón era el macarra de unas *drag queens*. El tiburón de los naipes era el macarra de su mujer para pagarse las deudas de juego. El Gobernador Panafricano poseía una librería porno y daba por culo a la cabra de su vecino.

La carne de gallina se le disparó. Tenía los nervios de punta. Pidió temprano su única copa de cada noche. Y ahora, recuéstate en el asiento y viaja con Karen.

Informante confidencial del Buró núm. 4361: Karen (sin apellido intermedio) Sifakis. FDN: 1/1/25, Nueva York. Licenciada en Yale. Profesora de historia. Cuáquera izquierdista.

Dwight llevaba consigo su expediente. Le gustaron las fotos antiguas de vigilancia y las fotos tamaño carné. Ahí está Karen en el 49, en una fiesta de Paul Robeson. Ahí está Karen a la puerta de Sing Sing; los Rosenberg acababan de ingresar allí. 12/3/61, Karen en la manifestación contra la bomba atómica. Su favorita: Karen en actitud de plegaria mientras la poli de Berkeley abre cabezas a su alrededor.

La mujer enseñaba historia en la Universidad de California en Santa Bárbara. Su marido era un abogado izquierdista en la Nueva York judía. Pasaba dos semanas del mes en el oeste. Habían dejado de joder hacía cuatro millones de años. Seguían juntos por oscuros motivos comunistas y por su hija de dos años. Karen desdeñaba la violencia. Karen armaba bombas, volaba monumentos y siempre se aseguraba de que los seres humanos y los perros policía no resultasen heridos. Karen actuaba bajo la supervisión directa del agente especial Dwight C. Holly.

Favor por favor. Él le permitía destruir la imaginería patrioter. Sacaba de la mierda a sus colegas activistas con cierta regularidad. Ella delataba a rojos que superaban su baja tolerancia al daño físico. Ahora, a los cuarenta y tres años, estaba embarazada de nuevo. Había sido un asunto de esos de «córrete en un recipiente/tubo de ensayo» que requirió la colaboración del marido. Karen Sifakis, ¡caramba con ella!

Se conocieron en Yale. Corría el otoño del 48. Él era un federal novato. Ella era alumna del Smith College/Yale. Hablaron dos horas en un bar. Se cepillaron una botella de *whisky* y un paquete de cigarrillos y se causaron impresiones duraderas. A él le gustó el físico de Karen. A Karen le gustó el físico de él. Él no había sabido que era mutuo hasta hacía tres años.

L.A., agosto del 65. Los disturbios de Watts y la mierda negra en evidente auge. El señor Hoover estaba pasmado. Ordenó que se investigaran todas las fichas de los profesores universitarios que habían firmado peticiones pro derechos civiles. Dwight se pasó una semana haciendo trabajo de archivo. Ahí está el nombre de Karen. Ahí

está la foto de Karen. Joder, pero si es esa pelirroja alta de origen griego que había conocido en Yale.

Investigó un poco. Averiguó que Karen escribió su tesis doctoral sobre el Klan de Indiana. En ella se mencionaba de forma destacada al mismísimo Walter Holly, alias Daddy.

Dwight hizo pesquisas. Supo que unos klaneros habían matado al abuelo de Karen, un inmigrante griego. Daddy dirigía un capítulo del Klan dos condados más al sur de donde se produjo el linchamiento.

Siguió investigando. Sacó el expediente de Karen de los archivos centrales del FBI. Consiguió tachar del expediente su asistencia a las marchas de protesta en nueve ciudades. Hizo cuanto pudo para que el abuelo tuviese una justicia tardía.

Uno de los linchadores tenía un nieto neonazi. Dwight lo localizó en la cárcel de un condado de Ohio. El tipo era un saco de mierda malvado. Dwight consiguió que lo trasladaran a una celda sólo de negros. Los morenos le dieron una tunda de padre y muy señor mío.

Voló a L.A. y llamó a la puerta de Karen. Transcurridos diecisiete años, ella lo reconoció. Él le contó lo que había hecho y que su padre era Daddy Holly. Ella le preguntó por qué lo había hecho. Él respondió que quería darle algo que nadie más pudiera darle nunca. Ella lo invitó a entrar.

Llegaron a un acuerdo.

Él ha entrado en su casa de manera clandestina. Ha leído su diario. Ella describe con ternura a su amante, lameculos de los fascistas.

Ella siempre le dice: «Somos demasiado circunspectos para autoinmolarnos». Él siempre le dice: «Somos demasiado altos y guapos para ser perdedores». A veces, él despierta de una pesadilla y se encuentra acurrucado en sus brazos.

El avión entró en una zona de turbulencias. Se encendió la señal del cinturón de seguridad. Dwight tomó notas:



**«La ATN y el FLMM son las mejores opciones. Comprueba los ficheros de las distintas agencias de policía y las listas de suscriptores de correo racista (correo izquierdista, antiblancos) para pistas sobre un posible infiltrado (la palanca de Wayne Senior/doctor Fred Hiltz)».**

Las turbulencias cesaron. El avión descendió. Ahí está esta luz ancha y grande. Dios, qué bonito se veía L.A.

En la habitación hacía calor. El aire acondicionado de la ventana estaba estropeado y difundía aire viciado. Sudaron las sábanas hasta el colchón. Karen lo llamó «un polvo de sauna». Dwight le besó el pelo mojado, más lustroso y rojo que nunca.

El marido había vuelto al este. Tenía un nombre, pero Dwight nunca lo dijo. Dina estaba en el jardín de infancia. Tenían tres horas.

Karen rodó en la cama. Estaba embarazada de tres meses. Se le notaba un poco. Su elasticidad estaba llenándose de curvas.

Se desperezó. Se agarró a los barrotes del cabezal y arqueó la espalda. Dwight le puso una mano en la tripa y la instó a descansar. Karen rodó hacia él, que le pasó una pierna por encima y la atrajo hacia sí.

—¿Estás segura de que no es mío?

—Sí. Fue un proceso de laboratorio y tú ni te acercaste al receptáculo.

—Es una niña —sonrió Dwight.

—No necesariamente.

—Las chicas dan menos preocupaciones. Cualquier varón que tú parieras supondría problemas para mí. Me pasaría el resto de la vida limpiando sus expedientes y sacándolo de la cárcel.

Karen encendió un cigarrillo.

—Dina se comerá el mundo. Empieza a emitir esa vibración.

—Dina se casará con un republicano. ¿Sabes por qué lo sé? Porque siempre quiere que le enseñe la placa.

El aire acondicionado de la ventana se invirtió. Les llegó un aire helado. Karen se estremeció y se acurrucó contra él.

—Un colega mío necesita ayuda. Lo están valorando para darle una plaza de profesor, pero estuvo en las listas negras entre el 51 y el 54. El presidente del comité de evaluación lo odia y no se pensaría dos veces usar esos antecedentes para hacer presión y que no le den el puesto.

—Creía que todos los profesores de universidad eran rojillos de mentalidad elevada que están por encima de las mierdas de ese tipo.

—Yo, sí, pero los demás, no.

—Archivaré erróneamente su expediente o lo limpiaré. Hazme saber lo que necesitas.

Karen hizo aros de humo. Chocaron contra el aire frío y se dispersaron. Dwight le cogió el cigarrillo y lo apagó.

—Fumar es malo para las mujeres embarazadas.

—Sólo un cigarrillo al día y cuando estamos juntos.

—Necesito ayuda.

—Dime.

—Quizá dirija una operación de contrainteligencia contra grupos de activistas negros. Yo mismo me buscaré un infiltrado, pero tal vez necesite ayuda para encontrar un informante.

Karen lo besó en el cuello y le pasó el dedo por la cicatriz del hombro.

—¿Por qué iba a ayudarte en algo así? Dame un motivo y explica cómo encaja en nuestro trato.

Dwight levantó la cabeza delante de la suya. Tenían los ojos muy cerca. Ese extraño azul moteado de oscuro, la maldita ascendencia griega.

—Porque se disponen a vender droga y a sacar partido de las protestas sociales. Porque son unos cabronazos que abusan de las mujeres. Porque consiguen enardecer a los jóvenes negros para que hagan cosas que les torcerán la vida para siempre, y porque el beneficio social que crearán dedicándose al negocio equivaldrá a cero.

—De acuerdo. —Karen lo besó—. Ya lo pensaré.

—Tengo razón. Si me ayudas en esto, estarás haciendo el bien. Karen se mordió los labios. Dwight la besó y ella dejó de hacerlo. Tuvieron telepatía. Karen recitó el credo de los dos.

—No haré más comentarios sobre la naturaleza usurera de nuestra relación para no acusarme a mí misma de colaboradora de los fascistas y no huir de ti gritando.

A propósito. En el momento oportuno, al acabar un beso. Más que inexpresiva, menos que chistosa.

A Dwight le dio un ataque de risa. Karen le tapó la boca. Él le mordió la palma para que lo soltase. Ella le señaló la ropa. Se le había caído la chequera de la chaqueta.

—Esos cheques anónimos. No me has dicho nunca por qué. —Te dije que los mandaba.

—Eso me dijiste, nada más.

—Tú haces igual.

—Por eso estamos seguros juntos.

Tenían las caras juntas. Karen se inclinó y sus miradas se acercaron más.

—Has hecho algo terriblemente malo. No preguntaré, pero tienes que saber que lo sé.

Dwight cerró los ojos. Karen los besó.

—¿Me amas? —preguntó Dwight.  
—Ya lo pensaré —respondió Karen.

(Las Vegas, 17/6/68)

Los del Sheriff cortaron Fremont. Los casinos modestos colgaron banderas a media hasta. Una comitiva sin lustre avanzaba despacio.

Quédate: una comitiva funeraria para Wayne Tedrow Senior.

Mediodía en Las Vegas, 35 grados y subiendo. Los prebostes de la ciudad con sombreros de vaquero y asándose en sus trajes. La idea brillante de último momento del alcalde: Senior era un peso pesado, rindámosle respeto.

La comitiva de coches avanzó a paso lento. Los espectadores de a pie se asaban y miraban boquiabiertos, estupefactos por el sol. Unos pinches de cocina llevaban pancartas y vitoreaban. Wayne Senior era el jefe de su sindicato y los jodía pactando en paralelo con la patronal.

El DPLV envió una guardia de honor. Wayne estaba en una tarima con Buddy Fritsch y Bob Gilstrap. Buddy estaba nervioso. Irradiaba que necesitaba un trago. Probablemente, había visto el cadáver de Wayne Senior.

A paso de tortuga. Los coches avanzaban pegados los unos a los otros. Los turistas daban brincos y movían en el aire las cervezas y los botes de fichas de apostar. Unos manifestantes negros llevaban pancartas contra la policía. Un subgrupo provocó a Wayne. Oyó lemas ahogados de «¡Blanco de mierda asesino!».

Sonny Liston subió a la tarima. Un idiota gritó: «¡Alí te dio una buena paliza!».

Sonny le hizo un corte de mangas. Sonaron unas risas. Sonny apuraba una media pinta de Everclear. Buddy y Bob se distanciaron de él. Wayne bajó de la tarima.

—¿Lo mataste? —preguntó Sonny.

—Sí —respondió Wayne.

—Bien —dijo Sonny—. Era un puto racista. Tú también eres un puto racista, pero sólo matas a negros que se lo merecen.

El estúpido gritó de nuevo «Alí te dio una buena paliza». Sonny le lanzó la botella y lo persiguió. La multitud se preparó para un poco de diversión. Se acercó un Cadillac descapotable. El asiento trasero iba lleno de chicas del mundo del espectáculo. Sonrieron, saludaron y se contuvieron. Ay, se supone que deberíamos parecer tristes.

Wayne vio a Carlos Marcello al otro lado de la calle. Intercambiaron sonrisas y saludos. Wayne recibió empujones. La muchedumbre se amontonó y lo empujó hacia la tarima. La gente parecía cabreada. Wayne comprendió por qué: Dwight Holly se abría camino hacia allí con la placa en la mano.

Wayne se puso a la sombra. Quedaba algo apartado. Dwight lo encontró enseguida.

—Mi sentido pésame por la muerte de tu padre, pero yo, en tu lugar, también lo habría matado.

—Agradezco el comentario, pero me gustaría dejar el tema aquí.

—Nos conocemos de toda la vida, hijo. Un poco de broma no tendría que sentarte mal.

—Compartimos una historia. Tú la llamarías afectuosa; yo, no.

—Dime que todo está controlado. —Dwight encendió un cigarrillo.

—Quieres decir que se lo diga al señor Hoover.

—No me piques, Wayne. —Dwight puso los ojos en blanco—. Dime que todo está controlado y pasaré el mensaje.

—Está controlado, Dwight. Dime que lo de Memphis está todo controlado y podremos decir que estamos empatados.

—Ahí tenemos alguna filtración. —Dwight se acercó—. Te lo contaré dentro de un momento, pero primero tienes que escuchar la lección.

Wayne vaciló un poco. Un manifestante lo localizó y alzó el puño. Dwight tiró de él hasta llevarlo detrás del estrado.

—Ahora estás en el ajo. Estás compinchado con el tío Carlos y a lo mejor lo estarás con Hughes. Sería un mal amigo si no te dijese que te anduvieras con cuidado.

Wayne se le acercó:

—¿Amigo? Tú me metiste en lo de Memphis con coacciones, joder.

Dwight también se le acercó. Hizo chocar a Wayne con una farola de la luz y lo inmovilizó allí.

—Lo de Wendell Durfee no era gratis, hijo. Y no me digas que no querías el trabajo, en cierto modo.

Wayne empujó a Dwight. Quietas las manos, no lo enfurezcas. Dwight se mostró amable y cepilló la chaqueta de Wayne.

—Ponme al día sobre Carlos. Cuéntame algo con que hacer feliz al viejo baranda.

—Son noticias viejas. Los Chicos quieren venderle a Hughes el resto de sus hoteles y mantener en el empleo a los que llevan sus cuentas. Hughes quiere una ciudad tranquila. Alguien tiene que ocupar el sitio de Ward Littell y seré yo.

—¡Senior era un racista! ¡Junior es un asesino! —Wayne oyó débiles gritos.

—El sobre para Dick Nixon. Háblame de eso.

—¿Cómo has...?

—Pinchamos su piso de Key Biscayne. Nixon se lo mencionó a Bebe Rebozo.

El viento hizo mover el estrado. Los cánticos Senior/Junior aumentaron.

—Los Chicos quieren construir unos cuantos casinos en América Central o en el Caribe y quieren que las cosas en Justicia vayan despacio. Les gustaría que, para el 71, Jimmy Hoffa fuese indultado. Creen que Nixon ganará las elecciones y que será receptivo.

—Eso me lo creeré, de momento —asintió Dwight.

—¿La filtración? ¿Memphis? Ibas a...

—Trato de investigar a algunos suscriptores de los panfletos racistas. Me gustaría echar un vistazo a las listas de tu padre.

—No. —Wayne sacudió la cabeza—. Estoy fuera del negocio de los panfletos racistas. Habla con Fred Hiltz.

—Mierda, Wayne. No te estoy pidiendo el mundo, sólo te pido...

—¿Filtración? ¿Memphis? Vamos, no me tomes el pelo con eso.

Dwight buscó un cigarrillo. El paquete estaba vacío. Lo arrojó a la multitud.

—Esta mañana me ha llamado el agente especial de St. Louis. Hay rumores procedentes de la Grapevine Tavern.

—No te sigo.

—Es un garito de mierda. Uno de los hermanos de Jimmy Ray es copropietario. Hice pinchar el antro. Por allí circulaba un bulo y Jimmy se lo tragó. Le habían puesto precio a la cabeza de King, cincuenta de los grandes. Otash atrajo a Ray a partir de ese bulo y lo incitó.

—¡Senior/racista! ¡Junior/asesino! ¡Senior/rac...!

—Adelante. En esta parte del trabajo yo no participé.

—Unos palurdos encontraron los micros y pensaron que los había puesto el FBI y ahora se dice que el atentado fue cosa del Buró.

—Lo que se dice es una cosa, Dwight —Wayne se irritó—, y los rumores son otra.

—Sí, pero está demasiado cerca de Jimmy y de esas locuras que va contando por ahí.

—Y eso, ¿qué significa?

—Significa que quizá se olvide o quizá no. Y si es que no, tendremos que hacer algo al respecto.

—¿Nosotros o tú?

—Nosotros, hijo. —Dwight se agarró la pajarita—. Lo de Wendell Durfee no era gratis.

El goteo intravenoso se había terminado. La enfermera estaba en el sofá, durmiendo. Janice se había dormido viendo la televisión.

Wayne le tomó el pulso. Era normal tirando a débil. Daban las noticias de la noche y el sonido estaba bajo. Un reportero hizo el número habitual King/Bobby y pasó a Nixon y Humphrey.

Próximas convenciones: Miami y Chicago. Sendas aprobaciones en primera votación aseguradas. Posibles protestas en las dos sedes de las convenciones. El estado de las encuestas Nixon-Humphrey: ahora igualadísimas.

Wayne vio a Dick el Tramposo y a Hubert el Cordial pasear y hacer muecas. Tenía a Farlan Brown esperando. Las noticias de la taberna Grapevine lo inquietaban. «Se dice» y «rumores» podía significar problemas con testigos. Dwight quería ver las

listas de suscriptores de Wayne Senior. Estaban apalancadas en un búnker a las afueras de Las Vegas. Senior siempre lo llamaba «mi chabola del odio». Allí almacenaba cantidad de propaganda supremacista.

Janice se movió y dio un respingo. Wayne le puso una bolsa nueva en el gotero. Nixon y Humphrey hablaban blablablá. Janice abrió los ojos.

—Hola —dijo Wayne.

—Son hombres hogareños —dijo Janice, señalando el televisor—. Si sigo con vida, no sabré por quién votar.

—Tú siempre te has dejado llevar por las apariencias.

—Sí, lo cual explica mi mala suerte con los hombres.

La bolsa empezó a vaciarse. El líquido llegó al tubo. Wayne movió la llave y reguló el flujo. Janice se estremeció. El líquido le llegó al brazo y le produjo un ligero y repentino sonrojo.

—Hoy ha llamado Buddy Fritsch —dijo ella.

—¿Y?

—Y está asustado. Corren rumores.

—¿Sobre aquella noche? —Wayne apagó el televisor.

—Sí.

—¿Y?

—Y Buddy dijo que algunos vecinos han estado hablando. Dicen que vieron a un hombre y a una mujer fuera de la casa.

—Tenemos las espaldas cubiertas. —Wayne le tomó las manos—. Tú sabes a quién conozco y sabes que esas cosas tienen arreglo.

Janice sacudió la cabeza y soltó las manos. Para ello hizo acopio de fuerzas. La cama se deslizó. Wayne le sujetó el brazo para que la aguja no se moviera.

—Pronto me habré marchado, pero no quiero que la gente sepa que lo hicimos.

—Cariño...

—No debimos hacerlo. Fue repulsivo y vengativo. Estuvo mal.

Wayne movió la llave reguladora. La bolsa se estrechó y llenó el tubo. Janice se quedó inconsciente al instante.

Le tomó el pulso. Apenas normal tirando a débil.

—Lamento mucho lo de su padre —dijo Farlan Brown.

—Son cosas que ocurren, señor. Tenía el corazón jodido y malas costumbres.

—¿Malas costumbres? ¿Un mormón de vida impecable como él?

—Los mormones beben y follan más que el resto del mundo junto —sonrió Wayne—, como estoy seguro de que sabe por experiencia personal.

Brown se dio unas palmadas en las rodillas. Era alto y campechano con un falso estilo rústico. Sus gafas a lo Michael Caine ampliaban unos ojos malos. Su traje era una imitación Tudor. El grupo de Hughes ocupaba las seis plantas superiores del D.I.

El gran hombre reposaba en el ático.

—Usted es un salido, señor —dijo Brown.

—Piense en mí como en el hijo de mi padre. Déme el trabajo y empezaremos a partir de ahí.

—Dígame por qué tengo que darle el trabajo y convénczame en un minuto. — Brown encendió un cigarrillo.

—Connivencia —dijo Wayne. Brown dio unos golpecitos a su reloj. Wayne se subió las mangas y mostró el Rolex de oro. Wayne Senior le había enseñado el truco.

—Howard Hughes es un xenófobo que sufre delirios, adicto a los narcóticos de farmacia y a las transfusiones de sangre cargada de vitaminas. Sus empleados lo llaman Drácula. El señor Hughes depende de hombres lúcidos como usted para que sean sus mediadores con el mundo y para facilitar sus tratos con los políticos sobornables y con personajes del crimen organizado que dirigen el estado de Nevada y, probablemente, todo el país. Yo soy el enlace de Carlos Marcello con la comunidad de hombres de negocios. Soy un químico brillante, joder, que puede preparar compuestos que volverán loco a Drácula. Seré el correo del dinero del señor Marcello para Richard Nixon y para la administración presidencial de Nixon, espero. Drácula está sobornando al señor Nixon al son de cinco millones de dólares y yo haré una incursión en el patrimonio de mi difunto padre para igualar esa cifra. Se la entregaré a Nixon en persona, junto con los quince millones de Carlos Marcello, en la convención republicana. Soy el encargado de supervisar el gran plan inminente del señor Marcello y de sus cohortes del crimen organizado, que es la construcción de lujosos hoteles-casino en una república bananera amiga, gobernada por un dictador, al sur de aquí, y le garantizaré a usted que la aerolínea de Hughes tendrá derechos exclusivos para llevar allí a los gilipollas. Debería tenerme en cuenta en serio para el puesto, porque usted sabe a quién conozco y lo que sé y porque tiene el pragmático sentido común de saber que lo haré quedar bien en todas las coyunturas.

—Cincuenta y seis segundos —dijo Brown consultando el reloj—. Usted ya le gustaba al señor Hughes y ahora me gusta a mí.

—¿Por qué le gustaba al señor Hughes?

—Porque mató a unos drogadictos en 1964 y el señor Hughes cree que será un tipo adecuado para ahuyentar de sus hoteles a los individuos de color.

—Estoy fuera del negocio racista, señor —dijo Wayne en voz baja—. Dígale al señor Hughes, por favor, que no estaré dispuesto a hacer eso. Y dígale, por favor, que necesitaré tener un encuentro personal con él antes de que usted me contrate.

—Señor, en este momento está usted drásticamente incapacitado —dijo Brown en voz baja.

Wayne le lanzó cuatro cápsulas al regazo y salió de la habitación.

Dos horas. Máximo, tres.



Volvió a su *suite* y se tumbó. Imaginó a Drácula girando alrededor de los anillos de Saturno y saltando las lunas de Júpiter. Tal vez está pilotando o estrellando aviones. Tal vez está follando con Kate Hepburn en el aparcamiento trasero de la RKO.

Sonó el teléfono. Wayne lo cogió. Brown lo interrumpió después del hola.

—El trabajo es suyo. Y el señor Hughes lo recibirá.

(Los Ángeles, 18/6/68)

—Clyde me dice que te gusta perseguir a las mujeres.

Plas, las primeras palabras del rey del odio. Plas, en la puerta, sin apretones de mano ni presentaciones.

—Sí, señor, es cierto —afirmó Crutch.

El doctor Fred Hiltz se rio.

—En realidad, ha dicho «mirar a las mujeres», pero no insistiré en ese punto.

La hacienda del odio de Hiltz. Una gran mansión española. Beverly Hills, unas dimensiones de primera, vecinos judíos a mogollón. Una inmensa sala de estar decorada con arte racista.

Buenos óleos. Los grandes maestros, recreados. Un linchamiento de Van Gogh. Un retablo de Rembrandt con cámaras de gas. Matisse comete atrocidades congoleñas. Paul Klee pinta a Martin Luther King asado al carbón.

Crutch miró las paredes. Man Ray había fotografiado a Bobby Kennedy muerto sobre una losa. Picasso había pintado a *lady* Bird Johnson comiéndole el chocho a Anna Frank.

Joder...

Crutch luchó contra un mareo pasajero.

—Conocí a una tía en Lawry's Prime Rib —dijo Hiltz—. Se llamaba Gretchen Farr. Me chutó un poco de chocho y me quedé enganchado. Me robó catorce de los grandes del refugio antiaéreo del patio. Búscala y recupera mi dinero.

Judíos rijosos con cuernos de demonio obra de Frederick Remington. Grant Wood pinta a LBJ despellejado y descuartizado.

—¿Descripción? ¿Última dirección conocida? Una fotografía, si la tiene.

Hiltz se llevó a toda prisa a Crutch a la parte de atrás. Como se expulsa a un vagabundo: *Raus! Mach Schnell!* Recorrieron largos pasillos. Esquivaron gatos y cagaderos de gato. Había fotos de JFK en la morgue pegadas en las paredes.

El patio era un jardín de estatuas. Un espalda mojada limpiaba con una manguera un Cristo de tamaño natural vestido con la sábana del Klan.

—No tengo fotos —dijo Hiltz—. Gretchen tenía fobia a las fotografías. Es una tía alta y de buen tipo, con una ligera coloración latina. Se alojaba en el hotel Beverly Hills, por lo que supuse que era legal. Puse a Phil Irwin a buscarla, pero se fue de parranda y me dejó tirado. Traté de contratar a Freddy Otash, pero ahora no acepta trabajos esporádicos.

El espalda mojada regó a Hitler y a Hermann Goering. La mierda de pájaro y el polvo se descompusieron.

—¿Qué más puede decirme de ella?

—No me escuchas. No sé una puta mierda. Me dejo llevar por el carajo y me cuesta catorce de los grandes, ¿lo entiendes? Si te contrato es porque tú sabes encontrar a la gente y yo, no.

Un gato trepó por Mussolini y se agazapó, esperando a los pájaros. Hiltz llevó a Crutch a unas escaleras subterráneas y lo empujó hacia ellas. Llegaron a una puerta de acero reforzado. Hiltz la abrió y le dio al interruptor. Se encendieron unos fluorescentes que iluminaron una colmena de odio de cuatro metros por cuatro.

Paredes empapeladas de odio. Odio a los negros, odio a los judíos, odio a los católicos, odio a los japos, odio a los chinos, odio a los hispanos, odio a los rojos, odio al hijo de puta del opresor blanco. Pancartas que incitaban al odio apiladas en el suelo. Cajas llenas de brazales nazis. Muñecas acerico de vudú: Jackie Kennedy Onassis, el papa Pablo, Martin Luther Negrata.

Hiltz cogió una pancarta. Un gigantesco esclavo semental acuchillaba a un mercader judío agazapado. El esclavo tenía un gigantesco bulto en la entrepierna. El judío tenía garras por pies y cola de rata. La pancarta rezaba: ¡¡¡EL GENOCIDIO ES EL MANDATO SAGRADO DE ALA!!!

—Los negros devoran este material. No imaginas el mercado que han creado todos estos folloneros militantes negros. Tengo todo un negocio paralelo funcionando. Son panfletos de negros que están en prisión, supuestamente escritos por morenos radicales de San Quintín. ¿Sabes quién los escribe realmente? Ese judío amante de los negros asquerosos con el que juego a golf.

Crutch estornudó. La colmena del odio apestaba a mohó y a meados de gato. El mareo volvió.

—Gretchen Farr. Dígame de qué hablaba con ella. Dígame qué le contó de sí misma. Dígame...

—No hablábamos. Follábamos. Hacíamos sesenta y nueve y la bestia de dos espaldas. No perdíamos tiempo en discusiones.

—Señor, ¿puede darme algo con lo que yo...?

Hiltz levantó la tapa de un gigantesco cesto de la ropa. El interior estaba lleno de billetes de cien. En total podía haber medio millón de dólares.

—Aquí está el misterio duradero, estúpido. Ella sólo me chorizó catorce mil. Lo sé porque cuento la pasta cada noche. ¿Quieres saber mi opinión? Gretchen fue sutil. Ese chocho ladrón me quitó lo que pensaba que yo no echaría en falta.

Crutch miró el cesto. Hiltz cogió un billete y se lo metió en el bolsillo de la camisa.

—El almuerzo corre de mi cuenta. Encuéntrala y te conseguiré un trío con Brigitte Bardot y Julie Christie. Tengo ese tipo de influencia, créeme.

Negros, pollas, judíos, la bestia de dos espaldas. Un posible trío. Un trabajo muy

oportuno para Clyde Duber Asociados.

Crutch condujo hasta el solar y buscó a Phil Irwin. Phil estaba hablando con Chick Weiss de algún trabajo de divorcios. Phil tenía un recuerdo borroso de Gretchen Farr. Normal. A partir de las diez de la mañana, Phil siempre lo veía todo borroso. Sí. El doctor Fred lo contrató. Sí, llamó al DPLA y a la oficina del Sheriff y se enteró de que esa titi, la Farr, no tenía antecedentes. Charló con el chico de recepción del hotel Beverly Hills y éste se negó a facilitarle los datos de su huésped. Luego, se fue de fiesta a Tijuana. Llevó a un grupo del club Rotary a ver el número del burro. El doctor Fred lo había despedido.

Crutch formuló la gran pregunta: El doctor Fred, ¿es judío?

—No —respondió Phil—, pero todas sus exesposas lo son.

Que te den, Phil. Próxima parada: el hotel Beverly Hills.

Crutch fue hasta allí y se ubicó. Enseñó la placa falsa de poli a un botones sarasa y le causó buena impresión. El botones sarasa habló con un recepcionista sarasa. El recepcionista sarasa miró con suspicacia la pinta de tirado de Crutch. Crutch le dijo que trabajaba para Clyde Duber. Al recepcionista sarasa aquello le gustó. Clyde tenía desenvoltura y un *je ne sais quoi*. Bien, chico, hablemos.

Crutch formuló las preguntas habituales en un divorcio. El recepcionista sarasa respondió. Calificó a Gretchen Farr de «mujer de poco fiar». Había alquilado el bungaló núm. 21 para tres semanas. No sabía qué hacía para ganarse la vida. Se juntaba con huéspedes ricos, europeos y latinos, de los dos sexos. Cada mañana pagaba en efectivo el alojamiento y los servicios extra. Al registrarse en el hotel había dado un dato: un buzón de llamadas telefónicas llamado «Centralita Bev». Era un servicio para las aves de paso. Gretchen era la quintaesencia de un ave de paso.

Eso era todo. El recepcionista sarasa se marchó contoneándose a adular a unas viudas con perros de lanas. Crutch se acercó al teléfono y llamó a información. Centralita Bev; en el 8814 de Fountain, Hollywood Oeste.

Llegó en coche hasta allí y se ubicó. La dirección era una tienda junto a la cual había una farmacia de prescripción rápida. Todos los colaboradores de los detectives conseguían los estimulantes allí. Aparcó. Se peinó. Se prendió la placa en la solapa y masticó Clorets. Practicó el guiño a lo Scotty Bennett. Anotación: Compra corbatas de lazo de tela de cuadros escoceses.

Entró. Una mujer mayor trabajaba ante una auténtica centralita telefónica. Era un lugar claustrofóbico, cuatro metros por cuatro y medio como máximo. Le llegó un olor a insecticida.

La mujer se fijó en él. La reconoció con retraso. Bev Shoftel, la reina de la mamada. Legendaria en L.A. Se la había chupado a todos los grandes astros de los años 30.

—La placa es falsa —dijo ella—. Tomo cereales cada mañana, así que conozco los premios.

—Soy investigador privado —replicó Crutch—. Trabajo para Clyde Duber.

Bev se quitó los auriculares y se ahuecó el cabello. Cayeron copos de caspa.

—Antes de que nacieras, ya le hacía mamadas a Clyde Duber. La primera vez que se la comí a Buzz Duber fue el día que cumplía doce años, así que no creas que vas a intimidarme.

Crutch guiñó un ojo. El párpado saltó espasmódicamente. Bev, la reina de la mamada, se rio.

—La respuesta es no. Sea lo que sea que me pidas, eso será lo que sacarás.

—Gretchen Farr. Me han dicho que es de poco fiar y me gustaría echar un vistazo a su registro de llamadas.

—*Nyet*. Y ni se te ocurra pedirme que te la chupe, porque tengo setenta y tres años y me he retirado del negocio.

—Yo podría ayudarte, cariño. Créeme, tengo ese tipo de influencia.

Bev se rio de nuevo.

—La comedia ha terminado, cariño. Pero me has hecho reír, por lo que te daré una información gratuita. He oído a Gretchie hablando por teléfono en español.

Llegó una llamada a la centralita. Bev se puso los auriculares.

—Por favor —dijo Crutch.

—Largo —replicó Bev.

Mamadas. Bev, la reina de la mamada, se la chupa a Buzz y a Clyde. Ahora Buzz consigue mamadas bajo coacción. Los atracadores de las mamadas de Scotty.

Era demasiado. Crutch se agitaba con todo ello. No podía ubicarse.

Fue a la farmacia de prescripción rápida y se agenció unas dextedrinas. Tomó cuatro con el café, se desagitó y volvió a agitarse. Fue a su piso y hojeó unos *Playboy*. Subió a la azotea y miró a una chica que tomaba el sol. Las dexes removieron recuerdos. Ahí está Dana Lund, al lado de la piscina, con un bañador sin tirantes. Ahí está Dana, haciendo de acompañante en una fiesta de la escuela preparatoria.

Dana. Gretchen Farr. Trabajos en hoteles. Gretchen se enrolla con hombres y con mujeres.

Crutch tuvo aquella vieja sensación y cogió sus viejas herramientas.

La farmacia estaba cerrada. La Centralita Bev, lo mismo. Un camino llevaba a un aparcamiento trasero. Las nubes absorbían la luz de la luna. La puerta lateral se veía endeble.

Crutch metió una ganzúa del cuatro en la cerradura. Con dos sacudidas echó hacia atrás los tambores principales. Metió una ganzúa del seis. Las movió al unísono. La cerradura saltó. La puerta se abrió.

Entró y cerró a su espalda. El olor del insecticida lo hizo estornudar. Sacó la

linterna y ajustó el haz de luz para estrecharlo. Vio un archivador al lado de los enchufes externos de la centralita.

Tres cajones sobre guías deslizantes. Marcados: «A-G», «H-P», «Q-Z». Tiró de la manija. Los tres estaban cerrados.

Se concentró en el cajón «A-G». Metió una ganzúa del cinco en el cierre. Un empujón y pop...

«A-G». Aaronson, Adams, Allworth, algunas B, algunas C y D. Echert, Ehrlich, Falmouth. Ahí, Gretchen Farr.

Crutch sostuvo la linterna con los dientes y agarró el historial. Era muy delgado. Contenía una sola página. La leyó rápidamente. El registro de llamadas empezaba tres semanas atrás, a finales de mayo.

No había direcciones ni datos personales sobre Gretch Farr. Sólo una lista de llamadas entrantes.

Joyería Avco, Santa Mónica, cuatro llamadas en total. Seis llamadas de consulados extranjeros: Panamá, Nicaragua, República Dominicana. ¿Eh? ¿Qué es eso? De momento, una mezcla extraña.

Tres hombres sólo con el nombre de pila: «Lew», «Al» y «Chuck». Un montón de llamadas a Gretchen pidiéndole que les devolviera las suyas. Todas con prefijos de L.A.

Du-32759/«No quiso dar el nombre». Sal/Núm: 52808. Crutch reconoció este nombre y este número. Eran de un actor, colega de Clyde.

Crutch sacó la libreta y lo copió todo. Le entraron los sudores de allanamiento de morada. El olor del insecticida le hacía cosquillas en la nariz. Aquella jodida linterna le hacía daño en los dientes.

El bar Klondike, en la Octava con La Brea. Un grial del griego y un imán lavanda para los moñas de muñeca floja.

Crutch llamó a Buzz desde el teléfono público de fuera. La acera parecía un gran casting para *cowboys* de la vaselina. Crutch le cantó a Buzz el Du-32758 y le pidió que mirase en el listín reverso a quién pertenecía. Buzz cogió el tocho, pasó páginas y le dijo a Crutch que no estaba. Crutch le dijo que llamara a la compañía Bell y pidiera que rastrearán ilícitamente el número.

La acción de la acera se puso demasiado salaz. Crutch se sentó en el coche y vigiló la puerta. El Lincoln de Sal volvía a estar en el aparcamiento. Sal «vivía» en el Klondike. Saldría tarde o temprano, con o sin el ligue nocturno.

Sal Mineo. Informante pagado de Clyde y Fred Otash. Dos candidaturas al Oscar y de ahí al fracaso. Un marica propenso a los problemas.

Crutch se reubicó. Las dexas lo hacían viajar mentalmente. El teatro Toho estaba hacia el sur. Parejas elegantes hacían cola para ver una estúpida película de arte y ensayo. Las chicas llevaban el pelo largo y lacio. Con cada mínimo movimiento de la

cabeza, saltaban chispas.

Alguien dio unos golpecitos en el parabrisas. Crutch vio a Sal Mineo, con su rizo engominado y sus ajustados vaqueros. Le abrió la puerta. Sal entró. Lucía aquella expresión de marica italiano ingenuo.

Crutch arrancó para doblar la esquina y reaparcó.

—Podías haber entrado —le dijo Sal—. No tenías por qué pasarte la noche acechando.

—Yo no acechaba.

—Tú acechas siempre.

—Joder, tío. Estaba esperando.

—Estabas acechando.

—De acuerdo, estaba acechando —se rio Crutch.

—Clyde quiere algo, ¿verdad? —se rio Sal—. Si fueras por tu cuenta, estarías acechando la ventana de alguna chica.

Crutch agarró el volante con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Sal levantó las manos. Eh, que no pienso hacerte daño.

—Bien, empecemos otra vez. ¿En qué puedo ayudaros a Clyde y a ti?

—Gretchen Farr. Se llevó dinero de un cliente de Clyde y sé que tú la conoces.

—Claro que la conozco. —Sal encendió un cigarrillo—. Sé que se folla a montones de hombres y les sisa dinero, pero no sé por qué la relacionas conmigo. Si me lo explicas de una manera convincente, te diré lo que necesitas saber.

Aquellos pucheros, aquel cabello de brillantina de italiano de mierda. Crutch cerró los puños.

—He comprobado los registros telefónicos. Tú llamaste a su servicio hace dos semanas.

Sal abrió la ventana y el humo salió. Sal se rodeó las rodillas con las manos y puso cara de ingenuo.

—Yo diría que Gretchen Farr es un alias. No me preguntes cómo lo sé, pero es así. No conozco su paradero porque nunca le cuenta a la gente dónde vive. Como ya he dicho, folla con un hombre tras otro, les roba o les pide pasta prestada y luego desaparece. Llamé a su servicio porque ella llamó a mi servicio. En realidad, no llegamos a hablar. Antes le presentaba a algunos hombres pero, por lo general, es ella la que se busca los clientes. Es muy cuidadosa, nuestra Gretch. Siempre se asegura de que los follados no se muevan en los mismos círculos.

Trabajos de follar, un hombre tras otro, los follados...

—¿Fotos?

—No. —Sal sacudió la cabeza—. Es la chica más tímida ante las cámaras que nunca haya conocido.

—Los follados. Dame algún nombre.

—No. No me acuerdo de ninguno, y Gretch me pagó para que le presentara clientes y prometí que no hablaría de ella. Se lo juré por mis niños.

Crutch dio un manotazo al volante. Crutch golpeó el salpicadero. Sal puso cara de ingenuo y no se acobardó.

—¿Te sientes mejor, cariño?

Crutch flexionó las manos. Las palmas y los dedos le escocían. Sal hizo girar su rizo engominado y suspiró.

—¿Por qué crees que Gretchen Farr es un alias?

—Tiene una pinta demasiado hispana para llamarse Farr. Como mucho, es medio hispana medio anglo.

—¿Y no vive en L.A.?

—No, viene de paso, causa problemas y se marcha.

—¿Tiene amigos? ¿No conoces a nadie que la conozca?

—Pareces resignado —Sal puso de nuevo cara de ingenuo—, así que te daré un bocadito. Puse a Gretchie en contacto con un agente de la propiedad inmobiliaria llamado Arnie Moffett, que es un hombre horrible que había hecho de chulo para Howard Hughes. Compró unos cuantos picaderos de Hughes en las colinas de Hollywood, por lo que tal vez Gretchie se aloje en uno de ellos.

Crutch chasqueó los nudillos. Le dolía la cabeza. No conseguía ubicarse. Sus pensamientos se confundían y se desviaban.

—Espero que llegue el día, cariño —dijo Sal.

—¿Qué día?

—El día en que te des cuenta de que no eres duro en absoluto.

Los nombres del registro de llamadas. «Al», «Lew» y «Chuck». Podían ser los follados de Gretchen. Quizá lo reubicarían. Quizá le provocarían una lluvia de ideas.

Crutch se bajó de las dexas con seconal y Old Crow. Durmió y por la mañana llamó a los tres tipos. Dejó caer el nombre de Gretchen. Los intrigó. Se citó con ellos en el Carolina Pines, tres encuentros con tres follados, una hora de intervalo entre uno y otro. Llegó al Pines temprano y se apalancó en un reservado del fondo. Tomó panqueques y café y se le aclaró la cabeza.

Al se presentó puntual. Estaba cabreado. Estoy casado, imbécil. Me has atraído con engaños para interrogarme sobre un chocho ilegal al que financié. Crutch le enseñó la placa. Al reveló lo siguiente:

Conoció a Grecth en Trader's Vic. Se vieron algunas tardes en casa de él y en casa de ella. Ella tenía un apartamento en Beachwood Canyon. No me preguntes dónde, porque siempre llegué medio cocido.

Gretchie decía que tenía recursos. Hablaba de trabajos de importación-exportación. Le pidió cinco de los grandes. Él estudió la petición. Casi se los dio, pero algo lo disuadió. La mujer emitía una vibración furtiva. Echó un vistazo al bolso y encontró cuatro pasaportes distintos. Se negó a prestarle la pasta.

¿De qué países eran los pasaportes? Dios, no lo sé. ¿Tenía conocidos? ¿Habló de



alguien? Chico, sólo follamos.

Crutch prometió silencio y le dijo a Al que se largara. Al se largó. Apareció Lew. Estaba cabreado. Imbécil, estoy casado. Me has atraído con engaños para interrogarme sobre un chocho ilícito al que financié. Crutch le enseñó la placa. Lew reveló lo siguiente:

Conoció a Gretchen en el asador del Stat. Se enrollaron. Jodió con ella en el hotel Miramar y en un apartamento de Beachwood Canyon. Ella le sacó cinco de los grandes. Desapareció. Lew intentó encontrar el apartamento. No lo consiguió. Siempre que había ido, estaba borracho. No encontró aquel maldito lugar.

¿Conocidos? ¿Pasaportes? ¿Temas de conversación? Chico, no me estás entendiendo. Apenas hablamos.

Crutch prometió silencio y le dijo a Lew que se largara. Lew se largó. Apareció Chuck. Estaba cabreado. Estoy casado, cretino. Me has atraído con engaños para interrogarme sobre un chocho ilícito al que financié. Crutch le enseñó la placa. Chuck reveló esto:

Conoció a Gretchie en el asador Westward Ho. Follaron en una casa, dos kilómetros al este de Beachwood Canyon. Era una casa de alquiler. Los muebles todavía tenían la etiqueta con el precio. Debería haberlo visto venir...

Chuck le dejó cinco de los grandes. Ella se esfumó. La llamó a la centralita de Bev y trató de encontrarla. La vieja Bev fue una tumba.

Lo rechazó. Al día siguiente encontró un regalo en el correo.

Una foto Polaroid. Chuck y Gretchie Farr jodiendo. Chuck entendió el quid de la cuestión. Desiste o tu *frau* recibirá esto.

Chuck desistió. Chuck no sabía nada de pasaportes ni si tenía conocidos. ¿De qué hablaban? Chico, sólo follábamos.

Crutch prometió silencio. Chuck se largó. Crutch pidió a la camarera que le trajera un lápiz y un papel. Ella lo hizo. Crutch dibujó y redibujó a Gretchen Farr.

Los follados le habían dado descripciones ligeramente distintas.

¿Una anglo con sangre hispana? Tal vez sí, tal vez no. Bev la había oído hablar en español. Había recibido llamadas de tres consulados. Panamá, Nicaragua y la República Dominicana. Países latinos. Gran fiesta de hispanos de mierda en el 68. Es disoluta, tiene el pelo castaño, la piel clara y un punto morena. Vamos, lápiz, vamos.

Dibujó a Gretchie de seis maneras. Le puso peinados distintos y la hizo sonreír y fruncir el ceño. Sentía que lo guiaba un espíritu impetuoso. El lápiz se rompió. Cuando vio adónde había ido a parar con todo aquello, se atragantó y se quedó jodido.

Había dibujado a Gretchen Farr como Dana Lund, las seis veces. Gretchie era Dana en moreno.

La joyería Avco estaba en la playa. En el escaparate había relojes de lujo

colocados sobre unos bloques de terciopelo. Crutch se situó bajo un toldo a rayas. Estaba acelerado. Su carburante eran panqueques grasientos y residuos de droga.

Entró. Detrás del mostrador había un tipo con pinta de tiquismiquis manoseando unas perlas. Estudió a Crutch. Chaqueta azul marino y pantalón gris. De acuerdo, una pinta pasable.

—¿Señor?

—Me gustaría hacerle unas preguntas, si es tan amable.

—Por supuesto. ¿Busca usted algo en especial?

—A Gretchen Farr —farfulló.

—¿Con relación a...? —El tiquismiquis jugueteó con las perlas.

—Es una investigación.

—Eso ya me lo había figurado, pero ¿no es demasiado joven para ser detective de la policía?

—Soy investigador privado.

—Me extraña, pero le concederé el beneficio de la duda.

Crutch se ruborizó.

—Mire, alguien ha llamado a su servicio de recogida de llamadas desde este número. Trato de...

Sonó el timbre de la puerta. Entró una vieja con un chihuahua en brazos. Vibraba a futura cliente deseosa de perlas.

—La señorita Farr vino hace un par de semanas mientras yo no estaba —susurró el tiquismiquis—. Dejó un mensaje para que la llamara, y lo hice. Intercambiamos llamadas telefónicas. Quería consejo para cortar de nuevo unas valiosas esmeraldas que obraban en su poder. Le pregunté por la procedencia de las piedras y no pudo aclarármela, lo cual me pareció raro.

La anciana dejó el chihuahua en el suelo. El hijo de puta se puso a ladrar. El tiquismiquis salió de detrás del mostrador y la atendió.

Buzz llamaba al trabajo de Hiltz «el caso». Crutch, en su cabeza, lo llamaba «mi caso». El doctor Fred tenía la pasta para pagar la investigación. *Cherchez la femme*. El rey del odio estaba encoñado con Gretchie. Buzz llamó a la compañía Bell y sobornó a un zángano para que le rastreara aquel número. De momento, nada. Buzz sondeó a los contactos de Clyde en la pasma pidiendo información sobre la *belle* Farr. De momento, nada. Arnie Moffett era su única pista importante. Buzz dijo que era una pista «caliente». Crutch dijo que ardía.

Quedaron en la azotea de los apartamentos Vivian y lo discutieron a fondo. Caía el crepúsculo. Hacía calor. Los últimos rayos de sol emborronaban el cielo y lo tornaban verde musgo. Buzz fumó un porro y habló por los codos de coches y coños. Crutch jugueteó con su telescopio.

Echó un vistazo extra al Paramount, un elegante salón de variedades. Vio a

Lonnie Ecklund trabajando en un Mercedes del 53. Vio a unos borrachos que salían haciendo eses del Nickodell. Vio a Sandy Danner fumando un cigarrillo a escondidas en el porche trasero de su madre. Lonnie/Sandy/Buzz/Crutch, instituto Hollywood, año 62.

Dana Lund quedaba fuera del alcance. Crutch giró el telescopio hacia el oeste. Vio a Barb Cathcart asando perros calientes. Llevaba una camiseta sin mangas teñida a lo *hippie* y un medallón de la paz. Se le veía el escote pecoso. Barb había cantado con un grupo llamado The Loveseekers. Perdieron todos los concursos de bandas a los que se presentaron. Barb le enseñaba el felpudo en el instituto Le Conte, primavera del 58. El mundo de Crutch se descentralizó entonces. Bobby, hermano de Barb, se prostituía. Al parecer, poseía una polla de treinta y cinco centímetros.

Esmeraldas, picaderos, listas de jodiendas, registros de jodiendas, follados.

—Eres un tipo mucho más raro que yo —dijo Buzz.

—Vayamos a apretarle las tuercas a Arnie —dijo Crutch.

Los speedballs daban energía. Cuatro dexes, dos seconales y unos tragos de Jim Bean. Llegaron a Miracle Mile levitando. Crutch sentía que se le habían expandido las cuencas de los ojos.

La agencia inmobiliaria de Moffett era una caja de zapatos. Estaba al lado de la tienda de comida preparada de Ma Gordon, «El hogar del héroe hebreo». La puerta estaba abierta. Las luces estaban encendidas. Detrás de un mostrador había un tipo flacucho. Llevaba una camisa roja de jugar a bolos con ARNIE bordado en ella.

Estaba absorto. Se miraba en un espejo giratorio y se apretaba los barrillos. Crutch carraspeó. Buzz carraspeó. Arnie se quedó paralizado.

—Esto... ¿Señor? —dijo Buzz. Crutch lo hizo callar.

—Sois de una fraternidad de estudiantes, ¿verdad? Queréis alquilar uno de mis cuartos para una fiesta y atraer a él a algunas titis.

La habitación se desubicó. Unas curiosas luces giraban.

—Somos detectives privados —dijo Crutch.

Arnie se puso en pie. Arnie se agarró la entrepierna y dijo:

—Pues detectad esto.

Crutch se cabreó. Se le nubló la vista y lo vio todo ROJO: una habitación ROJA, unas luces ROJAS, un mundo ROJO. Le soltó una patada en las pelotas. Arnie se dobló. Crutch le dio puñetazos y lo hizo caer de bruces. Arnie se partió la nariz. Voló sangre. Arnie se desplomó y alargó la mano para coger el teléfono. Crutch arrancó el cordón de la pared y lanzó el maldito aparato al otro lado de la habitación.

Buzz temblaba. Sus labios hacían cosas curiosas. Crutch vio la mancha de pis en sus pantalones y olió la mierda de sus calzoncillos.

Arnie agitaba los brazos. La sangre de su nariz formaba un charco. Crutch le puso un pie en la nuca para que parase.

—Gretchen Farr —le dijo.

Arnie emitió un gorgoteo. Buzz corrió al retrete. Crutch tiró un pañuelo al suelo. Arnie rodó de espaldas, se tapó la nariz y detuvo la hemorragia. Crutch sacó la petaca. Arnie le pidió con señas que se la pasara. Crutch le dio de beber a pequeños sorbos. Jim Bean, 50 grados.

Arnie tragó aire, jadeó y tosió. Arnie hizo acopio de *savoir faire*.

—Eres una mierdecita malvada —dijo.

Crutch se acuclilló. Se mantuvo lejos del charco de sangre. Se le reconectaron los circuitos mientras la habitación se torcía y daba bandazos a su alrededor.

—Gretchen Farr.

—Es rojilla. Es una izquierdista itinerante con más nombres que medio mundo.

—Sigue.

—Se enteró de que yo le buscaba coños a Howard Hughes.

—Sigue —dijo Crutch. Arnie le pidió la petaca por señas. Crutch le dio tres sorbos. Arnie tragó el *bourbon* aliñado con sangre y respiró hondo.

—Alquiló una de mis casas, en las colinas de Hollywood. Una casa sencilla. Dos semanas de alquiler. Estuvo y se marchó.

—Sigue.

—Son casas cutres. Las alquilan como escenarios de películas y para pillarse borracheras. Arriendos de pocos días.

—Sigue, Arnie. Cuanto menos tardes, más deprisa me marcharé.

La sangre ya había empapado el pañuelo. Arnie lo tiró y se secó las manos en los pantalones. Entró Buzz, subiéndose la bragueta. Estaba de un verde psicodélico.

—Dínoslo, Arnie —dijo Crutch.

—Que os diga, ¿qué? Es una rojilla con un plan jodido.

—Arnie...

—Vale, vale. Me sondeó para sacarme información sobre Howard Hughes y su organización. Dijo que quería contactar con un tipo llamado Farlan Brown. Le dije que lo conocía. Es ese putero que se hace pasar por mormón para estar a buenas con Hughes. Cuando viene a L.A. siempre va por Dale's Secret Harbor.

Hughes, Gretchie, esmeraldas y ese millón de dólares...

—Duplicados de las llaves, Arnie. De la casa que Gretchen alquiló y de todos tus otros cuartos.

Arnie asintió y se puso en pie. Crutch lo sujetó. Arnie se tambaleó durante un minuto entero. Crutch separó las piernas y se sosegó. Todo su mundo rojo se torcía y daba bandazos.

Buzz se piró a cambiarse de ropa y fue al Dale's Secret Harbor. Crutch seguía viéndolo todo torcido. Se le ocurrió hablar de nuevo con Phil Irwin y hacer una comprobación de permisos de conducir. Se detuvo en un teléfono público y llamó al

Departamento de Vehículos a Motor. Dejó caer el nombre de Clyde Duber y los datos aproximados de Gretchie. Nada, sólo una Gretchen Farr de ochenta y dos años que vivía en Visalia. Llamó al Dale's Secret Harbor y pidió por Buzz. Buzz informó: Sí, había preguntado por allí y se había enterado de que Farlan Brown era un machaca importante de Hughes. El trabajo principal lo hacía en las Aerolíneas Hughes.

Era tarde. Crutch se acercó al solar. El 409 de Phil no estaba. Crutch se reubicó. Sus torceduras mutaron en nervios malos y bostezos. Pasó por tiendas de comida para llevar. Probó en Canter's, en Linny's, en Art's. Phil siempre picaba algo tarde por la noche en compañía del abogado judío Chick Weiss.

Paró en las tres. Ni rastro de Phil. Fue a la sala de fiestas de Tommy Tucker, en Washington con La Brea. A Phil le gustaban los chochos negros. El local era la tapadera de un burdel de negras. Quizás estaría allí.

Sí, allí estaba. Ahí está su coche, junto a la puerta trasera. Está aparcado. Se mueve a sacudidas. Su culo blanco bota en el asiento trasero. Unas piernas muy abiertas, oscuras y gordas.

Aquello siguió y siguió. Crutch aparcó y miró hacia otro lado. Phil y la negrata le proporcionaron una banda sonora de jadeos. Crutch se tapó los oídos durante el crescendo. La negrata se apeó del coche. Llevaba peinado afro y pesaba más de ciento diez kilos. Se alejó con paso relajado hacia el local. Phil se cayó del coche. Se puso en pie y vio el GTO de Crutch. Eh, conozco ese coche.

Crutch salió y se desperezó. Phil se tambaleó. Llevaba la sudadera de los Dodgers desaliñada.

—¿Me has estado siguiendo?

—Bueno, te buscaba.

—¿A la una de la madrugada, joder?

—Vamos, los tipos como nosotros no llevan horarios normales.

Phil encendió un cigarrillo. Le costó cuatro cerillas. Apestaba al perfume de la negrata.

—Hemos conseguido un trabajo, ¿no? Tenemos algo de trabajo que hacer y tú has venido a buscarme.

—No. —Crutch sacudió la cabeza—. Es sólo una nueva entrevista. Quería que repasaras conmigo de nuevo lo que sabemos de Gretchen Farr.

Phil hizo un extraño aro de humo.

—Muy bien, veinte pavos.

—¿Veinte pavos?

—Exacto. Dejé plantado al doctor Fred en el trabajo y te daré toda la información por veinte.

Crutch sacó su rollo de billetes y cogió dos de diez. Phil tiró el cigarrillo contra un Oldsmobile del 64. Le manchó la pintura rosa, propia de negrata.

—Bien, pues le hice un par de informes «sin pistas» al doctor Fred porque no me apetecía perseguir a Gretchen, que es un ave de paso, hasta el quinto coño y porque

me han comprado para que deje el trabajo.

—¿Quién? ¿Quién te ha pagado?

—Fue un trato en efectivo. Anónimo. Un servicio de mensajería me mandó la pasta y yo rastreeé al remitente. Quédate, venía de la fábrica de herramientas de Hughes. Dios, pensé, esto es interesante. Luego perdí interés y fui a esa farra.

Hughes otra vez. Farlan Brown, hombre de Hughes. El mundo rojo volvió a torcerse.

—Toda esa secuencia de acontecimientos la tengo borrosa, pero me da la impresión de que, efectivamente, vi a Gretchen Farr en algún lugar de las colinas de Hollywood. Estaba con esa tía mayor que tiene una cicatriz de arma blanca en el brazo izquierdo. También veo un Comet del 66. Blanco, tal vez, y una parte de la matrícula, ADF2... Pero ¿qué demonios sé yo, joder, si estaba como una cuba?

El DVM de Hollywood tenía una oficina abierta las veinticuatro horas. Los polis podían pasarse por allí y echar un vistazo a los registros cuando quisieran. Crutch le soltó veinte pavos y el nombre de Clyde al funcionario que hacía el turno de noche. El tipo lo dejó pasar a la sala de los ficheros.

Tenía el año y el modelo y una parte de la matrícula. Eso significaba que no sería una identificación rápida. Phil era un borrachín. Su memoria era sospechosa. El Comet podía estar matriculado fuera de California. Las tarjetas de la matriculación estaban metidas en grandes cajas. Estaban ordenadas por el condado de origen y archivadas por el apellido del dueño del vehículo. Empecemos con el condado de L.A. Una F de Farr, vamos.

Crutch bajó cajas y caminó con los dedos sobre ellas. Ninguna Gretchen Farr con un Comet del 66 en el condado de Los Ángeles. Sigamos a partir de aquí.

Trabajó. Sacó tarjetas toda la noche. Fue condado por condado. Empezó por la F de Farr y siguió con las otras letras hacia delante y hacia atrás. Probablemente, Gretchen utilizaba nombres falsos. Farr podía ser su decimosexto apellido, o el número cuarenta y dos. Su cuerpo eliminaba residuos de droga. Sintió como un gran dolor y bostezó. Tenía telarañas pegadas a las manos y en la cabeza se le apilaba moho.

Vio amanecer por la ventana. Llegó al condado de Kern. No había ninguna F de Farr; pasamos a la G y a la H. Encontró el fichero de la agencia de alquiler de coches Hertz, con oficinas en todo el estado. Había tenido suerte.

Un Comet blanco del 66, ADF212. Matriculado en Kern y enviado al condado de L.A. Lo alquilaban en la agencia de Sunset con Vermont.

Crutch sacó la tarjeta y corrió a un teléfono público. Llamó al número de la Hertz. Se identificó como el sargento Robert S. Bennett, del DPLA. El menda de la Hertz tragó. Scotty/Crutch le soltó una historia sobre el Comet del 66 y Gretchen Farr.

—¿Qué puede decirme de eso?

El menda revolvió papeles. Nada sobre Gretchen Farr, lo cual no era ninguna sorpresa.

—¿Quién ha alquilado el coche últimamente y quién lo tiene alquilado ahora? — quiso saber Scotty/Crutch.

El menda dijo que tenían que devolverlo aquella noche a las diez. Lo habían alquilado para dos semanas. Una mujer llamada Celia Reyes. Dirección local: hotel Beverly Hills. Permiso de conducir de la República Dominicana, el punto caliente del Caribe, el paraíso de la promiscuidad.

Crutch aparcó fuera de la hacienda del odio. Desde el patio trasero llegaban unos gorgoritos de ópera. Caminó por la calzada de acceso. La verja estaba abierta. Los pájaros anidaban en las estatuas del dictador. La música salía estrepitosamente de la puerta del refugio antiaéreo.

Se acercó y bajó las escaleras. Hizo ruido adrede. El doctor Fred estaba sentado a una mesa de dibujante, haciendo una tira cómica. Quédate con ese negrata zumbado de cabeza de sandía.

El doctor Fred llevaba una sábana de Klan y sandalias. Una Luger en un cinturón le abultaba la camisa. La música sonaba a un volumen ensordecedor.

Vio a Crutch. Pulsó un interruptor de la mesa y mató el aria a medio chillido. Sacó la Luger deprisa e hizo un numerito de pistolero.

—Tienes los ojos castaños. ¿Eres judío?

—Usted también tiene los ojos castaños.

—Sí, pero yo sé que no soy judío.

Crutch se frotó las orejas. La reverberación del grito persistía.

—Tienes sangre en los pantalones —dijo el doctor Fred.

—Ha sido trabajando para usted, señor.

—Te mueres de ganas de decirme algo. ¿Quieres saber mi opinión? Me parece que hueles dinero.

El refugio olía: a humedad, a moho y, eso seguro, a dinero.

—Gretchen, Arnie Moffett y Farlan Brown. Cuénteme lo que no me ha contado.

—Y por qué iba a hacerlo, *schmendrick*. ¿Sabes qué significa *schmendrick*? Es sinónimo de *schlemiel*.

—Intento ayudarlo, señor. Yo solamente...

—... un muchacho aventurero que se ha metido en líos con Clyde Duber. Y que ahora se mete en líos conmigo. Clyde te paga seis dólares la hora, pero yo voy a partirme un millón contigo.

Una ardilla se sentó en la escalera. El doctor Fred apuntó con la Luger y disparó. Una bomba sónica estalló en el refugio. La ardilla se vaporizó. El doctor Fred cogió el casquillo expulsado a medio vuelo.

—Sabía que Gretchen me estaba engañando, pero no creía que fuera a robarme. Un chocho es un chocho, pero una ladrona es una ladrona.

—Hay más que eso. —Crutch se frotó las orejas.

—¿Por qué lo dices? Eres un *schmendrick*. Eres Phil Irwin sin el pedo de alcohol.

—No se quede conmigo, señor. Estoy juntando algunos nombres y todos llevan al mismo sitio.

—Drácula —dijo el doctor Fred.

—¿Eh? —preguntó Crutch. Los restos de la bomba sónica le atacaban los oídos. El doctor Fred enfundó la pistola.

—Sospeché de Gretchie —dijo—. Le registré el bolso y encontré el número de Arnie Moffett. Y llamé a Arnie. Y Arnie se mostró dócil y yo le pagué por la exclusiva sobre Gretchie. Y me dijo que Gretchie intentaba acercarse a un *macher* de Howard Hughes llamado Farlan Brown.

—¿Y? —preguntó Crutch. Un último retumbo sónico se desvaneció.

—Y yo quería acercarme a Hughes. Tenemos las mismas sensibilidades raciales y yo tengo un plan de purificación que él puede financiar. Tuve un rival llamado Wayne Tedrow Senior. Entre los dos, controlábamos todo el negocio de la propaganda racista. Acaba de morir y el gilipollas de su hijo, Wayne Junior, quizá sea el nuevo hombre de Drácula. Quiero hacerme con el material impreso de Senior y acercarme a Drácula, y estoy pensando que ese mormón mamón de Farlan Brown es la persona clave. Yo soy demasiado controvertido para introducirme en el asunto, pero un chaval perdedor como tú podría colarse de una manera inocua. La revista *Life* ofrece un millón de dólares por una foto de Hughes y un chaval oportunista como tú podría acercarse a él.

El mundo rojo, torcido y dando bandazos, y sangre en los pantalones.

—Sí, señor —dijo Crutch.



(Las Vegas, 20/6/68)

Otra *suite* de hotel. Otro servicio de habitaciones que ofrecía una mierda de comida.

El señor Hoover le había dicho que se instalase en Las Vegas. El asesinato de Wayne Senior lo había irritado. Quería que valorase y ablandase a Wayne Junior. De ahí aquel fastidio de parada en el camino. De ahí el rato en el DPLV. De ahí aquella ensalada pasada y el espantoso bisté.

Dwight apartó el plato. La comida le pasaba factura. Lo ralentizaba y contrarrestaba el estímulo que le producían la nicotina y el café. El Stardust era de los Chicos de Chicago. El FBI era presuntamente antimafia. A pesar de ello, tenía una *suite* allí. El señor Hoover no tenía queja del crimen organizado. Éste fue estrictamente la bestia negra de Bobby K. y su ruina. El señor Hoover odiaba a los rojos, a los negros de mierda y a los izquierdistas insidiosos. Al señor Hoover seguramente le gustaban las ensaladas pasadas y los bistés espantosos.

El maldito Stardust. Cuatro mil máquinas tragaperras y *suites* forradas de terciopelo. Los Chicos de Chicago tenían prisa por traspasarle el local a Howard Hughes. El conde Drácula estaba impaciente por comprarlo. Los Chicos dejarían personal dentro y sangrarían al conde.

Y Wayne Tedrow Junior hace de intermediario. Wayne folla con su madrastra moribunda. Ellos dos mataron a Wayne Senior. Dwight y Senior se conocían desde hacía mucho. Dwight pensaba que Junior era una buena pieza. Ahora se dispone a librarlo de una acusación de asesinato en primer grado.

La gran cagada colectiva.

Fuera hacía 33 grados. Los conductos de ventilación escupían hielo. Dwight experimentó aquella sensación de cautividad hotelera y deambuló de un lado a otro de la *suite*.

La mierda seguía entrecruzándose. Buddy Fritsch estaba demasiado nervioso. El agente especial de Las Vegas decía que los rumores de que Junior había matado a Senior corrompían el aire del desierto. El señor Hoover estaba perdiendo el control de la situación. Hasta cierto punto, el señor Hoover aún lo conservaba. Sirhan Sirhan rabiaba en L.A. Jimmy Ray rabiaba y se enfrentaba a una extradición. El asunto de la Grapevine Tavern se estaba filtrando. Aquella mañana había visto un teletipo de la Agencia de Control del Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas de Fuego. El señor Hoover, sobresaltado, se lo había enviado por télex. La Agencia tal vez pondría la taberna bajo vigilancia. Los parroquianos traficaban con armas y droga. Malestar interagencias. Con la vigilancia de la Grapevine, el tiro había salido por la culata y había inspirado rumores de conspiración. La mayoría de dichos rumores era

desechable. Aquél tal vez no lo fuera. Requeriría una intervención. Dicha intervención no podría llevarse a cabo mientras la Agencia de Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas de Fuego rondase por el local.

Proximidad. Las palabras imprudentes de Jimmy Ray. Palabras imprudentes en la Grapevine. Palabras imprudentes válidas. El hermano de Jimmy Ray era dueño de una parte del local.

La gran cagada colectiva.

Tenía los nervios de punta. Dormía mal. Memphis asomaba en sus sueños cada noche a las tres de la madrugada. Los ruidos de los coches le parecían disparos. Las pequeñas incomodidades de la cama eran como si alguien le pegara.

Dwight se acercó a la ventana del dormitorio. Las *suites* de hotel le provocaban añoranza de Karen. Las *suites* de hotel le provocaban ansia de dormitorios reales. Se había colado media docena de veces en casa de Karen. Quería quedarse allí tranquilamente mientras ella estaba ausente. Quería pruebas instintivas de que no tenía otros amantes. Encontró la tranquilidad que buscaba y vio confirmadas sus pruebas. Una vez, ella se coló en su *suite* del D.C. Dwight encontró señales de la entrada, levantó huellas y encontró dos latentes de Karen Sifakis. Ella vio sus cheques anónimos. Leyó su diario. «La amo locamente, joder», había escrito él dos días antes.

Se habían dicho «te he espiado» de una manera oblicua. Él ha leído su diario. Probablemente esconde las páginas que no quiere que él vea. Ella lo ha interrogado sobre los cheques. Algún día, él tal vez se lo contará.

Dwight se sirvió temprano su único trago de cada noche. El crepúsculo llegó y se marchó. El cielo oscuro destellaba y palpitaba con todo el neón de Las Vegas.

Enero del 57. Calzadas heladas en Merritt Parkway. Trabajaba en la oficina de la ciudad de Nueva York. Conducía un coche del Buró. Iba colocado. Iba hacia Cape Cod a pasar el fin de semana con su novia. Atravesó la mediana y chocó contra un coche que venía de frente. Mató a los dos hijos adolescentes del señor George Diskant y su esposa.

Él sufrió heridas leves. El señor Hoover enfrió toda la investigación de la policía estatal de Connecticut. Él ingresó en un sanatorio cerca de New Canaan. Pasaba de los accesos de llanto a largos períodos de silencio. Se quedó en Silver Hill un mes y cuatro días. Recobró el aplomo y volvió al trabajo. Se mantuvo alejado de las mujeres hasta que conoció a Karen.

Dwight sorbió despacio su única copa de la noche. El espectáculo del cielo empezó a irritarlo. Sacó sus expedientes de los militantes negros y los leyó.

La segunda lectura confirmó la primera. Los Panteras y los Esclavos Unidos, demasiado conocidos y demasiado infiltrados. La Alianza de la Tribu Negra y el Frente de Liberación Mau Mau, desconocidos y con grandes posibilidades de ser desenmascarados.

Karen podría buscarle un o una informante. Él o ella podían ser blancos o negros.

Él o ella podrían delatar políticamente a los dos grupos. El infiltrado tenía que ser un varón negro. Podría delatar todas las acciones criminales políticamente justificadas.

Tal vez un poli. Tal vez un expoli. Tal vez un poli o un expoli con un pasado de poco fiar. De nuevo aquella idea: comprueba las listas de suscriptores de correo racista.

Wayne Junior tenía acceso a las listas de Wayne Senior. Wayne Junior había dicho que él no estaba en aquel negocio. El doctor Fred Hiltz era un informante del Buró. Era uña y carne de un detective privado de Los Ángeles llamado Clyde Duber. Clyde era uña y carne con el agente especial de L.A.

En el pasillo sonó un timbre. Dwight se sobresaltó.

(Las Vegas, 20/6/68)

El conde tragaba píldoras con una bebida roja. Parecía zumo de frutas y sangre. Llevaba guantes quirúrgicos y unas cajas de Kleenex por zapatos. Llevaba el pelo largo. Sus uñas parecían garras. Llevaba una gorra de vigilante de lana y unas gafas de sol de vendedor de coches.

Wayne estableció contacto visual. Resultó duro. Farlan Brown estableció contacto visual. Él tenía más experiencia. Hizo de maestro de ceremonias de la entrevista.

El ático del Desert Inn. Chez Drácula. Una habitación de hospital con grandes televisores de pared a pared. Tres pantallas con noticias. Leyendas mártires. Asesinos incriminados. Nixon contra Humphrey y cifras superpuestas de los sondeos de opinión.

El sonido murmuraba en voz baja. Wayne lo apagó. Su silla estaba pegada a la cama de Drácula. Olía a desinfectante para uso industrial.

—El señor Tedrow sabe que usted tiene preguntas —dijo Brown. Drac se puso una máscara quirúrgica. Su voz resonó a través.

—Señor, ¿cree que un pistolero solitario mató al senador Robert F. Kennedy?

—Sí, señor, lo creo.

—¿Cree que un pistolero solitario mató al reverendo Martin Luther King?

—Sí, señor, lo creo.

—Nuestro hombre es realista, Farlan —suspiró Drácula—. Es un mormón firme sin tendencias caprichosas.

—Ha hecho usted una elección muy inteligente, señor. —Brown unió las manos en pose de plegaria—. Wayne tiene las habilidades apropiadas y conoce a toda la gente apropiada.

Drac tosió. La mascarilla se hinchó. Una flema le cayó por la barbilla formando un reguero.

—Conoce a nuestros amigos italianos. ¿Es eso cierto?

—Lo es, señor. Conozco muy bien al señor Marcello y al señor Giancana.

—Me han vendido unos hoteles-casino maravillosos y mi intención es comprar varios más.

—Les encantará vendérselos, señor. Acogen de buen grado su presencia en Las Vegas.

—Las Vegas es un criadero de bacterias de negros. Los negros tienen muchos glóbulos blancos. No les estreche nunca la mano. Emiten partículas de pus por las puntas de los dedos.

Wayne se quedó atónito. Los segundos pasaron despacio. Brown sonrió e

intervino.

—Wayne va a igualar su contribución al señor Nixon, señor.

—Dick el Escurridizo —asintió Drac—. En el 56 le presté dinero a su hermano. La cosa se supo y jodió bien a Dick. Es posible que eso inclinara la elección a favor de Jack Kennedy.

—Entregaré el sobre durante la convención —dijo Wayne—. El señor Marcello quiere esperar hasta que tenga bien amarrada la candidatura.

—Yo soy delegado —dijo Brown—. ¡Miami en agosto, Dios mío!

—Los negros montarán algaradas y requerirán sedación masiva. Lo suyo sería un tranquilizante para animales. El señor Tedrow podría supervisar la manufactura de la fórmula y probar las dosis en algunos desechos de negro que ya estén en custodia.

Wayne se quedó atónito. Los segundos se arrastraron. Brown sonrió e intervino.

—Wayne ha dicho que asistirá a la convención y nos informará. ¿Correcto, Wayne?

—Sí. Será un placer echar un vistazo y hacer todo lo que pueda para proteger nuestros intereses.

—Lo que me preocupa es Chicago. —Drac sorbió su bebida—. Las facciones jóvenes se están movilizandando para crear una disidencia masiva que desacredite a los demócratas. ¿Estaría usted dispuesto a ayudarlos a que hicieran unos cuantos trucos para conseguirlo?

—Será un placer, señor.

—Hubert Humphrey es un blando y tiene cara de cerdo. Supongo que tiene los glóbulos blancos altos. Nació para perder elecciones presidenciales y morir de leucemia.

Wayne asintió. Brown asintió. Un enfermero entró en la habitación. Dejó una *pizza* humeante en la mesita de noche de Drac. Brown lo despidió.

—Señor, ¿ha leído mi informe? Nuestros amigos italianos tienen el plan de abrir hoteles-casino en Centroamérica o en el Caribe. Wayne supervisará la operación y las Aerolíneas Hughes tendrán derechos exclusivos en los vuelos chárter.

—¿Qué países? —Drac husmeó la *pizza*.

—Panamá, Nicaragua o la República Dominicana —respondió Wayne.

—Buenas ubicaciones. En todas esas zonas la población tiene los glóbulos blancos bajos. Señor Tedrow, ¿confirmaría o negaría un rumor que vengo oyendo?

Wayne sonrió. La tarta de *pizza* burbujeó.

—¿Fue asesinado su padre?

Brown se revolvió un poco.

—Categoricamente no, señor.

(Los Ángeles, 20/6/68)

Vigilancia:

El aparcamiento de la Hertz. 21:56 horas. Los coches que tenían que ser devueltos llegaban tarde. El Comet del 66 tenía que estar allí en cuatro minutos o le lloverían penalizaciones.

Crutch esperó sentado en su GTO. Llevaba una pajarita de tela de tartán y un peinado a lo Scotty Bennett. Se había cortado el pelo y comprado la pajarita aquel mismo día. Lo había hecho para celebrar su caso y el trato cerrado con el doctor Fred. Con ello celebraba la exhibición de poder de la noche anterior.

Sostuvo su Rolliflex con *zoom*. Tenía los duplicados de las llaves de Arnie Moffett. La corbata de lazo no casaba con la camisa de polo. El cabello no casaba con la moda del momento. Los chicos de L.A. llevaban el pelo largo. A la mierda todo eso, Scotty y él sí que eran la *avant-garde*.

Hacía calor. Puso el aire acondicionado y lo enfocó hacia las pelotas. Hacía una hora había hablado con Buzz. Malas noticias. No habían podido rastrear aquel número oculto. Recuerda: no digas nada a Buzz ni a Clyde del trato con el doctor Fred. Obtén la foto de Hughes y luego los haces partícipes.

Al aparcamiento llegaron coches: Buicks, Fords, Dodge Darts. La gente se apeó y devolvió las llaves a la oficina. Cuenta atrás. 21:57, 21:58, 21:59. A tiempo por segundos: el Comet con matrícula ADF212.

Entró procedente de Sunset dirección este. Por las rendijas del capó silbaba el vapor. El radiador probablemente se había quemado.

Se apearon dos mujeres. Le dio al *zoom* y las acercó.

Gretchen Farr/Celia Reyes, alta y de coloración latina. Tenía que ser ella. Era blanca y tenía ese algo brioso de los hispanos. Llevaba una camisa tostada y unos vaqueros acampanados. Era despampanante y tenía un cuerpo de estatua. Unos treinta y dos años. Su colega la superaba.

Tendría unos diez años más. También tenía ese algo. Era más baja y se movía con andares desgarbados. Pálida. Gafas. Cabello casi negro con hebras canosas. Brazos al aire y una cicatriz de arma blanca. Phil Irwin se había quedado con eso.

Entraron en la agencia. Crutch disparó fotos. Película de alta velocidad. Seis instantáneas entrando y seis instantáneas saliendo.

Montaron en un Fairline del 63. Crutch enfocó con el *zoom* al máximo. Manchas de barro en la matrícula, imposible leer los números. ¿Por qué el cambio de coche? Huelen a profesionales.

El coche salió a Sunset y se dirigió al oeste. Crutch lo siguió. Condujo con una

mano y serpenteó. Cambió de carril y dejó que un taxi se interpusiera. El coche dobló hacia el norte por Berendo, hacia el oeste por Franklin y hacia el norte por Cheremoya. Crutch tomó la curva demasiado cerrada e hizo doble embrague demasiado deprisa. El coche se caló. El Fairlane se alejó a toda velocidad hacia el norte.

Le dio al contacto, pisó el acelerador demasiado deprisa y ahogó el carburador. Ahora, tranquilo. No jodas esto. Esperó un minuto entero. Comprobó direcciones en el llavero de Arnie. La casa que Gretchen Farr había alquilado y dejado estaba a dos kilómetros, colina arriba. En un radio de un kilómetro había tres picaderos más. El de Gretchen era uno de los cuatro.

Ahora tranquilo. Reubícate. Gira la llave despaaacio.

Lo consiguió. El motor prendió. Condujo hasta Beachwood Canyon y, de camino, miró las ventanas. Vio una fiesta de fumetas. Vio a una chica del *flower power* bailando el wa-watusi ella sola.

Carreteras serpenteantes cañón arriba. Primera dirección: 2250 de Gladeview. Ahí está, una pequeña casa estilo artesano.

Oscura. Sin luces encendidas. Sin el Fairlane del 63. Ve a los otros picaderos. Si han subido hasta aquí es porque tienen algún motivo.

El picadero más cercano estaba seis manzanas al sudoeste. Crutch condujo hasta allí y se detuvo en la calzada. Mierda. Sin luces, sin el Fairlane. Fue al picadero siguiente, cuatro manzanas hacia el sur. Ahí está, una pequeña casa estucada. Hay luz en la ventana y el buga en la calzada.

Aparcó junto al arcén y se acercó a pie. La ventana delantera tenía corridas las cortinas. A través de ellas llegaba una luz mortecina. Crutch vio sombras que se movían. Atajó por la calzada y las siguió hasta la parte trasera de la casa. Las ventanas laterales estaban un poco abiertas y no tenían cortinas. Se agachó bajo el alféizar y siguió sombras.

Oyó palabras apagadas. Un revoltijo de palabras: «Tommy», «Grapevine», «topo». Las sombras llegaron a la última ventana. Las dos mujeres se tornaron visibles. Intercambiaron una mirada. Se abrazaron y se besaron.

Crutch parpadeó. Esto no es real. Sí, lo es. La imagen persistió y ardió.

Gretchen/Celia metió las manos por debajo de la camisa de la mujer de la cicatriz en el brazo. La mujer de la cicatriz se soltó el pelo y sacudió la cabeza. La luz de la ventana se reflejó en las canas.

Retrocedieron hacia el pasillo. Se volvieron sombras de nuevo.

Crutch parpadeó y caminó agachado de ventana en ventana. Vio que las sombras se fusionaban, pero no le parecieron de carne y hueso.

Regresó al coche y esperó. No podía reubicarse. El pulso y la respiración no cesaban de recargarse.

Salieron al cabo de media hora. Llevaron equipaje hasta el Fairlane y lo metieron en el maletero. La luz de la luna le permitió ver algunos detalles. Gretchen/Celia

parecía hallarse en un estado de ensoñación. La mujer de la cicatriz le había quitado el carmín de labios a besos.

Montaron en el coche y se marcharon. Era tarde. No podía seguir las pues no había tráfico que lo cubriera. Se quedó allí sentado viendo desaparecer sus luces traseras.

No podía hacer nada.

Lo habían dejado plantado.

Supo que no podría dormir. Decidió seguir moviéndose. Pasó ante otros picaderos y vio parrandas de priva. Eran una *mélange*: chicos ricos, universitarios y pelos largos por doquier. Volvió a la casa estucada, forzó la cerradura de una puerta lateral con una ganzúa y entró. Se sentía ardiendo. Encendió las luces.

El dormitorio lo atrajo primero. La cama estaba tibia. Tocó las almohadas e imaginó las formas de las mujeres en las sábanas. Vio un solo pelo canoso en el cubrecama. Acercó la mejilla y la apoyó en él.

Algo le dijo que se marchara de inmediato. Salió de la casa, montó en el coche y arrancó. Se quedó en las inmediaciones, trazando unos ojos perezosos alrededor de la casa estucada. El tiempo se desmaterializó. Los faros iluminaron una casa blanca de estilo español. La puerta principal era de paneles de madera y estaba cubierta con unas extrañas marcas. Algo le dijo que se apease y mirara.

Lo hizo. Aparcó junto al arcén y se acercó a pie. Iluminó la puerta con la linterna y estudió las marcas. Bárbaro: dibujos geométricos grabados en rojo oscuro.

Líneas verticales hasta el porche. Un pájaro destripado en el felpudo.

«Éste es tu lugar. Esto podría ser tuyo».

Algo le dijo que la puerta se abriría y que entrara. Lo hizo. La sala estaba completamente a oscuras y olía a moho. Unas fundas de plástico cubrían los muebles. Siguió un olor de tiza metálica hasta la cocina. Su respiración se descontroló. Las manos le temblaron y la linterna se agitó. La sujetó con las dos manos y lo vio.

Las entrañas en el fregadero. El brazo amputado/la mano que faltaba/la piel oscura, pura hembra. El tatuaje geométrico en el brazo. El gran orificio que lo atravesaba. Las piedras verdes desmenuzadas incrustadas hasta el hueso.

**DOCUMENTO ANEXO: 21/6/68. Titular y subtítular del *Los Angeles Herald Express*:**

VISTA PRELIMINAR EN EL CASO KENNEDY  
EL ACUSADO DE ASESINATO SIRHAN: «SOY UN PRISIONERO POLÍTICO»

**DOCUMENTO ANEXO: 24/6/68. Titular y subtítular del *Milwaukee Sentinel*:**

RAY, SOSPECHOSO DEL ASESINATO DE KING,  
DETENIDO EN EL REINO UNIDO  
EL FBI TACHA DE «FANTASÍAS» SUS TEORÍAS DE LA CONSPIRACIÓN

**DOCUMENTO ANEXO: 27/6/68: Subtítular del *Los Angeles Times*:**



«LOS CARCELEROS SIONISTAS ME HAN ENVENENADO LA COMIDA»,  
DICE EL ACUSADO SIRHAN

DOCUMENTO ANEXO: 2/7/68: Titular y subtitular del *Hartford Courant*:

PROBABLE EXTRADICIÓN DE RAY  
EL ACUSADO DE MATAR A KING DESCRIBE  
«UNA AMPLIA CONSPIRACIÓN PARA APROVECHARSE DE MÍ»

DOCUMENTO ANEXO: 8/7/68. Subtitular del *San Francisco Chronicle*:

EL FBI ASEGURA AL PRESIDENTE QUE EL  
ASESINATO DE KING HA SIDO OBRA  
DE UN PISTOLERO SOLITARIO

DOCUMENTO ANEXO: 12/7/68. Subtitular del *Nashville Tennessean*:

HOOVER ANTE LA LEGIÓN AMERICANA:  
«RAY FUE EL PISTOLERO SOLITARIO, PURA Y SIMPLEMENTE»

DOCUMENTO ANEXO: 13/7/68. Titular y subtitular del *Des Moines Register*:

LA CARRERA NIXON-HUMPHREY, MUY IGUALADA  
LOS ORGANIZADORES DE LA CONVENCION  
PRONOSTICAN PROBLEMAS CON LOS  
«SUBVERSIVOS Y LA JUVENTUD HIPPIE»

DOCUMENTO ANEXO: 16/7/68. Titular y subtitular del *Seattle Post-Intelligencer*:

NIXON CONTRA HUMPHREY: MUY IGUALADOS  
MIAMI Y CHICAGO SE PREPARAN PARA «EL CAOS DE LA CONVENCION»

DOCUMENTO ANEXO: 18/7/68. Artículo en el *Las Vegas Sun*:

EL PINTORESCO FREDDY O

Ha sido policía de Los Ángeles y detective privado de los famosos, así como instructor de reclutas en los marines durante la Segunda Guerra Mundial. El espigado chico libanés-americano de un pequeño pueblo de Massachusetts ha vivido más de siete vidas en sus cuarenta y seis años y ahora se dispone a empezar la octava como dueño y director del Hotel Casino Golden Cavern.

¡Bienvenido a Las Vegas, señor Otash!

Le compró el Golden Cavern al gran Pete Bondurant, otro personaje pintoresco, también expolicía de L.A., detective privado y mercenario. «Pete B. quería retirarse», le ha dicho Otash a este reportero. «Elegí el Golden Cavern debido a una canción y esa canción es “Vegas Is My Lady”».

Freddy O. ha llevado muchos sombreros en esta vida. «Es cierto», ha dicho. «Y algunos me los han quitado de la cabeza a golpes». Al pedirle que lo explicara, contestó: «Me expulsaron del DPLA injustificadamente. Obtuve la licencia de investigador privado y verifiqué escándalos para la revista *Confidential*, pero *Confidential* se hundió debido a los pleitos por libelo. ¿Ese rumor de que dopé a un

caballo llamado *Wonder Boy*? Cien por cien falso. Sí, perdí la licencia por ello, pero cuando las estrellas de Hollywood se meten en un lío, todavía gritan “¡Tráiganme a Otash!”. Así que en L.A. sigo siendo el hombre al que recurrir».

Charles Weiss, alias Chick, abogado de divorcios de Beverly Hills confirma las palabras de Freddy O. «Freddy es el rey de los detectives privados de L.A., aunque haya perdido la licencia y ahora se haya metido en el negocio de los hoteles. Mire, yo llevo casos de divorcio y a veces no es agradable. Freddy es mi contacto con la comunidad de colaboradores de los detectives privados, esos chicos de coches despampanantes que siguen a los cónyuges que ponen cuernos en sus citas extramatrimoniales. Es un guerrero urbano adiestrado en la batalla, un tipo que destacará en una pequeña ciudad con tanto estrés como Las Vegas».

«Howard Hughes puede comprar todos los grandes locales del Strip y Glitter Gulch», le ha dicho Otash a este reportero. «Estoy aquí para atender a los funcionarios que vienen con los gastos pagados y a los currantes que quieren divertirse sin perder la camisa. No diga que mi local es un garito de poca monta o un casino para apostadores modestos. Diga que soy amigo de ese jugador juicioso con un presupuesto ajustado que quiere disfrutar de cada dólar que gasta».

El investigador privado Clyde Duber, de Los Ángeles, discrepa en su opinión sobre Fred Otash y afirma que no es el único que piensa así. «Freddy es estrictamente un chantajista», ha dicho. «Su único amigo es el dólar todopoderoso, por lo que podría decirse que Las Vegas es un lugar perfecto para él».

¡Oh! Dígame, Fred O.: ¿qué responde a eso?

«Clyde tiene celos», ha dicho Otash con una sonrisa. «Siempre ha sido un segundón y eso le ha causado encono. Sí, soy pintoresco, y tengo un trato un poco áspero. ¿Sabe cuál es mi lema? “Haré lo que sea menos asesinar y trabajaré para quien sea, excepto los comunistas”. ¿Quién puede echarme eso en cara?».

¿Quién, realmente? Y lo ha dicho como un verdadero natural de Las Vegas. Así, una vez más, ¡bienvenido a la joya del desierto, señor Fred Otash!

**DOCUMENTO ANEXO: 20/7/68.** Comunicado vía télex del FBI. Del agente especial Wilton J. Laird, oficina de St. Louis: Al agente especial Dwight C. Holly.

**Clasificado 1-A. Estrictamente reservado para el destinatario.**

A. E. Holly:

Por lo que se refiere a nuestra conversación telefónica y a su anterior informe (Clasificado 1-A, informe núm. 8506), en el que solicitaba una actualización de los rumores sobre el homicidio de M. L. King que circulan en la Grapevine Tavern, de St. Louis, tal vez merezcan su atención estos puntos:

1. Este año, entre primeros y mediados de junio, se descubrió en la Grapevine Tavern, de St Louis, material de vigilancia electrónica manufacturado probablemente por el Buró. Los informantes confidenciales del Buró que frecuentaban la taberna han notificado que el aparato lo descubrieron NORBERT DONALD KLING y ROWLAND MARK DEJOHN, delincuentes convictos y parroquianos de la taberna y «líderes» reconocidos de otros parroquianos del local (CLARK DAVIS BRUNDAGE, LEAMAN RUSSELL CURRIE, THOMAS OGDEN PIERCE y GEORE JAMES LUCE), todos ellos delincuentes convictos y miembros activos de diversas organizaciones paramilitares de extrema derecha.

2. El descubrimiento del aparato llevó a conjeturas cada vez mayores entre los arriba mencionados: por ejemplo, que el aparato formaba parte de un proceso de control desarrollado

para atraer al acusado de asesinar a King, JAMES EARL RAY, a una trama «ordenada por el FBI» para asesinar al reverendo King. Si bien es obviamente descabellado, hay que resaltar que este rumor puede resultar perjudicial para el prestigio del Buró, dados los muchos comentarios despectivos recientes del señor Hoover sobre King y dado que el hermano de Ray, CHARLES ELDON RAY, es copropietario de la taberna.

3. Esta oficina no ha participado en la instalación de aparatos de vigilancia electrónica, si de veras era equipamiento manufacturado por el Buró lo que se encontró en la taberna. Si otro equipo itinerante del Buró instaló los aparatos, yo no lo supe personalmente y ese equipo no fue instalado por ningún agente a mis órdenes.

4. Según las declaraciones hechas por los parroquianos de la taberna arriba mencionados, había frecuentes discusiones sobre los 50.000 dólares de recompensa por la cabeza de King que pagaría una camarilla de segregacionistas a cualquier «guerrero de raza blanca» que desafiara «la hegemonía liberal de LBJ cargándose a Martín Luther Negrata». Muchos de los parroquianos de la taberna mantenían estas disparatadas conversaciones en los meses que precedieron a la muerte de King.

5. Los rumores de la «trama del FBI para atentar» aumentan tanto en virulencia como en frecuencia. Alarmantemente, unas fuentes confidenciales de la oficina de St. Louis de la Agencia de Bebidas Alcohólicas, Tabaco y Armas de Fuego me han informado de que la taberna pronto será puesta bajo vigilancia por dicha agencia, con la finalidad de obtener pruebas del tráfico de armas que se realiza en el local. Los parroquianos de la taberna arriba mencionados no son sospechosos de tráfico de armas, pero la proximidad de la agencia al local me parece inquietante, dada la virulencia y la frecuencia de los rumores contra el Buró y el hecho de que CHARLES ELDON RAY sea copropietario de la taberna.

Respetuosamente, agente especial Wilton J. Laird, oficina de St. Louis. SÓLO LEER/DESTRUIR DESPUÉS.

DOCUMENTO ANEXO: 26/7/68. Artículo del Los Angeles Herald Express:

**SIGUE SIENDO UN ENIGMA: «EL GRAN GOLPE»  
Y EL POLICÍA AÚN OBSESIONADO**

Martes, 24 de febrero de 1964. En Los Ángeles hacía frío y unas nubes de tormenta encapotaban el cielo. El silencio de primeras horas de la mañana se quebró con la colisión de un camión de la leche y un furgón blindado de Wells Fargo que transportaba una carga multimillonaria de dólares americanos y unas esmeraldas de valor incalculable. La tranquila esquina de la Ochenta y Cuatro y Budlong se convirtió en una escena de holocausto y, al cabo de unos minutos, habían muerto los cuatro vigilantes armados y dos miembros del grupo de audaces atracadores, estos dos últimos obviamente traicionados y abatidos por otro miembro de la banda, y el caso de atraco y asesinato lleva sin resolver cuatro años y medio.

«No, exactamente», ha declarado el sargento Robert S. Scotty, Bennett, en el café Piper. «Han pasado cuatro años, cinco meses y dos días».

Al sargento Bennett no hay que discutirle nada sobre el caso, en el que ha trabajado con gran ahínco durante tanto tiempo. Ha dirigido las investigaciones desde aquella sangrienta mañana y su determinación para resolver el caso ya es legendaria en el Departamento de Policía de Los Ángeles. El hombre, con su metro noventa y cinco de estatura, es un auténtico mito. Ha matado a 18 atracadores armados en acto de servicio y conmemora ese récord dentro del DPLA con un pequeño 18 cosido en las pajaritas de cuadros escoceses que siempre lleva. Cuando se le preguntó por esos enfrentamientos, respondió: «Cuando sueltas un tiro, no hay vuelta atrás».

Es una respuesta divertida que esconde una inquietante verdad: los detectives que trabajan en la división de Atracos del DPLA se enfrentan todos los días a criminales

armados y peligrosos y son una casta especial de hombres orgullosos de llevar agujas de corbata con el 211, el número que designa el delito de atraco a mano armada en el Código Penal de California. «El golpe», como se lo llama en la sala de la brigada de la división de Atracos, es tema de especulación casi constante, y Scotty Bennett lo aborda con placer. «Estaba planeado al milímetro», ha dicho. «La falsa colisión con el camión de la leche fue muy fuerte y potencialmente letal, lo cual, evidentemente, convenció a los vigilantes de que era auténtica. Los atracadores sabían lo que transportaba el furgón blindado y no hemos podido determinar nunca cómo obtuvieron esa información. Y lo más importante: todavía no sabemos si la banda de atracadores estaba compuesta de hombres blancos o negros».

El sargento Bennett dio un sorbo al café y prosiguió: «El golpe se planeó y se ejecutó con toda la audacia. Y creo que el cabecilla de la banda decidió de antemano matar a sus subordinados en el escenario del crimen y ocultar su identidad quemando sus cuerpos hasta el punto de que no pudieran ser reconocidos. Todo lo cual está muy bien pero, para ocultar la raza, se necesita algo más que quemar la superficie de la piel, y el hombre primero roció los cadáveres con un acelerador químico que intensificó en gran manera el daño a los tejidos. No hemos podido identificar nunca la sustancia química que utilizó, lo cual es una razón más para que el golpe sea todavía un enigma».

¿Hay otras razones?

«Bueno», ha dicho el sargento Bennett, «sabemos que muchas de las sacas de dinero robadas del furgón blindado estaban envueltas en unas gomas elásticas que estallaban y arrojaban tinta. En el escenario se encontraron manchas de tinta. También han salido periódicamente a la superficie billetes manchados de tinta en la zona sur de L.A., por lo que creo que en la banda había al menos un componente negro. Además, el origen de las esmeraldas sigue sin determinarse. Era una carga muy valiosa y los intermediarios del consignador y del remitente firmaron cláusulas de confidencialidad que han dificultado la investigación».

¿Y el rumor persistente de que las esmeraldas procedían de América Central o del Caribe?

«Es sólo eso, un rumor», ha dicho el sargento Bennett. «No hay nada en absoluto que lo confirme».

¿Y el rumor de que el golpe lo planearon y ejecutaron organizaciones de militantes negros?

El sargento Bennett se ha reído con ganas. «¿Por qué medir las palabras? Los militantes negros son unos teatreros que siempre reivindicán sus proezas. Los Panteras y los Esclavos Unidos están infiltrados por informantes y, a estas alturas, ya nos habrían llegado soplos. Ahora mismo tenemos en L.A. dos grupos de militantes que causan alboroto, la Alianza de la Tribu Negra y el Frente de Liberación Mau Mau, pero de ninguna manera los veo ejecutando nada que sea más complejo que un atraco a una licorería o un tirón de bolso».

¿Y el cabecilla de la banda? ¿El implacable cerebro que mató a sus propios hombres en el mismísimo escenario del crimen?

Scotty Bennett se ha reído con más ganas todavía: «Dígale esto», ha respondido. «Cuando sueltas un tiro, no hay vuelta atrás».

DOCUMENTO ANEXO: 27/7/68. Documento interno del FBI. Encabezamiento: «Fase 1 Confidencial»/«Estrictamente reservado para el Director»/«Destruir después de la lectura.» Del agente especial Dwight C. Holly al director Hoover.

Señor:

Lo que sigue expone el designio y los objetivos de nuestra CONTRAINTELIGENCIA destinada a desacreditar y desarticular el movimiento de militantes negros en general y, de una manera más concreta y específica, los grupos nacionalistas negros. Pendiente de su aprobación, llamo al programa OPERACIÓN HERMANO MAAALO. Es un guiño a nuestra menos que exitosa OPERACIÓN CONEJO NEGRO y celebra irónicamente el tic verbal de los negros que dicen «malo» cuando quieren decir «bueno». Los varones negros a menudo se tratan de «hermanos», lo cual he creído que a usted le gustará. Como estoy seguro de que sabe, un grupo extremista negro llamado «Nacionalistas Negros de Nueva Libia» han provocado episodios de violencia racial en Cleveland, Ohio, la semana pasada, que se saldaron con once muertos, entre ellos tres policías blancos. Éste es el momento perfecto para iniciar una operación de CONTRAINTELIGENCIA a pequeña escala física que tal vez logre resultados nacionales a gran escala.

Creo firmemente que el PARTIDO DE LOS PANTERAS NEGRAS (PPN) y los ESCLAVOS UNIDOS (EE.UU.) son organizaciones demasiado conocidas y ya han sido demasiado infiltradas. Creo que nuestros objetivos se cumplirían mejor si nos centrásemos en la ALIANZA DE LA TRIBU NEGRA (ATN) y el FRENTE DE LIBERACIÓN MAU MAU, (FLMM), que operan en Los Ángeles. Nuestra CONTRAINTELIGENCIA los situaría en el mapa y a la vez los desacreditaría por completo. Si controlamos la percepción pública de dos grupos poco conocidos, también desacreditaremos a toda la militancia negra en general. He estudiado los informes iniciales de inteligencia sobre la ATN y el FLMM que usted me envió y he solicitado a la división de Inteligencia del DPLA los expedientes sobre sus miembros. Sostengo firmemente que son objetivos perfectos para una operación de CONTRAINTELIGENCIA y que su destrucción será el objetivo final de la OPERACIÓN HERMANO MAAALO. Creo que nuestro objetivo se logrará de la siguiente manera:

1. Se rumorea que ambos grupos se plantean la venta de narcóticos para financiar sus actividades, lo que nos proporcionará oportunidades para explotar su inherente criminalidad y subrayar públicamente que la actividad delictiva y la actividad política subversiva son la misma cosa.

2. Tenemos que encontrar un informante confidencial muy competente que se congracie con uno o los dos grupos y nos informe asidua y detalladamente de sus actividades políticas. Creo que una mujer informante sería lo más efectivo. Una mujer instruida en el argot de la izquierda revolucionaria tendría más oportunidades de obtener confidencias e inspirar conversaciones indiscretas y le resultaría más fácil, a buen seguro, maniobrar entre los dos grupos (dominados por varones) sin provocar rencores. Hacia el final del reclutamiento, contaré con la ayuda del informante confidencial del Buró núm. 4361.

3. El punto clave de la incursión será la colocación de un infiltrado negro que deberá descubrir las actividades criminales de la ATN y del FLMM. Lo ideal sería que el infiltrado tuviera experiencia policial. También sería recomendable (aunque mucho más improbable) que tuviera un historial de aversión racial hacia los blancos. Con ese fin, he ordenado una amplia selección de expedientes personales de agentes de la ley y en la actualidad estoy intentando ver la lista de suscriptores de los panfletos racistas distribuidos por correo del fallecido Wayne Tedrow Sr. y del doctor Fred Hiltz, informante confidencial del Buró. Wayne Tedrow Jr. Se ha negado a proporcionarme el acceso a las listas de su padre, pero insistiré.

4. Cuando me dé su consentimiento, me trasladaré a Los Ángeles y estableceré allí una residencia temporal y una oficina cosméticamente disimulada que sea la tapadera de la OPERACIÓN HERMANO MAAALO. Para los gastos iniciales, necesitaré 60.000 dólares.

En conclusión:

Creo firmemente que la ALIANZA DE LA TRIBU NEGRA y el FRENTE DE LIBERACIÓN MAU MAU nos ofrecen una oportunidad inigualable de desarticular y desacreditar los designios subversivos del movimiento de militantes negros. Espero su valoración y su respuesta.

Respetuosamente,

Agente especial Dwight C. Holly

DOCUMENTO ANEXO: Comunicado por télex del FBI: del agente especial Marwin D. Waldrin, de la oficina de Las Vegas, al agente especial Dwight C. Holly. Encabezamiento: Confidencial 1-A. Estrictamente reservado al destinatario.

Agente Holly:

En respuesta a su comunicación anterior (informe núm. 8518, Confidencial 1-A) en el que solicita información sobre los rumores referentes a la muerte del SEÑOR WAYNE TEDROW SR., ocurrida el 9/6/68, he reunido la siguiente información:

A. En el Departamento de Policía de Las Vegas y en la oficina del Forense del condado de Clark circulan rumores, todos ellos sin probar, de que la muerte del SEÑOR TEDROW fue en realidad un homicidio.

B. Una fuente de dichos rumores parece ser un agente del DPLV que presuntamente vio el cadáver del SEÑOR TEDROW la noche de su muerte.

C. Un ayudante del forense le dijo a nuestro informante: «No fue un ataque al corazón, no puede serlo con el cráneo hundido de ese modo».

D. Unos testigos, vecinos del SEÑOR TEDROW, dijeron a los agentes que peinaron la zona que habían visto al hijo del señor Tedrow y a su exesposa (EL EX SARGENTO DEL DPLV, WAYNE TEDROW JR. y JANICE LUKENS TEDROW) cerca de la casa del SEÑOR TEDROW la tarde del 9/6/68.

Enviaré todos los datos futuros sobre esta cuestión según las directrices para Conf. 1-A.

Marvin J.D. Waldrin, agente especial de Las Vegas. ENTREGAR EN MANO SOLAMENTE/DESTRUIR DESPUÉS DE SU LECTURA.

DOCUMENTO ANEXO. 30/7/68. Télex del FBI. Del A. E. Wilton J. Laird, oficina de St. Louis, al agente especial Dwight C. Holly. Clasificado «Confidencial 1-A: Estrictamente reservado al destinatario».

A. E. Holly:

En lo que se refiere al informe confidencial 1-A núm. 8506, los rumores de que el FBI «realizó escuchas electrónicas y ordenó el atentado» contra el reverendo M. L. King crecen en intensidad y virulencia, según fuentes informalmente situadas que frecuentan la Grapevine Tavern.

Respetuosamente,

Wilton J. Laird, A. E. de St. Louis. ENTREGAR EN MANO/DESTRUIR DESPUÉS DE SU LECTURA.

DOCUMENTO ANEXO: 1/8/68. Télex del FBI. Del A. E. Marwin D. Waldrin, de la oficina de Las Vegas, al agente especial Dwight C. Holly. Clasificado: «Confidencial 1-A: Estrictamente reservado al destinatario».

A. E. Holly:

Con referencia al informe núm. 8518 y mi respuesta del 28/7/68, aquí tiene una adenda:

A. Fuentes del DPLVN y de la oficina del Forense del condado de Clark informan de que los rumores de homicidio sobre la muerte de WAYNE TEDROW SR. son ahora «dominantes» y están «muy extendidos».

B. Los informantes confidenciales del Buró en el Las Vegas Sun nos comunican que el periódico está considerando la posibilidad de abrir una investigación, debido principalmente al «pasado peculiar» de WAYNE TEDROW JR. y a su supuesta relación actual con JANICE LUKENS TEDROW.

Enviaré todos los futuros datos según las directrices de Conf. 1-A.

Marwin D. Waldrin, A. E. de Las Vegas. ENTREGAR EN MANO/DESTRUIR DESPUÉS DE SU LECTURA.

DOCUMENTO ANEXO: 8/3/68. Transcripción literal de una conversación del FBI. Encabezamiento: «Grabada a instancias del director»/«Clasificada Confidencial 1-A: Estrictamente reservada al Director». Hablan: el director Hoover y el agente especial Dwight C. Holly.

JEH: Buenos días, Dwight.

DH: Buenos días, señor.

JEH: Antes de que lo pregunte, la respuesta es sí. Ponga en marcha la OPERACIÓN HERMANO MAAALO de la manera descrita en su informe.

DH: Gracias, señor.

JEH: El nombre posee una sublime cualidad selvática. Como en: «Ese hermano John Edgar Hoover es maaalo».

DH: Usted es maaalo, señor. Y podría añadir «inimitablemente maaalo».

JEH: Podría y debería. Y por lo que se refiere al arte de la jungla, esta mañana por la radio he oído una canción sumamente inquietante.

DH: Señor.

JEH. Se llamaba «The Thighten Up». La interpretaba un conjunto negro llamado Archie Bell and the Drells. La canción transmitía aire de sexo e insurrección. Estoy seguro de que los liberales blancos la encontrarán auténtica. Le he dicho al A. E. de Los Ángeles que le abra una ficha al señor Bell y determine la identidad de sus Drells.

DH: Sí, señor.

JEH. Basta de cordialidades, Dwight. Estoy muy preocupado por los rumores sobre Wayne Senior

y por los de la Grapevine Tavern. He leído los informes pertinentes y considero que esta confluencia de conversaciones imprudentes es tanto un insulto personal como una afrenta al Buró. Wayne Senior era un valor del FBI y James Earl Ray mató a Martin Lucifer King sin mi ayuda, la de usted, la del Buró, la de Wayne Senior, la de Wayne Junior, la de Fred Otash o la de Bob Relyea, ese tirador de elite palurdo, o la de ninguna fuente exterior. ¿Me entiende, Dwight?

DH: Sí, señor, lo entiendo.

JEH: Haga que paren esos rumores.

DH: Sí, señor.

JEH: Que tenga un buen día, Dwight.

DH: Lo mismo digo, señor.

(Miami, 5/8/68)

Collins Avenue estaba llena de elefantes de un lado a otro. Llevaban los estandartes del Partido Republicano y movían las trompas bajo el sol. Los empleados de un circo ambulante los guiaban con unas fustas. Llevaban sombreros de copa tachonados de chapas de Nixon. Un tipo daba cacahuetes a los animales. Otro animaba a los espectadores a aplaudir.

El ruido era enorme. Wayne esquivó a los portadores de pancartas. Encima de su cabeza botaban fotos de Nixon. Arrastraba dos grandes baúles. Nixon estaba en el Fontainebleau. Tenía que ir a pie. La estampida de elefantes había interrumpido el tráfico.

La convención acababa de empezar. El aire era denso y hacía 34 grados. El aire contenía aroma de mierda de elefante. A Wayne se le pegó el traje al cuerpo. Tenía el estómago revuelto.

Más imbéciles con carteles llenaron la acera. «¡Fuera Castro! ¡Fuera Castro! ¡Fuera Castro ya!». Parecían dispuestos a montar una algarada. Wayne vio que llevaban porras en los bolsillos. Los seguidores de Nixon les hicieron sitio.

Divisó el Fontainebleau. Dos tipos grandes vieron a Wayne y fueron hacia él abriéndose camino entre la multitud. Llevaban trajes oscuros y auriculares. Llevaban radiotransmisores. La gente se dio cuenta y los dejó pasar.

Lo consiguieron. Cogieron los baúles y sacaron a Wayne de allí en un remolino de VIPs. Fueron dos minutos de confusión total. Llegaron al hotel. Se abrió una puerta lateral, los ayudantes de cocina se dispersaron, apareció un ascensor. Subieron deprisa. Cruzaron un vestíbulo alfombrado sobre el que sus zapatos echaron chispas. Los dos tipos grandes lo saludaron con la cabeza y desaparecieron. Un tipo todavía más grande abrió una puerta y desapareció el doble de deprisa.

Wayne parpadeó. Zap. Ahí está el exvicepresidente Dick Nixon.

Confusión total en tecnicolor. Con un pantalón sintético color caqui y una camisa de Banlon. Necesitaba el afeitado de primera hora de la tarde.

—Hola, señor Tedrow —dijo.

Wayne reprimió un parpadeo. Nixon se dirigió hacia él con las manos en los bolsillos. No hubo apretón de manos.

—Lamento lo de su padre. Nos habíamos hecho muy amigos.

—Se lo agradezco, señor.

—¿Y la encantadora Janice? ¿Cómo está?

—Agoniza, señor. Está muy enferma de cáncer.

Nixon puso una cara triste. No coló. Otro fiasco de don Sincero.



—Me entristece mucho saberlo. Transmítale, por favor, mis mejores deseos.

—Gracias, señor. Lo haré.

Fuera retumbaba el ruido. Wayne oyó «Nixon» y elefantes que barritaban.

—No le robaré más tiempo, señor.

—No, pero estoy seguro de que le gustaría cierto tipo de agradecimiento.

—Me gustaría transmitirlo. Eso sí es cierto, señor.

—Usted quiere que diga que me ganaré la cena trabajando.

Wayne desvió la mirada y estudió la habitación. Toda llena de sellos presidenciales y objetos diversos. El exvice se había registrado en la Gran Habitación preventivamente.

—Mi departamento de Justicia no irá contra su gente. Sé que tienen planes para Latinoamérica o el Caribe y mi política con el país que elijan se adaptará a ello. Si los resultados van a ser muy apretados, me gustaría recibir un poco de ayuda en las urnas.

Wayne agachó la cabeza. Nixon frunció la nariz.

—Mi esposa ha salido esta mañana a dar un paseo. Me ha dicho que toda la playa está llena de mierda de elefante.

—En Chicago será mierda de burro, señor.

—Hubert Humphrey es un blando y un contemporizador. No está capacitado para dirigir el país.

—Sí, señor.

—¿Los *hippies* se movilizarán para la convención de Chicago?

—Sí, señor, lo harán. Y yo estaré allí para echarles una mano.

Carlos tenía una casa en Biscayne Bay. A Wayne le sobraba tiempo. Recorrió Miami en un coche de alquiler.

Un mapa de calles lo llevó al oeste de los elefantes pero no pudo esquivar el atasco de la convención. La ciudad estaba infestada.

Payasos con pancartas por doquier. Quéjate de lo que quieras: Vietnam, las prestaciones sociales, la política cubana. Unos chicos melencolados insultaban a Dick el Tramposo y lloraban la muerte del doctor King. Unos latinos salseros gritaban «¡CASTRO FUERA YA!».

Comitivas de cinco y diez coches. Carrozas con niños y perros vestidos. Elefantes hinchables prendidos en las antenas. Unos imbéciles con megáfono bramaban un batiburrillo de invectivas.

Globos rojos, blancos y azules. Una epidemia de carteles de Nixon. Pancartas de hijo favorito. La comitiva de doce sillas de ruedas de un asilo, viejas agobiadas por el calor.

Doce seguidoras de Nixon. Atasco de sillas de ruedas y globos. Cuatro viejas con máscara de oxígeno. Cuatro viejas fumando.

Janice agonizaba. La veía luchar por la vida y desear la muerte en sus momentos de lucidez. Él le cocinaba droga. Janice vivía para su gotero intravenoso y luchaba por salir del estupor. También cocinaba droga para Drácula. Había tenido otros tres encuentros con Drac y Farlan Brown. Farlan asistiría a la convención. Habían concertado una cita.

Drac quería ser el amo del condado de Clark, Nevada. Los Chicos querían venderle su parte a un precio de usura. Había que alimentar el flujo de efectivo. Limpiar de deudores los libros de contabilidad del Fondo de Pensiones de los Camioneros. Usurparles los negocios. Cogerlos, venderlos y alimentar el flujo de efectivo. Castro había echado a los Chicos de Cuba. Había que buscar un nuevo punto caliente caribeño, atrincherarse y reconstruir.

Más pancartas. Más comitivas. Otra brigada de sillas de ruedas. Tullidos veteranos de Vietnam.

Wayne apartó la mirada y cortó por una calle lateral. Había cocinado heroína en Saigón. Había visto cómo la guerra segaba vidas. La causa anti-Castro lo inquietaba. El fin de semana que había pasado en Dallas había despertado su desconfianza.

Dwight seguía llamándolo. Un Dwight Holly persistente que le hacía marcaje en toda la cancha, joder. Su numerito de hermano mayor triplicaba la molestia. Dwight decía que la Grapevine Tavern seguía hirviendo. Dwight decía que Las Vegas hervía con unos rumores ruines sobre la muerte de Wayne Senior. Dwight quería ver las listas de suscriptores de Senior. Él seguía negándose. Dwight seguía presionando.

Wayne cruzó un largo paso elevado y volvió a bajar. Le pareció ver...

Un coche que lo seguía. Un coche que cambiaba constantemente de carril. Un sedán azul que se acercaba y luego se rezagaba.

Dobló tres veces a la derecha. Cambió de carril. Llegó a una calle de dos direcciones y el sedán azul no se pudo esconder. Se rezagó, se acercó, se rezagó. Wayne vio al conductor: un tipo grande de cuello grueso.

Hay un callejón.

Wayne dobló a la izquierda. El sedán frenó, derrapó y golpeó unos cubos de basura. Wayne cruzó dos callejones más y lo perdió.

Era una fiesta. Sam Giancana la llamó «la farra de comprar a Nixon». Santo Trafficante lo hizo callar. Carlos asó un cerdo en la terraza. Todo lleno de criados y chicas de compañía. Imbéciles con tambores y cacharros de hacer ruido. Delegados de la convención con apellidos italianos. Tres barras con bebida y un bufé de un kilómetro de largo.

Wayne paseó. La casa era más grande que el estadio Orange Bowl. Fue de habitación en habitación y se perdió dos veces. Vio a un tipo al que había detenido por estafa. Vio a un actor maricón al que había detenido en el cuarto oscuro de un local de gays. Vio a una bandada de putas recién llegadas a Las Vegas.

Sam G. hablaba con una mujer. Wayne pescó «Celia» y oyó que la saludaba en español. Carlos pasó por allí y dio unos golpecitos a su reloj. Wayne pescó «estudio»

y «cinco minutos».

Wayne paseó. Se produjo una conmoción. Las llamas del fuego de la terraza prendieron unas cortinas. Un criado las apagó con sifón y se ganó una gran salva de aplausos.

Una chica de compañía llevó a Wayne al estudio. Carlos, Sam y Santo ya estaban apalancados allí. Las paredes eran de paneles de conglomerado. Una foto mostraba a Carlos jugando a golf con el papa Pío.

La chica se largó. Wayne se sentó.

—¿Te ha dado las gracias? —preguntó Sam.

—No —sonrió Wayne—, pero ha dicho que Hubert Humphrey es un gilipollas y un blando.

—En eso tiene toda la razón —se carcajeó Santo.

—Humphrey no puede ganar —dijo Carlos—. Opta por la línea blanda ante el caos social.

—Es un rojo —dijo Sam—. Proviene del movimiento de campesinos y obreros de Minnesota. Ésos son comunistas al cien por cien.

—Howard Hughes. Cuéntanos lo último y lo más importante —dijo Santo, que bebía Galliano.

—Quiere comprar el Stardust y el Landmark —respondió Wayne—. Le he asegurado que están en venta. Farlan Brown cree que eso tal vez vaya contra las leyes antimonopolio, por lo que quizá las compras se retrasen hasta el año próximo.

—Los cabrones del departamento de Justicia —dijo Carlos, que bebía coñac XO.

—Sí, pero la legislatura se acaba. —Santo bebió Galliano—. Y tengo que decir que nuestro chico Dick no permitirá que esa mierda nos frene.

—Los que trabajan dentro. —Sam bebía anisette—. Eso es lo que me preocupa. Nuestra gente tiene que seguir en esos locales.

—El señor Hughes lo acepta —asintió Wayne—. Lo he convencido de que, de ese modo, la transición será más suave.

—Los libros del Fondo. —Carlos se cambió a Drambuie—. ¿Qué pasa con eso?

—Quiero comprar bancos y casas de préstamos, para que puedan generar beneficios marginales y servirnos de tapadera blanqueadora. En Los Ángeles hay un banco propiedad de unos negros que me interesa. La compañía aérea de Hughes está en Los Ángeles y necesitamos un canal para mover efectivo cerca de la frontera.

—No me gusta tratar con negros asquerosos. —Sam sacudió la cabeza.

—Son impetuosos y se alteran con demasiada facilidad. —Carlos sacudió la cabeza.

—Las prestaciones sociales los han desmoralizado. —Sam sacudió la cabeza.

—Unas prestaciones que nuestro chico Dick recortará. —Sam sorbió anisette.

Wayne sintió picores. La piel le escocía. Los oídos le palpitaban.

—Wayne está sufriendo una reacción adversa a esta charla —dijo Santo.

—En algunas cosas, Wayne es como un libro abierto —dijo Sam.

—¿Qué libro? —Santo sorbió Galliano—. *¿Los negros de mierda que me he cargado?*

—Wayne es cazador de negros de mierda desde hace mucho —dijo Carlos.

—O sea, que tal vez en ello esté el dilema —se rio Sam.

—¿Qué dilema? —preguntó Santo—. Cuando hablas así pareces maricón.

Carlos miró a Wayne. Carlos alzó las manos y movió las palmas hacia abajo.

—Ya vale, ya vale, ya vale.

—De acuerdo —tosió Santo—. Cambiemos de tema.

—Vale. Hablemos de política —tosió Sam—. Yo votaré por Dick.

—¿Y tu viaje de reconocimiento? —tosió Carlos—. Háblanos de eso.

—He estado en los tres lugares. —Sam se pasó al XO—. Para mí, son como las manzanas y las peras. Panamá tiene el canal, joder, Nicaragua tiene la jungla. Y la R.D. tiene la brisa propia de las islas. En los tres mueven los hilos sendos barandas derechistas y eso es lo más importante. Mi amiga Celia es de la R.D y me ha estado cantando las virtudes de su país.

—Sam está encoñado. —Carlos hizo un gesto obsceno con el dedo.

—Celia esto, Celia lo otro. —Santo hizo un gesto obsceno con el dedo—. Sam sufre un golpe de calor por culpa de ese chocho isleño.

Sam se sonrojó. Carlos alzó las manos y movió las palmas hacia abajo.

—Ya vale, ya vale, ya vale.

Santo se pasó al Drambuie.

—El equipo que abrirá la brecha. Hablemos de eso. Una vez que hayamos elegido el lugar, tendremos que mandar a algunos chicos.

—Yo quiero que Jean-Philippe Mesplède participe —tosió Wayne.

Carlos tragó saliva. Santo tragó salvia. Sam tragó saliva. Se miraron unos a otros. Mesplède había jodido a Carlos en el negocio de la «H» en Saigón. Era un mercenario francés. Era un militante anticastrista. Había estado en Dallas aquel fin de semana. Había disparado desde el montículo de hierba.

—Tengo que reconocer que es una buena elección —suspiró Sam—, pero hemos tenido problemas con él.

—Me han dicho que está aquí, en Miami —dijo Santo—. En cualquier lado que haya anticastristas, ahí está Jean-Philippe.

—¿Y no ha llegado el momento en que todos digamos «lo pasado, pasado está»? —dijo Sam.

—No dejan de venirme a la cabeza tres nombres. —Carlos bebió Drambuie—. Un pajarito no para de decirme que Mesplède se los quiere cargar.

Bob Relyea. Gaspar Fuentes. Miguel Díaz Arredondo.

Un tirador blanco palurdo y dos exiliados cubanos. Habían formado parte de la camarilla de Saigón. Relyea se alineó con la facción de Carlos y jodió a Wayne y a Mesplède. Relyea se unió al equipo de Memphis y se cargaron al doctor King. Fuentes y Arredondo eran anti-Wayne y anti-Mesplède. La primavera anterior habían

desaparecido sin dejar rastro.

—Debo reconocer que es una buena elección —suspiró Santo.

—Sé que habla español —suspiró Sam—. ¿Qué, «lo pasado, pasado está»? No sé, dime tú...

—Yo lo quiero —dijo Wayne.

—Querrá cargarse a esos tipos. —Santo sorbió Drambuie.

—Tú mandas, Wayne.

Wayne recorrió la Pequeña Habana. Había gente e insectos toda la noche debido al calor. Enjambres de insectos, bombardeos de insectos, insectos más grandes que Rodan y Godzilla. Le dio al limpiaparabrisas y los convirtió en pulpa de insecto. En la Pequeña Habana hacía calor.

Circuló. Miró la acción que se desarrollaba en las aceras. Bodegas, puestos de fruta, vendedores de helados. Distribución de panfletos. Unos mendas cargados de pasquines con camisetas de «Muerte a Fidel». Oficinas políticas: Alpha 66, Venceremos, Batallón Diecisiete de Abril. Dobló por Flager Street y vio hileras de casas, sin dejar de mirar por el retrovisor cada pocos segundos. Sí, ahí está otra vez el sedán azul, dos coches más atrás.

Wayne pisó el gas, dobló por cuatro calles distintas y encontró un sitio para aparcar en Flager. Ningún sedán azul. Bien.

Wayne prosiguió a pie. El traje volvió a pegársele al cuerpo. Los imbéciles de la calle le dieron empujones. Despertó miradas raras, éste no es  *cubano*, es blanco. El cielo explotó. Quédate con esas luces. Wayne reconoció su origen. Los fuegos artificiales de la convención.

La gente se detuvo a mirar. Los papás levantaron en brazos a sus niños. Una pelea a puñetazos en la esquina se detuvo a medio golpe.

Wayne miró. Uno de los tipos que distribuían panfletos hizo ondear una banderita. Wayne miró el escaparate de un café y vio a Jean-Philippe Mesplède.

La mirada fue mutua. Jean Philippe lo abrazó. Wayne notó al menos tres pistolas bajo su ropa.

Se sentaron. Mesplède iba por la mitad de una botella de un tercio de Pernod. Un camarero trajo un vaso limpio.

—*Ça va*, Wayne?

—*Ça va bien*, Jean-Philippe.

—¿Y qué te ha traído a Miami?

—Un asunto político.

—*Par exemple, s'il vous plaît*.

—Te buscaba a ti, por ejemplo.

Mesplède flexionó las manos. A los pitbulls que llevaba tatuados les crecieron los colmillos y las erecciones. Era un exparacaidista francés. Había estado en la guerra de

Argelia y en Dien Bieu Fu. Pulía heroína allá donde iba.

Pasaron al francés. Bebieron Pernod. Los fuegos artificiales se reflejaban en los escaparates a su alrededor. Recordaron Vietnam y las operaciones allí realizadas. Mesplède maldijo a Carlos, *le petit cochon*. Wayne habló sobre los extraños compañeros de cama. Lo pasado, pasado está. Carlos tenía trabajo para ellos. Soy franco contigo.

*Ça va*, Wayne. De acuerdo.

Wayne describió el plan de los casinos y explicó las opciones de los territorios. Mesplède habló sobre la geopolítica de Panamá, Nicaragua y la R.D. Comercio y agricultura. Los déspotas del momento estaban dispuestos a reprimir a los disidentes y a los contramovimientos comunistas. Wayne bebió Pernod. Mesplède cambió la conversación a Cuba. Continuaba comprometido con la Causa. LBJ, Nixon, Humphrey, todos eran unos *cochons* castristas. Las elecciones no significaban una *merde*. La política de no intervenir en Cuba continuaría. Discutieron *un peu* sobre aquello. Mesplède sabía que la Causa irritaba a Wayne y que odiaba la venta de droga. Sus operaciones en Saigón lo habían contrariado. Extraños compañeros de cama, *oui, oui*.

Llegaron al momento del sí o no. Mesplède dijo, quizás. Antes, tenía unos asuntos apremiantes. Wayne levantó tres dedos. Mesplède asintió. Wayne dijo que había hablado con Carlos. Ahora mando yo. Te dejaré matar a dos de tres.

Los fuegos artificiales se apagaron con un destello y un estampido. Pam. Mediodía a medianoche. El reflejo del escaparate se apagó. Mesplède pasó al inglés.

—¿A quién le está permitido vivir?

—A Bob Relyea.

—Sé por qué, pero infórmame con precisión.

—En abril estuvo metido en un gran trabajo. Es demasiado próximo a algunas personas con las que yo estoy.

—Memphis.

—Sí.

—Tú también estuviste allí.

—Sí, así fue. —A Wayne le entraron picores.

—Vergonzoso. —Mesplède escupió en el suelo—. Un golpe horrible para los negros americanos. Me solidarizo con ellos porque admiro su arte jazzístico.

Picazón, sofocos, golpe de calor inmi...

—Puedes cargarte a Fuentes y Arredondo. Más lejos que eso no puedo llegar.

Mesplède se encogió de hombros y agachó la cabeza.

—Tal vez estén aquí, en Miami.

—Vayamos a buscarlos.

Montaron en el coche alquilado de Wayne. Mesplède lo atufó de cigarrillos

franceses. Circularon. Se apearon y fueron a coctelerías y bodegas abiertas toda la noche. Dieron propinas en efectivo y preguntaron por Fuentes y Arredondo. No se enteraron de nada.

Wayne iba colocado de Pernod. Siguió vigilando el retrovisor. El sedán azul no estaba. Le pareció ver un coupé marrón. Se acercaba, se rezagaba, se acercaba. El conductor, un chico con el pelo cortado al uno de veintipocos años.

Se puso esquizofrénico. Dio vueltas para evadirse y Mesplède se mareó. El coupé marrón desapareció. Volvieron a Flager Street y la recorrieron de nuevo a pie. Las oficinas a pie de calle estaban abiertas hasta muy tarde. El Comité de Acción para la Libertad de Cuba, el Consejo Cubano para la Libertad, el Comité para una Cuba Libre. A Mesplède le encantó. Hablaba español y cautivó a una audiencia de holgazanes trasnochadores. Los mendas les mendigaron cigarrillos. Mesplède les hizo preguntas. Consiguió tres pistas.

Pista núm. 1: Fuentes y Arredondo se habían marchado al Medio Oeste. Pista núm. 2: Tal vez se dedicaban a atracar grandes almacenes. Pista núm. 3: Quizás estuvieran atracando gasolineras en Chicago.

Eran las cuatro de la madrugada. Mesplède se durmió en el coche. Wayne lo despertó y lo dejó en su casa de huéspedes. Él volvió a su hotel casi zombi. Elefantes y Dick Nixon. Cuba, coches que lo seguían, monstruos de la mafia, insectos como Godzilla.

Abrió la puerta. Encontró la luz encendida. El hombre del sedán azul estaba sentado en la única silla. Empuñaba un Smith del 38. En la chaqueta llevaba prendida una placa de la fiscalía de Nevada.

Wayne cerró la puerta y se apoyó en ella. El tipo señaló el bulto de su pistola. Wayne tiró su 45 encima de la cama.

—Chuck Woodrell —dijo el tipo.

—Dígame qué es esto. —Wayne bostezó—. Ya lo sé, pero dígamelo de todos modos.

—Usted y su madrastra mataron a su padre. —Woodrell bostezó—. El fiscal general sabe que es un homicidio y le gustaría llevar adelante el caso. Sabe que trabaja para el tío Carlos y para el señor Hughes y eso tampoco le importa porque es un tipo con muchos huevos. Tenemos una huella de Janice. Ocho puntos coincidentes, un argumento decisivo. No queremos acusar a una mujer que está agonizando, pero el trabajo es el trabajo.

—¿Cuánto? —preguntó Wayne tras frotarse los ojos.

Woodrell bostezó y se desperezó.

—¿Por qué Buddy Fritsch y usted no me buscan un sospechoso? Eso y cincuenta de los grandes lo enfriarán todo.

(Los Ángeles 6/8/68)

El local tapadera venía amueblado: tres habitaciones de vinilo y estambre gastado. Los aparatos de aire acondicionado funcionaban. El sofá se desplegaba y se convertía en cama. Era un espacio amplio. Dwight pensó que podía vivir allí.

Silver Lake. Una oficina pagada por el Buró en Sunset con Mohawk. Una escuela de peluquería, un bar de locas y una librería porno en la planta baja.

Karen vivía dos kilómetros al noroeste. Era un buen lugar para polvos de tarde imprevistos. Registró la oficina como «Empresas Cove». Era adecuadamente insulso. Era un guiño al piso de Karen en Baxter con Cove.

Dwight se trasladó allí. Colocó sus cosas en el armario e instaló una cocina eléctrica y una cafetera. Conectó dos líneas de teléfono normales y una línea segura con desmodulador. Desempacó su material de vigilancia. Guardó un paquete de pistolas de incriminar en la caja fuerte.

Estaba derrotado. Había llegado del D.C. con el vuelo nocturno. El asiento era para enanos. Había viajado encogido con las piernas contra el pecho. Su única copa del día y una pastilla le habían hecho dormir una hora un sueño lleno de pesadillas.

El señor Hoover había dado el visto bueno a la transferencia. Sesenta de los grandes a un banco del centro de la ciudad. Era su presupuesto para seis meses. Vivir, pagar a los informantes y los gastos diversos. La OPERACIÓN HERMANO MAAALO había empezado.

Dwight subió los aparatos de aire acondicionado de la ventana y creó el efecto iglú. L.A. en agosto. Calor sin tregua. Tenía tres ventanas con vistas, todas al norte. Garitos de comida mexicana, cholos, la capa de contaminación en Cinemascope.

El señor Hoover lo estaba tiranizando. El viejo sarasa estaba quisquilloso hasta el frenesí. Rumores en estéreo: la Grapevine y Wayne Junior. Le había dicho al señor Hoover que todo estaba controlado. Era una mentira descarada y una excusa para ganar tiempo. La Agencia de Control de Bebidas Alcohólicas, Tabaco y Armas de Fuego tenía rodeada la taberna. Había enviado a Fred Otash a St. Louis a comprobarlo. El asunto de Wayne podía estallar en cualquier momento. Wayne se negaba a soltarle la lista de suscriptores de Wayne Senior. El doctor Fred Hiltz, lo mismo.

Wayne había dicho que había dejado el negocio de los panfletos. El doctor Fred quería demasiado dinero. La noche anterior, Dwight había llamado al agente especial destinado en L.A. para decir que iba hacia allá. Jack Leahy habló con mordacidad del señor Hoover, fue casi impolítico. Jack llamó «Annie Anfetamina» al viejo maricón. Dwight se rio y recordó su última conversación telefónica. El señor Hoover había



rabiado, se había enfurruñado y había pataleado. Ahora el señor Hoover perdía los papeles con asiduidad. El señor Hoover enumeró al personal de Memphis sólo para decir LO SÉ.

Dwight se puso de los nervios. El iglú se había vuelto demasiado frío.  
Vayamos a echar un vistazo a Negrolandia.

Los letreros de licor de malta marcaban la frontera. Los cigarrillos mentolados venían a continuación. Schlitz, Colt 45, Newports y Kools. Consumismo de negros piojosos. Orgullo afro. Negros con rasgos de blanco y cabello negroide.

Dwight condujo hacia el sur. Su coche de los federales provocó miradas de miedo y burlas. Hacía calor. La nube de contaminación llegaba muy abajo. Muchos hermanos maaalos. Chácharas y partidas de dados en los aparcamientos. Muchas redecillas para el pelo. Muchos sombreros de ala estrecha encima de cabello artificialmente alisado. Muchas redadas callejeras del DPLA.

Pasó por delante del cuartel general de los Panteras. El mural del exterior era inmenso. Dos gatos negros destripando un ensangrentado cerdo rosa. El cerdo llevaba una placa que ponía OPRESOR FASCISTA. Como telón de fondo, la Última Cena. Huey Newton hacía de Jesús. Eldridge Cleaver y Bobby Seale hacían de discípulos principales. Los otros discípulos llevaban camisetas de «Libertad para Huey».

El cuartel general de los EE.UU. estaba cerca. Los guardias de la puerta llevaban gafas de sol y boinas negras. Flanqueaban un altavoz colocado en la acera. De él salía un guirigay a ritmo de bongos. Dwight distinguió «rocía al insecto blanco con insecticida».

Basta. Dwight se dirigió hacia el oeste. La Alianza de la Tribu Negra tenía un local en la Cuarenta y Tres con Vernon. En la puerta había pintados puños negros, pistolas y cerdos blancos policías con la picha pequeña. El Frente de Liberación Mau Mau, cuatro manzanas más al sur. Arte mural caníbal: polis blancos que gritaban metidos en ollas mientras unos tipos negros los sazaban y removían.

Basta. Era una mezcla de maoísmo y Tío Tom. Dwight se dirigió hacia el oeste. Pasó delante del Banco Popular de Los Ángeles Sur. Se acordó de sus notas. Supuestamente era un chiringuito de blanqueo de dinero.

Karen estaba como profesora invitada en la USC. Pasó por allí siguiendo una corazonada y se encontró con que su clase se vaciaba en aquel momento. Los chicos iban desaliñados y llevaban melena. Vieron su traje gris y el cinturón de la pistola y pusieron cara de asco. El aula era grande. Karen estaba junto a la tarima. Dwight saltó a la tarima y creó ondas sonoras. Karen levantó la cabeza y sonrió.

Se besaron en la tarima. Unos alumnos los vieron y se extrañaron. Karen sostuvo una diapositiva a la luz. Dwight la miró. Era el señor Hoover, aproximadamente en el 52.

—No lo digas. Les estás enseñando de nuevo la lista negra.

—No me digas que crees que fue justificada.

—No me digas que no he ayudado a algunos colegas tuyos rojillos a recuperar sus puestos de trabajo.

—No me digas que no te he devuelto esos favores.

—¿Está Como Se Llama en la ciudad? —Dwight sonrió.

—Sí.

—¿Cuándo se marcha?

—Mañana por la mañana.

—Entonces, ¿mañana por la noche?

—Eso suena fantástico.

Se sentaron en la tarima con las piernas colgando. Eran altos. Sus pies rozaban el suelo. Karen sacó los cigarrillos y encendió uno.

—Uno al día, ¿eh?

—Sí, y sólo cuando estamos juntos.

—No sé si creerte.

—Muy bien. En ocasiones, después del desayuno.

—Ya se te va notando. —Dwight le tocó la tripa.

—Es Eleanora. —Karen se tocó la tripa.

—¿Y si es un chico?

—Entonces será Como Se Llama o Dwight.

—¿Y estás segura de que no es mío?

—Cariño, no ha sido una inmaculada concepción y tú no estabas cerca en absoluto del receptáculo.

Dwight levantó las piernas y se desperezó. Bostezó. Se quedó medio segundo adormilado.

—¿Qué tal duermes?

—Fatal.

—¿Tienes pesadillas?

—Sí.

—¿Algunos actos terribles ordenados por el Buró que te gustaría confesar?

—Ahora mismo, no.

Karen tiró el cigarrillo y se desperezó a su lado. Él le tocó el cabello. Contó las manchas oscuras del iris de sus ojos.

—¿Hay alguna nueva?

—No.

—Los ojos de las personas cambian con los años. Es absolutamente normal y no deberías preocuparte de ello.

—Yo me preocupo de todo.

—No te estaba acusando. —Karen le tocó el cabello—. Sólo era un comentario.

Dwight se acercó. Sus cabezas se tocaron. Él olió a champú de almendra.

—Búscame esa informante, una mujer. Yo los supervisaré a ella y al topo y los

mantendré separados.

—Ya lo pensaré.

—Aquí podrías ayudar bastante. Ninguno de esos dos grupos está infiltrado lo cual significa que tienen libertad para cometer todo tipo de fechorías.

—¿Favor por favor? —Karen frunció un poco el ceño.

—Seguro.

—La semana que viene hay una manifestación.

—¿Contra la guerra?

—Sí.

—No me digas. Te gustaría que retirase al equipo de fotovigilancia.

—¿Lo harías?

—Seguro. Llamaré a Jack Leahy.

Karen rodó de espalda y se desperezó. Dwight le tocó la tripa. Le pareció notar que Eleanora daba patadas.

—¿Me amas? —preguntó.

—Ya lo pensaré —respondió Karen.

Se sentaron en el estudio. Dwight insistió. Estaba libre de cuadros de odio. El resto de la casa del odio lo irritaba.

—Cien de los grandes —dijo el doctor Fred. Eso y un pequeño favor le permitirán una inspección completa de mis listas.

—¿Qué favor? —Dwight bostezó.

—Ayúdeme a encontrar a una mujer. Me sisó catorce de los grandes y se esfumó.

—Llame a Clyde Duber. —Dwight se encogió de hombros—. Él la buscará.

—Ya lo he hecho. Y tengo a ese chico inútil encargado de ello. Ahora está en Miami, pero creo que es un incompetente. Vamos, Dwight. El dinero y un pequeño favor.

—Diez de los grandes y medio kilo de cocaína que he estado guardando. Es un material superlativo. Le proporcionará la fiesta de su vida hasta que lo mate.

Sonó el teléfono. El doctor Fred lo cogió, murmuró algo y escuchó. Dwight oyó crujidos. Cric cric. Sonaba a llamada interceptada por el Buró.

El doctor Fred asintió. Dwight agarró el aparato. Los cric cric dieron paso a una voz con acento de Oklahoma.

—Dwight, soy Buddy Fritsch —dijo el que llamaba—. Me ha pillado la gran cagada. Será mejor que vengas.

Una avioneta lo llevó a McCarran. Desde allí tomó un taxi al centro, al DPLV. Buddy estaba encerrado en su oficina. Estaba medio hundido. Deambulaba de un lado a otro. En un cenicero humeaban tres cigarrillos.

Dwight cerró la puerta y echó la llave. Buddy dejó de deambular y advirtió su presencia.

—Ha venido un tipo de la Fiscalía a presionarme. Tiene una huella de Janice y quiere encausarla. Me ha ofrecido dinero, sí, pero no veo salida al asunto, excepto entregando a Wayne y...

Dwight lo agarró. Dwight lo lanzó sobre el escritorio y le tiró encima un archivador. Dwight arrancó el aire acondicionado de la pared y lo dejó caer en su espalda. Dwight le pateó las pelotas tres veces.

—Búscame a alguien que se coma el marrón de la muerte de Wayne Senior y hazlo ahora mismo.

(Miami, 8/8/68)

Escuchas:

Los cables, los alicates, los destornilladores. Las perforaciones, los soportes, el polvo de la pared. Dedos de mantequilla: manos sudorosas en cacharros del tamaño de un mosquito.

El hotel Eden Roc. El trabajo: conectar la *suite* 1206 con la *suite* 1207. Crutch trabajó con Freddy Turentine. Freddy era el «rey de las escuchas». El historial de escuchas de Freddy era pasmoso. Clyde Duber y Asociados lo habían contratado temporalmente. Por lo general, Freddy trabajaba para Fred Otash, el «rey del chantaje».

Perforaron. La 1206 era su puesto de escucha. Farlan Brown tenía que llegar a la 1207 al cabo de poco. Pudieron acceder a la *suite*. Pusieron micros en las pantallas de las lámparas. Pincharon el teléfono. Cubrieron los cables de la pared con masilla y le aplicaron pintura. Metieron los cables por los orificios de la pared y lijaron las irregularidades hasta dejarlas lisas. Barrieron el polvo del suelo y volvieron corriendo a la 1206.

Cuatro horas enteras de trabajo de esclavo del que provoca calambres en los dedos. Crutch tenía yeso incrustado por todas partes. Los dedos le dolían. Tenía masilla en las orejas, en los ojos y en las fosas nasales. Tomó una ducha y se limpió. Freddy fue a su habitación a dormir. Crutch encendió el televisor de la sala y bajó el sonido. La pantalla estaba de frente al receptor de escuchas. Agarró una silla, se puso los auriculares y escuchó el aire muerto de la *suite* contigua.

Las chorradas de la tele lo absorbieron. Nixon ya era candidato, a la primera votación. Bostezo/ronquido/sopor. Nixon emitía vibraciones estúpidas. Hacía la V de victoria y parecía un rústico robot. Las noticias pasaron a imágenes de los disturbios. El Congo de Miami ardía. Tumultos en viviendas sociales para negros. Los negratos tiraban piedras y disparaban emboscados contra los automovilistas blancos. Turbas de negros asquerosos, saqueos, incendios. Acción de tiempo tórrido. Unas buenas imágenes.

Crutch bostezó. Llevaba seis semanas con déficit de sueño debido a SU CASO.

SU CASO, no el caso de Clyde o Buzz Duber. SU trato paralelo con el doctor Fred. SU posibilidad de ganar el millón de dólares con el asunto de la foto de Hughes. SU trato paralelo al trato paralelo: Gretchen Farr era Celia Reyes. Añádele la mujer de la cicatriz. Añádele la casa con las marcas en la puerta y el cadáver mutilado en la cocina.

SU CASO.

Farlan Brown iba hacia Miami. Wayne Tedrow Jr. ya estaba allí. Junior tenía los panfletos racistas de Senior. El doctor Fred los quería. Junior trabajaba para Farlan Brown y Howard Hughes. El doctor Fred quería venderle a Drac su plan de pureza racial. Una locura, seguro, pero una locura con el signo del dólar unido a ella.

\$\$\$\$\$\$\$\$

Calló su conocimiento secreto. No lo compartió con Clyde, ni con Buzz, ni con el doctor Fred. Ellos no saben que Gretchen es Celia. No saben nada de la mujer de la cicatriz ni de la casa de los horrores de North Tamarind.

SU CASO. Ya llevaba seis semanas con él.

Tenía el piso lleno de papeles hasta arriba. El archivo de su madre ocupaba casi todas las estanterías y el suelo. Alquiló otro espacio para archivo en el centro de la ciudad. En el hotel Elm, doce pavos a la semana. Un antro de los de mear en el lavamanos para pensionistas paupérrimos. Lo llenó de archivadores y resmas de papel. Se dedicó al trabajo la jornada completa.

Trabajo de fichero; fichas de pistas, fichas del coche, fichas forenses, fichas del 2216 de North Tamarind.

Investigó la casa de los horrores. No era uno de los picaderos de Arnie Moffett. Estaba cerca del piso que había alquilado Gretchen/Celia y de los otros picaderos. Proximidad no equivalía a conexión. Sí, pero un extraño suceso de aquella noche hacía que todo pareciese conectado. Era como un sueño. Gretchen/Celia y la mujer de la cicatriz se besan y el mundo de Crutch se reubica.

Investigación sobre la casa. Resultado: la Cámara de Comercio de Hollywood era la propietaria y la utilizaba para fiestas de recogida de fondos. Llevaba deshabitada desde mediados del 67. Se coló en ella y empolvó todas las habitaciones en busca de huellas. Sólo obtuvo manchas y unas parciales de mierda. La Cámara le permitió ver el archivo de las recogidas de fondos. Constaban los grupos organizadores, pero no los invitados. No había forma de saber quién había estado en la casa. La chica de la Cámara le dijo algo que le heló la sangre: de vez en cuando, unos *hippies* melenudos entraban en ella y la ocupaban. Pregunta: ¿qué hacían todavía Gretchen/Celia y la mujer de la cicatriz en la casa de Moffett? Respuesta fácil: la ocupaban de gorra una vez expirado el período de alquiler real. Pregunta: ¿quién sobornó a Phil para que dejase de buscar a Gretchen? Posible respuesta: Farlan Brown, a través de Herramientas Hughes. Brown se enteró de ello. Brown no quería que nadie molestara a Gretchie. ¿El motivo? Demonios, vaya usted a saber.

Del fichero de la casa al del coche: Sobornó a un empleado de la Hertz. Gretchen/Celia devolvió el Comet del 66 con el radiador estropeado. El Comet, pues, no se había utilizado desde la noche de su devolución. Crutch volvió a sobornar al tipo y tuvo el Comet dos horas para él solo. Lo empolvó y levantó una latente. Se pasó cinco semanas cotejando huellas de mujer en la oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles y en el DPLA. Hasta el momento, ninguna coincidencia.

Del fichero del coche al fichero forense.

Clyde sabía trapos sucios del forense del condado, Tojo Tom Takahashi. Tojo Tom era un tipo aficionado a las menores, le gustaban sobre todo los chochos jóvenes japos. Crutch lo amenazó con divulgar los trapos sucios si le contaba a Clyde lo que se llevaba entre manos. Tojo Tom accedió. Crutch lo llevó a la casa de los horrores dos noches después de su primera entrada en ella. Se bebieron una petaca de Jim Beam para templar los nervios. Trabajaron a la luz de una linterna Coleman. Crutch hizo fotos. Tojo Tom examinó el cuerpo descuartizado, metió los trozos en bolsas y tomó muestras de sangre y de tejidos. Crutch hizo fotos del tatuaje del brazo y de los dibujos geométricos de las paredes. Tojo Tom sacó los fragmentos de piedras verdes del brazo y los puso en una bolsa aparte.

Tardaron horas. El olor era horrible. Crutch sostuvo la linterna mientras Tojo apartaba gusanos. Tojo Tom dijo que era «un destripamiento». La víctima era una joven latina. Hizo analizar la sangre y llamó a Crutch para darle los resultados. Era 0+, un grupo muy común, sin características destacadas. Encontró polvo en los tejidos y lo hizo analizar. Era muy extraño: no era nada toxicológico. Crutch pidió a un gemólogo que analizara los fragmentos de piedra verde. ¿Esmeraldas? No, sólo cristales verdes.

Del fichero forense al fichero de los tatuajes. Investigar a partir de ahí.

Crutch visitó cuarenta y siete salones de tatuaje en L.A. y alrededores. Enseñó la foto del tatuaje parcial a innumerables maestros tatuadores. De momento, nada. De la ficha del tatuaje a la ficha de pistas. Fue de nuevo al DPLA y a la oficina del Sheriff. Miró fotos, teletipos y expedientes de interrogatorios en busca de menciones de Gretchen/Celia y no encontró nada. De los ficheros policiales a los de la agencia de Inmigración del departamento de Justicia. Miró fotos de todas las inmigrantes procedentes de toda Latinoamérica y no encontró a Gretchen/Celia. Se acordó de la Centralita de Bev. Allí, Gretchen/Celia había recibido llamadas de tres consulados extranjeros: Panamá, Nicaragua y la República Dominicana. Llamó a los tres y nada. No tenían registrada ninguna llamada a Gretchen/Celia. Su permiso de conducir de la República Dominicana resultó ser falso. El departamento de Vehículos a Motor de la RD no tenía registros. ¿La llamada con número oculto a la Centralita de Bev? Ninguna noticia al respecto.

De los \$\$\$\$ a los ???? y vuelta a empezar. El signo del dólar, el signo de interrogación y ceros.

El beso. Las sombras dentro y fuera de su campo visual. Las canas de la mujer de la cicatriz. No tenía nombre. Celia/Gretchen tenía dos. Crutch quería saber el nombre de la mujer. La dibujó y empapeló las paredes con los resultados. Le dio sus facciones reales, no las de Dana Lund.

Sus palabras «Grapevine», «Tommy», «topo», ¿qué significaban? Consultó guías telefónicas de todo el país. Entre restaurantes, hoteles, moteles y bares, encontró 216 locales llamados Grapevine. No sabía por dónde empezar, si debía empezar a hacerlo o si no significaba nada.

Así que Gretchen/Celia follaba con hombres y les robaba dinero. «Al», «Chuck», «Lew», el doctor Fred, posiblemente Farlan Brown. Sal Mineo le había contado todo lo que sabía. Gretchen/Celia era presuntamente una izquierdista. Quería «acercarse» a Farlan Brown. ¿Qué me dices de esto? La mujer de la cicatriz, ¿qué papel desempeñaba en el asunto? La muerta de la casa de los horrores, ¿estaba relacionada con el caso?

Crutch caviló y miró la televisión. Vio imágenes de algaradas de negros piojosos y escuchó la habitación vecina por los auriculares. Aire muerto. La *suite* de Farlan Brown seguía silenciosa.

Joyería Avco. Gretchen/Celia pide consejo para volver a cortar las esmeraldas. Los cristales verdes en el brazo de la muerta. Signos de interrogación, signos del dólar.

Caviló sobre Las Vegas seis veces. Había seguido a Farlan Brown y a Wayne Tedrow Jr. Los había visto en el D.I. Tomaban el ascensor privado a la guarida de Drácula. Brown no se había visto con Gretchen/Celia en Las Vegas. Tal vez no se había puesto en contacto con él. Tal vez le había robado dinero en L.A. y había desaparecido. Buscó las oficinas de las líneas aéreas de Miami y preguntó por Gretchen Far y Celia Reyes. No encontró ninguna Gretchen. Encontró nueve Celias y comprobó el permiso de conducir de todas. Ninguna era ella.

También en los registros de las líneas aéreas buscó a Wayne Tedrow Jr. y lo encontró. Comprobó los registros de los hoteles y lo localizó en el Doral. Lo siguió tres veces. Tal vez él se había dado cuenta de que lo seguían. La Fiscalía de distrito del condado de Clark le había pasado a Clyde Duber un rumor que circulaba por Las Vegas: Era posible que Wayne Junior se hubiese cargado a Wayne Senior en el mes de junio.

Todo aquello era pasmoso. Lo reubicaba y le reconectaba toda la mierda de sus circuitos.

Los seguimientos habían ido de puta madre. Wayne Junior se había reunido dos veces con un tipo con pinta de extranjero vestido de negro. Crutch contactó con su casa de huéspedes: Jean-Philippe Mesplède, mercenario francés, cuarenta y cinco años. Mesplède y Wayne Junior habían peinado dos veces la Pequeña Habana. Crutch los siguió. ¿De qué se trataba? Buscaban a dos cubanos llamados Gaspar Fuentes y Miguel Díaz Arredondo.

Los negros alborotadores se habían calentado. La pantalla de la tele casi palpitaba. Los negros de mierda lanzaban cócteles molotov. Los negros de mierda perseguían a los blanquitos con estacas de madera. Crutch oyó movimiento en la habitación de al lado.

Sí, es la voz de Farlan Brown. Es él, dándole propina al botones. Ahí está la puerta otra vez. El botones se ha ido. Ahora está marcando un teléfono. Bostezo. Ahí está Brown al aparato con su mujer.

Blablablá, los niños están bien, el perro tiene pulgas, yo también te quiero. Ruido



de colgar. Ruido de una puerta que se abre. La voz de una joven.

Sí, fíjate...

Negociaron. Cincuenta por un francés; francés y vaginal, cien. Brown eligió lo segundo. La cama estaba junto al aparato de aire acondicionado. El zumbido del aire ahogó casi todo el alborozo. El clímax le llegó confuso.

«Tengo mucha influencia con Howard Hughes», fanfarroneó Farlan Brown poscoito. «¿De veras?», preguntó la puta. «Soy elegante, estoy en la onda, le pongo cuernos a mi mujer, dirijo las Aerolíneas Hughes. Llevaré los vuelos chárter de Hughes a unos nuevos y fantásticos hoteles de la mafia».

La puta contiene un bostezo. Los muelles de la cama crujen. Suena una cremallera. Adiós, encanto. La mujer sale por la puerta.

Brown cogió de nuevo el teléfono. Crutch pulsó botones de la consola y preparó la grabadora. Oyó clics y el tono de marcar. Oyó un «hola» ronco.

«Freddy, soy Farlan», dijo Brown. Un hombre dijo: «¿Qué pasa, paisano?». Crutch reconoció la voz: el chantajista Fred O.

Pulsó el grabador. La bobina empezó a girar. Captó interferencias y una conversación al pie de la letra.

BROWN:... Miami. Para la convención, ya sabes.

OTASH: Nixon. «Dios, esa llanta recauchutada tiene siete vidas, joder».

BROWN: Esta vez va en serio. Ganará.

OTASH: Tengo un libro de apuestas en el Cavern. Mi hombre dice que la carrera está igualada.

BROWN: Apostaré.

OTASH: Entonces, di una cantidad, que eres un mamón mormón de lo más rácano.

BROWN: Mil pavos por Dick. En serio, Freddy, huelo a victoria.

OTASH: Yo me huelo que intentas racanearme en el precio de una habitación. Es eso, ¿verdad? Tu viejo amigo Freddy ahora es hotelero, así que vamos a aprovecharnos de él.

Risas por valor de seis segundos.

BROWN: Freddy, eres la polla.

OTASH: Tengo una polla. Soy un americano de origen libanés muy bien dotado.

Risas por valor de nueve segundos.

BROWN: Bien, necesito una *suite* grande en el Cavern. Una fiesta para algunos delegados demócratas, justo antes de la convención. Priva y chicas, Freddy. Ya conoces mi *modus operandi*.

OTASH: ¿Cuándo?

BROWN: El 23 de agosto.

OTASH: Te daré la 304. Es mi habitación privada, o sea que trátala bien o incitaré

a Drácula contra ti.

BROWN: ¡Oh, no, eso sí que no!

OTASH: Pues eso tendrás, mamón de mormón.

BROWN: Mamado, quieres decir.

OTASH: Confírmame o desmiénteme un rumor, ¿quieres?

BROWN: Por supuesto.

OTASH: Dime la verdad: ¿Trabaja Wayne Junior para el Conde?

BROWN: Sí, y muy arriba, por cierto.

OTASH: Junior siempre cae de pie, maldita sea. BROWN: ¿Podrías precisar?

OTASH: Sin comentarios.

BROWN: Sobre esa nota...

OTASH: Sí, nos vemos el 23. Gracias, que te jodan y adiós.

Dos clics de colgar, en Miami y en Las Vegas. Cruch cambió a la línea del micro. Bostezos, crujidos de la cama, silencio y ronquidos.

Pulsó botones y desconectó el alimentador. Eran la 1:14 de la madrugada. Le gruñía el estómago. Con la vigilancia, se le había pasado la hora de la cena. Llamó a la habitación de Freddy Turentine y lo despertó. Le dijo que tenían un trabajo de pinchar teléfonos en Las Vegas, una *suite* de hotel, el 22 de agosto. Freddy le dijo «recuérdamelo mañana» y colgó.

El televisor seguía encendido. Nixon hacía la V de Victoria. Vaya menda. Siempre necesitaba un afeitado.

Crutch bostezó y se puso ansioso a la vez. Se tomó cuatro dexes y cogió las llaves de su coche de alquiler.

Unos giros incorrectos y unas rotondas lo desubicaron. El Doral estaba cerca del Eden Roc. El hotel de Wayne Junior, a dos minutos. Las calles de una sola dirección lo llevaron a un paso elevado. Las aguas de la bahía estaban cargadas de confeti y de pancartas flotantes de Nixon. Los indicadores de las salidas lo confundieron. Las calles laterales lo desviaron de la ruta. Olió a humo. Oyó disparos. Los barrios de casas dieron paso a suburbios de chabolas habitadas por negratas. Vio a dos de ellos quemar un Plymouth del 59.

Los negratas lo vieron. ¡Blanco cabrón! ¡Blanco cabrón! Crutch dio media vuelta. Los negros de mierda persiguieron el coche. Un negrata alto cogió un bloque de hormigón y lo arrojó contra el cristal trasero. El bloque se desintegró. La ventana quedó intacta. Los negros gritaron lemas de negros agraviados y volvieron a concentrarse en el Plymouth.

Crutch se orientó. Condujo deprisa y se alejó del humo, el hedor y las llamas. La categoría de los negros ambulantes subió con la aportación de negros borrachos y zánganos de porche. Llegó a una zona desnegrificada y regresó a la autovía y a Miami Beach propiamente dicho. Aquel rodeo lo vigorizó. Puso la radio y encontró

una emisora de soul. Disfrutó con «The Tighten Up» de Archie Bell and the Drells.

Aparcó delante del Doral. Controló la puerta y siguió escuchando soul. El pinchadiscos hablaba a favor de la mierda comunista partidaria de los disturbios y lo mezclaba con buena música negra. Wayne Tedrow Jr. salió a las 2:49 horas. Montó en su coche de alquiler. Crutch lo siguió.

El tráfico de la convención seguía siendo abundante, lo cual le proporcionaba cobertura para el seguimiento. Crutch se quedó dos coches por detrás. Wayne circuló por zonas sin negros y se dirigió a la Pequeña Habana. Se detuvo en la pensión de Jean Philippe Mesplède y recogió al franchute. Crutch captó la vibración. Otro peinado en busca de Gaspar Fuentes y Miguel Díaz Arredondo.

Flager Street bullía. Los bares y cafés seguían abiertos. Un tipo de una radio hacía entrevistas al hombre de la calle. Un incendio provocado a la puerta del Consejo para la Libertad de Cuba. Unos mulatos quemaban un Fidel de paja.

Mesplède y Wayne Junior iban a lo suyo. Crutch lo sabía. Dejaron el coche, caminaron de escaparate en escaparate y formularon preguntas. Crutch siguió circulando. Recorrió Flager muy despacio y miró. Mesplède y Wayne Junior caminaron durante una hora y volvieron a motorizarse. El tráfico era escaso. Crutch los siguió a una distancia de cuatro coches.

Wayne Junior aparcó junto a la acera y caminó hasta un teléfono público. Crutch pisó el freno y se quedó ocho coches más atrás.

Sacó los prismáticos y enfocó. Wayne Junior metía monedas de veinticinco céntimos en la ranura. Era una llamada de larga distancia, seguro. Crutch lo enfocó más de cerca. Wayne Junior movía los labios. Dos segundos y alto. Wayne Junior sólo escuchó.

Y tembló. Y palideció. Y colgó y volvió al coche y se apoyó en la ventanilla de Mesplède.

Más movimiento de labios. Crutch enfocó *très* cerca. La conversación parecía llena de pánico. Mesplède se puso al volante y arrancó, quemando goma. Wayne se acercó a un taxi aparcado y montó detrás.

El coche arrancó. Crutch lo siguió. El tráfico era tan escaso que no podía acercarse. Crutch apagó los faros y se dejó guiar por las luces traseras del taxi. Cruzaron una graaan parte de Miami.

El terreno se volvió rural. Las carreteras se volvieron malas y llenas de curvas. Crutch encendió los faros para ver. Unos caminos sin asfaltar viraban bruscamente hacia un destartalado campo de aviación. Crutch vio un biplaza en la pista.

Detuvo el coche. No veía el taxi. Se apeó y entrecerró los ojos en la oscuridad. Estaba perplejo. No veía un carajo.

Se encendieron unos focos. Crutch quedó deslumbrado. Parpadeó. Se frotó los ojos. Recuperó un poco la visión. Vio a Wayne Junior, junto al avión, mirándolo directamente.

(Las Vegas, 9/8/68)

—He conseguido un sospechoso —dijo Buddy Fritsch.

En su despacho hacía un frío polar. Sirvió combinados con Fritos. Chuck Woodrell tenía la gripe y no dejaba de sorberse los mocos. Dwight no dejaba de jugar con el anillo de la escuela de abogacía. Wayne estaba hecho polvo. Aquel vuelo lleno de turbulencias y treinta y seis horas sin dormir.

Eran las nueve de la noche. Miami parecía un sueño febril. Los husos horarios de Wayne se habían dilatado desproporcionadamente.

Fritsch pasó una tira de fotos policiales: tres imágenes de un varón negro. Silvestre Dawkins, alias Pappy, cuarenta y ocho años. Un tipo delgado con una actitud «que te jodan». Escrito por detrás, un historial de robos desde el 42 en adelante.

—Caramba, chico —dijo Woodrell.

—Esconded a los niños —dijo Dwight.

—Es un ladrón de domicilios con tendencias a la violación. La noche en que murió Wayne Senior estaba en prisión preventiva cerca de Barstow, lo cual, para nosotros, no cambia las cosas. No tiene coartada para esa noche y es un Departamento de Policía pequeño, de dos hombres. Puedo sobornarlos a ambos.

La tira de fotos corrió de mano en mano.

—Atranca la puerta y toma precauciones —dijo Woodrell.

—La silla eléctrica, cariño —dijo Dwight.

Wayne cerró los ojos y pasó la tira de fotos.

Fritsch sorbió su combinado.

—El condado de Washoe lo acusa de dos robos con homicidio, por lo que no se trata de un ciudadano ejemplar, precisamente. Allana moradas colocado de estimulantes y sedantes, por lo que será un testigo poco creíble.

—Me gusta. —Woodrell comió Fritos—. Hace cinco segundos que ha bajado del árbol.

—Tengo la transparencia de una huella. Podemos ponerla en una muestra de sangre y cambiarle la fecha.

—¿Cuánto? —Dwight se frotó la nuca.

—Cincuenta por mi parte —respondió Woodrell.

—Eh... —Fritsch se retorció—. ¿Veinte para mí y me encargo de comprar el silencio de los chicos de Barstow?

—Recurriré a ya sabes quién. Quiere ver esto enterrado.

—No —dijo Wayne.

Fritsch se detuvo a medio sorbo. Woodrell se detuvo a medio mordisco.

—No más —dijo Wayne.

—Éste es el favor más grande que te harán en tu vida —suspiró Woodrell.

—No seas bolchevique, hijo —suspiró Fritsch.

—Don Sensible —se rio Woodrell—. Con la de negros de mierda que tiene en el historial.

—Cállese ahora mismo. —Wayne lo miró—. No me haga llevar las cosas más lejos.

Woodrell se ruborizó y le temblaron las rodillas.

—Dios mío —dijo Fritsch.

Dwight los señaló a los dos y después señaló la puerta. Lo entendieron y salieron. Dwight se puso en pie y obligó a Wayne a levantarse. Lo agarró por la pechera de la camisa y le pegó un bofetón.

Le dejó los dedos marcados. A Wayne le dolió. Se le saltaron las lágrimas de dolor. Según los parámetros de Dwight, fue un cachete cariñoso.

—Es por Janice. Es por nosotros dos y por todos los asuntos en que has metido mano. Es por este jodido agujero en el que nos encontramos.

Wayne se enjugó la nariz. La sangre le manchaba los labios. Sus lágrimas se secaron deprisa.

—Esto tiene que ocurrir, así que deja que ocurra y no me falles. Necesito que no me falles y tal vez te necesite para lo de la Grapevine. Otash se ha ido a St. Louis. Necesitaremos hablar con él del asunto y, llegado cierto punto, quizá tengamos que intervenir.

El sabor de su sangre era curioso. Dwight lo sostenía. Wayne no se notaba las piernas.

—Necesito que te impliques en esto. Necesito las listas de suscriptores de tu padre y, si las cosas se ponen feas con la Grapevine, te quiero allí.

Wayne asintió. Dwight le soltó las manos. Wayne vaciló y se sostuvo de pie.

Las sábanas estaban mojadas. Tenía el camisón empapado. Tenía el pulso débil pero estable. Wayne le dio a la llave y dejó que la droga entrara en el tubo.

Heroína. La había cocinado él. Un sintético con base de morfina.

Janice se destensó. Wayne le enjugó la frente y medio secó las sábanas con toallas. La enfermera de noche dormía en la sala. Janice sudaba y tenía frío a la vez.

Wayne la tomó de las manos.

—Es necesario hacer algo que nos dará cierta seguridad. Cuando te enteres de ello, lo sabrás. No fue idea mía y no hay forma de evitarlo.

Janice cerró los ojos. De ellos se escaparon unas lágrimas. Soltó las manos. No pesaban nada, eran todo huesos y venas.

Wayne movió la llave. La droga fluyó de la bolsa al tubo y a la vena. Temblorosa,

Janice se desvaneció.

Su pulso era normal tirando a débil. Wayne le arregló el cabello en la almohada. Cogió el teléfono y llamó a Mesplède a Miami.

Tres timbres.

—*Oui?* —le soltó una voz soñolienta.

—Soy Wayne.

—Sí, claro. Mi amigo americano en un apuro.

—Haz una cosa por mí.

—Desde luego.

—Hay un chico siguiéndome en Miami. No sé de qué va pero seguro que significa problemas.

—¿Sí? Y tu deseo, ¿cuál es?

—Veintipocos años, estatura media, pelo cortado al uno. Conduce un coche alquilado en Avis. El número de la matrícula es GQV-881.

—¿Sí? ¿Y tu deseo?

—Averigua qué se lleva entre manos y cárgatelo.

La bóveda estaba veinte kilómetros al este de Las Vegas. Wayne Senior lo llamaba «el búnker del *führer*». Era un cubo de cemento cubierto de matorjos hundido en una duna de arena. Había que tomar la I-15.

Wayne llevó una linterna, una lata de gasolina y un encendedor Zippo. La bóveda se hallaba a dos kilómetros de la interestatal. Contenía copias de todos los panfletos racistas de Senior y las listas de suscriptores.

Wayne aparcó en un área de descanso cerca de una estación de servicio Chevron y se internó en el desierto. La temperatura a medianoche era de 40 grados. La arena le absorbía los pies y convertía su paso en una marcha penosa. Iba a cámara lenta, lentísima, y no dejaba de pensar en Dallas.

Llegó al lugar. Apartó las ramas de los matorrales y abrió la puerta. Sacó propaganda racista al exterior. Los títulos destacaban en las tapas. Vio *Generación mestiza* y *Estofado de judío: Libro de recetas*. Vio *El papa Poncio: De cómo los papistas controlan las Naciones Judías Unidas*. Vio fotos retocadas del doctor King y de unos chicos negros. Vio ediciones en facsímil de códigos clásicos del Klan.

Vació las baldas. Cargó papel y se manchó los brazos de tinta. Vio titulares supremacistas. Vio tiras cómicas pornográficas que incitaban el odio. Vio fotos de linchamientos con pies de ilustración chistosos.

Construyó una gran pila de odio. Medía casi nueve metros de alto. La roció con gasolina. Encendió el Zippo y le acercó la llama. La pila prendió hacia arriba y hacia fuera. El gran cielo negro se tornó rojo.

(Las Vegas, 10/8/68)

El cielo pasó del rojo al naranja. Dwight se quedó junto a los surtidores de gasolina y miró.

El fuego iluminaba el desierto y la autopista. Vio el coche de Wayne en el área de descanso. Haberlo seguido por pura intuición lo había llevado a esto.

Dos empleados de la gasolinera miraban boquiabiertos a su alrededor. Un viento caliente llevaba humo hacia allí. Dwight se acercó a un teléfono público, puso monedas de veinticinco centavos en la ranura y marcó un número de L.A.

El humo estaba cargado de pedacitos de papel. Dwight notó el escozor. Karen contestó al momento.

—¿Hola?

—Soy yo.

—Maldita sea, sabes que no tienes que llamar cuando él está en la ciudad.

—No te alteres —replicó Dwight—. Por favor, un minuto solamente.

Karen dijo algo. Él no la oyó. Tenía los ojos llenos de lágrimas y jodidos. No supo si era por el humo o por el amor loco que sentía por Wayne.

(Miami, 10/8/68)

Humo y fuego. Los negros se negaban a ceder. Disparos, sirenas y un espectáculo de luz a las cuatro de la madrugada.

Crutch entró en el aparcamiento de la Avis. El embrague del coche de alquiler se había estropeado. Las marchas saltaban. El coche avanzaba a trompicones y arrastrándose. Llamó a la agencia y el empleado le dijo: a tomar por culo los disturbios, venga ahora mismo hacia aquí.

Por Biscayne Boulevard bajaban coches blindados. El gobernador había llamado a la Guardia Nacional. Hay una hilera de coches de la policía y un Jeep de seis plazas. Carajo, el conductor está fumando un porro.

Humo y fuego. Calor de la ciénaga. El cielo naranja empieza a tornarse malva.

El coche dio una sacudida y murió junto a los surtidores de gasolina. Crutch se apeó y se desperezó. El calor y los vapores lo golpearon.

Le dolía la cabeza. Había trabajado en las escuchas telefónicas a jornada completa. No había dormido desde Dios sabía cuándo.

Alguien/algo lo empujó. Cayó dentro del coche. Se dio con el cambio de marchas en la cabeza. Los brazos golpearon el salpicadero. Alguien/algo lo inmovilizó. Él/Eso era todo negro.

Luego, la rodilla en la espalda. Luego, la pistola en la cara. Con el silenciador enroscado al cañón y a medio amartillar.

—¿Por qué vigilas a Wayne Tedrow? Sé sincero. Las evasivas te llevarán a una muerte mucho más horrible todavía.

El acento francés. El franchute. *Couture* francesa toda negra.

—Repito, ¿por qué vigilas a Wayne Tedrow?

Crutch intentó rezar. Las palabras llegaron a su cerebro desordenadas. Sus conductos de mear se hincharon. Los controló. El peso que tenía encima lo ayudó. Se acordó de su amuleto de pata de conejo y de una oscura plegaria luterana.

—Repito.

Su cañón de cagar se hinchó. Lo controló. El peso que tenía encima lo ayudó. En seis segundos pasaron seis mil millones de años. Consiguió articular unos sonidos. Dios o algún hijoputa invisible le dio una sopa de palabras. Vio a su madre. Oyó «doctor Fred», «Howard Hughes», «topo en la Grapevine», «millón de dólares». Oyó «mujer muerta», «mujer desaparecida», «mujer de la cicatriz», «piedras verdes». Oyó, «por favor, no me mates» seis mil millones de veces en seis segundos.

Cerró los ojos. Los conductos lacrimales se le hincharon. Los controló. Morderse la lengua lo ayudó. En seis segundos pasaron seis mil millones de años. Intentó



recordar plegarias y desenterrar himnos.

El peso disminuyó. Apretó los tubos, los cañones y los conductos y no se mojó. Olió a *brandy*. El aroma tocó sus labios con fuerza. Abrió la boca. Incluyó la cabeza y aceptó el trago. La garganta se le contrajo, pero la ensanchó del todo y dejó pasar el líquido. Abrió los ojos y vio al franchute.

—En el pasado, he sido propenso a dejarme llevar por la compasión. Debes confirmar mi percepción de que tienes la voluntad y la capacidad para la conformidad propias de un joven.

Crutch se arrastró hasta el asiento del pasajero. Los latidos de su corazón seguían multiplicándose. Estaba empapado en sudor de la cabeza a los pies. El franchute se despezó en el asiento del conductor. Le dio un trago a la petaca y se la volvió a pasar. Crutch tragó *brandy* y miró por la ventanilla. Más humo, sirenas y policía antidisturbios. Los negros de mierda se negaban a ceder.

—Tal vez te pida que me pases información —dijo Mesplède.

Siseñor, siseñor, siseñor, asintió Crutch.

La petaca pasó de mano en mano. Se estableció una sincronía. Se miraron a los ojos mientras Mesplède hacía un monólogo. Se trataba de CUBA. Se trataba de *le grand putain* Fidel Castro y la causa para la liberación cubana. Se trataba de la traición de JFK en la bahía de Cochinos. Se trataba de LBJ y su manera de contemporizar con los comunistas. Se trataba de la actitud acomodaticia y amariconada de América y se trataba del Caribe como un lago rojo que ganaba extensión. Había hombres dispuestos a dar la vida para frenar la marea roja.

La petaca pasó de mano en mano. El discurso continuó. Crutch se pilló el pelotazo más grande del mundo.

(Las Vegas, 10/8/68)

La enfermera de noche se había tomado un descanso para ir a jugar a las tragaperras de abajo. Wayne se tropezó con ella en el casino.

—Parece enfermo —le dijo—. Le daré algo.

Wayne subió a pie para quemar el exceso de adrenalina. Todavía olía a papel chamuscado. La *suite* estaba abierta. Entró en el dormitorio de Janice.

Las luces estaban encendidas. El poste del gotero y la bolsa estaban en el suelo. El tubo seguía unido al brazo de Janice. La aguja estaba medio dentro, medio fuera.

Dos ampollas vacías en la mesilla de noche. Seconal y Dilaudid. Una breve nota: «Sea cual sea tu plan, por favor, no lo hagas en mi nombre».

Wayne se sentó a su lado. Todavía tenía empapado el camión. La imagen se confundió con una del 64. Él llegó a casa y encontró a Lynette. Wendell Durfee había llegado y se había marchado. Una tormenta de invierno asolaba Las Vegas. Se sentó al lado de Lynette y escuchó la lluvia.

Janice había muerto agarrando las sábanas. Wayne le soltó los dedos y le cruzó las manos sobre el pecho.

A las dos de la madrugada, Las Vegas Oeste bullía. Los bares tenían aire acondicionado. Las chabolas, no. La gente se quedaba en la calle hasta tarde para refrescarse.

Wayne circuló. Pasó por delante del Wild Goose, el Colony Club y el Sugar Hill Lounge. Lo asaltaron los recuerdos. Los carteles de ALA ES DIOS. Aves nocturnas haciendo barbacoas en bidones de doscientos litros. Calles con nombres de presidentes cruzadas por otras designadas con letras.

Tenía la dirección de Pappy Dawkins. Tenía que estar cerca de Monroe con la J. Escudriñó rostros. Todo el mundo era negro. Coches aparcados con los faros encendidos. Cochambre con aire acondicionado. Vencer el calor. Dejar la refrigeración puesta toda la noche y dormir.

Ahí está el lugar. Una choza de hormigón pintado de fucsia sobre unos pilones de conglomerado.

Wayne aparcó y se acercó. Las luces estaban encendidas. La puerta estaba abierta. La habitación delantera estaba amueblada con asientos de coches desguazados. Una decena de ventiladores movían el aire.

Allí había dos negros sentados, uno al lado del otro en un asiento de cuero de Chevrolet. Pappy parecía más viejo que en las fotos policiales. El otro tenía más de

cincuenta e iba vestido de predicador.

Lo vieron. Lo reconocieron. Wayne vio sus pequeños parpadeos. Los ventiladores revolvían un hedor. Meados de gato y marihuana rancia.

Wayne cerró la puerta. El pestuzo aumentó.

—Sargento Wayne Tedrow Junior —dijo Pappy.

—Ya no —tosió Wayne.

—¿Quieres decir que ya no eres de la policía o que eres el único Wayne Tedrow vivo?

—Las dos cosas.

—Quiere algo —dijo el otro—. Deberías dejar que se explicara.

—El reverendo Hazzard intenta reformarme. —Pappy hizo girar un cenicero—. Viene a verme una vez al mes, tanto si se lo pido como si no. Si yo le digo: «Este hijo de puta blanco aquí presente mató a tres hermanos tiempo atrás», seguramente me dirá, «pon la otra mejilla».

—Este asunto no me tomará más de un minuto. —Wayne le dijo a Hazzard.

Pappy arrojó el cenicero. Derribó un ventilador. La brisa enloqueció. Unas polillas revolotearon.

—El reverendo Hazzard cree que hay que poner la otra mejilla, pero yo me niego rotundamente a ello, a menos que antes te arrodilles y me beses mi culo negro como el carbón.

Hazzard tocó el brazo a Pappy. Pappy cogió un zapato del suelo y lo lanzó. Volcó un ventilador. La brisa alcanzó la pared trasera. Una foto de Malcolm X pegada con cinta adhesiva salió volando.

—El reverendo dice que «el perdón es tan importante como la devoción», pero yo digo rotundamente que no, a menos que estés dispuesto a disculparte por haberte cargado a Leroy Williams y a los hermanos Swasey y a otros negros desconocidos que tal vez hayas matado de paso.

—Pappy, por favor —dijo Hazzard.

—Le pido disculpas, señor —dijo Wayne.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decir? —Pappy agarró otro zapato.

—No. Hay más.

—Y eso, ¿qué incluye?

—Unos policías quieren que te comas un muerto —a Wayne le temblaban las piernas—. Yo no quiero que eso ocurra. Te daré dinero, pero tienes que largarte de Las Vegas.

—¿Y dejar todo esto? —gritó Pappy—. ¿Porque tú, blanco de mierda, lo digas?

—Déjalo hablar, Pappy —terció Hazzard.

—NO hasta que me haya divertido y haya obtenido mi libra de carne —dijo Pappy con voz de falsetto—. Eh, Junior, vuelve a pedir disculpas.

—Le pido disculpas, señor.

—Una vez más. Empiezo a divertirme.

Wayne dijo que no con la cabeza. Las piernas casi no le sostenían. Pappy le lanzó el zapato. Wayne se apartó a tiempo. Pappy metió la mano en el bolsillo. Wayne se tiró al suelo.

Destellos de metal. Wayne comió mierda de la alfombra y sacó la pipa del tobillo. Pappy sacó una automática recortada. El reverendo Hazzard se quedó paralizado. Pappy rodó al suelo desde el asiento del coche y apuntó a Wayne.

Dispararon simultáneamente. El suelo estalló junto a la cara de Wayne. Apuntó a través del polvo de masilla y apretó el gatillo despacio. Alcanzó a Pappy en mitad del pecho. Pappy giró sobre sí mismo apretando el gatillo. Tuvo un espasmo en la mano y mandó balas en todas direcciones.

Las balas dieron en los ventiladores. Puntas blandas. Las aspas las rebanaron y los fragmentos rebotaron. Los trozos de bala se convirtieron en metralla. Estallaron por doquier y le desgarraron la garganta a Hazzard. Hazzard tragó aire y cayó del asiento. Wayne apuntó hacia arriba despacio. Alcanzó a Pappy en plena cara. Pappy se desplomó hacia atrás. La cabeza golpeó un ventilador y el rojo voló hacia arriba y hacia fuera.

(Las Vegas, 10/8/68)

La sala de la brigada estaba muerta. A partir de medianoche, en el DPLV quedaba poco personal. Cuatro detectives atendían llamadas de toda la ciudad. Les pagaban por dormir en sus despachos y marcharse a casa.

Dormían. Dwight no podía dormir. El fuego del desierto todavía lo inquietaba. Hacía una hora había pasado por el Golden Cavern. Fred Otash todavía estaba despierto. Hablaron de su viaje a St. Louis. Freddy había pasado ratos en la Grapevine. Los rumores del golpe seguían en plena escalada. Los proveedores: seis jodidos derechistas. La vigilancia de la Agencia de Control de Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas de Fuego: intermitente pero sostenida. De lo que se deduce que no podemos meternos allí hasta que ellos se marchen. Por ahora, esperaremos.

Dwight bostezó. Las salas de la brigada de madrugada lo consolaban. Eran cuadros policiales de naturalezas muertas. El agente especial destinado en St. Louis le había prometido mandarle un teletipo de madrugada. Dwight esperó en la silla que había junto al aparato.

La sala de la brigada estaba tranquila. Los pasmas dormitaban. Los borrachos del calabozo roncaban. El teletipo empezó a matraquear. Dwight cogió la hoja de papel.

Noticias lacónicas y asquerosas. Dese por avisado: la Agencia de Control de Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas de Fuego tiene vigilada estrechamente la taberna Grapevine.

Dwight rompió la hoja y la tiró a la papelera. Entró un poli de patrullas. Era un tipo larguirucho con aire de novato y muy excitado. Dio la buena nueva a gritos y despertó al personal.

—¡Recuento de cadáveres! ¡Alguien se ha cargado al hijoputa de Pappy Dawkins y a un predicador negrata!

La calle estaba acordonada. Dwight enseñó la placa al poli del perímetro y se acercó a la cinta amarilla. Dentro: tres coches de la pasma, uno del forense y dos negros muertos en camillas.

Negros vivos fuera del cordón policial: mendas en camisa de dormir, pijama o calzoncillos. Joder, un gordo engullendo alitas de pollo a las cuatro de la madrugada.

Dos patrulleros junto a la casa. Buddy Fritsch de paisano, con aire de estar justificadamente pasmado.

Dwight soltó un silbido largo y agudo. Fritsch lo oyó y miró en su dirección. Dwight señaló su coche del FBI. Fritsch se alejó de los patrulleros y caminó hacia

allí.

Dwight abrió la puerta trasera. Fritsch montó. Le temblaban las manos. Sacó la petaca y le pegó dos tragos como dosis de mantenimiento. Dwight entró y cerró la puerta. Dos hombres altos. Sus rodillas se rozaban.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿tú qué crees? Tengo cuatro testigos. Un blanco entra, se oyen disparos, un blanco sale. Metro ochenta y dos, unos noventa kilos, pálido, con el cabello oscuro. ¿Se parece a alguien que conocemos?

La priva de la petaca olía bien, a *bourbon* intenso. Fritsch tomó otros dos tragos.

—A Wayne se le ha ido la olla otra vez. Ese chico, cuando no sabe qué hacer, sale a cazar negros de mierda.

Alboroto en medio de la manzana. Dwight miró hacia allí. El gordo incitaba a los zulúes a gritar reclamando el poder para los negros.

—Y para colmo —Fritsch le dio a la petaca—, tengo una llamada de la morgue. Janice Tedrow se tomó unas pastillas y la diñó.

—¿Cuánto? —preguntó Dwight.

—No, señor, lo siento, pero esta vez no hay precio.

—¿Cuánto, Buddy? Tú, Woodrell, el fiscal general y cualquiera que necesitemos para arreglar esto.

—No. No hay trato. —Fritsch sacudió la cabeza—. Esta vez tu chico no se irá de rositas.

—Dime una cifra. —Dwight jugó con el anillo de la escuela de abogacía—. Sé generoso contigo mismo. Te daré el dinero y te dejaré que untes a los demás.

—No. —Fritsch sacudió la cabeza—. No hay trato. Lo siento, Wayne, pero te has cargado a demasiados negros de mierda. Estamos en 1968, hijo. «Los tiempos están cambiando».

Dwight se rio. Fritsch se rio.

—Di una cifra —dijo Dwight.

—No, no hay trato. El señor Hoover y tú no vais a poder sacar a Junior de ésta con dinero.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Absoluta y completamente seguro, joder. Esto no tiene precio.

—Te lo pido una vez más, entonces. Sólo para que quede constancia.

—Para que quede constancia, no. —Fritsch le dio un puñetazo a Dwight en el pecho—. Para que quede constancia, hace tiempo me creaste problemas y no voy a aceptarte más tonterías. Aunque seas el matón número uno del señor Hoover, yo soy un oficial de policía con rango y veterano condecorado de la Segunda Guerra Mundial y no voy a comer más mierda de la que proporciona un palurdo de Oklahoma que se cree muy listo porque estudió en Yale.

Dwight sonrió y señaló la petaca. Fritsch sonrió y se la pasó. Dwight le pegó un

gran trago y se la devolvió. Fritsch sonrió y se despezó. Se le abrió la americana. Dwight le quitó la pistolera y la metió debajo del asiento. Fritsch tragó saliva. Su nuez de Adán subió y bajó.

Dwight sacó su Magnum, abrió el cilindro y sacó cinco balas. Fritsch puso los ojos en blanco. No cabrees a un cabrón. Dwight hizo girar el cilindro y lo cerró.

—Te estás tirando un farol —dijo Fritsch.

Dwight le puso la pipa en la sien y apretó el gatillo. El martillo dio en una cámara vacía.

—¿Cuánto?

—Que te jodan.

Dwight le puso la pipa en la sien y apretó el gatillo. El martillo dio en una cámara vacía. Buddy Fritsch se cagó en los pantalones. Dwight captó el tufo.

—¿Cuánto?

—Que te jodan.

Dwight le puso la pipa en la sien y apretó el gatillo. El martillo dio en una cámara vacía. Buddy Fritsch se meó en los pantalones. Dwight miró la mancha que se extendía.

—¿Cuánto?

—Que te jodan, que te jodan, que te jodan.

Dwight le puso la pipa en la sien y apretó el gatillo. El martillo dio en una cámara vacía. Buddy Fritsch sollozó.

—¿Cuánto? —preguntó Dwight.

Fritsch dejó de sollozar. Dwight bajó la ventanilla. Oyó cánticos que reclamaban poder para los negros y vio puños negros alzados.

—Doscientos —dijo Fritsch.

—Son tuyos —dijo Dwight.

Aquello requería una llamada apremiante. Como la de enero del 57. Había dejado dos muertos en el aparcamiento del Merritt. El señor Hoover lo había rescatado.

Dwight llamó desde la *suite* del hotel.

—¿Sí? —respondió a la segunda señal.

—Soy Dwight Holly, señor.

—¿Sí? ¿Y la emergencia acuciante de la que quiere hablarme?

—Wayne Tedrow ha matado a dos negros. Necesito mucho dinero para tapanlo y le estaré agradecido por su ayuda.

—¿La cantidad? —tosió el señor Hoover.

—Doscientos de los grandes.

—¿Junior está detenido?

—No, señor.

—¿Y dónde debe de estar?

—Supongo que en la cabaña de Wayne Senior en el lago Tahoe.

—¿Acostumbra ir allí a reposar después de matar varones negros?

—Sí, señor.

—¿Ve comedias de negros en la tele para entretenerse de una manera optimista y para expiar su culpa?

—Yo diría que cocina compuestos narcóticos para sedar y hacer dormir.

—Hacía mucho tiempo que no me llamaba. —El señor Hoover respiró con dificultad—. Me parece que fue en enero del 58.

—Casi, señor. Fue en el 57.

—¿Pone en duda mi memoria, Dwight?

—No, señor.

—Era enero de 1958. Hacía un calor desacostumbrado para la época ese día en el condado de Cross.

Aquella noche, las carreteras heladas, el Merritt...

—Tiene razón, señor. Se me había olvidado. Fue hace tanto tiempo...

—Le mandaré los fondos, Dwight. Soy tan blando con usted como usted lo es con Junior.

—Gracias, señor.

—La taberna Grapevine, Dwight. Circulan unos rumores enojosos. La Agencia de Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas de Fuego no puede vigilar el local para siempre. Esos rumores indignantes tendrán que ser acallados, en algún momento.

—Comprendo, señor.

—Buenas noches, Dwight.

Iba a decir, «buenas noches, señor». Unas toses y el clic de colgar se lo impidieron.

El chico había perdido peso. Le clareaba el pelo. Tenía cabellos grises entre los castaños. Había pasado de estar en forma a quedar demacrado.

El tanatorio olía a menta verde. Dwight captó líquidos de embalsamar como aroma base. Wayne estaba sentado junto al ataúd de Janice. La tapa estaba cerrada. Era de caoba lustrosa.

Dwight acercó una silla. Wayne lo miró.

—He metido ahí sus palos de golf.

—Seguro que agradece el detalle —sonrió Dwight.

—Traté de avisarlo.

—Ya me lo figuraba.

—Janice tenía cuarenta y seis años, nueve meses y dieciséis días.

—Eres químico. Sabrías algo así.

—Y tú, abogado. Dime de qué va todo esto.

—Todo está controlado —respondió Dwight—. He recurrido al señor Hoover. Si hubiese recurrido a Carlos, éste habría pensado que te has vuelto loco. Tarde o temprano, todo el mundo lo sabrá, por lo que será mejor que vuelvas al terreno de



juego.

Wayne se puso en pie al lado del ataúd. Se quedó allí y pasó los dedos por la madera.

—Y todavía tenemos lo de la Grapevine.

—Comprendo —dijo Wayne.

(Los Ángeles, 19/8/68)

—Me gusta tu corbata y el corte de pelo —dijo Scotty Bennet.

Crutch se ruborizó. La pajarita de cuadros escoceses y el corte de pelo al uno eran sus talismanes de la suerte. Se los procuró el mismo día que vio la casa de los horrores. Profetizaron toda aquella mierda mágica.

Scotty lo observaba con atención. Estaban en la sala de las huellas latentes. Crutch revisaba fichas de huellas una a una. Llevaba dos meses enfrascado en ello.

—Cuéntamelo otra vez. Viste a una chica en el Woody's Smorgasburger. Bebía 7Up y dejó las huellas en un vaso y, desde entonces, intentas descubrir su identidad.

—Exacto. —Crutch se ruborizó—. He estado trabajando para Clyde y me he escapado para venir aquí siempre que me ha sido posible.

Scotty rugió de risa. Chico, me matas. Metió un billete de diez dólares en el bolsillo de Crutch, se arregló la pajarita y se pasó la mano por el pelo cortado al uno.

—Tengo cuarenta y siete años y tú, veintitrés. Soy policía y tú, no. Aflójate la corbata y déjate crecer el pelo. A lo mejor ligas.

El billete de diez dólares colgaba del bolsillo.

—Llama a Laurel —dijo Scotty—. Webster-64882. Dile que he dicho que sea amable.

Crutch se ruborizó otra vez. Scotty le guiñó un ojo y fue a las celdas de la división de Atracos. Las fichas de las huellas saltaban y gritaban, «¡estúdiami!».

De vuelta al trabajo.

Saca la huella ampliada. Coge la lupa. Saca la siguiente ficha y marca los puntos coincidentes. Tenía memorizada la huella del coche alquilado. Se sabía todas las curvas y espirales. Desde el 21 de junio había visto tropecientos millones de fichas de huellas.

Siguió estudiando, descartó fichas, bostezó, se desperezó, parpadeó. Tenía húmedos los párpados de tanto forzar la vista. Iba a buen ritmo, a ficha por minuto, y...

Entonces:

Una ficha nueva. Las curvas y las espirales son familiares. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 puntos coincidentes. Suficiente para tener validez ante un juez.

Crutch estudió la ficha y la ampliación. Se secó los ojos, bizqueó, miró. 11, 12, 13, 14. Coincidencia perfecta.

Le dio la vuelta a la ficha. Leyó los datos.

«Klein, Joan Rosen/MB/FDN 31/10/26, Ciudad de Nueva York. 1,60, 54 kg, ojos castaños/cabello castaño y gris. Marcas distintivas: Cicatriz de arma blanca en el

brazo derecho».

Ella, ésa, aquella mujer. Tenía nombre: se llamaba JOAN.

Tenía cuarenta y un años. Había nacido la noche de Halloween. Su expediente parecía incompleto. Crutch vio detenciones pero no condenas. Denunciada por comunista. Violaciones de la Ley de Extranjeros y Traición en el año 44. Dos detenciones por atraco a mano armada, en el 51 y en el 53, sin números de caso.

Denunciada por comunista. Atracos. No había fotos policiales adjuntas. Crutch corrió al laboratorio de fotografías.

Su nueva habitación para archivos estaba ya hasta los topes. Archivadores, montañas de expedientes, el gran gráfico de la pared. Tenía dos pisos en la misma ciudad. Dormía en los dos. Guardaba el expediente de su madre en los apartamentos Vivian. El expediente de su caso lo guardaba en el hotel Elm. Tenía un hornillo eléctrico y equipo de afeitado en los dos lugares.

Crutch fue al Elm. Lo primero que le llamó la atención fue el gráfico. Había pegado una cinta de carroceros en la pared a la altura de los ojos y hacía garabatos en ella. Trazaba líneas y flechas y escribía su progreso diario y los partes resumidos.

Sacó su lápiz graso y encontró una zona sin escribir. Anotó «Joan» y trazó un círculo alrededor. Dibujó flechas con plumas negras y puntas muy afiladas que llevaban a:

«Farlan Brown, cuyas pistas no llevan a ningún sitio hasta la fecha (10/8/68). Brown se encuentra en el Golden Cavern (23/8/68). F.T. pinchará la *suite*».

«Gretchen Farr/Celia Reyes: todas las comprobaciones de antecedentes negativas hasta la fecha (10/8/68)».

«“Grapevine”, “Tommy” y “topo”: ¿qué significan?». «Identificación del tatuaje, dibujos de la pared y polvo en el cadáver. Sin conclusiones hasta la fecha (10/8/68)».

«Número de teléfono oculto: la compañía telefónica lo está rastreando».

Crutch miró el gráfico. Crutch trazó flechas que apuntaban a «Joan» y trazó círculos alrededor del nombre con grandes signos de interrogación.

Se tumbó en la cama. Estudió las fotos del laboratorio. Una sola tira de fotos policiales. Una de cara y dos de perfil. Joan Rosen Klein con una tablilla colgada del cuello.

Los números de la tablilla llevaban una fecha: 12/7/63. Reconoció el prefijo del número de registro. Significaba «detenida por sospechas». Podía tratarse de una redada callejera o de que la hubieran encontrado en el sitio incorrecto en el momento inoportuno. Joan era rojilla y sospechosa de haber participado en dos atracos. Había atraído la atención de la policía.

Por aquel entonces, tenía treinta y seis años. Llevaba gafas. Sonreía ante el destello del *flash*. El cabello casi negro con hebras grises. La mandíbula ancha y dura. Aquella expresión de compostura en la cara.

Crutch cerró los ojos, los abrió y volvió a estudiar las fotos. Vio canas que las primeras veces le habían pasado por alto.

La cama estaba llena de libros de la biblioteca. Los había tomado en préstamo después de Miami. Todos trataban del mismo tema: Cuba.

Se había mantenido en contacto con Jean-Philippe Mesplède. Ahora el franchute era amigo suyo. Se hacían llamadas de larga distancia, de L.A. a Miami. Al franchute, el chico le gustaba. Pensaba que era un chaval un poco majara y no se tomaba en serio su caso. Que le dieran por culo, mejor que pensara eso. El franchute creía que se trataba simplemente de una novia ladrona. Crutch se calló el gran alcance del asunto.

Wayne Tedrow Jr. quería ver muerto a Donald Linscott Crutchfield, pero Jean-Philippe Mesplède lo había tranquilizado. El franchute había dicho que Wayne Junior era un tipo «inestable y políticamente sospechoso». Wayne Junior tenía alianzas con ultraderechistas y reprimía sus tendencias izquierdistas. El franchute no podía matar por un hombre tan comprometedor.

Así que Crutch siguió vivo y trabajó en su caso y magnetizó toda su mierda mágica.

En sus llamadas telefónicas sólo hablaban de Cuba. Una isla hermosa. Una meca del turismo. Un paraíso puteado por los rojos. Jack Kennedy había traicionado la invasión de la bahía de Cochinos. LBJ contemporizaba con Castro. El franchute rabiaba por derrocar a los rojos y hacerse con la cornucopia del Caribe. Arenas blancas. Lujosos casinos «nacionalizados» y convertidos en antros del Tercer Mundo. Mulatas con biquinis rosas.

Crutch hojeó libros de la biblioteca y arrancó fotografías clave. Quédate con eso: Fulgencio Batista abrazando a Jane Russell. Quédate con eso: la piscina de la azotea del Capri. Quédate con eso: peones llevando a peces gordos en ciclotaxi.

Pegó las fotos a la pared. Arrancó una de Fidel Castro instigando a la multitud. El franchute llamaba «el Barbas» a Fidel. En su vello facial anidaban piojos rojos.

Crutch pegó la foto de Castro a la pared y le lanzó la navaja de bolsillo. Alcanzó al Barbas cuatro veces de seis. La foto empezó a rajarse.

Sonó el teléfono. Crutch hizo malabarismos con el receptor y lo cogió.

—*Hola, ¿qué tal?* —dijo.

—¿Eh? —dijo una voz al otro lado del hilo.

La navaja se cayó de la pared. Fidel estaba muy desgarrado.

—Soy Larry, de la compañía Bell —dijo la voz—. Buzz Duber me ha dicho que lo llame. Ya he encontrado el número oculto.

—Dispare —dijo Crutch agarrando el bloc de notas.

—Es de una casa en Carmina Perdido, Santa Bárbara. El nombre del inquilino es Sam Flood. No sabemos nada más.

Era suficiente. «Sam Flood» era el nombre de Sam Giancana cuando se hacía pasar por honrado ciudadano cumplidor de la ley. Clyde se lo había dicho. Sam G.

había llamado a Gretchen/Celia a la Centralita de Bev.

—¿Y mi pasta? —gritó Larry.

Crutch colgó y escribió número oculto/Giancana en el gráfico de la pared.

Las palabras vibraban. Crutch trazó pequeños interrogantes alrededor de ellas. Sintió el impulso de dibujar a Joan. Pegó la foto con cinta adhesiva al lado del gráfico y se desmelenó con el lápiz y el papel.

Plasmó su dureza y su dulzura en retratos diferentes. No consiguió plasmarlo todo en un solo retrato. Le puso peinados distintos. Le alisó aquellas bonitas hebras grises y se las volvió a rizar.

(Las Vegas, 19/8/68)

La ceremonia fue rápida. El predicador tenía prisa. Con aquellas nubes de tormenta podía llover en cualquier momento. El panegírico estuvo plagado de metáforas que aludían a celestiales campos de golf.

Janice Hartnett Lukens Tedrow: 1921-1968.

Asistieron Carlos Marcello y Dwight Holly. Farlan Brown también estuvo presente. Drácula mandó flores por valor de cinco de los grandes. También asistieron la mitad de los caddies del Dunes y del Sands.

Wayne se quedó en la parte trasera. El aire seco empezó a humedecerse. En el cementerio había segregación. Una carretera separaba la zona de los blancos de la de los negros. Los enterradores del sepelio de Janice eran croupiers en su día de descanso. Llevaban chaquetas rojas, corbatas de lazo y gafas de sol. La amenaza de lluvia los ponía nerviosos.

El sermón de los campos de golf celestiales se prolongó. Wayne miró al otro lado de la carretera. Empezaba un funeral importante. Limusinas, una carroza fúnebre, un camión lleno de rosas. Multitud de negros vestidos de negro.

Wayne se acercó. La gente no le prestó ninguna atención. Vio un cartel pegado en un atril. Ponía la fecha y el nombre del fallecido: el reverendo Cedric D. Hazzard.

La carroza fúnebre estaba aparcada cerca. Cuatro hombres bajaron el féretro. Un predicador se acercó y abrió la puerta del pasajero. Se apeó una negra. El predicador quiso abrazarla pero ella lo disuadió con sonrisitas y gestos.

Llevaba un vestido de crepe negro y un sombrero a lo Jackie K. sin velo. Miró hacia la carretera y vio a Wayne. Sus miradas se cruzaron durante un segundo.

**DOCUMENTO ANEXO:** 20/8/68. Titular y subtítular del *Seattle Post-Intelligencer*:

**NIXON SUBE EN LOS SONDEOS REALIZADOS  
DESPUÉS DE LA CONVENCIÓN  
EL EX VICEPRESIDENTE AUMENTA LA VENTAJA SOBRE HUMPHREY,  
PROBABLE CANDIDATO DEMÓCRATA**

**DOCUMENTO ANEXO:** 20/8/68. Titular y subtítular del *Milwaukee Sentinel*:

**SEGÚN TODOS LOS PRONÓSTICOS, HUMPHREY SERÁ CANDIDATO  
TRAS LA PRIMERA VOTACIÓN  
«HABRÁ PROBLEMAS CON LOS HIPPIES DURANTE LA CONVENCIÓN»  
DECLARA EL JEFE DE LA POLICÍA A ESTE ROTATIVO**

**DOCUMENTO ANEXO:** 21/8/68. Subtítular del *Des Moines Register*:

**«HIPPIES, YIPPIES Y CONTESTATARIOS»: LA POLICÍA  
ANTIDISTURBIOS DICE QUE ESTÁ PREPARADA**

**DOCUMENTO ANEXO: 21/8/68. Artículo del *Las Vegas Sun*:**

**UNA GRAN GOLFISTA, UNA GRAN DAMA**

Janice Tedrow fue enterrada el lunes por la mañana en el cementerio de Wisteria. Las banderas de todos los clubes de campo de Las Vegas ondearon a media asta en honor de la mujer que fue nueve veces campeona femenina de la copa Thunderbird, seis veces campeona del trofeo del club femenino del Sands, catorce veces campeona del trofeo para damas del Riviera y que ganó el trofeo benéfico del condado de Clark para recaudar fondos para la polio todos los años desde 1954.

«Janice Tedrow jugaba a golf incluso cuando su cáncer ya era terminal», ha dicho su médico, el doctor Steve Mandel. «Eso requiere talento y fuerza de voluntad». Los asistentes, entre los cuales se contaban casi todos los caddies de la ciudad, llenaron a reventar el cementerio, lo cual quiere decir que la mujer era una auténtica campeona con un toque campechano.

Janice Lukens había nacido en un pequeño pueblo de Indiana. En 1947 se casó con Wayne Tedrow, inversor y agente de la propiedad inmobiliaria y pronto llegó a la ciudad reina del desierto, donde participó en numerosos comités benéficos y jugó el mejor golf femenino que el estado de Nevada nunca haya visto. 1968 ha sido un año trágico para el clan Tedrow. Wayne Tedrow murió en junio de un ataque al corazón y ahora se ha producido la prematura muerte de Janice, que ha fallecido con 46 años.

«Los caminos del Señor son inescrutables», ha dicho el reverendo G. Davis a este reportero después de la ceremonia fúnebre. «Por eso he elegido el golf como tema central de mi sermón. La vida es un camino imprevisible hacia un final incierto. He compartido este pensamiento con el hijastro de la señora Tedrow después del sepelio y me ha dicho que lo comprendía perfectamente bien».

En paz descanse, Janice. El starter del campo del Dunes me dijo que había hecho seis birdies la última vez que jugó a golf en este mundo. Le auguro muchas rondas bajo par también ahí arriba, en las nubes.

**DOCUMENTO ANEXO: 21/8/68. Artículo del *Las Vegas Sun*:**

**UN ASESINATO-SUICIDIO CONMUEVE A LA COMUNIDAD NEGRA**

Silvester Dawkins, alias Pappy, tenía 48 años, lo habían condenado dos veces por robo y era drogadicto. El reverendo Cedric D. Hazzard tenía 52 años y era el pastor de la Iglesia bautista de New Bethel en Las Vegas Norte. Se trataba de una figura respetada de la comunidad negra de la ciudad reina del desierto, tan querido como Pappy Dawkins era despreciado.

Sin embargo, los dos hombres eran en cierto modo amigos. Se reunían con frecuencia en la descuidada casita de Dawkins en Las Vegas Oeste y hablaban de todo tipo de cosas hasta altas horas de la madrugada. Ahora, en su dolor, los negros de Las Vegas se preguntan cuál debía de ser el tema de conversación antes de que todo se torciera la noche del 10 de agosto.

«No sabemos qué precipitó esta horrible tragedia», ha dicho el teniente Byron Fritsch, del Departamento de Policía de Las Vegas. «Sólo sabemos que Pappy disparó al reverendo Hazzard y luego volvió la pistola contra sí mismo».

Una horrible tragedia, ciertamente, porque muchos miembros de la congregación del reverendo Hazzard han descrito, emocionados, los últimos esfuerzos del pastor para llevar la palabra de Dios a Pappy Dawkins y para ayudarlo a recuperar su equilibrio moral. «Ced era una persona de ésas», ha dicho Kenneth S. Wilson, diácono de la Iglesia bautista de New Bethel. «Pregunte a

cualquiera que lo haya conocido».

«Mi difunto marido era un hombre íntegro y valiente y su liderazgo procedía del corazón», ha dicho Mary Beth, la viuda del reverendo. «Estaba comprometido con la bondad y la justicia social». La señora Hazzard, de 44 años, es la principal administradora del sindicato de trabajadores de Hostelería de Las Vegas y ha organizado muchos actos benéficos en la comunidad negra. Ahora se ha quedado sola por partida doble. En diciembre de 1963, su hijo Reginald, que a la sazón tenía 19 años, desapareció y no se lo ha vuelto a ver. Reginald era un estudiante que sacaba sobresalientes en el instituto Seminole y había ganado premios en un concurso científico por sus trabajos de química. Las tribulaciones de Job han caído sobre la señora Hazzard, pero ella sigue siendo optimista: «Sí, mi hijo desapareció hace mucho y ahora se ha muerto mi marido», ha dicho. «Considero que la misión de Cedric de reformar a Pappy Dawkins era imprudente y temeraria, por más conmovedora que fuese, pero murió ofreciendo compasión. Precisamente por eso lo venero. En cuanto a mí, no, no sucumbiré a la derrota o a la desesperación. Tengo deberes que cumplir y esto no me arredrará».

Unas trescientas personas asistieron al funeral del reverendo Hazzard y se calcula que en el cementerio de Wisteria se recibieron tributos florales por valor de 10.000 dólares. La señora Hazzard y los miembros de la congregación de New Bethel las distribuyeron a pacientes de los hospitales locales.

Reverendo Cedric Douglas Hazzard: 1916-1968. Descanse en paz.

DOCUMENTO ANEXO: 22/8/68. Titular y subtítular del Las Vegas Sun:

HUGUES AMBICIONA EL STARDUST  
¿FRUSTRARÁN LAS LEYES ANTIMONOPOLIO EL PLAN DEL REY DEL STRIP?

DOCUMENTO ANEXO: 23/8/68. Titular y subtítular del Las Vegas Sun:

EL MILLONARIO ANACORETA DICE AL CONDADO DE CLARK:  
¡QUIERO COMPRARTE!  
HUGHES SIGUE CON SU FIEBRE DE ADQUISICIONES

DOCUMENTO ANEXO: Comunicado vía télex: de la Unidad de Supervisión de la Agencia de Control de Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas de Fuego de St. Louis a todo el personal de la Unidad de Campo núm. 11. Asunto: Vigilancia de la taberna Grapevine.

Caballeros:

La vigilancia del local continúa las veinticuatro horas del día, según las directrices previamente acordadas.

Thomas T. Wiltsie, agente al cargo.

DOCUMENTO ANEXO: 24/8/68. Informe archivado en oficina. De: Fred Turentine. A: Clyde Duber Asociados (a la atención de: Clyde Duber, Buzz Duber, Don Crutchfield). Asunto: Vigilancia electrónica de la suite 308 del hotel-casino Golden Cavern de Las Vegas. (Ref: investigación Dr. F. Hiltz-Gretchen Farr).

C.D., B.D., D.C.:

De la vigilancia de ayer en el Cavern casi no he conseguido nada. Seré sincero: no hubo otra cosa que mormones, prostitutas y cháchara sobre la conv. demócrata de Chicago. Farlan Brown dijo que sus planes eran estar allí (la org. de Hughes está cubriendo sus apuestas políticas intentando ganar influencia en la org. de Humphrey). No se discutió nada relativo al asunto del doctor Hiltz y G. Farr. Capté una conversación parcial de Fred Otash con un comunicante desconocido en la que hablaba de una cita con Wayne Tedrow y «tal vez otros» el 30/8/68, pero eso fue todo. En resumen, no fue más que una fiesta. D.C. estará en Chi. para la conv., así que puede hacer el seguimiento desde allí. El material de escuchas está ahora desactivado, pero sigue en su sitio. Lo retiraré cuando sepa que la suite queda desocupada.

Con mis mejores deseos,  
F.T.

DOCUMENTO ANEXO: 25/8/68. Transcripción literal de una llamada telefónica del FBI: Encabezamiento: «Grabada a instancias del director»./«Clasificada Confidencial 1-A: Estrictamente reservada al Director». Hablan: El director Hoover y el agente especial Dwight C. Holly.

JEH: Buenos días, Dwight.  
DH: Buenos días, señor.  
JEH: Ha pasado mucho tiempo.



DH: Coincido con usted, señor.  
JEH: Wayne Tedrow Jr. Póngame al día de su última desventura congoleña.  
DH: Está todo controlado, señor. La investigación del forense ha dictaminado que ha sido un homicidio más suicidio y los periódicos han informado del caso como tal.  
JEH: Me siento gratificado. ¿Y la taberna Grapevine? ¿Sigue siendo una caja de Pandora de rumores en contra del Buró?  
DH: Sí, señor.  
JEH: Y la Agencia de Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas de Fuego, ¿sigue allí?  
DH: De momento sí, señor.  
JEH: Pero no puede quedarse toda la vida.  
DH: Lo sé, señor.  
JEH: Discutamos la OPERACIÓN HERMANO MAAALO. Los negros muertos de Wayne Junior me han despertado el apetito.  
DH: He conseguido una copia de la lista de suscriptores de Fred Hiltz. La estoy comprobando en busca de posibles topes.  
JEH: Y le ha pagado con ese dinero que le suministré para rescatar a Junior.  
DH: Sí, señor. Diez de los grandes y medio kilo de cocaína.  
JHE: Sus pobres fosas nasales... Tiemblo sólo de Pensarlo.  
DH: Sí, señor.  
JEH: ¿Y todavía está buscando informante? ¿Preferiblemente una informante?  
DH: Sí, señor.  
JEH: ¿Y la informante 4361 está meditando la propuesta?  
DH: Sí, señor. Eso es lo que ella está haciendo.  
JEH: Aaah, Dwight. Su inflexión nostálgica al pronunciar ella dice mucho de su puerilidad.  
DH: Hay cosas que no pueden disimularse, señor.  
JEH: El hijo del klanero y una pacifista cuáquera. El mismísimo Dios debe de maravillarse con esos diálogos de almohada.  
DH: Son animados, señor.  
JEH: ¿Y hablan de mí alguna vez?  
DH: Con contención, señor.  
JEH: ¿Y no le inquieta que ella deje constancia para la posteridad de la dudosa relación que mantienen? Su currículum dice que escribe en su diario todos los días. Tal vez haya anotado cosas sobre su amante de mente reprimida.  
DH: Me he colado en su casa y he leído esos diarios. Hasta ahora, señor, sus palabras son de elogio.  
JEH: Y con toda la razón, estoy seguro de ello.  
DH: Gracias, señor.  
JEH: Me estoy deteriorando, Dwight. Lo sé y sé que lo sabe. Soy un boxeador que ha estado mucho tiempo en el *ring*, pero sigo siendo peligroso por eso, no a pesar de ello.  
DH: Lo comprendo perfectamente, señor.  
JEH: Que tenga un buen día, Dwight.  
DH: Que tenga un buen día, señor.

DOCUMENTO ANEXO: 25/8/68. Extracto del diario guardado en secreto de Karen Sifakis.

Los Ángeles  
25 de agosto de 1968

Debería estar en Chicago. Como Se Llame pasará por allí camino de Filadelfia y me llamará e informará. Todo irá mal, todo el mundo lo sabe. Todo el mundo sabe que Nixon contra Humphrey no nos ofrece ninguna alternativa y que, sea cual sea el resultado de noviembre, la batalla continuará. Esta anotación, y otras que pueda escribir durante la convención, estarán aquí, en mi segundo diario, el que guardo en la escuela y que Dwight no debe nunca ver. Es por los nombres que quizás aparezcan. El señor Hoover (y por extensión Dwight) es un obseso de los expedientes y piensa que en el movimiento todo el mundo conoce a todo el mundo y nos cree confabulados en un amplio espectro de actividades políticas. Esto, desde luego, no es cierto. Puede que alguna aventura amorosa –por lo general breve y apasionada y malograda por cuestiones sectarias– llegue a saltarse todas las barreras, pero sería imposible que tal cosa sucediese en una conspiración política al margen de la ley. La paranoia es un rasgo definitorio de la derecha (aunque Dwight tiende a evitarla y en ocasiones la critica con humor sarcástico) y también de la izquierda. Todo el mundo conoce a todo el mundo y sospecha de los demás, pero a la vez los necesita. Los programas políticos y los programas personales giran en torno a estos términos, lo cual ciertamente define las ideologías opuestas y los objetivos conspirativos, así como la profunda camaradería entre Dwight y yo.

¡Dios! ¡Dwight Chalfont Holly y «camarada» en la misma frase!

En Chicago, las cosas irán mal. Danny T. y Sid F. han llamado con noticias anticipadas. Son marxistas nixonitas en su determinación de joder a Hubert Humphrey y elegir al hombre que ejercerá una mayor represión y proporcionará una posibilidad más clara de triunfo a la

revolución en un momento posterior ambiguamente definido. Desde luego, en el proceso habrá vidas destrozadas o perdidas y sólo los pragmáticos como yo (y D.H., me atrevería a decir) comprendemos esta locura puramente destructiva. Dwight puede pedirme que haga cualquier cosa, si me convence de que eso evitará la destrucción y la muerte en el acto. Chicago parece un momento ampliamente deseado de agravio sincero y odio horrible que resulta espiritual y políticamente obligado más allá de toda consideración pragmática, y eso es lo que me asusta. Las alambradas que rodean el lugar de la convención son de espinos y han enviado a cinco mil soldados antidisturbios y llegarán cinco mil más. CSLL (al que secretamente le entusiasma el armamento) ha dicho que Maury W. vio que en O'Hare descargaban cajas de lanzagranadas. Está anunciada una huelga de taxistas, los conductores de autobuses están a punto de convocarla y la IBEW la empezó el día 8 de mayo, por lo que el servicio telefónico en la ciudad y alrededores es un auténtico caos. CSLL augura una presencia de 100.000 radicales o militantes alineados con los radicales (básicamente, gamberros de la contracultura y de la izquierda fatua). Irá todo muy mal porque ya tendría que haber ido mal mucho antes y porque habrá que dejar clara la postura de una manera horrible y que llame horribilmente la atención, lo cual hace que para mí todo sea mucho más complejo y deplorable.

Así que rezaré por la paz y sentiré a Eleanora crecer dentro de mí y haré el amor con Dwight, que sabe muchas de las cosas que yo sé pero que no quiere afrontarlas porque el momento de definición moral lo volvería loco.

Como siempre, me maravillaré de las consecuencias de mis plegarias y valoraré si nuestra extraña camaradería de ideologías opuestas le hace mucho bien, o muy poco, al mundo. Beneficio mutuo. Suena perversamente capitalista, pero es completamente igualitario dentro de este difícil contexto.

Dwight necesita un informante que trabaje con la ATN y el FLMM. Me ha medio convencido de que esos dos grupos sólo buscan el beneficio propio y que son ideológicamente destructivos y dementes. ¿Debo presentarle a Joan?

DOCUMENTO ANEXO: 25/8/68. Titular y subtítular del *Los Angeles Times*:

A PUNTO DE EMPEZAR LA CONVENCION DEMOCRATA.  
LOS DISTURBIOS SE CIERNEN SOBRE LA CIUDAD DEL VIENTO

DOCUMENTO ANEXO: 25/8/68. Titular y subtítular del *San Francisco Examiner*:

LLEGAN TROPAS A CHINATOWN  
LOS JOVENES SE MOVILIZAN Y AUMENTA LA TENSION

DOCUMENTO ANEXO: 25/8/68. Comunicado vía télex: Del supervisor de la unidad de St. Louis, Agencia de Control de Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas de Fuego, a la unidad de campo núm. 112. Asunto: Vigilancia de la taberna Grapevine.

Señores:

La investigación de la taberna Grapevine concluirá el 1/9/68. Abandonen toda la vigilancia a partir de esa fecha. El fiscal general de Estados Unidos considera que no hay bases suficientes para emprender una acción judicial.

Thomas T. Wiltsie, supervisor de la vigilancia.

(Los Ángeles, 25/8/68)

Listas:

Suscriptores de correo racista, asistentes a reuniones racistas, aficionados a las tiras cómicas racistas.

Con referencias cruzadas a:

Listas de antecedentes policiales, listas del departamento de Vehículos a Motor, listas de grupos subversivos.

La propia propaganda racista. Ejemplares de muestra. Toda la mierda de «odia al hombre blanco». Suscriptores negros con referencias cruzadas en todas las puñeteras listas.

Dwight trabajaba en el local tapadera. Formó pilas con papeles de la colección del doctor Fred y copias de documentos del DPLA y del DVM de California. Odio, odio, odio. Grandes pilas de papel. Los Himalayas del odio.

Llevaba enfrascado en ello desde su regreso de Las Vegas. Empezó con los ficheros de inteligencia de los departamentos de Policía municipales. Buscaba policías negros con experiencia en trabajos de infiltración. No encontró nombres. Entonces volvió a las listas de suscriptores. Se procuró papel y acumuló papel y construyó estanterías para contenerlo. Era una caza de nombres de negros. Busca a un negro con historial racista. Reclútaló, coaccionalo o tiéndele una trampa y enséñale a odiar de nuevo.

El exceso de nombres era abrumador. Los panfletos racistas y las fotos racistas le proporcionaron risas. Los blancos tenían la polla pequeña, los negros tenían la polla grande, la diáspora del tamaño de la polla definía la historia de los negros. Los médicos judíos diseminaban la drepanocitosis, Audrey Hepburn tenía un hijo negro de Jim Brown. Lawrence Welk era negro, en realidad. Count Basie era blanco, en realidad. John Glenn era el primer astronauta negro del mdo.

Dwight siguió cazando nombres. De la A a la Z y vuelta a empezar. Una aguja en un pajar de mierda. U, V, W, X, Y, Z y vuelta a la A.

Arthur Atkinson era un nazi negro. Willis Barrett estaba suscrito a la revista *Cazador de blancos*. Ricky Tom Belforth estaba suscrito a la revista *Que sea negro: ¡las putas blancas reclaman hombres auténticos!* Bistrip, Blair, Blake, Bledsoe. Alto ahí, ¿qué es esto?

Marshall E. Bowen/5652 South Denker, Los Ángeles. Suscrito a una revista antisionista 65-66.

El nombre le sonó familiar. Dwight cogió la lista del DVM y buscó la B. Ahí: Marshall Edward Bowen/varón negro/1,78/80, FDN 18/5/44. Permiso de conducir

núm. 08466. Domicilio anterior: 8418 South Budlong. Nota de la ficha del DVM: comprobación de antecedentes para su ingreso en la Academia del DPLA, 11/3/67. Domicilio actual, bingo: todavía 5652 South Denker.

Anomalía. Incongruencia. Suscriptor de una revista antiblancos, posible poli de L.A.

Sí, el nombre volvió a sonarle familiar.

Dwight cogió la lista de grupos subversivos. Bingo número dos: Ahí está de nuevo Marshall E. Bowen.

En las reuniones de los musulmanes negros, en las reuniones de la ejecutiva de la Confederación de la Serpiente Negra. ¡Ooooh, Hermano Maaalo!

Dwight llamó al DPLA. Conocía a un tipo en la oficina de personal. El tipo le pasaba información confidencial. Pidió por él y le preguntó por Marshall Bowen. Había solicitado ingresar en el departamento en marzo del 67. ¿Lo había conseguido?

El tipo dijo que lo averiguaría. Dwight esperó seis minutos. El tipo volvió, todo excitado. Bingo número tres: Marshall E. Bowen había logrado ingresar en el DPLA.

Graduado en la Academia el 6/67: Asignado a la patrulla de Wilshire. Todavía en Wilshire. Según los informes, estaba en perfecta forma.

Marshall, eres maaalo.

Porque eres suscriptor de correo racista. Has asistido a reuniones de comunistas. Hermano, esta conducta es mala. Pueden darte una patada en ese culo negro y echarte del DPLA.

Porque:

Quienes comprobaron tu expediente la jodieron y les pasó por alto tu historial racista. Los izquierdistas que odian a los blancos están sumariamente excluidos del DPLA.

Eres maaalo. Se te puede explotar, coaccionar y amenazar con que perderás el trabajo. Tu culo negro me pertenece.

Dwight llamó a Freddy Otash. Freddy había sido poli del DPLA. Freddy conocía los trapos sucios del departamento.

El teléfono sonó nueve veces. Otash lo cogió.

—¿Quién es? —dijo con brusquedad.

—Freddy, soy Dwight.

—Oh, mierda. No me digas. La Grapevine.

—La Agencia de Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas cesará la vigilancia el día uno. Entonces podremos actuar nosotros.

—¿Y nos encontraremos con Wayne el día treinta?

—Exacto. Y creo que tú y yo deberíamos vernos antes de ese día.

—¿Y está Wayne preparado para eso? —preguntó Otash tras un suspiro.

—Creo que sí —respondió Dwight.

—Vaya con Wayne Junior. No puedes contar con que participe, pero no hay que descartarlo nunca.

—Quería preguntarte una cosa sobre el DPLA. —Dwight encendió un cigarrillo.

—Escucho.

—El proceso de comprobación de historial. Me interesa un chico de color llamado Marshall Bowen. Ha asistido a reuniones de rojos y el año pasado ingresó en el DPLA. Dime cómo es posible que esa mierda comunista se haya colado entre los resquicios.

—Conozco a ese Bowen —bostezó Otash—. Hizo de topo para Clyde Duber. Clyde lo infiltró en grupos comunistas.

—Freddy, tú eres un hombre blanco legal —dijo Dwight.

—No, no lo soy —replicó Otash—. Soy libanés.

Marshall Bowen, eres maaalo.

Clyde señaló el friso de la pared. Dwight rastreó las fotos. Exhibían aquel atraco a un furgón blindado en L.A. Cuerpos quemados, billetes manchados de tinta, esmeraldas. Un pasma grande maltratando a dos negros.

Dwight estornudó. La oficina de Clyde tenía temperatura subpolar. La poltrona inducía a dormir.

—Ese caso es mi *hobby* —dijo Clyde— y a través de él conocí a Marsh.

—Sé un poco de qué va. Jack Leahy participó por parte del Buró durante diez segundos.

—Exacto. Sigue siendo un caso sin resolver y, desde entonces, de vez en cuando aparecen billetes manchados de tinta en el gueto. A veces el DPLA presiona a la gente que pasa esos billetes sólo para seguir controlando el asunto. Y eso fue lo que ocurrió con Marsh. Pasa inocentemente un billete y oh, ahí está Scotty Bennett.

Dwight bostezó. Su culo resbalaba. Aquella maldita silla era una nube de sueño.

—No te pares ahí.

Clyde hizo aros de humo.

—Así que Scotty agarró a Marsh y lo presionó. Y si Scotty B. presiona a alguien, no es algo agradable de presenciar. Marsh llamó a un amigo suyo y éste me llamó a mí. Saqué a Marsh de la mierda con Scotty y lo convertí en un topo. Lo infiltré en media docena de grupos rojillos ridículos y grupos de color y Marsh fue un topo de puta madre. Le gusta la acción, solicita el ingreso en el DPLA y lo consigue pese a las protestas de Scotty.

—Háblame de sus tendencias políticas —dijo Dwight tras bostezar—. No puede ser izquierdista ni odiar a los blancos. De otro modo, el DPLA no lo habría aceptado.

—¿Qué tendencias políticas? —Clyde encadenaba cigarrillos—. Es un actor. Vive para la interpretación y todo es un juego, y los únicos cabrones que no saben que es un juego son esos ricos ultraderechistas que me pagan para que ponga a esos topos. Son una mina de oro. A Fred Hiltz y Charlie Toron les saco setenta y cinco de los grandes al año.

—He hecho un negocio con el doctor Fred. —Dwight se frotó los Ojos.

—Mi chico, Don Crutchfield, está buscándole a un mormón gilipollas en Chicago.

—¿Un mormón izquierdista?

—Un mormón derechista cazador de chochos que está mojando el bizcocho en el mismo coño que Fred. No me preguntes, por Dios. Llevamos todo el verano con esto y he ganado treinta y dos de los grandes sólo en ese asunto.

Dwight cogió el teléfono del escritorio. Clyde le dio el «adelante» asintiendo con la cabeza. Dwight llamó a su contacto en la oficina de personal del DPLA. El tipo todavía tenía a mano la ficha de Marsh Bowen. Dwight le preguntó por los horarios de sus turnos. El tipo le dijo que Bowen había ido a Chicago, a visitar a su padre enfermo.

Clyde hizo aros de humo de los que llegan al techo. Dwight colgó el teléfono.

—Está en Chicago y yo no puedo marcharme de aquí. ¿Puedes pedirle a Crutchfield, tu chico, que lo siga? Quiero saber más de él antes de abordarlo.

—Seguro, pero no me importaría saber de qué va todo esto.

—El señor Hoover quiere que haya follón con los negros de mierda.

Cenaron delante del televisor. Todas las cadenas hacían un seguimiento de las horas previas a la convención. Era un programa de los muertos vivientes. El alcalde Daley parecía cósmicamente cabreado. Hubert Humphrey parecía anticipadamente derrotado. La cámara enfocó a los melenudos que estaban fuera del ayuntamiento. Parecían malévolos. Silbaban a los polis antidisturbios. Los polis parecían gárgolas.

Karen miraba, muy concentrada. Dwight picoteaba la cena. Dina trajo un cuaderno para colorear. Siempre pintaba helicópteros y coches de la policía. Ponía de los nervios a Karen.

Las imágenes se sucedían monótonamente. Los cantos de los muertos vivientes parecían batidoras averiadas. La cámara enfocó a muchos negros. Una mujer devoraba patatas fritas.

Wayne estaba en Tahoe, de camino a Chicago. Era el Mago. Drácula y Farlan Brown eran elfos malvados. El Mago era un actor. El espectáculo tenía que continuar. Había superado su última matanza de negros de mierda y tenía que actuar.

Las imágenes se sucedían monótonamente. Dina coloreó un perro risueño y le dibujó colmillos. Karen le pellizcó la rodilla a Dwight y se contuvo de fumar.

Un negro gordo loaba al doctor King. La confabulación. Las luces se apagaron para un pase de diapositivas. Una imagen de King llenó la pantalla. Dwight cerró los ojos. El pulso se le aceleró. Respiró hondo y trató de reconectar. Karen se inclinó hacia él.

—Últimamente has estado muy ansioso.

—No duermo un carajo.

—Cuando tú estás ansioso, yo también lo estoy.

—Pues no le estés, ¿de acuerdo? —Dwight abrió los ojos.

—Dime cómo hacerlo —replicó Karen.

Dwight le dio al mando a distancia. La tele se apagó. Dina no lo notó. Karen le pasó la mano por la pierna a Dwight.

—Tendría que estar en Chicago.

—Nena, por favor.

—Me apetece volar unas cuantas estatuas fascistas.

—No dejes que te lo impida.

—Creo que tengo una informante para ti. Una mujer llamada Joan.

(Chicago, 25/8/68)

En el Loop hacía calor. Una brisa racheada del lago hacía subir el termómetro. Los polis llevaban casco y camisa de manga corta. Llevaban porras y trancas. Los *hippies* llevaban atuendos «ultraje a la bandera». Llevaban piedras y botellas de Coca-Cola.

Posible tumulto. Ambos grupos se morían de ganas. El calor de la noche decía, ADELANTE, sabes que quieres esto.

Crutch observó. Agarró su bolsa de comestibles y se quedó fuera de radio. El pelo al uno y la ropa seria le proporcionaban camuflaje. Los melencidos pasarían de él. A los pasmas les parecería simpático.

Mierda, joder. De Miami a esto.

Confrontación. Los polis avanzaron cinco centímetros. Los *hippies* avanzaron ocho. La distancia se encogió y se tornó claustrofóbica.

Crutch observó. El café y la dexedrina lo tenían psicodelizado. Llevaba treinta y seis horas despierto. Había estado encargándose del puesto de escuchas en el hotel Ambassador East. Farlan Brown había dado una fiesta en la *suite* de al lado. Alcohol, chicas y entusiasmo político. Brown se folló a las chicas y untó a los delegados. Brown les prometió vuelos en la compañía de Hughes. Brown los presionó para que le dieran datos sobre los viajes de la campaña electoral de Humphrey a fin de que Wayne Tedrow y compañía pudieran joder a Hubert.

Los polis avanzaron cinco centímetros. Los *hippies* avanzaron ocho. La distancia se encogió. El calor se intensificó.

Crutch observó. La confrontación lo puso nervioso. Clyde lo había cargado de trabajo en exceso. Tenía el puesto de escuchas y un trabajo adicional, seguir a un poli de L.A. que estaba en la ciudad. Ahora, Buzz estaba encargándose de eso.

Los polis avanzaron. Los *hippies* avanzaron. Un peludo gordo gritó «¡Cerdo!». Los polis cargaron. Los *hippies* vacilaron. Un tipo de pelo encrespado lanzó una piedra. La piedra rebotó en el casco de un pasma flacucho. Los polis llegaron a la línea de cuerpos con las porras por delante. Los *hippies* no podían dar media vuelta ni tenían espacio para lanzar objetos. Los arrasaron: los polis los pisotearon, los patearon, les pegaron con la porra y les partieron la cabeza contra el asfalto.

Un coche se detuvo junto a la algarada. Algo rojo destelló. Dos negros de mierda lanzaron una bomba incendiaria a los polis. La bolsa se rompió y chamuscó a algunos chicos que habían caído al suelo. Los negros de mierda levantaron el puño cerrado y se piraron.

Crutch corrió de vuelta al hotel y se plantó en el puesto de escuchas. Desde una ventana que daba al sur veía coches incendiados y fulgor de llamas junto al lago. La



consola de escuchas estaba de cara a la pared norte. Oyó sonidos de joder-chupar a través de los micrófonos. Se puso los auriculares. Oyó los sonidos de joder-chupar mucho más fuertes. Aquella parte del trabajo del doctor Fred era una auténtica chorrada.

Formaba parte del encargo de Clyde Duber. No había dado resultados sobre Gretchen/Celia y Joan Rosen Klein. Clyde estaba aprovechando al máximo la situación. Clyde le había dicho que no abordara a Farlan Brown en persona. Toda aquella cháchara era tangencial a las mujeres.

Era la una de la madrugada. Crutch comió un par de merengues para mitigar el subidón de anfet. Sacó la tira de fotos de Joan y la puso sobre la consola. Siguió mirándola y vio cosas nuevas.

Su caso estaba en punto muerto. Sam Giancana, o alguien cercano a él, había llamado a Gretchen/Celia. Aquello era una gran pista y un punto muerto. Uno no interroga a un peso pesado como Sam G.

De camino al aeropuerto, había forzado la puerta de la agencia inmobiliaria de Arnie Moffett pero no encontró nada más sobre Gretchen/Celia. Comprobó los ficheros de personas desaparecidas del DPLA y de la oficina del Sheriff en busca de notas sobre chicas latinas tatuadas. Cero. Pasó el nombre y los datos de Joan Rosen Klein a sus contactos en la policía de toda la nación. Catorce departamentos, catorce policías. División de Atracos, división de Actividades Subversivas, polis de inteligencia. Nadie sabía un carajo de Joan la roja.

Tal vez tenía antecedentes federales. No sería fácil averiguarlo. Tendría que hablar con Clyde para que hablara con sus contactos en el Buró. De momento, Joan era toda suya. La pista era sólo suya.

El sonido de follar-chupar se apagó. Lo sustituyó el sonido de págame, págame. Crutch hojeó un libro de la biblioteca. Era sobre Cuba. Incursiones rebeldes, cultivos de caña quemados, el fiasco de la bahía de Cochinos. Seguía leyendo libros. Seguía hablando con el franchute por teléfono. Mesplède seguía buscando a Fuentes y Arredondo, los exiliados renegados. Habían traicionado la Causa sagrada. Eran atacadores. Podían estar asaltando grandes almacenes en Des Moines o Duluth. El franchute era su mentor y no toleraba tonterías. El franchute trabajaba con Wayne Tedrow pero no confiaba del todo en él. Ahora el franchute y Wayne trabajaban para el conde Drácula. Su misión: hacer trucos de magia en la convención y sodomizar la campaña de otoño de Hubert Humphrey.

Freddy Turentine había hecho un informe de sus escuchas en el Golden Cavern. Fue una inyección de moral: sólo putas y mormones, pero Fred T. oyó a Fred O. mencionar una cita con Wayne Tedrow «y quizás otros». Aquello podía estar bien. Tal vez Wayne dijera algo o diera alguna pista sobre la guarida de Drácula. Una foto/un millón de dólares. Era la oferta que había hecho la revista *Life*. El francés había dicho que tal vez pediría una primicia sobre Wayne. Crutch había dicho que él se la proporcionaría. Lluvia de ideas: llama a Fred T. y dile que no mueva de su sitio

el equipo de escuchas.

En la habitación contigua sonó el teléfono. Crutch se cambió de auriculares. Oyó interferencias y una confusión de voces. Le dio a los interruptores y oyó a Farlan Brown.

FARLAN BROWN: Wayne, hola. ¿Qué hora es? No he descornado las cortinas desde que Coolidge era presidente.

WAYNE TEDROW: La una y veinte.

BROWN: ¿De la tarde o de la madrugada?

TEDROW: De la mañana. Ahora estoy en O'Hare. Espero a ese hombre del que te hablé. Llegó en avión desde Sioux Falls.

BROWN: Un mercenario francés y Sioux Falls, Dakota del Sur. Ésta es nueva para mí.

TEDROW: Está intentando localizar a unos viejos colegas a los que hace mucho que no ve.

BROWN: Pues en Chicago no los encontrará. Aquí lo único que tenemos es lucha de clases.

TEDROW: El aeropuerto es un caos. Todo lleno de chicos colocados y periodistas. Es como un enorme teatro.

BROWN: Hubert está jodido. Dick sacará ventaja de todo este lío.

Buzz entró en la *suite*. Crutch lo saludó con la mano.

TEDROW: Necesitaremos dormir un poco. Nos veremos dentro de cinco o seis horas.

Brown dijo algo. La línea se llenó de interferencias. Crutch se quitó los auriculares.

—Bowen es de lo más raro. No bebe ni persigue chochos. Tal vez sea el negro piojoso más formal del mundo. Joder, pero si hasta va a museos y a tiendas de quesos.

—Ahora te relevaré —dijo Crutch comiendo un merengue.

—Relevarme, ¿en qué? Pero si son casi las dos. Bowen está en casa con su papá y toda la ciudad se ha vuelto loca.

—Estoy inquieto.

—Tú siempre estás inquieto.

—Volveré dentro de cinco o seis horas. —Crutch comió el merengue núm. 4.

—Este cabrón es absolutamente formal —dijo Buzz, mirando su libro de notas—. A las 11:16 pasó por delante de dos restaurantes de negros y un bar de topless llamado Dulce Conejo. ¿Y adónde va? A la librería abierta toda la noche de Mr. Sid.

Crutch se rio. Buzz dejó caer la cabeza sobre el pecho y pasó a ZZZ-ZZZ-ZZZ.

Fuera estalló algo. Crutch miró por la ventana y vio un coche de la policía en llamas.

De madrugada, la ciudad de Chicago fue una pasada. Manadas de melenudos se movían de un lado a otro. La brisa del lago ondeaba sus banderas rojas. Los polis se movían en hileras. Todo parecía sincronizado. De las callejas salían polis montados. Los caballos se cagaban en la acera. La gente lanzaba cosas desde las ventanas. Llovían frutas y adornos baratos. No alcanzaban ni a los polis ni a los *hippies*. Parecía una declaración de intenciones, pero era imposible saber quiénes eran su objetivo.

Crutch pasó por allí con su coche alquilado. El tráfico iba a paso de tortuga. Coches pegados los unos a los otros. El padre de Marshall Brown vivía en la Cincuenta y Nueve con Stony Island. Era un barrio de gente de color de clase media. Casas de dos plantas sin patio delantero.

Reloj: las 2:41 de la mañana.

Crutch aparcó frente a la casa. En el piso de arriba había una luz encendida. Puso sus fotos de Joan en el salpicadero y las miró con los ojos entrecerrados.

Esperó. Se puso un poco nervioso. El cerebro le decía «adelante» mientras que el cuerpo le decía «a dormir». A las 3:09, Marshall Bowen salió por la puerta.

Caminó hasta la esquina y dobló hacia una calle principal. Crutch le dio diez segundos de ventaja. Hizo un giro de ciento ochenta grados y llegó al cruce. Brown iba tres casas por delante de él, a la izquierda.

Crutch dejó el motor al ralentí y miró. El tráfico peatonal era abundante. Bowen asomaba la cabeza en alguna coctelería y seguía caminando. Un grupo de policías fumaba y charlaba en la acera. Unos melenudos doblaron la esquina opuesta y los vieron. Crutch tenía una perfecta panorámica de todo.

Bowen miró escaparates y paseó sin rumbo fijo. Un melenudo levantó una botella de Coca-Cola. Le metió un trapo y lo encendió. Todos los melenudos corrieron a encender la llama. Un melenudo lanzó la botella directamente a la pasma.

Se rompió a poca distancia de ellos. La explosión fue un fiasco. Los melenudos gritaron «¡Muerte a la pasma!» y se marcharon riendo. Marshall Bowen se volvió en redondo. Eh, ¿qué es esto?

Los polis cargaron contra él. Bowen levantó las manos. No, por favor. Los polis lo aporrearon y le dieron puñetazos en una gran imagen borrosa.

(Chicago, 26/8/68)

La química entró en juego.

Wayne estaba en el cuarto de baño de Farlan Brown. Las paredes de espejo le devolvían su imagen. Tenía mal aspecto. Estás demasiado delgado, demasiado hecho polvo, demasiado viejo.

Cogió un vaso del lavamanos. Mezcló *whisky* de avión con trozos de opio y un Valium machacado. Lo removió con el mango de un cepillo de dientes y se lo tragó deprisa.

El efecto le golpeó el estómago y le subió a la cabeza. Se produjo el consabido cosquilleo. Se apoyó en el lavamanos y se miró a los espejos. Se produjo el consabido mareo.

Salió a la sala. Los elfos de Drac estaban todos allí. Presentes: Brown y Mesplède. Seis matones de Sam Giancana y ocho polis fuera de servicio. En el suelo, exactamente en el centro: un gran baúl antiguo lleno de dolor.

Los matones y los polis se habían sentado mezclados. Brown y Mesplède estaban en pie junto al mueble bar. Sorbían como desayuno Bloody Marys coronados con ramas de apio. Mesplède había repartido cigarrillos franceses. El humo se arremolinaba en toda la *suite*.

Brown asintió. Tu número, Wayne.

—Anfetaminas, alucinógenos y hachís. Dádselo a los chicos y aseguraos de que no hay periodistas presentes cuando lo hagáis. Hay pruebas de que existen infiltrados. Tenéis propaganda subversiva y planos para la fabricación de bombas. En ese baúl hay al menos cincuenta detenciones por delitos de Clase A y cada chico que detengáis delatará a una docena más; así os desquitaréis de los demócratas por haber montado su espectáculo en vuestra ciudad.

Unos cuantos policías aplaudieron. Unos cuantos matones soltaron silbidos. Un poli le pasó a Mesplède una ficha y dijo «están aquí» sólo moviendo los labios. Un matón obeso hizo chasquear los nudillos.

Brown se dio palmadas en las rodillas. Mesplède blandió la rama de apio.

La química entró en juego. Wayne preparó un cóctel de mesilla de noche. Nembutal y Jack Daniel's, una dosis probadamente segura propia de químico profesional.

Bajó caldeado y se quedó allí. Se tumbó y esperó la cortina. Era su dieciseisava dosis calculada desde Las Vegas Oeste.

Pronto pararía. Los compuestos que había cocinado en Lake Tahoe durarían hasta finales de semana. Ahora reducía sus escapadas a dormir. En Tahoe había dormido más de veinte horas. Se había mantenido en contacto con Carlos y el grupo de Hughes a través de un teléfono con desmodulador. Me estoy recuperando en el bosque. Tengo una articulación jodida.

Tragaron. Atribuyeron su baja forma a una enfermedad. Dwight selló la información sobre los asesinatos. Con el tiempo, los rumores se filtrarían. Otros dos negros de mierda muertos. A nadie le importaría.

La cortina empezó a caer. Vio a la negra vestida de negro mientras la luz se desvanecía.

(Las Vegas, 26/8/68)

Freddy O. describió la *gestalt* de la Grapevine.

Era un antro de rústicos con un ambiente campestre plagado de detalles ultraderechistas. Anuncios de neón de cerveza Hamm. Abetos rellenos de poliéster. Fotos de chochos sobre los urinarios. Revistas de armas amontonadas por todas partes. Servilletas con tiras cómicas racistas. Negro asqueroso, no entres aquí.

Dwight y Freddy flotaban en la piscina del Golden Cavern. El agua estaba helada como en un fiordo. Tenían la parte más profunda para ellos solos. Freddy describió la *gestalt* de las conversaciones imprudentes.

Procedían de seis desgraciados: Brundage, Kling, DeJohn, Currie, Pierce y Luce. Eran tipos que atracaban a punta de pistola y traficaban con pastillas, propensos a las farras derechistas. Eran borrachos empedernidos y drogadictos. Formaban un grupo cerrado. Cada noche cerraban la Grapevine y se quedaban dentro hablando de su mierda. Tenían llaves del garito. Los propietarios se fiaban de que dejaran el dinero de la prisa que habían tomado y de que cerraran bien al salir. No eran objetivos de la vigilancia de la Agencia de Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas de Fuego. Aquello estaba bien. La agencia no investigaría su homicidio masivo.

Un camarero le sirvió un cubalibre a Freddy. Dwight tomó té helado. Flotaron y hablaron. Freddy dijo que era un trabajo para tres hombres. Dwight dijo no, para cuatro. Wayne conoce a un mercenario corso francés. El tipo parece perfecto. Metámoslo en la movida.

Freddy accedió. Una rubia llenita pasó por allí y les proporcionó distracción. Dwight se puso más loción bronceadora. Hablaron de la cita del día treinta. Entonces tendremos a Wayne y al mercenario. Discutiremos los últimos detalles.

—Tiene que ser un círculo cerrado. Esos seis idiotas y nadie más. Es tarde, están solos soltando sus soflamas políticas y todo explota.

—De acuerdo —dijo Fred—. Llega la policía de St. Louis, trabaja en el escenario del crimen. Hace los análisis y dice: «Esto es todo. Los números cuadran».

—Tendremos que disparar de una manera audible. Queremos una andanada de disparos que se superpongan, que se oigan y se noten. No podemos utilizar silenciadores porque dejan fragmentos del tubo en los casquillos disparados.

—De acuerdo —dijo Freddy—. Todos llevan cacharras, habitualmente, pero no tendremos tiempo de desarmarlos y matarlos con sus propias pipas. Tendremos que llevar armas cuyo origen pueda rastrearse y éste sea St. Louis.

—De acuerdo —dijo Dwight—. Y ése será tu trabajo. En esto, tú eres el de St. Louis, así que entra en unas cuantas armerías o tiendas de empeño y roba unas

cuantas pistolas que los investigadores puedan rastrear. Y revólveres, Freddy. No quiero que se nos atasque ninguna automática.

—De acuerdo. —Freddy sorbió su cubalibre—. Los matamos, dejamos las pipas con las que se han matado los unos a los otros, les quitamos las suyas y movemos los cadáveres para que coincidan con la sangre derramada. Esta parte del trabajo está clara como el agua.

—Entramos y salimos en cuatro minutos. —Dwight sorbió el té helado—. Dices que siempre tienen la gramola muy alta, ¿verdad?

—Sí, la peor música de Oklahoma que nunca haya escuchado. Y muy alta.

—Eso está bien. Cubrirá parcialmente los disparos y los vecinos están acostumbrados a que haya ruido a todas horas. Antes de marcharnos subimos el volumen, con lo cual aumentan las posibilidades de que alguien de la zona ponga una denuncia por ruido y unos pasmas de patrulla respondan y encuentren los cadáveres.

Freddy flotó bajo el trampolín.

—Necesitamos otro detalle clave.

—La cocaína —dijo Dwight—. Pillaron un material muy puro y se volvieron locos. Dejaremos unas rayas en el mostrador. Pediremos a Wayne que licúe una parte de ello. Conseguiremos jeringuillas y agujas de insulina y les chutaremos coca después de muertos. Podemos chutársela entre los dedos de los pies y las marcas serán tan pequeñas que en la autopsia no se verán.

—Será una cosa cerrada y localizada. Un homicidio múltiple entre lump en blanco y será «caso cerrado» en doce horas como máximo.

—Lo dejaremos todo muy convincente —asintió Dwight—. Y no te preocupes por Wayne. Es un tipo estable.

—Nos preocupamos por él —se rio Freddy—, pero Wayne es el asesino empedernido.

—Tenemos suerte de que esos gilipollas sean blancos —se rio Dwight.

Un camarero les acercó un teléfono. Freddy salió de la piscina y peleó con el cable y el receptor. Dwight cerró los ojos y desconectó del sol.

—Es para ti —dijo Freddy—. Bowen, tu chico, está detenido en Chicago.

(Chicago, 26/8/68)

El franchute le dio a Crutch una galleta de hachís. Su chófer era un poli de guardia. El recorrido por la zona de los disturbios de Chicago prometía ser una diversión de primera.

Había sido idea de Mesplède. Se había encontrado con Crutch en el vestíbulo. Crutch se apuntó. Bowen estaba detenido. Buzz se había quedado trabajando en el puesto de escuchas. Ser testigo de la Historia, por supuesto.

Mesplède le dijo que no se acercara a Wayne Tedrow.

—Deberías estar muerto, *mon ami*.

Crutch asintió.

—Un día tal vez te pida que pinches las comunicaciones de Wayne —prosiguió Mesplède.

Crutch reasintió. La Historia seguía buscándolo. Primero, Miami. Ahora, esto.

Los chicos de las banderas rojas. Las chicas sin sujetador. Los polis con las colillas de cigarro. Las chicas voluptuosas lanzando flores a la Guardia Nacional.

El pasma conductor bebía tragos de Old Crow. El coche estaba climatizado. Vieron la película sin el calor de la noche.

Las bullas callejeras. El lanzamiento de piedras/la acción de las porras. Los melenudos todos ensangrentados. Un chico había perdido un ojo. Un chico tenía los dientes en la mano.

—Reconozco que la guerra es impopular —dijo Mesplède—. Reconozco su naturaleza crónica, pero nunca reconoceré su absoluta necesidad.

Crutch miró por la ventanilla. Un *hippie* lo mandó a tomar por culo con un gesto del dedo. Una *hippie* le enseñó las tetas.

—Donald, ¿crees en una Cuba libre? —preguntó Mesplède.

—Sí, jefe.

—¿Crees que la perfidia de bahía de Cochinos exige una respuesta continuada?

—Sí, jefe.

—¿Crees que Fidel Castro debe ser derrocado, y que los quintacolumnistas que han apoyado su régimen tienen que sufrir los castigos más severos?

—Sí, jefe, ya sabes que sí.

El pasma conductor llevaba una radio portátil. Mesplède alargó el brazo por encima del asiento y la puso en marcha. El pasma conductor le dio al dial y encontró una emisora de *country*. Un tenor blanco y palurdo cantaba: «Amo las banderas y el licor de maíz. Los pacifistas y la marihuana no son para mí».

Mesplède hizo una mueca y movió el dial. Jazz discordante, aaah, *oui*. Crutch



hizo una mueca. Parecía la sinfonía de un cambio de marchas estropeado. La galleta de hachís le golpeaba la cabeza. Los colores de fuera cambiaban. Aparecieron imágenes dobles y volutas.

El pasma conductor dobló por una calle lateral. Toda la acción de la calle principal desapareció. Pequeñas casas de una sola planta, oscuras y soñolientas.

Mesplède apagó la radio. El pasma conductor se detuvo. Crutch veía objetos únicos doblados y triplicados. Mesplède se apeó y le indicó con una seña que lo siguiera. Crutch sacó un pie y probó la acera. Los doblados y triplicados volvieron a ser únicos. La acera dio firmeza a sus extremidades flácidas.

Siguió a Mesplède. Caminaron hasta la puerta de una casita cutre. Mesplède hizo saltar el cerrojo. Crutch admiró su habilidad. Dos pequeños tirones con una ganzúa del cuatro.

Entraron en la casa. Todo estaba oscuro. El zumbido del aire acondicionado cubrió sus pasos. Crutch fue directo a las MUJERES que tenía en la cabeza.

Siguió a Mesplède. El zumbido del aire acondicionado aumentó. Llegaron a un pasillo y lo recorrieron. Se detuvieron en un umbral. Mesplède le dio a un interruptor. La luz iluminó a dos merdosos hispanos dormidos en camas individuales.

Se movieron un poco. Uno gruñó. Mesplède dijo:

—Comunistas y traidores cubanos. Mátales por mí, por favor.

La música del cambio de marchas destelló. Los colores destellaron y retrocedieron. Crutch notó algo frío en la mano. Crutch vio a los dos hispanos asquerosos doblados y triplicados y llenos de volutas.

El otro gruñó. Los dos hispanos abrieron los ojos y miraron hacia el umbral. Los dos hispanos hurgaron en la mesilla de noche.

Crutch levantó la pistola y disparó. Las imágenes sueltas se cohesionaron. Disparó con los ojos cerrados. Vacío el cargador en modo automático. Roció la cama. Oyó los estampidos huecos del silenciador. Olió a sangre con los ojos cerrados. Los abrió y vio a dos hombres sin rostro que intentaban gritar.

(Chicago, 27/8/68)

La jaula estaba hasta los topes. *Hippies* y radicales abarrotaban el depósito. La cárcel normalmente estaba llena de negros. Los disturbios habían invertido las proporciones.

Un funcionario llevó a Dwight por el pasillo de la galería. Provocó muchos cánticos de «¡Muerte a la pasma!» y que se alzaran muchos puños cerrados. La sala de entrevistas estaba dos puertas más adelante siguiendo un pasillo perpendicular. Marshall Bowen lo estaba esperando.

No estaba mal. En buena forma y aire de persona considerada. Un buen pseudoinvestigador.

El funcionario los dejó solos. Dwight lanzó un paquete de cigarrillos sobre la mesa. Bowen sacudió la cabeza y echó la silla hacia atrás.

Dwight dio la vuelta a la silla libre y se sentó a horcajadas. Aquella pose surtió efecto. Bowen acercó su silla.

—Usted no es abogado. Es policía.

—Soy las dos cosas. —Dwight encendió un cigarrillo.

—¿Del FBI?

—Exacto. Por cierto, me llamo Dwight Holly.

Bowen agachó la cabeza con fingida humildad.

—¿Y trabaja en la oficina de Chicago?

—No, soy un agente itinerante.

—¿Y le preocupa que un policía de Los Ángeles haya sufrido una grave paliza sin motivo justificado?

—No le veo heridas. —Dwight sonrió—. «Grave» es una exageración y usted lo sabe. También sabe que no puede poner una demanda al DP de Chicago y ganarla, y si lo hace, dañará «gravemente» su reputación en el DPLA.

—El agente que llenó el registro vio mi placa —sonrió Bowen—. Si toda esta locura no hubiera complicado las cosas, yo ya estaría en la calle.

—¿Y el agente que llenó su registro vio esto? —Dwight lanzó una bolsa de hierba encima de la mesa.

Bowen cerró los puños. Bowen hizo una mueca presuntuosa que quería decir «lo entiendo». La reacción llegó a niveles muy profundos.

—Esto es una amenaza. Significa que, a continuación, vendrá una oferta.

—Clyde Duber le manda saludos. —Dwight apagó el cigarrillo.

—¿Es un trabajo de infiltración?

Dwight sacudió la cabeza.

—Responda a ciertas preguntas —dijo.

—De acuerdo.

—Hábleme de su reacción ante toda esta locura.

—Para mí es un inconveniente. Personalmente, estoy más que políticamente agraviado.

—¿Y el trato duro que los negros han recibido en este país? ¿Puedo saber su opinión al respecto?

—No pienso demasiado en los negros. ¿Usted sí?

—Pienso en ellos más de lo que debería.

—¿Y cómo es eso? —Bowen se rio.

—La militancia negra. —Dwight sacudió la cabeza—. Debe de tener alguna opinión sobre eso.

—La militancia negra es comprensible. —Bowen se encogió de hombros—. Está históricamente, si no legalmente, justificada. Es ambiguamente recomendable, proporciona oportunidades a ideólogos dudosos y a empresarios criminales.

—¿Por qué se hizo policía? —Dwight agachó la cabeza.

—Para divertirme.

—Y sus obligaciones en la patrulla de Wilshire, ¿le divierten?

—Estoy un poco aburrido.

—¿A quiénes odia más? ¿A los competentes polis blancos como yo o a los negros de mierda inútiles que constituyen el grueso de su gente y a los que siempre se ha sentido tan puñeteramente superior?

—A los dos por igual.

Dwight agarró dos tablas del respaldo de la silla y las arrancó. Bowen no parpadeó.

—Quiero infiltrarlo. Crear un escenario para que lo expulsen del DPLA y ponerlo en la Alianza de la Tribu Negra o en el Frente de Liberación Mau Mau o en los dos grupos a la vez a fin de crear disensión política y criminal. Se le pedirá que trabaje, bajo mi dirección, todo el tiempo que yo decida. Al final del destino, tendrá la opción de ingresar en el FBI con un sueldo de categoría 4 o de volver al DPLA como sargento, sueldo en consonancia con su grado y un triple sobresaliente en la valoración para su ascenso a teniente. Una cuáquera muy sabia me dijo una vez: «Fíjate en lo que buscas, porque eso te busca a ti». Si quiere diversión, este trabajo le proporcionará toda la que pueda aguantar.

—Lo haré —dijo Bowen.

Entonces parpadeó, se agitó y titubeó.

(Chicago, 28/8/68)

O'Hare iba mal. Grandes cifras de llegadas, grandes cifras de salidas, gran volumen de pasajeros que querían ir a la ciudad y marcharse de ella. Las terminales eran como campos de refugiados. Las colas del checkin y de recogida de equipajes eran de las de pasarse todo el día allí. Los ánimos estaban encendidos. Volaban epítetos. Los empujoncitos se convertían en peleas a puñetazos.

Los vendedores de prensa hacían su agosto. Todo el mundo leía el *Trib*. Quédate con los disturbios de Lincoln Park. Quédate con la algarada que se forma en Grant Park. Las fotos de los diarios captaban bocas gritando.

Wayne leyó el *Trib*. Reporteros y predicadores de izquierdas le dieron empujones. Eran compañeros de la cola de facturación. Habían pasado dos horas juntos. Hablemos de agravios. Estaremos aquí nueve horas más.

El *Trib*, página seis: «Radicales detenidos con planos de bombas. Se considera acusarlos de sedición».

Wayne hizo una pelota con el periódico y lo lanzó. Una monja marimacho con una chapa pacifista lo miró mal. Estaba hecho polvo. La reunión en el Golden Cavern había sido dos días antes. El asunto de la Grapevine parecía inminente.

Los taxis soltaban a los pasajeros que se marchaban y se llevaban a los que llegaban. Wayne miró alrededor. Aquel chico le sonó familiar. La pajarita estúpida y el corte de pelo al uno.

Wayne lo reconoció. El chaval que lo había seguido en Miami. Estaba vivo. Le había dicho a Mesplède que lo matara.

El chico no vio a Wayne. La monja marimacho se puso agresiva. Hizo una seña a dos monjas negras para que se colaran delante de él.

Wayne lo dejó pasar.

(Las Vegas, 29/8/68)

Dedos de mantequilla. Las manos le temblaban tanto que los cables no dejaban de escapársele y no entraban en los agujeros. Tenía el cerebro cocido.

—Estás nervioso —le dijo Fred Turentine.

Crutch trató de reconcentrarse. Trabajo de escuchas. *Suite* 307 del Golden Cavern. La cita Otash/Tedrow era al día siguiente. Aquélla era su última comprobación de los aparatos.

Hizo pasar los cables por la base de la lámpara y los dobló hacia dentro. Los alicates se le resbalaron. La lámpara se tambaleó y casi se volcó.

—Caramba, chico —dijo Fred T.

Había matado a dos hombres. No acababa de asimilarlo. El franchute ya había regresado a Miami. Lo seguía llamando. El teléfono sonó y sonó. Los asquerosos hispanos negros eran comunistas y traidores a la causa cubana. Quitaban la vida a la gente y él les había quitado la suya, y aquello no dolía. La imagen repitió que no le dolía. Cuando lo hizo, estaba colocadísimo. La imagen se repitió en Vistavision y Cinerama. En su mundo, los objetos eran dobles. Las imágenes se repitieron con el doble de nitidez y a mitad de velocidad.

Fred cogió un cable suelto y lo empalmó de nuevo. Crutch hurgó en la caja de herramientas.

No pudo dormir. No pudo pensar en su caso. Siguió mirando las fotos de Joan.

(Los Ángeles, 29/8/68)

El ventilador del techo movía las hojas. El aire frío les ponía la carne de gallina. Dwight notó una contracción. Supo por qué: Eleanora acababa de dar una patada.

—Tendría que estar en Chicago —dijo Karen—. No tendría que estar en una cama plegable de una tapadera del FBI.

Estaba más llena. Sus pezones eran más grandes. Los huesos de sus caderas habían desaparecido.

—Fue mal. Me alegro de que no estuvieras allí.

—Como Se Llama estuvo en Lincoln Park. Lo calificó de «masacre».

Dwight cogió los cigarrillos. Karen pareció tentada. Dwight los dejó.

—No me pongas celoso o haré que lo acusen de sedición.

—¿Lo creíste inevitable? —Karen se rio.

—Si quieres decir ordenado de antemano y mutuamente acordado, sí.

—Eres muy religioso, ¿sabes? Comprendes tu responsabilidad personal hacia Dios, pero eres descuidado y absolutamente negligente en tu práctica secular.

—En esas percepciones me fío de ti —sonrió Dwight—. Y hace dos días, en Chicago, cité unas palabras tuyas a un tipo.

—¿Y cómo me describiste?

—Dije que eras muy sabia.

—¿Y no dijiste nada de mis dobleces y de las dificultades en mis afectos?

—No llegamos tan lejos.

—¿Has encontrado a tu topo? —Karen le besó el hombro.

—Sí.

—Entonces, algo va mal.

—¿Por qué dices eso?

—Estás tenso pero intentas disimularlo. Siempre haces cositas con las manos cuando intentas convencerme de que todo va bien.

Dwight flexionó las manos. Notó que el anillo de la escuela de abogacía le estaba flojo. Se estaba saltando comidas y funcionaba a base de café.

—Sí, tienes razón.

—¿Es una cosa mala que has hecho o una cosa mala que estás planeando hacer?

Dwight le dirigió una mirada que decía, «caso cerrado». Ella rodó hasta quedar boca arriba y le puso las manos en el bulto de Eleanora.

—Ya tengo el topo. Es bueno e inteligente pero, por ahora, no puedo decirte nada más.

—De acuerdo. Y ahora necesitas un informante.

—Exacto. Y tú conoces a esa mujer llamada Joan.

—Tendré que preguntar por ahí. —Karen se desperezó—. No la conozco personalmente. Alguien tendrá que buscarla por mí.

Dwight notó un latido bajo las manos. Suave. Más como si Eleanora se hubiera movido en vez de dar una patada.

Karen le cogió los cigarrillos. Él los tiró al suelo. Karen se rio y su tripa se movió. Entonces Eleanora dio una patada.

—¿Me amas? —preguntó Dwight.

—Lo pensaré —respondió Karen.

(Las Vegas, 29/8/68)

Era ella. Supo que sí. Sacó la foto para verla otra vez.

Era una foto del DVM de Nevada. Mary Beth Hazzard sentada muy compuesta para la foto del carné de conducir. Había nacido el 4/6/24. Era diez años, un mes y catorce días mayor que él.

Wayne se quedó en el coche, a la puerta del DVM. Había sobornado a un empleado para que le diera una copia del registro de la mujer. Carné de conducir desde el 4/6/40. Ninguna infracción. «Debe llevar lentes correctoras para conducir».

Leyó aquel artículo de periódico. La vio en el funeral. La viuda Hazzard. El hijo desaparecido. Yo... a tu marido.

Dirigía el sindicato de trabajadores de Hostelería. El sindicato estaba enfrentado con el Consejo de Propietarios de Hotel. El problema era la segregación. Drácula era el dueño de unos cuantos hoteles objetivo del sindicato. Había piquetes en más de doce ubicaciones distintas. El DPLV controlaba la situación.

Wayne miró la foto. No podía apartar los ojos de ella. Le gustaba la forma de su cara y la abundancia de su cabello.



(Las Vegas, 30/8/68)

Los cables de alimentación funcionaban. Los cables entre la 307 y la 308 estaban firmes. El día anterior, Crutch había hecho un pequeño orificio en la pared. Acceso a vista y sonido confirmado.

La consola estaba de cara a la pared común. Crutch se acomodó y se puso los auriculares. Fred T. había regresado a L.A. Aquel trabajo lo haría en solitario.

La noche anterior lo había llamado el francés. La charla lo había calmado. Fuentes y Arredondo eran unos canallas y profundamente rojos. El DP de Chicago cerraría enseguida el caso. El franchute había alabado sus cojones y describió un plan que estaba urdiendo.

Incursiones de sabotaje. Viajes a la isla en avión con lanzallamas y explosivo C-4. Incursiones en los campamentos de las milicias de Castro. Incursiones para repartir propaganda. Un negocio con heroína para financiar la operación.

El franchute explicó las maldades de Fuentes y Arredondo. Eran piojos que anidaban en la barba del *putain* Fidel. Crutch empezó a pensar en sus muertes de comunistas. Fue a una costurera y pidió que le bordara doses en la pajarita de tela de tartán.

La puerta de la 308 se abrió. Clic. Pam. Ése es el sonido. Crutch miró por el agujero de espiar. Puntuales: Fred Otash y Wayne Tedrow.

Se sentaron. Charlaron. Estaban lejos de la lámpara. Sus voces sonaban apagadas.

Clic. Pam. La puerta otra vez. En esta ocasión: un hombre alto con traje gris. Crutch oyó parloteos y leyó labios. Fred O. y Wayne llamaron Dwight al hombre.

El cable de la consola al agujero de espiar estaba muy tenso. Crutch acercó una silla y se acomodó. Recuerda: mañana tienes que tapar el agujero de espiar.

Sonó el timbre de la puerta. Fred O. la abrió. El franchute *sacré*, ahí está Jean-Philippe Mesplède.

Confluencia. Una palabra de Clyde Duber: Se trata de a quién conoces, a quién se la chupas y cómo estáis todos vinculados.

Wayne presentó a Fred O. y al franchute. Hablaron en medio de interferencias. Fred presentó a Dwight y al franchute y dijo que su apellido era Holly.

Confluencia. Dwight Holly conocía a Clyde. Dwight Holly había pedido a Clyde que siguiera a Marsh Bowen en Chicago.

Crutch se ubicó. Los auriculares le quedaban ajustados y el agujero de espiar a la altura de los ojos. La gente de la 308 acercó las sillas a la lámpara. Fred O. se dirigió al mueble bar y volvió con combinados y patatas fritas. Dwight Holly rehusó el trago. Los otros se apuntaron. Crutch tuvo una corazonada. Aquello no tenía que ver con su

caso.

Anotación: las 3:18 de la tarde. Pon en marcha la grabadora, en directo.

Los tipos se acomodaron. Se superponían fragmentos de frases. Dwight y el franchute encendieron sendos cigarrillos. Fred O. se veía más gordo y amariconado. Había recuperado su corpulencia normal. Wayne estaba hecho polvo y demasiado delgado.

«Ya basta de tonterías», dijo Fred O. La voz llegó nítida a los auriculares.

«Habrá seis hombres», dijo Dwight. «Siempre se quedan después del cierre. Siempre son ellos y sólo ellos, y no creo que cambien de costumbres la noche que vayamos a actuar».

Wayne preguntó: «¿Cuándo?».

«Por mi parte estamos preparados», dijo Fred O. Tengo las pistolas de incriminar, Dwight tiene la droga. Creo que podemos entrar y salir en cinco minutos.

«Cuatro», dijo Dwight Holly. «La acción será fácil. Estarán colocados y se sorprenderán. Se trata de las pruebas forenses. El DP de St. Louis tiene una mierda de laboratorio forense, pero quiero que las hemorragias de las heridas y las trayectorias tengan cierta coherencia».

Crutch empezó a sudar. Los auriculares se mojaron y produjeron unos silbidos y crujidos. «Seis hombres», «pistolas de incriminar», «hemorragias de las heridas...».

«Grapevine», dijo Mesplède. «Es un coloquialismo, ¿verdad? Significa “fuente de información”, es una expresión idiomática. Y de ese modo, se convierte en el nombre de un lugar de encuentro de maleantes».

Fred O. se rio. Dwight, lo mismo. Wayne se encogió. Crutch lo pescó tarde.

20 de junio. Aquella noche. Fragmentos de conversación: Grapevine/Tommy/topo... Joan y Gretchen/Celia.

Los auriculares rezumaban sudor. Crutch se los quitó, los secó y se los puso otra vez. Oyó cuatro voces parloteando, pitidos, crujidos, silbidos. El sudor había taponado los cables. Mierda.

Más pitidos y silbidos de la línea. Sonido de comida. Fred O. y el franchute devoraban patatas fritas. Crutch se quitó los auriculares, los sacudió para secarlos y se los puso otra vez. Se acercó al agujero de espiar. Cerró un ojo. Intentó leer los labios y los gestos y sincronizarlos a los silbidos. Oyó chirridos, oyó interferencias y oyó palabras sueltas en medio de la mezcla.

Oyó «Memphis». Vio que Wayne respingaba. Oyó «chivo expiatorio», «King», «Ray». Dwight Holly y Wayne intercambiaron miradas incómodas. Oyó ruido de comida. Bizqueó más. Respiró más deprisa. Empañó el cristal del agujero de espiar. Perdió un minuto entero entre pip-pip-pips.

Oyó «testigo».

Oyó «Grapevine» otra vez.

EMPEZÓ A ENTENDERLO.

Fred O. hacía un monólogo. Su voz grave cortaba los silbidos de la línea. Crutch

oyó «Sirhan». Crutch oyó «Bobby K». Fred O. imitó un disparo. Pam, pam, estás muerto. Wayne y Dwight H. intercambiaron una mirada *très* incómoda.

LO ENTENDIÓ TODAVÍA MÁS. La vejiga casi le estalló. Apretó, aspiró y se contuvo.

El agujero de espiar estaba empañado. La línea estaba atorada. El puñetero sonido del mascado de las patatas fritas empeoraba las cosas. Crutch se quitó los auriculares, los sacudió y se los puso otra vez. Crutch escupió en el cristal del agujero de espiar y lo limpió con la camisa.

Vio mejor. Oyó mejor. Vio que el franchute movía los labios. Oyó palabras incoherentes y «Dallas». Oyó la palabra francesa «*cuisine*», «Cuba» y «venganza».

El sonido cesó de repente. Crutch sacudió la cabeza. Los auriculares se aclararon y la línea volvió. Oyó silbidos, zumbidos, chasquidos, crujidos, pitidos. Oyó «*le gran putain Jack*». Vio a Jean-Philippe Mesplède adoptar la pose de un fusilero.

Y se meó en los pantalones.

Y se cagó en los pantalones.

Y vomitó y se atragantó.

Se quitó los auriculares. Corrió a la consola, arrancó el cable principal y arrancó la masilla de la pared. Hizo un pequeño agujero. Daba a la 308, sin necesidad de cables. Oh, Dios, por favor, por favor.

La reunión se había acabado. Los hombres estaban junto a la puerta. Dwight Holly dijo: «Una última cosa». Los otros asintieron. Dwight Holly dijo: «Nada de mujeres. Si hay mujeres, nos vamos».

Fred O. asintió remiso. Mesplède puso los ojos en blanco. Wayne Tedrow agarró a Dwight Holly por la muñeca.

(St. Louis, 3/9/68)

Pistolas de incriminar, controladas. Agujas de insulina, controladas. Cocaína líquida, controlada. Un último vistazo a las fotos para memorizar los rostros.

Brundage, Currie, Pierce, Kling, DeJohn, Luce.

Estaban todos dentro. Iban armados. Estaban todos como cubas. Habían entrado entre las 10:41 y las 12:49. Dwight entró y los observó. Dio palique a Pierce y preparó los cimientos de la operación. Soy un agente comercial de la Schenley. Hago los repartos. A veces llegan tarde.

Eran las 3:10. Seguían allí dentro. El día anterior, Otash había hecho un molde de cera del cerrojo de la puerta de atrás. Sería una entrada limpia. El tipo de la Schenley y sus colegas con la cerveza. Eh, Tommy Pierce, cuánto tiempo sin verte.

Aparcaron detrás de la Grapevine. Llevaban vaqueros y cazadoras de camuflaje. Prendas de caza de Oklahoma. Tenían cuatro cajas de Schenley.

Dwight tenía una 45 de cañón perforado. Wayne tenía una recortada del 38. Otash tenía un Colt Python. Mesplède tenía un 32 de cañón largo.

La furgoneta era robada. Mesplède la equipó. Para el viaje de ida se pusieron guantes. Dwight estaba tranquilo. Otash y Mesplède estaban tranquilos. Wayne estaba demasiado tranquilo. Dwight imaginó que se habría tomado algo.

Música en el interior. Música rural. Un violín de *country* chirriaba y rebuznaba.

Dwight dio unos golpecitos a su reloj. Se apearon de la furgoneta. Mesplède les dio las cajas. Otash se adelantó, abrió la puerta trasera y la dejó entornada. La luz del almacén estaba encendida. Dwight vio latas de comida en las estanterías. Rechinaron unos agudos acordes de violín.

Dwight dio unos golpecitos a su reloj. Ahora. Desenfundaron las armas y las llevaron debajo de las cajas. Se agruparon, gruñeron a lo macho y entraron despreocupadamente.

El almacén llevaba a la taberna propiamente dicha. Sus pasos de botas pesadas y sus gruñidos de tíos duros los anunciaron. Los seis cabrones estaban sentados en dos sofás de piel de imitación. Estaban unos frente a los otros. Entre ellos había una tabla llena de botellas, vasos y restos de comida basura.

—Eh, Tommy —gritó Dwight. Se volvieron cabezas hacia él. Dwight las contó y eran siete, no seis.

Un hombre más. De unos cuarenta años y pelo rizado. Intruso/lo siento, colega/es demasiado tarde.

Cruzaron rápidas miradas. Tommy Pierce los tranquilizó: No pasa nada. Dwight jadeó y resopló. Otash, Mesplède y Wayne se amontonaban detrás de él. Se trataba de

acercarse por la izquierda y dispararles de frente y a quemarropa. Los siete cabrones seguían sentados allí. Dwight siguió adelante con el guión.

—Sí, sé que es tare.

Y con esta última sílaba...

Dejaron caer las bajas. Apuntaron y dispararon. Vacieron las armas en sus objetivos previamente asignados, en la masa corporal y en la cara. Los siete cabrones seguían sentados allí. Los disparos se los tragaron. Saltaron, se convulsionaron, botaron y siguieron sentados allí.

El ruido era una fuerte superposición y reverberación. El olor de cordita era horrible y el humo de los cañones, denso. La música se había vuelto inaudible. De sus espaldas brotaba sangre que formaba charcos en el sofá en un chorro continuo.

Gorgoteos, eructos, toses de heridas en el cuello, temblores y exhalaciones. Siete muertos de un tirón.

Dwight dio unos golpecitos a su reloj. Adelante.

Se pusieron guantes de goma. Sacaron las armas que los muertos llevaban ocultas y las metieron en bolsas de papel. Dwight echó un vistazo al séptimo hombre. Iba desarmado. Dwight sacó su cartera. Catorce dólares y un permiso de conducir de Nueva York. Thomas Frank Narduno, casi cuarenta y seis años.

Volvió a meterle la cartera en el bolsillo. Wayne sacó la coca 11quida y las jeringuillas. El suelo se llenaba de sangre. Todos miraron el charco y se apartaron de él.

Dwight volcó la tabla. La priva y los restos de comida se mezclaron con la sangre.

Otash colocó los cuerpos: tres en el suelo, cuatro en el sofá. Mesplède colocó las pistolas de incriminar. Tres en sus manos, tres cerca de los cadáveres.

El charco de sangre creció. Todos siguieron mirándola y evitándola.

Dwight les quitó los zapatos y los calcetines.

Wayne los inyectó entre los dedos de los pies y limpió con algodón las gotas de sangre.

Otash volvió a ponerles los calcetines. Mesplède volvió a ponerles los zapatos.

La música de violín chirriaba y rechinaba. Las paredes habían absorbido el ruido de los disparos. Dwight lo sabía.

Se apartaron mucho del charco de sangre. Dwight observó la escena. Muelles de sofás al aire. El dedo que le faltaba a Kling. Alcohol, cocaína, una pelea de grupo. La dentadura que Pierce había escupido. Las gafas rotas de DeJohn.

Dwight dio unos golpecitos a su reloj. Vámonos. Wayne lo miró. Dwight no captó nada.

Otash sonrió. Wayne dejó cocaína en polvo sobre la barra.

Mesplède cogió unas patatas fritas sin sangre.

(Las Vegas, 6/9/68)

Pasas de él.

Eso amortigua el choque y desvía la excitación. Desvía la demencia. Era su sexto encuentro cara a cara con Drácula. Wayne acababa de descubrir el truco.

—Es un placer verlo, señor.

—Humphrey está muy atrás en los sondeos —dijo Drac—. Los *hippies* y los *yippies* lo han hundido.

—Wayne y yo estábamos allí, señor —tosió Farlan Brown—. Les echamos una mano.

El truco funcionaba con Drac. Los detalles del castillo de Drac seguían siendo los mismos. Los tiradores de las puertas envueltos en condones, los montones de cajas de Kleenex, la foto de los pechos de Jane Russell en la pared.

—Y así hasta noviembre —dijo Drac—. Todos los lugares adonde Humphrey vaya de campaña tienen que ser un Chicago en miniatura. ¿Me lo puede garantizar, señor Tedrow?

—Lo intentaré, señor.

—Wayne es muy modesto, señor. —Brown tosió—. Cuando dice «lo intentaré» quiere decir «lo lograré».

—No tosa más, señor Brown —dijo Drac—. Está creando una atmósfera insalubre. Si tose otra vez, lo despediré de su empleo, liquidaré su contrato y le pagaré cinco centavos por cada dólar estipulado.

Brown se puso en pie y salió de la habitación tapándose la boca con un pañuelo. Wayne pasó de Drac y miró alrededor. Detalles nuevos: platos llenos de sobras de comida. Insectos esparcidos en las cortezas de tarta de *pizza*.

—Ha perdido peso, señor Tedrow. ¿Ha estado enfermo?

—Me he sometido a una importante cirugía dental, señor. No he podido tomar alimentos sólidos durante tres semanas.

—¿Lo operaron en unas condiciones perfectamente sanitarias?

—Sí, señor.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y cuatro, señor.

—Yo tengo sesenta y uno, sesenta y dos o sesenta y tres. He sufrido diversos golpes en la cabeza en mis numerosos accidentes de avión y he perdido un poco la memoria.

—Usted nació en 1905, señor —sonrió Wayne—. Tiene sesenta y dos años.

—¿Me ha buscado en el *Calendario del campesino*?

—En la Enciclopedia Británica, señor.

—¿Dice con cuántas mujeres he jodido?

—Ese detalle lo omite, señor.

—He jodido con innumerables mujeres. Ava Gardner me contagió la sífilis terciaria y la peste bubónica. Entre las lesiones en la cabeza y esas otras enfermedades, sufro dolores constantes. Por eso le estoy muy agradecido por sus habilidades como químico.

—Me complace mucho que piense de esa manera. —Wayne sonrió con falsedad.

—Pero engorde un poco. Me apena ver a un hombre tan joven y tan demacrado.

—Mañana empezaré a tomar alimentos sólidos, señor.

—Bien.

Wayne se inclinó hacia delante y esta vez miró a Drac. En esta ocasión, los ojos opacos y los chancros lo afectaron.

—Señor Hughes, ¿puedo pedirle un favor?

—Rara vez concedo favores, pero le permitiré que me lo pida.

—Señor, me gustaría reinstaurar el Sindicato de Trabajadores de Hostelería en todos sus hoteles de Las Vegas. También me gustaría pedirle que diga sin miramientos al Consejo de Propietarios de Hoteles que abandonen la segregación racial en el empleo que han seguido durante tanto tiempo.

Detalles nuevos: temblores y bocanadas de saliva seca.

—¿Qué firmeza tiene esta petición?

—Es una petición cortés, señor.

—¿Es un ultimátum?

—No, es una garantía sobre mi futuro como químico de usted y también intermediario.

Drac se estremeció. Abrió la boca. Tenía colmillos de verdad.

—Muy bien, le concederé la petición.

Al menos, eran perversos; al menos, eran blancos.

Fue su mantra post-Grapevine. Lo utilizó junto con compuestos opiáceos. Le sirvió durante el vuelo de regreso y el encuentro con Hughes.

Iba bajando la dosis. Dormía mejor. Dwight había llamado la noche anterior. El DP de St. Louis había etiquetado el caso de la Grapevine a su manera.

Combustión espontánea. Citaban intoxicación etílica/niveles de droga. Una rápida investigación del forense y habían cerrado el caso.

Empezaba a sentirse mejor. Estaba recuperando el apetito. Las palpitaciones y los retortijones en todo el cuerpo comenzaban a remitir.

Wayne recorrió el Strip. Era de noche y hacía demasiado calor para vivir. Vio piquetes aturdidos por el calor a la puerta del Dunes y del Sands. Vio piquetes blandiendo sus pancartas a la puerta del Frontier. Casi todos eran negros, algunos

eran blancos, estaban simplemente excitados.

Aparcó y se acercó al piquete. Oyó fragmentos de un alegre galimatías.

El consejo del hotel cedió. Fue repentino. A saber por qué. Al parecer, la orden procedía de Howard Hughes.

Wayne se quedó allí. Los miembros del piquete pasaron de él. Una división del DPLV ocupaba la esquina. Llevaban cascos y hacían girar las porras. Estaban que ardían. Buddy Fritsch propinaba patadas a colillas de cigarrillos y era el que ardía peor.

Los piqueteros vitorearon y saltaron y rompieron la parte superior de las pancartas. Wayne vio a Mary Beth Hazzard que levantaba el puño.

Buddy Fritsch lo vio y se acercó. Olía a vodka de media tarde y caramelos de menta.

—Hola, homicida. ¿Quieres cargarte a unos cuantos negros de mierda, ya que estás aquí?

Wayne le guiñó un ojo. Buddy le devolvió el guiño. Los miembros del piquete los vieron y empezaron a darse codazos. Wayne sonrió a Buddy y dejó que la tensión se acumulara.

—En tiempos como éstos, me gustaría tenerte en el viejo DPLV. Nos iría muy bien tener a un asesino de ne...

Wayne le propinó un puñetazo en la tripa. Buddy contuvo una exclamación, se dobló y la cara se le puso verde. Los otros polis se quedaron paralizados. Los manifestantes se quedaron paralizados. Wayne agarró a Buddy por la corbata, lo acercó y le pegó con el codo en la cara. Wayne le arrancó la placa de la camisa y la lanzó lejos.

Buddy se tambaleó y se incorporó. Tenía la cara ensangrentada. Wayne le soltó la corbata. Buddy cayó al suelo de cara. Los manifestantes vitorearon.

Los polis seguían sin moverse. Wayne miró a los miembros del piquete. Mary Beth Hazzard lo miró directamente. Wayne le lanzó un beso.



(Los Ángeles, 8/9/68)

Crutch Senior vivía detrás de Santa Anita. Era el jefe de un poblado de cajas de cartón. Borrachos y perdedores del hipódromo. Apuestas todo el día, priva toda la noche. El no va más del estilo de vida californiano.

Crutch acudió con regalos: un billete de cien dólares como despedida y un emparedado Reuben. Eh, papá, soy hombre muerto. Sé toda esa mierda de cosas *top secret*.

Fred Turentine había ido a verlo el día anterior. Fred Otash había encontrado restos de las escuchas en la *suite* 307 y se las había atribuido a él. Fred O. había presionado a Fred T. Fred T. había traicionado a Crutch por el trabajo de escuchas. Fred T. había convencido a Fred O. de que él no estaba allí, todo había sido cosa del idiota de Crutchfield. Fred T. le había mostrado a Crutch sus dedos rotos. «Chico, no sé qué has escuchado, pero, yo de ti, correría».

Leyó la prensa de St. Louis. Siete muertos en la Grapevine. Una pelea entre parroquianos/matones. Hizo algunas comprobaciones. El hermano de James Earl Ray era copropietario del local. Asesinos profesionales. Su compinche franchute en el montículo herboso. Lo que había oído durante las escuchas: Sirhan y King, Memphis y Dallas.

El poblado estaba detrás del aparcamiento. Los indigentes vivían en cajas de aparatos estéreo impermeabilizadas con selladora. Una gran lona cubría unas veintitantas mansiones Magnavox. El patio estaba lleno de botellas vacías.

Crutch llamó a la caja de Crutch Senior. Crutch Senior salió arrastrándose con una apuesta de las carreras y una botella en la mano.

Crutch le dejó sitio. Crutch Senior salió, se sacó la picha y meó en abundancia. Apuntó directo a los zapatos de Crutch.

—Hola, papá.

—Eres Donald, ¿verdad? —bizqueó Crutch Senior.

—Sí.

—El hijo que tuve con Maggie Woodard.

—Sí, él mismo.

—Me acuerdo de Maggie. Era de un pueblo que estaba a tomar por culo, en Wisconsin.

—Sí, la misma.

—Tenía un buen polvo.

—Vamos, papá. Eso no está bien.

Crutch Senior se subió la cremallera. Tenía cincuenta y cuatro años. Llevaba un

traje Beatle empapado de sudor y una peluca Beatle.

Estaba medio muerto de llagas cancerosas supurantes.

—Estás hundido en la mierda y necesitas un toque. Lo siento, estoy cabreado.

Crutch le enseñó el billete y el emparedado. Crutch Senior cogió la pasta y pasó del emparedado. Terminó la botella de cuarto y la tiró sobre la pila de frascos vacíos. Agitó el impreso de las carreras y le pegó en la cara con él.

—No has encontrado a Maggie. Me dijiste que lo harías y no lo has hecho. Me acosté con ella por primera vez el día de Pearl Harbor y tú nunca la has encontrado.

Un farol.

El día anterior preparó el plan. En él pronosticaba la llamada a la puerta y la pena de muerte. Sí, lo había unido todo. Pero todo era pura intuición. Chasquidos de la línea, chapoteos, interferencias, y algunas palabras entre medio. Lo sabía. Ellos sabían que lo sabía. Fred O. se lo diría a los otros. Wayne se cabrearía con el franchute. El franchute le había perdonado la vida. Todo estallarían a partir de allí.

Era demasiado grande y sonaba demasiado descabellado. Clyde no lo creería. Scotty Bennett no lo creería. Podía ir a la tele, al programa de *The Joe Pyne Show* y airear su primicia de información privilegiada desde la grada de espectadores. Joe Pyne se reiría de él. Algunos judíos izquierdistas y los *hippies* paranoicos quizá le creerían. Los judíos se entusiasmarían con él en un plis plan. Era partidario de la causa por una Cuba libre. Los *hippies* se burlarían de su pelo al uno y de su pajarita a lo Scotty Bennett. Las *hippies* no volverían a enseñarle carne.

El farol.

El día anterior había preparado todos los dispositivos de seguridad. Trazó un plan basado en su único rayo de esperanza. Ellos no sabían que su equipo de escuchas estaba defectuoso. Sabían que habían hablado de atentados. No recordarían lo que habían dicho exactamente. No sabían lo creíble que podía resultar el testimonio de él.

Crutch esperó en los apartamentos Vivian. El piso estaba medio vacío. El día anterior había trasladado el expediente de su madre y sus enseres personales al hotel Elm. Su archivo del caso estaba allí. Buzz conocía el lugar. Encontraría las fichas y seguiría, o no, todas las pistas importantes.

Esperó. Hojeó revistas viejas de coches y *Playboys*. El día anterior había ido a la tienda I. Magnin. Le había comprado a Dana Lund un hermoso jersey de cachemira. Se lo había hecho envolver para regalo y había metido una tarjeta de San Valentín en la caja. No firmó con su nombre. Le dijo a Dana que siempre la había amado. Ahora le tocaba huir. Había matado a dos hombres y se había enterado de cosas que no tenía que saber.

Un mozo de Magnin entregó el regalo. Él aparcó al otro lado de la calle. Vio a Dana abriendo el paquete y leyendo la tarjeta. El jersey le encantó. La nota pareció asustarla. Miró alrededor y cerró la puerta a toda prisa.

Joan Rosen Klein había desaparecido en el éter. No había podido comprarle un regalo de despedida. Aquello le rompía el corazón.

Crutch hojeó el *Playboy* de noviembre del 67. Kaya Christian le sonrió desde el desplegable. Era su corazoncito. La conocía de los tiempos de la Iglesia luterana de la Trinidad, hacía un millón de años.

La vista al sur le llamó la atención. Se acercó a la ventana y se asomó. Vio la casa de Sandy Danner y la casa de Barb Cathcart y a Gail Miller en el porche delantero de Lon Ecklund.

Todos aquellos arbustos que le servían de punto de observación. Nuevos arbustos que tapaban las ventanas que había espiado.

Se asomó más. Notó humo en el aire. Se asomó demasiado. Empezó a caer. Oyó ruido a su espalda. Una fuerza lo golpeaba hacia abajo y volvía a tirar de él hacia arriba.

Estaba en el suelo. Lo habían inmovilizado con los pies. Tenía los ojos borrosos, mitad allí, mitad no. Olió a aceite sobre metal y supo que habían engrasado el cerrojo de la puerta.

La mitad allí se expandió. La mancha borrosa disminuyó. Todo el allí se materializó. Vio a Wayne Tedrow empuñando una pistola con silenciador y al franchute que sostenía una almohada.

Le clavaron los pies. El franchute despedía olor a nicotina.

—Cretino gilipollas —dijo Wayne.

El franchute dejó caer la almohada sobre su cabeza. Crutch se debatió y tragó aire para decirlo.

—Tengo cuatro copias de la grabación más las declaraciones. Cuatro cajas de seguridad bancarias. Me presento en persona, a intervalos de seis meses. Verifican que soy yo mediante fotos y comprobación de huellas dactilares. Si no me presento, ya saben qué...

Wayne miró a Mesplède. Mesplède miró a Wayne. Wayne cogió la almohada y se la estampó con el pie en la cabeza. Crutch no veía. No oía. Nada de voces, ni disparos, ni dolor, ni nubes blancas. Respiración a borbotones y latidos. Dios mío, ¿estoy muerto?

Entonces, la luz y el aire y la maqueta de avión que colgaba del techo. Entonces, un poco de respiración. Luego, la pistola de Wayne con el silenciador quitado.

Un triplano Fokker de color rojo. Históricamente enrollado. Lo había montado y había esnifado la cola el día que se habían cargado a JFK.

—Quiero participar —dijo Crutch—. Aceptaré lo que me propongan.

(Los Ángeles, 10/9/68)

—Has hablado en sueños.

—¿Qué he dicho?

—Me ha parecido oír «al menos» y «perverso».

Dwight se frotó la nuca. Siempre se le agarrotaba en el mismo punto. Tuvo una réplica del sueño: Memphis y rociadas de sangre de nuevo.

Karen se sentó y se inclinó sobre él. Tenía la cara algo hinchada de dormir y estaba exuberante. Cruzó las piernas y se sentó estilo indio. Él se arrastró hacia abajo y le besó las rodillas. Oyó a Dina en la habitación de al lado hablando con su rana de peluche.

—Dímelo otra vez y convénceme de ello. Mi simple presencia aquí no está jodiendo a esa niñita para siempre.

—Sólo si de mayor ingresa en el FBI. —Karen le agarró las manos.

—Aquí hay una especie de adoctrinamiento izquierdista que se me escapa.

—Tú le caes mejor que Como Se Llame. Dejémoslo así.

—No entiendo el mundo en el que vives, joder.

—Lo entiendes demasiado bien. —Karen le besó los dedos—. Tus favores reconocen la existencia de mi mundo y le otorgan un respeto natural.

Dwight alargó la mano para coger sus cigarrillos. Karen cogió el Paquete y lo lanzó al vestidor.

—No me tientes.

—De acuerdo.

—Y explícate. Conecta «al menos» y «perverso».

De nuevo aquel agarrotamiento. Dwight se masajeó y se frotó la nuca.

—Lo dijo un amigo. La cita entera fue: «Al menos eran perversos».

—¿A quiénes se refería?

—Nena, por favor.

—¿Al señor Hoover? ¿A los polis de Chicago?

Dwight se rio. La nuca le dolió. Karen le hizo cosquillas en las piernas y lo hizo reír y le quitó el dolor.

—Muy bien, te lo diré. Se refería a una banda de disolutos matones derechistas.

—Me gusta tu amigo —dijo Karen—. ¿Cómo se llama?

—Sin comentarios.

—¿Es poli?

—Lo fue.

—¿Y es alto y guapo como tú?

—Decididamente, no.

Dina dijo buenas noches a la rana. Le llegó claramente desde el otro lado de la pared. Dwight sabía que la niña quería que ellos lo oyeran. Karen inclinó la cabeza y se llevó la mano al corazón.

—Creo que tengo una manera de contactar con Joan.

—Entonces, favor por favor. Pon una bomba a otro monumento e intenta que no te pesquen.

Karen se enroscó a su alrededor. Dwight le quitó el pasador para soltarle el cabello.

—¿Me quieres? —preguntó.

—Lo pensaré —respondió ella.

(Las Vegas, 11/9/68)

Los sindicalistas se habían congregado en el Sills Tip-Top. Wayne estudió su *modus operandi*. Ella se presentaría tarde o temprano. Tuvo que pasar delante con el coche hasta cuatro veces.

El Sills estaba atestado. La hora del almuerzo y no había reservados vacíos. Estaba situado en el quinto pino, en Las Vegas Norte. Allí, la división de color estaba confusa. El local era casi segregado. Los blancos comían en un lado, los negros en el otro.

Wayne entró. Mary Beth Hazzard estaba en el lado de los negros en compañía de cuatro amigos sindicalistas. Eran todos negros. Wayne los reconoció del piquete.

Dos de ellos se fijaron en él. Uno dio un codazo a Mary Beth. Ella lo vio y susurró algo a sus acompañantes. Éstos se levantaron y salieron. De camino, se cruzaron con Wayne. Bajaron los ojos.

Wayne se acercó al reservado y le tendió la mano con firmeza. La tenía seca.

—Señora Hazzard —dijo.

—Señor Tedrow —dijo ella. Movi6 los ojos hacia el asiento opuesto al suyo. Wayne captó el mensaje y se sentó.

Se miraron. Todo se aquietó. El ruido del restaurante remitió. La gente empezó a mirarlos. Todo se aquietó. Todos los ojos se volvieron hacia ellos.

—He leído lo de su padre —dijo Mary Beth tocando la taza de café—. Reciba mi más sentido pésame.

Los sindicalistas habían dejado sus tazas y platos en la mesa. Wayne los apartó haciéndose sitio para las manos.

—Gracias. Mi padre trató terriblemente mal a los sindicalistas, por lo que su pésame pone de relieve sus buenas maneras y su trato agradable.

—No se lo he dicho con la esperanza de recibir cumplidos, señor Tedrow.

—Lo sé. Sólo espero que acepte éste y que no lo considere condescendiente.

Mary Beth sonrió. Wayne notó un millón de ojos que los miraban.

—Y reciba mis condolencias por la muerte de su esposo.

—Condolencias aceptadas. Pero, para serle sincera, añadiré que Cedric era fervoroso hasta el extremo de la imprudencia y que no tenía nada que hacer a las dos de la madrugada con Pappy Dawkins.

Wayne miró a su alrededor en busca de una camarera. Dos de ellas lo vieron y desviaron los ojos. Un niño negro se acercó al reservado y los miró boquiabierto. Dos niñas blancas los señalaron.

—Está usted muy nervioso, señor Tedrow. Si su idea es pedir un café, será mejor

que lo piense dos veces.

—Además, no quieren servirme —sonrió Wayne.

—Le servirán si se queja lo suficiente.

—O si monto suficiente espectáculo.

—El espectáculo que montó en el piquete fue memorable. —Mary Beth sonrió—. Merece que le pregunte qué intentaba decir, pero no lo presionaré respecto a ello.

Wayne no sabía qué hacer con las manos. Mary Beth apartó la taza de café. Wayne se las calentó con ella.

—Quiero agradecerle su participación en la resolución de la huelga, señor Tedrow. Corren rumores de que ha convencido al señor Hughes.

—Así es —respondió Wayne.

—¿Y el motivo de ello?

—Mi motivo, dado mi historial, ¿quiere decir?

—Yo no juzgo su historial tan duramente como harían los otros negros que hay aquí. —Mary Beth tocó la taza de café.

Wayne tocó la taza de café. Sus manos casi tocaron las de ella. Mary Beth no las movió. Él retiró las suyas.

—¿Y cómo es eso?

—Mató a esos hombres mientras buscaba a Wendell Durfee y, para mí, eso tiene un pase.

La gente los miraba. Un negro grande y gordo y un blanco alto y flaco los miraban boquiabiertos.

—¿Por qué, señora Hazzard?

—Porque Leroy Williams y los hermanos Swasey vendieron la droga que mató a mi hermana. Porque Wendell Durfee me violó el 19 de abril de 1951. Por eso me siento inclinada a perdonarle esa conducta impulsiva y por eso no me cae mal.

Wayne se miró las manos. Dieron una sacudida y la taza de café bailó. Un poco de líquido cayó sobre las manos de Mary Beth. Hizo como que no lo notaba y no las apartó.

—He leído acerca de su hijo. Sobre su desaparición, quiero decir.

—Era un chico brillante. Sabía muchísima química.

—Yo soy químico.

—Sí, ya me lo han dicho.

—¿Ha estado haciendo averiguaciones sobre mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me está presionando. —Mary Beth apartó las manos—. No me pida que diga cosas para las que todavía no estoy preparada.

Wayne miró a su alrededor. Todo el puñetero restaurante los miraba.

—Habla de su hijo en pasado. ¿Cree que está muerto?

—A veces, sí. —Mary Beth sacudió la cabeza—. A veces resulta más llevadero

pensar que está muerto. A veces, no.

—¿Lo echa de menos?

—Sí, lo echo de menos terriblemente.

—Yo lo buscaré —dijo Wayne.



## **PARTE II**

### **Un imán que atrae mierda**

(12 de septiembre de 1968 - 31 de enero de 1969)

(Los Ángeles, 13/9/68)

Dwight leía expedientes. Una radio rociaba las noticias. Nixon y Humphrey se afanaban por conseguir votos y las encuestas daban resultados dispares. Jimmy Ray y Sirhan provocaban desde la cárcel. Conmoción local: dos asquerosos negros enmascarados habían robado joyas y dinero en una casa de Brentwood.

El local estaba lleno de ficheros, saturado de ficheros hasta el culo. Necesitaba cuatro archivadores más. Los ficheros le comían la moral.

Leyó copias de informes de la Agencia de Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas de Fuego y del DP de St. Louis. Recién confirmado: «la matanza de la taberna Grapevine», caso cerrado. Una incongruencia: aquella víctima sorpresa.

Thomas Frank Narduno, de cuarenta y cinco años, residente en Nueva York. El que no tenía que haber estado allí. En su cadáver se encontraron aparatos de escucha.

Dwight leyó la ficha de Narduno que tenía el FBI. Era incompleta. Narduno se movía en círculos izquierdistas. Era sospechoso de dos atracos, uno en Ohio y el otro en Nueva York. Ninguna detención, ninguna condena. Olía a pirado marginal o a rojo reincidente. Su relación con la Grapevine ahora era superflua.

Alivio.

Dwight estaba aliviado. El señor Hoover estaba aliviado. El señor Hoover, en el fondo, seguía cabreado. Seguía recordando la cura de descanso de Dwight. Silver Hill, 1957. El viejo sarasa estaba cada vez más chocho. Hablaba de «Happy Hills, 1958». No importaba. El viejo Sarasa tenía un expediente al respecto: apalancado, indexado y listo para poder extorsionar con él.

A Dwight le estaba llegando un expediente: Joan Rosen Klein, posible informante. Archivos Centrales se lo estaba mandando por télex. Las páginas contenían muchas ocultaciones. Unos gruesos trazos de tinta tachaban nombres, fechas y lugares. Karen había dado a entender que Joan quizá resultase difícil. Hombre prevenido vale por dos: lee el expediente antes de citarte con ella.

Dwight bostezó. Dormía mal, tenía los nervios alterados, y de día, las pesadillas revivían como viñetas. Hizo una incursión a una sala de pruebas criminales del Buró y se llevó unos sedantes. Agudizaban los efectos de su único trago de cada noche y de su única pastilla. Joder si lo ayudaba.

El jefe se retrasaba. Dwight charló con Jack Leahy. Jack hizo la imitación del señor Hoover. El viejo sarasa compraba antigüedades con su amante Lance. Jack lo hacía perfecto, con la afectación adecuada y el consabido movimiento de muñeca.

Haciendo aquello se arriesgaba. Jack era un tío raro. Era mitad agente secreto, mitad Mort Sahl.

—Humor de guerrilla —se rio Dwight—. Cachondeo divertido en el club Improv, cachondeo peligroso en la oficina de L.A.

—Veinte años y el servicio civil. —Jack se limpió las gafas—. Estoy hecho a prueba de chivatazos.

—Te vi hacer de Hoover en el papel de Oscar Wilde cuando era un novato.

—Entonces, supongo que soy un tipo afortunado.

—O tienes un objetivo secreto o eres un puñetero kamikaze —sonrió Dwight.

La oficina era típicamente policial. Paredes grises y banderas hasta los topes. Los efluvios de Aqua Velva avisaron con antelación de la llegada de Reddin. Reddin era un tipo corpulento. Les dio palmadas en la espalda y se dejó caer en la silla de su escritorio.

—Cuánto tiempo, Jack... Señor Holly, llevo años oyendo hablar de usted.

—Dwight Holly, alias el Ejecutor. —Jack encendió un cigarrillo—. Un hombre contundente con una novia políticamente dudosa.

Reddin se rio y dijo «vade retro». Jack le guiñó un ojo. Dwight pensó que el jefe estaba bien para cinco minutos.

—Queremos infiltrar a uno de sus agentes negros, jefe. Un patrullero de la división de Wilshire llamado Marshall Bowen. Mi intención es introducirlo en la Alianza de la Tribu Negra y/o en el Frente de Liberación Mau Mau. Se trata de una operación de contrainteligencia a largo plazo cuyo objetivo es desacreditar a los militantes negros. Yo la dirigiré de una manera autónoma. Vayan las disculpas por delante, pero el señor Hoover quiere que usted quede al margen de los informes y los memorandos.

—A mí me gusta saber lo que ocurre con mis hombres. —Reddin se ruborizó.

—El señor Hoover insiste en ello, señor. —Dwight encendió un cigarrillo.

—Estará trabajando en mi jurisdicción —dijo Jack—. Esto es como un bofetón en la cara.

—Tenemos topes en los Panteras y en los EE.UU. —Reddin hizo tamborilear los dedos en el escritorio. Compartimos nuestras informaciones reservadas con otras agencias cuando nos lo requieren, lo cual me lleva a decir que no me gusta el enfoque unilateral de esto.

—Se lo repito, señor. El señor Hoover insiste en que sea así.

—Si el señor Hoover insiste, es que insiste. —Jack movió la muñeca a lo sarasa.

—He leído informes de Inteligencia sobre la ATN y el FLMM —dijo Reddin con una mueca presuntuosa—. Son unos payasos.

—Los meteremos a todos en el mismo saco —sonrió Dwight—. Los Panteras y los EE.UU. también quedarán manchados.

—Ya han nacido manchados de negro. —Reddin encendió un cigarrillo.

Dwight se rio. Jack jugueteó con el cenicero.

—De acuerdo —continuó Reddin—. Dicen que será un escenario de expulsión con abundante cobertura de los medios, lo que, con un poco de suerte, hará aumentar el prestigio de su chico en el gueto.

—Exacto —asintió Dwight—, y pienso que será consecuencia de las desavenencias personales existentes entre el agente Bowen y el sargento Robert S. Bennett.

—Oh, Dios, Scotty. —Reddin puso los ojos en blanco.

—Ese mamón psicópata —dijo Jack.

—A Jack no le gusta Scotty. —Reddin se dio unas palmadas en las rodillas—. Scotty utilizó su poder para hacerse con la investigación de ese atraco al furgón blindado que tuvimos hace unos años y eso encrespó a Jack.

—Déjalo, Jack. —Dwight apagó el cigarrillo—. Tú sólo te encargaste de la investigación que realizó el Buró durante una semana.

—Con Scotty, una semana puede ser una eternidad —dijo Reddin.

—¿Y por qué Bennett y este agente Bowen? —Jack se restregó los ojos—. ¿Qué tipo de desavenencias personales existen?

—En el gueto han circulado billetes manchados de tinta procedentes de ese atraco. —Dwight se balanceó en la silla—. Marshall Bowen pasó uno sin saberlo y Bennett le apretó las tuercas. Bowen ingresó en el DPLA pese a las objeciones de Bennett.

—Dios, Scotty y ese caso —comentó Reddin.

—Muy bien —dijo Jack—. Admito que el escenario es viable. El reparto es estupendo y las opciones del guión son muy atractivas.

—Y aquí viene la dificultad principal —sonrió Dwight—. No quiero que Bennett lo sepa. La escena tiene que desarrollarse sin su conocimiento.

Sonó el teléfono del despacho. Reddin atendió la llamada *sotto voce*.

—Me complacerás, ¿verdad, Dwight? —dijo Jack—. ¿Por los viejos tiempos?

—No —respondió Dwight.

Un seguimiento. En Negrolandia.

Dwight conducía un coche de alquiler. Scotty Bennett conducía un coche sin distintivos. Era una movida para peinar el Congo. Scotty hizo gala de su poder. Destilaba el desparpajo del opresor blanco.

El hijo de puta era enorme. La pajarita y el pelo cortado al uno eran el toque de un cavernícola promiscuo. Dwight lo seguía a cuatro coches de distancia. Scotty recorrió las tiendas de licor y consiguió priva gratis. Scotty saludó a las putas y lanzó caramelos a los niños de color. Scotty pasó ante el cuartel general de los Panteras y se acercó a la acera. Un grupo de negros de mierda corrió al interior.

Scotty se acercó a la timba de dados del aparcamiento y parloteó con los hermanos. Scotty se enteró de rumores del gueto. Scotty dio monedas a los

vagabundos borrachos. Scotty untó a sus chivatos con billetes de diez pavos y pegó con la pistola a un negro pirado que acosaba a una anciana. Scotty donó una caja de botellas de ginebra a la iglesia del Redentor Todopoderoso. Scotty cacheó a un informante, le encontró una hipodérmica y le pegó con la porra en su culo de negro.

Negrolandia bullía. Mediados de septiembre, calor. Los negratas llevaban plumaje de verano. Muchas camisetas sin mangas, sombreros de ala estrecha y gorras púrpura de vendedor de periódicos. Indigentes apáticos bebiendo licor de malta Schlitz.

Scotty pasó por delante del Banco Popular de Los Ángeles Sur. Dwight vio a Lionel Darius Thornton, el presidente. Scotty pasó por delante de los locales de la ATN y del FLMM. Los estúpidos vigilantes de la puerta se acojonaron.

El mamón inspiraba miedo y odio al por mayor. Era un imán que atraía la mierda.

El recorrido terminó a las cuatro de la tarde. Scotty tomó la autovía Harbor, la 101 y la salida de Western Avenue. Aparcó en doble fila a la puerta de un garito de topless llamado La Pata de Conejo. Dwight aparcó bien y lo siguió a pie.

En el escenario bailaba una pelirroja entrada en carnes. Unos jubilados y unos *hippies* la miraban maliciosamente. Scotty la saludó con la cabeza. La pelirroja fue a los camerinos. La sustituyó una rubia entrada en carnes.

Scotty fue a los camerinos. Dwight los siguió y se quedó entre las cortinas. Oyó una conversación trivial y el sonido inconfundible de una mamada. Volvió a su coche de alquiler y esperó. Scotty se largó de La Pata de Conejo nueve minutos después. Montó en el coche y dio un giro de ciento ochenta grados para dirigirse hacia el sur.

Dwight lo siguió. Scotty tomó Hollywood Boulevard hacia Sunset y Alvarado Sur. Pam, hacia el este por la calle Séptima. Próxima parada, el asador de Vince and Paul, de la Séptima a Sunset con Union.

Scotty aparcó y se acercó andando. Dwight le dio ocho minutos de ventaja. El bar estaba lleno: pasmas de pared a pared, de paisano, y privando.

Dwight pidió un 7Up y trató de parecer lo menos poli posible. Scotty estrechaba la mano, sobaba y encandilaba a una morena entrada en carnes.

Scotty bebió. Scotty comió gambas fritas y rumaki gratis. Scotty se llevó a la morena a la trastienda. Dwight se quedó junto a la puerta. Oyó una charla trivial y el sonido inconfundible de una mamada.

Basta.

Dwight regresó al coche alquilado y esperó. Scotty salió de Vince and Paul ochenta y tres minutos después. Dwight lo siguió hasta su casa en Pasadena. Su familia lo recibió en el porche. La señora Scotty era una rubia entrada en carnes de unos cincuenta años. Scotty tenía cuatro hijos adolescentes, dos chicos y dos chicas. Los chicos eran *très* altos y se parecían mucho a Scotty.

—¿Vas por Vince and Paul?

—Allí los polis negros no son bienvenidos.

—¿Qué ha pasado con «de color»?

—El año pasado dejó de usarse. «Negro» es más audaz. Tiene la virtud de llamar a las cosas por su nombre que le gusta a mi gente.

Dwight apartó su plato. El asador de Ollie Hammond tenía más clase que el de Vince and Paul. Su reservado quedaba apartado. Marsh Bowen picoteó la ensalada.

—Es el local favorito de Scotty Bennett. ¿Me lo ha preguntado por eso?

Dwight se tomó una pastilla de menta contra la acidez de estómago y encendió un cigarrillo. La comida se le había enfriado.

—Leo los pensamientos de la gente, señor Holly. Sé que ha estado cavilando sobre Scotty.

—No esperes cumplidos. Si no te considerase listo e intuitivo, no estarías aquí.

—Pero se estaba preguntando lo adaptable que soy.

—Exacto.

—Entonces, lo consideraré un cumplido y a otra cosa mariposa.

Dwight tiró del anillo de la escuela de abogacía.

—El dinero manchado de tinta. ¿Scotty fue muy brutal contigo?

—Me formuló preguntas con una cortesía exagerada —Marsh jugueteó con el tenedor— y me golpeó con una guía telefónica cada vez que mis respuestas no le gustaban.

—¿Bennett odia a los de color?

—A los negros, señor Holly.

—No me corrijas.

Ni sacudidas ni respingos. Carne de gallina por todo el cuerpo Y el latido de una vena en la frente.

—¿Odia a la gente de color?

—Más que usted, pero de una forma menos voluble. Y estoy seguro de que ha matado a unos cuantos más que usted.

—Parece que disfruta de sus excursiones al lado sur.

—Sí, señor, así es. Al sur de Washington Boulevard, es el «señor Scotty».

—Ese odio suyo que expresa con tanta dignidad. ¿Es famoso por ello?

—Oh, sí.

Dwight hizo chasquear los nudillos.

—Scotty es el cebo en el escenario de tu expulsión. ¿Cómo crees que debemos ponerlo en acción?

Marsh hizo una pantomima. Bizqueó por un visor. Enmarcó la escena. Habló por un megáfono.

—El asador Vince and Paul. El bar está a tope. El agente Marshall E. Bowen ataca a la tórrida camarera que se enrolla con el sargento Robert S. Bennett ante sus propias narices.

Dwight le tendió la mano. Marsh dejó que quedara colgando. La tensión se acumuló y se consumió. Ambos vieron que era una idiotez. Se rieron al mismo

tiempo.

(Las Vegas, 14/9/68)

Qué desparramo de *suites*.

Sus colegas matones vivían en *suites* de hotel. Fred O. tenía el Cavern. El franchute tenía nuevas habitaciones en el Fontainebleau. Wayne Tedrow estaba instalado en el Stardust. Dwight Holly vivía en *suites* de todo el país.

Crutch esperó a Wayne Tedrow. La *suite* de éste estaba compuesta de cuatro habitaciones y un laboratorio de química. Sus colegas matones tenían carrera universitaria. A él lo habían expulsado del instituto. Había pegado una foto del chocho de Gail Miller y había perdido la oportunidad de acceder a la educación secundaria.

Crutch esperó. El vestíbulo estaba forrado de terciopelo y lleno de espejos dorados. De la habitación contigua salían vapores cáusticos. En una mesa había un periódico de Las Vegas. Wayne se había ganado indirectamente el titular.

El DPLV le endilgaba el muerto póstumamente a un negro de mierda llamado Pappy Dawkins. El muerto: Wayne Senior. «Ataque al corazón», tonterías. Fue un engaño para tranquilizar a la familia.

Sus colegas matones llenaban titulares. Sus colegas matones amañaban titulares. El rumor entre los que estaban en el ajo: Wayne se había cargado a su padre.

Crutch se apoyó en la pared. El papel aterciopelado lo hizo estornudar. Wayne y el franchute le habían perdonado la vida. Sí, los había engañado. Sí, había puesto en marcha los dispositivos de seguridad. Pero había tenido que largar.

Largó parcialmente. Contó que el doctor Fritz lo había contratado. Se trataba de una novia ladrona. Les gustó esa parte y le creyeron. No habló de Gretchen Farr como Celia Reyes ni de Joan Rosen Klein. No habló de los pasaportes extranjeros ni de las llamadas de Sam G. a Gretchen/Celia ni de la mujer muerta en la casa de los horrores.

Wayne abrió la puerta y pasó junto a él. Ni un saludo con la cabeza, jódete, eres ese insecto que no veo. Crutch persiguió su sombra. Un hedor anunció el laboratorio de química. Estaba lleno de cubetas y tubos dispuestos en estanterías.

Crutch se quedó en el umbral. Wayne se llevó una cubeta a la frente. Era el gesto de, oh mierda, vaya jaqueca.

—Tú querías participar. Bien, ya participas. Si haces lo que Mesplède y yo te decimos, tal vez sobrevivas. Si nos mientes, nos robas, nos traicionas o nos ocultas información, te mataremos y nos saldremos del marrón en que nos hayas metido.

Crutch tragó saliva. Su nuez de Adán subió y bajó. Tiró de la pajarita. Que vean esos pequeños doses.



—He matado a dos hombres. Estoy comprometido con la causa por la libertad cubana.

—La causa por la libertad cubana es una patochada derechista. —Wayne lo miró de aquella manera—. Mesplède es un incitador que se engaña a sí mismo, yo no, y te aconsejaría que no te convirtieses en uno de ellos. Si es cierto que mataste a dos hombres, fue por tu deseo infantil de halagar a Mesplède o porque temías que te matara silo desobedecías. No me comas el coco con tus tonterías de crío. No me des una razón para matarte.

—De acuerdo —dijo Crutch, con una mueca presuntuosa a lo Scotty B.

—Trabajarás con Mesplède —dijo Wayne—. Tu tarea consistirá en crear disrupción en los actos de campaña de Humphrey por trescientos dólares a la semana. Pronto nos llegará el itinerario. Hablarás con Clyde Duber, conseguirás una lista de izquierdistas y convencerás a unos cuantos idiotas con motivaciones políticas de que te ayuden. Y no te permitirás actividades juveniles extracurriculares mientras yo te pague. ¿Lo has comprendido?

Los vapores de los componentes se arremolinaban. El laboratorio era un lugar tóxico. Crutch se sonó la nariz. Wayne se rio de él.

—Esta mañana he hablado con Farlan Brown. Está dispuesto a perdonarte todas las tonterías infantiles que hayas cometido mientras trabajabas para Fred Hiltz. Me ha dicho que te diga que Gretchen Farr le sacó 25.000 dólares y que puedes quedarte con la mitad si la encuentras y consigues que devuelva la otra mitad. Me dijo que, en un momento dado, había pagado anónimamente a un colega tuyo alcohólico para que se apartara del caso porque temía una publicidad desfavorable, pero que, ahora que trabajas para mí, puedes seguir con ello si se tercia.

Crutch sonrió. Wayne lo miró de aquella manera. Crutch desonrió deprisa.

—Brown me dijo que te pasara esta información. —Wayne tragó tres aspirinas—. Me dijo que una vez sospechó de Gretchen y registró su armario. Dijo que encontró un uniforme de azafata de aviación, sin designación de la aerolínea y con una tarjeta de identificación en la que ponía Janet. Eso fue todo lo que me dijo y yo te lo digo a ti. Haz lo que quieras con esto, pero en tus ratos libres. No olvides los deberes que tienes para conmigo, y dile al doctor Fred y a Clyde Duber que, a partir de ahora, te retiras de esa idiotez de «caso».

Crutch contuvo un estornudo.

—Lárgate de aquí —dijo Wayne—. El sentido común no deja de decirme que te mate.

«Pista de FB. Sobre el trabajo de azafata».

«Número oculto Giancana (???)».

«Hasta la fecha: No hay antecedentes policiales sobre GF. No puedo preguntar a Scotty B. sobre las detenciones de JRK por atraco a mano armada (51 y 53, sin

condenas) sin alertar a Clyde. Del mismo modo, no puedo pedir la ficha de JRK a los federales. En lo que se refiere a GF/CR: ¿rastrear partidas de nacimiento en todo el país o suponer origen extranjero?».

«GF/CR y víctima: durante el itinerario de la campaña, rastrear los expedientes de Inteligencia, Antivicio y Personas Desaparecidas en los departamentos de Policía locales».

Crutch dibujó en el gráfico de la pared. La cabeza le botaba. De L.A. a Las Vegas y regreso en cuatro horas. La nariz todavía le escocía. Wayne lo había despedido con un «adiós, cretino».

Necesitaba más papel de gráficos. Necesitaba más archivadores. Tal vez necesitaría alquilar un tercer piso para los papeles. Wayne lo había advertido: no ocultes información. Ahora su caso corría un gran riesgo.

Crutch miró el gráfico. Las palabras daban vueltas. Los hilos conectores y las pistas fragmentarias cobraron cohesión. Estudió las fotos de Joan. Acercó una lámpara de pie y sus hebras canosas brillaron.

Lluvia de ideas.

Sacó su bloc de dibujo. Dibujó un rostro parecido al de Gretchen Farr/Celia Reyes. Le añadió un uniforme de azafata con una tarjeta en la que se leía Janet.

Las Páginas Amarillas. Ahí, junto al teléfono.

Compañías aéreas. Compila una lista. Trabajo de comprobación a la vista.

Algo andaba jodido. Beverly Hills, las dos de la madrugada y olía a problemas graves.

Un atasco en Ricolandia. Coches patrulla del DP de Beverly Hills a toda velocidad. Dos coches K, dos coches celulares, dos furgonetas de los medios.

Crutch siguió a los coches patrulla. Cruzaron el distrito comercial y llegaron a la zona de aire viciado. El olor a problemas graves se intensificó. Más coches K, helicópteros, polis con perros. Dobló al oeste por Elevado. El tráfico estaba atascado. Vio un gran enjambre de trajes azules frente a la casa del odio.

Aparcó el coche y corrió hacia allí. Esquivó vehículos parados y atajó cruzando patios delanteros. Recorrió a la carrera la calle principal de la vecindad y saltó la valla como un mono. El enjambre de trajes azules se expandió. Ahí están las estatuas y el refugio antiaéreo y el doctor Fred. Va en una camilla empapada de sangre. Tiene balas de escopeta y hueso quemado en vez de cara.

Los azules lo vieron. Reconoció a algunos de ellos.

—¡Crutchfield! —gritó alguien—. ¡Ve a comisaría!

Clyde estaba allí. Phil Irwin, también. También estaba Chick Weiss, el abogado judío de Clyde y Phil.

El vestíbulo del despacho de detectives estaba abarrotado. En el DPBH había un asesinato cada diez años. Habían hecho una batida. La pasma estaba interrogando a los asociados conocidos del doctor Fred.

—Es algo rutinario —dijo Clyde— Han visto mi nombre, el de Phil y el de Crutch en la agenda del doctor Fred.

—Tiene que haber sido una de las exesposas —dijo Chick—. Se había casado siete veces. Yo tramité todos sus divorcios. Y no había nadie en el mundo que fallara más a la hora de pagar la pensión.

—Quien mal anda, mal acaba —dijo Phil—. Yo creo que han sido los militantes negros. Había escrito todos esos panfletos contra los negros de mierda y los negros de mierda fueron a por su culo racista.

Crutch se acordó de Gretchen/Celia. Crutch se acordó de Joan. Crutch se acordó del cesto de la ropa lleno de billetes.

—No creo que hayan sido los militantes —dijo Clyde—, pero sí parece una movida de negros. He hablado con el comandante de guardia. Y cree que se trata de ese grupo de atracadores negratos que actuaron en Brentwood.

—Soy un experto en arte afro —dijo Chick—. Me gusta la escultura caribeña. Lo cual no significa que me gusten los 211 del Código Penal cometidos por negros.

—Quien mal anda, mal acaba —dijo Phil.

Clyde puso los ojos en blanco.

—Como abogado vuestro, os aconsejo que no reveléis trapos sucios. El doctor Fred los tenía en innumerables aspectos. No querréis que os consideren cómplices.

—Donald Crutchfield —zumbó el intercomunicador—. A la oficina del capitán, por favor.

Crutch caminó hasta allí. La puerta estaba entornada. Entró. Dwight Holly lo esperaba allí de pie.

—Hola, cretino —le dijo.

Crutch cerró la puerta. Confluencia, la palabra de Clyde. Lo que importa es a quién conoces, a quién se la chupas y cómo estáis todos vinculados.

—La gente no deja de llamarme así y yo sigo tratando de demostrar que no lo soy.

—Es por la pajarita con la camisa de polo. Resulta difícil ver cuál es tu personalidad auténtica, dinámica.

Crutch se apoyó en la puerta. El pecho le palpitaba. Le subía bilis a la boca. Sintió que se ponía verde. Dwight Holly le lanzó una pastilla contra la acidez. La cogió en el aire y se la comió. Dwight Holly le guiñó un ojo.

—Wayne me ha explicado el callejón sin salida que has creado. Yo dije: «matémoslo de todos modos», pero las mentes blandas prevalecieron. Si quieres buscar a esa mujer que robó a Farlan Brown, estupendo. Si obedeces las órdenes, vivirás. Si las desobedeces, *c'est la guerre*.

Crutch cerró los ojos y vio al doctor Fred sin cara. Munición triple cero. proyectiles para abatir caza mayor. Notó sabor de sangre en la boca. Se había

mordido las encías hasta partírselas.

—El señor Hoover quiere que este homicidio sea convenientemente minimizado. Unos negros de mierda entraron a robar y el asunto se les fue de las manos. El doctor Fred era informante del Buró, vendedor de propaganda racista, toxicómano y un perseguidor de chochos compulsivo. Su estilo de vida era arriesgado y el mundo no lamentará su pérdida. ¿Empiezas a entender tu papel en esto?

—Tenía un refugio antiaéreo. —Crutch abrió los ojos—. Y había un gran cesto de la ropa lleno de...

—El refugio fue saqueado y el dinero ha desaparecido. Unos negros de mierda entraron a robar y el asunto se les fue de las manos. Gastarán el dinero en droga, Cadillacs y abrigos de armiño para sus zorras, y seguirán robando hasta que unos polis blancos les disparen y los maten. Bien, ¿empiezas a entender tu...?

—No le diga nada a la poli de Beverly Hills sobre Gretchen Farr. No mencione a Drácula ni a Farlan Brown. Mienta, disimule, prevarique. No hable de su relación con Wayne, Freddy O., Mesplède o cualquier otro matón cretino con quien trate. No avergüence al mariquita de su jefe, el señor Hoover.

—Ahí me ha parecido detectar un cerebro.

Crutch tragó un poco de sangre. Dwight Holly le lanzó otra pastilla de menta. El lanzamiento quedó corto y cayó al suelo.

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre la pajarita y el corte de pelo?

—Seguro.

—¿Estás indecentemente enamorado del sargento Robert S. Bennett?

—Que lo jodan —replicó Crutch.

Dwight Holly aulló de risa.

(Las Vegas, 15/9/68)

Fichas, gráficos, listas. Su *suite* era una laboratorio de química/un almacén de papel.

Deudores de préstamos anotados en el libro del Fondo de los Camioneros. Fallidos y morosos. Fichas de las transacciones y hojas de crédito. Fichas con la proyección de la deuda y estudios de análisis de los costes.

Wayne leyó fichas y anotó cifras. Trabajaba con un bloc de notas y tres lápices diferentes. Le dolía la espalda de tenerla doblada y los dedos de tanto escribir. Le dolían los ojos de leer fichas y revisar columnas de cifras.

Apropiémonos de la cadena de hamburgueserías Steve de Akron, Ohio. Compremos un espacio en el centro comercial de Leawood, Kansas. Apropiémonos de la cadena Pizza Hit y blanqueemos a través de ella las astillas de los casinos. Anexionémonos tres clubes de mala vida en L.A. Sur, El Escorpión, El Patio del Sultán Sam y un antro de tortilleras llamado El Bollo de Betty. Hagámonos con el Banco Popular de Los Ángeles Sur por su potencial blanqueador. Usurpemos la compañía de taxis Black Cat. Es un negocio que mueve pasta en efectivo, está cerca del Banco Popular, cerca de la frontera y de nuestros casinos en el extranjero.

Wayne dejó el lápiz. Estaba exhausto. Había dejado la droga que lo había mantenido en Las Vegas Oeste y en la Grapevine. Había superado los ataques de sollozos por Janice. Empezaba a estar de nuevo en forma. Y se estaba volviendo insensible porque...

Estaba trabajando.

Mediaba y confabulaba. Trabajaba para Carlos Marcello y para y en contra de Howard Hughes. La compra compulsiva de hoteles por parte de Drac había quedado interrumpida debido a un edicto del departamento de Justicia. Dick el Tramposo, si ganaba las elecciones, lo arreglaría. Su división de juego sucio prestaría apoyo.

Se había encargado de asignar los destinos. Jean-Philippe Mesplède había ido a reconocer los países donde instalarían los casinos. Mesplède era una de cal y otra de arena *grande plus*. Era incansable y competente y propenso a meteduras de pata sentimentales.

Había perdonado la vida al gilipollas del chico. Los dispositivos de seguridad del chico eran sensatos por los pelos. Los pelos eran líneas tenues. Hizo proyecciones de lo que duraría el chico con vida: aproximadamente seis meses.

El chico era un imán que atraía mierda. Lo mismo que él. Lo mismo que Dwight Holly.

Dwight lo había llamado el día anterior. La noticia: el homicidio de Fred Hiltz. El señor Hoover quería enterrar el caso. Aquello estaba bien: Drac y Farlan Brown

podían recibir publicidad colateral. Le había contado su historia con Don Crutchfield. Dwight había preguntado: «¿Lo mato?». «Todavía no», había contestado Wayne.

Bostezó y cogió «el expediente». Tenía cuatro páginas. Dwight había movido unos hilos y se lo había conseguido.

DPLV-Oficina del Sheriff del condado de Clark: Personas Desaparecidas, caso núm. 38992. Reginald James Hazzard/varón negro/FDN 17/10/44.

Breve y sombrío. Puro formulismo. Los chicos de color desaparecidos no contaban para nada.

Reginald Hazzard se había graduado en el instituto con matrícula de honor. Asistió a clases en la universidad, trabajó lavando coches y no se metió en líos. La pasma entrevistó a unos cuantos vecinos, no se enteró de nada, caso cerrado.

La carpeta estaba intacta. El papel olía a nuevo. Era un documento que nadie había consultado y por el que nadie se había lamentado.

Llamó a Mary Beth tres veces. Ella no respondió. Llamó a intervalos de un día y dejó que el teléfono sonara veinte veces.

Guardó el expediente. Dudó. Marcó el número otra vez. Cuatro señales y un «hola» casi brusco.

Soy Wayne Tedrow, señora Hazzard.

—Me alegra tener noticias tuyas —casi rio ella—, pero no puedo ir que esté sorprendida.

—¿Tomamos un café?

—De acuerdo, pero yo lo llevaré.

—¿Dónde?

—En la primera área de descanso de la I-15. No deben verme con usted.

El entonces y el ahora se confundían. Aquel área de descanso y el área de descanso cerca de Dallas. Entonces, dunas de arena y arbustos. Ahora, polvo del desierto. Wendell D. con ropa de macarra. Los aseos eran similares y se confundían sin solución de continuidad.

Wayne se detuvo. Mary Beth estaba sentada en un Valiant del 62. Era mediodía y el área de descanso estaba concurrida. Mary Beth había aparcado lejos de los otros coches. Wayne montó en el de Mary Beth. Ella sonrió y dio unas palmadas al volante. Sonó el claxon. Wayne se golpeó las rodillas en el salpicadero.

—No somos fugitivos, ¿sabe?

—Podría alegar eso.

Ella le tendió una taza de cartón con una servilleta. Perdía líquido por el fondo.

—Me he olvidado de pedir azúcar y crema.

—Me lo tomaré de cualquier manera.

—¿Siempre se acomoda tan bien a las circunstancias?

—No, suelo ser bastante dogmático.

—Lo sé —sonrió Mary Beth—. Ayer vi a Buddy Fritsch en Freemont Street. Llevaba una tablilla en la nariz.

Wayne sostuvo la taza con las dos manos. El café estaba demasiado caliente. Lo sorbió despacio. Tenía que ocuparse en algo.

—Mis amigos piensan que está loco.

—Y usted, ¿qué les dice?

—Que los hombres que quieren algo de una, normalmente le dan algo o le demuestran algo, lo cual equivale a decir las cosas claras. Digo, «el señor Tedrow tiene algo que decirme, y no encuentra las palabras, pero seguro que conoce un gesto».

Wayne dejó la taza en el salpicadero. Se balanceó y se quedó quieta. Se volvió hacia Mary Beth y entrelazó las manos alrededor de la rodilla.

—Hábleme de su hijo.

—Me hizo desear haber tenido dos o tres hijos más, lo cual, viniendo de una persona ocupada como yo, dice bastante.

—Eso describe sus sentimientos por él. Yo le preguntaba por su valoración del joven.

—Leía mucho y era aficionado a la química. Sus fiestas consistían en comprarse libros y material de laboratorio. Intentaba comprender el mundo con su mente, lo cual yo respetaba.

Un coche se detuvo junto a ellos. Una pareja blanca los miró boquiabierta.

—¿Y la investigación policial?

—Lo que cabía esperar. Se abrió y se cerró en medio año, por lo que Cedric y yo contratamos a un detective privado. Se llama Morty Sidwell y creo que hizo un buen trabajo. Comprobó los registros de fallecimientos y de ingresos hospitalarios en todo el país y acabó convencido de que Reginald estaba vivo. Al cabo de poco, nos quedamos sin dinero y tuvimos que abandonar la investigación.

Los blancos seguían mirando. Wayne los miró a ellos.

—Dejémoslo —dijo Mary Beth—. No creo que pueda aceptar otro gesto de usted.

Wayne echó el asiento hacia atrás. De ese modo tenía más espacio para las piernas. Mary Beth dejó la taza en el salpicadero.

—El presidente Kennedy fue asesinado pocas semanas antes de la desaparición de Reginald. Lo impresionó mucho.

Los blancos arrancaron y se marcharon. El tipo embragó dos veces y levantó gravilla hacia ellos.

—¿Recuerda dónde pasó ese fin de semana?

—En Dallas.

—¿Por qué?

—Trataba de encontrar a Wendell Durfee.

—¿Y?

—Y lo encontré y lo dejé marchar.

Llegaron más coches. El lugar se volvió claustrofóbico. Wayne se agito y rompió a sudar. Mary Beth le puso la mano en la rodilla.

**DOCUMENTO ANEXO:** 16/9/68. Expediente resumido de «PERSONAS SUBVERSIVAS». Encabezamiento: «Cronología/Datos conocidos/Observaciones/Cómplices conocidos/Pertenencia a organizaciones». Sujeto: KLEIN, JOAN ROSEN/Numerosos alias desconocidos/Mujer, raza blanca/FDN: 31/10/26, ciudad de Nueva York. Compilado: 14/3/67.

1. Resumen: la SUJETO JOAN ROSEN KLEIN debe ser considerada una figura sediciosa y antiamericana con importantes contactos, desde hace veinte años, con peligrosas organizaciones radicales de un amplio espectro ideológico de izquierdas. Ha sido «dinamizadora cultural», ha planificado «marchas de protesta» para numerosas causas subversivas, ha sido profesora en las dudosas «Escuelas de la Libertad» que abrazan la línea doctrinal del Partido Comunista, y, más pertinentemente, es una fuerte aliada de grupos de la izquierda radical que han abogado por el derrocamiento violento de los Estados Unidos, como por ejemplo, el PARTIDO SOCIALISTA OBRERO, los ESTUDIANTES POR UNA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA y el MOVIMIENTO DE ACCIÓN REVOLUCIONARIA. Estas organizaciones han expresado su solidaridad con las violentas organizaciones nacionalistas negras como los PANTERAS NEGRAS y los ESCLAVOS UNIDOS (EE.UU.), calificadas de riesgos a la seguridad de nivel 4. La SUJETO JOAN ROSEN KLEIN es también sospechosa (sin pruebas) de haber participado en atracos a mano armada en Los Ángeles en 1951 y 1953/no hay más información disponible, y en dos atracos a mano armada en Ohio y en Nueva York en 1954/no hay más información disponible.

El abuelo de la SUJETO JOAN ROSEN KLEIN, ISIDORE HERSCHEL KLEIN (1874-1937), fue un rico comerciante de esmeraldas y un izquierdista polémico que donó grandes sumas de dinero a grupos anarquistas, grupos obreros radicales y causas comunistas. Su hijo JOSEPH LEON KLEIN (1902-1940) fue un radical fanático confirmado, lo mismo que su esposa HELEN HERSHFIELD ROSEN KLEIN (1904-1940). La muerte de ambos en 1940 dejó huérfana a la SUJETO JOAN ROSEN KLEIN. Reapareció durante los años de la guerra y fue detenida por violaciones de la Ley de Sedición y Extranjería, y por desórdenes públicos en manifestaciones comunistas de protesta y fue sometida a vigilancia fotográfica en reuniones del PARTIDO COMUNISTA DE ESTADOS UNIDOS, el PARTIDO SOCIALISTA DEL TRABAJO, el SINDICATO DE ESTUDIANTES POR LA PAZ, la LIGA POR LA DEMOCRACIA INDUSTRIAL, la LIGA DE LA UNIDAD SINDICAL y en varias manifestaciones de apoyo a Paul Robeson, simpatizante comunista exiliado. Se rumorea que es la autora de la propaganda antiamericana más virulenta que distribuyen las organizaciones arriba mencionadas.

2. La SUJETO JOAN ROSEN KLEIN se considera profesora itinerante y recientemente (1962) dio clases en la «Escuela de la Libertad», una institución financiada por los radicales adherida a la Universidad del Sur de California, donde al parecer enseñó física y química a alumnos negros. Se relaciona de manera muy encubierta y se escribe con profesores universitarios izquierdistas que hacen las veces de intermediarios para facilitarle reuniones con otros subversivos afines que se mueven en el ámbito clandestino comunista/socialista/radical. La SUJETO JOAN ROSEN KLEIN viaja con frecuencia al extranjero (posiblemente con pasaportes falsos), presuntamente ha estado en la Cuba comunista (violando la ley que prohíbe los viajes a la isla), al parecer tiene vínculos con el Movimiento Catorce de Junio de inspiración comunista de la República Dominicana y ha escrito artículos antiamericanos y antidominicanos denunciando los presuntos malos tratos que reciben los campesinos haitianos por parte de los «intereses fascistas apoyados por Estados Unidos confabulados con los déspotas dominicanos en una guerra genocida contra Haití». Al parecer, una mujer dominicana conocida sólo por su nombre de pila, «Celia», es coautora de dichos artículos.

3. Se sabe que la SUJETO JOAN ROSEN KLEIN ha viajado por todo el Estados Unidos continental y que a menudo se ha desplazado en avión (con el billete pagado por ricos compañeros de viaje) a puntos calientes de insurrección a fin de reunirse con líderes radicales y aconsejarlos sobre la mejor manera de lograr sus objetivos. Su subespecialidad consiste en reclutar a universitarios ingenuos que asisten a sus clases de la «Escuela de la Libertad» y se dice que ha incitado a muchos jóvenes a abandonar los estudios y a «adoptar identidades clandestinas». El registro de reuniones subversivas y el de vigilancia fotográfica destacan la asistencia de la SUJETO JOAN ROSEN KLEIN a las reuniones previas a la manifestación contra el juramento de lealtad que tuvo lugar en Los Ángeles el 30/8/50; a las manifestaciones por la libertad de los Rosenberg en Nueva York, 6/52; a las manifestaciones del Partido Progresista Independiente en Boston 11/51. La SUJETO JOAN ROSEN KLEIN también fue vista en manifestaciones apoyadas por los comunistas a favor de la Petición de Paz de Estocolmo en 14 ciudades de Estados Unidos en 1950.

4. Más recientemente, la SUJETO JOAN ROSEN KLEIN ha forjado «pactos de paz» entre facciones izquierdistas enfrentadas y grupos (principalmente blancos) aliados con los grupos de militantes negros. Al parecer, escribió un panfleto de 200 páginas con consejos a la ALIANZA SOCIALISTA DE LOS JÓVENES en su «Lucha violenta de los trabajadores para derrocar el estado de Indiana». En 1966, la SUJETO JOAN ROSEN KLEIN trabajó como pinchadiscos en una emisora izquierdista, Radio-Free Dixie y recientemente se la vio (mediante vigilancia fotográfica) con miembros del violento grupo radical The Weather Underground. Cuatro números de su boletín «El



parte del tiempo», de marcada influencia comunista, llevan su firma. Se rumorea además que la SUJETO JOAN ROSEN KLEIN posee Y financia «pisos francos», es decir, escondites para radicales violentos huidos de la justicia.

5. Cómplices conocidos:

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

6. La SUJETO JOAN ROSEN KLEIN (ahora en paradero desconocido) debe considerarse un riesgo a la seguridad de nivel 4 y hay que emitir alertas a todas las ciudades para que se le intercepte con frecuencia el correo, sea sometida a vigilancia fotográfica y se la detenga por períodos de cuarenta y ocho horas. (Seguirán actualizaciones periódicas según vaya reuniéndose más información). Envío núm. 1499684/ Central de Expedientes/Washington D.C. Agente especial Holly: por favor devuélvalo a través del correo interno del Buró.

(Los Ángeles, 19/9/68)

Es su pelo.

Las hebras grises. Sin concesiones a sus cuarenta y un años. Sus brazos desnudos para poner de relieve la cicatriz de arma blanca. Aparentaba su edad. Vestía como una mujer madura, evitaba la estética juvenil. La cicatriz ya era suficiente cruz.

Encendieron cigarrillos. Su reservado era amplio y acogedor. El local de Ollie Hammond con el vacío previo a la hora del almuerzo.

—No ha dicho nada del sueldo —dijo Joan Klein.

—Mil dólares al mes. En efectivo. —Dwight bebió café—. Gaste cien a la semana para acercarse a nuestros objetivos. Compre comida para el programa Alimenta a los niños, de modo que los hermanos puedan destinar más dinero a armas y drogas.

—Y, aparte de eso, ¿mis deberes cuáles son?

—Informe de todo, sea discreta, no pase información que sólo pueda proceder de usted. Proteja su estatus de informante. Avíseme con antelación de cualquier posible acción violenta y de cualquier conversación específica sobre acciones contra los cuerpos policiales.

—¿Además de las consignas habituales de «Muerte a la pasma»?

—Si se trata de un pasma concreto, dígamelo. Las chorradas nebulosas, pasma blanco de mierda, me cago en tu madre, de todo eso puedo prescindir.

Son sus gafas.

La montura negra, lo sueltas que le quedan, las marcas en el puente de la nariz.

—¿Conoce a Karen Sifakis? —preguntó Dwight.

—He oído hablar de una mujer llamada «Karen, la fabricante de bombas». Conoce a gente que conoce a gente que me conoce a mí. Usted lo sabe todo sobre enlaces y buzones clandestinos.

Ardor de estómago. Dwight se zampó dos pastillas de menta. Un camarero persistente revoloteaba alrededor de la mesa. Dwight lo ahuyentó con una mirada.

—He leído su expediente.

—Ya me imaginaba que lo haría.

—Está desfasado y lleno de inconsistencias. No sé si es usted una pacifista de hija de rojos o una atracadora fracasada.

—Suponga las dos cosas y habrá menos sorpresas. —Joan hizo anillos de humo.

—No hay procesos judiciales, cuatro arrestos por sospecha, no hay números de caso que indiquen dispos...

—Cuatro robos en ciudades donde había huelgas obreras. Redadas al azar de

violadores de la ley Smith contra los enemigos del Estado, nombres en hojas de Alerta Roja, la pasma que sale a divertirse.

—¿Delató a alguno de sus camaradas? —Dwight sirvió más café en las dos tazas.

—No.

—¿Cuánto tiempo estuvo detenida?

—Fue distinto en cada ocasión.

—¿Recibió amenazas físicas?

—Un poli de Dayton, Ohio, me golpeó con una guía telefónica.

—¿Cuál fue su reacción?

—Un comentario imprudente sobre su madre.

—¿Y luego? —se rio Dwight.

—Me metieron en una celda con unas marimachos. Una de las chicas era bonita. Los besos me encantaron, pero iba demasiado deprisa para mi gusto.

Hablaba con precisión. Nueva York acechaba en sus entrañas. Cambiaba las inflexiones de la voz. El rasgo típico de un hábil disimulador.

—No he rechazado nunca a una tortillera amorosa en un depósito de detenidos —dijo Dwight.

—La pinché con un tenedor —dijo Joan—. Las puntas le atravesaron la mejilla y se le alojaron en el paladar superior.

Dwight contuvo una sonrisa. Joan bebió café. Tenía la cara macilenta de haber estado toda la noche despierta.

—¿Cómo nos comunicaremos?

—De momento, con llamadas telefónicas. Los martes a las diez. El teléfono público de Silver Lake con Effie.

—Tengo teléfo...

—No me venga con dobleces, señorita Klein. No quiero saber dónde vive y, cuando la necesite, la encontraré.

—¿Me garantiza que no me detendrán en ninguna redada fortuita ni me someterán a vigilancia fotográfica?

—No. —Dwight sacudió la cabeza—. Si pido ese favor, los otros agentes de L.A. sabrán que trabaja para mí. Ya he marcado su expediente con un incidente falso. La semana pasada estuvo montando alboroto con unos militantes cabrones en la UC Davis.

Ella no sonrió. Él quería que lo hiciera. Las sonrisas compensaban su dureza.

—¿Puedo decirle lo que no haré?

—La escucho.

—No informaré sobre jóvenes que se apuntan para correrse una fiesta y que se van cuando las cosas se ponen feas.

—¿Cree que se pondrán feas?

—Sí. ¿Usted no?

—No tanto como usted tal vez desee —dijo Dwight—. No auguro una revolución

armada en Estados Unidos y no veo a los zumbados de la calle, es decir, la ATN y el FLMM, como la vanguardia de otra cosa que no sean unas cuantas peleas a puñetazos y provocaciones a macarras.

Joan sonrió. Su dureza se compensó por completo.

—Entonces, ¿por qué se toma tantas molestias para desarticularlos?

—Porque están guiados por un designio criminal, porque no soporto el desorden, porque el señor Hoover me ha dicho que lo haga.

—Porque sus payasadas desacreditarán al movimiento negro en general. Porque los grupos más conocidos representan una amenaza mayor pero se han congraciado con la prensa. Porque la militancia negra ha logrado cierto grado de aceptación entre la ciudadanía y usted quiere que vuelva a las cloacas.

Dwight la miró. Ella sonrió para él. Tenía los dientes manchados de carmín de labios.

—No le he preguntado por qué hace esto.

—¿Por el dinero? ¿Porque la represión al final nunca funciona? Porque conoceré a personas y moldearé sus ideas de una manera que usted podrá valorar y el señor Hoover me estará pagando para que cree una revolución a un nivel indetectable que nunca llegará a ningún expediente con el que pueda regodearse a las tres de la madrugada cuando la leche caliente, las galletas y el Seconal no le funcionen.

—Está muy bien informada —sonrió Dwight.

—Una mujer que fue criada del señor Hoover tiene un hijo en los Panteras. Es un dibujante fantástico. Hizo cuatro viñetas del señor Hoover a la hora de acostarse. Mira fotos de vigilancia de jóvenes negros bien aceitados tomando el sol, y la criada tiene que llamar a la puerta antes de llegar con sus golosinas.

Dwight se dio unas palmadas en las rodillas. Golpeó la mesa con los codos y volcó un vaso. Un camarero se presentó a la carrera y secó la mancha.

—No ha sido tan divertido —dijo Joan.

—Discrepo —dijo él.

—Está siendo muy indiscreto.

—El señor Hoover y yo compartimos una historia. A veces, el humor ayuda.

—Hábleme de ella —dijo Joan.

Dwight sacudió la cabeza.

—Hábleme de esa cicatriz que tiene en el brazo y dígame por qué está tan orgullosa de ella.

Joan sacudió la cabeza.

—Estoy trabajando en una nueva versión —dijo—. Algo sutil y de inspiración racista. Algo que a la ATN y el FLMM les encantará. —Podría decirme la verdad.

—Las ficciones utilitarias son más de mi estilo.

Se le revolvió el estómago. Dwight tomó dos pastillas de menta con el café.

—¿Quién tachó partes de su expediente? Sus «cómplices conocidos» no pueden leerse, por lo que debe de haber informado por vía federal.

—He informado, sí. —Joan encendió un cigarrillo—. No he informado nunca por vía federal, por lo que ahí debía de haber unos nombres que otro operador federal quiso que se borrarán.

—No compro —dijo Dwight.

—Lo que usted compre no me importa, señor Holly. Los dos estamos aquí para comprar y vender y estoy segura de que crearemos represión y revolución de una manera jodida pero, en cierto modo, complementaria.

Era su olor. Sudaba. El aroma del jabón había desaparecido. Tenía las axilas mojadas.

—Tengo preguntas muy específicas, señorita Klein.

—De acuerdo.

—¿Cómo se aproximará a la ATN y el FLMM?

—Tengo un piso franco. Ya he quedado con la ATN para que escondan armas en él.

—¿Y no me dirá la dirección?

—No.

—Aquí tiene su primera prueba —dijo Dwight—. Coja las armas, dispárelas en una pantalla acústica y tráigame los casquillos gastados. Luego, vuelva a dejar las armas en su sitio y yo utilizo los casquillos gastados para hacer comparaciones.

—No —dijo Joan.

—Entonces, no hay trato —dijo Dwight—. Entonces, cursaré una orden de detención contra usted en los cincuenta estados.

Ella agarró el borde de la mesa. Sus dedos palpitaban y tembló toda la mesa.

—No revelaré la dirección de la casa, pero le daré los casquillos.

—¿Y cómo sabré que son los correctos?

—¿Porque confía en mí? —sonrió Joan.

Dwight dejó un bloque de cocaína envuelto en plástico encima de la mesa. Por un pequeño orificio salía polvo.

—Haga felices a unos cuantos negros de mierda rojillos tanto como usted me ha hecho feliz a mí.

—No la he visto nunca —dijo Karen—, pero me han hablado de la cicatriz.

Estaban en la cama. Karen estaba cada vez más voluminosa. Dwight le puso una mano en la tripa. Eleanora pateó dos veces.

—Cuéntame.

—Fue en los disturbios que hubo en el concierto de Paul Robeson en Poughkeepsie. Creo que fue en el 48. Joan se lio con unos legionarios.

Dwight puso en marcha el ventilador del escritorio. El aire de la habitación se removió y siguió siendo caliente.

—He visto una noticia sobre el doctor Hiltz —dijo Karen—. Recuerda que me

dijiste que lo conocías.

—El Buró ha usurpado la investigación.

—¿Por qué?

—Hiltz era un informante a sueldo.

—¿Como yo?

—Menos efectivo, más inestable y caprichoso y menos astuto, políticamente hablando.

—Es una de las cosas más dulces que me has dicho nunca —sonrió Karen.

—Entonces, seguro que me amas.

—Bueno, lo pensaré.

Se volvieron el uno hacia el otro y se abrazaron. Dwight se durmió con aquel olor, aquella sonrisa dura y aquel cabello gris.

(Minneapolis, 22/9/68)

¡HHH en el 68! ¡HHH en el 68! ¡HHH en el 68!

Minneapolis y St. Paul, las ciudades gemelas, eran territorio de Hubert. Tipos con pinta escandinava atestaban el aparcamiento del Berglund Bazaar. Cuatrocientos campesinos. Una buena cifra a mediodía.

Cincuenta *hippies* montaban alboroto. Eran los que Clyde Duber había reclutado. Llevaban pancartas con imágenes de horror. Quédate con eso: orientales ardiendo, niños napalmeados y reactores americanos con estelas de inmundicia.

Gritos y vítores. ¡HHH! y palabrería *hippie*. Palomas de la paz y chicos orientales con pelos de colores llameantes.

Crutch y el franchute vigilaban. Habían fichado a los mendas manifestantes de la lista de izquierdistas de Clyde. Les habían pagado con marihuana y billetes de diez dólares. La noche anterior habían dado una fiesta. El franchute había invitado a *pizza*, cerveza y hierba. Crutch había sido el director artístico. Había cortado fotos de fascistas promiscuos de unas revistas.

La manifestación continuaba. Los gritos se aceleraban: ¡HHH! ¡HHH!

Los vigilantes de seguridad abrían camino hacia el estrado de la orquesta. Humphrey y unos políticos gordos andaban entre ellos. Crutch se rio. El franchute sonrió. Quédate con eso: hemos bebido THC en el café del desayuno.

Humphrey subió las escaleras a la carga y se enganchó el pie en la tarima. Un vigilante de seguridad lo rescató. El vicepresidente recuperó el equilibrio. Tenía ojos de colocado. Llevaba la bragueta abierta. Se le veían los calzoncillos. Sonaron risas. Hubert se dirigió a la multitud. Arrastraba las palabras. Dijo algo así como «Mis compatriotas abisinios».

Tenían una *suite* de dos dormitorios en St. Paul con los gastos pagados por Howard Hughes. Había servicio de habitaciones las veinticuatro horas del día. Comían chuletones, setas rellenas y helados de licor de menta. El franchute servía Pernod y galletas con THC. Siempre se colocaban y hablaban de CUBA.

Mesplède era un disco rayado. Sí, pero el disco seguía girando.

LBJ, Nixon. Hubert, unos sentimentales amariconados. Heroína. La vendemos, compramos armas, deponemos a Fidel. En Vietnam, funcionó. Las traiciones habían hundido al Kuadro del Tiger. Ahora tenían un personal más unido. El franchute haría el reconocimiento del terreno para los casinos a las órdenes de Wayne Tedrow. Daría con el país derechista adecuado. Los nuevos locales estarían cerca de Cuba.

Venderemos H. Engancharemos a los isleños. Con el dinero, compraremos armas y haremos incursiones en lanchas rápidas. Invadiremos la costa y mataremos rojos.

—Quiero participar —dijo Crutch.

—Te lo garantizo, amigo mío —dijo el franchute.

Crutch señaló la pajarita.

—Una vez que hayamos decidido el lugar donde ubicaremos los casinos, esos números aumentarán.

Crutch dio un trago al Pernod. Su visión periférica se volvió borrosa. El franchute le enseñó su cuchillo de cortar cueros cabelludos. Lo había hecho con treinta y un cabrones castristas.

Alojamientos de viaje. Decoraba las paredes de las habitaciones para estancias de dos noches. Guardaba la foto de Joan Klein en la cartera. Pegaba un gran mapa de Cuba y lanzaba dardos a los destacamentos de la milicia.

Crutch lanzaba y fallaba, lanzaba y acertaba. Alrededor del mapa, la pared estaba agujereada y escantillada. Había memorizado casi todos los nombres de los pueblos y todas las carreteras que llevaban a La Habana. Anotación: compra un cuchillo de cortar cueros cabelludos como el del franchute.

Crutch miró las fotos de Joan. El pedo de Pernod/galletas de marihuana le hacía ver cosas nuevas. Había hablado con Clyde. La opinión de Clyde: el homicidio del doctor Fred no tenía nada que ver con la movida de Gretchen Farr. Los federales habían usurpado la investigación. La dirigía Jack Leahy. La opinión de Jack: había sido esa puñetera banda de atracadores negros. Habían asaltado aquella casa de Brentwood y, a continuación, la del doctor.

Crutch sintió pinchazos de pánico. Dwight Holly le había preguntado: «¿Hay algo que no me cuentas?». Crutch había mentido y había dicho, «no». Nadie sabe nada de la casa de los horrores. Nadie sabe que Gretchen Farr es Celia Reyes ni sobre la existencia de Joan Klein. Le había dado a Buzz Duber una pista para que la siguiera. La revelación de Farlan Brown sobre los trajes de azafata. Buzz estaba siguiendo ahora esa pista en L.A. Recorría oficinas de líneas aéreas con el dibujo de Crutch.

Pernod y THC. Las paredes de la habitación pasaban del melocotón al magenta. Seguía sin pistas sobre el tatuaje de la muerta. Seguía sin pistas sobre las marcas de la pared. De camino al aeropuerto, se había colado de nuevo en la oficina de Arnie Moffett. Había saqueado el fichero de casas de alquiler. Al no encontrar nada más sobre Gretchen/Celia o Joan, le había apretado las tuercas de maaala manera a Arnie. Probablemente el mamón se había deshecho de su archivo después de la paliza.

Su trabajo jodiendo la campaña de Hubert ya le había llevado a tres ciudades. Había investigado en los ficheros de Inteligencia y Atracos de los DP locales. Nada. Ninguna mención de Joan Rosen Klein.

Crutch bombardeó la bahía de Cochinos y La Habana a base de dardos. Su



extraño colque lo puso brumoso y entumecido. Pegó las fotos de Joan encima de la cama. Los colores de la pared cambiaron. De magenta a amanecer tropical.

Hoy, otro aparcamiento de grandes almacenes. Los titulares de la noche anterior: «Un exhausto Humphrey comete errores políticos». Este trabajo era aquel trabajo repsicodelizado. El franchute se había enterado de ciertos trapos sucios en Chicago.

La multitud estaba formada por trescientas personas. Eran gordos y rubios de Minnesota. Eran ruidosos. Soltaban soflamas liberales. HHH sobreactuaba en las fotos de las pancartas. Intentaba poner aire de semental. No lo conseguía. Parecía un entrenador pedófilo.

Crutch y el franchute se plantaron al lado del estrado. Se alzaron vítores. ¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Ya viene! Crutch vio a Humphrey acercarse con cuatro lacayos. Cuatro policías los seguían cuatro pasos más atrás. Mesplède levantó tres dedos. Tres Camioneros haciendo horas extra como agitadores le devolvieron la señal.

Abrieron las latas en silencio. Se agacharon en silencio. Vertieron cera líquida en el suelo junto al estrado. El material era de color neutro. Se deslizó y se extendió.

Cuatro pasos, tres, dos, uno...

Humphrey y sus lacayos resbalaron, patinaron y subieron en eslalon las escaleras del estrado. Humphrey bailó el wa-watusi y el frug para mantenerse en pie. La multitud se rio. Dos pasmas cayeron de culo. La gente se rio más. Un pez gordo abrazó a Hubert. La cara de Hubert decía: «¿Qué es esta mierda?». El pez gordo se acercó al micrófono. Más risas acallaron su discurso. Crutch señaló a un tipo junto al estrado. El tipo se cayó y fingió convulsiones. El tipo era contorsionista. Sacudía los brazos y las piernas en ángulo recto. De su boca salía espuma de Alka-Seltzer.

Los seguidores de Hubert gritaron pidiendo ayuda. Paul Paroxismos montó su número. Un tipo le puso una barrita helada de chocolate en la lengua. Unos tipos gritaban «¡que venga un médico!» y «¡hay un hombre en el suelo!». La muchedumbre se dispersó. Hubert se enrabió y trató de expresar compasión. El pez gordo manoseaba el micro del estrado. La reverberación se convirtió en chirrido.

Crutch señaló a tres grupos en medio del gentío. Empezaron tres peleas a puñetazos. La multitud se redispersó. Dos monjas flacuchas pegaban a los folloneros con pancartas del signo de la paz.

Hubert pateó el suelo. Los polis agitaron los brazos al pasar sobre la cera líquida. Parecían cerdos blancos en tiras cómicas de negros de mierda. Hubert hizo la V de victoria con los dedos.

El franchute señaló a una rubia con botas altas y vaqueros ajustados. Crutch le pasó un cartel de Nixon y la animó a subir al estrado. El franchute hizo una seña a tres grupos de hombres. Empezaron a silbar y gritar «¡desnúdate!».

Hubert se quedó paralizado. El pez gordo tomó dedalera a palo seco. Unos polis recién llegados cargaron contra los folloneros. Las monjas pacifistas quedaron

atrapadas. Los polis avanzaron hacia el estrado. La cera líquida los hizo resbalar. La rubia agitó el cartel de Nixon. La multitud enloqueció. Los gritos de «desnúdate» se contagiaron. La rubia se quitó la camisa y el sujetador y se puso a bailar el baño, el pez y el puré de patatas en topless. Crutch puso en marcha un aparato de alta fidelidad que había debajo del estrado. Quédate con eso: Archie Bell and the Drells cantando «The Tighten Up».

Una manada de polis cargó contra la tarima. Mesplède se alejó. Crutch cogió el sujetador desechado y corrió.

De regreso a L.A.

Crutch mató el tiempo en el aeropuerto. El franchute había volado a Miami un rato antes. Junto a la puerta de embarque había un teléfono público. Crutch llamó a Clyde Duber Asociados a cobro revertido.

La secretaria le puso con Buzz. Buzz dijo:

—Tenemos una pista.

—¿Qué dices...?

—El dibujo que hiciste. He averiguado algo. En las aerolíneas PSA, el cuarto sitio que visité. El jefe de personal dijo: «Bingo, ésa es Janet Joyce Sherbourne, y no se llevaba nada bueno entre manos».

—Despacio —dijo Crutch, sacando el bloc de notas—. Cuéntame la historia.

—Es toda una historia, y está relacionada con la República Dominicana. ¿Recuerdas? Gretchen Farr recibió llamadas del consulado de ese país en su servicio de buzón de llamadas.

Buzz conocía esa parte. Buzz no sabía que Gretchen era Celia o que Celia era dominicana...

—Eh, ¿estás ahí?

—Sí, aquí estoy. Vamos, dime.

—Bien, esa tipa, la Sherbourne, era una azafata bilingüe. Volaba sólo en la ruta de L.A. a Santo Domingo, hasta esa guerrita puñetera de 1965, cuando LBJ mandó a los marines. Bien, en una escala en Ciudad de México, detienen a la Sherbourne con una pistola y media docena de pasaportes falsos. Bien, la tipa se escapa de la custodia, nadie sabe cómo, y después desaparece de la faz de la tierra. Bien, y ahora viene la parte mejor, la parte que suena tan perfectamente a Gretchie. Resulta que los datos de la solicitud que llenó para acceder al empleo de azafata eran completamente falsos, que su puñetera dirección era una especie de piso franco de los rojillos y que alguien robó su ficha personal de las oficinas de la PSA.

A Crutch se le cayó el teléfono. Buzz habló con el aire muerto. Las cosas se confundieron. Vio a Joan besando a Gretchen/Celia a cámara lenta.

La biblioteca del centro de la ciudad estaba cerca de su habitación archivo. Los libros eran tan grandes que no se podían robar. La República Dominicana: mapas, fotos, historia.

Recuerda: La R.D. está cerca de Cuba. La mafia está considerando abrir casinos en la R.D.

Crutch cargó libros hasta la mesa. Los indigentes que echaban una cabezada competían por el espacio. Miró las páginas de mapas. Se fijó en la situación. La isla de La Española. La R.D. y Haití en un mismo trozo de tierra. El mar Caribe, cerca de Cuba y de Puerto Rico. Cerca de Jamaica y de las islas Turk y Caicos. La conexión dominicana: todo su puñetero caso llevaba hacia ella.

La R.D tenía frontera al este con Haití. El río Masacre formaba la línea divisoria. Las costas de ambos países estaban llenas de pequeñas calas. Todos los nombres eran hispanos de mierda y franchutes.

Crutch hojeó los resúmenes de los capítulos. El asunto de la raza enseguida le llamó la atención. Los dominicanos eran hispanos de piel clara. Estaban orgullosos de sus raíces españolas. Los dominicanos de piel oscura estaban *déclassé*. Era como en Estados Unidos: ¡Lo blanco manda!

Rafael Trujillo había sido un político de largo recorrido. Había gobernado del 30 al 61. Había aplastado la disidencia, había oprimido a los haitianos y los había masacrado en masa. Era proamericano y anticomunista. Había jodido con muchas mujeres y torturado y reprimido a sus rivales. Un grupo comunista llamado Movimiento Catorce de Junio intentó derrocarlo en 1959. Su «revolución» fracasó. Trujillo se volvió loco y se desvió de la línea. Estaba saqueando el país con demasiado descaro. JFK y la CIA pensaron que podía volverse rojo. La CIA se lo cargó en 1961. Al parecer, el franchute participó. Subió al poder un déspota con menos oropel llamado Juan Bosch. «Elecciones libres» y la consabida cháchara reformista de los asquerosos hispanos. Parecía que Bosch se inclinaba a la izquierda. LBJ envió a los marines y cortaron esa mierda de raíz. Ahora, el déspota era un menda enano llamado Joaquín Balaguer. La R.D. no era otra cosa que golpes de estado, revueltas, tramas, intrigas y matanzas.

Crutch llegó a los capítulos de Haití. ¡Buuuu! ¡Mal yuyu de negros! Negros piojosos que hablaban francés. El dictador era Papa Doc Duvalier. Él y Trujillo eran Godzilla contra Rodan. Más opresión, golpes de estado, revueltas, tramas, intrigas y matanzas. ¡Vudú, oh sí!

Ritos de vudú, rituales de vudú, maldiciones de vudú, oficiantes de vudú. Un licor de vudú y unas hierbas de vudú que volaban la mente. Los negros de Estados Unidos comían pollo frito. Los negros haitianos jodían con los pollos y bebían su sangre caliente.

¡Buuuu!

Crutch pasó páginas. Aquel puñetero vudú era la bomba. Llegó al capítulo de fotos. Negros saltando y brincando con sombreros de plumas de pollo. Buuu, y luego esto...

Esta foto: Este negro de piel clara. Ese extraño tatuaje en el brazo derecho.

Dibujos geométricos. Líneas que se entrecruzan. Como el tatuaje de la muerta de la casa de los horrores.

(Las Vegas, 26/9/68)

Los Chicos llevaban pantalones de golf con calcetines altos de color negro. Llevaban sus zapatos de golf con clavos en espacios cerrados.

Carlos había lanzado la moda. La *suite* de imitación romana era suya. Deambulaba de un lado a otro y marcaba las alfombras. Sam G. tenía unos clavos más romos. El daño que hacía era menor. Santo T. tenía clavos afilados. Los clavos rasgaban las alfombras.

Wayne estaba de pie junto a un caballete tapado. Los Chicos tomaban su Kahlúa de las diez. Carlos hacía girar un palo del cinco. Wayne captó la alusión a Wayne Senior.

—Tenemos que estar en el campo a las 10:40 —dijo Sam.

—Carlos, deja ese palo —dijo Santo—. No despiertes en Wayne recuerdos que quizá lo atormenten.

—No son ésas mis intenciones —replicó Carlos—. Lo único que hago es soltar los huesos del peroné.

—Toma dos copas más —dijo Sam—. Te dejarás el *swing* en el campo de entrenamiento y a mí, mil dólares por hoyo en el bolsillo.

—Vamos, Wayne, deprisa. Siempre parece que tengas una nube negra sobre la cabeza.

—La tiene —dijo Sam—. Por más que admire su mala leche, Wayne es un imán que atrae la mierda.

—Vamos, Wayne. —Carlos hizo girar el palo—. Hemos venido a escuchar.

—Todo va viento en popa. —Wayne se aclaró la garganta—. Nixon va por delante en los sondeos, nuestro pelotón del juego sucio está haciendo un buen trabajo, el señor Hughes está encantado con sus compras de hoteles y espera que el departamento de Justicia del señor Nixon derogue unas cuantas leyes antimonopolio para poder comprar más. Jean-Phillipe Mesplède está preparado para empezar el reconocimiento del terreno en busca de las ubicaciones de los casinos, o sea que en lo que a eso se refiere, estamos a punto de empezar.

—Mi amiga Celia sigue cabildeando por la República Dominicana —dijo Sam—. Es implacable al respecto.

—Sam es implacable al respecto del saqueo de la riqueza de esa isla —dijo Carlos.

—Sam está implacablemente encoñado —dijo Santo—. Es una enfermedad de los que tienen la mente y el cuerpo débiles.

—Esa enfermedad que dices mide veintidós centímetros. —Sam se agarró la

entrepiera.

Wayne destapó el atril. La gráfica tenía columnas cruzadas. En ella constaban las compras de negocios vinculadas a las proyecciones de beneficios.

—Tres cadenas de supermercados, todas en el Medio Oeste, todas propiedad de parientes políticos de gente nuestra y de administradores de los Camioneros. Les compramos la deuda a cinco centavos por dólar y vendemos los solares a los constructores de galerías comerciales. Creo que sacaremos quince millones de beneficio.

Sam aplaudió. Santo aplaudió. Carlos hizo girar su palo de golf.

—El Banco Popular de Los Ángeles Sur —dijo Wayne—. Llevan mucho atraso en la deuda, pero creo que tendríamos que dejar que siguieran operando mientras nos quedamos un porcentaje de beneficios muy aumentado. Primero, es una tapadera para blanquear dinero. Dos, pueden blanquear el nuestro. Tres, Lionel Thornton, el presidente, está compinchado con la mafia de la zona y creo que podemos controlarlo. Cuatro, está cerca de la base de las aerolíneas de Hughes que volarán a nuestros casinos, de forma que podremos llevar el dinero en efectivo hacia allí sin que nadie nos lo impida.

—Me gusta —dijo Carlos.

—Me gusta —dijo Santo—, pero no me gusta que haya negros de mierda implicados.

—Me gusta, pero con una condición —dijo Sam—. Tenemos que mantener a Wayne lejos del banco para que no mate a todos los clientes.

Wayne se ruborizó. Sam y Santo rieron. Carlos hizo girar su palo de golf.

—Dos negocios más en Los Ángeles Sur. —Wayne dio unos golpecitos al atril—. Allí hay juego ilegal del que podríamos controlar como mínimo un cincuenta por ciento, mientras nos hacemos con los dos locales. El primero es un club nocturno llamado El Patio del Sultán Sam, y el otro es un bar de lesbianas llamado El Bollo de Betty.

Sam se rio. Sam se rio mascullando «negros de mierda». Un menda vestido con una túnica sirvió otros tres Kahlúas. Los Chicos bebieron. Carlos atizó al menda de la túnica con el palo de golf. El menda se marchó.

El olor de la priva mareó a Wayne. La camisa se le empapó de sudor.

—Taxis Black Cat, también en Los Ángeles Sur. La compañía de taxis Tiger Kab nos fue muy útil en Miami y en Las Vegas y, el verano pasado, Pete B. vendió la parte de Las Vegas a Milt Chargin. Podemos usarlo como canal de efectivo y para maquillar la contabilidad y blanquear dinero residual. Creo que puedo convencer a Milt para que vaya a Los Ángeles y se haga cargo de la compañía. Además, tengo un amigo en los federales dirigiendo una operación de contrainteligencia en la zona. Tendremos los soplos de Milt, se los pasaremos a mi amigo y con eso nos aseguraremos que tenemos al señor Hoover de nuestra parte.

—Conozco a tu amigo —dijo Sam.

—Dwight Holly, alias el Ejecutor —tembló Santo.

—Un hombre con sus propias credenciales de cazador de negros de mierda. — Carlos bebió Kahlúa.

—Sí, lo cual no quiere decir que esté en la misma liga de Wayne —dijo Sam.

—Nadie está en la liga de Wayne. —Santo bebió Kahlúa.

—Dwight es un blanco —dijo Carlos.

—Lo mismo que Milt Chargin, aunque sea un jodido judío. —Sam bebió Kahlúa.

—Milt es un cómico amateur. —Carlos bebió Kahlúa—. Se codeará con los negratas y se lo pasará de coña.

—Milt me contó un chiste muy bueno —dijo Sam—. ¿En qué se parece un negrata a un árbol de Navidad?

—Dinos en qué, capullo. —Santo bebió Kahlúa.

—En que los dos tienen las bolas de color.

Santo aulló de risa.

—¿Qué pasa, Wayne? ¿Cómo es que no te ríes? —Carlos hizo girar su palo de golf.

Morty Sidwell tenía una oficina en la Segunda con Fremont. Llevaba divorcios, fianzas y buscaba a personas desaparecidas. El DPLV lo consideraba un tipo legal.

Wayne fue hacia allí. Ahora buscaba a Reginald en sus horas libres. Un colega policía había comprobado óbitos en los cincuenta estados. Resultado negativo. Tampoco había sido arrestado.

A Reginald le gustaban los libros. Mary Beth se lo había contado. Wayne peinó todas las bibliotecas de Las Vegas y comprobó los carnés de los usuarios. Bingo. El chico había tomado prestados veintinueve libros en otoño del 63.

Textos de química para especialistas. Libros de teoría política izquierdista. Libros raros sobre hierbas de vudú haitiano.

El despacho de Sidwell estaba encima de un garito de topless. Wayne aparcó detrás y subió por la escalera exterior. El ruido del club era brutal. La vibración del amplificador hacía temblar las paredes. Los golpes de los graves movían las tablas del suelo.

Morty estaba tumbado en el sofá. En la oficina hacía calor. Morty llevaba una manopla de toalla en la frente. Vio a Wayne y dijo «oh, mierda». En las paredes había fotos de Morty y sus amigos. Morty con Dino, Morty con Lawrence Welk, Morty con el difunto JFK.

Wayne se sentó a horcajadas en una silla. Las tablas del respaldo vibraban con la reverberación. Era una canción protesta con un sexy ritmo de baile.

—Los tapones para los oídos no funcionan —Morty se ajustó la manopla—, así que estoy probando un aislante acústico. El dueño del local y yo hemos llegado a un acuerdo. Una vez a la semana hace subir a una de las chicas. Me baña con una esponja y me hace una mamada. Es beneficioso para mi salud.

—Me llamo... —dijo Wayne.

—Sé quién eres. En el 58, tu padre me contrató para que echara de la ciudad a un negro que tocaba los bongos. Tuvo un solo éxito de ventas, «Bongo en el Congo» y nada más. Se follaba a tu madrastra Janice en el motel Golden Gorge.

Wayne se rio.

—De todos modos, recibe mis condolencias —dijo Morty—. Sé que los dos fallecieron este verano.

Wayne cerró los ojos y tomó dos aspirinas. Las tablas de la silla temblaban. Las del suelo saltaban.

—Normalmente, te preguntaría, ¿cómo te van las cosas?, pero contigo sé que las cosas siempre son complicadas. Y eso me inclina a preguntarte, ¿qué quieres?

—Reginald Hazzard. —Wayne abrió los ojos—. Hace casi cinco años. El chico desapareció, los padres te contrataron para que lo buscaras.

—Sí, lo recuerdo —bostezó Morty—. Una gente de color muy agradable, Cedric y Mary Beth. Un negro de mierda llamado Pappy Dawkins se cargó a Cedric. No sabes la alegría que me da que me hables de esto.

—¿Qué ocurrió con la investigación?

—No llegó a ningún sitio y mis clientes se quedaron sin dinero. Hice comprobaciones en óbitos y les dije que, por lo que a mí me parecía, el chico seguía vivo. Y eso es todo.

Tic, tic, tic, su viejo detector de mentiras de policía.

—Hay más —dijo Wayne.

—No —dijo Morty.

—Hay más, tú sabes que hay más, yo lo sé y no me marcharé hasta que me lo cuenten.

Morty se puso la manopla sobre los ojos y levantó tres dedos. Wayne dejó caer tres billetes de cien sobre su pecho. El zumbido del amplificador se aceleró. La foto de JFK se movió.

—Ese chico, Hazzard, se marchó de Las Vegas haciendo dedo. Hablo de las navidades del 63, o en Año Nuevo. Lo detuvieron por vago en un pueblo de mierda de la frontera con California y no me preguntes el nombre porque hay tropecientos mil pueblos de mierda como ése y no me acuerdo, de veras. Y resultó que Reggie llevaba una pistola encima y resultó que la policía lo encerró por vago y tenencia ilícita de armas y le dieron una paliza del carajo. Y resultó que apareció una mujer blanca y le pagó la fianza y Reggie y la blanca escaparon y se escondieron y no se ha vuelto a saber de ellos. La tipa pagó la fianza en efectivo y con una identidad falsa. Y las pistas se perdieron, el caso se enfrió y Cedric y Mary Beth se quedaron sin pasta. Le conté esto a Cedric, pero me pidió que no se lo dijera a Mary Beth «porque eso la mataría».

—Más detalles —dijo Wayne.

Morty levantó dos dedos y Wayne dejó caer dos billetes de cien sobre su pecho.

—Y resultó que es un pequeño Departamento de Policía de blancos paletos. —



Morty se mordió un padraastro—. Y no tienen archivos. Los polis van y vienen y, para sacarse un sobresueldo, explotan a los espaldas mojadas que recogen fruta. Viven para beber alcohol de destilación casera, para pegar a los negros y a los chicanos y cualquier papel que tuvieran del caso, o se ha perdido o se lo han robado. Esos pasmas fueron una triste experiencia para mí y esto es todo lo que sé.

—¿Conseguiste una descripción de esa blanca? —Wayne se puso en pie.

—Sí, eso sí puedo dártelo. Al parecer, tenía la piel muy pálida, no llegaba a los cuarenta años, llevaba gafas y tenía una melena oscura y larga con hebras canosas. Y un poli dijo algo de una cicatriz muy fea en el brazo.

(Los Ángeles, 1/10/68)

El número del negrito.

Marsh Bowen trabajaba. Era el dueño de Vince and Paul. El bar de los polis blancos tenía tufo de HERMANO MAAALO.

Marsh llevaba en ello siete noches. Paría agravios raciales con un aplomo conmovedor. Los polis blancos sabían que él era poli. Por eso estaba allí. Eso no excusaba su conducta de semental del poder negro.

Marsh con la camiseta sin mangas del hombre músculo. Marsh con el modesto afro, Marsh rondando a las chicas blancas, pero todavía no ha dado ningún paso.

Dwight vigilaba.

Era su séptima noche. Se situó cerca de la barra y se hizo pasar por un turista de Des Moines. Ningún pasma lo reconoció. ¿Quién es ese gigantón estúpido? Este sitio tiene que gustarle mucho. Lleva sandalias y camisa hawaiana.

El odio se acumulaba. Dwight lo captó. ¿Quién es ese mandingo de culo de campana? Scotty Bennett aparecía todas las noches. Scotty privaba, Scotty observaba a Marsh, Scotty se mostraba envidioso y pueril. Scotty vigilaba por radar a Marsh y a su novia camarera cada minuto que tenía libre.

Dwight pinchó un buñuelo de queso. Marsh hablaba con dos putas admiradoras de los polis. Les cogía entremeses de sus platos y bebía de sus vasos sin que lo invitaran. A las chicas les encantó.

Dwight vigiló. La *gestalt* de Marsh Bowen se intensificó. Marsh era un creído y un actor. Marsh podía tener dobleces. Había que someterlo a un seguimiento preventivo. El candidato al trabajo: ese chico medio tonto llamado Crutchfield.

Dwight bostezó. Su estómago gruñó. La comida interfería con su impulso mental. Negrolandia ardía a fuego lento. Jack Leahy le pasaba las habladurías. Al DPLA toda aquella mierda de los militantes les pinchaba las gónadas. Los polis fuera de servicio se permitían payasadas propias del Klan. Puestas a punto en comisaría. Panteras abordados e interrogados. Redadas de drogas inventadas, redadas de borrachos inventadas, órdenes de registro inventadas...

Una mujer entró en el bar. Dwight vio hebras canosas y gafas y se tensó. Seguía sucediendo. Estelas de olor, señales luminosas... y nunca es ella.

Marsh se acercó a la novia de Scotty. Se tocó la barbilla, la señal/ahora. Los ojos de Scotty se movían en dos direcciones: de su chica al semental esclavo y vuelta a empezar.

Dwight se puso en pie y se acercó. Marsh se inclinó encima de la novia. Ahí. Le husmea la nuca. Ahí. Le lame la oreja. Ahí: tira del pendiente con sus dientes

demasiado brillantes.

Scotty se acercó por detrás y lo agarró del pelo. Scotty le propinó puñetazos en los riñones con ambas manos. Marsh se dobló hacia delante y se revolvió con el brazo levantado. Pescó a Scotty en movimiento. El golpe lo lanzó contra la barra. Scotty lo pilló por el gaznate y cogió aire. Soltó patadas pero no alcanzó a Marsh. Movié los brazos encima de la barra y agarró un cuchillo de cocina. Marsh se puso delante de él. Marsh le aplastó la nariz con la palma de la mano y voló la sangre. Dwight oyó ruido de huesos que se rompían. Scotty dejó caer el cuchillo, se limpió los ojos y se lanzó a por Marsh. Una docena de polis blancos lo pilló antes.

**DOCUMENTO ANEXO: 16/10/68. Extraído del diario de Marshall E. Bowen.**

Los Ángeles,  
16 de octubre de 1968

Ahora ya he saboreado la sangre de Scotty Bennett. Fue una venganza tardía por la paliza que Scotty me dio en abril de 1966, un año antes de que ingresara en el DPLA. Fui yo quien provoqué la trifulca pasando varios billetes manchados de tinta del atraco y provoqué esta paliza de Scotty y mi paliza subsiguiente por parte de sus compañeros del DPLA siguiendo el guión del agente especial Dwight C. Holly. En las dos ocasiones he adoptado el papel dual de víctima y provocador. Dos acontecimientos, con un intervalo de dos años y medio entre uno y otro. El acontecimiento crucial del atraco con asesinatos, ocurrido hace ya cuatro años y ocho meses. Dos confrontaciones alimentadas por un solo motivo. Quiero resolver anónimamente el caso del atraco con asesinatos y apropiarme del alijo restante de dinero y esmeraldas.

No le he contado nunca a nadie mis intenciones y hasta ahora he ido retrasando el compromiso de escribir un diario. Esperaba el momento fortuito a partir del cual mi investigación resultara factible. Dicho momento ha llegado. Podría haber descrito mis inmersiones en grupos izquierdistas para Clyde Duber, donde aprendí las artes de la simulación que me han llevado hasta este punto, pero me alegro de no haberme dejado llevar por las autoalabanzas. Siempre me ha gustado sentirme un negro infravalorado, y ahora soy un negro famoso en mi territorio y, en cierto modo, excesivamente elogiado y vigilado. Ésta es la aventura que quiero describir y diseccionar al tiempo que la viva; esta confluencia actual de acontecimientos es, sin lugar a dudas, una historia que tengo que contar.

Me pegaron una buena somanta entre doce y dieciséis de mis compañeros del DPLA y estuve cuatro días en el hospital. La nariz rota, las heridas faciales, y las orejas, inclinadas asimétricamente, han acentuado mi atractivo un tanto blando y se han sumado a mi incipiente prestigio como militante negro. Tengo que dar gracias de ello al señor Holly. El señor Holly captó mi carácter travieso y mi disposición a jugar y Yo lo recompensaré con trabajo duro y una actuación muy convincente al tiempo que persigo mis propios objetivos en el marco de esta operación.

Los periódicos, radios y televisiones locales se hicieron eco del horrible altercado entre un policía blanco y un policía negro en «un festivo abrevadero frecuentado por personal del DPLA». El señor Hoover hizo las veces de director de publicidad invisible en este acontecimiento. El DPLA lanzó una investigación interna y, como era de esperar, todos los testigos presenciales mintieron, declarando que yo había acosado sexualmente a la camarera y atacado agresivamente al sargento Robert S. Bennett. Scotty salió con la nariz rota y una semana de «baja por asuntos familiares». A mí me juzgó un tribunal en el que participaron miembros de todos los departamentos, es decir, un juicio bufo. El señor Holly me buscó un abogado negro parlanchín y extravagante que recordaba a Algonquin J. Calhoun, de la comedia de negros Amos'n Andy. El abogado escupió más despropósitos racialmente cargados que el peor predicador negro que haya subido nunca a un púlpito por poder y provecho propio. Me alabó como al «Jesús negro» y vituperó a Scotty Bennett llamándolo el «Judas Iscariote blanco». Como es natural, fui expulsado sumariamente del Departamento de Policía de Los Ángeles. Después, el señor Holly me dijo que el abogado era un ministro secularizado con una prebenda como abogado de oficio en el condado de Visalia. Una espléndida confabulación blanca y negra: jueces y fiscales blancos contratan a este hombre para asegurarse las condenas de clientes negros a los que necesitan meter en chirona.

Entonces me convertí en un oráculo de prejuicios raciales, memorizando los guiones inteligentes y deslumbrantes que el señor Holly escribió para mí, acerbos críticos de racismo institucional y de la mentalidad autoritaria, llenas de indignación, rigor social y furia justificada, todo ello escrito por un poli y abogado blanco con vínculos con el Ku Klux Klan. El señor Holly me leyó los guiones mucho antes de que yo los pronunciara. Yo me quedé asombrado

y casi embozado. El señor Holly es un hombre grande y atractivo y un poderoso orador. Tuve la extraña sensación de que realmente creía las palabras que había escrito mientras las decía.

El señor Holly es un hombre muy difícil de descifrar. Entiende los prejuicios raciales y habitualmente dice «negro de mierda».

Me invitaron a una fiesta de recogida de fondos para el senador Hubert H. Humphrey en una mansión de Beverly Hills. El señor Holly me dijo que asistiera, y así lo hice. Fui el centro de la atención hasta que llegaron unos astros de la pantalla y me eclipsaron. Natalie Wood montó un numerito con mis heridas faciales y, sin que nadie la viera, me pasó su número de teléfono; Harry Belafonte me estrechó la mano; numerosos liberales se lamentaron de los recientes fallecimientos del senador Kennedy y del doctor King. La gente me miraba esperando expresiones de indignación política. Yo no tenía ninguna para darles porque ahora necesito el servicio de creación de guiones del señor Holly a fin de parecer debidamente enrabiado. Pronto seré un converso a la militancia negra hermosamente apóstata porque el hijo de un klanero alimentará mi odio con sus percepciones radicales, lo cual me llevará a maravillarme ante sus orígenes y a maravillarme de él mismo una y otra vez.

El señor Holly me dio ocho de los grandes de los fondos del FBI y me dijo que me desplazara más al sur, al «Congo». Tengo que empezar a frecuentar los «locales de negratas» donde se reúnen mis «hermanos del alma» y ver qué «acción de negros de mierda» puedo incitar.

El señor Holly dice que soy «un imán que atrae la mierda» y creo que sospecha bastante de mí. Ahora me gustaría ceder a «la inclinación», pero no puedo. Quizás el señor Holly haya ordenado seguirme. Tengo que poner riendas a mis placeres personales hasta que me sienta más seguro en mi papel.

Ahora tengo una vida completamente nueva. Mi madre está muerta, mi padre es anciano y vive en Chicago.

No tengo amigos y mi relación con el señor Holly es mutuamente usurera. Ahora tengo un enemigo implacable e impávido en la persona de Scotty Bennett. Estoy seguro de que sé más de Scotty de lo que él sabe de mí. He leído los informes oficiales maquillados sobre los dieciocho atracadores que Scotty ha matado en acto de servicio. Todos eran negros. Todos fueron sumariamente ejecutados por una orden tácita del DPLA según la cual todos los atracadores deben morir. El policía que hay en mí condona esta orden; hay un gran volumen de datos empíricos que afirman que los atracadores armados quitan la vida a gente inocente y han de ser preventivamente eliminados. Lo que hace a Scotty tan especial son los «varones negros» atracadores tan perversamente elegidos. Otros polis duros de atracos están más por la «igualdad de oportunidades» y entre sus muertos hay una mezcla de blancos y mexicanos. Pero nuestro Scotty, no. Oh, no.

El 5 de agosto último, dos oficiales de la división de University intercambiaron disparos con cuatro Panteras Negras. Los agentes sobrevivieron pero los Panteras, no. Al cabo de dos días, el jefe Reddin mandó a Scotty al cuartel general de los Panteras con *pizza*, cervezas y medio kilo de marihuana confiscada. Los Panteras lo recibieron con aprensión y quedaron muy sorprendidos con los regalos. Scotty les dijo que no volvieran a disparar a los policías de Los Ángeles. Si lo hacían de nuevo, las represalias serían instantáneas y brutales. Por cada policía que recibiera un disparo, herido o muerto, el DPLA mataría a seis Panteras.

Luego Scotty se marchó. No aceptó preguntas ni se quedó a tomar un trozo de *pizza* o una cerveza fría.

Mi admiración y mi odio por Scotty Bennett corren en paralelo. Estaba allí el 24 de febrero de 1964. Él no tiene ni idea de que yo también estaba allí.

Yo tenía diecinueve años. Me había graduado en el instituto Dorsey dos años antes y vivía con mis padres en la Ochenta y Cuatro con Budlong. Lo primero que vi fue el cielo. En el aire había extraños prismas de colores y olor a gas. Subí al tejado de casa y vi hileras de coches policiales que se acercaban. El ruido de las sirenas era casi ensordecedor. Vi un furgón blindado que había chocado con el camión de la leche y unas formas negras en el suelo que despedían vapores. Vi a un hombre muy alto con un traje de sarga de lana y una pajarita que se apeaba del coche e inspeccionaba la escena.

Mi padre me hizo bajar del tejado. Tres decenas de policías acordonaron la calle. Los rumores se propagaron por el barrio enseguida: los atracadores muertos eran negros; los atracadores muertos eran blancos; los cadáveres estaban quemados hasta quedar irreconocibles y era imposible identificar su raza. La ausencia de vehículo por parte de los atracadores significaba que al menos uno de ellos había huido.

Dos hombres huyeron. Sé que fue así. Es posible que Scotty Bennett también lo sepa. No puedo demostrar que lo sepa, simplemente lo intuyo.

El DPLA entró en acción con una fuerza brutal. Scotty dirigió redadas indiscriminadas contra los «sospechosos» de la zona desde la comisaría de la calle Setenta y Siete. Los ciudadanos del barrio estaban indignados. Yo estaba indignado. Vagué por las callejas de detrás de mi casa, era un chaval en busca de aventura, codiciando mi proximidad a la historia. Entonces fue cuando vi al segundo hombre.

Estaba escondido detrás de una hilera de cubos de basura. Era joven, tal vez no tenía siquiera veinte años o hacía poco que los había cumplido, y era negro. Tenía la cara quemada por algún producto químico, pero un chaleco antibalas y un vendaje extra de protección bajo la máscara le habían salvado la vida. Lo llevé a un médico anciano del barrio. El tipo estaba

conmocionado y se negó a hablar del atraco. El médico le trató las heridas, le dio morfina y lo dejó descansar. Scotty siguió a toda caña con su investigación. Los «sospechosos» detenidos y puestos en libertad salían magullados y orinando sangre. El médico decidió no entregar al herido. Le había salvado la vida y no quería que el maltrato físico al que lo someterían lo matase.

El hombre se marchó de la casa del médico al cabo de dos días de cuidados y no divulgó nunca su identidad. Le dejó al médico veinte mil dólares en billetes manchados de tinta. El médico los ingresó en el Banco Popular de Los Ángeles Sur y le dijo al director, Lionel Thornton, que lo devolviera a la comunidad en forma de donaciones benéficas, si eso podía hacerse de una manera segura y sin que los receptores corrieran peligro. Thornton encontró la manera de disimular parcialmente las manchas de tinta y los billetes aparecían esporádicamente en Los Ángeles Sur. Scotty Bennett rastreaba ese dinero asiduamente. Detenía e interrogaba, a su manera única y especialmente persistente, a las personas inocentes que pasaban los billetes. El caso siguió sin resolverse. La identidad racial del líder de la banda de atracadores y de los otros miembros de ésta no se ha determinado nunca. Scotty se obsesionó con el caso y yo, también.

El médico murió en el 65. Los billetes manchados siguieron circulando por Los Ángeles Sur. Conseguí un empleo de subalterno en el Banco Popular, no descubrí nada y lo dejé. Scotty Bennett me resultaba fascinante. Quería poner a prueba mi valentía enfrentándome a él para ver si revelaría información en el contexto brutal de un cuarto de interrogatorios. Había mangado un fajo de billetes de veinte manchados y empecé a hacerlos circular. Scotty me encontró cagando leches.

La habitación medía tres metros por tres y las paredes estaban forradas con aislamiento acústico para que los gritos quedaran reducidos a rugidos apagados. Yo reivindicé mi inocencia. Cuando no me pegaba, Scotty estaba genial. Desplegó una guía de teléfonos y una manguera de goma; me aflojó los dientes y me machacó los riñones. Yo seguí afirmando mi inocencia estoicamente. Scotty no reveló información privilegiada del caso. Yo me negué a gritar. Al cabo de dos horas, pude hacer la llamada reglamentaria. Llamé a un amigo; este amigo llamó a su amigo Clyde Duber. Clyde hizo algunas llamadas y consiguió sacarme.

Clyde me apreciaba. Clyde tenía su propia fijación con «el caso». Para él es un pasatiempo, nada más. Para Scotty y para mí, es una búsqueda que consume.

Entré en el mundo de aprendices de investigadores privados de Clyde y empecé a infiltrarme en grupos izquierdistas a cuenta de sus ricos y abundantemente paranoicos clientes de la ultraderecha. Me convertí en un buen actor, un mentiroso, un suplantador, un espía y un chivato. Aprendí a improvisar, a extrapolar, y a trabajar a partir de los burdos guiones de Clyde. No he interpretado nunca un papel tan exigente como el que Dwight Holly ha escrito para mí, y no he tenido nunca un guionista tan brillante como el señor Holly.

Ingresé en el Departamento de Policía de Los Ángeles en 1967. Scotty intentó frenar mi nombramiento y falló. «El caso» sigue sin resolverse. Yo sigo decidido. Estoy convencido de que la respuesta se halla en L.A. Sur. He decidido crear una leyenda persistente del gueto: aquí y allá, tipos negros en apuros reciben por correo una sola esmeralda muy valiosa de un remitente anónimo.

Creo que Scotty sabe más de los acontecimientos del 24/2/64 que el resto del DPLA junto. Creo que quiere el dinero y las esmeraldas para él solo. Creo que la OPERACIÓN HERMANO MAAALO no es más que un regalo del cielo, pese a las draconianas intenciones del señor Hoover. Ahora, tengo la perfecta cobertura para el lado sur. A un militante negro radicalmente reconfigurado la gente le dirá cosas que nunca le diría a un policía. Tengo que ser muy audaz y cauteloso, y dar el esquinazo al señor Holly con la máxima circunspección.

(Los Ángeles, 18/10/68)

Seguimiento y vigilancia.

La vivienda de Marsh Bowen, en la Cincuenta y Cuatro con Denker, en la Negrolandia de ventanas con cortinas de encaje.

Era la noche número seis. Dwight Holly lo había contratado a través de Clyde Duber. Clyde no estaba seguro del motivo del gran Dwight. Quizá Bowen olía a simpatizante comunista o a peligro para la seguridad.

El coche de Bowen estaba aparcado delante. Era un Dodge del 62. Llevaba ruedas amariconadas. Bowen era un creído. Iba a fiestas estúpidas y jugaba a ser el jefe zulú. Bowen la había liado con Scotty Bennett y lo habían expulsado del DPLA. Aquello le había dado prestigio entre los liberales perdedores y entre los judíos del negocio del espectáculo.

Crutch bostezó. Había fichado a medianoche. Ahora eran las 2:06. Reclinó el asiento del coche y miró el friso del salpicadero. Le había copiado la idea a Scotty.

Scotty tenía pegadas las fotos del atraco. Crutch hizo una versión de su propio caso. Ahí está Joan, ahí una playa de ensueño en la R.D., ahí negros haciendo vudú malvado en Haití.

El trabajo de Bowen lo irritaba y lo distraía. Le impedía trabajar en su caso y en el juego sucio que hacía con Mesplède. Bowen tenía experiencia en seguimientos. Era como si notase que un coche lo seguía.

Crutch puso la radio muy baja. Las melodías lo indignaron. Todo era papilla pacifista y naderías de negratas. Lluvia de ideas: pon un transmisor en el coche de Bowen y manipula las luces traseras.

Sacó la caja de herramientas, se agachó y corrió. Sacó un tirabuzón y perforó un orificio en la luz trasera de la izquierda. Instaló un transmisor con una pila de nueve voltios bajo la aleta de la rueda derecha y puso el dial en la frecuencia 3. Corrió de nuevo a su coche y sacó el receptor. Clic. Ahí está el canal 3 y los sonidos de ambiente actuales.

Crutch se reinstaló en el coche y reubicó la cabeza. Con la linterna iluminó la foto de Joan. Ya le había cogido el tranquilo. Sabía cómo conseguir que las hebras grises resplandecieran.

Bowen salió y se metió en el coche. Ave nocturna. Eran las 2:42.

Arrancó. Crutch lo siguió de lejos. El agujero de la luz trasera le indicaba la distancia a la que se encontraba y la dirección.

Condujeron un rato. Crutch lo siguió a una distancia de seis coches. El barrio negro bullía. Bowen circuló despacio ante las casas de comida abiertas toda la noche

y los bares a punto de cerrar. El DPLA se había desplegado a lo grande. Las timbas de dados de las aceras se evaporaron con la llegada de la pasma. Bowen pasó por delante de dos sedes de militantes negros, la ATN y el FLMM. ¿Te dedicas sólo a mirar escaparates? ¿Qué pasa contigo, tío?

Por el canal 3 le llegaba el ruido de la calle. El fragor de madrugada de la jungla de negros. Bowen hizo un giro de ciento ochenta grados y se dirigió al oeste por Slauson y hacia el norte por Crenshaw.

Ahora, es territorio más blanco. Más civilizado. El canal 3 baja de decibelios. Se dirige hacia el oeste por Pico, al norte por Queen Anne Place, justo al lado del parque.

Bowen rozó el bordillo de la acera y tomó el paseo central. Mierda, ahora no hay manera de seguirlo.

Crutch apagó las luces y aparcó. El parque era todo hierba mojada, arbustos y árboles. Vio el agujero de la luz trasera y vio a Bowen circulando despacio.

La luz se apagó. Los sonidos del coche cesaron. Unos grillos cantaron en el canal 3.

Silencio. La puerta del coche de Bowen se abre y se cierra. Ahora está todo oscuro. Ahora es todo audio.

Más silencio. Luego dos voces masculinas. Cremalleras que bajan y ruido de hebillas de cinturón y todos esos gemidos pavorosos.

**DOCUMENTO ANEXO:** 19/10/68. Transcripción literal de una llamada telefónica del FBI. Encabezamiento: «Grabada a instancias del director»/«Clasificada Confidencial 1-A: Estrictamente reservada al Director». Hablan: el director Hoover y el agente especial Dwight C. Holly.

JEH: Buenos días, Dwight.

DH: Buenos días, señor.

JEH: ¿Le apetece que hablemos de la campaña? En los estados clave los sondeos están muy igualados, pero parece que Dick, nuestro chico, va subiendo.

DH: Creo que ganará, señor.

JEH: En 1939, solicitó su ingreso en el Buró. Vi la foto del impreso y pensé, ese joven abogado no apura el afeitado por las mañanas.

DH: Y con ello, señor, usted alteró el devenir de la historia americana.

JEH: Yo altero el devenir de la historia americana todos los días, Dwight.

DH: Absolutamente cierto, señor.

JEH: Póngame al día sobre las jugarretas de nuestro asesino *bonbon* francés, J. P. Mesplède, y de Crutchfield, ese advenedizo alumno de Clyde Duber.

DH: Son efectivos porque molestan, señor. A continuación irán a Miami y estoy seguro de que Mesplède no podrá resistir la tentación de esa isla insignificante que está a noventa millas de la costa.

JEH: ¿Piensa que la causa cubana está completamente moribunda y es existencialmente inútil, Dwight?

DH: Sí, señor, eso es lo que pienso.

JEH: Pues yo, no. Castro lleva en el poder desde 1926 y es un tirano peor que sus predecesores Chiang Kaishek y el cardenal Mindszenty.

DH: ¿Eh? Oh, sí, señor.

JEH: Lo noto vacilante, Dwight. Usted nunca duda durante nuestros vigorizantes intercambios.

DH: Estoy bien, señor.

JEH: Subsiste a base de cigarrillos y café. Debe de haberle adormilado la memoria de los hechos históricamente probados.

DH: Sí, señor.

JEH: ¿Le iría bien otra cura de reposo en Silver Hill? Recuerde la primera. Lo saqué del caso Dillinger en el 34. Usted estaba borracho y había matado a aquellos turistas negros de Indiana.

DH: ¿Eh? Oh, sí, señor.

JEH: ¿Dos veces «eh» en una conversación? Creo que necesita algún tipo de cura de reposo.

DH: Estoy bien, señor.

JEH: Pues pasemos a otra cosa. Póngame al día sobre el caso del doctor Hiltz.

DH: Todo controlado, señor. Jack Leahy está supervisando la investigación del DP de Beverly Hills. Es imposible que nadie moleste al Buró.

JEH: Creo que los atracadores homicidas son un grupo de militantes negros que actuaron en un acceso de violencia asesina. Tal vez sean cómplices de un cártel criminal llamado Archie Bell and the Drells.

DH: No creo que sea así, señor. Archie Bell and the Drells son un grupo musical, y Jack Leahy piensa que...

JEH: Jack Leahy es un agente con dobleces y un sentido del humor sedicioso que me recuerda al famoso heroinómano y comediante de éxito Lenny Bruce. En los cócteles me entero de habladurías, ¿sabe? Cuando me operaron de la vesícula, Jack Leahy le dijo a un agente de Chicago que me habían hecho una histerectomía. Eso fue en 1908, lo recuerdo muy bien.

DH: Yo también, señor.

JEH: Sé que lo recuerda. Por aquel entonces, usted trabajaba en la oficina de Cleveland.

DH: Así es, señor.

JEH: ¿Y la OPERACIÓN HERMANO MAAALO, facilitada sin saberlo por el temible sargento Robert S. Bennett?

DH: Mi informante y mi infiltrado ya están los dos en sus puestos, señor. Estoy seguro de que pronto los abordarán. Mi infiltrado no es totalmente de confianza por lo que puse a Don Crutchfield a seguirlo. Bowen no ha hecho nada irregular, por lo que esta noche ordenaré suspender los seguimientos.

JEH: Ah, el joven Crutchfield. Es el hijo adoptivo de Clyde Duber más insistentemente *voyeur*.

DH: Así es, señor.

JEH: ¿Y Wayne Junior, tan insistentemente homicida y racialmente desafortunado? ¿Cómo le van las cosas?

DH: Mañana lo veré, señor. Yo diría que ha tratado de superar sus percances más recientes y que ha seguido adelante.

JEH: Todos debemos seguir adelante. Al final, la persistencia y la tenacidad nos curan de todos los males.

DH: Sí, señor.

JEH: Que tenga un buen día, Dwight.

DH: Que tenga un buen día, señor.



(Las Vegas, 20/10/68)

Ella no te miraba a la cara y te veía de todos modos. Ella te hacía mirar atrás.

Wayne le contó el encuentro con Morty Sidwell. Remarcó la cárcel en un pueblo de mala muerte de blancos palurdos, la fianza, la mujer de la cicatriz. La acusación por tenencia ilícita de armas. Los libros de Reginald. La troika de su hijo: química, textos izquierdistas y hierbas haitianas de vudú.

Se quedaron en el área de descanso. Estaban en el coche de Wayne porque había más espacio para las piernas. Mary Beth había acudido con emparedados y café. Diluviaba. La lluvia los ocultaba. Nadie les lanzó miradas vulgares.

—¿Y qué hará ahora? —preguntó Mary Beth.

—Seguir adelante. Hacer un historial. Ver qué puedo averiguar sobre esa vida secundaria de su hijo.

—Ha querido decir «vida secreta».

—Sí, así fue.

—¿Porque usted también tiene una?

Wayne sorbió café. La taza le quemaba en las manos. Mary Beth lo había traído caliente como los fuegos del infierno.

—He estado leyendo su expresión. Toda esta historia es nueva para usted.

—Nunca hemos hablado de su ocupación. Habló con Howard Hughes y acabó con la segregación, pero no sé qué hace el resto del tiempo.

Los golpeó una ráfaga de viento. El coche se movió. Mary Beth se agarró al salpicadero.

—Hago de mediador para el señor Hughes y para otros caballeros de intereses similares. Paso gran parte de mi tiempo con agentes de policía y operativos políticos.

—«Vida secreta» es un eufemismo —suspiró Mary Beth—. Aquí veo un mundo secreto.

—No puedo contarle mucho más que eso.

—Trata con personas a las que yo desaprobaba. Dejémoslo ahí.

Wayne jugó con el desempañador. Las manos le temblaban. En el coche hacía demasiado frío o demasiado calor. Mary Beth pulsó la tecla de apagar, posó la mano sobre la de él allí.

—¿El verano pasado?

—Sí.

—Tres de nuestros seres queridos murieron. Al hombre que mató a mi marido lo acusaron póstumamente de haber matado al padre de usted.

Wayne quiso retirar la mano. Mary Beth se la inmovilizó allí.

—Nunca hablamos de ello. Siempre saca a relucir el asunto de Reginald. No me ha permitido vivir mi luto y me parece que usted tampoco ha vivido el suyo.

Wayne tosió. Mary Beth entrelazó los dedos con los suyos. A Wayne le temblaron las piernas.

—No quiero que vivamos con todos esos difuntos. Ya hemos tenido bastante de esto. Pronto pasaré un tiempo en Los Ángeles Sur y haré indagaciones sobre su hijo. Tiene diecinueve años, va armado y lo detienen en un pueblo fronterizo entre Nevada y California. La intuición me dice que está en L.A.

Una granizada golpeó el coche. Wayne se sobresaltó.

—¿Por qué tienes tanto miedo de mí?

—Hoover está *gagá*. El viejo sarasa ha entrado en un declive imparable. Dentro de un año, por esta época se habrá arrejuntado con Liberace.

—Podrías retirarte y trabajar de abogado para empresas —sonrió Wayne.

—Podrías retirarte y enseñar química básica en la Universidad Brigham Young.

El vestíbulo del Dunes intentaba ser relajante. El oasis de imitación cobraba cohesión. Dunas de imitación, camellos de imitación bebiendo de una fuente tratada con cloro.

—El asunto del doctor Fred. ¿Cuál es el estatus de eso?

—Los mismos negros piojosos robaron en una casa de la playa de Newport. No hubo víctimas pero en el escenario se encontraron huellas de los mismos guantes y fibras idénticas. —Dwight encendió un cigarrillo con una antorcha hawaiana—. Creo que vieron la propaganda contra los negratos del doctor Fred. A partir de ahí, hubo una escalada en la violencia.

—Me vendría bien algo de ayuda para mis asuntos en L.A. —Wayne sorbió soda—. El Banco Popular y la compañía de taxis Black Cat no han pagado sus créditos al Fondo de los Camioneros, por lo que los adquiriremos. Pienso que el Black Cat puede ser para ti un buen centro de informantes. Estaba pensando que podrías conseguir que el señor Hoover enfríe cualquier problema potencial que haya allí.

Dwight se puso en pie. Estaba perdiendo peso. El cinturón se le caía hacia un lado.

—Nada de insultos racistas mientras estés conmigo, Dwight. Te lo agradecería mucho.

—Claro, chico. No es mi intención herirte.

Su hogar era el Stardust. Tenía la *suite* vivienda/laboratorio arriba de todo. Pronto tendría que hacer sitio para un expediente de persona desaparecida. Cenaba en la cafetería de abajo casi todas las noches. Le recordaba a Janice y los tiempos en que hacía turno de noche mientras era policía.

Wayne comía una hamburguesa con queso. En la cafetería ahora no había segregación. Había coaccionado a Drácula para que lo acatará. Drac estaba teniendo una regresión a lo señor Hoover. Llámalo droga y demencia de mucho tiempo. Farlan Brown había confirmado la sospecha. LBJ había frustrado los planes de Drac para Las Vegas. Dick el Tramposo cumpliría. Farlan le había contado habladurías: El conde acababa de sobornar a unos ayudantes clave de Humphrey. Así se cubría, de cara a las urnas.

La hamburguesa estaba demasiado hecha. Los negros que estaban a dos reservados de distancia recibieron un servicio por parte de los camareros.

Mesplède y Crutchfield hacían sus juegos sucios en Miami. Los abogados de Sam G. estaban adquiriendo la cadena de supermercados que había incumplido sus pagos. Aquella mañana había llamado al jefe en el Black Cat. Habían quedado para hablar de la operación al cabo de una semana.

Entró una familia negra. Dos camareras blancas se esfumaron. El recepcionista fingió que no los veía.

Wayne volvió a la *suite*. La puerta estaba entornada. Se sacó la pipa del tobillo y acabó de abrir la puerta.

Las luces de la sala estaban encendidas. Mary Beth estaba en el sofá. Llevaba un bonito vestido beis.

—Habilidades de gueto y contactos en los sindicatos. He sobornado a una camarera.

Wayne enfundó la pistola.

—Tu laboratorio huele más tóxico que el de Reginald —dijo Mary Beth.

Wayne cerró la puerta y acercó una silla. Tenían las rodillas cerca. Él echó la silla hacia atrás. Mary Beth se acercó.

—¿Por qué llevas pistola?

—Desearía no llevarla.

—Hoy he recibido algo muy extraño por correo. —Mary Beth abrió el bolso—. Llegó anónimo. Lo más extraño es que estaba envuelto en un artículo de prensa sobre mi marido y Pappy Dawkins.

Los nombres ardieron un segundo. Wayne le sostuvo la mirada. Mary Beth sacó un paquete envuelto en papel de periódico y lo abrió. Dentro, había una piedra verde. Parecía una esmeralda.

Brillaba y refulgía. Wayne la miró. Se inclinó para verla más de cerca.

Mary Beth acercó la cara a la suya.

—No podemos ir de la mano por la calle ni hacer demostraciones públicas. No quiero saber las cosas malas que haces.

Estaban muy cerca. Al acercarse más, él dejó de ver los ojos de Mary Beth. Ella le tocó los párpados y se los cerró. Sus narices chocaron cuando lo atrajo al beso.

(Los Ángeles 22/10/68)

NEGRIFICACIÓN:

El comando estético de la OPERACIÓN HERMANO MAAALO. Marsh Bowen necesitaba consejos sobre moda. Los colores que llevaba eran discordantes. Parecía una piruleta de tinta de sepia. Los negratos malos vestían todos de negro. Por la noche les proporcionaba protección y sus blancos dientes resaltaban.

Dwight le dio tres billetes de cien.

—Para que te compres ropa, tío. Quiero verte con la misma pinta que Eldridge Cleaver. Oye, tío, ¿qué pasa contigo? Quiero verte salir de las sombras como Drácula para anunciar tus malvadas intenciones, tío.

Marsh se embolsó el dinero. Se quedaron un rato fuera del observatorio. Había un telescopio que miraba hacia el sur. L.A. se veía brumoso y chillonamente iluminado. Griffith Park estaba animado.

—Es usted un buen imitador, señor Holly.

—Tu gente es fácil de imitar.

—Me lo tomaré como un cumplido perso...

—Éste es el cumplido que tan ansiosamente deseabas recibir. Hasta ahora te has desempeñado de una manera brillante, sobre todo porque tu altercado con Scotty Bennett, tío, tuvo más soul de lo que yo habría esperado jamás, tío, y ahora eres el héroe negro del sur de L.A., lo cual nos concede un intervalo de tiempo muy corto hasta que te recluten la ATN, el FLMM o los dos. Pero tú eres un agente y no puedes unirte a ellos. Son tus acciones las que deben atraer a esos grupos hacia ti o, de otro modo, levantarías sospechas indebidas. Tú eres un actor, agente. Como todos los actores, tienes la necesidad innata de congraciarte con todo el mundo, por lo que necesitas una rígida dirección que moldee tu actuación. Dudo de que poseas unos principios morales, por lo que no me entretendré en la idea de que ése sea el tipo de brújula que te guíe. Tienes que parecer audaz y ejercer una gran precaución. Tienes que delatar juiciosamente a tus nuevos amigos y benefactores y asegurarte de que hay otros sospechosos de haber chivado la información que has ofrecido. Utiliza tu discreción en lo que se refiere a cualquier informe confidencial que puedas tener sobre delitos graves inminentes. Nada de homicidios, ni atracos a mano armada ni violencia sexual contra mujeres o niños, ¿oyes, tío? Y no des a tus excompañeros del DPLA la oportunidad de patearte ese culo de negro que tienes, tío, porque, con toda la seguridad, lo harán, ¿sabes, tío?

Marsh hizo girar el telescopio y miró hacia el sur. Siempre ponía una expresión vacía para evitar las confrontaciones. Siempre hacía cosas sin pensar para ocultar el

miedo.

Dwight agarró el telescopio. El visor golpeó a Marsh. Recuperó la compostura y volvió a poner la expresión vacía.

—Aquí está tu lista de objetivos. Acércate a Ezzard Donnell Jones, Benny Boles, Leander Jackson, J. T. McCarver, Jomo Kenyatta Clarkson y Claude Torrance. Llámame cada cuatro días al teléfono público hasta que te encuentre un enlace. Empieza a frecuentar la sede de taxis Black Cat y el Patio del Sultán Sam. Empieza a frecuentar la partida de dados del viernes por la noche en la barbería de la Cincuenta y Ocho con Florence.

Marsh sonrió. Fue casi una sonrisa tonta. Yo estoy por encima de todo esto.

—¿Hay algo más?

—Sí.

—¿Y qué es?

—Es esto: indudablemente eres el negro de mierda más afortunado de la faz de la tierra.

—¿Porque usted es mi director?

—Porque eres demasiado conocido públicamente para que Scotty Bennett te mate.

Joan le tendió los casquillos. Seis gastados con surcos desconcertantes. Ella conducía un Karmann Ghia del 61. Las matrículas parecían falsas. La tapicería del techo estaba estropeada por falta de mantenimiento o por folladas en el asiento trasero.

El atajo por el Elysian Park. Cerca de la Academia del DPLA. Una vista agradable y una amenaza implícita.

—¿Y cómo sé que son los casquillos verdaderos?

—¿Porque confía en mí?

Hacía frío. Joan llevaba manga larga. La cicatriz de arma blanca no se veía. Dwight echó de menos los estímulos.

—Ha sido más rápida de lo que creía.

—Pensé que lo agradecería. —Joan encendió un cigarrillo.

—Así es.

—Me estoy acostando con la novia de Ezzard Jones. Es escéptica con respecto a la ATN. A usted ya le llegarán noticias.

Entre los asientos delanteros había una porra reforzada. El asiento trasero estaba lleno de propaganda izquierdista. Dwight olió a champú de Joan y a marihuana vieja.

—He entregado la cocaína a Leander Jackson —dijo Joan—. Es un haitiano encantador con una fijación indecorosa en el vudú. Ya ha vendido algunos gramos. Yo he donado mi parte a la campaña de desayunos del FLMM. Claude Torrance me lo agradeció mucho. Me ha invitado a una serie de fiestas de recogida de fondos.

—Habr  bullas. —Dwight sonrió.

—Lo s .

—Le meter n mano, de una manera deshonrosa.

—Cuento con ello.

— Por qué?

—Apu alar  al hombre que me meta mano, con testigos femeninos presentes. Les gustará y me contarán historias de los hombres. Es una fiesta del FLMM. Ahora Leander est  obligado conmigo. Se cabrear  cuando sepa que me he relacionado con el FLMM pero no querrá perderme la pista porque le gustará la historia del apuñalamiento y porque soy la única seguidora femenina que puede conseguir droga.

Dwight cogió sus cigarrillos. El paquete estaba vació. Joan encendió uno de los suyos y se lo pas . Dwight notó el olor de su crema de manos.

Llevaba botas negras. El vestido abotonado hasta el dobladillo. En el coche hacía calor. El sudor se le acumulaba en el borde del cuello.

— De quién más ha sido informante? —pregunt  Dwight.

—No se lo dir .

— Por qué su expediente contiene tantos datos tachados?

—No se lo dir .

—Esas redadas,  fueron simplemente casuales o fue realmente sospechosa de un atraco a mano armada?

—No se lo dir .

—Deme el nombre de algunos cómplices conocidos. No los molestará. Sólo intento entender la historia de usted.

—Bajo ningún concepto.

Dwight tomó dos aspirinas. Joan reclinó el asiento hacia atrás y apoyó las piernas en la ventana. Una ajorca le subió por la pantorrilla, por encima de las botas. Era una cadena de oro con una banderita roja.

Dwight sonrió. Joan sonrió. Hicieron desastrosos aros de humo y el coche se llenó de humareda. Pasaron dos coches del DPLA. En la parte trasera iban negros esposados.

—En el Instituto de Artes Manuales hay un profesor de gimnasia —dijo Joan—. Se llama Berkowitz. Es pedófilo. Creo que debería rega arlo.

— Est  esto relacionado con nuestra operación?

—S .

—Necesitar  algún tipo de explicación.

—La gente me cuenta cosas que requieren que yo responda. En parte, precisamente por eso trabajo para usted. Espero que sea receptivo.

—Me ocupar  de ello —dijo Dwight.

—Me gustaría ver una prueba.

Dwight asintió. Joan levantó las piernas y le dio al claxon sin querer. El ruido los sobresaltó. Se rieron.

Se encontraron en una cafetería de Hillhurst. Era cerca del piso de Karen y de su local. Imitaba la decoración de un cuarto de jugar infantil. A Dwight le gustó. Le hizo sentir casi casado.

Dina jugó. Los niños llevaban sus peluches al local. Karen se quejó de su destino de madre más vieja del mundo. Dwight mascaba chicle. Había dejado de fumar en presencia de Karen porque ella sentía tentaciones. No quería joder a Eleanora.

Karen se sostuvo la tripa. Se veía incongruente. Una mujer tan delgada con un bulto tan enorme.

Dwight desmenuzó dos aspirinas y las echó en el café. Una nueva manera de abordar las jaquecas causadas por el estrés. Jack Leahy se lo había explicado. Constricción vascular, blablablá.

—Nixon ganará —dijo Karen—. No instauraré la represión inmediata ni hará demasiadas cosas, lo que cabreará a mis camaradas que están jodiendo la campaña de Humphrey.

—Esto se pasa un poco de enrevesado para mí.

—Es algo que tú puedes comprender perfectamente —Karen mordisqueó el bollo—, lo cual significa que tienes algo en la mente. De otro modo, no harías estos comentarios falsos y blandos.

—Mi infiltrado se está poniendo arrogante —se rio Dwight—. Tendré que bajarle los humos.

Karen se santiguó. Fe híbrida. La chica griega ortodoxa que se había hecho cuáquera. Un camarero trajo más café. Dwight desmenuzó más aspirinas.

—¿Por qué el expediente de Joan contiene tantas tachaduras?

—No lo sé. ¿Se lo has preguntado a ella?

—No quiere decírmelo.

—Entonces, olvídalos.

—Toda la parte de cómplices conocidos está expurgada.

—Entonces es que en su pasado algún operador le hizo un favor.

—Dijo que no había informado nunca a nivel federal. Hay cosas que no quiere decirme, algo sobre un...

Karen volcó el café. A Dwight se le mojaron las manos. El bote de aspirinas salió volando.

—Te conozco y estás colgado por esa mujer. Hace meses que te leo la mente y toda mi intuición me dice que últimamente has hecho algo muy malo, incluso según tus puñeteros parámetros fascistas.

Dwight oyó a Dina llorar. La niña había oído a Karen gritar. Dio una patada a un montón de juguetes y se alejó corriendo de los otros niños. Karen la persiguió.

(Miami, 23/10/68)

Hubert Humphrey desplegaba un español chapurreado. Los políticos bilingües lo instaban a ello. La multitud era medio blanca, medio hispana y todos estaban desconcertados. Estaban mareados de calor. El sol abofeteaba el aparcamiento y Hubert dormía a las ovejas. Les apetecía cerveza fría y echarse unas risas.

Mesplède estaba en medio del gentío. Crutch estaba en la parte de atrás. Hicieron una señal al conductor de un camión cubierto con una lona.

El camión se acercó hasta el límite del aparcamiento. Crutch hizo otra seña al conductor. Tres, dos, uno, la fuerza invasora se despliega.

Dos docenas de actores sin trabajo, más los infiltrados de Clyde. Miembros de la «troupe de la Guerrilla» caracterizados de Fidel Castro.

La barba, las botas, el uniforme verde, el grueso cigarro puro...

«¡Fidel ama a Hubert! ¡Fidel ama a Hubert! ¡Hubert ama a Fidel!».

Hubert se quedó allí como un pasmarote. Ocho tipos con camisetas de Nixon saltaron del camión y repartieron cervezas gratis. Los Fideles pasearon y repartieron puros gratis. La gente se volvió loca. Crutch y Mesplède aullaron de risa.

CUBA, CUBA, CUBA. El franchute lo decía en tres lenguas y *très* grande sin parar. Crutch seguía pensando en la R.D. Recorrieron la Pequeña Habana en un coche alquilado. Se pasaron el porro. El franchute no dejó de decir «Cessna» e «incursiones costeras». Crutch seguía viendo aquella foto en el libro de la biblioteca.

El tipo del vudú. El tatuaje. Las formas como las de la chica muerta de la casa de los horrores.

Mesplède volvió a pasarle el porro. Crutch le dio una última calada y se tragó la colilla. Llegaron a Flager Street. En los escaparates de los exiliados ondeaba la bandera cubana. De los postes de la luz colgaban Castros de paja. Los chicos corrían hasta ellos y les clavaban navajas.

Crutch mantuvo la boca cerrada. Había hablado de la R.D. como el franchute hablaba de Cuba. «No sueltes prenda»: Dwight Holly se lo había dicho y, de momento, había obedecido. Marsh Bowen era maricón. Eso se lo había callado. La noche anterior había estado en el Departamento de Policía de Miami-Dade. Había rastreado expedientes en busca de Gretchen/Celia y Joan Rosen Klein. El franchute le preguntó dónde había estado. No dijo una palabra.

Estaba aprendiendo. Sus colegas matones respetarían aquello.

Fueron en coche a un aeródromo destartalado a las afueras de Miami. El personal



era todo cubano. Se los veía machacados y molidos de trabajar con la caña de azúcar. Mesplède firmó unos papeles y alquiló un biplaza. Despegaron y encendieron un porro a más de tres mil pies.

Crutch se asustó. La altitud le cruzó los cables y el coloquio adquirió dimensiones de viaje de ácido. Veía gente que no estaba. Su madre bailaba el twist con Dana Lund. Bev Shoftel, la reina de la mamada, se la chupaba a Sal Mineo.

Volaron bajo sobre la Pequeña Habana. Mesplède apretó una palanca y soltó cinco mil carteles de Nixon. Los niños los agarraron en el aire y mandaron a tomar por culo al avión con un gesto de la mano. Mesplède puso rumbo hacia el sur. Volaron sobre puentes y cayos. Mesplède sirvió dexedrinas y tragos de licor cargados con hachís. Quédate con esos cubitos marrones flotando en la bebida blanca.

Crutch bebió. El cóctel le hizo recobrar la coherencia. Sobrevolaron el mar Caribe. Pasaron sobre dos balsas de refugiados y lanzaron propaganda de Nixon. A Crutch, el cóctel le impedía marearse. Mesplède señaló detrás de los asientos. Crutch vio una Tommy con un tambor de cien disparos. Sacó una bala. La punta estaba agujereada a lo dum dum y rellena de matarratas.

A Crutch se le puso la carne de gallina. El cóctel lo había anestesiado quitándole casi del todo el miedo. Divisaron una gran forma marrón. El franchute le sonrió. Crutch parpadeó. Ahora la forma es una isla plana como un panqueque.

El franchute apretó la palanca y descendieron. Rozaron olas y hundieron las ruedas en el agua. Crutch vio la playa y a unos hispanos de mierda con camisetas marrones rodeados de sacos de arena. Los mendaces estaban agachados sobre una ametralladora del calibre 50. El cacharro tenía un cañón agujereado, cinturón alimentador y un giro de 360 grados.

El franchute descendió como táctica de distracción y fue directo hacia ellos. Los hispanos de mierda dispararon, por debajo del avión y hacia todos lados. El franchute bajó mucho más. Los hispanos hicieron girar el trasto, lo hicieron girar otra vez y soltaron disparos de pánico. El ruido era como el de una máquina de escribir contra una bomba A.

Crutch apoyó la Tommy en el saliente de la ventana. El franchute bajó hasta verles los ojos. Crutch contó ocho. Se agazapaban e intentaban girar la ametralladora.

Crutch disparó. Vio estallar dos cabezas. Vio las costillas de un tipo saliéndole del pecho y llenando de sangre un saco de arena. El franchute pasó entre unos árboles bajos. Las ramas golpearon el aeroplano y bloquearon la vista delantera. Crutch disparó hacia atrás. Disparos como puntadas, muy precisos. Se cargó a cuatro tipos que estaban juntos. Vio las gafas de uno de ellos estallando al tiempo que su cabeza salía despedida.

El franchute volvió a accionar la palanca. Crutch vio Cuba del revés y no vomitó las galletas. Sobrevolaron de nuevo el océano. Vio sus ocho muertos nuevos y la cabeza de aquel tipo rondando hacia el rompiente.

Resaca.

Apagón.

No recordaba el vuelo de vuelta ni el recorrido en coche hasta el hotel. Despertó en su cama. Mesplède todavía dormía. Bajó al restaurante y se sentó en la terraza de fuera. Pidió panqueques y un Bloody Mary y consiguió no vomitarlo. Reconectó los cables de su cabeza y disfrutó del pasmo de todo ello. Había matado a dos cubanos rojos en Miami. Ahora acababa de matar a ocho más. Dos más ocho eran diez. Se acercaba a la cifra de Scotty Bennett.

Su mesa quedaba bajo la sombra de un árbol. Parejas de amantes habían grabado iniciales y fechas de lunas de miel. Crutch sacó su navaja y grabó. «D.C». y «10».

Volvió a subir a la habitación. La puerta estaba abierta. Mesplède se había sentado en la cama. El cierre de su portafolios estaba forzado. El informe resumido de su caso estaba a la vista. Mesplède iba por la página 43.

El franchute había desenfundado su pistola. Crutch tragó saliva y le dio al cerebro en busca de algunas mentiras.

—Has ocultado información dos veces —dijo el franchute. Tu fijación con la República Dominicana despertó mis sospechas, por lo que ahora debes contármelo todo.

Y eso fue lo que hizo.

Empezó con el trabajito de la novia que había robado al doctor Fred. Introdujo a Farlan Brown, Gretchen/Celia y Joan. Añádele la casa de los horrores. Añádele todo su fútil trabajo policial. Añádele a Celia y sus raíces dominicanas. Añádele el tatuaje de la muerta y el tatuaje del tipo del vudú en el libro ilustrado.

Mesplède sacó el atlas de bolsillo de Crutch. Estaba abierto por la página del Caribe.

—Nuestras agendas convergen —dijo, trazando una línea recta entre Cuba y la República Dominicana.

(Los Ángeles, 25/10/68)

La central del Black Cat tenía paredes de terciopelo negro y un tributo a la historia negra. La cronología abarcaba desde el Jesucristo negro hasta el LBJ negro. Los carteles con sus rostros se estaban despegando. El aire acondicionado funcionaba las veinticuatro horas del día y estropeaba la decoración. El jefe pesaba ciento noventa kilos. En la choza hacía un frío estalactítico por orden del jefe.

Cordell Jefferson, alias Junior: empresario, moroso del préstamo de los Camioneros.

—Los Chicos quieren ver su dinero, señor Jefferson —dijo Wayne—. En ese contexto, hay alguna buena noticia.

Jefferson se revolvió en la silla. Tenía una anchura triple. En la habitación había 10 grados. Sudaba.

—¿Me está diciendo que llevo dos meses de atraso en los pagos y que tengo que aceptar el trato?

—Lleva un atraso de tres años, señor. —Wayne tembló de frío—. Tres años, pero mis noticias no son del todo malas.

Jefferson comía helado de un bote de dos kilos. Unos mendas a lo Pantera cruzaron el local y miraron mal a Wayne. Los seguía un blanco muy grande. Olía a pasma. Llevaba un traje gris y una pajarita de cuadros.

—¿Qué son esas buenas noticias que viene a darme —Jefferson blandió la cuchara—, al mismo tiempo que me quita la alfombra de debajo de los pies?

Wayne abrió el portafolios y le echó diez de los grandes en el regazo. Jefferson los toqueteó, los olió y se frotó la cara con ellos.

Rompió la goma que los sujetaban. Sacó del bolsillo el rollo de billetes más gordo del mundo y le añadió esos diez.

—Usted conserva la propiedad del negocio. Traemos a un tipo blanco llamado Milt Chargin que le ayude a llevar las cosas, usted ayuda a algunos polis amigos míos con información y blanquea un poco de dinero, quedándose con el siete por ciento de la operación.

—Suponga que digo que no.

—Señor, es usted más listo que eso.

Jefferson comió helado y arrugó el rollo. Wayne miró los iconos de la pared. Reconoció al FDR negro y a nadie más. Entró un hombre con un peinado afro de triple anchura. Miró a Wayne con desdén y se acercó al mostrador. Wayne sacó una foto de Reginald Hazzard y se la enseñó al gordo. El gordo sacudió la cabeza. No.

El del peinado afro le dio otro cubo de helado al gordo.

—La compañía de taxis Big Boy me está fastidiando el negocio. Si mi negocio es nuestro negocio, entonces un poco de ayuda suya me vendría bien.

Wayne sonrió.

Mary Beth estaba dormida. La colcha le cubría la espalda. Una pierna salía de debajo.

Wayne la contempló. Ella siempre se dormía antes que él. Lo besaba y se acurrucaba y le proporcionaba algo que contemplar.

Acercó una silla a la cama y le tocó la rodilla. Esperó. Le gustaba ver cómo volvía la cara en la almohada.

Sonó el teléfono del laboratorio. Wayne se levantó y lo cogió. Respondió cuando había sonado dos veces.

—¿Sí?

—Soy Dwight Holly.

—Sí, a medianoche.

—Tengo una pregunta de química.

—De acuerdo.

—De un expediente tachado, ¿se pueden recuperar las palabras que había debajo?

Wayne se apoyó en una estantería. Estaba atestada de componentes de heroína.

—Tal vez. Lo intentaré si tú me consigues un poco de explosivo C-4.

(Los Ángeles, 26/10/68)

El barrio negro. La Ochenta y Cinco con Central. Una manzana de orgullo afro. Un club nocturno, una peluquería, una mezquita. Gente callejeando a las 2:14 de la madrugada.

Entre ellos: Jomo Kenyatta Clarkson.

Varón negro, treinta y nueve años. Partidario firme y leal del FLMM. Encargado de la centralita del Black Cat. «Ministro de Propaganda», escriba de literatura de odio. Sospechoso de violación/atracó a mano armada.

Jomo charla con tres varones negros. Beben licor de melocotón y fuman cigarrillos Kool. Acaban de peinarse el pelo a lo afro en la peluquería de la hermana Simba.

Dwight estaba tres pisos más arriba y directamente delante de Central. El edificio estaba vacío. Había subido por la escalera de incendios y se había agachado detrás de un cartel. Llevaba unos prismáticos y una Polaroid.

La foto era la prueba de Joan. Había abordado al profesor de gimnasia pedófilo y había hecho un poco de ejercicio con la porra. La venganza de Joan o el factor disuasorio de Joan. No le importaba. Era la Zona de Joan. Las mujeres descarriadas empezaban a parecerse a Joan. Ella siempre era Joan. No era la informante confidencial núm. 1189.

Dwight miró hacia el sur. Ahí está Marsh Bowen haciendo el paseo de madrugada que le había ordenado. Dwight miró hacia el norte. Ahí está la unidad 4-Adam-28, circulando despacio.

Dos polis blancos. Idólatras de Scotty Bennett. Un billete de cien cada uno.

A continuación:

Los polis husmean la manzana del orgullo afro. Jorro y los negratos esconden la priva. Los polis siguen circulando. Jorro y los piojosos negratos se reagrupan.

Los polis ven a un varón negro a solas. Mierda, es Marsh Bowen. Ésa es una buena detención.

Los polis hacen un giro de ciento ochenta grados. La manzana afro se anima. ¡Fiesta! ¡Fiesta! ¡Disfrutemos de la indignación social y odiemos a la autoridad!

La peluquería de la Hermana Simba se vacía, lo mismo que el Escorpión. Jomo y la jauría de la jungla se electrifican. Sus pelos de estropajo de aluminio chisporrotean.

Los polis se apean del coche. Marsh pasa junto a ellos. Uno toca el pito, el otro grita «¡vuelve!». Los espectadores empiezan a imitar los gruñidos de los cerdos.

Dwight disfrutaba de una buena panorámica. La banda sonora era mala. Estaba toda llena de gruñidos de cerdo y era imposible comprender las palabras.

Marsh retrocedió. Dwight vio que le hacían separar los brazos y las piernas y lo cacheaban. Le pareció oír «negro de mierda» y «Scotty Bennett te manda recuerdos». Oyó gruñidos, bufidos y balidos. Los polis le vaciaron los bolsillos a Bowen. Los polis se rieron del peinado afro. Los espectadores empezaron a gritar «¡adelante, hermano!». Un poli le dio un empujón y un puñetazo en el pecho. Un poli le gritó al oído. Los espectadores aumentaron el volumen de sus gruñidos de cerdo. El poli hablador lo roció de saliva y aumentó el volumen. Dwight oyó «negro asqueroso», «traidor», «negro hijo de puta» y «maricón».

Marsh perdió los nervios. Inmovilizó al poli hablador y lo estampó contra una farola. Los espectadores aplaudieron, ¡mola, hermano! Los gruñidos de cerdo se oyeron en alta fidelidad. El poli hablador lo zarandeó y lo lanzó sobre el coche patrulla. El otro poli sacó la porra y empezó a pegarle en la cabeza y en las rodillas. Marsh se llevó una paliza de HERMANO MAAALO. Jomo y la jauría de la jungla lo vieron todo.

(Los Ángeles, 28/10/68)

Dos docenas de taxis. Unos pegados a los otros en hilera, todos con el logotipo de Big Boy. Un negro asqueroso con un fez como el de ese dictador llamado Sukarno.

La choza de la central de taxis quedaba aislada. El aparcamiento ocupaba media manzana. Un vigilante patrullaba las instalaciones toda la noche. Siempre bebía su cena en El Patio del Sultán Sam. El franchute metió dos barbitúricos en su último *whisky*. Ahora el tipo dormitaba en un contenedor detrás del local del Sultán Sam.

Wayne y el franchute dieron las órdenes. Crutch hizo el trabajo manual y las obedeció.

Wayne moldeó el C-4 y lo metió en la aleta de las ruedas. El franchute instaló el detonador. Crutch empalmó los cables de un taxi a otro.

Tardaron horas. Trabajaron desde medianoche hasta las cuatro. A Crutch le dieron calambres de estar agachado y caminar como un pato. Todos sudaban de mala manera y llevaban toallas para secarse. El C-4 parecía plastilina y olía a aceite quemado. Los cables te hacían abrasiones en las manos.

Todo listo. Las 4:11 de la madrugada.

Salieron a la calle y se secaron. Wayne tenía aire sombrío, como siempre. El franchute sonreía. Crutch se sentía como si se hubiera enamorado.

Wayne le dio al pistón. Los puñeteros taxis explosionaron y se levantaron del suelo. El ruido fue inmenso. Una docena de formas rojas y rosas entraron en erupción. Los cristales cruzaron el cielo.

**DOCUMENTO ANEXO:** 29/10/68. Titular y subtítular del *Los Angeles Herald Express*:

LA CARRERA NIXON-HUMPHREY, MUY APRETADA  
EL EX VICEPRESIDENTE MANTIENE LA VENTAJA EN LOS ESTADOS CLAVE

**DOCUMENTO ANEXO:** 30/10/68. Titular y subtítular del *San Francisco Chronicle*:

NIXON CONTRA HUMPHREY: ¿UN MARGEN DEMASIADO AJUSTADO?  
UNOS BROMISTAS CAUSAN DISTURBIOS EN LOS ACTOS DE CAMPAÑA DE HUMPHREY. SUS COLABORADORES ACUSAN A LA CAMPAÑA DE NIXON.

**DOCUMENTO ANEXO:** 1/11/68. Artículo del *Los Angeles Times*:

EL ASESINATO DEL MERCADER DE ODIOS, TODAVÍA NO RESUELTO

La víctima llamaba a su palaciega mansión de Beverly Hills «la casa que construyó el odio», por lo que, para muchos, no es sorprendente que el doctor Fred T. Hiltz, que fue dentista, jugador de golf profesional y presunto informante del FBI, tuviera un final tan horrible en ese mismísimo lugar.

El 14 de septiembre de este año, el doctor fue tiroteado en el refugio antiaéreo de su patio trasero y el caso sigue sin resolverse. Hay sospechosos: la banda de atracadores que han tomado a familias pudientes como rehenes en Brentwood y en la playa de Newport. Pero algunos periodistas locales y los teóricos de la conspiración no lo tienen tan claro. El doctor Hiltz

era un famoso proveedor de panfletos incitadores de odio perversamente redactados en los que atacaba tanto a los blancos como a las minorías raciales y se rumorea que tenía un escondite en el Patio lleno de dinero, se había casado muchas veces y al parecer había tenido abundantes aventuras amorosas con mujeres provocativas. El capitán de la policía de Beverly Hills, Mike Gustodas, ha dicho a los reporteros: «El doctor Hiltz tenía relaciones inestables, se dedicaba a un negocio sucio y a nosotros, eso es una vida complicada».

Sin embargo, es la oficina del FBI de Los Ángeles la que está llevando el peso de la investigación del caso Hiltz y es precisamente ese hecho lo que más intriga a ciertos políticos y teóricos de la conspiración. El capitán Gustodas no ha tenido respuesta para esa pregunta y se ha limitado a afirmar que el FBI le ha usurpado el caso al DPBH «por razones de seguridad nacional».

John Leahy, agente especial del FBI destinado en Los Ángeles, ha dicho a los reporteros: «Sí, es un caso políticamente delicado, y existe un peligro, aunque menor, para la seguridad nacional. No puedo revelar todavía los detalles, pero, cuando el Buró practique una detención, si la practica, recibirán información completa del caso».

Corre un rumor especialmente insistente, y es que al doctor Hiltz lo mató un grupo de militantes negros como declaración de intenciones política. El agente especial Leahy no tiene tiempo para esa teoría: «Me parece ridícula», ha dicho. «Ningún grupo de militantes negros ha reivindicado la acción, y creo además que el peligro de esos grupos ha sido tremendamente exagerado por la prensa».

Mientras, la investigación del caso Hiltz continúa.

DOCUMENTO ANEXO: 2/11/68 Titular del *Dallas Morning News*:

LA CARRERA NIXON-HUMPHREY, DE LO MÁS IGUALADA

DOCUMENTO ANEXO: 3/11/68. Titular del *Hartford Courant*:

NIXON Y HUMPHREY, EN EL ÚLTIMO ESFUERZO POR CAPTAR VOTOS

DOCUMENTO ANEXO: 4/11/68. Extraído del diario guardado en secreto de Karen Sifakis.

Los Ángeles,  
4 de noviembre de 1968

Nixon va a ganar. Humphrey está atrapado con la violencia atenuada de la guerra de LBJ y los americanos quieren un diálogo creíble sobre el final de la guerra aderezado con papilla reaccionaria que los haga sentir bien respecto a retirarse de la guerra (y, en realidad, a perderla) y Nixon les está diciendo exactamente lo que quieren oír. Chicago fue un desastre, no sólo porque afianzó la victoria de Nixon, sino porque hizo que la izquierda pareciera rencorosa, insignificante, perversa, dividida y cómica. El pecado de la autocomplacencia. Debo tomar nota de mis tendencias autocomplacientes y tengo que empezar a clasificarlas como mala conducta y trazar así una clara línea moral que me impida su práctica.

Dina ha empezado a hacerme las inevitables preguntas de niña lista sobre Dwight y CSLL y mi relación con los dos hombres. Por supuesto, no puedo decirle que CSLL y yo somos políticamente compatibles pero no camaradas y que no hemos tenido nunca una relación verdaderamente apasionada pero que somos amigos porque compartimos ciertos ideales y el hecho de ser sus padres. CSLL sabe de Dwight, pero no lo menciona nunca. Dina, perspicaz y demasiado sofisticada, nunca menciona a Dwight delante de CSLL porque sabe que lo heriría y porque entiende que eso podría afectar de manera adversa a mi relación con Dwight. Dina tenderá a dividirlo todo en compartimentos como yo y quizás herede mi afición por los hombres dramáticos y dudosos. A Dina le cae mejor Dwight que su padre, porque Dwight es fiero con el mundo pero muy dulce con ella, porque lleva pistola, porque yo demuestro mi afecto hacia él de un modo que no hago con su padre, lo cual la hace sentir debidamente amada como hija y le da seguridad. Y, como es una niña inteligente, comprende algo que yo sólo había imaginado: que Dwight y yo somos verdaderamente camaradas.

Es nuestra pasión de amantes y el tierno trueque de nuestros roles e ideales antitéticos. Es que los dos queremos algo (más allá del otro) muy puro y profundo, y que yo tengo un lenguaje para ello mientras que él, no.

Sigo pensando en troikas. Dwight, mi marido tanto tiempo ausente y yo somos uno. Y ahora, formo la chispa de la bujía de Dwight y Joan Klein. No estoy celosa, pero Dwight se siente poderosamente atraído por ella. He distado mucho de ser sincera sobre mi relación con Joan, porque no estoy segura de cuántas de las diversas historias rumoreadas y reales acerca de Joan debo revelar a un hombre que, al fin y al cabo, es un agente de policía y un matón derechista. Dwight me lo dijo al principio: los informantes y los operadores callan información por su seguridad y la de los que los rodean. Esa idea me guía en mis mentiras por omisión. Joan fue durante un tiempo informante del FBI, pero ignoro el nombre de su operador o si él tachó datos



en su expediente. Conozco profundamente a Joan desde hace muchos años. Políticamente, no confío más en ella de lo que confío en Dwight.

En cierto modo, Dwight me preocupa. Está perdiendo peso, duerme peor que nunca y habla en sueños. Yo sigo preguntándole en broma si puedo volar el monte Rushmore y él, medio en broma, me dice que sí. Me está dando demasiada libertad. ¿Lo hace porque se siente culpable? Sigo pensando que lleva la carga de un hecho inconmensurablemente horrible del que yo tal vez nunca llegue a saber nada, no sea que destruya mi amor por él o me haga amarle mucho más. Me pregunto cuántos años tendrá Dina (y Ella, a la que llevo en mis entrañas) cuando descubra la verdad de los hombres y las mujeres.

Dwight y yo hacemos nuestros trueques. Me pregunto qué forma adquirirán los trueques que él haga con Joan. El mundo que compartimos es humanamente incuantificable e ideológicamente confuso. ¿Cuál de ellos dos es capaz de llevar a cabo el mal o el bien más aceptable?

DOCUMENTO ANEXO: 5/11/68. Extraído del diario de Marshall E. Bowen.

L.A. Sur,  
5 de noviembre de 1968

Fue mi segunda paliza a manos de mis antiguos –y futuros, una vez que termine esta operación– hermanos del DPLA. De la primera salí mejor librado porque el guión del señor Holly me había preparado para ella. El señor Holly no llegó a presenciar este segundo encuentro y, cuando volvamos a vernos cara a cara, las heridas ya se me habrán curado. Puede que le cuente el incidente, critique mi actuación espontánea y le pida que los agentes implicados en él no reciban sanciones disciplinarias. O no. Puede que le cuente que el incidente propició que hiciera nuevos amigos maravillosos. O no.

Mi imprevisto rescatador fue Jomo Kenyatta Clarkson, ministro de Propaganda, del grupo de nombre disparatado, el Frente de Liberación Mau Mau, junto con sus amigos Shondell y Bobby. Jomo es parlanchín y claramente psicópata y continúa ostentando el récord del mundo en pista en el uso de la palabra hijoputa en una sola frase. En sus brazos lleva cicatrices de machete que él mismo se infligió como homenaje a la matanza de colonizadores británicos que llevó a cabo el verdadero Jomo Kenyatta en Kenia, en 1947, aproximadamente. Jomo y sus amigos me llevaron al hospital Morningside, donde un simpático médico blanco, que había tratado a Jomo su herida de bala más reciente, me curó las heridas y me inyectó demerol. La inyección me calmó el dolor, me subió el ánimo y me permitió dejar de repetir las palabras «Scotty Bennett te manda recuerdos» en una secuencia casi continua. Quería ir a casa y descansar pero Jomo dijo que ni soñarlo y decidió que hiciéramos una ronda de bares.

Fuimos a varios clubes nocturnos. Conocí a muchos varones negros todos vestidos de negro, con unas prendas como las que el señor Holly me ha instado a comprar. Me parecieron atractivas pero no es realmente mi estilo. Presencié un espectáculo sexual de lesbianas en El Bollo de Betty y Jomo me exhibió delante de todo el mundo en El Patio del Sultán Sam, en El Otro Mundo de Mr. Mitch y en El Nido de Nat. Me aceleré y actué; el señor Holly habría estado orgulloso de mí. Describí repetidas veces la paliza que me habían dado los «cerdos del DPLA» y no tuve que mencionar en ningún momento mi condición de excerdo porque soy una celebridad local y mi antigua ocupación es algo implícitamente preexistente en el *spiritus mundi* del gueto. Seguí diciendo cosas ridículas como «no te cortes» y «mola, hermano» y la risa no se me escapó ni una sola vez. El resto de la noche y el día y la noche siguientes los tengo borrosos. Jomo me llevó al sitio donde trabaja, la compañía de taxis Black Cat, donde vi a un jefe muy gordo comer un cubo entero de dos kilos de helado. Llegado cierto punto, empecé a dormirme. Jomo me obligó a tomar varias cucharadas de cocaína, lo cual me soltó la lengua. Era como una experiencia de estar fuera del cuerpo, propiciada por el alcohol, las drogas, una conmoción sostenida y muchas semanas de estrés a duras penas controlado, excitación y asombro, todo ello filtrado a través de lo que el señor Holly llama mi «instinto innato de actor». Critiqué el racismo institucional del DPLA en concreto y la América blanca racista en general y era consciente de que, mientras lo hacía, estaba deleitando a Jomo y sus amigos, ya que yo me lo creía y no me lo creía a la vez, pues era como si otra parte de mí se hallara en otro nivel de la bifurcación, dirigiendo la actuación y disfrutando de ella. No recuerdo exactamente lo que dije, pero sé que hablé en los límites de mi capacidad mental y el poder de mi oratoria. Visto *a posteriori*, me pareció demagogia, análisis social y fervor apostólico todo mezclado en un solo discurso. Y lo que me resulta más asombroso –y que al señor Holly no le parecerá asombroso en absoluto– es que no sé si creo o no una palabra de lo que dije.

Después del Black Cat, fuimos al piso de Jomo en la Ochenta y Nueve Este. Allí había mucha gente y todos eran negros. Oí seis historias de odio a los jodidos cerdos del DPLA, yo conté otras seis y conocí a dos tipos cuyos dos hermanos atracadores habían muerto tirteados por Scotty Bennett, «el rey de los cerdos». Jomo intentó pasarme a una chica color café con leche, buen tipo y el cabello afro teñido, pero yo me excusé diciendo algo sobre mi «zorra habitual». Jomo me acomodó en una habitación decorada con carteles revolucionarios y llena de montones de pasquines con polémicas fatuas y dormí muchas horas.

Soñé lo que cabía esperar y mis sueños tuvieron fácil explicación, en vista de la exagerada

fijación de mi vida. Había olas verdes informes que representaban las esmeraldas y las formas postradas, dobladas o triplicadas espacialmente, mi persistente necesidad inconsciente de saber qué ocurrió en la Ochenta y Cuatro con Budlong. En un momento dado, vi a una mujer blanca con una larga melena oscura surcada de hebras grises, mirándome, pero ella/esa cosa sólo era bruma.

Muchas horas más tarde, cuando salí trastabillando de la casa de Jomo, en la sala de estar había dos docenas de personas que me dedicaron una gran ovación. Fue un reconocimiento superlativo de mi actuación.

Me he mudado a un piso decrepito en la frontera con Watts.

He empezado a pasar tiempo en el Black Cat.

Mi reclutamiento por parte del FLMM y/o la ATN es inminente pero no voy a apresurar las cosas.

Quiero que esta actuación dure. Es mi circuito de regreso al 24 de febrero de 1964. Cada parte de mí privada de derechos civiles sabe que es cierto.

(Las Vegas, 5/11/68)

Ganó Dick el Tramposo. Por poco, pero no por un estrecho margen. Ganó por más de un pelo de coño de rata.

Carlos dio una fiesta. Su *suite* de imitación romana, mormones y mafiosos, resultados de las elecciones en televisión. Las chicas de compañía contaban historias de que se la habían mamado a JFK. Farlan dijo que Nixon no era un hombre de mamadas. Le iba más hacer de esclavo en un rollo sadomaso. Se emborracharía y bombardearía cualquier país de mierda del Tercer Mundo. Freiría a unos niños y luego se le olvidaría. Llamaría a una chica morbosa con un látigo para que volviera a darle marcha.

Los invitados sobrios agitaban banderitas. Los invitados borrachos llevaban sombreros de elefante. En los hoteles de Hughes lanzaban fuegos artificiales: ¡Viva Nixon! En rojo, blanco y azul.

Wayne paseó. Farlan Brown le mostró la nota de agradecimiento de Drácula. Drac alababa el trabajo duro de Wayne y su asistencia química. Farlan mencionó los vuelos chárter de la compañía de Hughes a los casinos extranjeros. Empecemos enseguida.

Más fuegos artificiales. En el Landmark habían puesto un neón con la cara de Nixon en la marquesina.

—El mamón sigue necesitando un afeitado —dijo Farlan.

—Las ubicaciones de los casinos —dijo Sam—. Tenemos que mandar a Mesplède hacia allí cuanto antes.

—Nicaragua tiene tendencia a volverse comunista.

—Nixon pondrá de presidente a un títere proamericano. Sabe que necesita un hombre fuerte que dé descanso eterno a los rojos.

—La R.D. es lo mejor. Tiene gobierno estable desde la guerra del 65. El nuevo jefe es un enano maricón. Lo único que quiere es un poco de pasta americana y un bonito par de zapatos con plataformas elevadoras.

—Sam tiene a esa novia dominicana que lo lleva de acá para allá cogido de la polla. Le ha hecho creer que los dominicanos son blancos.

—Celia es una estufa de carbón —dijo Carlos—. Cruza a Haití y busca pichas negras.

—Los italianos son de constitución más fuerte que los negros de mierda. —Sam se agarró la entrepierna.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Carlos.

—Se lo dijo el papa Juan XXIII —se rio Santo—. Fueron juntos a un burdel con unas monjas negratas.

Carlos le tendió a Wayne una caja de donuts.

—Muchas gracias por todo, paisano. Lo de Hughes, lo de Nixon, todo el asunto.

El camino de vuelta le tomó horas. Todos los hoteles habían enloquecido con Nixon y habían puesto carteles estúpidos. Por culpa de ello, había atascos de tráfico. Dick el Tramposo aparecía mormonizado y mafioso. Nixon era bueno para el negocio. Los Chicos acababan de comprarse cuatro años de vacas gordas.

El Stardust estaba en pleno aturdimiento nixoniano. Los legisladores contaban historias de «conozco a Dick» al tiempo que jugaban a las tragaperras. Wayne subió por la escalera. Cuando estaba en el pasillo oyó que sonaba el teléfono. Una llamada a las tres de la madrugada. Oh, mierda.

Corrió y lo cogió. Oyó a Mary Beth en la habitación.

—Wayne Tedrow, ¿quién es?

—Llamada de larga distancia, señor. Espere, le hablará el presidente electo Nixon.

Wayne tragó saliva. La línea hizo dos clics. Wayne oyó ruido de fondo y la voz del Hombre.

—Gracias por todo el trabajo. Cuente con mi cooperación.

Clic. ¿Qué? ¿Ha sido real?

Wayne entró en el dormitorio. Mary Beth miraba la televisión. El Hombre hizo la V de victoria. Se le saltó un botón de la camisa.

Ella bajó el sonido.

—¿Quién llamaba tan tarde?

—No te lo vas a creer.

Ella sonrió y señaló la caja de donuts. Wayne la dejó caer en la cama. De ella salieron cincuenta de los grandes. Mary Beth gritó y se tapó la boca.

—Es mi fondo para buscar a tu hijo.

Aquella hermosa esmeralda estaba en la almohada de Mary Beth. Ella la lanzó junto al dinero.

(Los Ángeles, Las Vegas, Washington D.C., 6/11/68 – 24/12/68)

Nervios, vueltas en la cabeza, sueño intermitente. Con los calidoscopios de Memphis en medio.

Una copa y una pastilla eran intermitentemente insuficientes. El motel Lorraine había cambiado de forma. Viñetas de odio transformadas. Gárgolas negras con capuchas del Klan.

Karen estaba preocupada. Lo veía ponerse rudo y no podía evitarlo. Como Se Llave seguía pasando por allí y fastidiándoles la vida. Su embarazo avanzaba, tenía más visitas médicas, llevó a su familia al Este por Navidad. Estaba intrigada por lo intrigado que él estaba con Joan Klein.

Wayne trabajaba en las tachaduras del expediente de Joan. El chico era un genio, quizá podía quemar la tinta negra y atravesarla.

Le enseñó a Joan la foto del pedófilo pateado de mala manera. Joan habló de favor por favor a lo Karen Sifakis. Delató a una banda de Cleveland que mandaba bombas por correo, una detención múltiple que acaparó titulares. Él dijo: «Gracias, señorita Klein». Ella dijo: «De nada, señor Holly».

El soplo emocionó al señor Hoover durante seis segundos. Su capacidad de mantener la atención en algo había quedado reducida al tamaño de una tira cómica. Su monomanía había aumentado hasta alcanzar el tamaño de una novela rusa. Odiaba a los militantes negros como había odiado a los rojos en 1919. Hablaba del peligro real de los militantes negros y de un peligro en gran medida imaginado. Sufría accesos de tos y extrañas confusiones. El doctor King se partía el culo en el cielo. El jefe de los negros de mierda había resucitado, igual que todos los negros de mierda reales e imaginados y el viejo sarasa era impotente.

Pero todavía era peligroso. Todavía tenía expedientes con trapos sucios de todo el mundo, incluido Dwight Holly, alias el Ejecutor.

El señor Hoover estaba encantado con la OPERACIÓN HERMANO MAAALO. Dwight le dijo que a Marsh Bowen lo cortejaban la ATN y el FLMM. No le dijo que había pagado a dos polis para que le patearan su negro culo. Bowen no le había dicho nada de la paliza y evitó los encuentros cara a cara hasta que se le curaron las heridas. La vanidad era clave para el hermano Marshall E. Bowen. El desdén describía al hermano Bowen de manera secundaria. Era la diva con una abyecta necesidad de público y desprecio hacia él en la misma proporción. Era un actor brillante y brillantemente complejo. Seducía, traicionaba y atrapaba con una insolencia y un *savoir faire* de «el espectáculo debe continuar».

La paliza parecía haberle fracturado el ego y haberle imbuido una mayor

circunspección. La paliza aportó al hermano Bowen un conmovedor prestigio en L.A. Sur. Lo que se necesitaba ahora: un enlace que mantuviera contacto diariamente con el hermano Bowen. Hizo que Don Crutchfield lo siguiera y lo vigilara. El hermano Bowen estaba pisando la raya. La pregunta ominosa del momento: el hermano Bowen, ¿cruzaría su camino con la camarada Joan Klein?

Él la llamaba «señorita Klein», pero cuando pensaba en ella era «Joan». Poseía una naturaleza epónima. Las tachaduras de su expediente y la resistencia a hablar de su pasado le picaban la curiosidad. Ella había viajado mucho. Organizaba protestas izquierdistas en todo el mundo. Organizadora, mediadora, sospechosa en un atraco a mano armada. Panfletista, informante, académica renegada.

Dime lo que quiero saber.

No sé por qué lo necesito.

Le dio a Joan un teléfono con desmodulador. Eso le permitía llamarlo sin posibilidad de que rastreasen la llamada. Ella lo llamaba casi todas las noches. Cuando hablaban de la vida privada de ambos, observaban el protocolo informante-operador. Él no le contaba el alcance completo de su relación con Karen Sifakis. Joan no mencionaba a Karen en absoluto. No hablaban de negocios. Guardaban esas conversaciones para sus llamadas a teléfonos públicos. Joan le dijo que tenía un dinero para él. Él le preguntó de qué dinero se trataba. Ella respondió que Leander Jackson había sacado un beneficio de la cocaína del agente Holly. La camarada Klein pensaba que ella debía devolver su porcentaje. Él le dijo que se quedara con el dinero. Ella le dio las gracias. Era todo tan espléndidamente honrado...

Discutieron y hablaron de política. Él preparó preguntas indirectas sobre su vida y relaciones. Joan las rechazó con brusquedad ocasional y humor seco. La parte de poli que había en él se había lanzado sobre ella. El resto de él titubeaba un paso más atrás. Joan tenía pisos francos. Habían estado en barrios ricos y bien camuflados. Ella había evitado cumplir condena en prisión. Debía de haber más expedientes policiales sobre ella. Buscó información sobre sus antepasados izquierdistas y no encontró nada.

Karen compartía su escaso conocimiento de Joan con un resentimiento distante. Holly estaba seguro de que Joan sabía más de él que lo que él sabía de ella. Aquella disparidad lo tenía sin aliento.

Estaba trazando caminos interiores en el barrio negro. Wayne había introducido a Milt Chargin para que ayudara al gordo a gestionar la compañía de taxis Black Cat. El comediante blanco y el gigante negro se habían acoplado como un perfecto equipo de negocios. El DPLA enfrió la investigación del ataque a la compañía de taxis Big Boy. El propietario traficaba con vehículos robados y querían verlo neutralizado. La muerte del doctor Fred se desvaneció hasta tener un estatus de última página en la prensa. Jack Leahy sobornó a algunos reporteros con pasta del Buró y les dijo: «Esto, vamos a dejarlo estar, ¿de acuerdo?». El artículo del *LA Times* fue la última mención importante del caso. Wayne concertó una cita con el presidente del Banco Popular. Las cosas podían ponerse feas. Los chicos querían recuperar su banco. Los federales

querían información.

Algunas noches patrulló por el barrio negro. Lo estimulaba y lo fatigaba y a veces conseguía dormirse antes del alba. La vida del gueto de madrugada era terriblemente seductora. Los polis de Antivicio se ponían guantes de goma para cachear a las putas transexuales. Las tiendas de discos ponían música zulú y vendían muñecos en forma de cerdo del DPLA. Los polis los compraban y los ponían en la antena del coche. Él escuchaba la radio revolucionaria. Emisoras pirata que emitían desde bares y mezquitas musulmanas. Le dijo a Joan que su canción favorita era «Blue Genocide», de Mohamed Mao y los Cazadores de Cerdos. Joan le había dicho: «Veo que va aprendiendo, camarada Dwight».

Alguna vez, patrullando, se había encontrado a Scotty Bennett. A Scotty le gustaba la comida afro. En la Cocina de la Hermana Silvia le servían gratis. Scotty siempre dejaba propinas generosas.

*Tiene que haber una guerra entre la ATN y el FLMM. Marsh Bowen tiene que propiciarla. Los narcóticos tienen que desempeñar un papel importante. Tiene que detenerse antes de la catástrofe o Karen no se lo perdonará. La situación tiene que ponerse violenta. Tiene que proporcionarle los objetivos que le han encomendado y promover los objetivos de la camarada Joan. Tiene que llevarlos a los dos al mismo sitio, de forma que ella le diga dónde ha estado y lo que sabe.*

(Los Ángeles, 24/12/68)

Feliz Navidad.

Recibió la consabida postal y los cinco dólares de su madre. Esta postal llevaba matasellos de Racine, Wisconsin. Le llevó a su padre el consabido billete de cien dólares y un emparedado Reuben. Su padre lo mandó a tomar por culo como siempre y se meó en sus zapatos.

Recuerda: trabajar en el expediente de tu madre. Hacer pesquisas en el DP de Racine. Recuerda: el fichero de tu caso está actualizado. Tu caso está paralizado. Recuerda: mueve el culo hacia la fantástica R.D. y Haití, vampirizado por el vudú.

Nochebuena, el solar de los colaboradores de los detectives, la Navidad judía de Clyde Duber. Comida para llevar y cerveza de barril. Cócteles junto a los surtidores de gasolina, estimulantes gratis por cortesía de la farmacia de prescripción rápida.

Crutch paseó. Estaba colocado de anfetaminas y sentía la tristeza típica de la Navidad. Wayne había enviado al franchute a Panamá. A tomar por culo, ese país. Todos los caminos llevaban a la R.D. Todos los informes de reconocimientos de terreno apuntarían hacia allí.

Phil Irwin magreaba a una negra en el ascensor de servicio. Scotty Bennett había traído a unas cuantas bailarinas para que animaran el cotarro. El coche de Buzz Duber era la Zona de Mamadas de Santa Claus. Fred Otash repartía fichas para su casino de Las Vegas. Bobby Gallard jugaba a dados con Clyde y Chick Weiss. Utilizaban la bandera del Vietcong de Scotty como manta.

Crutch siguió paseando, cada vez más triste. Estaba aburrido. Dwight Holly lo había retirado del trabajo de seguir a Marsh Bowen. Él se había callado que Bowen era maricón y se lo reservaba hasta que pudiera obtener alguna ventaja de ello. De todos modos, continuó con la vigilancia. Tal vez lo llevaría a algún sitio. Clyde lo tenía trabajando en divorcios a tiempo completo. Buzz había abandonado «el caso». Nunca había tenido demasiado conocimiento de él ni suficientes huevos para afrontarlo. Buzz era un tipo que sólo quería reír y follar. Donald Linscott Crutchfield había matado a diez comunistas. Arland Duber, alias Buzz, extorsionaba a las putas para que le hicieran mamadas.

Scotty paseó. Bobby Gallard se acercó a él. Eh, jefe, ese menda de Bowen se ha hecho famoso por la bulla que tuvo con usted.

Scotty sonrió y guiñó un ojo.

Scotty señaló los dieciochos de su pajarita.

Scotty dibujó un diecinueve en el aire.



Navidades de mirón.

Crutch pasó ante la casa de Julie, la casa de Peggy y la casa de Kay. Las chicas tenían su misma edad. Siempre se intercambiaban los regalos después de la cena. Cada año, los papás ponían las mismas luces en la fachada. Crutch conocía las costumbres.

La vista de la ventana de Julie era mejor que la del año pasado. Los padres del Julie le habían regalado al gilipollas de su novio un par de calcetines de reno. El chaval puso cara de «vaya mierda». Julie le dio unos codazos. Ya vale, pórtate bien.

La familia bebió ponche caliente. Papá se puso rojo esclerótico. El gilipollas arrastró los pies y mostró una alianza de boda. Papá y mamá gritaron de alegría. El hermano de Julie había muerto en la Primera con Arden. Un choque entre dos coches, a finales del 62. Kenny esnifaba cola y era un artista del exhibicionismo. Se la enseñó a una novia de Buzz llamada Jane Hayes. Buzz y Crutch le habían dado una buena paliza en el 61.

El número de Julie estaba en su apogeo. ¡Bravo, serás tan feliz! Crutch condujo hasta la casa de Peggy y la casa de Kay. Las cortinas estaban corridas. Siguiendo parada: La Segunda con Plymouth.

Ventanas iluminadas. No había adornos navideños en el jardín. Dana Lund tenía gusto. Crutch apagó los faros y esperó. Iluminó el salpicadero con la linterna y le puso a Joan luces de Navidad. Su cerebro viajó: la cara de Joan y la historia de Dana.

Su marido, Bob, había muerto en Corea. Por aquel entonces, Chrissie tenía cuatro años. Dana volvió a trabajar de enfermera y vendiendo terrenos a tiempo parcial. Había nacido en 1915. En marzo cumpliría cincuenta y cuatro años. Salía con tipos ricos intermitentemente. A mediados del 63, había empezado a retocarse los cabellos grises. Crutch lo había notado enseguida.

Chrissie cruzó la sala. Dana la siguió. Crutch contuvo las lágrimas. Dana llevaba el jersey que le había comprado el día que pensaba que iba a morir.

Opciones: la Iglesia luterana de la Trinidad o la nueva palanca de Marsh Bowen. A veces, el servicio religioso de medianoche le quitaba la tristeza de la Navidad. No, nada de eso. El pastor conocía su fama de mirón y lo odiaba. Todavía estaba muy estimulado. Eso, por defecto, significaba el barrio negro.

Marsh Bowen sufría una regresión racial. Su casa de Denker era de negro rico. Su casa en la Ochenta y Seis Este era una cueva de negros asquerosos. Pilones de hormigón, barrotes en las ventanas, pintura negrodélica.

Consulta el reloj: las 12:51 de la madrugada.

Crutch aparcó y esperó. La radio le proporcionó distracción. Oyó villancicos navideños y al Hermano Bobby X, en directo desde El Bollo de Betty. El Hermano Bobby cargaba contra los judíos y deseaba a los negros un feliz Año Nuevo de muerte a la pasma. Marsh Bowen salió a la 1:14. Nueva ropa: de buena hechura y

toda negraaaa.

Bowen pasó junto a su coche y, montando en el suyo, bajó por Imperial Highway. Lleno de luces brillantes: gasolineras y cafeterías abiertas toda la noche.

Dale ventaja. Está demasiado cerca. Te verá.

Crutch esperó dos minutos y fue hacia el sur. Al llegar a la esquina, miró en las dos direcciones. No vio peatones. Circuló despacio por delante de Goody-Goody y el Carolina Pines, grandes ventanales en ambos lugares. Ahí está Bowen, en el Pines, solo, tomando un café.

El local estaba semidesierto. Crutch aparcó y paseó despacio. Alerta de maricones: Bowen miraba de arriba abajo a todos los hombres solos.

Entra, acércate, escucha lo que dice.

Crutch se instaló a dos mesas de distancia. Veía a Bowen de espaldas. La camarera le trajo café. Ah, qué bueno, recargaré mis propulsores.

Bowen mató el rato y consultó el reloj. Alerta de maricones: un mexicano gordo lo miró con mueca presuntuosa. Bowen se estremeció y agachó la cabeza.

Crutch vigiló la puerta. Se abrió. Parpadeó. No podía ser. Se frotó los ojos. Sí. No. Sí.

Joan Klein entró y se sentó con Bowen. Se quitó el abrigo. Sonrió. Se quitó la boina y sacudió la cabeza para que se le soltara la melena.

Se limpió las gafas con una servilleta. Sin ellas parecía mayor. Llevaba un vestido de punto negro. Llevaba tapada la cicatriz del brazo. Crutch sintió calor/frío/calor/frío/calor/frío.

Joan y Bowen hablaron. Lo hacían sotto voce. Crutch se frotaba las orejas pero no oía un carajo. Bowen bebió café. Joan bebió café y fumó. Una pareja blanca miró cabreada a la pareja mixta. Joan tocó el brazo de Bowen, una, dos, tres veces. Bowen dio un respingo las tres veces. Crutch captó ondas sonoras. Captó la voz ronca de Joan. La voz lo atravesaba y lo quemaba por dentro.

Bowen mantenía la cabeza gacha. Sus ojos nunca se encontraban. Joan habla más, está en el ajo, Bowen es homorrefractario. Joan había besado a Gretchen/Celia aquella noche en la casa alquilada.

Crutch se inclinó más hacia ellos. Le latían los oídos. No pudo leer los labios de Joan. Bowen tosió y dijo: «Un extraño sueño que tuve contigo». Joan habló un poco más alto. Dijo: «Piso franco».

Eso fue todo. Nada más. Volvieron a hablar en voz baja y...

Crutch quedó desconectado, volvió a iniciar los circuitos y se reconectó.

Piso franco, casa de alquiler, la falsa azafata Gretchen/Celia. Dirección falsa: «Un piso franco comunista».

Crutch dejó un dólar en la mesa y se marchó despacio.

Piso franco, casa de alquiler, casa de muerte. Confluencia, proximidad.

Entró gracias a sus herramientas. La casa de los horrores, tercera visita.

No había *hippies* ni indigentes borrachos ocupándola. Nada había cambiado desde la última vez. Más humedad, nuevo hedor invernal, decadencia acelerada. Las tablas del suelo crujían más fuerte, el aire frío picaba más.

Su última visita. Tenía que hacer daños visibles. No podría regresar. La presencia de ella allí era una posibilidad muy remota. Tenía que intentarlo.

Ganzúas, palanca, pata de cabra, linterna. Un estetoscopio adaptado a ladrones de casas. Faltaban tres horas para el alba.

Recorrió la casa de arriba abajo. Abrió todos los cajones y registró todos los estantes. Rajó las tapicerías de los muebles. Miró detrás de todos los cuadros y levantó todas las alfombras.

La casa estaba fría. Un sudor frío lo empapaba. Dejó caer las herramientas, se secó las manos y siguió adelante.

Se encaramó a una escalera y registró todas las paredes y vigas del techo. En el desván pegó a las ratas con una pala e inspeccionó cada centímetro. Levantó las tablas del suelo de la planta baja y miró entre telarañas, nidos de insectos y porquería.

Llovía. El alba rompía despacio. Aquello le daría más tiempo. Iba cubierto de polvo. El sudor se convertía en un fino barro.

Golpeó todos los paneles de las paredes. Se puso el estetoscopio en las orejas y escuchó para ver si sonaba a hueco.

Era el día de Navidad. Oyó campanas de iglesia. Casi se echó a llorar.

Fuera pasaban las nubes. Se coló un poco de luz diurna. Vio un escalón suelto casi arriba de todo de la escalera.

Lo pisó. Era la parte superior del escalón. Los clavos estaban sueltos y las dos piezas se movían.

Vio una separación de tres centímetros. Levantó la tabla con la palanca y encontró un escondrijo: tenía medio metro de largo y quince centímetros de alto. Dentro había:

Una recortada del 38 oxidada. Munición de pistola oxidada. Cuatro panfletos castristas cubiertos de mildiu. Nueve panfletos a favor de los espaldas mojadas. Un cartel de «ESTADOS UNIDOS, FUERA DE VIETNAM». Una pequeña libreta de notas: páginas grapadas, tinta emborronada y texto erosionado en toda ella. Una fecha visible: 6/12/62.

Crutch acercó la linterna a las páginas y forzó la vista. No distinguía las palabras. Vio números y tuvo una intuición: precios del cambio de moneda extranjera. Captó la idea general: actas de reuniones de algún grupo comunista.

Página a página, el texto se volvía más borroso. En la parte inferior de la última página había tres firmas claras.

Terry Bergeron, Thomas F. Narduno, Joan R. Klein.

ELLA.

Crutch tocó su nombre. Sudaba y goteaba barro. La página se le hizo pedazos en la mano.

Le llamó la atención algo más. «Thomas F. Narduno». Un rompecabezas para el cerebro.

Se quedó un rato allí plantado. De repente, recordó.

Los periódicos de St. Louis. El artículo sobre los muertos de la Grapevine. La víctima izquierdista casual: Thomas F. Narduno.

Vació el escondite. Lo metió todo en la caja de herramientas. Oyó de nuevo campanas de iglesia. Salió y se quedó bajo la lluvia con el aliento entrecortado.

(Los Ángeles, 26/12/68)

—Dentro del ultimátum, tiene opciones, señor —dijo Wayne—. Vamos a concederle una considerable autonomía.

Dwight puso los ojos en blanco.

—Es un miembro fiel y leal de la comunidad negra local y un correo de dinero del Partido Demócrata. Eso se lo concedo. ¿Más allá de eso? Es un blanqueador de dinero mafioso compinchado con los Chicos y lo único que le pedimos es más de lo mismo.

La oficina tenía paredes de paneles de roble. Las sillas eran de cuero verde. El óleo de MLK dominaba la sala. Wayne se obligó a desviar los ojos de él.

—Los hermanos de por aquí lo llaman «Lionel el Lavandero». Se parece a ese tipo de la caja de detergente. Lo llaman «Don Limpio».

Lionel Thornton hizo una mueca presuntuosa. Medía metro cincuenta y ocho. Su mesa era de dos metros por uno. Wayne y Dwight se habían sentado en sillas pequeñas. Él tenía un trono. Wayne y Dwight eran blancos grandes. Él era un negro pequeño. Las rayas de su traje eran las más finas del mundo.

—Blanquea dinero de la construcción destinado al extranjero y la astilla que se defrauda al fisco procedente de los casinos. Sigue siendo presidente del banco. Ayuda al señor Hoover y al señor Holly dándoles la información que le pidan y a cambio de eso se queda el tres por ciento de cada centavo que blanquee.

Thornton sonrió. Dwight tarareó el anuncio de Don Limpio. Wayne apartó la vista del doctor King.

Dwight sacó sus cigarrillos. Thornton sacudió la cabeza. Dwight empezó a encender uno. Wayne lo detuvo.

—Subiré al tres y medio, un aumento de sueldo del cinco para sus empleados y de un quince por ciento para usted. En mi portafolios hay veinte mil dólares. Ésa es su bonificación por colaborar.

Thornton encendió un cigarrillo y echó el humo hacia Dwight. Dwight se levantó. Wayne le dio un toque en el pie. Dwight volvió a sentarse y se cruzó de brazos.

El doctor King en óleos bruñidos. Más atractivo que al natural.

—Deme también el portafolios —dijo Thornton.

Wayne asintió. Dwight sonrió. Fuera sonó un disparo. Dwight se sobresaltó y se llevó la mano a la pistolera. Ese maldito retrato. Paneles de roble en un barrio negro de chabolas.

—El señor Hoover tiene en marcha una operación —dijo Thornton—. La presencia del señor Holly aquí así lo atestigua. Supongo que están pugnando con

unos militantes negros ilusos. Les deseo lo mejor, pero no puedo ser su informante ni ofrecerles una supervisión directa del banco, ni llevar libros de contabilidad separados para ustedes.

Wayne asintió. A Dwight le palpitaba el pecho. Wayne vio que la camisa se le movía. Thornton se puso en pie y se balanceó en sus zapatos de plataforma.

—Un último favor. Para el señor Holly, creo. He visto que lleva una porra en el cinturón.

Sonaron disparos superpuestos. Más cerca.

—El exmarido de mi mujer me molesta. Me gustaría que desistiera.

Zumbó un intercomunicador. Wayne y Dwight se pusieron en pie. Thornton señaló el retrato.

—Unos blancos hijos de puta como ustedes lo mataron, pero al final su voz triunfará.

—Eso espero, señor —dijo Wayne.

Redecoró el laboratorio. Se deshizo del equipo de cocinar heroína y añadió un collage. Las fotos de Reginald lo rodeaban por las cuatro paredes.

Hizo espacio para un archivo. Llevó cajas de fichas y resmas de papel. Trabajó con las fichas de Inteligencia del DPLV. Sabía construir expedientes y sumar información. Mary Beth le había comprado un jersey de cachemira para la Navidad. Él le había dicho que lo que realmente quería era un teletipo.

«Tienes todas esas fotos de mi hijo y no tienes ninguna mía», le había dicho Mary Beth. Él replicó que quería encontrar a su hijo porque a ella ya la había encontrado. Ella le dijo que siguiera adelante. Él le dijo que cada vez que la veía, tenía una apariencia distinta, por lo que las fotos estropearían la sorpresa. Ella le dijo que siguiera adelante. Él dijo que nunca se habían visto fuera de la *suite* del hotel. Imaginaba su apariencia fuera, en el mundo.

El espacio para archivo tenía posibilidades. El laboratorio era pequeño y estaba bien equipado. Tenía un espectroscopio, un fluoroscopio y los componentes químicos necesarios para trabajar en las páginas de Dwight.

Wayne desconectó el teléfono y se sentó a trabajar. Un rato antes había hablado con Carlos y Farlan Brown. Las noticias: Lionel Thornton había aceptado. Las noticias de Farlan: el presidente electo iba a enviar cartas de presentación para el personal que buscaría la ubicación de los casinos. También incluía pases para la farrá de la toma de posesión. Divertido, pero Mesplède quería al cretino de Crutchfield en el equipo. Wayne se ablandó. El cretino trabajaba barato y, llegado el caso, podía encargarse de alguna tarea molesta. Al menda había que atarlo corto.

El trabajo químico que le había encargado Dwight era improbable y agotador. Las páginas estaban tratadas con ácido carbónico y, si se le aplicaban productos cáusticos, ardían. Llevaba trabajando en ello a tiempo parcial más de dos meses. Había

destruido dos tercios del expediente de Joan Rosen Klein y no había conseguido recuperar ninguna tachadura. Aquella mañana había tenido una idea. Lanzar luz espectroscópica y fluoroscópica en las marcas de la máquina de escribir. Bombardear las líneas de la tinta con rayos de contraste. Frotar ácido hidróxico de pH elevado en las letras y ver qué se forma y qué se erosiona.

Preparó los tubos de luz, los documentos, la base ácida y las torundas. Se puso gafas de aumento ahumadas. Deslizó una página tachada en un secante absorbente. Dejó que las luces volaran. Entrecerró los ojos y creyó ver una S, una J, una R y una K mayúsculas casi microscópicamente delineadas. Advirtió que había extrapolado. Conocía la jerga que utilizaba el FBI en los expedientes y sus deducciones lo habían llevado a «SUJETO JOAN ROSEN KLEIN» y nada más.

Pero:

Podía sacrificar esa línea de tinta. Podía buscar las otras letras mayúsculas que lógicamente seguían a aquéllas. De ese modo podía refinar la iluminación y la técnica de aplicación.

Ahora, más luz. Desde distintos ángulos. Más ácido hidróxico, más/menos/más/menos...

Echó ácido sobre la posible «JOAN ROSEN KL» hasta el secante. El ácido se acumuló y burbujeó.

Las marcas de la máquina de escribir de «EIN» aparecieron débiles en la página.

Wayne tembló. Sacó la página de prueba e introdujo la página marcada como «cómplices conocidos». Contó catorce líneas tachadas de tinta y bajó las luces. Frotó el ácido hidróxico. Quemó líneas de tinta, las hizo desvanecer, las volvió borrosas y obtuvo las marcas de la máquina de escribir completamente ilegibles. Bizqueó. Ajustó las luces y quemó papel. Ajustó las luces y obtuvo borrones. Ajustó las luces, volvió a frotar y obtuvo los números visibles «7412». Más quemadas, más borrones, una U, una L, una T. Ajustó las luces y frotó otra vez. Obtuvo las marcas limpias de la máquina de escribir: «Thomas Frank Narduno».

(Los Ángeles, 27/12/68)

Los guantes de defensa personal rompían huesos y te protegían las manos. Multiplicaban el daño que hacían y minimizaban el daño que se hacía el que pegaba.

Dwight atizaba a un boxeador negro de pesos gallo llamado Durward Johnson. Lionel Thornton miraba. Johnson se parecía a Billy Eckstine menos en el bigote. El asunto tuvo lugar detrás de la casa de Johnson. La zona de Baldwin Hills era de negros acomodados. La calle trasera estaba asfaltada. Las vallas de las casas estaban decoradas con luces de Navidad.

Dwight soltó puñetazos. No se aplicó mucho y, a pesar de ello, rompió huesos. Thornton había estipulado que le pegara en la cara. Johnson se agarró a una tela metálica para no caer. Thornton se mantuvo alejado del alcance de las salpicaduras.

Directos y derechazos. Las mejillas y la mandíbula. No le jodas los ojos ni el cerebro.

La nariz se rompió sonoramente. Los dientes resbalaron sobre su lengua partida. Las costuras de los guantes de Dwight reventaron y de ellas salieron cojinetes. A Johnson se le cayó el tupé.

Se mantuvo derecho. Escupió un puente dental roto y alcanzó los zapatos de Thornton. Thornton hizo una mueca presuntuosa.

—Me follé a tu mujer, negro de mierda —le espetó Johnson.

Dwight le propinó un potente derechazo. Johnson se agarró a la tela metálica con las dos manos. Dwight se situó y esta vez se aplicó de veras. El golpe alcanzó a Johnson de pleno y lo derribó junto con un trozo de tela metálica. Dwight cayó con ellos.

El mundo se puso boca abajo. Las luces navideñas brillaban encima de él. Se puso en pie y ayudó a Johnson a levantarse. Thornton se había marchado. Johnson se coló en el patio trasero del vecino y se desplomó en una tumbona.

Dwight se quitó los guantes y volvió a su coche. Bajo el limpiaparabrisas había una tarjeta de visita.

Sargento Robert S. Bennett/División de atracos/DPLA. Debajo: «En el Vince and Paul dentro de una hora».

Aquel pedófilo era una mierda. El tipo abusaba de los niños y Joan quería que le hicieran daño. Le mostró a Joan la Polaroid. El perverso había recibido una soberana paliza. Entonces Joan le tocó el brazo. Él se inclinó hacia ella y dejaron que sus manos se rozaran. Se quedaron en aquella postura para decirse algo.



Durward Johnson era un saco de mierda. Thornton era un enano desatinado. Las manos le dolían. Era una situación desagradable. Le entraba aquella sed de ponerse hasta el culo de priva y esconderse.

Dwight flexionó las manos. Tenía dos dedos luxados. Le sangraban las cutículas. Tenía cojinetes bajo las uñas.

Antes del trabajo de Johnson había llamado a Joan. Hablaron de la toma de posesión de Nixon. Ella dijo que algunos rojos que iban por libre viajarían en avión al D.C. Tenían armas que podían rastrearse hasta un atraco a un banco de Florida. Habían planeado ponerse máscaras de Nixon y robar tres bancos la noche de la toma de posesión. Joan le dio los nombres y las direcciones.

Dwight llamó a la oficina de Miami. El equipo del banco detuvo a los cabrones en el aeropuerto. Iban hacia Austin, Tejas. Habían planeado atracar tres bancos vestidos de LBJ.

Entonces llamó a Karen. Le ofreció la voladura de un monumento para celebrar la detención. Karen iba hacia el hospital. Eleanor quería salir ya. Dwight oyó a Como Se Llame como ruido de fondo.

Vince and Paul estaba poco concurrido. Las camareras iban vestidas de Santa Claus. Dwight se sacó tres cojinetes de las uñas y manchó de sangre el mantel. Ordenó su única copa del día y nada más.

La camarera le trajo un *whisky* doble. El primer sorbo lo caldeó, el segundo encendió una alarma. Notó que sus piernas cobraban vida. Scotty Bennett se acomodaba en el reservado.

—Tendría que habérmelo dicho.

—¿Y quién se lo dijo? —Dwight removió la bebida.

—Los polis a los que pagó para que pegaran a Bowen.

—Entonces, vayan mis disculpas por delante. Es una operación del señor Hoover. Quería pasarlo a usted por alto.

—Usted está infiltrando a Bowen. —Scotty sorbió su *bourbon* con hielo—. Como los Panteras y los EE.UU. ya están muy infiltrados, envía a Bowen a la ATN y al FLMM.

—Extraoficialmente, sí —dijo Dwight—. Oficialmente, nuestras mayores posibilidades de éxito se derivan del altercado de Bowen con usted.

—Enderecemos este asunto. —Scotty chupó un cubito—. Quiero ver todos los informes sobre Bowen y toda la información archivada por el Buró.

—No —respondió Dwight.

Scotty mató su bebida. Su novia camarera le trajo otra.

—La AFN y el FLMM son unos payasos. No merecen que se trabaje en ellos. En el asiento de un retrete no sabrían encontrarse el culo.

—Discrepo. —Dwight sacudió la cabeza.

—¿Por qué?

—Son criminales profesionales con agravios válidos. Un sector nada despreciable

de esta sociedad condona sus actos. En este tipo de organizaciones hay una norma básica. El psicópata más feroz asume el liderazgo y crea el programa, y la ATN y el FLMM tienen unos cuantos que son fuera de lo común.

—Habla como un abogado —sonrió Scotty.

—Es que lo soy.

—Y conoce a los psicópatas porque ha pasado veinte años haciendo trabajos violentos para el señor Hoover.

Dwight levantó el vaso. *Touché*.

—Lo que no me creo es eso de los «agravios válidos».

—Vamos, sargento. Los dos somos policías blancos. No hemos creado el mundo pero ambos sabemos cómo funciona y ambos sabemos que no se puede permitir que las gentes de color cabreadas se aprovechen de la situación y quieran joder al mundo porque los de su raza han recibido maltrato y unos jóvenes blancos drogados piensen que son gente enrollada.

Scotty hizo chasquear los nudillos.

—Si Bowen la caga, por sí mismo o en el contexto en que usted lo ha situado, no dudaré en detenerlo por ello. Eso significa cualquier acción criminal. Eso significa que actuaré unilateralmente, sin temerles a usted, al señor Hoover, al jefe Reddin o cualquier otro que esté implicado en esta operación.

Dwight hizo chasquear los nudillos. Se le vieron los puños de la camisa. Los tenía manchados de sangre.

—¿Guardará silencio sobre esta operación?

—Sí.

—¿Desistirá de tender una trampa a Bowen o de perseguirlo activamente?

—Sí.

—¿Me informará de cualquier soplo que reciba sobre la ATN y el FLMM?

—No.

—¿Dejará en paz a la ATN y al FLMM mientras dure esta operación?

—No.

—Suponga que paso por encima de usted y hablo directamente con el jefe Reddin.

—No lo hará —sonrió Scotty—. Los dos sabemos adónde nos llevaría eso.

—Retrocedamos un paso y hagámonos alguna concesión —sonrió Dwight.

—Yo primero —dijo Scotty—. ¿Me informará de cualquier atraco a mano armada inminente que vayan a llevar a cabo miembros de la ATN o del FLMM?

—Sí. Mis parámetros operativos son muy estrictos en eso. Bowen me informará de los robos inminentes y yo le informaré a usted.

—¿Y si Bowen no los conoce y yo me entero de esos robos inminentes?

—Entonces, aumente su prestigio y cárguese a esos cabrones con mis mejores deseos.

—¿Y cuál es mi concesión? —Scotty levantó el vaso.

—Hable del odio que siente por Bowen con otros policías, con sus informantes, con cualquiera que le escuche. Cuanto más le odie, más influencia tendrá él sobre los hermanos.

—Eso no es demasiada concesión. —Scotty se encogió de hombros—. De todos modos, ya lo estoy haciendo.

La gramola se puso en marcha. La música sonó muy ALTA. Dwight la desenchufó. La música descendió y murió. Dwight se ganó unas cuantas miradas desconcertadas.

Scotty se desperezó. Se le vio todo el instrumental. Pistolera, pistola bajo la axila, nudillos, navaja.

—Es Navidad. Pídale otra concesión a Santa Claus.

—Procure no matar a Marsh Bowen. Va contra la naturaleza de usted, pero es lo que debe hacer un blanco sensato.

—Trato hecho. —Su novia camarera se acercó. Él le indicó con un gesto que se alejara.

—Tengo muchos informantes en el lado sur, ¿sabe?

—Sí, ya sé que los tiene.

—Hoy me ha llegado un bonito soplo.

—Escucho.

—Marsh Bowen es maricón.

El hospital mandó un telegrama al local. Eleanora Sifakis, tres kilos trescientos gramos, sana. «La madre lo llamará pronto».

Dwight se sirvió solamente una copa más y se puso hielo en las manos. Su cabeza viraba bruscamente. Karen/Joan, Karen/Joan, Karen/Joan.

Sorbió la bebida. Se alivió los dedos. Su cabeza viraba bruscamente con Eleanora en la tierra y Marsh Bowen como maricón. El teléfono sonó a las 23:14.

Lo cogió. Era Wayne.

—He quemado casi todas las páginas del expediente y lo único que he conseguido es el nombre de un cómplice conocido. Thomas Frank Narduno. He oído campanas pero no sé dónde. ¿Te suena de algo?

Unas campanas enormes:

La víctima izquierdista de la Grapevine. Sospechoso de atracos en Nueva York y en Ohio. En el cadáver se encontraron aparatos de escucha.

Wayne hablaba de fluoroscopios y ácido hidróxido. Dwight colgó y se sirvió solamente una copa más.

La bebida lo abrasó y le provocó estremecimientos. Dwight marcó el número de teléfono con desmodulador.

En esos teléfonos no sonaba la señal. Sólo un débil:

—Hola, señor Holly.

—¿Puedo dormir contigo esta noche?

—Sí —respondió Joan.

(En aguas cubanas, 27/12/68)

Aletas y olas agitadas. Mesplède tiró carnada. Los tiburones saltaron alto a cogerla. El claro de luna los hacía resplandecer. La lancha motora había salido del cayo de Boca Chico. Su destino: Playa de Varadero, Cuba.

Mesplède lo había llamado en L.A. Wayne lo había aprobado para los viajes a Nicaragua y a la R.D. del mes siguiente. El franchute había enviado un informe negativo sobre Panamá. Panamá quedaba fuera. Nicaragua también recibiría una valoración negativa. La R.D conseguiría la aprobación. Cuba estaba cerca. Su caso estaba todo ahí.

Crutch tomó dramamina. Estaba verde del mareo. Quería fortificarse: priva, pastillas, hachís. El franchute había dicho *nyet*.

—Esto será íntimo, Donald. Quiero ver tu rendimiento.

Llevaban cuarenta millas recorridas. Llevaban ropa militar gastada y la cara tiznada. Llevaban cuchillos de combate y Magnums con silenciador envueltas en plástico.

La escolta de tiburones cabeceó y saltó. Mesplède les habló como si fueran bebés. La carnada eran vísceras de gato. Mesplède tenía un compinche con un pit bull asesino de gatos llamado Batista. Batista era un veterano del Kuerpo Kanino de la bahía de Cochinos. Ansiaba matar gatos en una Cuba libre.

La lancha zumbaba y aplastaba olas. Crutch luchó contra los recuerdos: La casa de los horrores, el acta de la reunión, Joan Klein y Thomas Frank Narduno.

Un tiburón rozó la lancha. Mesplède le hizo fiestas. La carnada olía diez veces peor que la mierda de gato. Llegaron al punto de las diez millas. La carnada se acabó. Mesplède apagó el motor y dejó que las olas los acercaran.

El oleaje los llevó a la orilla. Golpes, salpicaduras y agua en la lancha hasta las rodillas. Crutch tomó más dramamina y respiró hondo.

Divisaron la orilla. Soltaron el ancla en unos bajíos a unos sesenta metros de la orilla. Llevaban binoculares infrarrojos. Vieron a cuatro milicianos jugando a cartas en una mesa plegable.

Inteligencia de los exiliados. Un tipo del Consejo para la Libertad Cubana le había dado un soplo al franchute. Los jugadores de cartas: todos torturadores de la cárcel de La Cabaña. Allí castraban a insurgentes derechistas. Los martes por la noche salían de sus barracones y jugaban a cartas.

La lancha estaba amarrada. Los gritos de las gaviotas ocultaban el sonido de las cuerdas contra las rocas. Crutch se puso las gafas. Mesplède se puso una máscara. Llevaban las armas envueltas en tres capas de plástico.

Se metieron en el agua. Estaba helada. Nadaron en diagonal. Una línea de árboles de la playa ocultaba la luna. Los que jugaban a cartas fumaban. Las puntas de los cigarrillos brillaban. Eran pequeños adminículos que les permitían ver.

Llegaron a la playa y se tiraron al suelo. La arena oscura y la arena blanca los cubrieron. Se quitaron la máscara y las gafas. Respiraron mejor. Crutch comió arena y peleó con los calambres de estómago.

Estaban a tres metros de la mesa. Dos formas rodando por la arena. Cinco objetivos, doce balas. A quemarropa.

Mesplède dio la señal. Se pusieron boca abajo, dos manos apuntaron y dispararon. Los cañones destellaron, los silenciadores emitieron un sonido vacío, oyeron el impacto corporal. Saltaron astillas de la mesa. Vieron que los cigarrillos caían. Oyeron impactos en el cráneo y vieron a dos hombres que se desplomaban hacia delante.

Quedaban tres en pie. Unos objetivos con gran masa corporal. Tres hombres que hablaban y desabrochaban las pistolas.

Mesplède disparó. Crutch disparó. Les arrancaron las piernas, los derribaron y les dispararon en el estómago. Crutch hundió la cabeza y comió arena.

Eco del silenciador y ruido de las olas. Las gaviotas gritando y nadie abre fuego como respuesta.

Crutch alzó la cabeza. Mesplède se hallaba junto a la mesa. Había sacado la linterna. Crutch se acercó.

Tres muertos. Cinco puntas de cigarrillo que todavía brillaban.

—Córtales el cuero cabelludo —dijo el franchute.

Crutch sacudió la cabeza. El franchute lo agarró del pelo y lo arrastró hasta la mesa. Crutch se golpeó las rodillas y se hundió en la arena. Tenía a un hombre sin cara a un beso de distancia. El hombre tenía la línea del cabello quemada por la pólvora. Colgaba un trozo de piel.

El franchute miró. Crutch sacó su cuchillo. Dijo una idiota plegaria infantil y hundió la hoja. Pasó del pedazo de piel que colgaba y entró desde la cuenca del ojo.

(Las Vegas, 27/12/68)

Estaban en la cama y Mary Beth llevaba el jersey que le había regalado él. Le estaba demasiado grande. Escondía la barbilla dentro del cuello de cisne y lo miraba. Se subía las mangas hasta cubrirse las manos.

—No hay ninguna garantía de que vayas a encontrar a mi hijo, pero estás decidido a emplear ese dinero y ese tiempo de todos modos.

Las cortinas del dormitorio estaban descorridas. Los neones de Nixon estaban apagados. Ahora los hoteles vendían la alegría de la Navidad. Los neones verdes le recordaban aquella esmeralda. Era como un sueño revivido.

—No hay ninguna garantía de que lo encuentre, pero mi intuición sigue diciendo L.A. Estoy montando una red de informantes allí, por lo que siempre cabe la posibilidad de que surja algo.

—¿Has hecho antes alguna cosa parecida?

Wayne se separó de ella. Notó su champú en la almohada, acercó la nariz y lo olió.

—Encontraste a Wendell Durfee, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí —respondió, mirándola.

—¿Y lo mataste?

—Sí.

Apoyó la cabeza en la almohada y lo miró a los ojos desde muy cerca. Lo hacía muy a menudo. Decía que los dos tenían aquellas vetas verdes.

—Eso ya me lo imaginaba, cariño.

(Los Ángeles, 27/12/68)

El Buró tenía una *suite* en el Statler del centro de la ciudad. El bebé de Karen había nacido a cuatro manzanas de distancia. Joan llevaba un vestido rojo. Dwight llevaba su traje gris más de federal.

En Wilshire parpadeaban luces navideñas. El anterior ocupante había dejado una botella de Ten High. Joan vio las manos heridas de Dwight y se las lavó con *bourbon* y una manopla. Le escoció. Dwight contuvo las lágrimas. Pensó en Thomas F. Narduno y se preguntó qué sabía Joan acerca de todo. Pensó en Karen y en Eleanora.

—Cuídate las manos —dijo Joan—. Tienes cincuenta y dos años.

—¿Cómo lo sabes?

—No te lo diré.

—¿Qué quieres de todo esto?

—Dime qué significa «todo esto».

—El trabajo. La oper...

—Estoy aquí porque quiero. —Joan le tocó los labios—. Si tú no me lo hubieses pedido, te lo habría pedido yo.

Las manos le ardían. Se le escapó alguna lágrima. Joan se puso de puntillas y se las secó de las mejillas a base de besos. Las luces de fuera los bañaban en colores extraños.

Se dejaron caer en la cama. Joan le sostuvo la cabeza y lo besó. Su aliento olía a cigarrillos y a vino. Le limpió las lágrimas con el pulgar.

Él la abrazó. Las manos no le servían de nada. Quería agarrarle el pelo. Sabía que aquello sería un martirio para las manos. No soportaba aquel sentimentalismo. Si le tocaba el cabello se haría daño y ya nunca querría parar.

Ella le echó la cabeza hacia atrás. Lo besó. Se inclinó sobre él y le agarró las muñecas y dejó que la melena le cayera encima. Él olisqueó los cabellos oscuros y mordió las hebras grises y la obligó a abrir las piernas con las rodillas. Ella le levantó los brazos y le inmovilizó las muñecas por encima de la cabeza. Las luces jugaban con el vello de su axila y con la marca de cuchillo del brazo. Ella vio que él lo quería. Le soltó las muñecas y lo dejó rodar de costado. Levantó los brazos y dejó que él la besara allí. Él se oyó jadear y los vio a los dos desnudos y supo que había perdido la noción del tiempo. Ella decía cosas. No eran exactamente palabras. Acaso fuera su nombre. Ella lo abrazó con ternura. Le tomó las manos suavemente y las dejó que rozaran aquí y allá. Él besó todos los lugares que sus manos habían tocado. Ella le sostuvo las manos y la cabeza allí en cada momento. Separó las piernas para que él la tocara y la saboreara allí y fuese retenido allí. Ella jadeó al tiempo que él jadeaba y



los ojos le ardían de todas las lágrimas y las manos ya no le dolían.

DOCUMENTO ANEXO: 12/1/68. Extraído del diario de Marshall E. Bowen.

Me cortejan. El ritmo es más lento del que al señor Holly le gustaría. Tanto la ATN como el FLMM me han encontrado, junto con los Panteras y los EE.UU. Eldridge Cleaver me ha invitado a almorzar. Ha traído consigo a un dudoso agente literario, que quería que escribiera unas memorias tituladas Hermano Cerdo: Un expolicía habla claro sobre lo que ocurre dentro del genocida DPLA. Decliné la oferta. El señor Cleaver me miró con suspicacia. En el gueto corre el rumor de que el señor Cleaver es un informante muy bien situado e informa a enlaces de distintas comisiones federales contra el crimen que ya no confían en que el señor Hoover valore la información de una manera racional. El hermano Cleaver tiene aspecto de informante/arribista, y creo que quizá lo haya visto en mí.

He dicho que no a los Panteras y a los EE.UU. Mi relación con Jomo Clarkson hace que me incline hacia el FLMM. Se rumorea que Jomo atraca licorerías. Si me entero de algo más concreto al respecto, informaré de ello al señor Holly.

Los clubes del lado sur son los principales brazos reclutadores de las dos organizaciones. Si uno frecuenta El Patio del Sultán Sam, El Bollo de Betty, El Nido de Nat, El Otro Mundo de Mitch, La Zorra Altiva, la sala de fiestas de Tommy Tucker y el Carolina Pines de Imperial Highway, los hermanos de ATN/FLMM lo abordarán. Son gentes que hablan sin ton ni son, que te halagan un poco y te instan a asistir a manifestaciones y a otras actividades programadas. Les gusta hablar y contar sus acciones delictivas. He conocido a macarras, falsificadores de entradas y ladrones que roban en librerías pornográficas. Un miembro de la ATN me dio licor de 95 grados de la destilería de su sótano y me llevó a un partido de los Lakers con entradas falsas. Ezzard Jones, un miembro destacado de la ATN que además posee un título en Teología falso, pide fondos con un éxito limitado en las iglesias del lado sur y se queja de que su novia se está enrollando con Joan, esa blanca persistente. Benny Boles me abordó en una barbacoa de la ATN y se me dispararon todas las alarmas. Fue condenado por atraco a mano armada en el 64 y, al parecer, en 1958 mató a su amante, que era chapero. Leander Jackson es agradable, con su leve cantinela haitiana, fastidioso en sus conversaciones sobre el vudú y difícil de imaginar como traficante de armas, exmiembro de la policía secreta haitiana Tonton Macoute e importante conducto a los grupos izquierdistas del Caribe. J. T. McCarver monta timbas de dados para el FLMM, es un famoso ladrón de farmacias y suministra cócteles de pastillas a los estudiantes del Instituto Jordan, mientras que Claude Cantrell Torrance, ministro de Finanzas y de la Extorsión del FLMM, suministra a los alumnos de la Escuela de Artes Manuales. (Nota: los miembros del FLMM son seguidores del equipo de fútbol de la Escuela de Artes Manuales; los ATN son seguidores del Instituto Jordan, y ambos grupos reparten intermitentemente panfletos de odio contra los blancos y mata a la pasma en los dos centros).

Ambos grupos promueven programas para dar desayunos saludables a los niños pobres del gueto.

A los blancos liberales les parece encantador y donan dinero que el FLMM y la ATN gastan en suministros para los panfletos, droga y armas. Los desayunos son actos muy entrañables y la prensa, excesivamente afectuosa con ellos, les dedica artículos y fotografías. La comida que sirven en esos desayunos se obtiene extorsionando a los comerciantes locales y los niños comen productos excesivamente endulzados. Después de los desayunos del domingo, suele haber unos actos llamados «convivencias», en los que se sirven Bloody Marys, se toma comida afro y se fuman porros. Son momentos hilarantes, de mensajes contradictorios y mezcla de razas. Sí, tío, queremos matar a la pasma, tío, y destruir la estructura de poder de los blancos, tío, pero tú nos parece enrollado.

Y todos esos blancos cabrones y estúpidos creen que son enrollados. Y esos blancos cabrones y estúpidos se sienten exaltados en presencia de militantes negros tan en la onda.

Así, el FLMM y la ATN son rivales y yo me muevo entre los dos grupos y mantengo los ojos abiertos.

En los dos grupos hay individuos perversamente malos, pero no veo que esa maldad se filtre a los demás miembros ni que la maldad agresiva de los grupos vaya en aumento. Los dos grupos tienen armas escondidas en pisos francos (al parecer, Joan Klein guarda armas de miembros de la ATN), pero ambos grupos mantienen una relación amorosa con las armas porque son la manifestación implícita de su masculinidad, aunque rara vez las portan ya que temen las redadas callejeras del DPLA. Se habla mucho de traficar con heroína para financiar la revolución, pero la «revolución» es, para esa gente, un libro de historietas cómicas, una quimera de polémica racista y dudo de que puedan juntar una cantidad significativa de dinero para comprar heroína.

Así pues, se dedican a la venta de propaganda, a organizar fiestas y manifestaciones, a ir de bares y a fanfarronear en abundancia. Los dos grupos venden ediciones del Libro Rojo de Mao y Los condenados de la tierra, de Franz Fanon. He leído ambos libros y ambos contienen sabiduría. Habida cuenta de mi vida en Los Ángeles, de las horribles historias sobre la vida que sufrieron mis padres en el sur, mi propia experiencia en el DPLA y las dos auspiciosas palizas que he recibido del DPLA, me solidarizo todo lo que me permiten mi alma y psique divididas en compartimentos. Pero ¿una revolución? ¿Conseguir algo que no sea un bien social efímero e

incidental? Esas personas se pierden en el juego pueril y egoísta de querer estar en la cresta de la ola. Las cosas al final irán mal y mis esfuerzos encaminados a la represión y la desarticulación tal vez se conviertan en mi bien social efímero e incidental.

Al «bien social» no puedo dedicarle ni una pizca más de tinta. Estoy aquí por la aventura y para resolver el atraco al furgón blindado y recoger el máximo beneficio económico posible.

Me cortejan. Yo escucho y aprendo. Creo que, dentro de muy poco, y basándose en lecturas erróneas de mi pasado como policía, me reclutarán para realizar específicamente actividades criminales.

A veces veo a Scotty Bennett patrullando. Siempre nos saludamos y nos guiñamos un ojo porque los dos nos aferramos a la idea del estoicismo y de comportarse con amabilidad mientras albergamos grandes emociones y odio. Scotty me regaló la llave de entrada al gueto y yo se lo agradezco muchísimo.

Ahora creo que ya he puesto las dos palizas en perspectiva. Siento que me están acercando más al dinero, las esmeraldas y los secretos del 24/2/64.

El señor Holly y yo seguimos hablando por teléfono público cada tres o cuatro días. Está buscando un enlace que me pase instrucciones de una forma más regular mientras él sigue dirigiendo la operación. He cedido a «la inclinación» en el Queen Ann Park varias veces desde Navidad y tengo que recordarme que debo ser más precavido y discreto. En Nochebuena tomé un café con Joan. Me pareció que se me insinuaba y, aunque no me va, en cierta manera, me afectó. La noche que dormí en casa de Jomo la vi o soñé con ella, lo cual es extraño en sí mismo. Las mujeres, en general, me resultan difíciles y a Joan la encuentro inquietante y un poco aterradorante. Tal vez ponga por escrito mis percepciones y se las haga llegar al señor Holly.

El señor Holly continúa preocupándose. Me descubro pensando en él mucho más de lo que debería.

DOCUMENTO ANEXO: 16/1/69. Extraído del diario de Karen Sifakis, guardado en secreto.

16 de enero de 1969

Eleanora berrea y me tiene despierta toda la noche y advierto que la alegría de Dina como niña crecida y ser moral en desarrollo me ha embotado para el debilitante régimen de una nueva maternidad, en esta ocasión a los cuarenta y cuatro años. No duermo, CSLL está siempre en L.A., para ayudarme, su presencia constante obstaculiza mi vida interior y de ningún modo compensa la ayuda que me presta con Eleanora. Desde que nació Eleanora, no he vuelto a ver a Dwight. La presencia de CSLL lo ha impedido. Dina echa de menos a Dwight y pregunta por él cuando CSLL no la oye. Yo le aseguro que pronto regresará para contarle historias perfectamente saneadas de sus aventuras con el FBI.

Anoche me hizo preguntas sobre J. Edgard Hoover. Su padre le ha contado historias (demasiado vívidas) de las cobardes acciones de Hoover durante el Terror Rojo (1919-1920). Dina me preguntó (de nuevo sin que Como Se Llame la oyera) por qué su padre odiaba tanto a Hoover mientras que Dwight lo tenía en gran estima. No le dije que Dwight y Hoover comparten una compleja historia moral y que su padre es un ideólogo ingobernablemente agraviado. Y que Dwight es un tipo confuso por todas esas ideas contrapuestas sobre la autoridad y que considera mejor explicar a los niños historias reconfortantes. Dina no lo entendió, lo cual es comprensible. Me pregunto cuán lejos ha llegado Dwight sirviendo al señor Hoover como pago de la deuda que tiene con ese hombre.

He traído a Eleanora a un casto matrimonio con dobleces y a un mundo lleno de conflictos y con Richard Nixon dispuesto a tomar posesión de la Casa Blanca. Dwight pronto le comprará extraños muñecos de peluche, como los cocodrilos que le trajo a Dina, y Eleanora crecerá creyendo que los depredadores (¡como Dwight!) son tiernos y mimosos. Y llegará un momento en que me pedirá a mí que le confirme todo esto. Si soy sincera, admitiré mi gran amor por ese hombre, lo que explicará por qué los ositos que su padre le trajo no poseen ninguna influencia emocional.

Echo de menos a Dwight. Voy a echar pronto a Como Se Llame de la ciudad para que podamos vernos y Dwight conozca a Eleanora. Creo que está colgado de Joan Klein, lo noto. Como siempre, rezo para que mis maniobras y las conexiones que he facilitado causen más el bien que el mal.

(Washington D.C., 21/1/69)

—Hemos soportado una larga noche del espíritu americano, pero mientras nuestros ojos vislumbran los primeros rayos tenues del alba, no maldigamos la oscuridad aún queda. Avancemos hacia la luz.

Tenían asientos de palco para el gran discurso. Habían preferido pases para el desfile. Tenían entradas para seis bailes de la toma de posesión.

El nuevo presidente se sumergía en los aplausos.

—Es un tipo blando —dijo el franchute—. Tendremos que circunvenir su falta de apoyo a la Causa cubana.

Crutch se tocó la aguja de la solapa. Oro macizo de 15 quilates. Había cortado los cueros cabelludos y no había vomitado. El franchute le había regalado la aguja. Celebraba su estatus de asesino a quemarropa. Todavía tenía pesadillas con aquella cuenca de ojo.

—Nuestro destino no nos ofrece la copa de la desesperación, sino el cáliz de la oportunidad. Aprovechémosla pues, no con temor sino con alegría...

Ahí está LBJ, exhausto y perverso. Ahí está Earl Warren, ahí, Pat, la *frau* de Dick, y ahí, el exvicepresidente Humphrey. ¡Eh, calvo, el francés y yo te hemos jodido bien!

Nixon recibió vítores y todo el mundo, puesto en pie, aplaudió. El franchute hizo como que roncaba. El senador Charles H. Percy lo miró mal.

Todo el mundo se quedó en pie y saboreó el momento. Crutch memorizó detalles. Las hijas de LBJ, unas terneras. Algunos Kennedy descarriados. ¡Eh, hijos de puta, el franchute se cargó a vuestro tío Jack!

Crutch se quedó de pie, aplaudiendo. La gente pasaba junto a él. Pensó en su madre y en Dana Lund. Se tocó la aguja de la solapa. Pensó en Joan. Pensó en su caso y en la cercanía de la R.D. El Tramposo pasó junto a él. Aquella mañana había apurado bien el afeitado. El Tramposo había pasado la Segunda Guerra Mundial en un atolón sin japoneses. Él, en cambio, había matado comunistas a quemarropa. Jack K había matado japoneses en su patrullera 109. Chorradas. Los barcos no contaban. Jack no había matado a quemarropa.

La gente empezó a dispersarse. Crutch rememorizó.

—Disfruta del papel extremadamente pequeño que has desempeñado en todo esto, Donald —le dijo Mesplède—, pero recuerda que nuestro destino está al sur de aquí.

—Dímelo otra vez, francés. Me gustará oírlo repetido.

—¿El qué?

—Dime que vamos a hacer dinero para comprar armas y cargarnos a los castristas.

—Vamos a vender heroína.

Saltaron de un baile a otro. El D.C. era todo limusinas y monumentos iluminados. El aire olía a pólvora. Casi toda procedía de los fuegos artificiales. El resto era de los negros de mierda que disparaban en el barrio de los negros de mierda.

Yippies con máscaras de Nixon serpenteaban entre el tráfico. Crutch vio un asalto con intento de robo junto al monumento de Lincoln. Compartían limusina con unos peces gordos del Partido Republicano y con Ronald Reagan. Crutch le dijo a Reagan que le gustaba mucho *Los hellcats de la Armada*. Al gobernador Ronnie le cayó bien Crutch y lo llamó «joven compañero».

La acción de un baile a otro fue confusa. Crutch vio un millón de caras famosas. Mickey Mantle, Floyd Patterson, presentadoras de programas de televisión. Y a un J. Edgar Hoover que parecía una momia.

Les llegó la noticia de una fiesta que se celebraba en el Hay-Adams. Montaron en un taxi pirata y tardaron dos horas en recorrer seis manzanas. El conductor era un negro jamaicano con el pelo trenzado y una boina de ganchillo. Dijo que era el amante de Pat Nixon. Tenía *ganja* de cultivo casero. Fumaron unos porros y escucharon su largo relato de viajes. El negro alabó los fantásticos chochos dominicanos y los previno con respecto a Haití. El vudú es real. Uno tiene que llevar un *gregre*, un buen amuleto africano. Hay que poner un pelo de coño de virgen en un relicario y colgártelo de la polla. Hay que jurar fidelidad al barón Samedi.

Llegaron al Hay-Adams. La carrera les costó doscientos pavos. El hotel le sonó familiar. Crutch captó el quid de la cuestión. El negro había dado muchísimas vueltas.

El vestíbulo era elegante. Mesplède saludó al general Curtis LeMay. LeMay lo saludó con su cigarro puro. Crutch memorizó. Puertas abiertas/música a todo volumen/Lucy Baines Johnson y un impasible actor maricón bailando el twist del perro guarro.

La fiesta era en la 1014. La puerta estaba abierta, el ruido era brutal, los asistentes, mafiosos y políticos. Crutch miró a la izquierda y vio a Bill Scranton y a Carlos Marcello. Crutch miró a la derecha y vio a Sam Giancana, abrazado a una tipa alta y morena.

Ella se volvió hacia Crutch y Mesplède. La madre que la parió: Gretchen Farr/Celia Reyes.

## **PARTE III**

### La zona zombi

(24 de enero de 1969 - 4 de diciembre de 1970)

(Los Ángeles, 24/1/69)

Black Cat triunfaba. La compañía de taxis estaba redecorada y ahora era birracial. Personal negro, cojefe blanco: Milt Chargin. Quédate con las paredes de terciopelo. Quédate con las franjas naranja y negro.

Fue idea de Sam G.: revivamos la Tiger Cab. Miami y Las Vegas, los tiempos antiCastro. Wayne, el trabajo es tuyo. Tigrifica esos taxis y haz que les guste a esos negros.

Junior Jefferson mordisqueaba un helado.

—Los tigres están bien, pero las panteras tienen más soul.

—Detecto una declaración política en eso —dijo Milt Chargin.

—No es política. Sólo es que estoy viendo a dos blanquitos más de los que veo normalmente y eso contribuye al mareo que me produce ese papel pintado a rayas de los cojones.

La choza estaba llena hasta los topes. Los cojefes ocupaban sillones reclinables. Wayne se apoyaba en el aparato de aire acondicionado de la ventana. Dos hombres estaban de pie junto a la centralita. Wayne los identificó por la foto de archivo: Marshall Bowen y Jomo Kenyatta Clarkson.

—Los pintores de los coches vienen hoy —dijo Milt—. Os flipará el nuevo aspecto. Les ponen cola de tigre a los parachoques traseros.

—Esto es pura palabrería de blanquito. Estás apropiándote de la identidad racial de este negocio. Los tigres son unos animales maricas que les gustan a los majaras. Las panteras son más mortíferas, pero tienen una distinción que acojona a los puñeteros blancos como tú.

Wayne bostezó. Estaba muerto de sueño. Por la noche, lo habían despertado dos llamadas. Sam: «Eres el supervisor de Tiger Kab». Dwight: «Tengo un trabajo para ti».

—Una cosa es la identidad y otra la comodidad, señor Clarkson. He ordenado que pongan aire acondicionado a toda la flota.

Jorro se rascó las cicatrices de machete. Políticas. Autoinfligidas. Marsh Bowen vestía de negro de pies a cabeza. No conseguía parecer siniestro. Parecía un modelo en busca de diversión en los barrios bajos.

—Me gusta —dijo Junior—. Los gordos son propensos a sudar.

Milt encendió un cigarrillo.

—Tienes que perder peso, gilipollas. La obesidad se cobra su precio más adelante en la vida.

—Para mí no va a haber un «más adelante en la vida». Se avecina una guerra de

razas y sólo espero no estar demasiado rollizo para correr.

Milt suspiró.

—Si se avecina una guerra racial —dijo—, ¿por qué te lo pasas tan bien conmigo?

—Porque eres un viejo judío hijo de puta muy gracioso y me haces reír.

Jomo lanzó una mirada feroz a Wayne. Junior le pasó un dibujo a toda página. Era una copia mimeográfica, una reimpresión borrosa. Unos cerdos del DPLA daban por el culo a los líderes de los Panteras Negras mientras Richard Nixon miraba y se la cascaba.

Junior daba lametones al helado.

—Quizá los hermanos de los EE.UU. están publicando esta mierda para desacreditar a los Panteras.

—El mundo no necesita más odio —dijo Milt—. El mundo necesita más amor. Las folladas y mamadas interraciales revitalizarían nuestra gran nación y nos ahorrarían mucha pena.

Junior dijo: «¡Puaj!». Wayne se rio. Marsh Bowen puso una mueca. Jomo lanzó una mirada fer000z. Entró una llamada en la centralita. Jomo no hizo caso. Unos neumáticos chirriaron en el exterior. Siguió a esto el estampido de un disparo y un estallido de cristales. Wayne calculó la distancia: media manzana.

—Nueva propiedad significa nuevas reglas. Eso no significa que esté aquí para poner trabas a nada que te lleves entre manos como negocio extra. Delitos menores, de acuerdo. Política, por supuesto. Trapichear con hierba y pastillas, por mí, está bien. Nada de heroína, nada de delitos violentos, nada de atracos a mano armada. Los Chicos no quieren y no lo toleraré. Soy exagente del orden, así que deberás acostumbrarte a cómo funcionan las cosas ahora.

Junior se encogió de hombros. Milt tragó saliva. Marsh se quedó sin expresión. Jomo sacó una navaja y grabó «FLMM» en la pared.

La hoja cortó hasta el zócalo. El yeso se desmoronó. El papel aterciopelado a franjas atigradas se despegó.

Wayne sonrió a Jomo.

—Me alegro de que hayas sacado el tema. A partir de ahora, el dos por ciento de los beneficios de Tiger Kab irán al programa de Alimenta a los Niños del FLMM.

Milt y Junior salieron. Marsh se echó a un lado. La navaja quedó clavada en la pared. El mango vibraba de la embestida. Jomo se hurgó los dientes con una aguja de corbata.

Wayne se acercó y extrajo la navaja. Limpió la hoja en la pernera de su pantalón y la dejó sobre la centralita.

Jomo se hurgó los dientes. La aguja se le escapó y le hizo sangre. Jomo se dio la vuelta despacio y salió.

Wayne pasó una nota a Marsh. Decía: «Soy tu enlace. En el Frances DriveIn, dentro de una hora».

Dwight lo explicó: Bowen era un gancho del FBI. Su trabajo: desarticular la ATN y el FLMM. Dwight aportó el expediente del caso y describió adónde habían llegado hasta la fecha. El plan específico de Dwight: heroína.

Wayne se quedó pasmado. Él cocinaba «H» y traficaba con ella. Había visto cómo jodía el gueto de Las Vegas y a las tropas americanas en Saigón. Dwight empleó la frase «guerra de drogas no letal». Era el lenguaje triplemente ambiguo de los federales. Aprobación pasiva del FBI a un comercio de narcóticos localizado. Represión y procesamiento para un efecto mediático.

Dwight dijo:

—Tú odias los narcóticos, claro. Pero esto salda todas tus viejas deudas.

Dwight dijo:

—Eres un expasma matón. Apuesto a que los hermanos se correrán de gusto contigo. Dile a Bowen que corra la voz sobre tu mierda de Las Vegas. Quiero crear una reacción ambivalente.

»Y, por cierto, Bowen es maricón».

Wayne se dio una vuelta por el lado sur. Estaba envuelto en contaminación. Los carteles de la calle lo atraían como imanes. Modelos negros hacían publicidad. Sé negro y fuma cigarrillos, sé negro y conduce coches llamativos, sé negro y bebe alcohol de marca. Condujo despacio. Los peatones lo miraron. Intentó leer expresiones en fracciones de segundo.

Aquél era su sitio. Tenía asuntos allí. Quizá Reginald había pasado por la zona. Estaba construyendo un expediente. Había requerido de nuevo a los del Sheriff del condado de Clark y había encontrado más documentos. Le mandarían copia del informe pronto.

Tenía trabajo en L.A. y trabajo en Las Vegas. Los Chicos tenían *suites* en los hoteles del Conde. Ahora, Nixon era presidente. Había derogado enseguida las leyes antimonopolio de Lyndon Johnson. Los Chicos vendieron a Drácula el hotel Landmark y ochocientas hectáreas en lo mejor de Las Vegas. La nueva fijación de Drácula eran los residuos atómicos. Las pruebas subterráneas lo tenían cagado de miedo. Convocó a Wayne para que le explicara la fisión nuclear. Drácula creía que los rayos de la bomba A aumentaban el impulso sexual de los negros.

El trabajo consistía en delegar. Envío a Mesplède y al cretino al sur. Mesplède dijo no a Panamá como ubicación de los casinos. Siguió parada: Nicaragua. El trabajo era fastidioso. Mary Beth continuaba presionándolo para que le diera detalles. Él aplazó contárselos y la presionó sobre el trabajo de ella. Mary Beth describió remuneraciones irrisorias, disputas administrativas y planes de salud efímeros. Él escuchó a breves lapsos de tiempo y en su mente lo mezcló todo. Era su mundo contra el de ella. Aquello hizo que se le disparara la cabeza.

Se reunió de nuevo con Lionel Thornton. Hablaron de transferencias de dinero y del blanqueo final de activos. Fue tenso. Thornton lo sentó cara a cara con el retrato



del doctor King. El resultado fue una especie de choque de mundos.

Thornton era un cabrón que trataba a sus trabajadores como basura. Wayne le dijo que contratara a un equipo de mantenimiento del sindicato y que echara al grupo de no agremiados. Thornton refunfuñó. Wayne le dijo que saldara la deuda con la cooperativa de crédito de sus empleados. Thornton descargó un puñetazo en su escritorio. Wayne le dijo que las cañerías de la sala de correo tenían amianto. Que constituían un riesgo para la salud. Por favor, ocúpese del asunto ahora. Thornton dio una patada a la mesa y se rayó el zapato. Wayne saludó al retrato.

—¿Qué sabes de mí?

—Sé que mataste a tres yonquis negros en dudosas circunstancias cuando trabajabas en el DPLV.

—¿Y aparte de eso?

—Aparte de eso, sé que buscabas a un hombre llamado Wendell Durfee, que violó y mató a tu mujer.

—Hasta el momento, todo correcto. ¿Sabes qué fue de Wendell Durfee?

—Lo mataron aquí hace un año. Es un caso no resuelto de la División Central. No me sorprendería que dijeras que lo hiciste tú.

El drivein estaba en un solar de Oreo, en la frontera racial. En la parte de atrás había un garito de *jazz*. Las camareras eran negras y blancas: chicas bonitas en patines.

Estaban en el coche de alquiler de Wayne. Las bandejas entorpecieron sus movimientos y les obligaron a sentarse de lado.

—Lo hice yo.

—Me lo imaginaba. ¿Quieres que haga algo con la información?

Wayne revolvió el café.

—Haz correr la voz de manera juiciosa. Por aquel entonces, estabas en el DPLA. Describe tu presencia en la escena del crimen. Fue tan brutal que no hay palabras para describirlo. Los investigadores me acusaron de ello, pero mi padre tenía demasiada influencia.

—¿Qué sabes de mí?

—Dwight Holly me hizo un resumen y me mandó por télex el expediente completo. Sé lo de Scotty Bennett, tu trabajo con Clyde Duber y la operación hasta la fecha.

—¿Y qué valoración haces?

—Desapruebo el aspecto de la heroína, pero es viable en el contexto general.

—¿Teatralmente viable? ¿Cómo poner todo tu bagaje racial a plena vista de los hermanos?

Wayne sonrió:

—Cuéntame cosas. Rumores, percepciones, cómo lo ves hasta ahora.

Marsh intentó cruzar las piernas. La bandeja se lo impidió. Casi parecía intranquilo.

—Los dos grupos me cortejan. Dudo que puedan mover narcóticos, así que esa estrategia podría resultar problemática. Ha habido una serie de robos en licorerías en el lado sur, acompañados de rumores sobre sospechosos militantes negros, pero nada más subjetivo que eso. Ya sabe lo de esas caricaturas racistas. Esto es Panteras contra EE.UU., o viceversa. Aunque mis hermanos más propensos a ver conspiraciones creen que es el FBI. El señor Holly me ha asegurado que no.

Una camarera se acercó patinando y saludó a Marsh al pasar. Parecía una Mary Beth más joven.

—Esta noche hay una salida —dijo Wayne—. Llamémosla una fiesta de presentación para el personal de Tiger Kab. Te quiero allí. Convince a Jomo y al menos a un hombre de la ATN de que vayan. Hay unos clubes nocturnos que quiero comprar. No me importaría revolver un poco de mierda política con testigos.

La camarera volvió a pasar sobre patines. Marsh le lanzó una sonrisa de falsa lujuria. Wayne sacó la foto de Reginald Hazzard. Marsh la estudió y pestañeó.

—¿Lo has visto?

—No. ¿Quién es?

—Un joven que busco. En la foto tiene diecisiete, pero ahora tiene veinticuatro.

Marsh sonrió con afectación. Desliz de actor, bandera roja: Wayne lo captó.

—Dime lo que estabas pensando. Sé franco o este trato nuestro no funcionará.

—Me preguntaba si te propones matarlo.

Wayne miró a la camarera. Tenía los ojos de Mary Beth.

—Ahora estoy apartado de esa modalidad de trabajo.

—Me alegro de saberlo.

—¿Has oído en las noticias, recientemente, eso de que unos negros recibieron esmeraldas anónimamente en el correo?

Marsh parpadeó y dijo que no.

Los pintores pintaron a rayas una limusina Lincoln del 63. El Muertemóvil de JFK, en plan gabarra de jungla. L.A. Sur como río Estigio.

Los asientos traseros se miraban. Los tipos estaban sentados rodilla contra rodilla. Wayne, Marsh, Junior, Milt. Jomo y el armero de la ATN, Leander James Jackson.

Cristales tintados. Estéreo en los asientos traseros. Archie Bell and the Drells por seis altavoces. Ron 151 y cigarrillos de hierba con filtros de Kool.

La barcaza zarpó del aparcamiento de Tiger Kab. Conducía el delgado hermano de Junior, Roscoe X. Wayne se mantuvo sobrio. Los demás se dieron el gusto. Milt bromeó. Nixon chulea a sus hijas para cubrir la deuda de la campaña. El gay Edgar Hoover ansía grandes pollas negras. Junior chupó bombones helados y plátanos bañados en chocolate. Jomo y Leander pusieron miradas de «te odio». Marsh observó a Wayne de soslayo.

Pasaron junto a redadas del DPLA. Jomo bajó la ventanilla e imitó el sonido de

un cerdo. Llegaron a La Zorra Altiva. Una negra a lo Moms Mabley hacía un ridículo monólogo e insultaba al público. Señaló a Milt y a Wayne. Eran dos blanquitos hijos de puta con querencia por las negras que buscaban comerle el chocho a alguna chica con la regla. Ese vampiro puede ganarlos en eso. Le haría el cunnilingus a medio L.A. Sur y volvería a dormir en su ataúd antes de que terminemos de contarle.

Wayne observó a Marsh de reajo. Marsh soltó risas de gueto convincentes. Cobraron vida rostros de ficha policial. Ahí está Benny Boles. Es un marica. Ha salido de pesca. Mira a Roscoe X. Ahí está Joseph Tidwell McCarver. Es el «Gobernador Panafricano» del FLMM. Está con tres putas. Él y Jomo se saludan tocándose los puños.

Un conjunto de yonquis reemplazó a la cómica. El pianista se durmió y se dio con la cabeza en las teclas. El grupo se largó. La barcaza los dejó en El Bollo de Betty. El espectáculo iba de mujeres encapuchadas con consoladores. Las luces estroboscópicas enfocaban los puntos de inserción. La música de fondo era de los Beatles, «All you need is love».

A Milt y a Jomo les gustó. Leander y Junior apartaron la vista. Wayne decidió comprar el local. Estaba abarrotado. Tenía potencial para blanquear dinero.

Siguiente parada: El Escorpión. Un bufete de comida de negros y una partida de dados con apuestas bajas. Hacía de croupier una chica en topless con un peinado afro de dos palmos. En los reservados del fondo se movían más cabezas afro. Una mamada costaba diez dólares.

Jomo y Leander pusieron esa mirada. Marsh y Wayne observaron. Intercambiaron leves gestos de cabeza. Intercambiaron ondas telepáticas: Marsh, a tu salud.

Compremos el lugar. Es una cueva de hacer dinero. Don Limpio hará brillar ese verde.

El grupo se trasladó a El Patio del Sultán Sam. Wayne estaba colocado del humo de los porros. Compra el local. Decisión fácil: es la una y está a rebosar. El garito tenía un aire a Lejano Oriente. Las camareras llevaban turbante y saris que transparentaban. Las paredes estaban tachonadas de grandes piedras de colores. Las verdes le recordaron a Wayne aquella esmeralda. Era un sueño revivido.

Echó el anzuelo en busca de caras de ficha policial. Enganchó una cerca. Ezzard Donnell Jones, jefe de la ATN. Estaba con una mujer blanca. Wayne los vio desde atrás. Ella tenía una melena oscura con cabellos grises. Unos aros de humo perfectos se dispersaban encima de su cabeza.

El grupo ocupó tres mesas. Wayne observó cómo Marsh ahuecaba las manos y las movía rápidamente. Desmenuzó dos bencedrinas hasta hacerlas polvo. Lo recogió en el cuenco de la mano, fue de mesa en mesa e hizo algunos trucos de magia de cerca. Echó polvo en el *whisky* con leche de Leander. Agitó el vaso y se acercó a Jomo. Jomo tomaba *bourbon* con un chupito de licor de malta. Marsh lo distrajo y echó polvo en las dos bebidas.

Wayne asintió. Marsh le devolvió el gesto. Wayne se tocó el reloj de la muñeca.

Marsh extendió un instante diez dedos.

Eran las dos. El grupo bostezaba. Milt habló de comida. Junior dijo: «Me apunto». La *gestalt* circuló: el Pines, en Imperial Highway.

El consenso sobre comer algo se impuso. Se encaminaron a la barcaza. Milt y Junior fueron los primeros en sentarse. Wayne y Marsh se apoltronaron. Jomo y Leander tuvieron que colocarse el uno contra el otro. Los dos se erizaron al contacto.

La barcaza zarpó. Jomo y Leander chocaron con el zarandeo. Los dos se encogieron, rehuyendo el roce. Movieron los hombros y se separaron unos centímetros. Wayne y Marsh se sentaban frente a ellos. Milt y Junior dormitaban. Jomo se veía mohíno y colocado. Leander empezaba a estar puesto de bence.

Torció la boca. Sus manos hablaron. Unos tironcitos de los pantalones, unas pequeñas arrugas y sonrisas. Se tocó con Jomo en un vaivén. Jorro se apartó. Los pies chocaron. Se inició un forcejeo de zapatos: cabrón, no invadas mi espacio.

Jomo empezó a poner unos ojos muy grandes. Pero bueno, ¿qué es esto? Se rascó, se desperezó, chocó con el pie de Leander. Wayne dio un codazo a Marsh: vamos allá.

Marsh dijo:

—Eh, Leander. No estoy seguro de tragarme toda esa mierda del vudú y de los Tonton que has estado contando. Vuelve a explicármelo.

—Esa mierda no va conmigo —intervino Jomo—. Toda forma de palabrería mística mantiene esclavizado al hombre negro. Haití es un lugar de zánganos afeminados. El vudú lo inventó el hombre blanco francés para mantener al hombre negro encadenado y jodiendo con gallinas muertas.

Leander encendió un Kool extralargo. Inhaló y lo quemó hasta el filtro de una calada. Exhaló por la nariz. Todo el asiento trasero se colocó.

—El vudú me ha dado poder para hacer esto. El aliento del dragón. Papa Doc puede hacerlo y también la mitad de mis amigos de los Tonton. ¿El 151 os parece fuerte? Probad el klerin. Probad hierbas y toxina de pez globo. ¿Quieres joder al hombre blanco? Buscad un *bokur* para zombificarlo. Un *bokur* le hizo un hechizo a ese cabrón dominicano, Trujillo. Eso de que lo mató la CIA es un bulo. Te dedicas a matar haitianos y los zombies vienen a por ti. Es la pura verdad, muchacho.

Jomo encendió un kool extralargo. Inhaló y tosió y se le cayó el cigarrillo y le quemó los pantalones. Se puso a maldecir y se sacudió de encima la colilla.

Leander se rio. Dijo:

—El FLMM jode con gallinas muertas. La ATN jode con guapas hermanas negras.

Jomo sacó la navaja. Leander sacó la navaja. Los dos retrocedieron para tener más espacio. Asestaron el golpe. Cada arma por su lado, simultáneamente, a la altura del pecho, con toda la fuerza. La tela se rasgó. Las hojas cortaron abrigos y americanas y fallaron el blanco. La de Jomo se partió. La de Leander se torció. Rozó el brazo de Jomo y se hundió en el respaldo del asiento.

Los dos se lanzaron contra el otro dando zarpazos y buscándose los ojos. Leander enseñó los dientes y mordió a Jomo en el cuello. Wayne dejó que siguieran un par de segundos más. Entonces Marsh saltó por telepatía. Milt y Junior siguieron durmiendo. Roscoe X sacó la barcaza de la calzada.

(Los Ángeles, 26/1/69)

Mostrario de fotos:

Wayne Tedrow besando a una mujer negra. Una instantánea cortesía del FBI. Un agente de Las Vegas la había tomado en el exterior de la *suite* de hotel de Wayne.

Foto número 2: Eleonora Sifakis, con un mes de edad. Una futura fabricante de bombas en pañales. Se parece a Karen, no a su maridito de polla de cacahuete.

Al señor Hoover le encantó la foto de Wayne. El muy loco: la mujer y su ascendiente como enlace. Una pelea a navajas entre grupos la primera noche.

Dwight echó la silla hacia atrás. El local tapadera estaba mohoso. En L.A. hacía calor y llovía. El aire estaba cargado. Últimamente, fumaba más. Tenía la mesa atestada. El expediente de Thomas Frank Narduno estaba encima de todo.

El expediente era inocuo. Detenciones por sospechas, tendencias izquierdistas, sin lista de «cómplices conocidos». Narduno, muerto en el Grapevine. Narduno, el único nombre visible en la lista de CC de Joan.

Thomas Frank Narduno: sospechoso de robo en Nueva York y Ohio. Sin condenas, sin procesos pendientes en Ohio ni en Nueva York. No constan fechas en el expediente de Narduno. Constan fechas de Ohio en el expediente de Joan: las dos, de 1954. También constan: dos detenciones por robo en L.A., en el 51 y el 53. Sin números de caso ni otros procesos pendientes.

Dwight colocó el expediente de Joan junto al de Narduno y releyó los dos otra vez. Nada en ellos le hizo «¡Bu!». Había enviado télex a los departamentos de Policía de todas las ciudades grandes y medianas de Ohio y Nueva York. No consiguió nada sobre Joan Rosen Klein y Thomas Frank Narduno. Joan le había dicho que un policía la había pegado en Dayton, Ohio. Dwight inquirió al DP de Dayton sobre los atracos sin resolver, en torno al 54. Había dos casos, atracos para llevarse el dinero de sendas nóminas, sesenta de los grandes en total. Hombres enmascarados, sin mujeres, caso cerrado. Hizo que le mandaran el expediente por télex. No había menciones a Narduno, a Joan o a sospechosos izquierdistas. ¿La declaración de «redadas masivas al azar» de Joan? Tal vez decía la verdad.

Dwight encendió un cigarrillo y abrió la ventana un par de dedos. El viento y la lluvia desordenaron los papeles. Apoyó a Eleanor en la lámpara del escritorio.

Joder: Joan Rosen Klein y Dwight Chalfont Holly.

Ya llevaban un mes. El Statler, el Ambassador, el Hollywood Roosevelt. Puntos neutrales. El local tapadera era para Karen.

Hablan y hacen el amor. Discuten la operación y evitan el «¿Qué quieres?». Es protocolo de informante y pacto de amantes implícito.

Joan estaba estrechando lazos con la ATN. Marsh era amistoso con la ATN y el FLMM. Los dos estaban intrigados por esas caricaturas que inundaban el Congo. Joan las atribuía al FBI, colaborador-HERMANO MAAALO. Se equivocaba. La mayoría de los dibujos denigraba a los Panteras y a los EE.UU. Algunos denigraban a la ATN y al FLMM. Él lo consideraba arte callejero amateur. No le sonaba a provocación premeditada.

Incitación al odio.

La muerte del doctor Fred, todavía por resolver y obstruida por Jack Leahy.

El viento derribó a Eleanora. Dwight cerró la ventana y volvió a levantar la foto. Echaba en falta a Karen. Eleanora engullía el tiempo de Karen. Como Se Llame había vuelto a L.A. para colaborar. Karen no sabía lo que había ocurrido con Joan. Tal vez la presentía. Él no se sentía culpable. Sentía que estaba abarcando demasiado. Aquél era otro frente que le comía energías.

Agarró la papelera y sacó la foto de Wayne. La semana anterior había hecho pesquisas en el DVM y había identificado a la mujer anterior. Mary Beth Hazzard. El descontrol de Wayne en Las Vegas Oeste. La viuda del predicador muerto.

Buscó la ficha de ella en el DVM. Comparó la foto del permiso de conducir con la del beso. Fue un momento supremo de caerse de espaldas. Lo devolvió inmediatamente al recuerdo de Joan.

—¿En qué piensas?

—En un amigo mío y la mujer con la que está.

—Cuéntame de él.

—Está metido en La Vida a regañadientes. Tiene una preparación brillante y es competente y propenso a las catástrofes.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

—¿Estás dispuesto a contarme más?

—No.

—Normalmente, eres tú el que hace todas las preguntas.

—Lo sé, es verdad.

Una feria de negocios había llenado el Stater. Se oían portazos en el pasillo. El alboroto festivo persistía.

Llovía fuerte. Tenían las ventanas abiertas para que entrara la brisa. La calefacción de la habitación se disparaba de vez en cuando. Ellos apartaban la sábana y volvían a echársela a cada rato.

—Leander Jackson y Jomo Clarkson tuvieron un altercado. —Lo sé. Recogí a Leander en el hospital.

—¿Él te llamo?

—Sí.

—Ahora eres de la ATN a todos los efectos.

—A todos, no.

—Cuéntame.

—No pienso hacerlo.

—¿Todavía?

—Sí, todavía. Necesito un momento para discurrir algo. Te lo haré saber cuando el asunto esté decidido.

Dwight bostezó. Su cuota de pastilla/trago lo tumbó temprano. Joan dijo:

—Deberías probar a dormir.

Él apagó las luces. Sacó los pies de las sábanas para refrescarse un poco. Joan echó a un lado los cabellos, cruzó una pierna por encima de él y acurrucó la cabeza en su hombro. Él puso la mano en la cicatriz.

Cuatro horas, insomne. Un repaso de estos días.

Joan había desaparecido. No había dejado notas de despedida, sólo marcas de lápiz de labios. Ésta, en la almohada extra.

Descolgó el teléfono de la mesilla de noche. Necesitaba café del servicio de habitaciones y línea con el D.C.

Oyó unos clics por el auricular. Pulsó la tecla de colgar y oyó tres más, débiles.

Se acercó a la ventaba y miró hacia abajo. En la salida de vehículos había mucha actividad. Vio disolverse una sombra. Vio aros de humo alzándose sobre la marquesina.



(Managua, 28/1/69)

Un basurero pachuco en un lago. Estatuas de *führers* notables. Campesinos, hispanos de ciudad y pasmas con subfusiles Sten. Todo muy raído.

No había vuelos de Hughes hasta allí. Volaron con la Nica Air al aeropuerto de Xolotlán. Era invierno, bochornoso y sofocante. Los niños rodearon el taxi vendiendo cromos de béisbol. Los loros esquivaban los monumentos y los bombardeaban a cagadas.

El tráfico era lento. Los gases de los tubos de escape, densos. Los coches llevaban tubos de escape de antes de los sesenta. La mayoría de las calles conmemoraban fechas: calle Veintisiete de Mayo, calle Quince de Septiembre. El franchute dijo que todo se refería a la revolución sofocada.

Atracción menor, escapada, respiro. Nicaragua no era lugar para comprar y fue una escala estéril. A continuación venía la R.D.

Surgió a lo lejos un punto de luz. El francés tenía un contacto allí, un excoronel de marines. El tipo estaba allí en aquel momento. Vivía en la R.D. de forma permanente. Llevaba en Santo Domingo desde la guerra del 65. La red mercenaria del franchute convocó un encuentro más tarde.

El tipo se llamaba Ivar Smith. Aceptó escribir el informe favorable a la R.D. para Wayne y los italianos. El día antes, Smith había llamado al francés. Dijo que conocía a cuatro cubanos anticastristas. Eran maaalos. Les encantaría ocuparse de los crímenes con motivación política desde la R.D.

El taxi esquivó a un peón con un carro de bueyes. El franchute se hurgó la nariz y arrojó cuatro monedas a unos mendigos. Crutch jugó con la insignia de la solapa y volvió a pasar algunas cintas en su cabeza.

El D.C., noche de la toma de posesión, el Hay-Adams. Ahí están Sam G. y Gretchen/Celia. Mesplède conoce a Sam. Mesplède no la conoce a ella. Presentaciones de dos segundos, *auf wiedersehen*.

Más tarde, él le dijo al francés: ésa es la ladrona. El franchute se encogió de hombros y sólo dijo una palabra: Cuba.

Un loro descendió en picado y se posó en el alféizar. Crutch le dio de comer Fritos de una bolsa. Volvió a pulsar la tecla de repetir y retrocedió a Nochebuena.

Casa de los horrores, el escondrijo, el acta de la reunión comunista. La fecha: 6/12/62. Los nombres: Bergeron, Narduno, Joan.

Por entonces, la casa era propiedad de la Cámara de Comercio de Hollywood. Tres comunistas consiguieron acceso. Él fue a la Cámara y charló con un funcionario. Mala noticia: la casa estuvo sin alquilar en otoño/invierno del 62.

El loro se comió todos los Fritos y chilló, pidiendo más. Crutch intentó acariciarlo. El muy jodido le picó en la mano y echó a volar.

Había seguido a pie a Sam y Gretchen/Celia hasta el hotel Willard. Allí tenían *suites* separadas. Al día siguiente, forzó la entrada en la de Gretchen/Celia. Localizó su libreta de direcciones. Sacó un equipo de búsqueda de huellas y espolvoreó la tapa allí mismo. Obtuvo una latente de Joan Rosen Klein.

Las páginas de la libreta estaban en clave: letras extrañas, números y símbolos. Fotografió con una Minox cada hoja y volvió a dejar la libreta donde la había encontrado. Se arriesgó muuucho y le dijo al franchute lo que había hecho. El francés llamó a un colega de la CIA en Virginia. Aquella semana llegaría a Managua un manual para descifrar claves. Comprobó los vuelos con destino al D.C. Sam volvió a Las Vegas. Celia Reyes: rumbo a Santo Domingo.

—Donald, te sangra la mano.

—Me mordió un loro.

—¿Rojo?

—Sí.

—Entonces, deberías haberlo matado.

El hotel Lido Palace estaba junto al lago. Unos tipos de la United Fruits ocupaban el bar y hablaban de golf y de opresión. En la máquina de discos sonaba la canción de la banana Chiquita una y otra vez. La UF gobernaba Nicaragua y desplegabla sus títeres, la familia Somoza. La disidencia era un enemigo persistente, parecido a la mierda de loro. La UF tenía una red de soplones y una fuerza policial. Su mandato: rechazar la revuelta roja.

Crutch y el francés se instalaron y bajaron al bar. Las camareras llevaban faldas con miriñaque y manojos de plátanos en la cabeza. El francés dijo que el país estaba en alerta roja. Los comunistas fumigaban con plagas las plataneras. El títere Somoza había jurado tomar represalias pronto.

Ocuparon un reservado exterior, junto a un estanque de carpas japonesas. Unos gatos lo rondaban, babeando por una cena de pescado. Lanzaban las zarpas y chapoteaban, pero ni por asomo se acercaban. Las carpas tenían sónar y radar.

Ivan Smith era un tipo alto con indumentaria de golf. Era un derechista con la lengua suelta tras tomarse unos Singapur Slings antes del mediodía. Era el ufano general de la R.D. y su comité de bienvenida. Dirigía una empresa de seguridad. Colaboraba con las escuadras de matones del jefazo Balaguer. Balaguer codiciaba aquellos casinos norteamericanos y anhelaba un opulento comercio turístico. Sí, escribiré ese informe. La R.D. es fruta madura. Yanquis, sí; comunismo, no. Queremos tu negocio.

Pagadme. Soy el conducto. Yo untaré a Balaguer. El contingente de la CIA, todos perros de presa alcoholizados. Balaguer era un fascista sutil. Violaba niños púberes

en privado y mostraba decoro en público. En esto era antiTrujillo. La R.D. presagiaba una bonanza turística. Los chicos de Smith y los matones de La Banda mandaban rutinariamente de vuelta a Haití a los negratos problemáticos. Balaguer tenía un doble plan: eludir el debido procedimiento y blanquear eugenésicamente el país hasta hacerlo tres tonos más claro. Los casinos atraerían a los ricos. Los chicos de Smith y La Banda servirían de barrenderos y camiones de la basura.

Sí, Haití estaba cerca. El río Massacre, apropiadamente llamado así, marcaba la línea divisoria. Smith cargó contra Haití y el vudú. Papa Doc Duvalier violaba Haití como Trujillo la R.D. A Trujillo lo llamaban el Chivo. Había hecho una campaña relámpago contra los asentamientos haitianos en territorio de la R.D. Fue un asunto de mierda racial. Los dominicanos de tez clara tienen raíces españolas. Detestan a los haitianos, negros como la tinta, con su religión de joder gallinas y su sentimiento francés. Los haitianos tienen aliados izquierdistas. Existe un grupo comunista llamado el Movimiento Catorce de Junio. Smith y La Banda lo reprimen por gusto y para mantener el ánimo alto.

¡Vaaaya, seis Singapur Slings y todavía sigue en pie!

En la costa norte de R.D.-Haití hay una pequeña ciudad. Allí manda un Tonton Macoute corrupto. Es un buen punto de estacionamiento para operaciones cubanas. Calas aisladas a mogollón.

Smith siguió largando sobre aquellos cubanos maaalos. Ahora estaban en Managua. Todos eran unos completos asesinos. Todos tenían un currículum amplísimo de heroína. Trafican con droga de farmacia robada a través de un grupo de accionistas de la UF en Miami. Hay algún ex CIA en el grupo. Un miembro destacado: Bebe Rebozo, el colega de Dick Nixon.

Manzanas podridas. Se centran en farmacias propiedad de filocomunistas. Hicieron trabajos en Guatemala y Honduras. Presuntamente, esta noche atracarán una farmacia aquí.

Smith dejó de hablar paulatinamente. El rostro se le puso rojo subido. Mesplède lo relevó.

Quiero conocer a los cubanos. Puedo conseguirles trabajos de capataces de obra. Tengo credenciales en la heroína. Quiero organizar operaciones antiCastro.

Smith salió del bar tambaleándose. Le quitó un plátano de la cabeza a una camarera y le dio un mordisco, con piel y todo.

El listín telefónico estaba en español. Crutch arrancó la página donde venían las farmacias. Managua tenía el tamaño de un villorrio. Seis establecimientos, no más. La ciudad se extendía en forma de parrilla. Calles y avenidas se cruzaban. No había visto nunca un golpe a una farmacia. El francés dormitaba. Veamos a los cubanos en acción.

El recepcionista le dio un plano. Managua era pequeña y se recorría enseguida.

Estaba llena de braceros. Las mamasitas cocinaban pasteles de carne en barbacoas construidas con eslabones de cadena y cubos de basura. Era carne de paloma. Había palomas posadas por todas partes. Los niños las abatían con escopetas de perdigones y las metían en bolsas de papel.

Árboles bonitos, brisa del lago, edificios de colores chillones. Policías con botas de agua y porras envueltas en alambre de espino. La parrilla lo facilitaba. Crutch encontró cuatro farmacias enseguida. Parecían inocuas: estantes iluminados, pasillos estrechos, hispanos con bata blanca detrás de los mostradores del fondo. Grandes anuncios de cartón de Listerine y Pepsodent. Sin vibraciones de «róbame».

Crutch tomó la calle Central abajo hasta la avenida Bolívar. Jóvenes hispanitos exhibían palomas muertas. Crutch les arrojó centavos americanos y contempló las peleas que siguieron.

Número 5: un garito con una gran cruz roja y una máquina de Coca-Cola gigante. Sin vibraciones. Eran casi las seis, hora de cerrar. Hasta mañana.

Crutch dobló la esquina de un callejón. Imán ocular: Farmacia Gonzalvo. Un lugar pequeño con un cartel grande y chillón.

Niños enfermos suplicando. Nixon con colmillos. Eslóganes comunistas en rojo brillante. Muchos signos de exclamación.

Cuatro cholos al otro lado de la calle, en un Mercedes del 55. Sí, tienen cara de maaalos. Su coche parece satánico. Escapes Lake, faldones rebajados, cueros cabelludos en la antena del coche.

Son auténticos. Pelo oscuro latino, cuero crudo curtido, puntadas en las costuras.

Crutch atajó hasta la calle principal. Hizo un reconocimiento y encontró un paseo peatonal detrás de la fila de edificios. Faltaban cuatro hasta la farmacia, quizás encontraría una ventana lateral sin cerrar.

Se agachó y avanzó encogido. Llegó a la parte de atrás de la farmacia y se asomó a las ventanas. Las traseras estaban cerradas con barrotes. Vio las estanterías de la droga y a tres boticarios trabajando. Las ventanas laterales no tenían barrotes. Una estaba ligeramente abierta para ventilar. La tapaba un gran cartel de cartón colocado sobre un caballete.

Hueco para pasar. Un escondite.

Crutch abrió la ventana dos dedos más y se coló por ella. Golpeó el cartel con las rodillas. Agarró la parte del caballete y lo mantuvo derecho.

Miró alrededor. El cartel era un anuncio de crema Noxzema para la piel. Una chiquita guapa se untaba los brazos desnudos y hacía oh, la, la. Un encargado echaba a dos clientes. Los tres boticarios estaban en el mostrador ordenando recetas.

Vista privilegiada. Ahí está el reloj, son las 5:58, entran los cuatro bandidos.

El encargado pone cara de fastidio. Los chicos se despliegan. Uno mira un bote de fijador para el pelo Brylcreem, los otros tres van hacia el fondo. El encargado se vuelve de espaldas y ordena el estante de los caramelos. El hombre del Brylcreem saca un revólver con silenciador y camina directamente hacia él. El encargado se

vuelve y dice: «¡Oh!». El del revólver le mete el cañón en la boca y le vuela la tapa de los sesos. Sonido sordo de silenciador, rociada de sesos y hueso. No hay estruendo. El encargado se limita a escurrirse por la estantería hasta el suelo y morir.

Los boticarios siguen trabajando. Uno de los tipos se acerca con una pasta de dientes Ipana. Uno de los tipos se acerca con Clearasil. Uno de los tipos se acerca con Vick's VapoRub. Los boticarios se la huelen. Uno se pone a llorar. Uno se aferra a la medalla de su santo. Uno intenta huir.

El tipo de la Ipana saca el arma y les dispara a todos, dos veces. Caen amontonados. Sus alaridos y borboteos se entremezclan confusamente. El tipo del Clearasil salta el mostrador y se dirige a la caja fuerte de la droga dura.

La sangre goteaba de un estante de productos para el asma. El tipo del VapoRub mojó el dedo. Encontró un espacio despejado en la pared. Escribió: MUERTE A TODOS LOS PUTOS ROJOS.

Crutch volvió a pie al Lido Palace. Llegó con las piernas temblorosas. Los tipos del golpe habían entrado y salido deprisa. Él abandonó su punto de observación temblando y sollozando. Robó una Coca-Cola y Bromo-Seltzer y se lo tomó para que no se le revolviera la bilis. Anduvo vacilantemente hasta el bar, tomó tres *whiskies* y subió a la habitación tambaleándose.

Habían dejado sobre la cama un paquete envuelto en papel marrón. El matasellos era de Langley, Virginia. Quitó el envoltorio. Un envío del franchute: aquí está el libro de claves.

Sacó las fotos de la libreta de direcciones de Gretchen/Celia. Las dispuso sobre la mesa. Hojeó el libro de claves y buscó el índice de contenidos. Vio un apartado de «Índice de Símbolos». Fue a la página. Montones de símbolos, descritos alfabéticamente. Las diferencias geográficas y políticas en texto entrecomillado.

Crutch estudió las fotos. Los símbolos de Gretchen/Celia: figuras de palotes con unas X marcadas y artísticos fondos rayados. Hojeó el libro de claves. No había números o letras que correspondieran a los números y letras de Gretchen/Celia. Volvió al «Índice de Símbolos» y empezó por la A.

Llegó a la H. Vio «Hechizos» y «Haití, vudú». Vio números relacionados con dibujos relacionados con letras. Unos cuantos números y letras encajaban con la mierda de Gretchen/Celia. Vio variantes de sus figuras de palotes y de sus marcas en X. Leyó el texto: «La descripción de un hechicero vudú del caos espiritual mientras un sujeto/víctima es sometido a un hechizo».

Casa de los horrores, el verano pasado. Las marcas allí, los símbolos aquí, la deducción expresada.

Ya está: las páginas de Gretchen/Celia eran una maldición en papel y un libro vudú de los muertos.

Los Ángeles

Fue una pelea a navajas menor con consecuencias políticas mayores para dos grupos políticos sumamente menores. Sin embargo, yo lo facilité y sucedió en el primer día de Wayne Tedrow como mi enlace.

Jomo sufrió laceraciones de poca importancia y Leander se llevó unas contusiones en el pecho cuando la hoja del arma de Jomo se partió. Wayne llevó a Jomo al hospital Daniel Freeman; le pusieron unos puntos y lo soltaron al cabo de unas horas. Yo llevé a Leander al hospital Morningside. En urgencias, confundió a los doctores ingiriendo varias píldoras de hierbas haitianas. Los placebos lo calmaron un poco. Jomo es del FLMM; Leander es de la ATN. ¿Por cuál me decanto? Es mi dilema personal, desde luego. Como siempre, me debato en esa enloquecedora disyuntiva: la construcción viable de una identidad negra y la dudosa construcción de una revolución llevada a cabo por una basura criminal que se propone sacar provecho de legítimas reivindicaciones sociales y culturales para enriquecerse.

Ahora percibo lo siguiente: el señor Holly sabía que yo tendría éxito como infiltrado suyo porque soy demasiado listo para aceptar la retórica revolucionaria y demasiado sofisticado para crearme la respuesta reaccionaria ingenua. El señor Holly entiende que la ambivalencia da forma a la actuación y que los actores son, en definitiva, egocéntricos y sólo se interesan por su contexto interpretativo. Me dejaré recorrer una delgada línea ideológica y arriesgarme realmente a una conversión a la militancia negra, porque sabe lo egoístamente motivado que estoy. Brillante, el señor Holly. Un descubridor de talentos incomparable. Designar a Wayne Tedrow como mi enlace ha sido provechoso para mí y para Wayne y ha tenido resultado inmediatamente. Un expolicía con enorme bagaje racial supervisa Tiger Kab; los hermanos creen que es un agente que actúa por su cuenta y les cae bastante bien. Y nadie sospecha que colabora con el FBI.

Los dos hombres me presionan: Wayne quiere que me alinee unilateralmente con la ATN o con el FLMM; el señor Holly quiere que dé algún tipo de facilidades al brazo vendedor de droga de la OPERACIÓN HERMANO MAAALO, un aspecto de mis deberes que Wayne desapruueba con un fervor casi calvinista. La heroína escasea por aquí; atribuyo esa relativa escasez a cierta forma de conciencia negra, si no de militancia. Así, no puedo delatar a miembros de la ATN o del FLMM por posesión o venta, ni podré de momento. Ha habido más robos de licorerías en el sur, llenos de rumores de sospechosos militantes negros, Pero mis indagaciones sutiles sobre el tema no han llevado aún a ningún nombre. Espero que la reyerta Jomo-Leander encone las diferencias entre las direcciones de ATN/FLMM y produzca algún descontento explotable. Entretanto, observo la situación.

Me he relacionado con una mezcla de farsantes Políticos. Están creando una burda imitación de la Sociedad de café neoyorquina de hacia 1930. Entonces, el Morocco, el Stork Club y el «21»; ahora, El Patio del Sultán Sam, El Escorpión, El Bollo de Betty. El tono de piel es más oscuro, las modas han cambiado, la barrera cultural se ha vulgarizado y revitalizado. A esta gente le encanta ver y ser vista. Ezzard Donnell Jones, Joan Klein, Benny Boles, Joe McCarver y Claude Torrance van de club en club casi todas las noches. Yo siempre me llevo un «¡adelante!», el lema de los Panteras Negras, o un «¡Eh, hermano!», porque soy una celebridad, un mártir y un valorpreciado, todo en uno. Creen que quiero ser uno de ellos y yo creo que ven mi falta de adscripción a un grupo como una muestra de timidez y de comprensible resistencia. Tenemos que dejar que el hermano escoja. Mierda, el hermano era un cerdo hijo de puta hace apenas unos meses.

Durante las últimas semanas, una inquietante andanada de caricaturas racistas ha inundado el sur de L.A. Mi dibujante y redactor de escritos racistas, Jomo, ridiculiza al autor y me ha convencido de que no han salido de su mano: «No es mi estilo, hermano. Esto es obra del señor Hoover, no tengo ninguna duda, joder». El señor Holly rebate eso —convincientemente— porque le gustan las confirmaciones o negativas rotundas, porque me ve como un hermano policía que está de su parte y porque no intentaría afirmar falsamente que el Buró está por encima de tales tácticas. Dwight Chalfont Holly, realista social, un hombre que llama al pan pan y al vino vino, y a veces al negro, negrata, mono, betún. El maestro del mensaje mezclado. Un crítico de la conducta vilmente abusiva del DPLA en el sur de la ciudad. Un hombre que reconoce con tristeza que la represión no da nunca resultado, que expresa un respeto bastante obsesivo por Martin Luther King y que disfruta haciéndome pasar por el actor serio en números improvisados de comedia de negros a lo Amos 'n Andy. Desprecio la tópica expresión «es algo serio», pero así es como definiría al señor Holly. La misma expresión cabe aplicar a su torturado ayuda de campo y casi hermanito pequeño, Wayne Tedrow. Quizá más a éste, incluso. Qué extraño que, de los dos, sea Wayne el verdadero asesino; qué extraño que parezca mucho menos llevado del ánimo racial y más capaz de mantener unas relaciones igualitarias con los negros. Me gusta Wayne; he disfrutado de los varios encuentros que hemos tenido enlace/infiltrado. He hecho correr la voz de cómo mató a los tres yonquis negros y a Wendell Durfee, el violador psicópata. Por supuesto, a los hermanos les encantó. Wayne ya se ha convertido en materia de ambiguo cotilleo de gueto.

Oooh, ese Wayne T. es maaalo.

Y algo más.

Llegué pronto a uno de nuestros encuentros. Pillé a Wayne desprevenido. Lo vi mirar la fotografía de una mujer negra. Wayne se mostró visiblemente turbado. Guardó la foto y me lanzó una mirada que era una brusca advertencia: No preguntes. No le pregunté a él; pregunté al señor Holly, quien contestó: «Wayne tiene cuentas pendientes con vosotros, negros de los cojones».

Busqué un poco en los periódicos de Las Vegas e identifiqué a la mujer como Mary Beth Hazzard, una administradora sindical. Tiene diez años más que Wayne y es madre de un chico llamado Reginald, desaparecido hace tiempo. Reginald Hazzard es el joven de la foto que me enseñó Wayne el día que nos conocimos; la ha estado enseñando a casi todo el mundo que encuentra en los barrios del sur y parece decidido a encontrar al joven, cueste lo que cueste. Mi investigación de la prensa también reveló esto: el año pasado, un drogadicto de Las Vegas Oeste mató al marido de la señora Hazzard, que era predicador, y luego se suicidó. Cosa asombrosa, el drogadicto fue acusado póstumamente por el asesinato del padre de Wayne en junio del 68. Más asombroso todavía: se rumorea en Las Vegas que Wayne y su difunta madrastra/amante mataron a Wayne Senior ellos mismos.

Wayne y el señor Holly me siguen absorbiendo a distintos niveles. No son policías que actúan por su cuenta, a lo Scotty Bennett; son autoritarios que van por libre. Y Wayne ha entrado en mi vida milagrosamente en el momento en que mis investigaciones sobre el golpe del furgón blindado habían resultado infructuosas y me encontraba de nuevo en la casilla de salida. En ese momento, conozco a Wayne. Me pregunta como si tal cosa si he oído historias de negros que recibían esmeraldas anónimamente. Me muestra una foto del joven negro que anda buscando. El joven tiene un vago parecido con el hombre quemado que conocí el 24/2/64. Siento que estoy entrando en un estado onírico afortunado. ¿Qué significa todo esto?

DOCUMENTO ANEXO: 11/2/69. Transcripción literal de una llamada telefónica del FBI. Encabezamiento: «Grabado a instancias del Director»/«Clasificado Confidencial 1-A: Estrictamente reservado al Director». Hablan el director Hoover y el agente especial Dwight C. Holly.

JEH: Buenos días, Dwight.

DH: Buenos días, señor.

JEH: Wayne Tedrow y la negra huraña, Mary Beth Hazzard. Sería negligente si no expresara mi horror y mi placer.

DH: Sí, señor.

JEH: La culpa adopta muchas formas. La señora Hazzard no es una negra guapa al estilo Lena Horne. Tiene tendencia, indudablemente, a frases como «poder para el pueblo» y predisposición a la música de Archie Bell and the Drells.

DH: Sí, señor.

JEH: Esta mañana está deliberadamente obtuso, Dwight. Pasó por algo parecido cuando deporté a Emma Goldman, en 1919.

DH: Sí, señor.

JEH: Sirhan Sirhan está siendo juzgado y los trámites formales de James Earl Ray deberían empezar en abril. ¿Diría que el Buró está a cubierto, en eso?

DH: Sí, señor.

JEH: ¿Y el homicidio del doctor Fred Hiltz?

DH: También, señor. Todo controlado. Jack Leahy ha enterrado el asunto.

JEH: Jack Leahy es para mí lo que Alger Hiss para el Comité de Actividades Antiamericanas y lo que Costello para Abbot. Es un traidor y un comediante de club nocturno sin gracia que ha ridiculizado mi afición a las antigüedades.

DH: Sí, señor. Nadie ha comprendido nunca del todo a Jack.

JEH: Fue compañero de usted en el 23. Se ocupó de la oficina de Milwaukee con él.

DH: Sí, señor. Lo recuerdo.

JEH: Esos dibujos que circulan por el sur de L.A. me tienen perplejo. Quiero que determine su origen inmediatamente y que me mande copias de todas esas obras de mierda.

DH: Me pondré a ello, señor.

JEH: Wayne Tedrow como enlace de Marshall Bowen. ¿Todavía defiende la elección?

DH: Vehementemente, señor.

JEH: ¿Por qué? Dígamelo. ¿Porque la viuda huraña del predicador al que mató ha infundido en el joven Wayne un exceso de soul?

DH: Sí, señor. En parte.

JEH: Y nuestras monadas congoleñas, la ATN y el FLMM, ¿colaborarán en nuestros planes y venderán heroína tarde o temprano?

DH: Creo que sí, señor.

JEH: ¿Y la hija recién nacida de la informante 4361?

DH: Vivaracha y sana, señor.

JEH: ¿Y su informante/enamorada más reciente?

DH: La tengo en mis pensamientos, señor.

JEH: Como usted está en los míos, Dwight.

DH: Gracias, señor.

JEH: Buenos días, Dwight.

DH: Buenos días, señor.

DOCUMENTO ANEXO: 13/2/69. Comunicación entregada en mano. A: Wayne Tedrow. De: coronel Ivar S. Smith, Cuerpo de Marines (retirado). Presidente de ISS Seguridad, Santo Domingo, República Dominicana. Anotación: «Entrega en mano solamente»/«Destruir después de leer».

Apreciado señor Tedrow:

Esta carta sigue al reciente viaje de su colega, Jean-Phillipe Mesplède, a la R.D. a fin de estudiar emplazamientos para casinos y explorar la posibilidad de construir tales hoteles-casino en este país. Me complace informarle de que el presidente Joaquín Balaguer está muy interesado en situar tales negocios aquí y ha comprometido considerables recursos en un esfuerzo por convencerlo de que vengan. Un breve resumen histórico le proporcionará una idea general de la R.D. y de nuestro vecino de isla, Haití, y sobre todo lo convencerá de que éste es un lugar seguro para los turistas norteamericanos y para sus supervisores y para el personal de sus hoteles-casino.

La R.D. comprende los dos tercios orientales de la isla de La Española, descubierta por Colón en 1492, y la capital, Santo Domingo, está considerada la ciudad más antigua del Nuevo Mundo. Innumerables conflictos en los que participaron España, Francia y Holanda condujeron a la independencia final de España; entretanto, numerosas batallas entre negros indígenas y los franceses llevaron a la independencia de Haití. Las relaciones entre la R.D. y Haití han sido siempre tensas y así se mantienen hoy día. Haití, no obstante, vive en un estado de terrible pobreza mientras que la R.D. se presenta como el modelo mismo de república sana y segura, proamericana y anticomunista. Las fuerzas armadas dominicanas patrullan masivamente la frontera haitiana, ayudadas por agentes de la unidad de inteligencia del propio presidente Balaguer, La Banda, en colaboración con mi empresa de seguridad. Las agencias mencionadas han reclutado redes de informantes y se ha prohibido y reprimido a fondo a la población haitiana de la R.D. y la inmigración ilegal haitiana a la R.D. Los haitianos son una raza de gente primitiva, muy creyentes en la práctica del vudú y manejables gracias al uso adictivo de un licor, el klerin, y de hierbas que alteran la conciencia. El presidente de Haití, François Papa Doc Duvalier, llegó al poder como patrocinador del vudú y reprime a su pueblo permitiendo el uso extendido de éste. Su policía privada, los Tonton Macoute, es reclutada entre las sociedades vudú e imponen éste como principal medio del presidente Duvalier para mantener el *statu quo* de su sociedad y para mantenerse en el poder. Bajo el gobierno del presidente dominicano Trujillo (1930-1961), se produjeron varias matanzas de emigrados haitianos rebeldes a manos del ejército dominicano; el 14 de junio de 1959, un grupo castrista llamado Movimiento Catorce de Junio llevó a cabo una fallida invasión de las costas de la R.D. La breve guerra civil de 1965 fue, en realidad, una farsa, severamente resuelta cuando el presidente Johnson mandó un contingente de marines a restaurar el orden en una nación que quería celebrar elecciones libres. Un izquierdista llamado Juan Bosch fue elegido de manera fraudulenta y se mantuvo en el poder brevemente. En 1966 se celebraron unas elecciones auténticamente libres. Bosch fue depuesto y el proamericano presidente Balaguer fue elegido legítimamente. La última unidad oficial de marines se retiró de la R.D. el 19/8/68.

El presidente Balaguer no es el ostentoso Rafael Leónidas Trujillo, pero sabe tener amordazada a la disidencia y entiende la importancia de mantener la nación limpia y ordenada que los turistas americanos y europeos quieran visitar. Tiene unas relaciones excelentes con los militares, si se requiriera mano dura o una limpieza de haitianos y de insurgentes izquierdistas. Y está dispuesto a invertir activamente en su plan de hoteles-casino facilitando terrenos gratuitos para la construcción de casinos en la propia ciudad de Santo Domingo y fuera de ella (ver informe anexo sobre estudios estructurales y de composición del suelo). Concederá a Hughes Air los derechos de vuelo exclusivos a pistas de aterrizaje exclusivas en el aeropuerto, construirá de su bolsillo más pistas para el incremento de vuelos y proporcionará campesinos haitianos y dominicanos sin experiencia para la construcción del casino. Una empresa de construcción de la que es propietario en parte suministrará los materiales a coste reducido y mi empresa de seguridad y La Banda están preparadas para proporcionar seguridad a las obras las veinticuatro horas del día. Estoy recomendando a cuatro hombres cubanos –WILTON MORALES, FELIPE GÓMEZ-SLOAN, CHIC CANESTEL y CRUZ SALDIVAR– como encargados de la vigilancia de las obras del casino. Son mercenarios cubanos; hablan con fluidez en español y en inglés y tienen relaciones de trabajo previas con los agentes de mi empresa y con los agentes de La Banda. Lo recalcaré otra vez: ni el riesgo de revuelta ni los embustes de los molestos grupos izquierdistas representarán ninguna amenaza para la construcción de los casinos y la presencia de emigrantes haitianos y campesinos dominicanos revoltosos será reducida antes de que alcance el punto en que pueda molestar a los turistas y visitantes. Cuando escribo esto, el presidente Balaguer está preparando un paquete de incentivos añadidos como manera de decirles «¡Bienvenidos!» a usted y a su grupo inversor.

En resumen, sólo puedo decir que usted y los suyos harían bien en decir «¡Sí!» a nuestra



propuesta. Serán bien recibidos en un país con un clima político estable, una economía sólida y una presidencia deseosa de echar una mano.

Sinceramente,

Ivar S. Smith, Cuerpo de Marines de Estados Unidos (retirado).

(Las Vegas, 16/2/69)

Los del Sheriff del condado de Clark enviaron más papeles. Wayne los revisó y clavó documentos en la pared.

Notas de interrogatorio: repeticiones de expedientes del DPLV. Informes repetidos de disposiciones, copias de expedientes borrosas.

La sala de los expedientes estaba atestada. Movamos esas cajas para hacerles un poco de espacio. Alto, aquí hay algo...

Wayne lo levantó. Una multa de aparcamiento, 29/11/63. Obstrucción de salida de incendios. 2082 Monroe Street, Las Vegas Norte. Reginald Hazzard fue multado la semana antes de desaparecer.

Era territorio trirracial. La base Nellis de las Fuerzas Aéreas así lo había decretado. La calle comercial era toda de garitos tragaperras y bufetes de a un dólar. Eran negocios monorraciales. Los blancos tenían el Trébol, los negros la Mezquita de Monty y los mexicanos el Álamo de Alberto.

Las calles residenciales eran mixtas y discurrían en diagonal. Wayne aparcó en Monroe y continuó andando. Había leído el informe de Ivar Smith y lo había resumido para los Chicos. Los datos del terreno y los estudios estructurales eran soberbios. Balaguer quería el negocio. Les pagaba él para que fueran y construyeran. Los Chicos dijeron, vamos allá. Wayne llamó a Smith a Santo Domingo. Smith dijo que Balaguer quería cincuenta de los grandes al mes para él. Wayne dijo que bien. Los Chicos dijeron que bien. Wayne propuso dar un pellizco a Dick Nixon por no entrometerse. Farlan Brown dijo, necesitamos un enlace telefónico-oral. El candidato de Wayne: Dwight Holly.

El presidente era un entusiasta de la policía y un FBI fracasado. Le encantaba charlar con tíos duros de los federales. ¿Dwight el Ejecutor? Nadie mejor.

Todas las casas eran de tamaño hormiga y de ladrillo erosionado. Las ventanas estaban tapadas con papel de aluminio para combatir el calor. Wayne empezó en el 2082 y fue llamando a las puertas. Eran las 4:10 de la tarde. Cabreó a residentes de tres razas en Nellis. Sonrió, dijo hola, enseñó la foto de Reginald. Obtuvo cuatro silencios y cuatro negativas directas.

Continuó caminando. Pasó una patrulla de la policía de Las Vegas Norte. Un agente lo reconoció y dijo «¡buf!».

Obtuvo tres silencios y nueve no es más. Pasó ante una casa con un garaje abierto contiguo. Vio a un negro hirviendo algo en un recipiente sobre un hornillo eléctrico.

Le llegó un olor a plantas tropicales y compuestos amoniacales.

El hombre lo saludó con la mano. Wayne se acercó. Los vapores lo echaron atrás. El hombre se rio y se rio.

Se dieron la mano. El hombre masculló unas palabras entre risitas. Tenía el acento de originario de alguna isla francesa. Wayne echó una ojeada al garaje. Era el laboratorio descuidado del individuo: equipo barato y botellas etiquetadas.

*Urera baccifera. Diodon holocanthus. Crapaud blanc. Theraphosidae E., Anolis coelestinus, Zanthoxylum martinicense.*

Polvos de plantas espinosas, irritantes tropicales, tarántulas terrestres, lagartos y sapos.

El hombre sonrió. Wayne dijo:

—Envenenamiento por tetrodixina.

El hombre hizo una reverencia:

—¿Es usted químico?

—Sí.

—¿Tiene algo más que contarme?

Wayne estudió las etiquetas. «Tremblador», «Desmembrados», pez globo, ortiga. *Dieffenbachia seguine*: una planta espinosa de primera.

—Espero que esté usando estos compuestos con propósitos benéficos.

—Oh, sí. Si puede considerarse benéfico eliminar una plaga de tuzas rabiosas que tengo en el patio de atrás.

—Entonces —Wayne sonrió—, le aconsejo que añada más amoníaco y que cueza el polvo hasta tener una pasta emulsionada.

El hombre agarró un lápiz y escribió en francés en un bloc de notas. Wayne identificó olores: residuo alcalino de diversas hierbas.

Sacó la foto. El hombre se puso las gafas e inclinó la pantalla de un flexo.

—Sí, he visto a este joven.

—¿Cuándo?

—Lo recuerdo perfectamente. Fue justo después de que mataran al presidente.

—¿Y las circunstancias?

El hombre se aplicó un ungüento en un corte del dedo. La piel se arrugó y se cerró en un instante. Wayne olió a sosa cáustica y a algo totalmente nuevo. El efecto lo dejó estupefacto.

—Era un joven agradable y un notable químico amateur. Había oído hablar de mí. Tenía curiosidad por las cualidades anestésicas de las hierbas haitianas, en especial sus propiedades anestésicas y retardadoras de la combustión.

(Los Ángeles, 18/2/69)

Emma Goldman, Moscú, Archie Bell and the Drells. La arteriosclerosis dispara la chifladura. El viejo sarasa ya no estaba en sus cabales. ¿Cuánto podía durar? ¿Cuánta mierda podía asignar todavía?

La mierda racial encubre la mierda del odio. El doctor King tuvo un sueño. El señor Hoover tenía una adicción a los libros de historietas gráficas.

Tiras cómicas de odio y sonetos de odio:

«Este cerdito fue al mercado. Este cerdito en casa se quedó. A este cerdito lo mató un Pantera, después de que su gran hueso le chupó».

Dwight fue de imprenta en imprenta. Elaboró una lista con un listín telefónico. Aquella mierda la había impreso un profesional. Tenía calidad de imprenta.

Llovía. Visitó dieciséis imprentas. Enseñó su basura de odio y creó malhumor en masa. La placa y los nervios indujeron conductas irracionales. Empleados atontados hicieron el signo de la paz.

Al señor Hoover le gustaba el signo de la paz. Era «la huella de la gallina americana».

Dwight condujo hacia el nordeste. Llevaba cinco horas haciendo visitas. El sur y la Miracle Mile estaban kaput. Lo siguiente era Hollywood.

Visitó una imprenta en Fountain y otra en Cahuenga. Entre alto y alto, sintonizó la radio policial. La frecuencia del DPLA le informó. Una marcha contra la guerra en el centro. Una manifestación de braceros en Boyle Heights. Montones de negros rumbo al sur.

Las visitas dieron por resultado un «no» y un «no, señor». Se dirigió al este. Visitó una imprenta en Vine y otra en Wilton. Un chico de cara picada de granos puso expresión de asco al ver la basura racista. Una *hippie* dijo: «Om».

Visitó una imprenta en Vermont. Olía a marihuana e incienso. Dos chicos del mostrador lo recibieron con una sonrisa boba. Nada más verlo, captaron a qué se dedicaba. La chica le pasó el porro al chico. El chico se comió la colilla.

Dwight enseñó el muestrario de racismo. El chico dijo:

—¿Y qué? No es ilegal.

La chica soltó una risilla. Los dos hojearon la basura. Dwight la desparramó para que la vieran mejor. La chica se concentró en el macho bien dotado. El chico dijo:

—Estamos en un país libre.

—¿Habéis imprimido aquí este material?

—Sí, claro. Es un país libre.

—Bueno, más o menos —añadió la chica con una risilla.

—¿Quién encargó el trabajo? ¿Qué aspecto tenía? ¿Quién lo recogió? ¿Cómo se pagó y/o dónde se envió?

—Esto es censura —dijo la chica—. Estamos en un país libre.

—Dwight se dirigió a la puerta, echó el cerrojo y volvió al mostrador. La chica se mordió el labio. Dwight flexionó las manos. El chico se amilanó.

—Fue una venta en metálico y se entregó en un lugar de Eagle Rock. A una mujer de aspecto fuerte, ya me entiende. Una de esas devoradoras de hombres con las que uno no querría nada.

Dwight sonrió:

—Cuarenta y pocos, morena, cabellos con hebras grises, gafas. Una cicatriz de arma blanca en un brazo.

Los chicos lo miraron, boquiabiertos.

—Decidme su nombre —dijo Dwight.

—Joan —dijo la chica.

El barrio era empinado y de renta tirando a baja. Tenía grandes vistas y panorámicas de autovías serpenteantes. Allí coexistían blancos corrientes e hispanos. Pegatinas de WALLACE PARA PRESIDENTE en los parachoques y coches de hispanos con la carrocería rebajada.

La dirección correspondía a un patio de bungalós con una mano de pintura jaspeada. Algún palurdo había violado el estuco blanco para que pareciese batik. Ocho apartamentos con ranuras para el correo en la puerta. Silencio de siesta a las tres de la tarde.

Dwight pulsó el timbre. Sonó un chillido como para despertar a los muertos. Acercó el oído a la rendija de las bisagras y captó un aire a habitación vacía. Esperó treinta segundos y metió la palanqueta de bolsillo en la jamba del cerrojo. La puerta cedió con facilidad.

Con demasiada facilidad. Impropia de Joan.

Entró y cerró con la cadena. Encendió la luz del techo y abarcó todo el apartamento con una mirada. Un salón-dormitorio, un baño-cocina. Una cama plegable extendida junto a la pared. Un escondrijo provisional, no un piso franco. Un lugar para poco tiempo, un recurso momentáneo para un fugitivo.

Dwight lo recorrió. Sabía que encontraría latas de comida en la cocina. Sabía que encontraría artículos de tocador baratos en el baño. Sabía que encontraría ropa que no le había visto nunca puesta. Dejó el armario para el final.

Vaqueros desteñidos, botas, vestidos veraniegos diseñados para resaltar sus brazos desnudos.

Lo tocó todo. Había registrado la casa de Karen una decena de veces. Nunca había tocado sus cosas más íntimas.

Se sentó en la cama. Había dos almohadas apoyadas en los barrotes del cabezal.

La lluvia arreció otra vez. El techo goteó a unos palmos de él. Apartó las almohadas. Por supuesto: una Magnum y un diario debajo.

El arma tenía cachas de goma. Las huellas no quedaban impresas y ayudaban a estabilizar el tiro. El diario era de piel negra y casi ingrávido. Aquello significaba nuevas páginas.

Lo abrió. Cayó de él una foto polaroid. Era él, durmiendo. El fondo era su habitación en el Statler. Estaba enroscado hacia el lado de Joan de la cama.

Dejó la foto. Le temblaba la mano. Se agarró al cabezal hasta que se le pasó. Sacó la única página. Estaba escrita a mano con las mayúsculas angulosas de Joan Rosen Klein.

ESTAMOS DECIDIDOS A CONSEGUIR LOS MISMOS RESULTADOS Y NOS IMPULSA UNA UTILIDAD CASI IDÉNTICA. NUESTRO OBJETIVO COMPARTIDO ES PERPETRAR UN CAOS CONTROLABLE. DWIGHT ESTÁ COMPROMETIDO EN FOMENTAR LOS FINES A CORTO PLAZO DEL FBI. QUIERO CREAR LA ILUSIÓN DE QUE LA OPERACIÓN HA ALCANZADO UN PUNTO LÓGICO Y EXITOSO DE SU CONCLUSIÓN. DWIGHT CREE QUE ESTA FINALIZACIÓN HARÁ DESCARRILAR EL MOVIMIENTO NACIONALISTA NEGRO. YO CREO QUE EL MOVIMIENTO SÓLO QUEDARÁ DESACREDITADO MOMENTÁNEAMENTE. DWIGHT HABRÁ HECHO SU TRABAJO Y HABRÁ LLEVADO A CABO SU MISIÓN HASTA UN FINAL COSMÉTICAMENTE ACEPTADO. EL RECHAZO DE TAL NO FINAL SERÁ UN CONTINUO Y CRECIENTE NIVEL DE INCREDELIDAD, DE ESPANTO MORAL Y DE CENSURA NO OFICIAL QUE CONDUCIRÁ CON EL TIEMPO A UN PLANO DE LIBERACIÓN INIMAGINABLE HASTA AHORA. EL FBI QUIERE QUE LA ATN Y EL FLMM MUEVAN HEROÍNA. EL FBI CREE QUE ESTO DESENMASCARARÁ LA NATURALEZA INTRÍNSECAMENTE CRIMINAL DEL NACIONALISMO NEGRO Y PONDRÁ AL DESCUBIERTO QUE LOS NEGROS EN GENERAL SON INTRÍNSICAMENTE DEPRAVADOS. EL OBJETIVO A CORTO PLAZO DEL FBI ES TENER UN POPULACHO NEGRO SEDADO; SU OBJETIVO A LARGO PLAZO ES TENER LA PERPETUACIÓN DE LA SERVIDUMBRE RACIAL. YO ARRIESGARÉ LA PROBABILIDAD DE LA MISERIA A CORTO PLAZO EN LA FERVIENTE ESPERANZA DE QUE LA DEPRAVACIÓN SOSTENIDA DE LA HEROÍNA CONDUCIRÁ A UNA RICA EXPRESIÓN DE IDENTIDAD RACIAL Y, EN ÚLTIMO TÉRMINO, A LA REVELACIÓN POLÍTICA Y LA REVUELTA. EN ESTE SENTIDO, VEO HORROR, ESPERANZA Y BELLEZA DONDE DWIGHT NO LOS VE. NUESTROS OBJETIVOS SON, A LA VEZ, CONTRARIOS Y PERFECTAMENTE SINCRÓNICOS. DIVERGIMOS Y COOPERAMOS EN IGUAL MEDIDA. SOMOS UNIÓN DEVOTA Y ALIANZA INCONVENIENTE.

HE INICIADO UN CAMINO PODEROSO CON UN PROVOCADOR RACISTA QUE ME HA DADO ALGO INSONDABLE Y PRECIOSO. PONDRÉ MIS OBJETIVOS POR ENCIMA DE LOS SUYOS EN TODA OCASIÓN Y CONCEDERÉ QUE NO PUEDO PREVER LOS DETALLES CONCRETOS DE NUESTRO VIAJE.

Una ráfaga de viento alcanzó la mosquitera de la ventana. Las páginas le volaron de la mano.

La palabra «camarada» rugió en su cabeza.

(Santo Domingo, 26/2/69)

Drácula los llevó volando. El Jefe mandó una limusina. Las pistas de aterrizaje eran de asfalto recién vertido. Los peones continuaron trabajando durante el aterrizaje.

Aeropuerto de las Américas: estrictamente de segunda categoría. BIENVENIDOS: efigies recortadas en cartón de Joaquín Balaguer junto a la caseta de aduanas.

Crutch y el francés bajaron del avión. El calor aturdió. Dos tipos de la Policía Nacional llevaron su equipaje a la limusina. Cuatro Harleys atronadoras la escoltaban. El coche era cosecha del 56. Las motos eran anteriores. Los policías llevaban abultados pantalones jodhpur y botas de tropas de asalto. La R.D., toma 1: Somos de renta baja, pero lo intentamos. No nos jodas. Te mataremos o te adularemos, según nos plazca.

La escolta se puso en marcha. El asiento trasero ya estaba refrigerado. En las antenas gigantes ondeaban banderitas. Cruces, cintas, «DIOS, PATRIA, LIBERTAD». De un cajón para el hielo asomaban botellines de combinados. Crutch y el franchute tomaron unos daiquiris y echaron una cabezada. Balaguer daba un almuerzo en su honor. Próxima parada, el Palacio Presidencial.

Crutch miró por la ventanilla. Una jodida isla. La playa no era playa. La roca pelada descendía hasta la rompiente. El malecón era una pasarela de medio pelo. Los acantilados eran rocosos y salpicados de hierbas pardas. El bulevar era medio asfalto, medio grava. El francés dijo:

—Aquí nos necesitan. Favoreceremos nuestros planes personales y revitalizaremos la economía.

Barrios de chabolas. Montones de negros y de híbridos negro-hispano. Casas de techo de hojalata: antigua y de caja de galletas reciente. Pintadas de colores que deslumbran: rosa subido, verde lima, amarillo canario.

Bajaron de la limusina en El Embajador. Era un Fontainebleau de segunda en un alto que dominaba un Miami de segunda. Al lado había un campo de polo. Unos hispanos de piel clara montados en caballos blancos golpeaban unas bolas blancas. Unas mujeres de tez clara observaban el juego desde unos carritos de golf. Llevaban vestidos veraniegos e iban untadas de aceite bronceador.

Los esclavos del hotel se desplegaron y los acompañaron presurosos hasta sus habitaciones. Éstas estaban equipadas con bar completo y cesta de chucherías. Crutch contempló la vista: casas de colores pastel, ríos cenagosos, ruina general. Estatuas erectas y tendidos de electricidad flácidos.

Pellízcame: estoy aquí.



Se cambió de ropa. Se puso un traje de algodón a rayas. Buscaba ese efecto de americano rancio/blanquito importante. Bajó otra vez. Mesplède iba elegante con un traje negro. Ivar Smith los esperaba en el vestíbulo. Estaba sorbiendo un cucurucho de helado con un chorrito de licor. Olía a crema de menta.

Volvieron a la limusina y partieron.

Crutch y Mesplède se pasaron a unos martinis de botellín. Las calles eran estrechas y la calzada, de tierra. Dos tercios de los transeúntes eran hispanos claros y mulatos. Los negros de verdad vibraban a vudú. Crutch volvió a pasar la cinta mental y retrocedió hasta Managua.

El libro de claves, la libreta de direcciones, los símbolos de vudú tachados. Veintitantos días de trabajo. Nada en claro sobre las cifras y letras de Gretchen/Celia.

Barrios de casuchas de techo de hojalata y gente pobre marchita del calor. Calles y avenidas con nombres de reyes de la caña de azúcar. Calles con nombres de fechas, como en Managua.

Muchos solares vacíos. Posibles emplazamientos de casinos, todos ellos. Dos en la avenida Máximo Gómez, dos en la calle Veintisiete de Febrero. La escolta era una masa de músculos. Las motos no llevaban silenciador. Los motores rugían.

—Estoy contratando peones —dijo Smith—. Dormirán en tiendas en la obra y harán turnos de doce horas. Los cubanos se encontrarán con ustedes en el hotel esta noche. Quieren viajar a la costa norte a buscar lugares adecuados para su otro asunto.

Tomaron la avenida San Carlos. La calle estaba bien pavimentada. Apareció a la vista el Palacio Nacional. Tenía una gran cúpula y estaba hecha de mármol rosa. Era una mini Casa Blanca, de color helado de melocotón.

Unos chicos desharrapados haraganeaban por la calle. Sostenían pancartas rematadas con banderas rojas. La mayoría era mezcla de negro e hispano, a lo Harry Belafonte.

Las puertas de palacio se abrieron. La limusina frenó y redujo la marcha. Smith abrió ligeramente la ventanilla y señaló. Aquello desató un tumulto.

Cerca de los chicos está aparcada una furgoneta. Al momento, salen de ella cuatro tipos duros. Todos son de piel clara. Llevan porras de cable de piano.

Cargaron. Los chicos corrieron. Los atraparon y los pisotearon y les zurraron las piernas con las cachiporras hasta saltarles la piel. Los chicos quedaron demasiado machacados y ensangrentados para sostenerse en pie. Gateando y arrastrándose, desaparecieron en un callejón. Todo duró diez segundos, como mucho.

Smith dio un lametón al helado.

—Los buenos son de La Banda. Son la gente personal del Jefe, que trabajan con mis chicos. Los malos son los del Catorce de Junio. Todavía han de entender que la disidencia tiene un precio.

El Jefe era un enano. Un metro cincuenta como máximo. Los recibió, «mi casa es

su casa», sin la menor sinceridad.

Balaguer conocía sus nombres. Los llamó señor Mesplède y señor Crutchfield. Mandó sus saludos al señor Tedrow y a su grupo de inversores. No dijo «los Chicos», «la Mafia», «la banda de Chicago». Smith llamó a Balaguer «Jefe». Balaguer lo asustaba. El Jefe le olió el aliento y sonrió con presunción. Smith se llevó unas pastillas de menta a la boca disimuladamente.

A continuación, una visita al palacio. Smith le pasó a un matón del Jefe un saquito. Crutch conocía su contenido: cincuenta de los grandes americanos. La visita era todo estatuas y óleos patrioterros. Trujillo, el reciente *führer*, estaba ausente. El franchute había participado en el atentado a Trujillo. El Enano no tenía idea. A Crutch le encantó aquello.

De almuerzo hubo ensalada de marisco y paella. Se presentaron tres mujeres de piel clara y el jefe local de la CIA. Las chiquitas eran cortesanas traídas para que no hubiera sólo hombres. Crutch se sentó donde podía verlo todo. Lo flanquearon el tipo de la CIA y el Enano.

No abrió la boca y contempló escotes. Mesplède entretuvo a las mujeres con sus tatuajes de pitbull. El hombre de la CIA se llamaba Terry Brundage. Bebía y hablaba al ritmo charlatán de Ivar Smith. Era un bromista. Se rio a expensas de Mesplède. Su colega quiere comprar una patrullera PT. ¿Es que sirvió en la Marina con JFK? ¿Ha estado alguna vez en Dallas? No serán ustedes traficantes de droga y bandidos anticastristas, ¿verdad?

Crutch no abrió la boca. Lo golpeó el término «secreto a voces». Una mujer se fijó en su actitud de mirón. Agitó la servilleta: ¡tú, aparta esos ojos!

El Enano habló pomposamente en inglés. Anunció su locución con unos carraspeos que equivalían a *ACHTUNG!* Habló de su Plan de Desarrollo Rural. Contó un chiste sobre Papa Doc Duvalier y una gallina. Ensalzó su Plan de Desarrollo Urbano. Construyamos unas cuantas casas prefabricadas para albergar a los pobres y bajar el índice de criminalidad. Construyamos edificios de muchos pisos para apartarlos de la vista.

De postre había sorbete arco iris. El Enano habló directamente a Crutch.

—¿Qué simboliza la insignia que lleva en la solapa?

—Que he matado a quince comunistas cubanos, señor.

El Enano movió la mano: *comme ci, comme ça*. Crutch se quedó inmóvil con la cucharilla levantada. Le cayó sorbete en el traje.

—Existe una palabra para los jóvenes como usted, señor Crutchfield. Es «pariguayo». El significado literal es «mirón de fiesta». Viene del tiempo en que los marines de Estados Unidos impidieron la extensión del comunismo en nuestro país. Describe la resistencia de los jóvenes marines a sacar a bailar a nuestras chicas.

EL OJO.

Oye que le dicen: «Córtales la cabellera». No puede hacerlo. Está tirado en la arena. La cara del muerto está quemada de pólvora. Le cuelga un pedazo de piel. Su cuchillo se cuelga en la cuenca del ojo. La hoja revienta el globo ocular. Él cierra sus ojos. No es capaz de mirar. Una presión a dos manos quiebra huesos de la órbita. Pone un pie sobre el cuello del muerto y prepara su plan de acción. El cuchillo tiene la hoja dentada. Sierra hasta desprender el cuero cabelludo. La presión del pie fuerza la salida de sangre por una herida en el cuello. Le moja las botas. Ahora, el cuello es una estación de servicio. El corte de cabellera se prolonga diez minutos. La presión del pie reconduce la sangre por las fosas nasales, las cuencas de los ojos y los oídos.

Entonces, unos crujidos y humo y...

Esto no va bien. Siempre me llevo la cabellera y la cuelgo. El francés siempre me aplaude.

Crutch despertó.

Estaba empapado de sudor, como en una sauna. Del aire acondicionado salía humo. Cogió un sifón y roció el fuego. Se produjeron unos chisporroteos y siseos. El humo se disipó y dejó un residuo de porquería.

Se asaba en la habitación. Abrió las ventanas y dejó entrar el aire. Quitó las sábanas de la cama y las mojó en agua fría en la bañera. Improvisó un tendedero de pared a pared con una cuerda de albañil que sacó de la maleta. Colgó las sábanas y puso en marcha un ventilador de sobremesa. Aquello creó una brisa fresca.

El Ojo, el Sueño. La sexta o séptima repetición.

Sacó el libro de claves y unas hojas en blanco. Sacó la libreta de direcciones de Gretchen/Celia. Empezó a contar letras, números y espacios entre las supuestas palabras. Un mes de trabajo. Código de sustitución. Las letras K y S, identificadas. Galimatías. Sin pistas sobre palabras completas.

Crutch estudió y trazó líneas teóricas. Las sábanas se hinchaban. 1 ventilador revolvió el polvo del aire.

Sonó el teléfono. Crutch descolgó. Mesplède dijo:

—Los cubanos están aquí.

Los asesinos de la farmacia. Ahora, socios.

El tipo del Brylcreem era Wilton Morales. El tipo de la Ipana era Chic Canestel. El tipo del Clearasil: Cruz Saldivar. El del Vick's VapoRub: Felipe Gómez-Sloan.

Todo el mundo se estrechó la mano y se dio palmaditas en la espalda. Los tipos se parecían y se confundieron en un único hispano. Cuatro hombres de estatura mediana. Todos cuarentones, todos en forma. Todos con bultos de armamento escondido.

Eran las 8:00. El encargo era nocturno. Mesplède mencionó el café. Canestel propuso anfetetas.

Saldivar sacó seis frasquitos. Morales dijo que habían dado un golpe en una

farmacia de Miami. Mirad: metedrina líquida de Mollencroft, una poción para la narcolepsia.

Se colocaron en el aparcamiento. La droga era ácida. Unos tragos de Pepsi la hicieron soportable. Gómez-Sloan tenía un Impala del 62. Tenía llantas de Jeep y un eje transversal de todoterreno. Se apiñaron en el interior y se dirigieron al norte.

Llegaron a la autopista Duarte. Dos carriles, sin divisoria. La ciudad dio paso enseguida al monte bajo y los cultivos de caña. Unos negros cortaban caña bajo los focos. Unos tipos de piel clara a caballo les daban órdenes. Las luces iluminaban amplias extensiones rurales.

Unos carteles anunciaban la Plaine du Massacre. El río separaba la R.D. y Haití en el noroeste. En francés puro, *massacre* significa algo más que matanza. Al francés le encantó la ironía. Trujillo masacró *beaucoup* haitianos hasta los años sesenta.

La metanfetamina hizo efecto. Crutch se puso orgásmico de pies a cabeza. La droga hizo efecto a los demás. Se pusieron a hablar por los codos. Era un galimatías en francés y español. Crutch desintonizó y reprodujo mentalmente rostros de mujeres. Un círculo cerrado: Dana Lund, Gretchen/Celia, Joan.

No había más tráfico. Estaba oscuro como la jungla. Gómez-Sloan llevaba los faros encendidos en todo instante. El terreno cambió. Ascendieron unas laderas. Dos cadenas montañosas los confinaron: la cordillera Central y la Oriental. Subieron con constancia y potencia. El Chevrolet tenía un depósito gigante lleno de gasolina de alto octanaje. Cruzaron ciudades: Bonao, Abajo, Jarabacoa. Vieron gente rebuscando en los basureros. Todos eran negros. Mesplède los llamó «arribistas haitianos». Llevaban amuletos colgados del cuello. Un tipo llevaba un sombrero con alas de pájaro. Un tipo llevaba la cara pintada de sangre. El franchute pasó al inglés y contó su historia estelar sobre Trujillo.

Fue a principios del 61. El Chivo bebía en el Abrevadero Rojo y mamaba de la Teta Roja de Rusia. JFK dijo basta. Lo mismo dijo el mandamás del ejército dominicano y la clase alta de la república. Terry Brundage contrató al equipo. Dos coches para estrellar, uno para escapar, cuatro tiradores. Fue una avería de coche/movimiento en pinza a las afueras de Santo Domingo. El Chivo y sus guardaespaldas salieron, rabiosos. Los tiradores cercanos mataron a los guardaespaldas. Mesplède abatió al Chivo desde una posición elevada fuera de la carretera.

El Chevrolet ascendió. El aire se enrareció. Tomaron al oeste en Moca. El río Yaque del Norte quedaba al oeste. Unos espaldas mojadas cruzaron la carretera corriendo, con zapatillas de tenis empapadas y los pantalones mojados. Un tipo iba esposado. Lo perseguía un policía a caballo. Más policías a caballo salieron del chaparral. El negro cambió de dirección y corrió directamente hacia una jauría de perros que arrastraban las correas. Los perros le saltaron encima, buscando la cara. El Chevrolet coronó una colina. Crutch oyó aullidos y gritos y nada más.

Tomaron de nuevo hacia el norte. Descendieron. Llegaron a la costa a las afueras

de Puerto Plata. Allí tampoco había ni una maldita playa, sólo rocas hasta el agua. Mesplède dijo que necesitaban una cala resguardada. Guardaremos nuestro barco allí. Tiene que poder accederse a Cuba y, por lo tanto, tiene que estar cerca de Haití. El paso de los Vientos separa Cuba de Haití. El paso de Mona separa Puerto Rico de la R.D. Compramos heroína en Puerto Rico y la vendemos en Haití. Hacemos incursiones a las costas cubanas desde la costa norte. Quedamos al sur de las patrullas de la Guardia Costera de Estados Unidos. Las flotas haitiana y dominicana están amarradas en el Caribe. Tenemos el Atlántico norte para nosotros.

Se apearon, se plantaron en las rocas y mearon en el océano. Iban acelerados a seis mil rpm. La cháchara trilingüe era un cotorreo. Crutch mantuvo la boca cerrada.

—Ese Crutchfield no suelta prenda —dijo Morales.

—No, pero es competente y persistente —respondió Mesplède.

—Es un paraguayo. —Canestel se cerró la cremallera de la bragueta.

Crutch se rio. Los demás se rieron. Plantados sobre las rocas, hablaron de bobadas. Los cubanos contaron cosas de la bahía de Cochinos. Crutch comentó sus trabajos con cónyuges descarriados. Mesplède peroró sobre la mística del tigre.

El origen: la compañía de taxis Tiger Kab, en Miami. Coches pintados de colores chillones y operaciones anticastristas. El canal para llevar la droga de la mafia de Saigón a Las Vegas. Kuadro directivo de Tiger/personal de Tiger, ¡arriba! Incursiones cubanas desde los cayos de Florida en el barco *Zarpa de tigre*.

Ahora, Tiger Kab estaba en L.A. Blanqueaba dinero para la construcción de los casinos. Los tigres eran criaturas feroces y hermosas. Debemos honrar su impecable dignidad y nuestra simbiosis con ellos.

Saldivar emitió un gruñido de tigre y le guiñó el ojo a Gómez-Sloan. Morales y Canestel soltaron siseos de tigre.

Mesplède dijo:

—Somos el nuevo equipo de Tiger Kab. Nuestra patrullera PT será el nuevo *Zarpa de tigre*. Pintaremos rayas atigradas en el casco y ondearemos cabelleras de castristas en la antena de la radio. La designación numérica será PT-109, para difamar con ironía al hombre que maté en Dallas.

(Las Vegas, 3/3/69)

Wayne cocinó hierbas. Glándulas de rana arborícola y soluciones alcalinas. *Ocimum basilicum*. Venenos de tetrodoxina. Todo ello, de procedencia haitiana. Polvo de lagarto y un gusano políqueto.

Manipuló redomas e hirvió polvo hasta hacerlo pasta. El haitiano le había dado paquetes de hierbas. Atrapó unos lagartos en el desierto y los disecó. Les quitó la vesícula biliar y las glándulas salivares.

Estaba siguiendo los pasos de Reginald Hazzard. Reginald había abordado al haitiano, a finales del 63. Tenía conocimientos rudimentarios de las hierbas haitianas. Tenía preguntas sobre su capacidad anestésica y retardadora de la combustión. El haitiano le había dado a Wayne el mismo consejo que a Reginald. Wayne siguió las instrucciones del hombre, sin ningún resultado.

Creó la pasta. Ésta aumentaba el dolor y avivaba bruscamente pequeños fuegos. Quemaba las telas tratadas y las atravesaba rápidamente. Aquello podía significar un consejo defectuoso y un conocimiento general engañoso. Reginald podía haber llegado al mismo final químico o podía haber triunfado completamente. El haitiano podía ser un chiflado. Él era un místico. Creía en la zombificación. Mantenía que el vudú mejoraba la efectividad de la química.

Wayne vertió la pasta en un frasco y volvió a la lectura. Había pedido prestados los libros de la biblioteca que había pedido Reginald en otoño del 63.

Química haitiana: licor klerin, hierbas, toxina de pez globo. Teoría izquierdista: Marx, Franz Fanon, Herbert Marcuse. La ciencia se antojaba poco sólida. No había resultados controlados. Los resultados descritos sonaban a una forma de demencia religiosa. Los pensadores de izquierdas andaban sobrados de teoría y faltos de precedentes. Abogaban por la revolución. Todas las teorías se reducían a su indudable necesidad. Reginald tenía diecinueve años y buscaba respuestas. Encontró la política y la química mágica.

Una fijación haitiana. Una extraña coincidencia. La avanzadilla del equipo estaba ahora en la R.D.

Wayne se dirigió al archivo y hojeó unas cuantas páginas de notas. La cronología estaba incompleta y terminaba bruscamente. «Mujer blanca paga la fianza de R.H.».

Estudió la cronología. Escribió signos de interrogación al lado. Escribió:

«¿Pestañeó Marsh Bowen al ver la foto de R.H.? Muy improbable». Se levantó y se lavó las manos en el fregadero del laboratorio. Partículas de sapo le escocían la piel.

—Estás burlándote de mí.

—No, nada de eso. Lo ha dispuesto Farlan Brown.

—¡Dios del cielo!

—No. Clama a Richard Milhous Nixon.

Dwight cenó Bromo-Seltzer y aspirina. El salón del Dunes era una tumba. Jody and the Misfits tocaban clásicos rancios. Los clientes se escaparon de nuevo hacia las tragaperras.

—Es un trato formal —dijo Wayne—. Tú tranquilizas al presidente, yo tranquilizo a los Chicos. La R.D. es un lugar magnífico, estamos perfectamente.

—El señor Hoover querrá que informe. Aligeraré las explicaciones y le contaré lo que quiere oír.

—¿Y es...?

Dwight encendió un cigarrillo.

—Que Nixon está tan interesado como él en los militantes negros. Que entiende la amenaza a la seguridad nacional que representan Archie Bell and the Drells.

Un borracho se aproximó a su mesa. Wayne acercó más la silla.

—La pelea con navajas. ¿Tienes noticias de tu informante? Dwight se encogió de hombros:

—Me ha dicho que, ahora, los hermanos de la ATN odian mucho más a los hermanos del FLMM. No mencionó que nuestro chico, Marsh, anduviera por medio.

—Conozco a Clarkson, pero apenas sé nada de Jackson. Es haitiano, ¿verdad?

—Verdad. No tiene antecedentes, pero se dice que fue Tonton Macoute en Haití. Emigró, se cambió el nombre y se convirtió en un capullo militante negro. ¿Por qué preguntas? No es tan malo como la mayoría de esos cabrones.

Wayne se encogió de hombros:

—Coincidencia. Mera curiosidad ociosa.

Dwight chasqueó los nudillos:

—¿Curiosidad ociosa? Bobadas. El que está ocioso es Marsh. Quiero que le tires de la correa. Dile que tiene que hacerse de la ATN o del FLMM y proporcionar soplos sobre grupos colaterales para que el viejo sarasa siga empapando las bragas.

—Se lo diré. —Wayne sonrió.

—Y dile que consiga un poco de heroína, ya puestos.

Wayne estrujó su vaso de agua. Los bordes estuvieron a punto de resquebrajarse. Dwight continuó:

—¿A qué vienen esos aires de superioridad, hijo? No será que tú no la has cocinado, repartido y vendido a negros.

Necesitaba aire: salió a pasear por el Strip bajo una tormenta. Dwight lo tenía calado. Dwight sabía hacerle trabajar y sabía mojarle la pólvora.

Hacía frío. La lluvia llevaba hojuelas de hielo. Las marquesinas del hotel se

estropearon y perdieron letras.

Los Chicos lo tenían abrumado de trabajo. Las adquisiciones por préstamos impagados al fondo de pensiones de los Camioneros se le comían el tiempo. Había comprado treinta y cuatro negocios en quiebra desde Año Nuevo. El blanqueo de dinero en L.A. funcionaba a toda marcha. El Banco Popular era la principal vía de blanqueo. En Tiger Kab y los clubes nocturnos se blanqueaba la pasta residual. Mesplède y el cretino ya estaban en la R.D., transportados por Aerolíneas Hughes.

Drácula estaba cayendo en barrena al mismo ritmo que el gay Edgar. Wayne fue a verlo a las habitaciones de su hospital privado para calmar su miedo a la bomba. Drácula quería reducir la natalidad negra. Su solución: rociar de polvillo radiactivo las verduras de los restaurantes negros de comida sureña. Drácula se sometía a dos transfusiones de sangre diarias. Drácula había comprado ocho minas de oro, dos minas de plata y un campo de golf desde Año Nuevo. Sus abogados preparaban requerimientos judiciales contra el estado de Nevada. Drácula quería prohibir todas las pruebas nucleares. Farlan Brown decía que sus minutas ascendían a cincuenta de los grandes al mes. Farlan preguntó por el cretino: ¿todavía anda buscando a ese chocho ladrón? Wayne dijo que probablemente. El cretino persigue mujeres cuando no sabe qué más hacer.

La lluvia se convirtió en granizo. Wayne se refugió en el Top O' the Strip. Art y Dottie Todd cantaban «Chanson d'Amour» por diezmilésima vez. La barra giraba y proporcionaba a los juerguistas una vista de 360 grados. El hielo caía en cortinas.

Sonny Liston estaba desfigurando fotos publicitarias de Muhammad Alí. Las vendía a diez dólares la pieza. Las compraban blancos perdedores para colgarlas en sus guaridas. Sonny escribió «desertor» encima de Alí y le pintó cuernos de demonio. Drácula tenía media docena. Farlan Brown le mandó al presidente un Liston especial: Alí chupándose a LBJ.

Wayne le hizo una señal. Sonny se desembarazó de los perdedores y se acercó. Un camarero sirvió una Coca-Cola a Wayne y un *whisky* con hielo a Sonny. Brindaron por los viejos tiempos.

Sonny era exalumno de Tiger Kab. Wayne le dijo que el negocio acababa de trasladarse al sur de L.A. Sonny dijo que se apresuraría a prestar apoyo a los hermanos. Wayne dijo que se lo agradecería. Sonny dijo que había oído un rumor: tú y esa mujer negra.

Wayne reconoció que era cierto. Sonny mencionó a Wendell Durfee. Wayne dijo que buscaba al hijo desaparecido de la mujer. Sonny estuvo riéndose dos minutos seguidos. Galvanizó toda la sala. La gente lo miró. Wayne lanzó una mirada iracunda a su alrededor. Sonny contuvo el aliento y apuró su copa.

—¿Has terminado? —preguntó Wayne.

—Tú y tus búsquedas de negros asquerosos.



Un gráfico con recuadros y flechas. Trazos que conectan unos con otros.

Un recuadro con la inscripción «libros de la biblioteca». Puntos de conexión: recuadros con la inscripción «textos políticos» y «hierbas haitianas». Un recuadro con «recibo del aparcamiento». Punto de conexión: el recuadro con «haitiano de las hierbas». Uno con la palabra «cárcel». Punto de conexión: el recuadro con «mujer blanca/fianza».

El gráfico lo ayudó a pensar. Colocarlo en la pared le permitió pensar sentado y de pie. Sustituyó y redujo su trabajo con los expedientes.

Wayne examinó cajas. La hoja resumen del DPLV decía «léeme». Se sentó y volvió a repararla. Resumía la soledad de Reginald. Instituto, facultad, el empleo en el túnel de lavado de coches. Nadie conocía de verdad al muchacho. Conocidos de muy poca categoría y ningún amigo.

—Antes de que me lo preguntes por décima vez. No, no hablamos nunca de hierbas haitianas ni de textos políticos izquierdistas.

Wayne volvió la silla. Mary Beth le puso las manos en los hombros y se le sentó a horcajadas en los muslos.

—De haber sabido que la utilizarías para torturarme, no te habría dado la llave.

—Tú eres dado a torturarte, así que sólo he pasado a echar un vistazo, como de costumbre.

Wayne le sacó el faldón de la blusa.

—Podríamos acostarnos un rato —dijo.

Ella le tocó los labios con la yema de los dedos.

—Podríamos y deberíamos, en vista de que tienes esa expresión de policía con preguntas rutinarias que hacer.

—No son rutinarias.

—Ya lo sé, encanto. Sólo bromeaba. Es la manera que tengo de refrenar mi tendencia a la brusquedad.

—¿Lo cual significa...?

—Lo cual significa que yo estoy aquí en este momento y Reginald, no.

Él la besó. Ella siguió con el dedo el perfil de su mandíbula. Él se fijó en sus ojos. Aquellas vetas verdes, como siempre.

—La esmeralda. ¿Recuerdas que dijiste...?

Ella le tapó la boca con la mano. Aquello siempre significaba «¡cállate!».

—Sí, pregunté por ahí y no averigüé nada que tenga valor concreto, lo cual no me sorprendió. Lo que sí me ha llegado es la leyenda, insistente y persistentemente amorfa, de que negros en graves apuros reciben anónimamente esmeraldas por correo.

Wayne se puso en pie. Mary Beth se agarró y continuó en su regazo, riéndose. Él la transportó hasta el dormitorio y la dejó caer sobre la cama, donde rebotó

ligeramente.

Ella se descalzó y se quitó las medias.

—No quiero estropear el momento, pero he recordado una cosa. Wayne se quitó la camisa.

—¿De Reginald?

—Sí.

—Cuéntamela. No estropees el momento, pero...

—Encontré parte de la ropa que se ponía para ir a la escuela y eso me refrescó la memoria. Fue en la primavera del 62. Reginald hizo una excursión escolar a Los Ángeles. Había una feria científica en la USC. Me contó que había ido a unas cuantas clases en una «Escuela de la Libertad». Tenían un pequeño despacho improvisado en el campus.

Algo hizo clic. Wayne no fue capaz de situarlo. Se quedó en blanco en perfecta sintonía. Mary Beth le arrojó un zapato. «*Yo estoy aquí. Mi hijo, no*».

(Washington D.C., 17/3/69)

—Fíjese en la alfombra —dijo Nixon—. Lo que me asombra son los detalles. Todas esas flechas y hojas que lleva el maldito pájaro entre las garras.

Dwight contempló la alfombra. Bebe Rebozo, también. El Despacho Oval, unas copas a las seis de la tarde. Nixon, en su tercer cóctel Old Fashioned.

—En los años treinta, el señor Hoover tenía un programa de radio —dijo Bebe—. Yo era un crío en La Habana, por entonces. Era una emisora con doscientos mil watts de potencia que emitía desde Miami.

Nixon sacó la guinda de su vaso.

—Al agente Holly no le importan un carajo las alfombras ni los días de juventud del señor Hoover. Lo que quiere es poner fin a todo ese dislate de militantes negros que se ha desencadenado.

—Así es, señor Presidente.

—Y le gustaría tener mi palabra de que no estoy tramando ninguna revuelta en la República Dominicana.

Dwight asintió. Bebe dijo «oh, la la». El Presidente y el Primer Amigo se mostraban fraternales. Estaban morenos. Llevaban jersey de alpaca malva con el sello presidencial. A mitad de camino entre los Rotarios y el Rat Pack de Sinatra.

Bebe encendió un cigarrillo.

—La República Dominicana y yo nos conocemos desde hace tiempo. Tenía unos campos de caña allí en los años cuarenta. Hay un grupo de exilados al que suelto un par de billetes de vez en cuando. Ahora actúan desde allí.

Nixon carraspeó. Bebe apagó el cigarrillo y abanicó el aire. Estaba nevando. Por las ventanas se veía un pórtico y un enorme césped.

—Mis tipos vendían heroína —dijo Bebe—. Es una manera de recuperar rápidamente una inversión. Si uno quiere combatir el comunismo, tiene que ir al meollo de las cosas.

Nixon agitó su bebida.

—Habla claro, Bebe. La heroína ha financiado todos los golpes en el Tercer Mundo desde que Dios era un cachorro. ¿No es cierto, señor Holly?

—Lo es, señor Presidente.

—Según Farlan Brown, usted estudió en Yale. ¿Cómo es que, ahora, usted es quien lleva la placa y yo el que tiene todos los dolores de cabeza y este ridículo jersey de los cojones?

—Son las vicisitudes del destino, señor. —Dwight sonrió.

—¿Las vicisitudes? Una mierda. Ese gilipollas irlandés, Jack Kennedy, me robó

la elección de 1960. Eso sí que es una vicisitud. Lo que he conseguido ahora es ser el último en reír, maldita sea.

Bebe se comió su guinda.

—Me gusta Dwight, señor Presidente. Debería nombrarlo fiscal general.

Nixon soltó una risilla.

—Hoover tiene demasiada basura contra mí. Él no apoyaría nunca que un ejecutor como Dwight tuviera el mando.

—¿Es usted un ejecutor, Dwight? —preguntó Bebe.

—Sí, señor. Lo soy.

Nixon se hurgó un padrastro.

—¿Dónde guarda Hoover sus expedientes secretos? Tuve un ayudante que decía que tenía una caja de seguridad en el Willard.

—En el sótano de su casa, señor Presidente. Es estanco e ignífugo.

Bebe soltó una risotada despectiva.

—No tiene nada contra el Presidente que no haya entregado ya al público.

Nixon puso los ojos en blanco. Bebe balbuceó. Dwight examinó su posavasos. Tenía dibujado el mismo pájaro feroz.

—La R.D. es una letrina —dijo Bebe—. Sus inversores tendrán que mejorar el aspecto del lugar si quieren atraer turistas. Acabo de visitar a mi grupo de exiliados y he hecho un pequeño examen de la situación. Balaguer es sólidamente proamericano, pero los tipos de la CIA son todos unos borrachos mujeriegos. Hay un coronel de marines retirado, un tal Smith, que hace la mayor parte del trabajo sucio para Balaguer.

—Responsabilidad —dijo Nixon—. Se pone a un hombre de paja para que dé la cara y, cuando la mierda queda al descubierto, uno queda a resguardo. ¿Yo? Yo estaba en un partido de los Red Sox, o jodiendo con la parienta.

Dwight se rio. Bebe jugó con el anillo de esmeralda que llevaba con la alianza de boda.

—Mi grupo tiene dos nuevos ídolos. El mercenario francés y su joven colega. Quizá no expulsen a Fidel, pero morirán intentándolo.

Nixon bostezó.

—Castro durará. El electorado norteamericano está hasta el moño de Cuba. Dejaré que los exiliados monten su número, siempre que no vaya a perjudicarme en las urnas.

Bebe se mostró dolido: «Cariño, ¿cómo has podido...?». Dwight apartó la mirada.

—Dwight, hablemos con franqueza —dijo Nixon.

—Soy todo oídos, señor.

—Describame el estado mental de Hoover. Dé por hecho que tengo cierto conocimiento previo de las cosas y que de esta habitación no sale nada; tenga la seguridad de que la sinceridad le traerá beneficios a la larga, así que, hable claro, no

se corte.

Dwight tiró de los puños de la camisa.

—Está cada vez peor de salud física y mental. Vive obsesionado con la delincuencia negra, las costumbres copuladoras negras, la actividad política negra y la higiene negra. Su juicio es cuestionable a todos los niveles. Es evidente que está muy deteriorado. Cada vez comete más errores embarazosos. Y cada dos por tres suelta un comentario político de lo más inconveniente. Resulta sumamente ofensivo. Resiste a base de pura fuerza de voluntad, de odio y de inyecciones diarias de anfetaminas en las nalgas. A pesar de esta abundancia de enfermedades, mantiene una tenue lucidez y debe considerársele un adversario mortal y, por lo tanto, un amigo importante y absolutamente esencial.

Bebe soltó un silbido:

—Vaya, muchacho, no se ha cortado un pelo...

Nixon soltó un silbido:

—Amén, hermano.

Dwight notó que se le disparaba el pulso. Nixon le guiñó un ojo. El gesto le decía: eres mi hombre.

—Téngame al día acerca de eso. ¿Lo hará, Dwight?

—Sí, señor. Lo haré.

Bebe exhibió el anillo de esmeralda.

—Bonito, ¿no? Lo conseguí en la R.D.

Echo Park estaba inundado. Las barcas de alquiler estaban amarradas y cubiertas con lonas. Llovía sin cesar y los patos estaban a cubierto. Había comprado las palomitas para nada.

Estaba hecho polvo. Había tomado el nocturno del D.C. a L.A. e hizo el vuelo encajado entre sacerdotes budistas. Los religiosos le vieron el arma y le limpiaron el aura a base de om. Unas pastillas y unos tragos volvieron a ensuciársela. Durmió una hora.

Llamó al señor Hoover y le informó de la reunión con Nixon. La describió como «rutinaria». El viejo sarasa estaba furioso. Dwight lo apaciguó. Hoover soltó una perorata anti-Nixon que duró catorce minutos. Quería noticias de las tiras cómicas racistas. Dwight dijo que las pistas lo habían llevado a callejones sin salida.

Dos noches, tres horas de sueño. Continuas pesadillas con MLK. El doctor King daba un sermón. Dwight lo seguía desde un banco del fondo.

Karen se acercó. Le había cambiado el pañal a Eleanora. Estaban bajo el toldo de la caseta de las barcas. La pequeña llevaba triple envoltura de ropa y estaba caliente y segura.

—Se parece a mí —dijo Dwight. Karen sonrió.

—Fue una inseminación artificial y tú no estuviste en ningún momento cerca del

receptáculo.

Eleanora tenía el cabello y la estructura ósea de Karen. El estruendo de la tormenta no la despertó.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Dwight.

—Sí. Yo la he tenido a ella y tú has tenido la operación.

—Como Se Llama se marcha pronto, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, podremos vernos a ratos. Te traigo una llave del local.

Karen se apartó de él.

—Ése es un gesto de «no tengo nada que esconder» —dijo ella.

—Lo acepto, pero es verdad.

—Estás rehuyendo la cuestión.

—Di su nombre, entonces. Acúsame de algo. Dame la oportunidad de confirmar o negar.

Karen encendió un cigarrillo. Le temblaba la mano. Dwight sostuvo a Eleanora mientras ella fumaba.

—El señor Hoover llamó a Bayard Rustin «criatura nocturna de cola prensil» ante la Legión Americana.

—Lo sé —dijo Dwight.

—A partir de ahí, sus comentarios fueron a peor.

—Lo sé. Jack Leahy me enseñó una copia del discurso.

Eleanora se agitó. Dwight la meció hasta que volvió a dormirse. El toldo goteaba. El agua se filtraba y caía cerca de sus pies.

—Hay un piso franco cerca de la Universidad de California en Riverside. He estado allí. En un armario tienen cuatro escopetas correderas y una caja de granadas de mano. Un hombre con una careta de Mao Tse-tung y una escopeta ha robado en cuatro tiendas de alimentación de San Bernardino.

Dwight estudió a Eleanora. Pataleaba en sueños.

—Siempre me interesan los robos a mano armada. ¿Qué puedo hacer por...?

—La oficina de Filadelfia está revisando el expediente de mi marido. Los agentes han estado acosando al decano. Uno se mostró muy atrevido: «Ustedes los universitarios ligan mucho. He oído que su mujer ha estado tonteando con el tipo duro número uno del señor Hoover».

Dwight dio un puntapié contra la pared. El impacto perturbó a Eleanora. Karen arrojó el cigarrillo y volvió a tomarla en brazos. La pequeña emitió un arrullo y cerró los ojos.

—Dwight, el señor Hoover le habló de nosotros a ese agente. Eso viola el acuerdo que teníamos desde el principio.

—Lo sé.

—El señor Hoover llamó a Coretta Scott King «go-go girl morbosa» en la tele nacional.

—Lo sé.

—¿Puedes decir algo más que eso, por favor?

—El señor Hoover está perdiendo la razón. Está viejo y enfermo. Nadie tiene cojones para desenchufarlo porque sabe trapos sucios de todo el mundo.

—¿De ti también?

—Sí.

Karen meció a Eleanora. Las nubes doblaron su oscuridad y descargaron un diluvio.

—A veces no puedo escapar de ello, Dwight.

—Escapar, ¿de qué?

—De las cosas que nunca cuentas. De lo lejos que has llegado por ese hombre. De todas las cosas horribles que has hecho.

Dwight alargó las manos para coger a Eleanora. Karen la apartó. Dwight echó a andar bajo la lluvia.

Tres pastillas y las copas no bastaron. Sus circuitos sacaban chispas y lo tuvieron despierto. La adrenalina lo roía, atravesando la sedación. Se vistió y condujo hasta Eagle Rock.

Era medianoche. El patio estaba tranquilo. La lluvia traía destellos rojos y un repique de truenos. Dwight abrió la cerradura con la ganzúa y entró.

Encendió las luces. El piso parecía intacto. Se acercó a la cama y levantó las almohadas. Encontró la misma arma y el mismo diario. Lo abrió y descubrió páginas nuevas.

MIS OBJETIVOS A CORTO PLAZO Y LOS OBJETIVOS A CORTO PLAZO DE DWIGHT SE HAN DIFUMINADO. HE PASADO A COMPARTIR TU OPINIÓN SOBRE LA ATN Y EL FLMM. SON CRIMINALES QUE SE MUEVEN POR SU INTERÉS PERSONAL A EXPENSAS DE LA CONCIENCIA POLÍTICA. DWIGHT LES ATRIBUYE UNA CARENCIA TOTAL DE CONCIENCIA; YO LES CONCEDO UN PRINCIPIO DE CONCIENCIA. ADORMECIDO POR LA PATOLOGÍA EGOCÉNTRICA DE LOS MACHOS AIRADOS QUE SE ORGANIZAN EN GRUPOS. ESTOS HOMBRES TIENEN QUE VENDER HEROÍNA Y FACILITAR UNA MISERIA DEFINIBLE. TIENE QUE SER EL CAOS CONTENIDO QUE TANTO DWIGHT COMO YO DESEAMOS. EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA DEBE PROVOCARSE MEDIANTE LA APLICACIÓN DEL TERROR MORAL. DWIGHT Y EL SEÑOR HOOVER CREEN QUE EL ESTÍMULO DE LA HEROÍNA RESULTARÁ IRRESISTIBLE A LOS MILITANTES NEGROS, A SUS SEGUIDORES Y A LOS INCONTABLES NEGROS QUE MOVILIZA SU RETÓRICA. SU CAPITULACIÓN EN MASA

CONFIRMARÁ LA ABOMINABLE CARICATURA RACISTA, DESACREDITARÁ EL RADICALISMO NEGRO Y REPRIMIRÁ SU NACIENTE ATRACTIVO PARA AMPLIAS CAPAS DE LA POBLACIÓN NEGRA. YO CREO QUE EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA POLÍTICA SERVIRÁ PARA CONFRONTAR Y TRASCENDER ESTE OBSTÁCULO, PARA REINVENTAR A LOS ANTES DELINCUENTES Y PARA DARLES EL PAPEL DE HÉROES QUE AHORA BUSCAN DE FORMA TAN EGOÍSTA Y NECIA. ESTE CAOS CONTROLADO NO CONCLUIRÁ EN DISOLUCIÓN POLÍTICA. EL CAOS ESTÁ DEMASIADO IMPREGNADO DEL TERRIBLE CONTEXTO DE INJUSTICIA Y ABANDONO BLANCOS PARA QUE SEA OTRA COSA QUE LIBERADOR. EN MI LARGA LUCHA REVOLUCIONARIA HE VISTO Y HECHO COSAS ESPANTOSAS: MI DESPLIEGUE DE HEROÍNA EN ARGELIA EN EL 56 RESULTÓ AMBIGUO. CONFÍO FIRMEMENTE EN QUE TODOS Y CADA UNO DE LOS CONFLICTOS QUE SE PRODUZCAN EN ESTE VIAJE SE RESUELVAN A MI FAVOR, Y NO AL DE DWIGHT, Y QUE NO MUERA NADIE.

Dwight releyó las hojas. Se saltó frases y fue atrás y adelante en el texto. Las letras se hicieron borrosas. La bebida y las pastillas hicieron efecto con retraso. Vio manchas y se le nubló la vista. El suelo osciló. Se tumbó en la cama y cerró los ojos.

La cama osciló. El suelo se inclinó. No sabía si estaba despierto o dormido o en algún estado entre ambos. Fue a la deriva. Se sintió asustado y calmado a la vez. Notaba rara la cabeza y las extremidades. Perdió la conciencia un rato. Abrió los ojos y vio a Joan. Estaba sentada en la cama, con una pierna recogida, y su rodilla rozaba la cadera de él. Llevaba botas sobre unas medias negras de nilón llenas de carreras. Tenía el pelo recogido en la nuca.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Los dibujos que imprimiste. Dejaste un rastro fácil.

—Los cómics fueron un completo fiasco. No volverá a suceder.

—¿Quién los dibujó?

—Un antiguo alumno mío de la Escuela de la Libertad.

Dwight se incorporó hasta quedar sentado en el lecho. Un mareo lo volvió a tumbar. Joan le presionó la rodilla. Dwight siguió las carreras de la media con la punta del dedo y encontró un poco de pierna desnuda que tocar.

—Heroína —dijo ella.

—No pueden venderla. No durarían más de diez segundos haciéndolo antes de que los delataran.

—Yo podría ayudarlos.

—Lo tendré en cuenta.

Joan entrelazó los dedos en los de él. Dwight desgarró una carrera de la media y acarició la pierna con toda la palma de la mano.



—¿Cuántos lugares como éste tienes?

—No te lo diré.

—¿Dejaste ese diario ahí para que lo encontrara?

Joan asintió.

—«Que no muera nadie» —citó Dwight. Joan ocultó el rostro entre las manos.

El mareo se desvaneció. Dwight volvió a notar su cuerpo. Las manos de Joan lo calmaron.

—¿Qué quieres? —dijo ella.

—Quiero caer —respondió él—. Y quiero que tú me agarres en mi camino hacia abajo.

(Santo Domingo, 20/3/69)

Los ojos le dolían. Seguía viendo prismas de palabras. Tenía cortes de papel en los dedos.

Un mes de trabajo de descodificación. Ciertos progresos, tal vez. Descifrando palabras de números, letras y espacios.

El Komando Tiger avanzaba a toda marcha por la autopista Duarte. Ivar Smith les había vendido un semioruga del ejército dominicano. Saldivar y Canestel le pintaron rayas atigradas. Morales le pintó una zarpa de tigre. Se encaminaban a Piedra Blanca y Jarabacoa. Cuadrillas de esclavos roturaban ya el suelo en los emplazamientos escogidos. El Enano les había vendido dos terrenos rurales y dos solares en Santo Domingo. La Banda había reclutado obreros en la prisión de la Victoria. Los presidiarios conseguirían reducciones de condena si se cumplían los plazos de construcción.

La empresa de construcción de Balaguer estaba preparada. La Banda echó a los pobres de los terrenos rurales. La edificación del casino empezó. Se hizo el pedido de la patrullera PT. Más adelante, se reunirían con un Tonton Macoute para discutir el negocio de la droga.

Crutch se puso colirio en los ojos. La cadena del semioruga se comía la calzada. Conducía el franchute. Los cubanos iban instalados sobre los guardabarros. Crutch ocupaba el nido de la ametralladora. Pasaron entre campos de caña y arboledas. Crutch disparó contra tres tocones por puro gusto.

Unos haitianos espaldas mojadas cruzaron la calzada agachados. Morales les disparó a los pies. Crutch bostezó y se desperezó. El trabajo de descifrado le producía un enorme déficit de sueño.

Vudú. El probable libro de los muertos. Letras, cifras, símbolos y matemáticas. Es una pista del asesinato de la casa de los horrores. Los símbolos del libro concuerdan con los de la casa de los horrores. El libro es de Gretchen/Celia. Mierda, él sigue sin ver a Joan y a Gretchen/Celia como asesinas.

El asunto lo aturde. Supone que Gretchen/Celia está en el país. Ha peinado todos los archivos y registros y no da con ella. Mesplède le aconsejó que no molestara a Sam G.:

—Tu «caso» es pura frivolidad. Estamos aquí para vender heroína y para deponer a Fidel Castro.

El terreno se empinaba. El semioruga masticó corteza de árbol caído. Crutch practicó el tiro a ráfaga. Apuntó a unos árboles y arrancó ramas con fuego de calibre 30.

Wayne Tedrow llegaría pronto. Los Chicos le dijeron que cerrara el trato con el Enano. Los geólogos aprobaron el terreno de los cuatro emplazamientos. Dijeron que sostendría edificios pesados. Mesplède encontró un punto de la costa en la frontera R.D.-Haití. Estaba cerca de Cap-Haïtien. Su hombre Tonton era el pez gordo de la zona.

El tigreoruga llegó a Piedra Blanca. Los braceros locales vieron el monstruo y lo siguieron. El emplazamiento estaba en plena conmoción. Las excavadoras arrasaban chabolas. La Policía Nacional detenía a los desposeídos. Todos hablaban en español. Morales hizo de traductor para Crutch. Era dominio supremo: el Jefe necesita tu casa; aquí tienes cuarenta pavos y un vale por comida.

Algunos desahuciados lloraban y miraban con rabia. Los tipos de La Banda flanqueaban las excavadoras. Estaban plantados en posición de descanso y llevaban carabinas en prevengan.

El encargado de la construcción deambuló lentamente por el terreno. Le dijo a Gómez-Sloan que el suelo era firme. La Banda llevaría una brigada de presos para cortar la vegetación. Su cuadrilla de obreros levantaría un barracón prefabricado. Los prisioneros dormirían con grilletes. Grupos de policías con látigo supervisarían su trabajo.

Continuamos a Jarabacoa.

Crutch se mareó en la carretera. El tigreoruga lo aplastó todo a su paso. Eran las dos de la tarde y hacía un calor del carajo. El aceite bronceador le corría por el cuello. Su cabeza volvía a estar en Santo Domingo. Su cuelgue con Joan y Gretchen/Celia ardía más que nunca. Las consideraba comunistas. No las veía como asesinas. Los símbolos coincidentes podían no significar asesinato en primer grado.

Santo Domingo era, en conjunto, una mierda de sitio. La zona de Gazcue era un Hancock Park para hispanos. Era una zona de pieles claras. Había empezado a echar ojeadas por allí la semana anterior. Buscaba a Joan y a Gretchen/Celia pero se conformó con cualquier mujer. Las siguió a parques y a restaurantes. Las siguió a su casa. Se asomó a ventanas de cuartos de baño y dormitorios.

El tigreoruga entró en Jarabacoa. La ciudad estaba llena de chozas de techo de hojalata y vegetación de jungla. El emplazamiento estaba dos calles más abajo. Crutch oyó un traqueteo de excavadora. Tres chicos salieron corriendo de unos matorrales. Iban enmascarados, con camisetas de Ho Chi Min, y llevaban botellas con la boca llameante. ¿Lo captas? Cócteles molotov.

Los arrojaron. Las bombas alcanzaron el tigreoruga y causaron explosiones insignificantes. Crutch apuntó la ametralladora y disparó hacia el grupo. Abatió unas cuantas cañas de azúcar y falló a los jodidos.

Los chicos escaparon ilesos. La vegetación los engulló. El tigreoruga llegó al solar. Obreros con grilletes cargaban escombros. Las excavadoras arrasaban cimientos. Una brigada de cuatro presidiarios tiraba de secciones de techumbre hundida con las manos desnudas llenas de cortes. Un guardia a caballo azotó a uno

que se retrasaba.

El capataz agitó la mano. El semioruga retrocedió con un gruñido de tigre. Crutch oyó tres disparos procedentes de la autopista.

El tigreoruga dio media vuelta y se dirigió al norte. Vieron a los chicos de los cócteles molotov, muertos en una zanja. Les habían disparado a quemarropa en la cabeza. Les habían cortado las manos y los pies.

Un tipo de La Banda salió de los matorrales y los saludó agitando la mano.

Ivar Smith les consiguió un Jeep. El tigreoruga era demasiado grande para cruzar el río fronterizo. La Plaine du Massacre quedaba cerca. Morales venteó el aire. Dijo que olía al Chivo y a las ánimas de los haitianos muertos en masa. Crutch vio dibujos con sangre en troncos de árboles y notó una vil vibración vudú.

El Jeep llevaba el depósito cargado a tope. Un techo de lona protegía del sol. Unas pistas de tierra los llevaron hasta el río. Unos Tonton Macoute estaban apostados junto al puente. Llevaban trajes pitillo, gafas de sol envolventes y sombreros de ala estrecha. Dieron paso al Jeep. Rezumaban savoir faire francés y modernidad negra.

El puente salvaba ochenta metros de río fangoso. Unos negros salieron del agua cargados de cangrejos de río. El Jeep cruzó y tomó unas pistas de tierra hacia la cordillera Central. El viaje estuvo lleno de virajes bruscos y zarandeos entre la vegetación caída. Morales vomitó en una bolsa de papel. El franchute zigzagueó con marchas cortas a toda velocidad: sesenta por hora o más.

Pasaron zumbando junto a viviendas paupérrimas. Chabolas de techo de hojalata encaladas y adornadas con pedazos de vidrio como falsas piedras preciosas. Chozas de madera con fotos de hechiceros vudú en la puerta. Las ramas de los árboles cruzaban sobre la pista. De ellas colgaban gallinas linchadas. De alguna goteaba sangre fresca.

Alcanzaron la cresta y descendieron. Unas sendas llanas conducían a la costa norte. Un negro con un sombrero de ave muerta les lanzó un maleficio desde la cuneta. Gómez-Sloan le disparó y falló.

El terreno era selva tropical. El aire olía a sal y a polvo. Todos los árboles de cierto porte estaban marcados con sangre. Atención a la Zona Zombi.

Llegaron a la costa. El aire salado se hizo más cálido. El francés consultó un mapa y zigzagueó por una arena salpicada de rocas. Crutch vio una caleta. Un negrata zumbado salió de la nada y se plantó delante del Jeep.

Medía dos metros. No pesaba más de sesenta kilos. Tenía un bigote a lo Fu-Manchú. Llevaba un sombrero de ala estrecha y un traje de algodón de madrás. Dos pistolas del 45, dos anillos de esmeraldas, un colgante de cristal lleno de sangre en torno al cuello.

El franchute frenó. El negro esbozó una gran sonrisa y arrojó pétalos de rosa al

vehículo. Eran aromáticos. Descendieron sobre el komando y lo perfumaron.

—Soy Luc Duhamel. Bienvenidos a mi reino, muchachitos.

Su palacio era una choza de piedra con un nido de ametralladora y un cercado de alambre de espino. En el agua había amarrada una lancha rápida. Un carrito de golf estaba atado al asta de una bandera. Ondeaban tres enseñas vudú. El patio estaba sembrado de roedores muertos. Las aves carnívoras se lanzaban en picado y los engullían.

Luc los llevó dentro y les ofreció asiento. Las paredes estaban adornadas con lentejuelas. Cada cual tuvo su silla forrada de falso armiño. Luc sirvió klerin en vasos de vidrio de colores. Todos dieron un sorbo dubitativo y lo tragaron tal cual.

Luc se quitó la chaqueta. En sus brazos flacos se veían carreras de pinchazos. Crutch abrió los ojos como platos. Mesplède y los cubanos se quedaron boquiabiertos.

—*En français?* —preguntó Mesplède.

Luc dijo que no con la cabeza.

—En inglés, muchachito. Hablar en la lengua propia no tiene emoción.

—Heroína —dijo Saldivar.

—Caballo —dijo Gómez-Sloan.

—La bestia de Oriente —dijo Morales.

Canestel se frotó una barba falsa: el código de «matar a Castro».

—Sí, el coronel Smith me informó —dijo Luc—. Dijo: «Estos hombres llegarán a ser tus *bons frères*».

El franchute tomó un sorbo de klerin.

—Estamos comprando una patrullera PT. Puede hacer cuarenta nudos.

Saldivar tomó un sorbo de klerin.

—El coronel Smith dice que usted tiene una fuente de heroína en Puerto Rico.

A Morales, el klerin le produjo náuseas.

—Es un protectorado de Estados Unidos, pero *Zarpa de tigre* será muy rápida.

—Entendemos que el presidente Duvalier debe ser compensado.

Canestel sólo olió su klerin.

—Es una operación a tres islas. Nosotros sacaremos provecho y los cubanos comunistas morirán.

Luc miró a Crutch y señaló el vaso. Crutch engulló todo el contenido y vio las estrellas.

—¿Y tú, muchachito? ¿No tienes nada que decir?

—Que me alegro de estar aquí, señor, eso es todo.

El komando cenó en Gazcue. Ivar Smith y Terry Brundage se sumaron. Los dominicanos cenaban tarde. Era casi medianoche. Crutch estaba dolorido del viaje de vuelta. Estaba anfetaminizado. No dejaba de darle vueltas en la cabeza a los chicos

muertos. Tres disparos, sin manos ni pies.

El restaurante, al aire libre, estaba junto al malecón. El aire salado había desprendido a tiras el papel pintado. Los demás charlaban de sandeces y comían con ganas. Crutch pinchó un calamar y se dedicó a contemplar mujeres.

Estaban cenando a lo grande. Aquél era territorio de claritos. Había un buen surtido de tipos con aire de terrateniente español. El acelerón diario de Crutch era incesante. Las anfetaminas por la noche le daban una marcha rara y ponían a cámara lenta a ciertas mujeres. El objetivo de su cerebro chasqueaba tomando instantáneas y hacía panorámicas para seguir movimientos sensuales. Las mujeres comían, hablaban, reían y tocaban a sus amigos o acompañantes. Él sabía cuándo mirar y cuándo dejarse llevar por el torbellino.

Un tipo de La Banda se acercó a la mesa. Ivar Smith recibió un sobre. «De Bebe Rebozo», dijo el tipo. Smith se frotó la barba inexistente. Crutch se desentendió del asunto. Morales dio un codazo a Gómez-Sloan. «Pariguayo», dijeron al unísono.

Crutch sonrió y jugueteó con la comida. El torbellino se reajustó periféricamente. Una mujer apagó un cigarrillo en el cenicero, echó atrás la cabeza y exhaló. Sus cabellos flotaron. Un ventilador del techo dispersó el humo. Llevaba zapatos de tacón con hebilla y un vestido verde pálido. Levantó los brazos y se recogió los cabellos. Una sombra oscura, unas gotitas de sudor. Era pálida, con pecas claras. Llevaba un reloj de pulsera de hombre.

Crutch fue al baño. La mujer se despidió de sus amigos y salió por la puerta principal. Crutch se escabulló por las cocinas, atajó por un callejón y salió a la calle diez pasos por detrás de ella.

La mujer tomó la calle Pasteur hasta la avenida de la Independencia. Tomó Máximo Gómez hacia las rocas del malecón. Una ráfaga de viento le levantó el vestido. Ella lo bajó como si aquello fuese divertido. Crutch retrocedió veinte pasos y volvió a encuadrar la imagen. Ella caminaba deprisa. A él, la cabeza le procesaba despacio.

Ella dobló otra vez por una calle sin nombre. La brisa marina se evaporó. Habían llegado a una zona residencial. Encendió un cigarrillo. La luz de una ventana captó los hilillos de humo que ascendían de él.

Crutch retrocedió cinco pasos. El vecindario era elegante: casas antiguas, de un blanco immaculado, nada de colores chillones. Ella dobló a la izquierda por la avenida Bolívar. Abrió la puerta de una refinada vivienda de dos plantas.

Crutch se quedó en la otra acera y encuadró las luces de las ventanas. Una rubia ordenaba los libros de un estante. La mujer se acercó a ella por detrás. La rubia se volvió. Sonrieron al mismo tiempo y se besaron.

El momento transcurrió fluido y contenido. Crutch miró. Sus cuerpos se fundieron y llenaron el marco de la ventana. Las manos tocaron aquí y allá y reforzaron el abrazo. El beso duró. Ellas hicieron que las cosas se apresuraran; él las hizo ir más lentas.

La luz se apagó. Su mujer pulsó el interruptor. Aguzó el oído para captar voces y no oyó ninguna.

Se declaró enfermo. El franchute dijo, «ça va» y «mal momento».

—El *Zarpa de tigre* está en dique seco en St. Ann's Bay, Jamaica. Te perderás la llegada.

Le dejó suministros: anfetis, café, blocs de notas y bolígrafos. Le dejó tres ventiladores auxiliares. Crutch atacó la clave.

Empezó por las letras S y K. Las sacó de un estudio de la CIA sobre códigos de sustitución. Grupos de tres números anunciaban cada S y cada K. Cada número requería operaciones de resta y multiplicación. Unas sumas correspondían a letras del alfabeto. Era arbitrario. Los pasos de la suma variaban en diferentes puntos de tabulación. El trabajo de descifrado consistía en formar palabras y letras a partir de un galimatías de números.

Números, letras, símbolos. Asaltemos primero los símbolos.

Eran garabatos, figuras de palotes y marcas en aspa. Salpicaban la libreta de direcciones de Gretchen/Celia a intervalos irregulares. El libro de claves de la CIA los consideraba procedentes del vudú. «La descripción de un hechicero vudú del caos espiritual mientras la víctima es sometida al hechizo».

Solamente los símbolos. No pases a los números correspondientes a letras hasta que los hayas descifrado.

Engulló las pastillas, bebió café y puso en marcha los tres ventiladores, además del aire acondicionado. Contempló los cuarenta y nueve símbolos de la libreta de Gretchen/Celia. Sudó copiosamente en un iglú.

Tres símbolos se repetían: garabato, palote, marca en aspa. Tenían que tener el mismo significado repetido. Estudió la libreta durante nueve horas seguidas. Su cerebro llegó a estas conclusiones:

La repetición significaba banalidad. Significaba aburrimiento por parte de Gretchen/Celia. La autora ponía sabor en su narración para entretenerse y para confundir a posibles lectores. Los símbolos no presagiaban portentos. Eran inocuos.

Segunda conclusión: eran abreviaturas. Tercera conclusión: el texto expuesto sería coherente, pero taquigráfico. La cursiva del escrito era febril. Gretchen/Celia estaba agitada y componía con prisa. El trabajo de cifrado absorbía sus energías. Cuarta conclusión: estos símbolos ocupaban el lugar de los «y» y de los «para».

Tachó estos símbolos y añadió estas palabras a su hoja de resultados. Parecía coherente. La colocación se le antojaba correcta.

Le dolía el pecho. El corazón impulsaba la sangre contra su caja torácica. Oyó voces en su cabeza. Vio EL OJO y vio LAS MANOS Y PIES CORTADOS sin conjurarlos. Tuvo una hemorragia de kilos y notó que los pantalones le bailaban.

Dos días de trabajo sin descanso. Sumas, restas y multiplicaciones bullían en su

cerebro. Se quedó dormido a pesar de las anfet. Despertó viendo números. Se le disparó un temblor en la mano de escribir. No estaba seguro de qué tenía. Decidió tomar por vocales las sumas repetidas. Pensó que tenía la L y la T. Le salía una y otra vez la suma 14. Su mundo se ladeó.

El Movimiento Catorce de Junio, alias 14/6. Rojos respaldados por Castro invaden la R.D.

Y:

«El» precedía a cada 14. Su descifrado era válido hasta el momento.

Aquello le dio la D y la E. Aquello le dio la J, la U, la N. El mundo se ladeó otra vez: la vocal E estaba siempre en el lugar debido.

Tragó más pastillas, bebió más café, su orina se volvió casi marrón. La piel se le pegaba a los huesos como la de un yonqui. Determinó seis sumas más de números-letras que le parecieron correctas. Se quedó dormido cinco horas. Despertó aturdido y se puso ¡a rezar! Se obligó a comer una manzana. La acompañó de un puñado de anfet. Se sintió re-re-re-re-re-revitalizado y empezó a juntar palabras guiándose por el libro de cifras y por el instinto.

Le llevó once horas. Confirmó Managua. Sí, es una maldición en papel y un libro de los muertos. No, es mucho más.

Abreviaturas, palabras omitidas, texto fracturado. Plenamente coherente a pesar de ello. La historia del 14/6/59 vuelta del revés.

Es 13/6/59. El movimiento cuenta con el respaldo de Castro y tiene la base en la Cuba cautiva del Barbas. Dos yates reconvertidos atraviesan el paso de los Vientos hasta la costa norte de la R.D. A bordo van doscientos rebeldes. Tienen fusiles M1 Garands, lanzacohetes y ametralladoras. Son todos hombres, menos dos: Joan Klein y Celia Keyes.

La fuerza desembarca en Estero Hondo y Maimón. La esperan tiradores de elite del ejército dominicano. Todos los rebeldes son capturados o muertos.

Es 14/6/59. Un DC-3 parte de la costa roja cubana. Transporta a ochenta hombres armados. Llevan el brazalete de la Unión Patriótica Dominicana. El avión vuela por debajo del radar y toma tierra a las afueras de Constanza. Los rebeldes matan a los soldados que vigilan el aeródromo y roban los vehículos. Entran en la ciudad, matan a más soldados, huyen a los barrancos de las montañas próximas y se esconden.

Las patrullas del ejército batieron las montañas y capturaron o mataron a los rebeldes. Algunos rebeldes, transportados por aire o por mar, fueron encerrados en la base San Isidro de las Fuerzas Aéreas y en la cámara de tortura de Trujillo, La Cuarenta. Los matones de la guardia personal de Trujillo los pasaron a cuchillo y los frieron en sillas eléctricas. El Chivo ordenó enormes redadas de sospechosos de simpatizar con el 14/6. Figuras favorables al gobierno fueron asesinadas. Simpatizantes comunistas fueron torturados, asesinados, liberados a regañadientes. El Movimiento 14/6 nació de verdad en las cárceles del Chivo. El Barbas reflexionó sobre la frustrada invasión. Un sentimiento anti-Fidel recorrió a la derecha de la R.D.



El Chivo fue derrocado en el 61. El Barbas escenificó una segunda invasión el 29/11/63. Este grupo se denominaba formalmente Agrupación Política Catorce de Junio. Los rebeldes eran ciento veinticinco, en esta ocasión. Desembarcaron en seis localidades de la costa norte, abatieron a algunos soldados y huyeron a las montañas. Juan Bosch, presidente interino, ordenó una «caza de conejos». Los soldados peinaron los montes y barrieron a los rebeldes. Unos cuantos sobrevivieron. Se infiltraron en la izquierda de la R.D. y se dedicaron a soltar sandeces revolucionarias desde el anonimato.

Crutch leyó las páginas de Gretchen/Celia. Seguía avanzándose al descifrado del texto. Estaba bajo un hechizo vudú y estaba anfetaminizado. Su cabeza bombeó sangre contra la caja torácica.

La narrativa base se detuvo. Seguía una «expresión de solidaridad» con los haitianos masacrados. El Chivo y el Enano eran acusados de genocidio.

Listas: los muertos haitianos de Trujillo, los muertos haitianos de Balaguer, los simpatizantes del 14/6 desaparecidos y asesinados por La Banda. Lista: los traidores del 14/6 excarcelados y asesinados por sus propios camaradas. Listas: nombres, fechas y lugares de las muertes.

Aparece un nombre solitario al final: María Rodríguez Fontonette. Su apelativo/alias/nombre de guerra es «Tatuaje».

La fecha de su desaparición es junio del 68. Se esfumó en Los Ángeles.

El tatuaje, el color de piel, la fecha/localización.

Es esa noche.

Es la casa de los horrores.

Es la noche en que vio a Joan y Gretchen/Celia besándose.

**DOCUMENTO ANEXO:** 29/3/69. Extraído del diario guardado en secreto de Karen Sifakis.

29 de marzo de 1969

Eleanora gobierna mis días. Es una emperatriz poderosa y la gobernante imperiosa de mi corazón, así como un agotador manojito de incesante energía y necesidad. Me concentra y desvía todos mis actos y pensamientos que no están directamente relacionados con ella. Mi marido ha regresado a Filadelfia; su presencia aquí durante meses vino a ser una servidumbre por contrato, aparte de que colaborara en las tareas prosaicas de la nueva maternidad y de que me mantuviera alejada de Dwight. Ahora, estoy sola con Eleanora –y, de hecho, asediada por ella– y Dwight vuelve con una fuerza asediadora.

Nuestra pelea en Echo Park fue horrible; no tengo ningún derecho a cuestionar sus acciones con Joan, pues nuestra propia unión es engañosa y una grave infracción en y por sí misma. Una diferencia entre Dwight y yo: el adulterio rara vez es tan oneroso como crear caos político. Otra diferencia: yo deseo salir bien librada de mis fechorías, mientras que Dwight abraza un oculto deseo de ser castigado por las suyas. Hasta aquí, un sucinto relato de mi amor por él.

Veo crecer desmesuradamente las fechorías políticas y me descubro atribuyéndolas reflexivamente al FBI, al señor Hoover y, por extensión, a Dwight. Dos Panteras murieron a tiros en la UCLA en enero. Las muertes fueron resultado, se dijo, de viejas cuestiones entre los Panteras y los EE.UU. y se relacionaron con la creación de un Centro de Estudios Afroamericanos en el campus. Sé que el Buró tiene agentes dobles en ambas organizaciones y que está decidido a fomentar la discordia entre grupos. Un portavoz de los Panteras calificó las muertes de «asesinatos políticos cometidos por los EE.UU. por orden de la estructura de poder de los cerdos». He terminado por aborrecer la palabra «cerdo» tanto como detesto la palabra «negrata» y me descubro maldiciendo a Dwight por su percepción de la criminalidad intrínseca en el movimiento nacionalista negro. Numerosos Panteras están pendientes de juicio en Nueva York bajo la acusación de participar en una presunta conspiración para dinamitar los andenes de la

estación Penn Central en hora punta. ¿Están locos? ¿No saben que morirían negros? ¿Estoy loca yo, por estar haciendo esto bajo la sanción de Dwight Holly? ¿Qué terrible precio habré de pagar por mi papel en mitigar el sentimiento de culpa de este hombre? ¿Y de dónde procede esa culpa, concretamente?

El señor Hoover parece decidido a desaparecer en un estallido de gloria psicóticamente odioso y ha encontrado un acólito incansable en Dwight, que ahora tiene a Joan Klein para ayudarlo y encubrirlo y tal vez para consolarlo. Temo que Dwight vaya a permitir pasivamente o a sobornar activamente a la ATN y al FLMM para que entren en la venta de narcóticos y temo que haya encontrado en Joan una cómplice bien dispuesta. Joan entiende el concepto de usar los narcóticos como instrumento de la revolución y ya lo ha empleado antes. Temo que Joan y Dwight busquen el mismo final físico por motivos políticos antitéticos. Pretenden llevar a la ATN y al FLMM al punto de la censura pública y subestiman despreocupadamente el coste humano.

He contado a Joan cosas íntimas de Dwight. Sabe que él ha allanado mi casa en ocasiones y que tengo allí un diario mucho menos sincero y polémico para que lo hojee. Me temo que las expresiones de mi torturado amor por Dwight han empujado a Joan hacia él en el esfuerzo por favorecer sus propios objetivos políticos.

Joan ha estado en situaciones revolucionarias tremendamente peligrosas y ha cometido gestas – y, sí, fechorías– que agradezco y lamento ser incapaz de imitar. No dudo de su sinceridad ni de su absoluto compromiso y la he visto en momentos de franca bondad –nuestras tareas compartidas en la Escuela de la Libertad del 62 fue un ejemplo–, pero temo totalmente su furia y su fuerza de voluntad. Ella y Dwight poseen una mentalidad y un hambre emocional sorprendente y temiblemente semejantes. Rezo para que no superpongan sus instintos utilitarios y causen un daño atroz.

DOCUMENTO ANEXO: 2/4/69. Extraído del diario de Marshall E. Bowen.

Los Ángeles,  
2/4/69

Estoy en apuros. El incidente de anoche puede llegar a conocimiento de Scotty Bennett. Las consecuencias pueden joder el equilibrio de mi vida personal y la operación y, por lo tanto, mi búsqueda del dinero y las esmeraldas del atraco al furgón. El señor Holly ha estado presionándome para que le dé soplos y Wayne ha estado presionándome para que me decante por la ATN o por el FLMM exclusivamente. Cuando me presionan, vacilo y examino mis opciones. Rara vez vacilo hasta el punto del aturdimiento y la inacción. Anoche, lo hice.

Wayne se ha convertido en un habitual del sur de L.A. Ha estado comprando coctelerías y locales nocturnos y ha hecho acto de presencia en Tiger Kab. Wayne ha llevado al seno de Tiger Kab a Sonny Liston, ex campeón de los pesos pesados y «bobalicón», según sus propias palabras. Sonny es un estúpido, bebedor, pastillero y putero. Los hermanos lo temen y temen reconocer que les cae bien. Sonny es muy de derechas. Odia a los musulmanes y a los militantes negros y apoya a Richard Nixon y la guerra de Vietnam. Sus dos derrotas ante Muhammad Alí, combinadas con su ingesta química, han debilitado sus células cerebrales. Sin embargo, es un tipo gracioso, al contrario que el ko-kapitán de Tiger Kab, Milt Chargin, quien recurre a cualquier cosa, por degradante que sea, por hacer reír a los negros y parecer enrollado. Tiger Kab está ahora très al día. El personal es la picaresca trabajando en combustible. Estamos en la cresta de la ola del zeitgeist nacionalista negro. Los Panteras llenan los titulares mientras la ATN y el FLMM montan el número buscando a Walter Winchell con el fervor de don nadies del Stork Club. Por favor, Walter, hable de nosotros en la tele: somos negros, somos violentos, intentamos mover droga y somos enrollados.

Vacilo y visito los cuarteles generales de unos y otros. Soporto la vigilancia constante del DPLA y tres o cuatro redadas callejeras cada semana. Mi estatus de ex agente enfurece a los uniformados de la zona sur. Se han aficionado a llamarme «chico» y a detenerme durante veinte minutos cada vez mientras comprueban que no hay órdenes de detención contra mí. Siempre salgo limpio; siempre me sueltan con unos golpes en el pecho y unos epítetos de despedida. Me muestro serenamente rabioso y no digo nada.

No puedo satisfacer mi inclinación. Temo hacerlo. Ahora tengo una fama nefasta y cualquier insinuación puede acabar en una detención o una llamada telefónica al DPLA. Tengo que contener mis impulsos íntimos mientras evalúo, mientras el señor Holly y Wayne me presionan, mientras los hermanos de la ATN y del FLMM dan impacientes golpecitos en el suelo con las punteras de sus botas negras y me instan a que tome partido.

He sonsacado sutilmente a todos mis conocidos del sur de L.A., a todos los íntimos que tengo allí y a gentes con las que me he tropezado por casualidad en busca de información sobre el atraco y no he averiguado nada. Veo a Scotty Bennett por la zona constantemente. Siempre se quita ese sombrero de ala estrecha de negro con estilo y me guiña el ojo.

Scotty sabe mucho del golpe, lo sé. Es el brillante detective jefe con cinco años de conocimientos almacenados. Tengo la poderosa sensación de que está acaparando conocimientos del DPLA en general.

Es como si Scotty estuviera provocándome con burlas y presionándome igual que el señor Holly

y Wayne me provocan y me presionan con sus voluntades poderosamente masculinas y tercaamente circunscritas. No dejo de imaginar al señor Holly con mujeres y cómo sería la escena, hasta que las imágenes empiezan a molestarme y a dolerme. Wayne da rienda suelta a su sentimiento de culpa con una mujer negra y me proporciona un álbum de imágenes eróticas parecido. Anda buscando al hijo desaparecido de la mujer, que guarda un lejano parecido con el atracador sobreviviente del golpe. Yo no lo considero una pista auténtica; el ladrón sufrió graves quemaduras en la cara y Reginald Hazzard apenas tenía diecinueve años, entonces. Es más como una afirmación del aspecto onírico de mi vida en la actualidad, con todas las nuevas figuras abriéndose paso y llamando por señas.

Benny Boles ha estado tirándome los tejos con todo descaro; está tan salido como yo cohibido y probablemente me saltará encima si me decido por la ATN. Benny es un asesino y un psicópata declarado, lo cual tal vez explique su confianza en su masculinidad. Veo a Joan Klein en los clubes con regularidad. Joan atrae muy conscientemente. Es una bailarina vorazmente sensual, sincronizada y no sincronizada a la vez con su pareja, sea masculina o femenina. Me observa en las sombras, establece contacto visual y me saluda sin perder un instante el ritmo de la música. Es como si estuviera contándome cosas de mí mismo que ha entresacado de su estado onírico. Me he descubierto llevándome a la cama fantasías de Joan y el señor Holly. Ellos no se conocen en el mundo real, pero yo los conozco a los dos allí y han convergido en mi psique.

Y Jomo.

Ese Jomo es basura, pero se me ha encargado que confraternice con la basura y le tienda una trampa. Y, en cualquier caso, me cae bien. Hemos pasado ratos juntos en Tiger Kab, en el FLMM y en clubes y, desde la pelea a navaja con Leander Jackson, se muestra más relajado conmigo. Ha estado hablando de que ha acumulado una pasta importante y le he estado sonsacando detalles con mucho cuidado para proporcionárselos al señor Holly. Estaba enfrascado en esta tarea momentos antes del incidente de anoche.

Habíamos salido a hacer visitas de extorsión a tiendas de alimentación. Las visitas apelaban a la connivencia e implicaban amenazas: queríamos cajas de cereales al chocolate para los niños que acudían a los desayunos de «Alimenta a los niños» del FLMM. A continuación fuimos a una barbacoa con reparto de panfletos patrocinada por el FLMM en el instituto Foshat Junior High. Jomo fue decoroso con los chicos. Resultaba horrendo y reconfortante a la vez, dada la naturaleza del individuo. Estoy seguro de que su combinación de drogas tuvo algo que ver con ello: llevaba todo el día esnifando mezclas de coca y Seconal.

Dejamos el Foshay, nos dirigimos a casa de Jomo e hicimos un alto en una tienda de licores de Florence Boulevard para comprar tabaco. Jomo dio un traspié y tiró al suelo una estantería de bolsas de patatas fritas. El dueño era un negro y se irrité. Le dijo: «Eh, negro de mierda, ¿qué coño haces?».

Jomo saltó el mostrador y encañonó al hombre con una pistola, mientras que yo me quedaba paralizado y no hacía nada. Entonces Jomo robó dos botellas de *whisky* JB y tres cartones de cigarrillos Kool.

Yo no hice nada. Jomo pateó al tipo y gritó epítetos anti-ATN. Estoy seguro de que el dueño me reconoció. Soy un ex policía, una celebridad entre los hermanos y un famoso habitual de L.A. Sur.

(Los Ángeles, 3/4/69)

Milt C. tenía una marioneta, un mono al que llamaba Yonqui Monkey. Hacía unos números deprimentes con él. A los hermanos les encantaba. Sonny y Jomo se reían a coro.

La centralita estaba desbordada. Jomo hizo juegos malabares con las llamadas. La gente necesitaba taxis. El instituto Jordan High se enfrentaba a Washington: baloncesto de altura y rivalidad local.

Yonqui Monkey llevaba un sombrero chillón de chulo y un traje a cuadros de tablero de ajedrez. De su brazo colgaba una jeringa hipodérmica. Milt le movía sus labios de mono.

—Esos cerdos del DLPA me acosan, tío. Estoy en mi porche y me vienen con una maldita redada. Me dicen: «¿Qué haces con esa aguja en el brazo?». Y yo digo: «Vosotros, los cabronazos blancos, tenéis las pollas como jeringas y yo alcanzo a un metro de distancia con mi manguera palpitante».

Junior soltó una risilla. Jomo atendió llamadas y soltó una risilla. Sonny comentó:

—Yonqui Monkey es un marica de cárcel y un desertor del servicio militar. Muhammad Alí le dio por ese culo de mono.

Wayne echó una ojeada al reloj. Marsh ya debería estar allí. Acababa de recibir una llamada a un teléfono público. Un nuevo clic chasqueó en su cerebro. Más tira y afloja con la memoria.

Un mes atrás. La pelea con Mary Beth. Reginald, la «Escuela de la Libertad», ¿por qué ese suave clic?

Estaba empantanado. Drácula y los Chicos lo abrumaban de trabajo. Se añadía a éste su papel de enlace. No podía ocuparse de aquel clic, de momento.

Yonqui Monkey decía:

—Los Beatles bajaron al maldito gueto a pillar carne negra. Conocieron a esas dos hermanas de aspecto malsano que se llaman Carcinoma y Melanoma y...

Wayne volvió la vista a la ventana. Marsh apareció en el exterior. Wayne se levantó y lo siguió hasta el aparcamiento de la flota. Dieciséis taxistas los observaron con miradas ceñudas.

Marsh sudaba al fresco de la tarde. Wayne le dio su pañuelo.

—Cuéntame.

—Estuve con Jomo anteanoche. Golpeó al dueño de una tienda de licores y le robó género. Estoy bastante seguro de que el hombre me reconoció.

—¿Cómo has esperado tanto a decírmelo?

—Es una tendencia mía. Tiendo a postergar las cosas.

—¿A qué esperabas?

—A Scotty. Todos los dueños de licorerías del maldito mundo lo conocen y están en deuda con él.

Sonó la Motown a todo volumen. Algún gilipollas había conectado la música de la choza-despacho. Wayne condujo a Marsh hasta la valla del callejón.

—El tipo no ha llamado a Scotty. De lo contrario, ya lo habrías sabido.

—Sí. Es lo que pienso.

—Dame algo —dijo Wayne.

—¿A qué te refieres? —Marsh se enjugó la frente.

—Dame una pista para Dwight. Dime algo que lo convenza de que estás trabajando.

Marsh suspiró:

—Golpes en licorerías. Ha habido un puñado de ellos.

Wayne imitó el suspiro.

—¿Estamos otra vez con las tiendas de licores?

—No me refiero a eso. Digo que tal vez tengo algo.

Wayne suspiró más fuerte.

—¿Atracos a licorerías en L.A. Sur con sospechosos negros? ¿No puedes contarme algo más original?

—Jomo ha estado hablando de una pasta gansa que ha conseguido, pero no quiere revelar el origen de ella. —Marsh se secó el sudor.

Wayne sacudió la cabeza.

—Eso no es suficiente. No diré nada del asunto de anteanoche, pero empezarás a trabajar con más empeño.

—Por Dios, Wayne...

Wayne lo empujó contra la valla.

—Vas a meterte en la ATN. Vas a enjabonar a Leander Jackson y vas a pelearte en público con Jomo. Me voy a la República Dominicana. Lo montaremos cuando regrese. Vas a conseguir que Jomo confiese el asunto de la licorería. Vas a llamarlo «cretino, malo, negro inútil» y yo estaré allí para ver que lo haces.

—Por Dios, dame sólo...

Un taxi entró y se acercó. Wayne se apartó para dejarle paso.

—Lo harás. Si no lo haces, le contaré a todo el mundo que eres maricón.

La licorería estaba cerca. El hombre del mostrador iba vendado desde las cejas hacia arriba. Wayne entró y compró una bolsa de patatas fritas. El hombre se olió a la pasma.

—¿DPLA?

—Ex DPLV. Me retiré.

El hombre marcó la compra.

—¿Por qué se retiró?

—Maté a unos negros desarmados y el asunto se fue de las manos.

—¿Se lo merecían?

—Sí. —Wayne le dio un dólar. El hombre le dio el cambio.

—¿Se sintió mal por lo que había hecho?

—Sí.

El hombre sonrió. Wayne señaló el vendaje y le puso delante un fajo de billetes. Dos de los grandes en billetes de cincuenta, enrollados y sujetos con una goma elástica.

—¿Llamó usted a Scotty?

—Pensaba hacerlo.

—Ese Scotty es de lo más tremendo.

—Y que lo diga. Unos hermanos, siempre los mismos, me robaron en seis ocasiones distintas, así que llamé a Scotty, privadamente. Le dije que el DPLA oficial no hacía su trabajo. Scotty dijo que él se ocuparía, y lo hizo.

—Debió de ser algo digno de verse.

—Sí. Entraron con máscaras de esquiador y salieron cubiertos con sábanas. Scotty dispara balas doble cero con unas cositas como espinas incorporadas. No quedó gran cosa de esos tipos.

—Usted le tiene cierta lealtad a Scotty... —Wayne mordió una patata.

—Sí, como usted la tiene, sospecho, a ese hombre de Marshall Bowen.

Wayne le puso delante un segundo fajo de billetes. El hombre lo agitó en el aire.

—Bowen debe de estar conchabado con gente de pasta. «Informante de alto nivel», ¿tengo razón?

—Anda usted retrasado en el pago de la hipoteca. Estoy dispuesto a cubrir la deuda.

—También voy retrasado con la electricidad.

—¿Algo más?

—Sí, una cosa. Quiero una de esas limusinas de Tiger Cab para la fiesta de cumpleaños de mi hija. Cumple dieciséis.

La Universidad del Sur de California estaba cerca. Andaba justo de tiempo. Drácula había pedido una charla por teléfono. Sí, señor. La lluvia radiactiva lo matará. No, señor, no sucederá pronto. Sí, deberíamos prohibir la Bomba. No, las potencias mundiales no accederán a su requerimiento.

Wayne aparcó y deambuló por el campus. El alumnado era mitad chicos conservadores y mitad melenudos, todos apesadumbrados. Los panfletos izquierdistas y derechistas cubrían los tableros de anuncios. YAF contra SDS, VIVA contra SNCC. Chicos con guitarras, chicos con lemas en el suéter, unos cuantos chicos negros con camisas africanas.

Wayne echó a andar y se abrió paso entre los transeúntes. ¿La «Escuela de la Libertad»? Ni idea. Consultó el directorio del campus. No, no constaba.

Insistió. Llamó a Farlan desde una cabina y retrasó la charla con Drácula. Vio a unos bedeles que habían salido a echar un cigarrillo y se acercó.

Eran negros. Se olieron a la pasma. Wayne se olió que eran ex presidiarios. Sacó unos billetes de diez pavos y se los arrojó con una sonrisa.

—Hubo una cosa llamada «Escuela de la Libertad». Estaba aquí, en el campus, hace seis o siete años.

Tres tipos pusieron cara de no saber nada. Un tipo dijo:

—Difunta, tío. Disuelta antes de los disturbios de Watts.

—Enfrente del centro de recepción hay unos bungalós —dijo otro tipo—. No los usa nadie. Busca una puerta vieja y polvorienta que tiene un cartel descolorido.

Wayne les dio las gracias y se alejó. Los caminos del campus estaban bordeados de árboles. Aquí y allá se alzaban volutas de humo clandestino de hierba. Encontró el centro de recepción y los bungalós. Vio la puerta del cartel.

Otoño del 64. ¡SALVEMOS LA LEY RUMFORD DE IGUALDAD DE ACCESO A LA VIVIENDA! ¡«DERECHOS DE PROPIEDAD» ES IGUAL A RACISMO!!!

La puerta parecía frágil. Wayne la abrió fácilmente cargando con el hombro. Entró. Una ventana trasera iluminaba la habitación, abarrotada de cajas.

Las inspeccionó. Contenían pilas de panfletos y reivindicaciones. ¡Huelga!, en español. ¡Sacad las manos de Cuba! Huelgas de recolectores de fruta. Apoyos a Al Fatah, al FLP, al Movimiento Catorce de Junio. Recordemos a Leo Frank, Emmett Till y los chicos de Scottsboro. Apelaciones a los derechos civiles, peroratas sobre el poder negro. Malcolm X, Franz Fanon, libertad para los Rosemberg, ¡Argelia libre!, ¡Palestina libre! ¡Abajo el perverso Chivo Trujillo, insecto del Tío Sam! United Fruit: *¿Sabes lo que cuesta ese plátano que tienes en el plato?*

Encontró una fotografía de grupo. Llevaba la fecha 22/9/62. Parecía una instantánea de facultad.

Siete hombres y mujeres delante del bungaló. Tres eran blancos, cuatro eran negros. Dos mujeres blancas a un costado. Una es alta y pelirroja. La otra es más baja. Tiene entre treinta y cinco y cuarenta. Tiene el cabello oscuro con hebras grises y lleva gafas de montura negra.

Clic. Blip. Quizá, probablemente, no del todo seguro.

El clic continuó chasqueando intermitentemente hasta casi convertirse en *¡Eureka!* El blip tomó una forma extraña. El Patio del Sultán Sam hacía tres meses. Volutas de humo y una visión por la espalda de un pelo con hebras grises igual que éste.

Wayne estudió la foto detenidamente. La mujer llevaba manga larga. No se veían cicatrices. Reginald fue a esa escuela. A Reginald lo detuvieron en un pueblo de blancos palurdos. La mujer le pagó la fianza: *tal vez, no tan probablemente.*

Viajó allí en las Líneas Aéreas Drácula. El avión aterrizó en la pista privada de Hughes. Policías con látigos supervisaban la sala VIP.

Joaquín Balaguer envió una limusina y cuatro motoristas de escolta. Los vehículos eran antiguallas de mediados del trujillismo. Los cinco eran ruidosos como martillos neumáticos.

Llegaron a Santo Domingo. Las ventanillas eran de cristales tintados. Los colores brillantes se filtraban en el interior monocromáticamente. La limusina avanzó entre el tráfico. Las imágenes tenían un tono sepia. Era un noticiero sobre una nación depauperada. Los niños empujaban carritos, los mendigos mendigaban, los matones perseguían a jóvenes que enarbolaban pancartas. Era como un pase rápido de diapositivas. Un parpadeo y ves opresión. Otro parpadeo y ha desaparecido.

Wayne tenía la vista nublada. Pase de diapositivas: él continuó viendo la cara de la mujer. Las gafas, la melena con hebras grises: el visor de diapositivas se atascó y pasó una y otra vez aquella imagen. Había leído el panfleto del Catorce de Junio en el avión. Menospreciaba a los déspotas dominicanos y quitaba importancia a los haitianos inocentes masacrados. Profetizaba la llegada de déspotas más astutos que el Chivo. Predecía la colusión Dominicana-Estados Unidos en aras de la industria turística yanqui.

Reginald se reúne con el haitiano. Hablan de hierbas de vudú. Clic: el tira y afloja con la memoria. La mujer, la «Escuela de la Libertad», engranajes mentales privados de conexión. Wayne bajó el cristal de la ventanilla. El noticiero monocromático dio paso a un brillo cegador. Los colores lo asaltaron. El aire salado escocía. La policía perseguía a los manifestantes hasta un callejón sin salida y los aplastaba contra un muro. Wayne vio alzarse una única cachiporra y escuchó un único grito.

La limusina lo dejó en el *Embajador*. Un obsequioso recepcionista lo acomodó en una lujosa *suite*. Desde ella tenía una amplia panorámica. El río Ozama quedaba al oeste. Unos chiquillos negros se sumergían y peleaban entre ellos por lo que devolvían al agua las barcas de pesca. El tono de piel cambiaba de barrio a barrio. Divisó banderas rojas desplegadas aquí y allá.

Bajó a la *suite* de Mesplède, llamó a la puerta y no obtuvo respuesta. Se acercó a la *suite* del cretino y vio la puerta entreabierta.

Se coló dentro. Era una habitación de adolescente. Había revistas tiradas por todas partes. Al cretino le gustaban el *Playboy* y *Armas y munición*. El cretino era un pirado de la fotografía. Tenía una cámara Polaroid. Tenía fotos de mujeres a montones.

Botellas marrones en una mesilla de noche. Etiquetas blancas. ¿Qué...?

*Precipitantes de dióxido de azufre, amoníaco, anhídrido acético.*

—Hola, Wayne. ¿Qué te cuentas?

El cretino llevaba una Colt Python con bermudas. El cretino daba lametones a un cucurucho de helado. El cretino tenía acné.

Wayne sonrió y se acercó. El cretino le tendió la mano. Wayne le dobló los dedos,



lo tiró al suelo y lo pateó en las pelotas. El cretino soltó el cucurucho y se puso azul.

—Nada de heroína. No la produzcas, no la vendas, no la compres. Mataré a todo el que lo haga.

El cretino vomitó restos de manteca y fragmentos de cucurucho. Una sombra se dibujó en la pared.

—Ça va, Wayne. *C'est fini, l'héroïne.*

Balaguer negoció. Las participaciones de beneficios y los planes de contingencia favorecieron al *führer*. El negocio en conjunto favoreció a los Chicos. Balaguer regateó y concedió. Wayne adoptó la misma postura. Conversaron en un salón del Palacio Nacional y trabajaron en un borrador. Mesplède y el cretino andaban por ahí, tomando copas. Smith y Brundage andaban por ahí, jugando a golf. Los cubanos andaban por ahí, de putas.

Costes de construcción, costos laborales, comisiones por el aeropuerto. Reducción de tarifas para los vuelos Estados Unidos-República Dominicana. Incentivos. Pagos a cambio de ausencia de interferencias aduaneras. Pormenores del blanqueo de dinero en el país. Giras de inspección a cargo de Dwight Holly, enlace del presidente Nixon.

El último punto molestó a Balaguer. Wayne lo tranquilizó: Señor, las giras serían cosméticas, en líneas generales.

A *der Führer* le gustó esto. Wayne aprovechó para darle gato por liebre. El turismo sólo funciona en lugares pacíficos. Una excesiva presencia de pobreza ahuyentará a los turistas. El presidente Nixon lo ve así, señor. Los visitantes encontrarán confusos los esfuerzos de usted por mantener el orden. Los escuadrones de matones y las manifestaciones de disidentes son cosas que los visitantes no acaban de entender. Ellos no saben sacar conclusiones. Lo que vean los desconcertará.

Balaguer montó en cólera a lo largo del discurso. Wayne negoció tres entregas más de dinero para apaciguarlo. La conversación duró seis horas. Balaguer se levantó para despedirlo.

—Nada de látigos, señor —dijo Wayne—. Me temo que debo insistir.

Cosmética.

Lo vio enseguida: repartos de comida y menos saña de La Banda. El pase de diapositivas quedó en segundo plano. Las diapositivas pasaban más deprisa. Vio o no vio a un ritmo acelerado. La visión monocromática ayudaba: el coche de Mesplède tenía los cristales tintados.

Los emplazamientos de Santo Domingo estaban excavados y preparados para la construcción. Los protegía la policía. Estaban en zonas medio decentes. Las lanzaderas del aeropuerto podían tardar horas en atravesar los barrios buenos. Los

paquetes turísticos serían «todo incluido». A los visitantes se les animaría a no salir del local y a gastar.

En Santo Domingo había segregación. Gente de piel clara, gente de piel oscura y una mezcla estratificada. Wayne recordó Little Rock en el 57. La 82 Aerotransportada y la desegregación forzada.

Mesplède condujo y encadenó cigarrillos. El cretino iba en el asiento trasero, manoseando la insignia de cretino que llevaba en la solapa. La música de la radio acallaba la conversación. Jazz caribeño, estridente y repetitivo.

La autopista los condujo al norte. El firme estaba mal. Los campos de caña y las arboledas quitaron saturación a la monocromía existente.

Gente de color cruzaba la calzada a la carrera. Mesplède zigzagueó para esquivarla.

El emplazamiento de Piedra Blanca estaba vigilado y preparado para iniciar la construcción. La panorámica desde los pisos más altos abarcaría unas cuantas chozas y una amplia zona de verdor. El lugar parecía evacuado apresuradamente. Wayne vio manchas de sangre en un madero desechado.

Se quedaron unos minutos y continuaron camino a Jarabacoa. *C'est fini, l'héroïne*: nadie dijo nada.

El viaje duró tres horas. Wayne bajó la ventanilla y despejó el coche de humo y de jazz. Los colores brillantes le lastimaron los ojos. Olía a jungla putrefacta y a pólvora.

Jarabacoa estaba igual. Los guardias eran serviles y les ofrecieron cervezas. Wayne vio un látigo escondido tras unos matojos.

Un negro escapó corriendo por un campo de caña. Su rostro era una masa sanguinolenta.

Wayne abrió la boca:

—Jean-Phillippe, tú te vuelves. Crutchfield, tú me llevas a Haití.

Mesplède tiró el cigarrillo.

—Sólo tenemos un coche, Wayne.

—A un kilómetro hay una estación de autobuses. Te dejaremos allí.

El aire acondicionado se estropeó. Subieron la cordillera Central en una sauna móvil. Las ventanas abiertas les trajeron aire caliente e insectos como Godzilla. Cruzaron al sur de Dejabón. Un tembloroso puente colgante salvaba la Plaine du Massacre. Guardias fronterizos fascistas los despidieron y les dieron la bienvenida. Unos caimanes tomaban el sol en las riberas haitianas, rodeados de fémures y tibias.

El tono de piel se oscureció. Los colores brillantes se mantuvieron mientras el índice de pobreza se disparaba. Chozas de techo de hojalata oxidada y chozas de barro. Árboles con marcas de sangre y gallinas linchadas rezumando entrañas.

Conducía el cretino. La mano le temblaba en el cambio de marchas. Wayne cerró

los ojos y echó el respaldo del asiento completamente hacia atrás. La tapicería estaba resbaladiza del sudor. La humedad se encharcaba en las salidas de aire.

—Ni un fiasco más. La próxima vez te mato.

—De acuerdo —dijo el cretino.

—Tus dispositivos a prueba de fallos son bobadas. Nadie te creería. Eres un capullo. Comes cucuruchos de helado y eres un perverso con las mujeres. Mesplède es condescendiente contigo, pero yo no.

—De acuerdo —dijo el cretino. La voz se le quebró en un gemido.

—Sólo lo diré una vez. Uno no sale de La Vida intacto o vivo. Matar comunistas y trabajar para tipos como yo no te lleva a nada más que a tu siguiente pesadilla.

—Claro —dijo el cretino. Aquel susurro-gemido.

Wayne abrió los ojos. Ahora, la carretera era de tierra. Automóviles destartados, carros de bueyes y un pueblo: chozas de techo de paja y construcciones cúbicas de color pastel en las que ondean banderas de secta vudú.

Paredes con vidrios incrustados. Los anuncios de los establecimientos eran pinturas murales. Una taberna llamada Port Afrique.

—Detén el coche —dijo Wayne.

El cretino obedeció. Wayne se apeó. Los negros que se arremolinaron estaban fascinados.

—Regresa a Santo Domingo. Yo volveré por mi cuenta.

El cretino se encogió de hombros y se alejó con un chirrido de los neumáticos. Wayne entró en la taberna Port Afrique. Olía a amoníaco, a semitóxicos y a alcohol sin desnaturalizar. El lugar era un rectángulo. Había una barra para estar de pie con unos estantes de botellas detrás y nada más. Unas frases en francés cubrían las paredes laterales: «Por el poder de la santa estrella, camina y busca». «Duerme sin conocer ni dormir».

El camarero lo miró. Tres hombres más siguieron su mirada. Sostenían unas copas con piedras de colores. De ellas se elevaban unos vapores. Acidez alta, bajo contenido alcalino. Klerin, indudablemente. Posibles preparaciones de glándulas de reptiles semivenenosos.

Wayne se acercó a la barra y asintió en una muestra de respeto. Los tres hombres se alejaron. Las botellas del estante eran transparentes y llevaban etiquetas en francés. Talco de color, corteza de árbol, polvo de serpiente farmacológicamente activo.

El camarero asintió. Wayne señaló una de las copas. La mirada del camarero dijo: *¿Está seguro?*

—*S'il vous plaît, monsieur. Je suis chimiste, et voudrais essayer votre plus potion.*

El camarero asintió.

—*Comme vous voulez, monsieur. Mais vous comprenez qu'il y a des risques.*

—*Oui* —dijo Wayne. El camarero abrió botellas y metió una cuchara. Plantas fungibles, corteza, hígado de pez globo. *Bufo marinus*: glándula parótida de una serpiente marina. Licor klerin de un sifón. Un líquido desconocido que hizo que todo

espumara.

La efervescencia aumentó. Olía a excipiente de componentes volátiles. El camarero sirvió la copa gesticulando bendiciones. Wayne asintió y dejó dinero americano sobre la barra.

Los tres hombres se acercaron. Uno brindó por él, uno le bendijo, uno le entregó la tarjeta de una secta. La espuma quemó todo el aire alrededor de ellos. Wayne engulló la pócima de un trago.

Le quemó la garganta y lo sacudió por dentro. El camarero dijo:

—*De rien, monsieur. Bonne chance.*

Encontró un lugar umbrío a las afueras del pueblo. Se quedó allí y desconectó del ruido externo. Oyó respirar al aire y supo que había llevado fe a aquel momento. Sintió que el suelo giraba debajo de sus pies.

Su pulso latió y conectó sus extremidades a los árboles que lo rodeaban. La visión periférica se expandió y le permitió ver lo que tenía a la espalda. Le lloraban los ojos. Vio al doctor King y al reverendo Hazzard nadando. El doctor King tenía el color de Mary Beth. El pastor tenía los ojos de Marsh Bowen. Los pájaros se posaron dentro de él. Sus trinos resonaron como aquellos clics de la mente que no dejaba de oír allá, en el mundo. El sol se convirtió en la luna y cayó en su bolsillo. Continuó viendo a la mujer del pelo oscuro con hebras grises.

(Los Ángeles, 10/4/69)

Scotty dijo:

—Marsh la ha cagado. Presenció un robo con agresión y no informó.

Dwight encendió un cigarrillo.

—Lo sé.

—¿Marsh ha confesado?

—Se lo ha contado a su enlace.

—¿Se refiere a Wayne Tedrow?

—Exacto.

—Un acierto, que sea él. —Scotty se rio—. Los negros lo temen, así que lo adoran. Nadie sospecha que colabora con el FBI, porque trabaja para los Chicos.

La cafetería Piper's, en Western. Clientela de la una de la tarde: policías y necrófagos de Ambulancias Schaeffer's.

—¿Quién le ha hablado de Wayne? —preguntó Dwight.

—Uno de mis numerosos informantes del sur de la ciudad.

—¿El tipo de la licorería?

—Tengo los labios sellados.

Dwight se frotó los ojos.

—Hablemos de Jomo.

—Antes hágame una concesión.

—Está bien. Yo dejo en paz a Jomo si usted deja en paz a Marsh.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que puede tener a Jomo con independencia de mi operación. Quiere decir que es mi mejor militante negro psicópata, pero puedo pasarme sin llevarlo a juicio. Quiere decir que tiene algo en marcha de lo que no quiere hablar, porque no me llamó a medianoche para que detuviera a un negro violento.

Scotty echó crema a su café.

—Acierta en todo. Jomo tiene un montón de pasta y creo que sé de dónde la ha sacado.

—Y si necesita a Marsh como testigo, lo llamaré a declarar.

—Acierta otra vez.

Dwight encadenó cigarrillos.

—¿Promete no revelar la condición de agente del Buró de Marsh?

Scotty le gorreó un cigarrillo. Dwight se lo encendió.

—Sí. ¿Y usted me promete no detener a Jomo por ningún delito federal mientras preparo el caso?

—Sí.

Scotty dio una calada al cigarrillo y lo apagó aplastándolo. Dos policías pasaron junto a él y les guiñó un ojo.

—Gracias por venir. Sé que ha sido muy precipitado.

—No es nada. De todos modos, no podía dormir. —Dwight se desperezó.

—Siempre está la bebida.

—A mí ya no me funciona.

—Siempre están las mujeres.

—De eso voy un poco sobrado —dijo Dwight.

(Paso de Mona, 10/4/69)

—*C'est fini, l'héroïne.*

—Eres un gilipollas.

—*Allons-y, l'héroïne, oui!*

El Zarpa de tigre surcó las olas. Destino: Punta Higuero, Puerto Rico. Saldivar se ocupaba de las turbinas; el francés, del puente. Gómez-Sloan y Canestel se encargaban de los lanzatorpedos. Morales leía el manual de uso.

Crutch se ocupaba del nido de ametralladora de proa. Luc Duhamel hacía lo propio a popa. Zarparon de la caleta privada de Luc y siguieron la costa norte hasta el paso sin novedad. Fue una mierda de viaje desafiando a la muerte.

Habían comprado la barca entre todos. Bebe Rebozo aportó la mayor parte de la pasta. Luc conocía una banda de traficantes de droga en Punta Higuero. La *Zarpa de tigre* aprovechaba la noche furtivamente. La patrullera maaala había hecho cuatro incursiones de sabotaje hasta la fecha.

De la caleta de Luc al paso de los Vientos y a los arrecifes rojos de Cuba. Dos embarcaderos de los milicianos destruidos y treinta castristas muertos. «Tú comes cucuruchos de helado y eres un pervertido con las mujeres». Sí, pero hay diecinueve comunistas pudriéndose.

La patrullera *Zarpa de tigre*: casco de madera y botadura durante la Segunda Guerra Mundial. Pintada a franjas atigradas, con zarpas de tigre, bautizada «109». *L'hommage à le grand putain Jack.*

Crutch engulló pastillas contra el mareo. La *Zarpa de tigre* bailaba el wa-watusi en un oleaje de marejada. El crepúsculo apagó el sol y el mar encalmó. La tierra se acercó por estribor. Saldivar distinguió parpadeos de semáforo. El franchute pilotó la patrullera hacia una cala. Los bajíos dejaban un paso estrecho. Una luz de linterna bombardeó la proa. Crutch distinguió a cuatro hispanos con fusiles automáticos.

Los hispanos engancharon con garfios la proa y amarraron la *Zarpa de tigre*. Vieron el montaje: nidos de ametralladoras encajados en fisuras de las rocas. La tripulación saltó a tierra. Les entró arena en los calcetines. Los hispanos portorriqueños se parecían a los cubanos. Todos tenían aquel aire cargado de machismo. Circularon nombres. Crutch no soltó prenda. Los hispanos trataron a Luc con deferencia. Era por su pedigrí. Hechicero vudú de casi dos metros y policía Tonton. Luc era el no va más de los tíos raros.

La tripulación siguió a los hispanos. La vegetación selvática llegaba a la misma playa. Pululaban los insectos nocturnos. La luz de la linterna paralizó a la mayoría en el aire. Crutch vio una cabaña de pesca. Dos hispanos vigilaban la puerta. El interior

eran tres metros por tres. Sobre una mesa había paquetes de polvo.

Saldivar traía el dinero en una mochila. Luc traía excipiente de sacarosa, una hoja de afeitar y una jeringa hipodérmica. Los hispanos se santiguaron y bendijeron su vuelo de prueba.

Gómez-Sloan rajó los paquetes. Saldivar echó polvo en una solución púrpura. Se volvió amarilla. El francés exclamó, *Voilà!* Los hispanos exclamaron, *¡Arriba!* Luc preparó la jeringa, hizo un torniquete y se inyectó.

Todos los ojos puestos en Luc. Está en Cabo Cañaveral negro. Se dispone al despegue.

Luc tiró del émbolo. La sangre entró en la jeringa. Luc se ladeó, se aletargó, levitó y se largó al séptimo cielo.

El agua estaba fría. Las olas batían el casco y arrojaban espuma en cubierta. Crutch estaba de guardia. No tuvo más remedio que mojarse. Viajó mentalmente. El beso de las mujeres dominicanas. Le hace regresar a Joan y Gretchen/Celia y su beso, el verano pasado.

El libro vudú de los muertos. Tatuaje se esfuma ese verano. Es una traidora del Catorce de Junio. Joan y Gretchen/Celia la quieren muerta. Acuchillada con ensañamiento... o tal vez algo más.

«Eres un perverso con las mujeres».

Los cubanos no le daban miedo. Luc no se lo daba. El franchute, Scotty y Dwight Holly: ellos, tampoco. Wayne, sí. Wayne no daba miedo a los otros tipos. El franchute lo desafiaba. El franchute decía que podían continuar el negocio de la droga clandestinamente. Wayne había matado a Martin Luther King y a varios negros menos conocidos. Wayne tenía una novia negra. Wayne daba miedo porque procesaba una mierda mala y te la devolvía sin que lo pidieras.

Había dejado a Wayne en mitad de aquel agujero infernal llamado Haití. Wayne regresó tres días después, macilento y divagando. Dio el visto bueno a una transferencia de billetes de los Chicos al Enano. En las obras, los reclusos y los esclavos ya estaban trabajando. Los cubanos y La Banda blandían el látigo. El Komando Tiger trabajaba sin descanso. Supervisaba los emplazamientos. Hacía el mantenimiento del *Zarpa de tigre*. Dirigía las obras en una cala con embarcadero. Los esclavos de vudú de Luc estaban excavando un espacio en la caleta. El franchute la llamaba «kaleta del Tigre». Luc tenía conexiones negras de drogas en Puerto Príncipe. Negros Tonton pasarían la droga a los vendedores. El negro jefe Papa Doc se llevaría una buena tajada.

Wayne dijo que nada de caballo. Los demás se opusieron. Wayne le dio miedo. Él odió a Wayne. Tenía una foto de Wayne estrechando la mano del Enano. Luc le enseñó un hechizo vudú y maldijo a Wayne con él. Hincó alfileres en un pollo muerto. Se pinchó un dedo con un alfiler, lo mojó en la sangre y lo clavó en la cara de



Wayne en la foto.

Una ola lo empapó. Le jodió la imagen mental. Crutch disparó balas trazadoras al cielo.

Los tipos de la CIA eran locos del golf. Terry Brundage era hándicap cero. Sus lacayos tenían hándicap bajo. Su oficina era la antigua cabaña de los caddies del campo de golf privado del Enano. La Banda tenía un búnker para torturar detenidos debajo del hoyo nueve.

Crutch entró. El suelo era de hierba sintética. Unos vasos de cóctel servían de agujero de golf. Terry y sus lacayos llevaban camisetas de manga corta y calzones de seda cruda.

—Hola, pariguayo —dijo Terry.

Crutch se rio. Un lacayo falló un putt. Un lacayo metió uno laaargo. El lugar estaba desordenado. Tres mesas, una radio de onda corta, un teletipo. Un archivo con los cajones abarrotados.

El enfriador de agua tenía un dispensador de vasos y daiquiris preparados. Crutch cogió un vaso y dio un breve sorbo.

Terry hizo girar su palo.

—¿Te envía Mesplède?

—No, ha sido idea mía. Se me ha ocurrido echar un vistazo a su archivo de disidentes. Creo que hemos tenido a algunos comunistas husmeando por las obras.

Los lacayos guardaron los palos de golf. Con ellos, metieron en la bolsa fusiles automáticos.

Terry llenó los termos de ron.

—En el baño hay unas revistas guarras. Si buscas chicas, allí es donde estarás mejor.

El archivo era un caos. Cuatro muebles, dieciséis cajones, sistematización nula. Expedientes desordenados, fotos sueltas. Sin códigos de ruta o indicaciones de procedencia. Nada ordenado alfabéticamente.

Crutch trabajó de cajón en cajón. Se encerró en la oficina. Tenía cuatro horas, lo mismo que había durado el golf y la charla entre tragos. Vació cajones y hojeó documentos. Buscó cualquier cosa relacionada con Joan Klein/Celia Reyes/14/6. Consiguió listas de nombres, listas de miembros afiliados, listas de sospechosos, listas de interrogados y listas de personas presuntamente muertas. Vio una cantidad enorme de acrónimos comunistas y listas en español. Vio una lista de enemigos de Rafael Trujillo, el Chivo: ¡Catorce mil nombres! Vio una lista de presuntos pisos francos en Santo Domingo y la memorizó sin mucho interés. Vio fragmentos de una cronología del 14/6/59. La narración era fragmentaria. Faltaba la mitad de las

páginas.

Ya conocía los hechos fundamentales. La nueva mierda era horrorosa. El Chivo mató a machetazos a simpatizantes del 14/6 en masa. Borró pueblos fronterizos enteros. Echó niños a los caimanes en la Plaine du Massacre. Seguía una lista: miembros del 14/6 capturados. Ni Joan, ni Gretchen/Celia, ni María Rodríguez Fontonette.

La narración terminaba. Seguían páginas sin relación con el tema. Crutch vació tres cajones más y encontró esto:

Una serie de párrafos fragmentarios en una hoja sin numerar. El nombre de María Rodríguez. Su apodo: Tatuaje.

Es miembro del 14/6. Es una renegada. Delató la invasión. La Banda lo supo. Rápidamente, se prepararon y llevaron a cabo contramedidas. Un Tonton Macoute traidor ayudó a los rebeldes y estaba en paradero desconocido. Su nombre: Laurent-Jean Jacqueau.

Crutch releyó la hoja. Leyó las siguientes y las anteriores y repasó todas las que ya había leído. Nada ampliaba ni mejoraba aquella narración fragmentaria. Tres horas y media para esto.

Vació cuatro cajones más. Vio más nombres, nombres, nombres. Vació dos cajones más. Vio un expediente. «Reyes, Celia», mecanografiado en la camisa. El expediente estaba vacío.

Tomó un trago de ron directamente del chorro. Vació otro cajón. Vio un millón de fotos de hispanos con pinta de comunistas. Vio una foto con fecha de 14/6/59. Oyó gritos procedentes de debajo del campo de golf. La luz de la habitación bajó de intensidad durante dos segundos y luego recuperó el brillo.

Volvió la foto. Era una imagen aérea. Se veía una playa rocosa. Unos soldados apuntaban sus armas contra unos rebeldes zarrapastrosos.

Parpadeó y entrecerró los párpados. Miró con mucho detenimiento. Vio una mujer entre treinta y tantos hombres. Era Joan Rosen Klein. Tenía el puño derecho en alto.

Por un conducto de refrigeración salió humo, seguido de un olor pestilente. Hacía diez años de la invasión. Joan tenía todo el pelo oscuro.

Más humo y más hedor. Otro grito, puro francés criollo. Más hedor a pura carne socarrada.

(Los Ángeles, 13/4/69)

Yonqui Monkey enfureció a Sonny Liston. Lo sacó de sus casillas. Sonny había agotado sus fuerzas con drag queens y no le quedó brío para Alí. Su virilidad se quedó seca.

Jorro atendió llamadas. Junior devoró pasteles emborrachados en coñac. El *gag* de Milt se prolongó. Wayne y Marsh vieron arder de ira a Sonny.

Llovía. El techo tenía goteras. El papel pintado a rayas se desprendía de las paredes. Un médico que debía 350 a Tiger Kab había pagado con Desoxyn y Dilaudid. Sonny y Jomo se cabrearon pero se prepararon un combinado de pastillas.

Yonqui Monkey estaba desatado. Yonqui Monkey largaba en su jerga afro y apretaba los labios.

—Alí es un encanto. Ese joven tan guapo es capaz de rimar y soltar pullas como nadie que esta hermanita simia que les habla haya visto nunca. «Liston no escapará, del cuarto no pasará». «Lo que aquí digo, no lo paséis por alto, estará KO para el quinto asalto». «Con tantas farras y cachondeo, el muy putero no llegará al tercero».

Sonny bebió combustible de cohete: metanfetamina líquida y aguardiente de 95 grados. Sonny encendió un Kool extralargo.

—No tiene gracia. Cuenta ese en que *lady* Bird Johnson me chupa la polla.

Yonqui Monkey se enfurruñó.

—Esta hermanita simia está muuuy cansada de tu resistencia a aceptar a ese joven tan guapo y encantador, que ha llevado a la gente de color a la era de Acuario mientras tú actúas de mono organillero para la estructura de poder de los cerdos blancos y para la mafia.

Sonny cerró los puños. El cigarrillo se hizo hebras. Marsh miró a Jomo. Wayne miró a Marsh. Junior se largó al baño. Milt le metió un cigarrillo de plástico en la boca a Yonqui Monkey.

—Si aguanta hasta el siete, dejaré que el culo me apriete; si llega al noveno, lo daré por bueno.

—Ya basta —dijo Jomo—. Esa mierda ya me aburre.

Wayne asintió. Marsh entendió el gesto: falta poco.

Yonqui Monkey continuó luciéndose:

—Y esta simia que os habla está muuuy harta de vosotros, fantasmones que no distinguís a Eldridge Cleaver de Beaver Cleaver y a Franz Fanon de mi grueso culo, pedazos de...

—Cierra el pico, tío. Es la última vez que te lo digo.

Wayne hizo una señal a Marsh: ahora.

Marsh intervino:

—Tranquilo, hermano. Deja que el mono termine la actuación.

Jomo hizo chasquear los nudillos. Los ocho. Despacio y audiblemente.

Wayne hizo una señal a Marsh: más.

Marsh se acercó a la centralita. Jomo estaba cerca. Marsh se apoyó en una silla.

—¿Qué derecho tienes a meterte con los viejos? Te lo digo a ti, negro de mierda. Hablo de ese pobre tipo de la licorería. No te hizo nada y le pegaste una paliza, joder...

Jomo se puso en pie. Marsh se acercó más. Los dos agarraron sendas sillas. Jomo trató de golpear primero y falló. Marsh se agachó y esquivó el golpe. La silla se estrelló en la centralita.

Las patas se rompieron. La consola se hizo trizas. Las clavijas de las llamadas cayeron al suelo. Marsh lanzó el contraataque. La silla le dio a Jomo en la espalda, le dio en las piernas, le rozó la cabeza y se le llevó casi media oreja. Jomo se tambaleó y se golpeó con la consola. Marsh le dio un puñetazo. Apuntó a la entrepierna y le dio en las pelotas con una pata de la silla.

Jomo aulló. Marsh salió de la choza y se puso a gritar bajo la lluvia. El grito sonó como una palabra repetida. Wayne abrió una ventana para escuchar.

Gritaba ¡ATN! ¡ATN! ¡ATN! Marsh blandió la silla en alto y continuó gritando. La gente salió de las tiendas a ver qué sucedía. Algunas voces lo vitorearon.

Continuó rondando. Rondaba con un propósito. Tenía que ver con aquel clic recurrente.

Había discutido con Mary Beth. Ella le había hablado de la «Escuela de la Libertad». Él había ido allí y había visto la foto de facultad. La mujer del cabello oscuro con hebras grises. El clic que no podía situar. El semiclic que lo devolvía a aquella noche de bares.

Hacía tres meses. La primera juerga del personal de Tiger Kab. La visión de una mujer con el mismo pelo, de espaldas.

Su paisaje mental en Haití. Las hierbas y la imagen de ella que cambiaba de forma.

Wayne recorrió el sur de L.A. Recordó la pelea por teléfono con Mary Beth. Ella le presionaba para que le hablara del viaje. Él mintió: la R.D. y Haití no están tan mal. Mis inversores impulsarán la economía. Balaguer no es Trujillo. Por favor, créete que las cosas mejorarán. Mary Beth se mofó: Yo sé que no, cariño.

Wayne tomó por Central Avenue. Los clubes pasaban rápidamente. Había visto a aquella mujer en El Patio del Sultán Sam. Tal vez estaba allí ahora. Era una posibilidad remota.

Había pasado tres días en Haití. Fue un viaje de droga sin respiro. Vio su vida entera en un calidoscopio. En los árboles y en las corrientes de agua se formaron rostros. Las hierbas le quemaron las entrañas. Era un estado zombificado. Tuvo que quedarse quieto y escuchar. No tenía voluntad para crear pensamientos o huir. Se

quedó dormido después de un millón de horas de viaje. El mundo real volvió a él, cambiado.

Tomó al este por Slauson. Vio compraventa de droga delante de un puesto de gumbo. El equipo de Tiger Kab quería vender heroína. Él lo frenó. Ellos no lo traicionarían. Temían su influencia con los Chicos. El equipo haría incursiones en Cuba, probablemente: era la idea fija de la ultraderecha.

Pasaron unos fantasmones de la ATN. Llevaban gorros de cosaco y trajes negros ajustados. Marsh había cumplido. Ahora era místico ATN.

A la puerta de El Patio del Sultán Sam se arremolinaba una multitud. Wayne aparcó en doble fila y se dirigió a la cabecera de la cola. Los gorilas de la puerta lo llamaron «jefe». Ahora, el local era propiedad de los Chicos. Los negros que esperaban en la cola lo fulminaron con la mirada.

Abrió la puerta y se asomó. Dentro, todos eran negros. No había ninguna mujer blanca con hebras grises en el pelo.

Fue a El Bollo de Betty y se hizo el gran buana blanco. Recibió más miradas hostiles y gruñidos de cerdo. Ella tampoco estaba allí. Pasó por La Zorra Altiva, El Nido de Nat y el Klover Klub. Los gruñidos de cerdo se intensificaron en cada local.

*Cherchez la femme. La femme n'est pas là.*

Wayne fue a El Otro Mundo de Mr. Mitch. No conocía el local. Untó a dos gorilas para que le dieran una acogida de VIP. Un negro gruñó ostentosamente.

El interior estaba más oscuro que una cueva. La camarera sentaba a los clientes con una linterna. Llevó a Wayne a una mesa. Vio a Sonny apostado con Junior Jefferson. Dos reservados más allá: Ezzard Donnell Jones y la mujer.

Wayne se unió a Sonny y Junior. Estaban colocados del combustible de avión de El Otro Mundo. La botella emitía radiación.

—Jomo tendrá que llevar las pelotas en una carretilla —dijo Sonny.

Junior se comió unos lichis.

—Será mejor que Marsh no se deje ver mucho, los próximos días.

Sonny dio un trago a la pócima.

—Tú estás demasiado gordo y Wayne demasiado delgado. Cada vez que te compres un dulce, dale otro a él.

La mujer fumaba. La mujer sacudió el pelo. La mujer se meció al ritmo de una música enlatada.

Wayne la señaló.

—¿Quién es?

—Se relaciona con la ATN y es un auténtico torbellino. Pero no me gustan con gafas.

—Creo que se llama Joan —dijo Junior.

Wayne miró a Joan. Sonny y Junior no le prestaron atención. Wayne se hizo un espacio para sí. El club quedó en silencio. Wayne sincronizó la música a sus movimientos. Creyó que le llegaba un sabor a hierbas de vudú y licor klerin.

Vestigios sensoriales. Un *flashback* del viaje haitiano, seguro.

Joan se limpió las gafas en el faldón de la blusa. Sin ellas, sus ojos se volvieron más dulces. Una navaja asomó de una bota.

Su pose era relajada. Sus movimientos eran fluidos. Hizo unos habilidosos aros de humo.

El tono de la música cambió. Joan dejó de mecerse. Depositó dinero en la mesa, se levantó y se marchó.

Wayne se levantó. La oscuridad lo cubrió. Siguió a Joan hasta el aparcamiento de atrás. Ella montó en un Chevrolet del 59. Las matrículas estaban manchadas de barro. Era una profesional de eludir seguimientos.

Arrancó y salió a Manchester en dirección oeste. Wayne puso en marcha su coche de alquiler y la siguió a cuarenta metros de distancia. Joan condujo despacio por el carril central. Utilizó los intermitentes y condujo como una buena ciudadana. Tomó por Harbor Freeway hacia el norte. Wayne se acercó y volvió a alejarse.

Era tarde y había poco tráfico. Wayne cambiaba de carril para parecer inocuo. Cruzaron el centro y Chinatown. La autovía de Pasadena los condujo al norte. Joan tomó por Golden State al oeste. Wayne la alcanzó y se retrasó. Joan dejó atrás Atwater y las salidas de Glendale. Se arrió a la derecha y tomó la salida de Eagle Rock. Wayne se mantuvo a distancia y siguió las luces posteriores de su coche. Joan se detuvo a la entrada de un patio de bungalós en una colina.

Wayne esperó. Joan aparcó el Chevrolet junto al bordillo y abrió el Dodge que esperaba allí. Los faros se encendieron. El coche dio media vuelta y se dirigió de frente hacia él. Wayne vio su rostro tras el parabrisas. La matrícula delantera estaba embadurnada de barro.

Joan encendió el intermitente y dobló al este por Colorado Boulevard. Wayne se rezagó, volvió a alcanzarla, dejó distancia otra vez. Cruzaron Pasadena. Joan tomó al norte por Lake Avenue. Pasadena desembocó en Altadena. Ascendieron hacia los montes de San Gabriel. Wayne dejó dos coches de distancia. Sacó la cabeza por la ventanilla y fijó la vista en las luces traseras de Joan.

Ella dobló a la izquierda por una calle secundaria. Wayne frenó a fondo, giró y frenó de nuevo. Joan aparcó y se dirigió a una casita de tejas de madera. Alguien abrió la puerta y la dejó entrar. La casa y su ubicación en Eagle Rock: las dos cosas vibraban a piso franco.

Wayne aparcó y se acercó. Las luces de la casa estaban encendidas. Se agachó y avanzó por el jardín. Vio sombras en el interior. Las persianas de las ventanas estaban medio levantadas. Se incorporó y miró.

Un saloncito. Armas cortas y largas apiladas encima de los muebles. Envueltas en unas mantas.

Carabinas, M14, Rugers con mira telescópica. Automáticas y revólveres en una caja.

Jomo Clarkson entró en el saloncito. Llevaba la cabeza suturada y vendada. Joan

lo siguió. Hablaron sin sonido. Él estaba agitado. Ella parecía tranquila. La ventana cerrada cortaba el audio.

Joan se quitó la chaqueta. Wayne vio la cicatriz de su brazo derecho.

CLIC:

Aquel expediente que le había mandado Dwight. No llevaba fotos adjuntas. Había tratado químicamente el texto tachado. Había encontrado el nombre de un cómplice conocido y se lo había comunicado a Dwight. Había destruido el expediente y no lograba recordar el nombre del cómplice conocido. El CLIC se le antojaba sólido e INCOMPLETO.

Joan y Jomo hablaron. Wayne se pegó a la ventana. Captó un murmullo de audio, unas palabras indistinguibles, y no podía leer los labios.

Vio una gasolinera en la siguiente bocacalle. Corrió a la cabina de teléfono...

Dwight dio un sorbo al café.

—La llamada de madrugada. Empiezo a acostumbrarme.

Estaban en Canter's de Fairfax. La clientela de las tres de la madrugada: policías y *hippies* ultrasucios.

—¿Quién es Joan? —dijo Wayne.

Dwight levantó las manos: ni idea. El gesto, dubitativo y nada convincente.

—¿Es Joan Rosen Klein? Traté con química las tachaduras de su expediente el año pasado, pero no vi nunca su foto.

Dwight insistió en el gesto: ni idea. Wayne dio una palmada en la mesa. Los cafés saltaron y se derramaron.

—Háblame de ella.

Dwight dijo que no con la cabeza. Wayne dio una palmada en la mesa. La cesta del pan voló.

—Tiene una cicatriz de arma blanca en el brazo derecho.

Dwight sonrió. Wayne cerró los puños. Dwight le tocó las manos: hijo, no hagas eso.

—La vi con Jomo Clarkson. 1864 Avondale, en Altadena. Es un piso franco. Hay un montón de armas.

Dwight jugó con su anillo de la facultad de Derecho. Le saltó del dedo y le cayó en el regazo.

—Continúa.

—Jomo ha estado hablando de que ha conseguido una buena pasta. Es un atracador y un escritor de propaganda antiblanca. Fred Hiltz, ¿recuerdas? Se cargan al rey de los panfletos racistas y el DPBH lo atribuye a «sospechosos negros desconocidos».

Dwight se levantó y salió corriendo. Wayne recogió el anillo del suelo.

(Beverly Hills, 14/4/69)

El DPBH le dejó leer el expediente. ¿El matón favorito de Hoover a las cuatro de la madrugada? El comandante de guardia le franqueó el paso.

Dwight se sentó en la sala de la brigada. El expediente estaba abreviado. El señor Hoover había escamoteado el caso. Jack Leahy se lo había apropiado por orden suya.

Una carpeta, nueve páginas, una introducción de cuatro páginas. Una lista numerosa de varones negros. La mayoría, delaciones de informantes de la policía y de amantes. Un recuento general de atracadores negros. Ningún Jomo Kenyatta Clarkson, ningún capullo militante negro y otros.

Dwight leyó el informe del escenario del crimen y el protocolo de la autopsia. Los testigos hablaban de dos negros enmascarados. Causa de la muerte: heridas de bala masivas. También en la lista: cuatro proyectiles de calibre 38 alojados en la cabeza.

Un momento...

El protocolo incluía fotos de las balas. El técnico del laboratorio decía que las cuatro salieron de la misma arma. Proyectiles de punta blanda, seis crestas, ocho surcos, semiplanos.

Un momento...

Joan había disparado balas del piso franco en una pantalla de insonorización. Él le había dicho que lo hiciera. Los casquillos: allí mismo, en su portafolios.

Dwight lo abrió. La pila de balas estaba envuelta en plástico. Encontró una del 38 mellada. Cogió las fotos y echó a correr por el pasillo hacia el laboratorio de criminología.

La puerta estaba abierta. No había nadie. Los departamentos de Policía amariconados eran así. Dwight echó un vistazo. Junto a la pared del fondo: un microscopio de balística.

Se situó ante él y puso la bala en el soporte. Colocó las fotos en la mesa. Manipuló el objetivo y guiñó el ojo. Acercó la imagen. Vio un proyectil de seis crestas y ocho surcos y una cabeza plana casi idéntica. La comparó con las fotos. Las dos balas las había disparado la misma arma, seguro al cien por cien.

Oyó sirenas en el exterior. Oyó una llamada de radio en la dependencia de al lado: *Código 3, a todos los coches K, Altade...*

Escena multitudinaria:

Los hombres del Sheriff de L.A., el DPBH, veinte unidades de uniformados y agentes de paisano. Unos uniformados salían cargados de armas envueltas en mantas.



Dwight se detuvo ante la barrera policial. La calle estaba iluminada de blanco rosa por los focos. Los curiosos se arremolinaban en pijama. Del apartamento entraban y salían agentes. Nada menos que un piso franco.

El guardia de la barrera se acercó. Era un cretino del Sheriff con acné postadolescente. Dwight bajó del coche y le enseñó la placa.

—Vamos, suelta.

—¿Eh? ¿Señor...?

—Dime qué tenemos aquí.

El cretino obedeció al momento.

—Bueno, recibimos un soplo sobre un depósito de armas y el homicidio de ese racista, el año pasado. El caso es del DPBH, así que llamamos a...

—Jomo Clarkson. ¿Dónde está?

El cretino dio un paso atrás.

—Bueno, el DPLA nos lo quitó de las manos. Apareció ese tipo de Atracos con un requerimiento judicial. Se llevó al detenido a la comisaría de la calle Setenta y Siete.

Dwight sintió un mareo.

—¿Hay algún detenido más? ¿Una mujer blanca? ¿El DPLA detuvo a una mujer con el negro?

—No, señor. Ese detective se llevó enseguida al detenido. Tenemos las armas, desde luego, pero no sé nada de una mujer.

Dwight volvió al coche y quemó llanta marcha atrás. Golpeó el bordillo en un giro de ciento ochenta grados y tomó calles secundarias hacia la autovía de Pasadena. Colocó la luz giratoria en el techo del vehículo y puso el coche a 180. El trayecto hasta el centro de la ciudad duró seis minutos. La autovía del puerto lo dejó en el Congo. La comisaría estaba a tiro de piedra de la salida.

Aparcó en el recinto de los coches patrulla y se prendió la placa en la solapa. Pasó ante el mostrador de la entrada. El sargento de guardia dormitaba. Oyó a unos negros borrachos que aullaban en los calabozos.

La sala de la brigada estaba en el piso de arriba. Dwight subió los peldaños de tres en tres. Pupitres y pasillos entre ellos llenaban el cuarto de pared a pared. Los agentes del turno de mañana leían teletipos y mecanografiaban con dos dedos. Se los veía aburridos. Uno de ellos le hizo un gesto de saludo. Dwight atajó por un pasillo que cruzaba. Junto a la pared derecha se sucedían las salas de interrogatorio.

Ahí está Scotty.

Come una manzana. Lleva un traje marrón y pajarita de tartán. Está observando tras un falso espejo.

Dwight se acercó. Scotty le guiñó un ojo. Dwight miró por el falso espejo. Ahí está Jomo, esposado a una silla.

—No me lo diga —dijo Scotty—. El señor Hoover quiere que el caso Hiltz siga congelado.

—¿Por qué habría de decírselo? No me serviría de nada.

Scotty se rio.

—¿Le gustaría mirar?

—Sí. ¿Me hace una concesión, primero?

—Sí.

Dwight sacó el paquete de cigarrillos. Scotty cogió dos y los encendió a la vez.

—¿Qué ha pasado? Cuénteme por qué estamos aquí.

Scotty arrojó la manzana a una papelería.

—Su chico, Marsh, me llamó y delató a Jomo por un robo en una licorería. Le eché mano antes de que el DPBH pudiera quedárselo por el asunto Hiltz, que es cosa suya, estoy seguro. Pero es curioso, hablé con Marsh por teléfono y le aseguro que no parecía él. Más curioso aún, joder: sonaba como si una mujer le estuviera cuchicheando al oído y le apuntara lo que tenía que decir.

Dwight se tocó el anillo. Había desaparecido. Scotty aplastó la colilla en la pared. Jomo escupió al falso espejo. El escupitajo fue a parar a una mesa atornillada al suelo. Jomo se agitó en su silla atornillada al suelo.

Scotty abrió la puerta. Dwight entró detrás. Levantaron unas sillas y se acercaron a Jomo amenazadoramente. El cabrón estaba sujeto al suelo y esposado a la silla.

—Quiero hablar con un abogado. Consíganme uno de esos judíos de pelo rizado que trabajan para los Panteras.

—El señor Holly es abogado —dijo Scotty—. Él te informará de tus derechos.

Dwight le informó:

—Tienes derecho a confesar y evitar el castigo físico. Tienes derecho a decirle al sargento Bennett exactamente lo que quiere saber. Yo también requeriré respuestas claras a mis preguntas. Si colaboras, te daremos un paquete de cigarrillos y un caramelo. Si te resistes, te moleremos a palos y te encerraremos en el calabozo de los maricas.

—¡Todo eso es pura mierda! ¡Conozco la ley! ¡La Miranda-Escobedo se aprobó en 1962!

—La Miranda-Escobedo no se aplica aquí —dijo Scotty—. Éste es un juicio bufo y tú eres el payaso.

Jomo escupió en la mesa. Scotty sacó un pedazo de manguera de goma del cinto. Medía un palmo y llevaba esparadrapo en la empuñadura para sujetarlo bien.

—Durante los últimos siete meses ha habido catorce atracos en tiendas de licor del sur de Los Ángeles. Tú concuerdas con la descripción general del sospechoso. Un informante confidencial de la policía me llamó hoy. Te delató como autor de los delitos y lo he considerado creíble. Te aconsejo que confieses. Si requieres consejo legal, puedes dirigirte a tu abogado.

—Confiesa —dijo Dwight.

—Marsh Bowen me delató —dijo Jomo—. Primero, me da una somanta; luego, me entrega. ¿Ven los puntos que llevo en la cabeza? Me lo hizo ese ex cerdo hijo de

puta. ¿Creen que no me las va a pagar cuando salga de aquí?

Scotty flexionó el pedazo de manguera.

—Hijo, me encantaría ver eso. Marsh también me la ha jugado a mí y me encantaría verlo recibir su merecido.

Jomo se retorció. Sus esposas rechinaron. Las llevaba muy apretadas. Le sangraban las muñecas.

—Marsh me delató, ¿verdad?

—Verdad —asintió Scotty.

—Pues déjeme salir de aquí. Olvídense de estos robos de poca monta y yo le ajustaré las cuentas por los dos.

—Antes, confiesa —dijo Dwight—. Te daremos un pase de un día para que pongas en orden tus asuntos. Un colega mío es abogado judío. Él te representará. Cumplirás un año en granjas de reeducación, como mucho.

Jomo escupió en la mesa.

—Me cago en tu madre. Eres una cucaracha fascista y un lacayo de la estructura de poder de los cerdos. Tu madre me chupa mi gran polla negra.

Scotty guiñó el ojo a Dwight. Rodeó la mesa, se colocó detrás de Jorro y pasó el pedazo de manguera por el pelo afro de éste.

—Confiesa, hijo. Te conviene hacerlo.

—Que te jodan —dijo Jomo.

Scotty le arreó con el pedazo de manguera. Directo al riñón. Jomo gritó.

—Confiesa —dijo Dwight. Jomo escupió sobre la mesa. Scotty le arreó con el pedazo de manguera. Directo al riñón. Jomo gritó más fuerte.

—Confiesa —dijo Dwight. Jomo buscó aire entre náuseas. Scotty colocó una hoja de papel sobre la mesa. Dwight echó una ojeada. Una lista con los catorce asaltos.

—Mira esa lista y di que sí con la cabeza. Lo consideraremos una confesión.

Jomo escupió en la mesa.

—Que os jodan —dijo.

Scotty le arreó con el pedazo de manguera. Directo al riñón. Jomo chilló.

—Ha mirado la lista —dijo Dwight—. Como abogado suyo, lo considero una confesión.

Scotty asintió:

—De acuerdo. La redactaré más tarde y el señor Clarkson la firmará cuando sea capaz de sostener un bolígrafo.

Jomo babeaba bilis. Salía mezclada con sangre. La cabeza le pendía sobre el pecho. Las esposas se le clavaban profundamente. Los ojos le hacían cosas raras.

—Se me ocurre hacer una buena obra —dijo Scotty.

—Cuenta —dijo Dwight.

Scotty acarició el pedazo de manguera.

—Podríamos descargar al DPBH de un viejo caso que tiene pendiente. Podríamos descargarlo a usted de lo de ese piso franco y las armas.

Dwight pensó en Joan.

—Olvídese del piso franco. Puede salir comprometida mi gente. Concentrémonos en el asunto Hiltz.

—El asunto Hiltz... —farfulló Jomo—. ¿Qué dices? ¿Qué? No sé de ningún caso Hiltz.

Scotty contó:

—El 14 de septiembre pasado, dos varones negros hicieron una serie de robos en viviendas y en su transcurso mataron a un rico autor de panfletos racistas llamado doctor Fred Hiltz. Yo creo que tú eras el varón negro número uno. Creo que debes confesar esos crímenes y que debes revelar la identidad del varón negro número dos. Señor Holly, ¿qué le aconsejaría a su cliente?

—Que confiese —dijo Dwight.

—Que os jodan —dijo Jomo. Escupió sangre sobre la mesa.

Scotty le arreó con el pedazo de manguera. Directo al riñón. Jomo gritó.

—Confiesa —dijo Dwight.

—Confiesa —dijo Scotty.

Jomo escupió sangre sobre la mesa. Jomo jadeó:

—Que os jodan.

Scotty le arreó con el pedazo de manguera. Directo al riñón. Jomo chilló.

—Confiesa —dijo Dwight.

—Confiesa —dijo Scotty.

Jomo escupió sangre sobre la mesa. Jomo sollozó:

—Que os jodan.

Scotty le arreó con el pedazo de manguera. Jomo chilló.

—Confiesa —dijo Dwight.

—Confiesa —dijo Scotty.

Jomo escupió sangre sobre la mesa. La sangre llevaba pedazos de tejido. Jomo irguió la cabeza y respiró profundamente.

—Está bien, yo di los golpes. Yo y un negro llamado Leotis Waddrell. Leotis me robó. Se fue a Las Vegas y se pateó todo el botín en la ruleta y en coca. Me lo cargué. Está en el desierto. Si el asunto queda en homicidio en segundo grado, entregaré el cuerpo.

—Ha confesado —dijo Scotty.

—Lo verificaré —dijo Dwight.

—Tengo unas cuantas preguntas más —dijo Scotty.

Dwight dijo que no con la cabeza.

—Pídale una ambulancia. Intentaba escapar y se lo ha impedido. Puede poner una fecha posterior en la confesión.

Scotty dijo que no con la cabeza. Le hizo cosquillas en la barbilla a Jomo con el pedazo de manguera.

—Veinticuatro de febrero del 64. El atraco al furgón blindado en la Ochenta y

Cuatro con Budlong. Seguro que has oído hablar del golpe. Guardias muertos, ladrones muertos, un botín muy grande en dinero y esmeraldas. El jefe de los atracadores se cargó a sus propios hombres y quemó los cuerpos para dejarlos irreconocibles. Logró escapar y estoy medio convencido de que un segundo hombre lo consiguió también. Ya que te tengo aquí, ¿puedo preguntar si sabes algo del asunto?

Dwight parpadeó. Aquello no venía a cuento...

Jomo parpadeó. Le caía sangre por la barbilla.

—Tío, ¿por qué me preguntas eso? Ese caso es más viejo que mi abuelo.

Scotty le arreó con el pedazo de manguera. Directo al riñón. Jomo chilló.

Dwight se levantó. Jomo apoyó la cabeza en la mesa. Scotty lo agarró por el pelo y tiró. La mesa estaba embadurnada de sangre.

—Rumores, chismes, cualquier cosa que puedas haber oído. He hecho una pregunta civilizada y espero una respuesta civilizada.

Jomo apartó la cabeza de un tirón. Su pelo afro se desprendió. Era una peluca pegada. Scotty se rio y la arrojó al suelo.

—La última vez. Los sucesos del 24 de febrero. Cuéntame lo que sepas de...

—¡Tío, no sé una mierda! ¡Los rumores son rumores! Quizá fue la ATN antes de que fuera la ATN; quizá fueron blancos. ¡Yo no sé una puta mierda, tío!

Scotty le arreó con el pedazo de manguera en la coronilla.

—Basta —dijo Dwight.

Scotty guardó el pedazo de manguera en el cinturón.

—Como quiera —dijo.

—Llame a la ambulancia. Llévelo a Morningside.

Scotty le guiñó un ojo:

—Claro, Dwight. Después de lo de hoy, creo que ya puedo tutearte. Llamaré la ambulancia y ahora nos diremos buenas noches.

Dwight se dirigió a la puerta. Le faltaba el anillo. Tenía los pies entumecidos. Olía a bilis y sangre.

—Todavía le debo una a Marsh Bowen —dijo Scotty.

Dwight cruzó la puerta y bajó la escalera. No sentía los pies. Llegó al aparcamiento temblando. Apoyada en su coche estaba Joan.

Amanecer en la comisaría fascista. Coches patrulla aparcados a su alrededor.

La diosa roja con tabardo y botas gastadas.

—Soy tan buena como tú. ¿Te convences ahora?

—Sí —dijo Dwight.

Hacía frío. Joan se estremeció y metió las manos en los bolsillos.

—Correrá la voz. Marsh entregó a Jomo. De una tacada, certificamos a Marsh y sacamos a Jomo de la calle. Por eso dejó que el FLMM almacene armas en un piso franco de la ATN. En adelante, que se entiendan la ATN y el FLMM.

—Tú sabías que Marsh era mi infiltrado.

Joan asintió:

—¿A partir de una pelea con Scotty Bennett? El plan era tan rematadamente atrevido que tenía que ser tuyo.

Dwight se estremeció:

—«Que no muera nadie», ¿recuerdas?

—Hay unas armas que ya no harán más daño.

—Puede que no sea tan sencillo.

—Lo cual no debe impedir nuestras acciones.

Dos agentes se acercaron. Dwight dio un paso hacia Joan y le tomó las manos delante de su mundo policial.

—¿Por qué esto? ¿Y por qué ahora? —preguntó.

—Los dos tenemos las manos manchadas de sangre. Quizá yo más que tú.

—¿A qué te refieres?

—Sé cosas de ti... —dijo Joan.

**DOCUMENTO ANEXO: 21/4/69. Extraído del diario guardado en secreto de Karen Sifakis.**

Los Ángeles,  
21 de abril, 1969

El mundo exterior invade la tranquila vida familiar que he intentado crear para mis hijas. El periódico llega a mi puerta cada mañana y no puedo evitar echarle un vistazo. Luego, Dwight llama a mi puerta y me cuenta lo que los periódicos omiten.

Dos Panteras fueron acusados de agresión no mortal a dos agentes de policía en Brooklyn; se han abierto procedimientos judiciales contra los Panteras en una decena de ciudades. Dwight piensa que los Panteras son autodestructivos. Están plagados de informantes del FBI y de la policía municipal que crean desavenencias internas, las cuales conducen a la violencia intragrupo, la cual provoca la censura pública a gran escala, la cual lleva a más violencia con fines publicitarios. Los Panteras, y en ocasiones los EE.UU., aparecen en los titulares, mientras Dwight continúa dedicándose con ahínco a grupos menos destacados, como la ATN y el FLMM, porque considera que sus bufonadas presagian un acontecimiento mediático plenamente controlado que él puede orquestar a voluntad. En este sentido, Dwight es la quintaesencia del «hombre con una misión», y esta «misión» parece estar adueñándose de él.

El periódico me informó de que el «agitador militante negro» Jomo Kenyatta Clarkson, «que reconoció su participación en una violenta serie de asaltos a licorerías», se había suicidado mientras estaba detenido en la prisión del condado de Los Ángeles. El incidente ha provocado una revitalización del odio entre la ATN y el FLMM. He oído comentarios en la calle al respecto. Se considera una verdad indisputable: el ex policía Marshall Bowen, ahora ferviente seguidor de la ATN, delató a Clarkson. Con retraso, caí en la cuenta: Bowen debía de ser el hombre de Dwight.

Nunca ha mencionado el nombre de su infiltrado. Siempre protege la identidad de sus enlaces, infiltrados e informantes. Es lo que ha hecho conmigo, aunque el señor Hoover, en su estado de decrepitud, ha hablado indiscretamente de mi relación con Dwight. El señor Hoover es un homosexual célibe con tendencia a prendarse de hombres ásperos y que imponen respeto. Mi acuerdo íntimo con Dwight, cargado de conflictos ideológicos, debe de tener al viejo absolutamente confuso y consternado.

El asunto Clarkson agobia a Dwight. La maquinación —lo que sucediera con Clarkson y Bowen— tuvo que producirse a instigación suya, tal vez con la participación de Joan Klein. He visto a Dwight dos veces, recientemente. Hicimos el amor, pero me pareció que él buscaba consuelo, más que sexo. No dejaba de sacar a relucir el asunto de la heroína y de cómo los radicales izquierdistas la consideraban un arma política. Todo aquel discurso me olió a Joan.

Ahora, Dwight duerme aún peor. Lo noto crisparse en plena pesadilla. Cuando despierta, me mira casi con suspicacia. Es como si se preguntara qué sé de él y qué he contado. Nos hemos allanado la casa el uno al otro. Él ha leído mi otro diario, que es mucho menos sincero. Yo he visto su chequera y se lo he mencionado elípticamente. Mis labores de espionaje son un subtexto de nuestra relación. Un subtexto que Dwight acepta. Me he preguntado a menudo cuál será la naturaleza específica de su deuda con el señor Hoover. La semana pasada hice indagaciones y encontré una respuesta a eso.

Recordé la fecha de libramiento del primer cheque del talonario: primavera de 1957. Leí los

nombres de los receptores del cheque: el señor George Diskant y señora, de Nyack, Nueva York. A continuación, hice una búsqueda en hemerotecas de periódico y encontré la historia.

Era enero de 1957. Un hombre que viajaba hacia el norte por Merritt Parkway se estrelló contra la mediana de la vía. Estaba borracho. En la colisión murieron las dos hijas adolescentes de los señores Diskant. El nombre del causante del accidente, que no fue acusado nunca formalmente, no aparecía mencionado.

Sólo puedo suponer que el señor Hoover movió hilos. También sería ridículo suponer que un único incidente y nada más había definido el terrible vínculo de Dwight con ese hombre.

Joan me ha dicho que sabe cosas de Dwight. Joan lo deja ahí. Me pregunto si sabrá más de él que yo, a pesar de que se conocen desde hace bastante menos. Quizá le estoy atribuyendo a Joan unas facultades premonitorias que, en realidad, no posee. Aun así, juro que la huelo en Dwight.

**DOCUMENTO ANEXO:** 1/5/69. Extraído del diario de Marshall E. Bowen.

Los Ángeles, 1/5/69

Es Primero de Mayo. Estoy en la azotea del edificio donde vivo, observando los atascos de tráfico en las autopistas de San Diego y del puerto y una marcha contra la guerra en el centro. La ATN y el FLMM reparten panfletos a lo largo de la marcha. Yo he renunciado a participar. Supongo que habrá disturbios y que se me considerará el causante.

Estoy muy asustado. Es una sensación creciente que me tiene en vilo. Empezó el mes pasado, cuando Wayne dijo que me encargara de Jomo: «Si no lo haces, le contaré a todo el mundo que eres maricón». Oh, sí, la amenaza dio resultado. Me encargué de Jomo y Jomo está muerto, y yo soy un vínculo directo en la causa y efecto.

Si Wayne lo sabe, ¿quién más está al corriente y cómo lo ha averiguado? ¿Lo sabe el señor Holly? ¿Lo saben Scotty Bennett o el DPLA en general? ¿Lo sabe el FBI? ¿Lo saben los miembros de la ATN y el FLMM?

¿Cómo me han descubierto? ¿Ha sido la ausencia de mujeres en mi vida lo que ha conducido a Wayne a hacer una suposición informada? No soy afeminado en absoluto y siempre he tenido mucho cuidado en evitar la afectación que suelen poseer los hombres de mi inclinación. ¿Visto raro? ¿Adopto poses con las manos en las caderas sin darme cuenta? ¿Se me nota en el hablar? ¿Mis modales de rudo macho negro son gestos de algún código de maricas cachas? ¿Algún ligue anónimo de dos segundos salido de mi muy discreto pasado me ha reconocido como celebridad local y me ha delatado a cambio de favores policiales? ¿Es que, sencillamente, la gente percibe auras en este mundo onírico y sexualmente cargado en el que vivo?

Todo esto me da miedo. El resultado de la situación de Jomo es mucho más peligroso.

Scotty Bennett detuvo a Jomo por esos atracos a licorerías que yo sospechaba que eran cosa suya. El señor Holly, que parecía extrañamente afectado por el incidente, me dijo que Scotty había dejado a Jomo medio muerto a golpes en la comisaría de la calle Setenta y Siete y lo había enviado al hospital Morningside con graves lesiones renales. Jomo se colgó en su celda unos días después. La última parte de la historia llegó a los periódicos y tuvo una breve cobertura de televisión. El señor Holly me contó la parte que no llegó a conocimiento público: que Jomo había confesado una serie de robos en residencias de clase alta y el asesinato del doctor Fred Hiltz el año pasado.

Los golpes produjeron un botín de unos setecientos cincuenta mil dólares y fueron cometidos con un cómplice que no se alineaba con la ATN ni con el FLMM. El tipo fundió todo el dinero en cocaína, juego y prostitutas en Las Vegas. Jomo se enteró, mató al tipo y lo enterró en el desierto. El señor Holly interrogó a Jomo en la cárcel del condado de L.A. el día antes de que se matara. Jomo le dijo al señor Holly que su mitad del botín iba destinada a un fondo para comprar heroína para el FLMM. Un par de delincuentes estúpidos, viciosos y desventurados: Jomo lleva a cabo atrevidos trabajos en los barrios ricos y da golpes en tiendas de licores. Jomo se fía de su compinche putero y drogata, que dilapida el dinero del FLMM para la droga. Yo delato a Jomo, lo detienen por otra cosa y se quita la vida. Debería agradecer que Scotty lo encerrara, porque habría venido a por mí tarde o temprano. ¿Que Jomo ha muerto? Tanto mejor. Por desgracia, las cosas están saliendo de una manera muy diferente.

Corre la voz de que yo delaté a Jomo ante Scotty. No es verdad.

Todos los que importan lo creen, en cualquier caso.

Mis nuevos hermanos de la ATN se alegran. Muy bien, hermano Marsh: ese negro Jomo era muuuy malo y un anti-ATN radical. Estoy a cubierto con ellos y al descubierto ante todos los demás.

Le dije a Wayne que yo no había delatado a Jomo. Dijo que me creía, pero no estoy seguro de que fuera así. Le dije al señor Holly que no había sido yo. El señor Holly dijo que no me creía, pero su incredulidad no era del todo convincente. Scotty sabe que yo no soy el informante, pero ayer vino por Tiger Kab y me abrazó delante de todo el personal.

Scotty quiere que la gente lo piense. Ya no tengo la menor idea coherente de lo que Wayne y el señor Holly quieren que la gente piense.

Me han dejado tirado. No sé quién lo hizo. No creo que Scotty, sencillamente, me atribuyera el soplo como medio de vengar la paliza planificada del señor Holly. Esto me lo ha hecho alguien. No sé quién, pero debe de tener motivaciones políticas. Nadie sabe que soy un topo,

excepto Wayne, el señor Holly y muy poca gente más del FBI y del DPLA.

Pudo ser cualquier militante negro chiflado de la calle o un ideólogo chiflado. Pudo ser un estúpido marginado o escindido de la ATN o del FLMM con un estúpido instinto visceral.

He empezado a llevar un chaleco antibalas. Se dice que el FLMM ofrece una «recompensa» por mí. Unos estúpidos del FLMM me vieron en Central Avenue y me arrojaron latas de cerveza llenas hasta el borde.

Tengo miedo. Me pongo el chaleco y me paso horas delante del espejo del dormitorio, perfeccionando gestos. ¿He delatado inconscientemente mi inclinación? No soy afeminado en absoluto. ¿Tal vez, sencillamente, alguien presciente dentro de mi estado onírico general ha discernido esa inclinación dentro de mí?

He dejado de hacer pesquisas sobre el atraco al furgón blindado. Mi codicia por el dinero y las esmeraldas ha quedado amortiguada por un instinto de supervivencia. De momento, me estoy quieto, pero Wayne y el señor Holly exigen resultados. El señor Holly ha estado hablando con entusiasmo de la ATN como conducto de la heroína. Quiere que presente la idea a mis hermanos de la ATN, que son tan redomadamente estúpidos que no sabrían comprar heroína en una granja de amapolas de Tailandia. Algo que el señor Holly no acaba de captar.

Estoy asustado. Me quedo quieto. Espero. Llevo el chaleco. Estudio a hombres muy heteros y ensayo sus movimientos y su porte masculino ante el espejo.

Para hombres muy heteros, hay un punto brillante en mi vida ahora mismo: mi amigo haitiano el chiflado, Leander James Jackson. Leander me quiere, pero es totalmente hetero, así que mala suerte en eso. Tuvo esa pelea a navaja con Jomo –que Wayne y yo provocamos–, así que me ama por mi presunta delación, que ha dado por resultado la muerte de Jomo. Le dije a Leander que no lo delaté. Leander se rio y dijo: «Chico, no te creo».

A Leander le gusta el ron 151 y la hierba y disfruta recordando sus días en *la belle* Haití. Torturó disidentes para los Tonton Macoute, practicó vudú y dio un brusco giro a la izquierda. Ayudó a un grupo de rebeldes invasores y huyó de la isla cuando iban a echarle el guante. Ojalá pudiera decirle: «Chico, estoy acojonado, así que ahora mismo me quedo quieto».

Tengo un amigo, muchos enemigos sin nombre y dos amigos enemigos que me rondan. Wayne sabe que tengo esa inclinación. No quiero que el señor Holly lo sepa, ni que sepa que las imágenes de él y esa extraña mujer, Joan, asaltan mi estado onírico. Si el señor Holly se enterara me mataría.



(Santo Domingo, 3/5/69)

### LA SILLA ELÉCTRICA.

No podía quitarse de la cabeza la imagen. Aquella mierda seguía recordándose. Había encontrado aquel búnker del campo de golf. La Banda había dejado allí a un negro atado. Los electrodos le habían fundido la palma de las manos. Las ataduras lo habían quemado hasta el hueso.

Crutch esperaba en el aeropuerto. Estaba al llegar el vuelo de Sam G. El salón VIP estaba en plena actividad. Los asientos eran como tronos. Tenían aquel aire a SILLA ELÉCTRICA.

El vuelo traía retraso. Las Líneas Aéreas Drácula siempre llegaban tarde. El salón lucía arte del *führer*. Cuadros al óleo del Enano llenaban por completo las paredes.

Crutch se impacientó. Wayne tenía previsto volver pronto. Traía el dinero de los casinos para las obras de los nuevos establecimientos. Wayne había dictado la ley de nada de drogas. El Komando Tiger la había desafiado cuatro veces. Cuatro viajes a Puerto Rico. Cuatro entregas a los chicos de Luc en Puerto Príncipe. Ventas posteriores a adictos haitianos.

El vuelo de Sam llegaba con retraso. Sam podía traer consigo a Gretchen/Celia. Crutch se ofreció para el trabajo de chófer. Al franchute, aquello le pareció sospechoso.

Su caso estaba a punto de estallar. Había identificado a la víctima de asesinato: María Rodríguez Fontonette, alias Tatuaje. Vio la lista de haitianos masacrados. Memorizó los nombres. Aquello podía proporcionar pistas. Puso al corriente al francés. El francés se burló de él: «Esto no es más que tu fijación de *voyeur*, que se ha disparado. Mata más comunistas y obsesiónate menos con las mujeres».

El avión de Drácula Air aterrizó. Unas chiquillas corrieron hasta la escalerilla y repartieron guirnaldas de flores. Era idea del Enano. Una vez había estado en Hawái.

Pasó zumbando un carrito de los equipajes. Parecía una SILLA ELÉCTRICA móvil. Los electrodos le habían licuado la piel al tipo. Unos hispanos ricos seguían jugando a golf allí mismo.

Su caso era todo vudú. Aquello era un vudú maaalo. Cuidado con la Zona Zombi.

Sam G. dijo:

—A pesar de toda esa absurda mierda negra suya, Wayne es un jodido blanco. Ha hecho que el canal de salida de efectivo funcione como la seda. Blanqueamos las astillas de los casinos a través de ese banco propiedad de unos negros de L.A.

Tenemos el Tiger Kab y los clubes nocturnos para blanquear el dinero residual. Wayne ha estado dando por saco a Hughes y ha llevado el trabajo de las adquisiciones para los camioneros como un virtuoso, joder.

No vio a ninguna Gretchen/Celia. Fue un contratiempo. Visitaron las obras de Santo Domingo. Sam quedó impresionado. Los cimientos ya estaban firmes y las dos primeras plantas estaban levantadas. La Banda trataba a los esclavos a latigazos y les daba de comer Tang con benzedrinas. El trabajo avanzaba depriiisa.

Viajaron a Jarabacoa. La autopista estaba abarrotada de carretillas y de refugiados haitianos. Sammy se asustó. Los negros llevaban machete y sombreros de cabeza de pollo. Luc y los cubanos esperaban en Jarabacoa. Crutch los había prevenido de antemano: no mencionéis la gran H al gran S.

Sam dijo:

—Voy a cenar con Balaguer y lo reprenderé por tener a todos esos negros de mala pinta a plena vista del negocio turístico. En este aspecto, Batista era excelente. El jodido sabía ahorrar fastidios a la clase visitante blanca y a los hispanos claritos que dirigían el espectáculo. Voy a hacerle este preciso comentario al Jefe.

Gallinas decapitadas empaladas en cañas. Árboles marcados con sangre. Policías de la R.D. con mastines sujetos con correa. Negros espaldas mojadas corriendo.

Sam dijo:

—Es necesario cortar esto en seco. Cuando la gente quiere pasar miedo va a las atracciones de Disneylandia.

Un negro con un sombrero de pollo haciendo autostop. Tiene ojos de zombi. Se la está cascando. Tiene una polla de tres palmos.

Sam cogió la pistola de la cintura de Crutch y le disparó. El tiro salió muy desviado y alcanzó una de aquellas aves colgadas de los árboles.

Crutch no soltó prenda. Sam dijo:

—Este país necesita una cruzada de Billy Graham. Trae al reverendo Graham para crear un ánimo santificado y, luego, que todos los conversos reincidan en las mesas de juego. En un clima adecuadamente reprimido, ese tipo de cosas pueden florecer.

Jarabacoa estaba en plena efervescencia. Ya se habían levantado tres plantas. Los esclavos trabajaban depriiisa. Los contratistas del Enano los presionaban. Los cubanos administraban disciplina. Todo el grupo tragaba Tang. Creaba jovialidad. Luc trajo sus tres pitbulls. Llevaban collares con lentejuelas y sombreros de vudú puntiagudos sujetos con cuerdas.

Crutch tomó un trago de Tang. El coloquio le llegó rápido. El Komando haraganeaba en torno a una mesa de *picnic*. Luc acarició a sus perros. Sam señaló el anillo de esmeralda de Luc.

—¿Qué hay de las esmeraldas?

—¿Qué dices, tío? —dijo Luc—. Por favor, dime a qué te refieres.

Sam bostezó.

—Me refiero a que hay gente a la que le gustan las piedras preciosas en general y gente a la que sólo le gustan las esmeraldas, y cuando a alguien le gustan las esmeraldas, les gustan a lo grande.

—Eso lo entiendo. —Luc sonrió—. En Haití y en la R.D. existe una tradición de adoración a las esmeraldas. Representan el «fuego verde» del vudú. Su brillo ilumina una historia oscura.

Sam bostezó de nuevo.

—Mi novia, Celia, es dominicana. Ella lo sabe todo sobre las tradiciones y leyendas de las esmeraldas.

Crutch se volvió al oír «Celia». Luc reaccionó de modo extraño.

—¿Y cómo se apellida Celia? *Je m'appelle* Celia, ¿qué?

—Celia Reyes —dijo Sam—. Se reunirá conmigo en el hotel más tarde, lo cual significa que debería ponerme en marcha ya.

Luc reaccionó. Crutch se revolvió. Un pitbull aulló, ¡aaa-uuu!

EL OJO, LAS MANOS Y PIES.

La piel fundida, los muñones sanguinolentos, la hoja del cuchillo. La playa cubana y las caras de los chicos muertos. Los cables chisporrotean. Las luces se apagan. El tipo negro grita.

Despertó en otra parte. El sudor se encharcaba en sus auriculares. Fuera estaba oscuro. Miró el reloj: las 20:14.

Trabajo de poner micrófonos; rápido y casi improvisado.

Había llevado a Sam de vuelta a Santo Domingo. Le había reservado *suite* en El Embajador. Sam tenía la 810. Sam se tomó un Seconal y se encerró en el dormitorio. Crutch tomó la *suite* 809, alto riesgo.

Taladró un agujero en la pared hasta el salón de la 810 e introdujo un cable. Taladró un segundo agujero junto al anterior y pasó un minimicrófono. Una nube de polvo del zócalo volvió a entrar en su *suite*. El cable/micrófono era minúsculo. Parecía una chapuza hispana de mantenimiento.

Celia estaba al caer. Luc enarcó las cejas al oír el nombre. Esmeraldas. Cristal verde en el cuerpo de María Rodríguez Fontonette.

Crutch bostezó. Estaba aturdido de puro agitado. Terminó el trabajo y tomó un Seconal para bajar de las benedrinas y echar una cabezada. Nota a Sam y Celia: si habláis en el dormitorio, estoy jodido.

Ajustó el amplificador. De la habitación contigua le llegó estática y diez minutos de nada. Entonces, clic, se abre la puerta del dormitorio.

Sam bosteza. Sam hace el número de «oh, mi cabeza/tengo jet lag». Clic: el televisor, en marcha. Cháchara en español. A la mierda; Sam apaga la tele.

Crutch ajustó los auriculares. Sam bostezó: «Oh, mi cabeza, las pastillas de dormir se cobran un precio».

*Pom*, se abre una puerta. Exclamaciones, sonidos de saludos y de abrazos y besos. Unas palabras en español: el botones saluda y se larga. *Pom*, la puerta se cierra. Confusión de voces: Sam y Celia. Un *pop* y un ruido sibilante: han descorchado champán.

Tintineo de copas. Sonidos de muelles de sofá. Dos minutos de abrazos y besuqueos y sonidos de «oh, nena». El largo suspiro final de Celia.

Crutch reajustó los auriculares. Le llegaron interferencias, una especie de chapoteo, y la voz de Sam: «Esmeralda», «el negro», «lo llamó “Fuego Ver...”».

La transmisión se estropeó. Mierda, todo susurros. Crutch acercó el oído y captó un murmullo semiaudible. Empezó a ver un subtexto.

Sam está encoñado. Le saca treinta años, es un espagueti gilipollas. Celia está jugando con él.

Tintineo de copas. Rascar de cerillas. Celia tose y exhala. Sam murmura algo semiaudible. Dice: «Ese estúpido asunto tuyo de las esmeraldas». Su tono es condescendiente. Celia murmura algo, menos que semiaudible. Dice algo confuso y, luego: «Intriga de las esmeraldas».

Crutch se quitó los auriculares y se metió las puntas del cable en los oídos directamente. Recibió una descarga y más volumen. Celia dijo: «¿Y las obras? ¿Cómo van?». Sam fanfarroneó y monologó. No formaba palabras completas. Su tono lo expresaba claramente.

El tono de Celia, también. Está sondeándolo, está apaciguándolo, le sonsaca información. Tres palabras en seis minutos: «área», «acceso», «seguridad».

El audio se cortó. Crutch aplicó el ojo al agujero del cable. Tenía que ver...

La *Zarpa de tigre* se mecía en la caleta de Luc. Los esclavos del vudú habían construido un bonito amarradero para la patrullera. Luc paseaba por cubierta. Sus perros dormitaban debajo del puente. Unas cabelleras pendían de la antena delantera. Llevaban la marca de la zarpa del ekipo del Tiger.

Crutch subió a bordo. Luc se mostró efusivo. Estaba esnifando una mezcla de caballo y hierbas vudú. Crutch se instaló cerca del nido de la ametralladora. Luc movió las aletas de la nariz y dio de comer a la cabeza.

Crutch dijo que no podía dormir, estaba por la zona y bla, bla. Luc dijo:

—Eres un paraguayo. Siempre andas mirando y pensando. Eso significa que rumias preguntas que hacer. Eres un hombre muy joven que no entiende nada en una región horripilante, donde tus preguntas encontrarán muchas veces respuestas desagradables. No te envidio este larguísimo trayecto a horas tan tardías para hablar conmigo, muchacho.

Un perro se acercó. Crutch se ajustó la chaqueta. El perro lo husmeó.

—Soy una especie de aficionado a la historia y sé que llevas aquí bastante tiempo.

Luc se limpió la nariz.

—Llevo aquí desde el principio de los tiempos. He tenido apariencia de perro, de gallina y de hombre. Conozco la historia de los dos países de esta isla y con mucho gusto compartiría mis conocimientos contigo. ¿Hay algún conocimiento en concreto que te interese?

—Estaba pensando en la invasión del 14/6. Sé que ahí hay una historia.

—La conozco bien. Date una vuelta en coche conmigo y te la contaré.

Luc tenía un Lincoln del 61 de negrata. La pintura era una representación de la historia haitiana. Unos demonios negros empalaban a blancos franceses. Los perros de Luc violaban a sus mujeres. La capa del barón Samedi cubría la capota y los guardabarras. Papa Doc Duvalier sonreía en el portaequipajes.

Hacía calor. Luc bajó la capota y puso el aire acondicionado. Los insectos bombardearon el coche. Luc los eliminó con espray insecticida de hierbas vudú. Los muy jodidos morían con una rociada. Dos rociadas los volatilizaban.

Avanzaron por el Haití interior. Las aldeas discurrían rápidamente y desaparecían. Negros con la cara pintada de blanco pasaron a su lado entre la bruma.

Luc encendió los faros. El Lincoln llevaba neumáticos de todoterreno que apartaban de en medio grandes piedras.

Crutch cerró los ojos. Continuó viendo rastros demoníacos entre las sombras. Luc habló sin parar:

—Los insurgentes del 14/6 eran expertos en vudú haitiano y tenían conocimientos de química vudú. Una ideóloga marxista llamada María Rodríguez Fontonette tenía que envenenar el suministro de agua cerca de los lugares escogidos para la invasión en la costa de la R.D., con la esperanza de que indujera una conciencia espiritual en masa entre el campesinado dominicano. Hierbas y toxina de pez globo en cantidades no letales, muchacho. La mujer quería llevar al éxtasis a los campesinos y crear un caos espiritual entre los contingentes de la policía y del ejército. Pero, ay, ella misma delató a los rebeldes a los Tonton y la Policía Nacional. Así pudimos aplastar la invasión. La mayoría de los insurgentes murió. Algunos fueron capturados, encarcelados y ejecutados; unos cuantos, muy pocos, escaparon.

Crutch abrió los ojos. Un fantasma de cara blanca hizo una cabriola delante de los faros. Crutch cerró los ojos de prisa.

—Había una mujer llamada Celia Reyes, ¿verdad? Vi cómo reaccionabas cuando Sam la mencionó. La mujer tenía una amiga. Una americana de cabello oscuro con hebras grises.

Luc encendió un cigarrillo.

—Oh, escaparon, muchacho. Estuvieron entre esos pocos.

—Esmeraldas. Sam dijo que Celia adora las esmeraldas y tú dijiste que las esmeraldas tienen ese significado...

Luc encendió la radio. Sonó un canturreo en francés.

—Las esmeraldas son las esmeraldas, muchacho. Son un poder en sí mismas.

Crutch abrió los ojos. Se dirigieron al sur. El aire de la costa se cargó de vapor. Los insectos se hicieron más grandes. Luc condujo con las rodillas y los bombardeó a dos manos. Los bichos cayeron muertos encima de Crutch. Él hizo ¡puaj!, y los echó fuera del coche.

Entraron en un pueblo. Era pequeño: dos chozas de barro, seis cementerios, dos tabernas. Luc dijo:

—Visitaremos a un amigo mío. Es un *bokur*. Le gustará conocerte, muchacho.

—Estupendo —dijo Crutch. Luc redujo la marcha y se acercó despacio a una de las tabernas. Había una luz encendida. A la entrada ondeaba la bandera de una secta vudú. Era la misma del Lincoln de Luc. Luc aparcó y llevó a Crutch adentro.

Un negro gordo llevaba la cocina del local. Tenía dos batidoras que revolvían una masa mugrienta y cuatro fogones en los que se cocía mierda en sartenes. Luc saludó al negro con una inclinación de cabeza. El negro saludó a Luc del mismo modo. Hablaron en francés. Se tocaron los anillos de esmeralda.

—*Il est paraguayoy*.

El negro vertió un brebaje humeante en una copa. Crutch la levantó y la apuró de un trago.

Quemaba. Sabía a hojas muertas y hongos. La visión se le nubló y volvió a aclararse al cien por cien. Eructó olores de sus últimas diez comidas y se tambaleó hasta alcanzar una silla.

El local se hizo redondo, cuadrado y rectangular. Unos espejos de la risa se ondularon en las paredes. Pasaron imágenes de él. No podía discernir detalles. Luc se rio. El negro dijo:

—*Paraguayoy, oui*.

Crutch entrecerró los párpados. Sus ojos enfocaron una pared trasera. Estaba cubierta de dibujos anatómicos. Los órganos internos estaban destacados. De ellos sobresalían alfileres.

Crutch volvió a entrecerrar los ojos. Un cráneo adquirió las facciones de Wayne Tedrow. Se levantó a clavar alfileres en los ojos de Wayne. Los brazos y las piernas no quisieron moverse.

Luc se rio. El negro se rio. Luc dijo:

—*Le pauvre paraguayoy*.

Vio el rostro de su madre y el rostro de Dana Lund. Vio a Dana desnuda con los ojos de Chrissie Lund. Vio *LA SILLA ELÉCTRICA, LAS MANOS Y PIES Y EL OJO*. Intentó hablar. Las cuerdas vocales se le congelaron. Intentó ponerse en pie. Las piernas se separaron de su cuerpo y echaron a correr. Intentó mover las manos. Los dedos se le derritieron. Vio diez mil instantáneas de Joan.

—*Paraguayoy* —dijo Luc.

—*La poudre zombie*.

Crutch intentó gritar. Su boca se disolvió en el túnel de la calle Tercera bajo

Bunker Hill. Luc y el negro lo agarraron y lo arrastraron a una habitación trasera. Intentó resistirse. Sus brazos se convirtieron en alas de pájaro. Lo dejaron allí y cerraron con llave. Las ratas corrían por el suelo. Intentó apartarse de ellas. Se le subieron a la espalda y lo inmovilizaron boca abajo. Vio a Joan. Rompió a llorar. Las lágrimas adquirieron diversos colores. Las ratas le corrieron por la cara y empezaron a lamerla. Vio sus pulgas y las llagas abiertas de sus cuerpos. Agitaban la cola y le enseñaban unos dientes de sierra.

No podía moverse. *La poudre zombie*. Vio a Joan. Oyó murmullos al otro lado de la puerta. Se formaron unas palabras en francés. Vio a las chicas de su clase de francés del instituto. La maestra decía: «Donald, eres un muchacho brillante. Aprende a escuchar, aprende a hablar».

Las ratas lo mordisquearon. Vio palabras francesas impresas y oyó traducir a la señorita Boudreau. Oyó «esmeraldas», «sospechosos», «matarlo». Oyó «Laurent-Jean Jacqueau», «América», «cambio de nombre».

«Trujillo y Duvalier». «Esmeraldas». «Perdido en América». «Celia». «1964». «El chico quiere las piedras».

Las palabras cesaron; los murmullos se reanudaron; aparecieron imágenes en blanco y negro. El despacho de Clyde Duber, el friso del salpicadero de Scotty Bennett. Fotos del delito: *EL GOLPE DEL FURGÓN BLINDADO*.

Crutch oyó pasos. Crutch oyó amartillar un arma. Una rata le pasó por la cara. Crutch logró abrir la boca. La rata se asomó dentro. Crutch cerró la boca y la decapitó de un mordisco.

La rata se debatió. Crutch siguió mordiendo. El sabor de la sangre y la piel le provocó algo. La puerta se abrió. Luc y el negro entraron. Luc llevaba la 38 apretada contra la pierna.

Crutch se quedó tendido donde estaba. La rata se debatió y murió en su boca. Luc y el negro se acercaron. Crutch levantó la mano y agarró el arma. Las ratas se escabulleron alrededor de ellos. Luc y el negro se quedaron paralizados. Crutch apuntó y les voló sus negros sesos.

(Santo Domingo, 6/5/69)

*Joan.*

El avión rodó por la pista.

El aire a reacción derribó unos carteles de bienvenida del Enano. Wayne despertó. Todavía tenía su bolsa: cuatrocientos de los grandes esposados a su muñeca.

El sueño era fragmentario. Había visto a Joan hacía tres semanas. El sueño se había repetido la mayoría de las noches desde entonces. Ruido de club y música basados en hechos reales. Imaginario ficticio de cicatrices de arma blanca.

Devolvió el anillo de Dwight. Dwight se negaba a hablar de Joan. Una suposición: ella era su informante. Joan había enseñado en la «Escuela de la Libertad». Reginald Hazzard fue alumno suyo. Wayne volvió a la Escuela de la Libertad y repasó otra vez los registros. No había nada sobre Reginald. El pequeño clic de Wayne encajó, finalmente.

La Escuela de la Libertad aparecía en el expediente federal sobre Joan. Él había destruido el expediente. Dwight se negaba a darle una nueva copia. Otro clic encajó. Había algo más que había olvidado o no había tenido en cuenta.

Wayne descendió del avión. Lo esperaba su limusina. Las ventanas tintadas ocultaron a la vista aquella Tijuana junto al mar. Había hecho una búsqueda de Joan Rosen Klein en registros nacionales y no había encontrado nada. Había preguntado en el sur de L.A. El consenso: es una seguidora de la ATN y una cabecilla con un pasado.

La limusina avanzó lentamente. El «Plan de Renovación Urbana» de Balaguer colapsaba el tráfico. Los que cavaban las zanjas llevaban uniforme de presidiario. Se movían a pasitos pequeños. Los tobillos les sangraban a causa de los grilletes.

Ahora, Mary Beth resultaba problemática. La carga de trabajo de Wayne los obligaba a estar separados. La búsqueda de Reginald por parte de él la enfureció. Fue muy directa: tú trabajas para los Chicos. Tú llevas pasta a dictadores. Él la engatusó y la apaciguó. Usó eufemismos y mintió. Ella se limitó a arder de cólera por dentro.

Dwight era problemático. Jomo Clarkson se había suicidado en la cárcel. Marsh estaba aterrorizado y negaba haber delatado a Jomo. El chivatazo aburría a Dwight. Su actitud era extrañamente impropia de Dwight.

La limusina alcanzó el malecón. Los carteles anunciaban los repartos de comida del Enano. Había un camión aparcado. Pobres de piel oscura o clarita formaban cola. Los de La Banda les lanzaban bolsas de papel. Las bolsas se rompieron y se inició una minipelea racial. Las bolsas contenían desechos de carne y latas de comida para perros abolladas.



Marsh estaba asustado. Wayne y Dwight estaban de acuerdo en eso: es un tipo veleidoso y podría jugárnosla. Hagamos que el cretino vuelva a casa y ponga micrófonos en su guarida.

Haití pasó de refilón a su lado. El viaje de hierba recircuitó su memoria. Vio a través del suelo y siguió raíces de árboles. Vio criaturas mágicas en acción.

El ruido de las bocinas se dobló y triplicó. Una persecución a pie detuvo el tráfico. Chicos con panfletos. Carreras por la calle esquivando obstáculos. Los matones de La Banda corrían tras ellos. Un grupo de chicos, dos flancos de matones. Movimientos en pinza, callejones sin salida. Los chicos se encontraron de frente con una barrera policial: unidades de la Policía Nacional con escudos de plástico y porras.

La pinza se cerró. Las camisetas pardas absorbieron a los chicos. Las porras estaban erizadas de pinchos. Un leve roce desgarraba la carne.

Los chicos intentaron huir al interior de los edificios. Los guardias de la entrada los vieron y cerraron las puertas. Un chico pasó corriendo al lado de la limusina. Iba descamisado. Sangraba por un ojo.

Wayne abrió la puerta. El chico intentó saltarla, tropezó en el borde y salió volando. Wayne lo agarró y lo metió en el asiento trasero. El chico se resistió. Wayne lo sujetó y le gritó al chófer. El chico captó lo que pasaba y chilló en español. Wayne oyó unos números y «calle Bolívar». El chófer giró en redondo y se lanzó a toda velocidad por un callejón.

Wayne abrió su maletín y sacó una camiseta. El chico se cubría el ojo con una mano. La sangre se escurría entre sus dedos. Wayne le echó la cabeza hacia atrás e invirtió el flujo.

La limusina llegó a una zona despejada. El chófer pisó el acelerador e hizo sonar el claxon. Las banderas de la antena les franquearon el paso en los atascos y semáforos en rojo. Apareció la calle Bolívar. El chófer redujo la marcha y se detuvo ante una casita. El chico se había desmayado. Wayne lo cogió en brazos y lo llevó adentro.

La consulta era pequeña. El mobiliario estaba desvencijado y todas las sillas eran distintas. Parecía un centro médico comunista clandestino. Una enfermera y un doctor se encargaron del chico. Parecían conocerlo. Se lo llevaron al momento por una puerta trasera y la cerraron.

Wayne se sentó en la sala de espera. Las esposas de la bolsa del dinero le hirieron la muñeca. El teléfono sonó cada diez segundos. Las paredes se acercaron un poco. Pensó en Haití y en Mary Beth.

El teléfono continuó sonando. Pasó una hora. El doctor salió. Llevaba la bata ensangrentada y guantes de goma en las manos.

—Le he salvado el ojo al muchacho.

—Me alegro.

—¿Usted es...?

—Me llamo Wayne Tedrow.

—Supongo que se aloja usted en El Embajador.

—Exacto.

—Tiene mi agradecimiento. Ha llevado a cabo un acto valiente.

Pasó por las obras de Santo Domingo. Habían mejorado superficialmente.

Se habían levantado dos plantas más. La obra iba demasiado deprisa. Los trabajadores saludaron al Jefe Tedrow. Eran todos casi idénticos. Parecían actores de un vigoroso guión rural. No se veían látigos ni armas. Los grilletes de los tobillos habían desaparecido de la vista.

La limusina lo llevó al norte. Las obras de los emplazamientos rurales estaban igual. La visita a Jarabacoa incluyó un almuerzo de bufé. Los obreros, gordos y respondones, comían con los jefes. Wayne se encaramó a un árbol y escrutó la zona. A cuarenta metros: los jodidos de La Banda y los verdaderos trabajadores encadenados.

Wayne dormitó camino de la caleta del Komando Tiger. Los cristales tintados ocultaron una vista de rotunda miseria. Despertó y vio al cretino a la entrada del campamento. El jodido cazador de comunistas parecía medio perturbado.

El chófer redujo la marcha. Wayne le dio unos golpecitos en el hombro y le indicó que parara. El cretino se acercó. Wayne le dijo:

—Te vuelves a L.A. conmigo en el avión. Dwight y yo queremos que pongas micrófonos en casa de Marsh Bowen.

El cretino asintió. Estaba medio dispuesto, medio aturdido. Wayne dio unos golpecitos en el hombro al chófer. La limusina se detuvo en un claro. Mesplède y los cubanos esperaban allí. Los cubanos eran intercambiables. Nunca había llegado a aprenderse bien los nombres. Una camada, cuatro cachorros malos.

Vieron la limusina y saludaron con la mano. Wayne se apeó y caminó hacia ellos. Estaban colgando algo en una cuerda tendida entre dos árboles. Wayne olió a descomposición.

Mesplède le salió al paso. Wayne lo apartó de en medio. Allí: cinco cueros cabelludos, con la marca de la zarpa de tigre.

Los cubanos posaron: los pies bien plantados, sonrisas ufanas, bandoleras y cartucheras. Mesplède se acercó. Llevaba su cuchillo de cortar cabelleras colgado de una correa.

—Se terminaron las incursiones —dijo Wayne—. Se terminó la mierda política mientras trabajáis para mí. Una infracción más y estáis muertos.

Los cubanos cambiaron de postura: sonrisas ufanas, pulgares al cinto, pies bien plantados. Mesplède se rascó el cuello con el cuchillo.

Wayne descolgó las cabelleras del tendedero. Wayne pasó revista a los mercenarios. Wayne les restregó las cabelleras por la cara.

—Viva Fidel, jodidos pringados.

El teléfono de la *suite* sonó a medianoche. Lo despertó con un sobresalto. Se había dormido con las luces encendidas. Santo Domingo era una visión borrosa tras la ventana. Pensó de inmediato en el chico del ojo acuchillado.

—Diga.

—¿Te he despertado?

—Sí y no.

—Espero que no estuvieras soñando —dijo Mary Beth.

—Bueno, sí y no.

—Te preguntaría cómo van las cosas, pero no estoy segura de querer saberlo.

Wayne se frotó los ojos.

—Tengo una pista sobre la mujer que le pagó la fianza a tu hijo.

—Cariño, no me refería a Reginald.

Wayne dirigió una mirada al maletín.

—Ya sé que no. Te lo digo porque eso es algo entre tú y yo, y no sobre lo que hago para ganarme la vida.

—¿O sobre la gente para la que trabajas?

Wayne suspiró:

—Cariño, por favor, no hagas eso. Por teléfono, no.

Mary Beth suspiró:

—En persona será peor.

—Entonces, seamos civilizados y no lo hagamos de ninguna manera, joder.

—Deberíamos darnos las buenas noches ahora.

—Sí, creo que deberíamos.

La comunicación se cortó con un clic. Wayne se asomó a la ventana. El cielo estaba libre de neones. El Enano le había dicho a Sam G. que quería mucho neón. Sam le había respondido que se lo proporcionaría.

Llamaron a la puerta. Se levantó y fue a abrir. Era Celia Reyes. La había conocido en Miami durante la convención. Entonces era la consorte de Sam.

—Hola, señor Tedrow —dijo. Llevaba un vestido blanco y una chaqueta de lino. Tendió la mano a Wayne y él se apartó y la invitó a entrar. Celia se sentó en el sofá.

—Quiero agradecerle lo que ha hecho por mi amigo Ramón. El doctor dice que le dedicó su tiempo generosamente.

—Me alegro de que se vaya a recuperar. —Wayne acercó una silla.

—El doctor dice que fue toda una escena. Usted, transportando a Ramón con un maletín sujeto a la muñeca.

El maletín estaba entre los dos. Wayne lo señaló.

—Era una incomodidad, sí.

Celia sonrió:

—No parece sorprendido de mi presencia...

—Medio esperaba que me abordase.

—¿Cómo es eso?

—Podría decirse que lo deseaba.

—Una de mis amistades y yo pensamos que podría simpatizar con nuestra misión.

Wayne sonrió:

—Sí, eso podría ser verdad.

—¿Se enfadará mucho si le digo que ya sabíamos algunas cosas de usted antes de su acción de hoy?

—La gente tiende a saber cosas de mí. Es algo que tiende a hacerme más mal que bien.

—¿Puedo preguntarle por sus creencias?

—Estoy siguiendo señales —respondió Wayne—. Empiezo a pensar que tal vez tengo un objetivo que trasciende mi voluntad de comprenderlo.

Celia señaló el maletín.

—¿Qué contiene?

—Cuatrocientos mil dólares.

—¿Me lo puedo quedar?

—Sí.

—¿Habrá más?

—Sí.

Celia cogió el maletín y se dirigió a la puerta. Wayne la abrió. Una sombra se escurrió por el pasillo. Un aro de humo se evaporó. Wayne supo que era ella.

—Celia ha dicho que ha sido muy generoso.

—Me pilló en un buen momento.

—No le insistiré para que me cuente más.

—Podría hacerlo. Sería sincero. Yo le insistiría sobre unos cuantos asuntos y espero que, a cambio, también fuera sincera.

—Puede preguntarme lo que sea. Le daré respuestas o no.

—Iba a preguntarle por su relación con Dwight Holly y por un joven que conoció en la Escuela de la Libertad y al que, casi con certeza, rescató del mal un año después.

—No se lo diré.

—Ésa sí que es una respuesta directa.

—Ya he dicho que lo sería.

—Sí, lo ha dicho.

—Espero que mi rudeza no ponga fin a nuestra colaboración.

—No lo permitiría. Soy un ex policía muy rudo y tiendo a conseguir las respuestas que busco.

—No me ha preguntado qué sabemos Celia y yo de usted, que es una pregunta mucho más apremiante que hacer.

- Daré por sentado que lo saben todo y lo dejaré ahí.
- Me ha encantado hablar con usted, señor Tedrow.
- Gracias por llamar, señorita Klein.

Wayne despertó cuando sobrevolaban Tejas. El *whisky* de avión y las hierbas vudú lo habían puesto fuera de combate desde el despegue.

El cretino estaba leyendo el *Playboy*. El muy capullo estaba demacrado y asustado.

Debajo de ellos se distinguían vagamente unos riscos con profundas acanaladuras. A los lados se alzaban árboles. Unas nubes de tormenta los hicieron desaparecer.

Wayne pensó: «Esto es todo magia».

Wayne pensó: «Me he vuelto rojo».

**DOCUMENTO ANEXO. 8/3/68. Transcripción literal de una conversación del FBI. Encabezamiento: «Grabada a instancias del director»/«Clasificada Confidencial 1-A: Estrictamente reservada al Director». Hablan: el director Hoover y el agente especial Dwight C. Holly.**

JEH: Buenos días, Dwight.

DH: Buenos días, señor.

JEH: Su télex daba a entender que tiene malas noticias. «No se corte», que suele decir el presidente Nixon en sus débiles esfuerzos por estar al día de la jerga de los melencidos y de los negros que propugnan la insurrección.

DH: Sí, señor.

JEH: También están, «Cómo mola» y «Qué enrollado, ¿no?», que son las nuevas muletillas favoritas de las personalidades blancas de la radio que han hecho suya la consigna de que soy demasiado viejo para este trabajo.

DH: Sí, señor.

JEH: «No te cortes, hermano» es una expresión que se considera «en la onda» hoy en día. Yo mismo se la solté al vicepresidente Agnew la semana pasada. Él me respondió levantando el puño. Me sentí profundamente agradecido. Fue como recibir la Legión de Honor francesa.

DH: Sí, señor.

JEH: No se ande con rodeos, Dwight.

DH: Me llamó el jefe Reddin, señor. Me dijo que había apartado del cuerpo a Marsh Bowen. Lo han despedido del DPLA, de modo que el DPLA no es en absoluto responsable de sus actos. El despido fue clandestino, lo cual nos protege al menos en...

JEH: La Operación Hermano Maaalo no debe descarrilar ni sufrir desviaciones de ninguna clase. Bowen no debe saber que lo han despedido. ¿Por qué ha sucedido esto? Hable claro, no se corte.

DH: Creo que Scotty Bennett acudió a Reddin y le presentó motivos suficientes para el despido. Me parece que el ánimo personal de Bennett precipitó esta acción.

JEH: Bennett nos ha favorecido en un aspecto, por lo menos. No ha señalado al difunto Jomo Kenyatta Clarkson y a su difunto compinche como los asesinos del difunto mercader en racismo, el doctor Fred Hiltz, lo cual ha ahorrado al Buró una buena cantidad de atención inspirada por esos simios.

DH: Sí, señor.

JEH: Jomo Kenyatta Clarkson se ha follado a Pat Nixon en numerosas ocasiones. Un informante confidencial de la comunidad de Hollywood me informó de este hecho. Estaban los dos bajo los efectos de la droga Quaaludes, comúnmente conocida como «ludes».

DH: Sí, señor. Estaba pensando...

JEH: Durante la primera semana de junio, el Buró efectuará redadas en las sedes de los Panteras Negras de Denver, Chicago y Salt Lake City. Yo agradezco la intención, pero le falta la agresividad iluminadora de nuestra operación, que es una completa exposición de la criminalidad negra y de la indolencia moral indígena. Quiero que la ATN y/o el FLMM vendan heroína. Los Panteras han aturdido a muerte y adormecido con hechizos al público. Ahora la gente necesita monos malos a los que poder hincar el diente. Le aseguro que no me corto un pelo.

DH: Sí, señor.

JEH: El negro honorario, Wayne Tedrow. Enróllate y cuenta, hermano.

DH: Tedrow está bien, señor. Estuvo en la operación de la República Dominicana.

JEH: Dick Nixon está irritado con Wayne. Wayne le ha cortado las alas a un esforzado grupúsculo de maleantes anticastristas que financiaba Bebe Rebozo. Bebe es un anticomunista visceral. Lo respeto por ello.

DH: Hablaré con el Presidente mañana por la noche, señor. Sobre el asunto Wayne, le aconsejaré lo que usted me aconseje.

JEH: Haga lo que quiera. No te cortes, hermano.

DH: Sí, señor.

JEH: Nixon no ha aprendido nunca los secretos de un buen apurado al afeitarse. Yo uso hojas Wilkinson Sword. El expediente personal que tengo sobre Nixon lo arruinaría. Los expedientes que guardo en mi sótano crearían el apocalipsis instantáneo.

DH: Sí, señor.

JEH: La ATN y/o el FLMM tienen que vender heroína. Tenemos que crear un caos debidamente controlado.

DH: Sí, señor.

JEH: Sueño muy a menudo con Martin Luther King. Lleva invariablemente un disfraz de demonio rojo y empuña una horca.

DH: Sí, señor.

JEH: ¿Sueña usted con él?

DH: A menudo, señor.

JEH: ¿Y cómo va vestido?

DH: Siempre lleva una corona y alas.

JEH: (Comentario brusco e ininteligible/la transcripción de la conversación telefónica termina aquí).

DOCUMENTO ANEXO: 14/5/69. Transcripción literal de una llamada telefónica NIVEL 1/CONTACTO CERRADO/acceso restringido. Expediente cerrado núm. 48297. Hablan: el presidente Richard M. Nixon y el Agente Especial del FBI, Dwight C. Holly.

RMN: Buenas noches, Dwight.

DH: Buenas noches, señor Presidente.

RMN: No estará grabando esto, ¿verdad, Dwight?

DH: No, señor. ¿Y usted?

RMN: Yo, sí. Tengo un aparato que graba mis conversaciones automáticamente, pero uno de mis esclavos se lleva las cintas y las mete en una caja fuerte. Nunca verán la luz y, si lo hacen, ya estaremos criando malvas.

DH: Mola, señor.

RMN: Sí, es enrollado. ¿Votó usted por mí, Dwight?

DH: No estoy registrado como votante, señor.

RMN: Entonces, es un mal ciudadano. Es usted como su amigo Tedrow, que se entrometió con mi amigo Bebe. Bebe es el Primer Amigo, Dwight. Me gustan estas conversaciones nuestras y Wayne ha sido de utilidad para facilitar nuestros acuerdos con los italianos, pero Bebe es Bebe y Wayne lo jodió.

DH: ¿Puedo hacer unos breves comentarios directos, señor Presidente?

RMN: Hable claro. No se corte.

DH: Wayne Tedrow es un hombre muy competente, aparte de algún esporádico gesto estrafalario. La estúpida actividad que ha obstaculizado podría haber resultado perjudicial para la construcción de casinos en la R.D. El grupito de exiliados del señor Rebozo está compuesto por ideólogos de extrema derecha de poco fiar con un interés fanático por derrocar a Fidel Castro y, como usted me dijo una vez, señor, «ese cabrón va a durar». Yo describiría a los camaradas de exilio del señor Rebozo como gente descuidada y antojadiza cuando menos, o gratuitamente psicópata en el peor caso. Wayne hizo lo más prudente, señor.

RMN: Tiene usted toda la razón, Dwight. Además, la R.D. es un pozo de mierda, los Chicos pueden tomar un baño en sus hoteles y Joaquín Balaguer es sólidamente antirrojo y mucho más tratable que Rafael Trujillo. Ese cabronazo era una pesadilla. No daría usted crédito al expediente que la CIA tiene de él. Las cosas que hizo con su presunto enemigo acérrimo, Papa Doc Duvalier, son horribles. Saquearon tierras, hicieron contrabando de esmeraldas e intervinieron bancos y se repartieron los beneficios. Y mientras hacían todo esto, el Chivo masacraba refugiados haitianos y Papa Doc se follaba a la mitad de sus novias.

DH: Extraños compañeros de cama, señor.

RMN: Hablando de eso, ¿qué me dice de ya sabe quién? Hoy estaba escuchando la radio y un comentarista lo llamó «el gay Edgar».

DH: Últimamente, la gente está muy poco amable, señor.

RMN: ¿Usted cree que a Edgar le gusta que le den por culo?

DH: Creo que encuentra el armario demasiado estrecho para eso, señor.

RMN: Una buena polla lo haría sentir menos tenso.

DH: Sí, señor.

RMN: Está perdiendo facultades, ¿verdad, Dwight?

DH: Sí, señor. Pero, por otra parte, sigue siendo absolutamente peligroso y debería

manejársele con delicadeza.

RMN: Y tiene esos malditos expedientes.

DH: Los tiene, señor.

RMN: Y son tremendamente reveladores e inconvenientes.

DH: No tanto como esta conversación, señor.

RMN: Dwight, es usted tremendo. Resulta divertido tomar un par de tragos y un bocado con tipos salerosos como usted.

DH: Señor, yo disfruto muchísimo con nuestras charlas.

RMN: Ese mamonazo irlandés, Jack Kennedy, me robó las elecciones de 1960.

DH: Sí, señor.

RMN: El mamonazo está muerto y yo soy el Presidente de Estados Unidos.

DH: Sí, señor.

RMN: Esté pendiente de ya sabe quién y téngame al corriente. ¿Lo hará, Dwight?

DH: Sí, señor. Lo haré.

RMN: Buenas noches, Dwight.

DH: Buenas noches, señor Presidente.

(Los Ángeles, 16/5/69)

—Tienes miedo de algo. Te tiemblan las manos —dijo Dwight.

El cretino pasó un cable por una rendija taladrada. Se le cayeron las pinzas. Era fácil sembrar de micrófonos el piso de Marsh Bowen. Los teléfonos eran grandes y anticuados. Las molduras de las paredes eran blandas.

—Déjeme en paz. Así no puedo concentrarme.

—Será una vigilancia periódica —sonrió Dwight—. Wayne hará rotaciones y te relevará en el puesto de escuchas.

El trabajo entrañaba usar el taladro. El cretino era bueno. Extendió un paño y fue muy pulcro. Marsh estaba en una reunión de la ATN. Tenían tres horas.

—¿Cuántos comunistas has matado ya?

—Más que usted.

—¿Sigues siendo un mirón?

—Sí, de su madre. Estaba haciendo la calle.

Dwight se rio y echó un vistazo al salón. Marsh empleaba el método Stanislavski. Su guarida era la que se esperaba de su personaje. Pósters del Poder Negro, fotos de negras sexys con armas.

—Estuve hablando de ti con el presidente Nixon.

El cretino aplicó masilla en el agujero. Le tembló la mano y volvió a afirmarla. Llevaba un cinturón de herramientas y una lupa. El chico perdedor como profesional de las escuchas.

—Déjeme en paz. Vamos cortos de tiempo.

—Tú y Bowen sois hermanos del alma. Sois gatos asustados, pero persistís a pesar de todo.

—Bowen es su papaíto negro. Vamos, déjame trabajar.

—¿Cuántos comunistas has matado?

—¡Joder, tío!

Dwight consultó el reloj. Era medianoche. Las veladas de los negratos se alargaban hasta la madrugada. Porros y discursos, bocazas y demagogos.

El cretino terminó. Micrófonos en: dos lámparas, tres paredes, dos teléfonos. El cretino estaba sudoroso y lleno de polvo. Dwight le tiró una toalla.

—¿Qué tal se jode en la R.D.? ¿También te gusta mirar allí? El cretino apartó la toalla:

—Deje de joderme.

Dwight recorrió el piso en una última ojeada. No encontró cabos sueltos. Marsh vivía el Método: libros comunistas, chuletas en el frigorífico, nada que oliera a



policía, ni a marica.

El trabajo estaba bien. No quedaba rastro de polvo, ni se veía ningún cable.

El cretino tenía los nervios de punta, respiraba aceleradamente y le temblaban las piernas. El cinturón de herramientas le tintineaba en las caderas.

—No la jodas —dijo Dwight—. Wayne busca matar a algún derechista estúpido.

—Seguro que no llamó mamonazo a JFK.

Dwight hizo el gesto de llevarse las manos al corazón:

—Yo no te mentiría.

Norm's, en Vermont. La clientela de la una de la madrugada: jóvenes colocados de hierba zampando menús de bisté económicos.

Karen llevó a Eleanora. La niña dormitó en su cochecito. Dwight no dejó de mirarla.

—Se parece a mí.

—No, no se parece. Fue una inseminación artificial y tú no andabas cerca del receptáculo, ni mucho menos.

Dwight soltó una risilla y tomó un sorbo de café. Karen encendió un cigarrillo. Dwight levantó una carta y protegió del humo a la pequeña.

—A ti te cae bien Richard Nixon. No puedo creer lo que eso dice de ti.

Dwight sonrió:

—Y tú me quieres. ¿Qué dice eso de ti?

Karen dio vueltas a su cenicero.

—Tengo unos amigos en la cárcel del condado de San Mateo. Les han denegado el hábeas.

—Me ocuparé de ello.

—¿Cómo está el señor Hoover?

—Un poco tenso.

—¿Marshall Bowen es tu infiltrado?

—Sin comentarios.

—¿Joan es tan buena informante como yo?

—El tiempo lo dirá.

La niña se agitó. Dwight meció el cochecito. Karen miró por encima de la carta. La niña sonrió y volvió a dormir tranquila.

—Abarcas demasiado, Dwight.

—Eso ya lo he oído antes.

—¿Pesadillas? —Karen sonrió.

—Ya sabes la respuesta a eso.

—Seré más concreta, entonces. ¿Pesadillas nacidas de una conciencia culpable?

La niña sacó la pierna del asiento del cochecito. Dwight volvió a meterla y la tapó.

—La adoro, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé.

Entrelazaron los dedos.

—¿Me quieres? —dijo Dwight.

—Me lo pensaré —respondió ella.

Mató el rato en Norm's. El espectáculo era penoso, el local tapadera olía a moho, no iba a dormir de todos modos.

Policías y pacifistas. Cinéfilos de última sesión. Rezagados de la librería porno de al lado.

La camarera continuó llevándole café. Dwight fumó en sincronía con ella. El tiempo se metastatizó.

Wayne entró y tomó asiento. Estaba demasiado delgado. Tenía canas nuevas.

—Eres un pesado —dijo Dwight.

—Ya sabes por qué estoy aquí.

—Hemos pasado por esto antes. Reconoceré que ella trabaja para mí, pero no iré más allá.

Wayne hizo un gesto a la camarera para que los dejara solos.

—Hace una hora vi salir de aquí a una pelirroja alta con un niño. He investigado las matrículas y he conseguido su nombre y doy por sentado que estaba aquí contigo.

—¿Por qué lo das por sentado? —Dwight encendió un cigarrillo.

—Porque no creo en las coincidencias.

Dwight jugó con su anillo de la facultad de Derecho. El anillo rodó por la mesa. Wayne se lo devolvió rodando, también.

—Vi una foto del profesorado en una «Escuela de la Libertad» izquierdista. Karen Sifakis y la mujer de la que hablamos aparecían juntas.

Karen dijo que no había conocido nunca en persona a Joan. Dijo que eran amigas por correspondencia. Lo mismo dijo Joan. Dwight se encogió de hombros.

—Cuéntame —dijo Wayne.

—No voy a hacerlo —replicó Dwight.

Entró un grupo de borrachos. Dos policías que estaban en la barra se pusieron tiesos.

—Di su nombre, Wayne. Quiero oírtelo decir.

—Joan.

Dwight hizo el gesto de llevarse las manos al corazón.

(República Dominicana, Haití, aguas del Caribe, Los Ángeles, 16/5/69 - 8/3/70)

Rotaciones:

De la R.D. a L.A. y vuelta. Las obras de los casinos, el negocio de la droga, las incursiones a las costas cubanas. SU caso se entrometió.

Había liquidado a Luc Duhamel y al *bokur* y no soltó prenda. Incendió la choza y el Lincoln de Luc y regresó a la R.D. a pie y de noche. Luc, simplemente, se había esfumado. Unos espectrales Tonton importunaron al Komando Tiger con preguntas rutinarias. Crutch aguantó. Llegaron noticias: a Luc lo habían matado en una guerra de sectas vudú. Se produjeron represalias: hechizos, masacres a machetazos y zombificaciones. Crutch se mantuvo en las sombras y dejó que aquello pasara. Los nervios le afectaron un poco la cabeza y lo dejaron atontado. Tuvo pesadillas en Vistavisión Vudú.

Encontró buenos hogares para los perros de Luc. El franchute fichó a unos Tonton para que se ocuparan de la parte haitiana del negocio. La caleta de Luc continuó siendo el embarcadero de la *Zarpa de tigre*. Los viajes a Puerto Rico y a Cuba continuaron zarpando del antiguo territorio de Luc.

El trabajo era a tiempo completo. SU caso era a tiempo parcial. Es la epifanía de la cabaña de vudú. Está zombificado. Su cerebro se asa mientras su cuerpo está atado al *bokur* e inmóvil. Esmeraldas/1964/Celia. Laurent-Jean Jacquau/América/cambio de nombre. Su mente se funde y viaja al *ATRACO AL FURGÓN BLINDADO*.

Siguió la pista de la epifanía y la validó. Allaná la oficina de operaciones de La Banda y encontró papeles. Crípticos y escritos en español. Tomó fotos con la Minox, reveló el negativo y tradujo como pudo. Un envío de esmeraldas había salido de Santo Domingo el 10/2/64. Destino: L.A. Remitente y receptor, no anotados. No constaba el modo de transporte. No había nombres a los que agarrarse. La pista de los papeles conducía a un callejón sin salida.

Intentó seguir el rastro del Tonton renegado, Laurent-Jean Jacquau. Tomó el 14/6/59 como la fecha de su desaparición y extrapoló. Investigó registros de salida de emigración. No encontró nada. Investigó entre los emigrantes llegados a Estados Unidos. No encontró nada. Buscó por las iniciales. No dio resultado. Amplió la búsqueda desde allí. Comprobó las hojas de admisión de todos los varones caribeños negros, sin resultado.

Lo único que consiguió fueron rumores y relatos orales. El Chivo y Papa Doc eran fanáticos de las esmeraldas. Sacó esto y nada más. Lo mismo sobre las esmeraldas y Laurent-Jean Jacquau. Lo mismo sobre las esmeraldas y Celia Reyes y

Joan Rosen Klein. Allaná tres escondites de archivos: la CIA, La Banda y el grupo de Ivar Smith. No encontró los nombres que buscaba. No encontró pistas de ningún Fuego Verde.

Rotación.

Hizo dieciséis incursiones a Cuba y ocho viajes con droga, todo *top secret*. Todo ello en abierto desafío a Wayne T. Wayne pagó a Ivar Smith para que vigilara al Komando Tiger y le informara. Ivar le contó esto al franchute. El franchute e Ivar se confabularon contra Wayne. Ivar traicionó a Wayne por una tajada del negocio de la droga. Desarrollaron un sistema de aviso. Ivar anunciaba previamente las visitas de Wayne. El negocio de la droga y las incursiones cubanas quedaban entonces suspendidas. El Komando Tiger hacía acciones anti-Castro y traficaba mientras Wayne no estaba. La *Zarpa de tigre* zarpaba de su reclusión. Las incursiones portorriqueñas eran clandestinas. Los negros Tonton llevaban el material a Puerto Príncipe.

Su cuenta de comunistas muertos estaba ahora en veinticuatro. Las incursiones costeras conllevaron lanzamientos de torpedos. La *Zarpa de tigre* se infiltraba y bombardeaba la costa. Hundieron embarcaciones amarradas con rojos acérrimos a bordo. Las incursiones a la caza de cabelleras lo afectaron más. Las bajas causadas eran inferiores en número y lo que hacían le producía altos porcentajes de pesadillas. Todas aquellas incursiones le crisparon los nervios. Se sobrepuso a base de hierbas de vudú. El franchute y los cubanos no sospecharon nunca.

*Le poudre zombie* casi lo mató. La revelación del atraco surgió de aquel estado alterado. Se fio del momento y siguió intentando recapturarlo. La mayoría de las hierbas de vudú eran benignas y vigorizaban la mente. Ésta fue la conclusión a la que llegó. Se coló en Haití y consiguió hierbas para despejarse y para calmarse. La pócima funcionó. Le dio coraje y lo llevó a Cuba y vuelta. No lo ayudó a revivir más revelaciones relativas al robo. Lo ayudó con sus pesadillas.

*LA SILLA ELÉCTRICA, LAS MANOS Y PIES, EL OJO.*

Los sueños agitados siguieron acosándolo. Se administró dosis de hierbas vudú y continuó sus actividades de mirón. Aquello lo agotaba. Imágenes de mujer poblaban sus sueños la mayoría de las noches. Profundizó en el vudú. No creía en él pero, de todos modos, lanzó un millón de hechizos contra Wayne. Le gustó el ritual. Wayne era demasiado grande como para meterse con él. El vudú tenía un poder que iba más allá de su voluntad. Le gustó aquel aspecto del asunto.

Su vida consistía en trabajar. La construcción de los casinos iba viento en popa. Ya se habían levantado doce plantas en cada una de las cuatro obras. Las lluvias torrenciales retrasaron las cosas. Los esclavos morían de exceso de trabajo y necesitaban otros nuevos que los reemplazaran. El franchute y los cubanos mandaban los equipos de trabajo. Los matones de La Banda los ayudaban. Ivar Smith los avisaba de las visitas de Wayne. El francés aportaba grupos de obreros que eran idénticos a los anteriores. Wayne aportaba dinero para sobornos y para la obra.

Crutch se mantuvo a distancia de él y le hizo hechizos de odio. El franchute y los cubanos rezumaban falsa inocencia. Odiaban a Wayne. Wayne requería connivencia a lo grande y mucho tacto.

Rotación.

Crutch trabajó en la R.D. y en L.A. Su caso se bifurcó: la muerte de María Rodríguez Fontonette y el atraco al furgón blindado. Celia entró y salió de Santo Domingo. Él no pudo seguirle el rastro. Inspeccionó más papeles. Vigiló los pisos francos conocidos de la lista de La Banda. Siguió a mendas comunistas de las listas de disidentes de la CIA con la estúpida esperanza de que la conocieran. Fue inútil. Seguir mujeres al azar lo distrajo del trabajo. Mirar por las ventanas le dio marcha durante días enteros. Tenía que dar con Celia. Celia era el hilo que llevaba a Joan.

Rotación.

Crutch mintió al francés. Le soltó cuentos de «Clyde Duber me necesita en L.A.», y el franchute dijo que por supuesto. Voló a L.A. y continuó buscando. Leyó una decena de veces el expediente de Clyde sobre el atraco, captó la esencia y nada más. Llamó a la Wells Fargo. Intentó seguir el rastro del envío de las esmeraldas y se negaron a informarle. Volvió al expediente de Clyde. En él quedaba confirmada la obsesión de Scotty Bennett por el caso. Aquello no era ninguna novedad. La novedad: los informes del expediente de Scotty eran viejos.

Omisiones. Escasez de papeles. Conocía a Scotty. Habían charlado en el solar de los colaboradores de detectives. Scotty le había enseñado informes sobre atracos menores, siempre cargados de detalles. Los informes del 24/2/64: inconcretos en comparación.

Intentó sonsacar a Scotty. Lo hizo con muuucha sutileza, pero Scotty no reveló una mierda. No le dijo a Scotty que había puesto micrófonos en casa de Marsh Bowen. Scotty iría por Bowen a su debido tiempo.

Corría un rumor recurrente: Bowen había delatado a un negrata llamado Jomo por unos atracos a licorerías. Jomo se quitó de en medio en la cárcel. Scotty le dijo a Crutch que estaba extendiendo el rumor. Apuesta segura: Bowen el marica estaba maduro.

Rotación.

La isla era una Zona Zombi. L.A. era una zona segura. Se dejó caer por el solar y llevó *pizza* y cerveza. Pasó por su apartamento en el Vivian y por su archivo del centro. Leyó el expediente de la desaparición de su madre. Lo ayudó a sofocar sus pesadillas.

Su madre le envió cinco dólares y una tarjeta navideña. Ésta llevaba matasellos de Kansas City. Su madre se largó en 1955. Envío su primera tarjeta aquel año. Envío otra tarjeta por navidades del 69. Ahora estaban en 1970.

Seguía viva. Como Celia y Joan. Como Dana Lund y todas las chicas de las ventanas de Hancock Park. Su caso estaba empantanado. Scotty debía de tener más documentos. Dana Lund tenía canas nuevas. Llevaba el suéter de cachemira que él le

había comprado por Navidad.

Las canas de Dana se parecían a las hebras grises de Joan. Todo era una maldita puñalada en el corazón.

(Las Vegas, Los Ángeles, la República Dominicana, Haití, 16/5/69 —  
8/3/70)

Estado onírico.

Era el concepto expresado por Bowen. Era su vida, ahora. Era incuantificable. Le recordó sus primeros estudios de química. Algunos experimentos tenían resultados asegurados. Muchos otros, no. Él asumió más riesgos y sintonizó más con la incertidumbre. Existía un mundo más allá de su comprensión. La idea le dio impulso y lo consoló, entonces y ahora.

Sus viajes con las hierbas clarificaron su estado onírico. Le aportaron una esperanza imprevisible. Quitaron fuerza a su instinto de arriesgar más.

Vuela a la R.D. y hace una visita a Haití. Contrata matones Tonton para que lo protejan mientras se entretiene con la química. Trae dinero para Celia y Joan. Le dice a Celia que distribuya el dinero y le ahorre los detalles. Ella se ha comprometido a dejar en paz las obras de los casinos. Él ha donado 1.649.000 dólares. Los resultados son incuantificables.

Estado onírico.

Liquidó la hacienda de su padre y reembolsó a la empresa de construcción de Balaguer. Aquello cubrió su primer diezmo improvisado. Entonces se convirtió en malversador.

Los Chicos le confiaban dinero contado rápidamente y sin comprobantes. Sabían que le encantaba el poder y que pensaba poco en la remuneración económica. Se embolsó una astilla de la astilla de los hoteles de Drácula. Desvió pagos de las adquisiciones de locales para los Camioneros. Maquilló los libros de Tiger Kab y de los clubes nocturnos. Lavó y secó fondos a través del Banco Popular. Envío estipendios mensuales a Balaguer y fondos casi iguales a Celia.

Pidió hablar con Joan. En relación a un joven al que ella había conocido en cierta época. Celia dijo: «Bajo ningún concepto», y, «Por favor, no vuelvas a pedírmelo». Él se abstuvo de nuevas peticiones. Siguió a Joan y al fantasma de Reginald Hazzard de vuelta a L.A.

Dwight se negaba a hablar de Joan. Wayne envió una solicitud de expediente federal a través de un amigo del DPLV. El expediente de Joan faltaba de los Registros Centrales. El Buró no tenía ninguno sobre la colega de Joan, Karen Sifakis. Dwight se había llevado los dos expedientes, estaba seguro de ello. Pidió informes de las dos mujeres a departamentos de Policía de todo el país y no obtuvo nada. Aquel segundo pequeño clic continuó haciendo clic. Había trabajado en las tachaduras del expediente de Joan. Su memoria hizo clic y se quedó atascada allí.

Recorrió el sur de L.A. No pudo encontrar a Joan. Elaboró una cronología parcial de Joan-Reginald. La Escuela de la Libertad, 62. La fianza, 63. Examinó documentos en la R.D. Joan: vinculada con Celia Reyes y enredada en la revuelta dominicana. Joan: una fotografía. La invasión del 14/6 y una mujer más joven con el puño levantado.

Finales del 63: Reginald estudia hierbas haitianas y política de la izquierda más radical. Joan es una profesora renegada. Ejerce una desenfadada influencia sobre él. La conexión haitiana: salta de entonces a ahora.

Joan está ligada a la ATN. El «armero» de la ATN: el demonio haitiano Leander James Jackson. El hermano Jackson tuvo una pelea a navaja con el difunto Jomo Clarkson. Wayne y Marsh Bowen la provocaron. Se decía que Jackson era un ex Tonton Macute. Wayne intentó hacer una comprobación acerca de él en los registros de los Tonton. Los Tonton no guardaban registros escritos.

Más búsquedas en expedientes, más callejones sin salida.

Ningún expediente sobre Leander James Jackson. Ningún archivo de inmigración sobre hombres con esas tres iniciales. Ningún dato en archivos policiales federales municipales.

Jackson: muy probablemente no relacionado con Reginald y Joan. Le dio vueltas a la idea de preguntar a Bowen sobre Jackson y decidió no hacerlo. Bowen, probablemente, jugaría a dos bandas con información confidencial.

Estado onírico.

Recorre el sur de L.A. Busca gente que no está allí. Tiene Tiger Kab y los clubes como centros de información. Nadie conocía a Reginald entonces, ni lo conoce ahora. Busca en archivos del DPLA y de la oficina del Sheriff. Busca un nombre entre millones de palabras.

Daré con Reginald Hazzard igual que encontré a Wendell Durfee. Impartiré clemencia como una vez impartí muerte.

Su estado onírico impuso claridad. Tendió un puente inconsútil entre L.A. y la R.D. Los hoteles-casino iban alzándose. Era un experimento controlado con resultados cuantificables. Él pagaba diezmo a la revolución de todas las cantidades que manejaba. Ivar Smith vigilaba al Komando Tiger. Aquellos cabrones se abstendían de incursiones a Cuba y habían puesto fin a su negocio de la droga. Eso sí era cuantificable. Ese experimento controlado sí había funcionado. Visitó al Komando. Se empapó de su odio y su miedo. Las fronteras ROJAS de sus excursiones Estados Unidos-Caribe se difuminaron.

Los Chicos lo adoraban. Él los odiaba y les tomaba el pelo y los estafaba. Los Chicos sabían que estaba con una mujer negra. No dijeron nada porque necesitaban sus habilidades. Pasa tiempo con ellos. Confraterniza con militantes negros maricas. Surca su paisaje onírico a través de un zeitgeist que despliega una bandera de «mueran los ROJOS».

Marsh Bowen estaba sometido a escuchas en todo momento. Wayne comprobaba



el puesto de escucha cada tres días. Marsh y sus colegas siempre hablaban de mierda revolucionaria y nunca hacían una mierda por crear la revolución. No sabían vender heroína. La mitad de ellos no quería vender heroína. Unos pocos tenían tenues escrúpulos. La mayoría temía a la policía, nada más. En diciembre, unos policías de Chicago habían matado a dos Panteras. Los Panteras tuvieron un tiroteo con el DPLA aquel mismo mes. Fue un momento no letal/de desfogarse/los de Chicago podríamos haber sido nosotros. ¡Vaya! ¿Heroína? Hermano, no estoy seguro.

Aquello frustró a Dwight. A Wayne le encantó. Fumó hierba con Marsh en una ocasión. Volvieron a tratar el concepto de estado onírico. Marsh no sabía que lo espiaban. No sabía que el DPLA lo había expulsado del cuerpo. Estaban en el aparcamiento de Tiger Kab. A Wayne se le ocurrió una idea loca: le diré que yo maté a Martin Luther King y a ver cómo se lo toma.

Dwight no se fiaba de Marsh. Tenía razón en desconfiar: ese tipo siempre anda dando largas para ganar tiempo y hace favores perdido en cálculos congraciadores. Marsh pagó la fianza y sacó del calabozo a Ezzard Donnell Jones en dos ocasiones: comisarías de University y de la calle Setenta y Siete. Marsh temía la represalia del FLMM y el latigazo de la ATN. El paisaje mental de Marsh era todo estasis y prudencia.

El paisaje mental de Dwight era todo maquinaciones. Estaba perdiendo peso. Estaba bebiendo para calmar los nervios y conciliar un poco el sueño. Dwight dijo que el señor Hoover le estaba exigiendo resultados. Wayne dijo: «¿Cómo?». Dwight imitó a un adicto metiéndose un chute.

La pantomima fue repulsiva. Wayne tuvo un escalofrío. Dwight dijo:

—Hijo, no puedes joderme en esto.

Estado onírico.

No le contó a Mary Beth lo de su diezmo. Ella lo consideraría robar. Y criticaría su conciencia culpable. Desaprobaría sus viajes de hierbas. Consideraría su teoría del experimento como un fatuo riff de los tiempos. Su resentimiento era una acusación. Mary Beth lo llevó a la cama con ellos. Él llevó imágenes de Joan para pasión y consuelo. Ella considera grandioso y egoísta su empeño en encontrar a su hijo. No alcanza a comprender el alcance de su deuda.

(Los Ángeles, República Dominicana, 16/5/69 — 8/3/70)

Ella se ha ido.

Lo dejó con diecinueve fichas de archivo y ninguna nota de despedida. Dejó una mancha de carmín en la almohada.

Las fichas recogían chivatazos sobre la ATN. Joan delató a seis grupos de atracos a mano armada, dos bandas de secuestradores y once izquierdistas que enviaban bombas por correo. Dwight atribuyó el trabajo a Marsh Bowen. Eso concedió más tiempo al que siempre daba largas y asombró al señor Hoover. El viejo sarasa ordenó en persona las redadas federales.

Un breve retorno a la sensatez, seguido de más dislates.

—Dwight, esas criaturas de cola prensil tienen que vender heroína. Temo que no lo consigan en el corto tiempo de vida que me queda.

Él tranquilizó al viejo sarasa. El viejo sarasa respondió con una andanada diaria de télex. Chabacanería racista y dibujos de odio, enviados a través del propio correo del FBI.

Pat Nixon se pasa por la piedra uno tras otro a Archie Bell y a cada uno de los Drells. Un dislate que raya la locura.

Se apartó de aquello. Intentó encontrar a Joan.

Búsquedas telefónicas, búsquedas de registros. Nada. Sutiles tirones de lengua a Karen: inútiles. Wayne había seguido la pista de la «Escuela de la Libertad». La pista demostró que Joan y Karen le mentían. Wayne había trabajado en las tachaduras del expediente de Joan. Le contó a Dwight que seguía habiendo un pequeño clic que se le escapaba. Dwight sabía de qué se trataba. Wayne había sacado a la luz el nombre de Thomas Frank Narduno. Aquel hombre conocía a Joan. Eran camaradas. La banda de Dwight y de Wayne había matado a Narduno en la taberna Grapevine. Aquello suscitaba las preguntas más importantes de sus vidas:

¿Qué quiere Joan? ¿Qué sabe? ¿Por qué la hemos dejado entrar? Dwight buscó rastros en los pisos de Eagle Rock y Altadena. No encontró huellas, ni notas de diario, ni armas debajo de la almohada. Se ha ido.

Sus nervios son engranajes pasados de rosca. Mira las paredes del local tapadera y deja que el tiempo se evapore. Toma más pastillas con más alcohol y duerme proporcionalmente peor.

Llenó el vacío de Joan con Karen. Joan le había dado diecinueve soplos. Él dio a Karen el beneficio del favor por favor. Sacó de la cárcel con fianza a un número récord de amigos suyos. Karen retomó su santurronería cuáquera con más fuerza que antes. Él tiene pesadillas con el doctor King. Karen participará en la colocación de

una bomba en un monumento, al día siguiente. Él sigue pensando en Silver Hill. Los médicos le habían dicho que no pensara. Él clavó la vista en las paredes y, a pesar de todo, pensó.

Se ha ido.

Tiene más tiempo para pensar y contemplar las paredes y esperar a que las paredes le respondan. La OPERACIÓN HERMANO MAAALO estaba en coma profundo. Los hermanos de la ATN y del FLMM estaban perdiendo su ardor rápidamente. 18/10/69: los Panteras tienden una emboscada a dos policías de L.A. Un policía resulta herido, un Pantera resulta herido, un Pantera muere.

8/12/69: El gran tiroteo cerdos-Panteras en el cuartel general de los Panteras. Heridos, ningún muerto. ¿Represalias del DPLA? Probablemente. Más que probablemente, llevadas a cabo por Scotty B.

Marsh Bowen era inútil. Las escuchas eran inútiles. Su cháchara era un curso de Introducción a la Revolución para incautos y memos. Su nueva vibración sobre Marsh: el cabrón tenía un objetivo. El cabrón estaba a la espera. Debería haber sido más productivo o haber escapado después del asunto Jomo.

Scotty lo preocupaba. Scotty tenía un objetivo. Scotty hizo que el DPLA despidiera a Marsh. Scotty hizo correr la voz: nada de represalias contra Marsh. Él delató a Jomo, no me importa, no andes jodiéndolo o te joderé yo a ti.

La sala de interrogatorios, los golpes de manguera, las preguntas: ¿Por qué tanto interés en el atraco al furgón blindado?

Susplicacia.

Aquello mantenía en vela a policías añejos. Sus compartimentos cerebrales rezumaban. Vieron mierda inexistente y dejaron de ver la que existía. Tuvo charlas telefónicas con el presidente Nixon y con el señor Hoover. El presidente Nixon temía los informes que guardaba el señor Hoover. El señor Hoover temía la mano blanda del presidente Nixon con los militantes negros y los comunistas. El señor Hoover estaba obsesionado con la novia negra de Wayne y temía que el Wayne matanegros se hubiera vuelto rojo. Nixon envió a Dwight a un viaje de exploración a la R.D. Quería saber qué impresión le producía el Enano. Quería asegurarse de que su trato mafioso no se volvería en su contra. Dwight se marchó a Santo Domingo. La construcción de los casinos iba viento en popa. El Enano le ofreció un buen almuerzo. La Banda le dio una buena opresión. Dwight llamó al presidente y le dijo que la R.D. parecía legal.

Susplicacia.

Llamó al señor Hoover y le informó del viaje. El señor Hoover se mostró suspicaz:

—Dwight, ¿Nixon habló de mí?

—No, señor —dijo Dwight. El señor Hoover se quedó estupefacto y aliviado. Le contó un chiste de catorce minutos sobre el doctor King y la perra Lassie. Contó un chiste de dieciséis minutos sobre el presidente y Liberace.

Susplicacia.

Tuvo tiempo libre en Santo Domingo. Tuvo una reunión con el Komando Tiger y percibió que sucedía algo. Su intuición: que estaban moviendo droga a espaldas de Wayne. No le dijo nada a Wayne. ¿Para qué promover el caos?

La R.D. le producía un hormigueo. En comparación, L.A. resultaba bueno.

Ella se ha ido.

Dwight había cumplido años la semana anterior. Había cumplido cincuenta y tres. El presidente llamó y le pidió que hiciera un viaje a la R.D. como refuerzo. Karen lo invitó a cenar en Perino's. Recibió por correo un sobre blanco.

El sobre llegó a la tapadera. Llevaba el nombre y la dirección mecanografiados. No llevaba remitente.

Abrió el sobre. Dentro: una banderita roja en un palillo.

**DOCUMENTO ANEXO: 8/3/70.** Extraído del diario guardado en secreto de Karen Sifakis.

Los Ángeles, 8/3/70

Mis hijas juegan en la habitación de al lado. Dina, de cuatro años, observa cómo Eleanora, de quince meses, se incorpora con la ayuda de un gran balón de playa y aprende a andar sola. En algún momento, se pondrá celosa de los rápidos progresos de Eleanora y la empujará al suelo; Eleanora llorará, se levantará y continuará. Será la tercera o cuarta vez que suceda. La primera vez reprimí a Dina y ella culpó de sus actos a Dwight. Le había oído decirme que Eleanora estaba convirtiéndose rápidamente en la pequeña dominante y que Dina haría mejor en «volverse contra ella mientras pudiera».

Debería haber reprimido a Dwight por semejante comentario, pero hace algunos meses que pronunció esas palabras y ya es muy tarde para reprimendas. Estoy repasando las hojas del diario del año pasado y tengo la sensación de que sucesos dispares se cohesionan. Dwight me ha estado permitiendo una libertad cada vez mayor en mis acciones políticas y ha estado sacando con fianza a mis amigos presos políticos a un ritmo cada vez más acelerado. El cotejo de fechas lo hace aún más evidente: la destacable generosidad de Dwight empieza en el instante en que me dice que Joan ha desaparecido.

Por supuesto, son amantes. Por supuesto, yo no podía decirle a Dwight que las desapariciones de Joan son las que acostumbra hacer, pues le he mentido sobre el alcance de mi amistad con ella. Hace unos meses, Dwight me preguntó por Joan y la Escuela de la Libertad de la USC. Por supuesto, le mentí; por supuesto, Dwight supo que le mentía. Nos conocemos demasiado bien para soltar reprimendas o revisar en algo las reglas de una unión llena de dobleces, usurera y compartimentada. ¿Lo extraño? Que me descubro aprobando que Dwight y Joan sean amantes. Quiero a Dwight más que nunca, porque Joan ha servido para infundir en él la duda. Dwight empieza a erosionarse. Rezo porque el proceso se extienda y lo cambie suavemente y no lo lleve a la aflicción y a la locura. Un miedo muy real acompaña esta plegaria. Estoy dándome cuenta más plenamente de que Joan me manipuló para que tuviera un encuentro con Dwight. ¿Con qué fin? Esta plegaria debe incluir a todas las demás personas que habitan la órbita infernalmente obstinada de ellos dos.

Almorcé con Joan poco antes de que se marchara. Insinuó un destino tropical y me dijo que le había dejado unos papeles a Dwight. Dijo que esperaba que las cosas no se torcieran, como en el 51, el 56 y el 61. No le pedí que embelleciera su comentario. Mencioné a Dwight y su dinero-penitencia y aludí a su catástrofe personal de 1957. Joan me dijo que conocía la historia, pero se negó a decirme cómo lo había sabido. Y, en aquel momento, supe que Joan quería a Dwight más allá de todos los objetivos políticos.

Lloré un poco. Joan me abrazó y me dio una hermosa esmeralda.

**DOCUMENTO ANEXO: 8/3/79.** Extraído del diario de Marshall E. Bowen.

Los Ángeles,  
8/3/70

Momento de tener miedo.

Ahora es momento de tener miedo. Lo ha sido desde hace tiempo. He tenido miedo desde hace tanto tiempo que casi se ha convertido en banal. Ahora estoy hiperalerta a los signos de pánico expresados por mi cuerpo. Meses de miedo general me han hecho más sensible al miedo agudo y

justificado. He estado sobreviviendo y ganando tiempo.

Un informante anónimo me hizo ganar tiempo con el señor Hoover y el señor Holly. Un paquete de diecinueve soplos, graciosamente atribuidos a mí. Le hizo ganar tiempo al señor Holly con el señor Hoover, de eso estoy seguro. Da validez a la OPERACIÓN HERMANO MAAALO, lo cual me hace ganar tiempo para seguir pistas del atraco al furgón blindado. Con el tiempo, el FLMM ha perdido interés en mí. Los miembros del FLMM me ven en los clubes, solo o con mis hermanos de la ATN. Apartan la vista, escupen en el suelo o hacen gestos obscenos. En estos contextos siento más aprensión que miedo. Busco síntomas de pánico en mi cuerpo y me doy cuenta de que se me ha concedido tiempo.

El tiempo me libera y me constriñe. Un amigo del DPLA me dijo que el DPLA me ha echado de mi empleo en secreto. El señor Holly y Wayne estaban al corriente, sin duda, y no me han dicho nada. Esto me convierte en un agente federal sin autoridad policial ni puesto asegurado en las fuerzas del orden una vez que termine mi misión. La semana pasada encontré micrófonos en mi apartamento. Hice lo más prudente: dejarlos donde estaban. Aquello tenía que estar instigado por Wayne y el señor Holly. No se fían de mí. Su desconfianza está plenamente justificada. He cuidado mucho con quién hablo en mi casa y lo que digo, tanto en persona como por teléfono. El descubrimiento de los micrófonos ocultos avaló mi justificada paranoia y me confirmó en el papel de militante negro ex policía y apóstata. Asumí el papel en el momento en que alquilé este apartamento y lo he embellecido, con más estilo cada vez, desde entonces. Los hombres con mi inclinación tienen que ser cautos. Yo me comporto como si no tuviera esa inclinación y lo vengo haciendo desde que Wayne soltó ese comentario del «maricón». En lo más hondo, me siento un ex pasma radicalizado que sopesa sus opciones en todos los campos. Mi sentido actoral de la oportunidad y la identidad ha demostrado ser de inestimable valor.

Wayne y yo hemos fumado droga unas cuantas veces. Hablamos de los estados metafísicos de nuestra vida, extrañamente diferentes y extrañamente parecidos. Fue, en muchos aspectos, el diálogo más cautivador de toda mi vida.

Se me ha concedido tiempo. Probablemente estoy a salvo del gueto porque Scotty Bennett me quiere a salvo del gueto. El rumor corregido que se oye en el gueto es que tal vez sea un informante de la policía. Eso es la venganza urdida por Scotty contra mí, estoy seguro. Lo preocupante es que no capto ninguna culminación o conclusión vindicativas a la vista. Scotty acrecentó grandemente su estatus de leyenda del gueto a finales del año pasado. En ese período, dio un severo golpe al nacionalismo negro en Los Ángeles y me hizo ganar más tiempo en el frente del tráfico de heroína. Hubo enfrentamientos Panteras-cerdos en octubre y diciembre. Los dos incidentes recibieron amplia publicidad. A estas alturas, ha desaparecido una buena docena de Panteras, seis por incidente. Scotty cumplió su promesa de agosto del 68. Represalia, disuasión, venganza promulgada y tiempo ganado para mí. ¿Resultado? Más perplejidad, miedo e indecisión en la ATN. La creciente convicción de que la droga es un rollo que no necesitamos tocar. Tengo la sensación de que el FLMM reaccionará de manera parecida. Y unas pepitas de oro entre la basura: cada vez más hermanos normales y corrientes piensan que tratar con droga está mal.

Con los regalos de tiempo que se me hacían, redoblé mis investigaciones sobre el atraco. Debo de haber dicho un millón de veces, «dime, tío, ¿recuerdas ese golpe al furgón blindado del 64?», y un millón de veces he recibido como respuesta una mirada perpleja y un comentario absurdo. En un número parejo de ocasiones he mencionado a Reginald Hazzard y he descrito su ligero parecido con el atracador de la cara quemada, con los mismos resultados. Entonces, dos cosas hicieron clic, independientemente.

Tuve una conversación telefónica rutinaria con el señor Holly. Como por casualidad, mencionó la brutal paliza de Scotty a Jomo Clarkson. Scotty había hecho una serie de preguntas claramente incongruentes en relación al atraco. Al señor Holly, esto le pareció confuso.

Me lo guardé durante semanas. Aaah, Scotty: ¿qué sabes tú que no nos cuentas? Poco después de eso, pagué la fianza y saqué de la cárcel a Ezzard Jones, dos veces. La primera fue por una denuncia por conducir bebido. Saqué a Ezz de la comisaría de la calle Setenta y Siete y me lo llevé de allí a beber más. Una semana después, lo detuvieron por ebriedad y desórdenes públicos. Llené los papeles en la sala de la brigada de la comisaría de Universidad. Me dejaron a solas unos momentos y lo aproveché.

Busqué el archivador de casos de atraco no resueltos y encontré un formulario sobre el atraco. Memoriqué el número de registro de la división, llamé a Identificaciones del DPLA y me hice pasar por agente. La funcionaria consultó el archivo principal y volvió al teléfono. «Lo siento, agente», dijo. «No existe tal número de caso».

Y entonces lo supe:

Scotty tenía un almacén de expedientes privado. Estaba sacando informes de todas las divisiones geográficas del DPLA y estaba atesorando información para sí.

Estoy seguro de ello. No puede haber ninguna otra explicación.

(Jarabacoa, 12/3/70)

Unas fuertes lluvias paralizaron las obras. El remate de la planta trece se demoró. Los cuatro hoteles-casino se retrasaron. Unos cuantos esclavos escaparon.

La Banda reaccionó. Peinaron las brigadas de obreros y repartieron torturas. Odio libre: azotes y esclavos gritando bajo la lluvia.

Crutch observó la última tormenta. Acababa de pasar un monzón. El fango del suelo llegaba por el tobillo. La obra estaba llena de madera empapada y equipo inundado. Era todo miasma y lodo.

El tipo de La Banda usaba un látigo con borlas. Las bolitas proporcionaban un dolor extra. Crutch le dio a las hierbas vudú. Eso lo concentró y le ayudó a apartar la atención de la mierda desagradable.

El esclavo estaba atado a una excavadora. Sus gritos volvían como bumerangs. Los ecos de los latigazos se superponían.

El del látigo era experto. Las borlas penetraban hasta las costillas. La brigada de esclavos miraba. Crutch cerró los ojos.

El esclavo se derrumbó. Un tipo de La Banda le roció las heridas con insecticida para aumentar el dolor y como desinfección. El esclavo comió barro. Eso amortiguó sus gritos.

Sonó un claxon. Crutch miró hacia allí. El franchute tenía coche nuevo, un Cadillac negro del 59. Llevaba las franjas de rigor. El franchute lo llamó «Tigrekar».

Dentro se amontonaban los cubanos con ametralladoras. Canestel señaló al norte: la Kaleta del Tigre, ahora.

Crutch sintió náuseas. El Tigrekar corría por carreteras duras con una suspensión blanda. Él iba encajado entre Morales y Saldivar. La sesera le estallaba. Siguió mirando por los retrovisores. Tenía esa vibración de que los vigilaban. No pudo validarla. El sabueso del infierno tras mi rastro.

Llegaron a la Kaleta del Tigre al atardecer. La *Zarpa de tigre* estaba preparada para zarpar. Una resaca residual los impulsó hacia el este por un mar agitado. La costa norte y el paso de Mona, una gran cabrilla. Llegaron a Punta Higuero temprano. Fumaron hierba para matar el rato. Ahora, los portorriqueños se fiaban de ellos. El francés los llamó «los compañeros», en español.

Crutch oyó movimiento en la costa. Los hispanos salieron de la espesura. Arrojaron a bordo la maleta de la droga. Gómez-Sloan les arrojó la maleta del dinero. Todo fue rápido y amistoso.

El Komando soltó amarras y la *Zarpa de tigre* se alejó con rumbo a la caleta. Las fuertes olas los zarandearon. Crutch lanzó un torpedo porque sí. El proyectil alcanzó

un atolón moteado de basura y estalló.

Amarraron y cubrieron la patrullera con redes de camuflaje. Llevaron el Tigrekar de vuelta a Santo Domingo. Crutch durmió el colocón de droga. Los mosquitos le zumbaron en la boca y lo despertaron periódicamente.

Amanecía. El Komando levantó el campamento de El Embajador. El franchute le dijo a Crutch que llevara la maleta. Los Tonton lo llevarían a Puerto Príncipe al día siguiente. Crutch bostezó y subió a su *suite* en el ascensor.

Abrió la puerta. Volvió a captar la vibración. Olió a humo. Vio brillar la punta de un cigarrillo.

Se encendió la luz. Ahí está Dwight Holly, en el sofá. Sobre la mesilla auxiliar hay algo.

Un bote de pintura y un pincel. Una jeringa y una ampolla de morfina.

Crutch cerró la puerta y dejó la maleta. Dwight sacó una navaja de bolsillo.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Un kilo y medio.

—Suficiente.

Se le secó la boca. Se le hinchó la vejiga. Las paredes rizaron el rizo.

—Quítate la camisa —dijo Dwight.

—Tío, no puedes...

—No lo diré otra vez. Tú te quitas la camisa y yo me quedo la maleta. No voy a impedirte que salgas corriendo por la puerta. Llamaré a Wayne y le contaré tu negocio de la droga tan pronto la cruces.

Crutch se quitó la camisa. Su esfínter casi estalló. Dwight abrió el bote de pintura y mojó el pincel. La pintura era rojo intenso.

Se acercó a las paredes y creó la obra de arte. Pintó «14/6» encima del sofá. Volvió a mojar el pincel. Pintó «14/6!!!» encima del mueble bar. Volvió a mojar el pincel. Pintó «muerte a los yanquis traficantes de droga» al lado de la puerta.

Crutch rezó e intentó no llorar. Dwight abrió la ampolla y movió el émbolo de la jeringa. Crutch extendió el brazo. Dwight le presionó el bíceps e hinchó una vena.

Crutch apretó entre los dedos su medalla de San Cristóbal. Le saltó del cuello. Dwight encontró la vena y procedió.

A Crutch le reventó el esfínter. Le estalló la vejiga. No le importó. Puso los ojos en blanco.

Dwight encendió el mechero y calentó la navaja. Crutch apoyó las manos en la puerta. Dwight le grabó «14/6» en la espalda.

(Las Vegas, 14/3/70)

Wayne unió casillas. El gráfico de su pared era op-art. Casillas y flechas en ángulos extraños.

Casillas y flechas. De Reginald a Joan y al haitiano de las hierbas muerto.

Casillas de gráfico y copias metidas en cajas: el DPLA y el Sheriff del condado de L.A. Su contacto en el DPLV se las había procurado. Llámalo conjetura aventurada e inconcreta. Informes de incidentes, tarjetas de interrogatorio sobre el terreno. La policía de L.A. sonsacaba por las malas a los chicos negros en sus redadas rutinarias. Allí podía salir el nombre de Reginald.

Wayne consultó el reloj. Tenía una hora, máximo. El equipaje estaba preparado. Tenía dinero para Celia. Compró un pasaje para un vuelo nocturno a la R.D.

Flechas y casillas. «Libros biblioteca» a «salido con fianza». Una casilla nueva: «Leander James Jackson/ATN/Tonton Macoute».

La puerta del vestíbulo chirrió. Oyó a Mary Beth en el salón. Sus llaves tintineaban. La oyó dejar bolsas en una silla. La oyó exhalar como cuando estaba molesta.

Observó el gráfico. Cerró la bolsa y le puso la cadena de las esposas. Marcó como correcto «Leander James Jackson».

—Quiero que pares todo esto.

Wayne se volvió. Mary Beth miraba la bolsa.

—No quiero que encuentres a mi hijo. Él no quiere que lo encuentren. Si está vivo, tomó esa decisión por su propia voluntad y no voy a deshonrarlo forzándolo a un encuentro.

Wayne hundió las manos en los bolsillos. Los residuos de hierba vudú lo hicieron llorar.

Mary Beth se acercó.

—No importa lo que hayas hecho en el pasado, te perdonaré. No importa lo que estés haciendo ahora, te perdonaré. Te perdonaré que no confíes en mí porque no quieres ser perdonado, porque sólo quieres crear más riesgo e intriga y hacerte merecedor de más castigo.

Wayne lanzó un gancho de izquierda a la pared. Dejó un desperfecto en la moldura, le sangraron los nudillos, el cristal del reloj de pulsera se hizo añicos.

Mary Beth dijo:

—¿A quién has hecho daño? ¿Qué has hecho?



Se dirigió al piso franco a pie. Santo Domingo parecía distinto. La visita era improvisada. No llamó a Ivar Smith ni a los Chicos. Sólo quería ver.

Fue una película en pantalla grande y alta fidelidad. Normalmente, iba en limusina. Le proporcionaba alivio a la vista y menos volumen. Este Santo Domingo era una mierda. Las alcantarillas apestaban, el ruido era ensordecedor, los policías controlaban y amenazaban.

La noche invernal era templada; el aire, pegajoso. Wayne llevaba una chaqueta sport sobre la cadena de las esposas. La dirección que buscaba estaba en Borojol. El barrio era todo bares nocturnos y hoteles baratos. Unos haitianos vendían helado rociado con klerin.

Encontró la casa: un cubo rosa apartado de la calle principal. La mano libre le dolía del puñetazo en la pared. Llamó a la puerta con la argolla que llevaba a la muñeca. Abrió Celia.

Llevaba una bata manchada de sangre. El espacio a su espalda estaba abarrotado de camillas y soportes de goteros. Cuatro chicos y dos chicas tenían suturas en la cabeza. Heridas de porra con alambre de espino: Wayne vio rezumar sangre de las suturas de los desgarros.

Wayne vio al doctor que había conocido el año anterior. Dos enfermeras cambiaban orinales. Un chico tenía un pie amputado. Una chica tenía una herida de bala en la mandíbula.

Una ventana trasera enmarcaba la vista de un callejón. Wayne vio a Joan en el exterior, fumando. De la caña de sus botas asomaban sendos escalpelos.

Celia señaló la bolsa. Wayne la abrió. La mano le palpitaba. Celia sacó el dinero.

—¿Cuánto?

—Ciento cuarenta y ocho.

—Hablé con Sam. Me dijo que Balaguer ha dado permiso para cuatro casinos más. Tendrán que quemar o inundar poblados haitianos antes de que se pueda iniciar la construcción.

Wayne cerró los ojos. Sus sentidos se recargaron. Olió a piel putrefacta en la sala.

Abrió los ojos. Celia volvió a meter el dinero en la bolsa y puso ésta debajo de una camilla. Un muchacho gritó en español. Una chica gimió en francés criollo. Joan se volvió y lo vio. Wayne esquivó camillas y salió a su encuentro.

Llevaba el cabello recogido en la nuca y las gafas algo torcidas. Tenía unas manos pequeñas y ásperas.

—¿Has traído una donación?

—Sí, pero no tanto como la última vez.

—Confío en que habrá una próxima.

—Sí, la habrá.

Joan encendió un cigarrillo. Tenía las uñas de los dedos incrustadas de sangre.

—¿Hasta qué punto es real para ti todo esto?

—Dime lo que sabes de mí. Dime lo que sabes.

—No te lo diré. —A lo lejos sonó un disparo. Un hombre soltó un aullido perruno

—. El doctor debería verte esa mano.

Wayne dijo que no con un gesto.

—Intenté dar contigo en L.A.

—Sí.

—No era el único que te buscaba.

—Veré al hombre al que te refieres cuando sea necesario.

El hombre-perro aulló. Dos hombres-perro más se añadieron. Una mujer-perro aulló desde el otro lado.

—Hay algunas cosas que podrías contarme... —dijo Wayne.

—No te las contaré.

La jauría aulló y arrojó botellas contra las paredes. El vidrio se hizo añicos en estéreo.

—No has respondido a mi pregunta —añadió Joan. Wayne flexionó la mano.

—Hay gente a la que esperas toda la vida. Te llevan a un sitio al que, si no fueses, serías un estúpido.

Joan se llevó la mano al bolsillo. Wayne percibió temblores. Joan sacó una banderita roja con un palito.

—Consígueme un silenciador para un revólver 357 Magnum —dijo él.

Las construcciones de Santo Domingo estaban aisladas de la calle y tenían un vigilante a la entrada. Los vigilantes lo conocían. Los obreros dormían en tiendas a treinta pasos de la obra. Las casetas del material de demolición colindaban con los contrafuertes de los cimientos. Las paredes de las casetas estaban forradas por dentro con material insonorizante. Dinamita, C-4, nitroglicerina. Todo sumamente inflamable.

El terreno circundante estaba empapado. Los jefes de obra se hablaban de un emplazamiento a otro mediante teléfonos públicos. Empapa un buen cordón sintético y envuélvelo en plástico. Deja suficiente circunferencia para que el aire alimente la llama. Manipula los teléfonos y llama a esos teléfonos y reza para que se produzca una simple ignición.

Los emplazamientos rurales resultarían más difíciles. Distaban casi cien kilómetros el uno del otro. Aquello podía hacer que tuviera que jugarla a la buena fortuna.

Wayne encontró una tienda de piezas de automóvil abierta las veinticuatro horas. Compró las herramientas y dos cojines de coche con acolchado acrílico. Compró una manguera de plástico gruesa en una ferretería y volvió al hotel.

Cortó los cojines hasta convertirlos en hebras de tejido y las empapó de gasolina.

Midió de memoria. Cortó las secciones de manguera a una longitud aproximada, las perforó y creó alimentadores de la llama. Los teléfonos públicos se hallaban sobre tierra suelta. Debería ser fácil manipularlos. Las corrientes eléctricas de las llamadas tanto podían prender la ignición como no hacerlo.

Un chico le llevó el silenciador. Wayne trabajó toda la noche. Convirtió su *suite* en un taller. Llamó a recepción y alquiló un coche para la noche siguiente. Se tomó una dosis de hierbas vudú y pasó el día durmiendo.

Tuvo unos sueños apacibles, en su mayor parte. El doctor King, sermoneando y riéndose.

Se levantó y se obligó a comer. Recogió el Chevrolet de alquiler y condujo hasta la primera obra. No le dolía la mano. No le llegaban sonidos de fuera, ni sentía los pies en los pedales. En lo más profundo de su cabeza, estaba sereno.

23:26 horas.

Aparcó al otro lado de la calle. El guardia paseaba y fumaba. La tienda de los esclavos estaba a oscuras.

Wayne se guardó unas tijeras de hojalatero en el cinturón. El guardia se acercó a la verja con aire inquisitivo. Wayne bajó el cristal de la ventanilla y lanzó un «¡Hola!». El guardia lo reconoció y abrió la verja.

Wayne se apeó y se acercó. El guardia hizo el número de «usted es el jefe». Wayne señaló la luna. El guardia le dio la espalda. Wayne le puso la Magnum en la cabeza y disparó una vez.

El silenciador funcionó. La bala de punta blanda se rompió en pedazos y se expandió. No hizo orificio de salida. El guardia cayó muerto sin esparcir los sesos.

Wayne volvió al coche y sacó los tubos. Regresó donde estaba y abrió la zanja en el suelo con las manos. Tomó las llaves del cinturón del guardia y abrió la caseta de los explosivos. Desatornilló la placa trasera del teléfono público, peló los cables y los unió al borde del tubo.

Dieciséis minutos.

Desenrolló el tubo de punta a cabo. Llenó la zanja con él, desde el teléfono hasta la caseta. Corrió a la tienda de los esclavos y encendió el foco situado a la entrada.

Los esclavos se agitaron. Estaban sujetos con grilletes camastro con camastro. La mayoría eran negros, algunos eran claritos y la mayoría parecían haitianos. Todos lo miraron. Vieron el arma que llevaba al cinto y se arrodillaron. El gesto los hizo enredarse con sus cadenas. Wayne sacó las tijeras de hojalatero. Los esclavos empezaron a lanzar gritos. Wayne agarró al que tenía más cerca y le liberó las manos.

El hombre se limitó a mirarlo. Wayne retrocedió un paso. El hombre saltó y agitó sus manos libres. Los demás miraron a Wayne y comprendieron.

Todos levantaron las manos a la vez. Las cadenas los sujetaban a todos juntos. Wayne anduvo de hombre en hombre, liberándolos. Los esclavos lo rodearon y lo levantaron en hombros. Wayne memorizó sus rostros mientras escapaban.

El segundo complejo estaba tres kilómetros. La verja estaba abierta. El guardia roncaba en un saco de dormir junto al teléfono. Wayne le disparó en la cabeza y cogió las herramientas.

El suelo estaba blando, la zanja quedó abierta con facilidad, el trabajo fue rápido. Le llevó nueve minutos y algo.

La tienda de los esclavos era de una gasa casi transparente. Era permeable al agua y absorbente del calor. La iluminaban cuatro focos toda la noche.

Los esclavos estaban despiertos. Los camastros estaban empapados de sudor y hundidos hasta el suelo. Vieron a Wayne y se quedaron allí tendidos. Los murmullos crecieron hasta convertirse casi en gritos. Wayne fue de jergón en jergón. El primer esclavo retiró las manos. Lo agarró por las muñecas y cortó la cadena. Los demás esclavos captaron la idea. Todos levantaron las muñecas.

Wayne fue de uno en uno. Los hombres se levantaron lentamente. Cojeaban y se tambaleaban. Ninguno miró a Wayne. Uno murmuró una bendición vudú. Dos rasgaron la gasa y escaparon.

Wayne los observó. Corrieron hasta una pequeña cabaña y embistieron la puerta a patadas y empujones. La puerta saltó de los goznes. Los hombres cogieron los rifles y subfusiles Sten que había dentro.

La autopista iba directamente al norte. Necesitaba una atalaya. Elevada y al alcance de la vista desde donde estaba.

Apareció una gasolinera en Reparado. Una colina al pie de las montañas y un horizonte pendiente abajo. Una única cabina telefónica. Un gran paisaje nocturno de fondo.

Las llamadas serían a corta y larga distancia. Sin intervención de telefonistas. Podía funcionar, o no.

Wayne llenó dos veces la ranura de las monedas y marcó el teléfono de la primera obra. Sonó dieciséis veces y nada. El timbrado diecisiete resonó y produjo un resplandor rosa. El timbrado dieciocho levantó un gran estruendo e iluminó un cielo veteado de rojo.

Puso más monedas y marcó el segundo número. Las llamas surgieron al segundo timbrado. Las dos manchas rojas se fundieron.

Las obras rurales le preocupaban. Los teléfonos estaban muy alejados de las casetas. Las tiendas de los esclavos estaban pegadas a los edificios en construcción. Aquello significaba bajas.

A estas alturas, el Enano ya lo sabía. La Banda ya lo sabía. Las otras obras recibirían refuerzos rápidamente.

Wayne aparcó en una arboleda a las afueras de Jarabacoa. Tomó hierbas y se

obligó a no pensar. Unas ramas de árbol levantaron el coche. Vio diez millones de estrellas. En las yemas de sus dedos se movieron constelaciones. Oyó ruidos que tal vez fuesen disparos y tal vez tambores.

Del cielo cayeron monedas. Abrió la boca para saborearlas. Los tonos de mercado sonaron y encendieron espectáculos de luz. Los colores lo adormecieron y lo llevaron a un lugar seguro.

El sol lo despertó. El reflejo en el parabrisas lo golpeó. Tenía la visión borrosa. Distinguió llamas y olió a humo.

Puso el coche en marcha y tomó carreteras secundarias. Se cruzó con un camión de bomberos y dos coches de la Policía Nacional. Las llamas se alzaron sobre las copas de los árboles. Vio arder las obras de Jarabacoa.

Enséñame más...

Detuvo el coche. Salió y se encaramó al techo. Vio dos guardias de la obra linchados y colgados en las ramas de un árbol. Vio «14/6» pintado en un bloque de los cimientos y un subfusil Sten abandonado.

Enséñame...

Saltó a una rama y se encaramó hasta la copa del árbol. El mundo se expandió. El follaje se agitó cerca de allí. Vio chicos de piel clara y hombres negros corriendo con armas.

Enseña...

Miró al sur. El mundo se reexpandió. Hizo matemáticas y geometría espontáneas. Cayeron monedas. El cielo estalló donde debía de estar el otro edificio en construcción.

(Los Ángeles, 19/3/70)

Los rezagados abandonaron El Sultán Sam. El negro cerró. Dwight esperó en el aparcamiento de atrás.

Dentro latía música negra. Un patrullero pasó por Central. Los rezagados lanzaron gruñidos de cerdo. Los policías lo pasaron por alto. Los negratos los superaban en número.

Dwight consultó el reloj. Joan le había dejado una llamada. En el aparcamiento, a las dos. Ya llegaba con ocho minutos de retraso.

La música se tranquilizó en un bebop. Dwight dejó su arma sobre el maletín. Había pasado la mierda por la aduana. Había dejado la R.D. casi al tiempo que sucedía aquello.

Lo llamó su contacto en la Casa Blanca. Nixon estaba agitado, casi cabreado. Unos comunistas habían saboteado la construcción de los casinos. La Banda lo atribuía al 14/6.

El cretino había salido del país antes de que sucediera. Dwight le había marcado la espalda, le había robado y le había dicho cómo mentir. Ve a L.A. y trabaja en la escucha de Bowen. Que Mesplède llore por la droga. Dile: Clyde Duber me necesita.

Dwight cerró la ventanilla y silenció la música. Había llegado a L.A. y había extendido tentáculos. Decidle que seguimos, ella lo entenderá, ella sabrá. Había interrogado a todos los izquierdistas del planeta. Le llevó seis días enteros.

Unos faros lo castigaron. Un Dodge del 63 entró en el aparcamiento. Dwight hizo luces. El Dodge las devolvió. Dwight agarró su mierda y se apeó del coche.

Joan frenó a su lado. Apagó los faros y mantuvo el motor al ralentí. Una lámpara de la calle la iluminaba por la espalda. Se la veía agotada, al borde del colapso.

—No te despediste.

—No parecía necesario. Sabía que no habíamos terminado.

—¿Dónde estabas?

—No te lo diré.

—Dime qué anda mal.

—No. No te lo diré.

Dwight le tocó el pelo. Joan se apoyó en su mano por un instante.

—¿Continuamos?

Dwight le pasó el maletín.

—Llévalo a la ATN mediante un enlace. Que no salga tu nombre, si puedes. Queremos que Bowen piense que es una sorpresa llovida del cielo. Chico, hemos tenido suerte, te ha caído sin esperarlo.

Sonó un claxon. Dwight apuntó hacia el sonido. Joan alargó la mano y le hizo bajar el arma.

—Necesito que lo digas.

Dwight se acomodó. Joan le presionó la mano contra el marco de la puerta.

—Tenemos que decirlo. La fe funciona así.

—Que no muera nadie —dijo Dwight.

(Los Ángeles, 19/3/70)

Aire muerto. Aire de amanecer e insomnio. Vaya mierda.

El puesto de escuchas era una casa de negros en el bloque de Marsh Bowen. Los cables pasaban por encima del tendido telefónico. Había interferencias con llamadas ajenas. Se oía una cacofonía de negratas.

Distraído y curioso. No letal. Cháchara de macarras y monserga religiosa a montones. Crutch bostezó. Llevaba cuatro días con jet lag. El gran Dwight le había escrito el guión. El franchute vio su espalda grabada y la habitación revuelta y se lo tragó. Clyde me necesita, jefe. Ve, hijo mío. Serás vengado.

Convergencia: un falso robo de droga comunista y un sabotaje real.

El franchute llamó y dio la noticia. El 14/6 había incendiado las obras. El Enano preparaba una Gran Redada Roja.

Crutch se puso los auriculares. Entró una llamada: la vieja asmática de la puerta de al lado.

La abuela estornudó y maldijo al gobernador Reagan. Crutch sufrió una sacudida nerviosa. Había pinchado la *suite* de Sam G. Había oído hablar a Sam y Celia. Ella le informaba de lo sucedido con los casinos. Él recordó su latín de instituto. *Post hoc, propter ergo hoc*. Después de esto, a causa de esto.

Sí, pero:

Sonaba tonto, sonaba raro, sonaba impropio de Celia e impropio de Joan.

La abuela estornudó: Reagan me ha recortado el dinero de la presión social. Crutch se inquietó. Dejó los auriculares y se quitó la camisa.

Delante de la consola había un espejo de cuerpo entero. Crutch se levantó y volvió el cuello para ver. Las heridas estaban cubiertas de costras y la piel se desprendía. Las marcas de las cicatrices se extendían. Los números eran visibles: las marcas serían permanentes.

Continuó mirando. Observó la consola. Su foto de Joan estaba allí, en un ángulo.

Le vino a la cabeza el cálculo: un año, ocho meses y veintisiete días. Llevaba todo ese tiempo detrás de ella.

La luz roja parpadeó. Bowen: llamada entrante.

Crutch se puso los auriculares. Oyó a Bowen, con un bostezo en la voz. Oyó: «Marsh, soy Leander James Jackson».

Un menda feliz. Alegre. Un marcado acento haitiano.

Van y vienen saludos que dan paso a cháchara «muerte a la pasma». Ese toque haitiano. «Muchachito»: la muletilla del difunto Luc. Espera...

Leander James Jackson. Laurent-Jean Jacquau. Las mismas iniciales.



Haitianos. Jacqueau, el Tonton traidor. Jacqueau, el converso del 14/6. Jacqueau, ilocalizable en Estados Unidos.

Interferencias, zumbidos, reverberaciones y chirridos. Bowen: inaudible/«Tienes que vender heroína».

Jackson: chirrido/«En mi país, se la conoce por “la bestia del Este”».

Chirrido/zumbido/interferencias. Entra una llamada ajena. La abuela de los estornudos ha vuelto. O000h, ese Reagan.

El gran Dwight. El contrabando de droga. La operación contra la militancia negra...

Trabajo de expedientes.

Leer expedientes mientras está nervioso. Leer expedientes cuando se aburre. Leer expedientes cuando se pasa la noche despierto, borracho. «Leer expedientes» fue su mantra. Lo consoló y lo llenó de trabajo.

Eran las 7:10. Crutch llegó a Clyde Duber Asociados y accedió al interior. Clyde y Buzz llegaron hacia las nueve. Eso le dio tiempo para expedientes.

La afición favorita de Clyde: el atraco al furgón blindado. Cuatro archivadores llenos.

Acercó una silla y sacó carpetas. Era lo de siempre. Conocía el contenido del derecho y del revés. Lo golpearon hechos antiguos: nombres, fechas, lugares. Datos forenses, cuerpos chamuscados. ¿Escapó un segundo atracador? Fotos: Scotty B., frunciendo el ceño. Scotty, mirando mal a unos negros.

Cayó una hoja suelta. Crutch la desdobló. Un plano de calles dibujado a mano. La Ochenta y Cuatro con Budlong, 24/2/64. Marcas en aspa para los muertos. Casitas con la numeración de la calle y esbozadas a escala.

Crutch estudió el mapa. Algo le rondó la cabeza. Otro expediente, otro hecho, otro número complement...

Ah, sí. Eso es. Casi seguro: Clyde no lo sabe.

Marsh Bowen vivía en ese bloque entonces. Tenía diecinueve años. Acababa de terminar en el instituto Dorsey. Vivía con papá y mamá. Trabajo de expedientes.

Leer expedientes mientras está jodido. Leer expedientes ligeramente intoxicado. Leer unos expedientes distintos cuando otros te apremian.

Crutch se encerró en el Vivian. Estudió el expediente de su madre. Se llevó la mano a las costras del 14/6 y se rascó las cicatrices. Lo asaltaron imágenes descartadas de su película de la Zona Zombi.

LA SILLA ELÉCTRICA, LOS OJOS, LAS MANOS Y PIES. Matones de La Banda y las manos fundidas del negro.

Se asustó. Tomó dos anfetis con un trago de Old Crow. Le quitó el susto. Cogió los prismáticos e hizo de mirón aéreo.

Barb Cathcart regaba el jardín delantero. Llevaba un vestido holgado. Una ráfaga

de viento frío le puso la piel de gallina. La madre de Gail Miller hablaba con el cartero. La señora Miller lo odiaba. La había acechado con una cámara y le había sacado un retrato del felpudo. Aquélla fue la causa de que lo expulsaran del Instituto Hollywood.

Sonó el teléfono. Crutch saltó al oírlo.

—Crutchfield.

—Donald, estoy escandalizado.

Tranquilo: no lo sabe/no puede saberlo.

—¿Qué ha pasado, francés? Cuéntame.

—El sabotaje lo hizo Wayne. Lo vieron comprando material explosivo. Profanó las obras del norte para culpar al 14/6. Muy evidentemente, alistó a comunistas para que lo ayudaran. Creo que sus *putain rouge* camaradas fueron los que te robaron.

—Francés, dime...

—Balaguer ha tomado una decisión razonada expeditivamente. Ha decretado que no haya represalias contra Wayne. Ha decidido que pague el 14/6 y que eso sirva de lección a futuros disidentes. El Komando Tiger participará en esto, lo cual exige tu inmediato regreso.

Las manos le sudaban. Le resbaló el teléfono. Cayó al suelo. El auricular se resquebrajó.

Las anfetanas lo golpearon de pleno. Odió a Wayne y le lanzó hechizos. Alfileres en los globos oculares. Se le ocurrió esta malévolamente idea de vudú.

Conocía el nombre de la mujer y la dirección de su trabajo. Escribió la nota en el área de descanso de Barstow. Usó el capó del coche como mesa.

Querida señora Hazzard:

Trabajo para su amigo, Wayne Tedrow, en numerosas actividades ilegales. Él me subestima constantemente y se refiere a mí como «el cretino». Sospecho que Wayne no ha sido precisamente franco respecto a ciertos hechos de su pasado inmediato y que tendrá usted dudas acerca de su estabilidad y de su carácter moral.

Sus dudas están plenamente justificadas. Wayne participó en el asesinato del reverendo Martin Luther King, en abril de 1968, y fue sospechoso del asesinato de su propio padre, dos meses después. Es muy probable que participara en la trágica muerte a tiros de su marido y de un delincuente de Las Vegas, ese mismo verano. Merece usted saber estas cosas. No le deseo ningún mal; sólo quiero ponerla al corriente.

Sinceramente suyo,

Un amigo.

Patata caliente.

El sindicato estaba muy cerca de Fremont. El zumbido de su cabeza estaba desvaneciéndose. Deja la nota, hazle un hechizo a Wayne, no seas nenaza.

Los oficinistas estaban saliendo del trabajo. Caminaban a paso rápido hacia sus coches. Crutch aparcó en doble fila y estudió rostros. Vio a la mujer acercarse a un Oldsmobile del 88.

Saltó del coche y corrió hacia ella. Los oficinistas se apartaron con cara de desconcierto. Ella se volvió y lo vio. Él interpretó al instante su mirada: ¿Quién es este joven alocado?

Le dejó la nota en las manos y echó a correr hasta doblar la esquina. Se metió en un casino de lujo y tomó tres tragos rápidos. Fueron un reconstituyente. Le dieron ese punto de audacia.

Fremont era de sentido único. La ventana miraba a la calle. Ella tenía que pasar por allí. ¿Dónde está ese Rocket 88?

Esperó veinte minutos y volvió a su coche. Echó una mirada al aparcamiento.

Ella estaba apoyada en el Oldsmobile, sollozando. Tenía sangre en los dedos. Se agarraba al marco de la puerta para sostenerse.

**DOCUMENTO ANEXO: 21/3/70. Extracto del diario de Marshall E. Bowen.**

Los Ángeles,  
21/3/70

Ha sucedido esta misma mañana. Ha sido el hecho suelto más desconcertante de mi vida, eclipsando y realzando a la vez ese día de hace seis años y un mes. Lo he memorizado momento a momento y extenderé el proceso de establecer un paisaje mental para no olvidarlo nunca.

Desperté más tarde de lo habitual; todavía pasaban por mi cabeza los últimos fragmentos de un sueño. El escenario del sueño era una amalgama de los clubes de Central Avenue, repleto de militantes negros farsantes y de seguidores blancos. Benny Boles, Joan Klein y el difunto Jomo estaban entre la gente; no recuerdo a nadie más en concreto. Sonaba una música *-jazz bop-* que se transformó en la crepitación de una radio en la frecuencia policial. Me senté en la cama y descubrí a los cerdos aparcados en la calle, delante de la puerta de mi apartamento.

Me puse un batín y fui a abrir la puerta. Scotty Bennett aguardaba allí. Llevaba un traje claro de popelín, una pajarita de tartán y un sombrero de paja de ala estrecha. Él me pasó una botella de Seagram's Crown Royal con una cinta roja atada en torno al cuello. Me dijo esto, exactamente: «No digas que no te he dado nunca otra cosa que problemas».

No había en su comentario nada atemorizador, ni intimidante, ni en modo alguno erótico. Scotty sonrió y dijo: «Hablemos del atraco. Está lo que tú sabes y lo que yo sé. Integrémoslo y saquemos pasta. Volvamos a meterte en el DPLA».

El marco de la puerta me mantuvo en pie cuando me entró el vértigo. Scotty dijo: «He tenido un soplo. Una mujer comunista quiere pasar un kilo y medio de caballo a la ATN. Veamos si podemos convertirte en héroe con este asunto».

La palabra héroe tuvo efectos transformadores; al cerdo asesino más perverso de su tiempo le salió un halo y alas de ángel. Scotty me guiñó un ojo. Dudé en devolverle el guiño y le tendí la mano. Scotty, en lugar de estrecharla, me dio un abrazo.

(Las Vegas, 22/3/70)

Los Chicos continuaron llamando. Ivar Smith los mantuvo a raya. Era todo rabia antirroja.

El 14/6 incendió las obras. Premonición: el Enano acababa de dar el visto bueno a cuatro casinos más. Wayne recibió llamadas: Carlos, Santo, Sam. Llamó Terry Brundage. Llamó Mesplède. El nivel de rabia subió. Las llamadas habían cesado hacía dos días.

Fingió colaborar. Expresó su propia falsa rabia.

Estado onírico.

Wayne estudió el gráfico de la pared. La casilla de Leander James Jackson centró su atención. Observó el nombre. Trazó líneas de conexión. Recordó su viaje a la isla.

Empezaban las redadas. Llamó a Celia. Ella le dijo que su trabajo había inspirado el de ellos. Los pisos francos escondían a su gente. La Banda encontraría gente que interrogar y maltratar. El coste sería temible. Tenemos que decirlo: la fe funciona así.

La seguridad en el aeropuerto era mínima. Los aduaneros habían sido reclutados para las redadas de rojos. Tomó el avión sin problemas.

Wayne trazó líneas. El clic hizo clic. El tira y afloja de la memoria. Hizo clic con el expediente tachado de Joan. Fue un ajuste del cerebro. Sintió el tira y nada más.

Retrocedió un paso y observó la pared. Asimiló datos generales. Vio una nota sujeta a un lado con una chincheta. Sabía que no era suya.

«Querida señora Hazzard...». La acusación del cretino. La respuesta de Mary Beth, garabateada debajo.

«Lo encuentro plenamente creíble. Si me lo hubieras contado tú mismo, tal vez te habría perdonado».

Firmó papeles en el despacho del abogado. Pasó por Herramientas Hughes y cobró en metálico un cheque bancario. Voló a L.A. y se presentó en el Banco Popular. Lionel Thornton lo dejó entrar en la cámara acorazada. Recogió 1,4 millones de dólares en astillas de los casinos, recaudaciones de Tiger Kab y beneficios de los locales nocturnos. Llenó tres maletines. Llamó a Aerolíneas Hughes y reservó un pasaje a Santo Domingo.

Los árboles crecían del revés. Joan arrojaba esmeraldas y sembraba nubes. Cada

gota de lluvia era un espejo.

Vio su infancia en Peru, Indiana. Vio a Dwight y a Wayne Senior y al Klan en declive. Su madre entró en una gota de lluvia caminando. Él aprendió química en la Universidad Bingham Young. Los gráficos moleculares se grabaron al aguafuerte en verde. Las raíces de los árboles invirtieron su crecimiento. Atraieron su atención y le permitieron mirar. Vio Little Rock en el 57 y Dallas en el 63. JFK dijo adiós. Wendell Durfee se rio. Se disculpó a Reginald Hazzard por no haber dado con él.

El aire se fundió. Las partículas de humedad produjeron nieve. El doctor King susurró ecuaciones químicas. El mundo tuvo sentido por un instante. Joan se frotó polvo de esmeraldas en la cicatriz de arma blanca y contempló cómo curaba. Janice le dijo a él que no se preocupara. Los planetas se realinearon y explicaron la física como antojo. Escuchó «la fe funciona así» y dejó que sus ojos descansaran en el sol.

Un taxi lo llevó a Borojol. El conductor estaba asustado. Alerta roja, se notaba.

Un golpe en la puerta, el tráfico se detiene, las redadas/extorsiones. Los pasmas en tejados con prismáticos. Los pasmas comparando caras de gente con fotos policiales.

El taxi dejó a Wayne en el piso franco. Había una ventana entreabierta. Olió sangre y desinfectante y oyó medio grito.

Joan apareció en la ventana. Se miraron. Ella vio sus maletas e hizo un gesto a alguien de la casa. Se abrió la puerta. Wayne se volvió hacia allí. Un joven le cogió las maletas y volvió a entrar corriendo.

Wayne miró hacia la ventana. Joan puso la mano en el cristal. Wayne puso la suya encima, del otro lado. El cristal estaba tibio. Se sostuvieron la mirada. Joan la apartó primero.

Un taxi lo dejó en el río. Cruzó el puente y entró en Haití de noche. Un Tonton lo reconoció: *ça va, jefe*.

Wayne llegó a un poblado. Unos danzantes enmascarados bailaban en un cementerio. Unos hombres se sentaban apoyados en las lápidas. Estaban inmóviles. *Le poudre zombi*: unas copas volcadas en sus regazos.

Los danzantes llevaban machetes envainados. Las máscaras estaban embadurnadas de sangre. El aire estaba cargado de olores: polvo de reptil y almizcle de ave.

Wayne entró en una taberna. Las banderas de la secta bizango creaban un ambiente. Atrajo diversas miradas. Señaló botellas y creó un brebaje que no había probado nunca. El camarero le preparó la copa. Mientras la bebía, una espuma verde le quemó los ojos. Dejó demasiado dinero sobre la barra.

Dos cementerios bisecaron el siguiente tramo de la taberna. Wayne los atravesó y

leyó las inscripciones en francés de las lápidas. Sus antepasados se volvieron a enterrar bajo sus pies. Vio convulsionarse a un hombre zombificado. Notó el sabor de la pólvora y del hígado de rana arborícola en la bebida.

Los danzantes enmascarados lo siguieron. Un perro con un gorro puntiagudo lo mordió y salió escapado. Parpadeó e hizo que los meteoritos trazaran arcos.

El clic se reveló. Thomas Frank Narduno, muerto en la Grapevine. Cómplice conocido de Joan. Falta encontrar un motivo que lleve de Joan a Dwight.

Entró en una taberna y pidió una pócima. Seis *bokurs* lo vieron beber. Dos hombres le ofrecieron bendiciones. Cuatro hombres agitaron amuletos y le lanzaron hechizos. Dejó demasiado dinero sobre la barra.

Salió del local. El cielo respiraba. Sintió la textura de la luna. Los cráteres se convirtieron en minas de esmeraldas.

Apareció un callejón. Una brisa lo empujó hacia allí. Las hojas se agitaron y desataron arco iris giratorios. Tres hombres se apearon de un rayo de luna. Llevaban vainas cruzadas a la espalda. Tenían alas de pájaro donde deberían estar los brazos derechos.

—Paz —dijo Wayne.

Los hombres desenvainaron los machetes y lo mataron a tajos allí mismo.

(Los Ángeles, 25/3/70)

—La ATN consiguió un poco de heroína. Fue un trato con un viejo colega de talego. Ezzard Jones lo organizó.

—Continúa —dijo Dwight.

—Salió de la nada. Un grupo de Panteras volvió a Oakland después de lo de diciembre. Un gran contacto falló. Sus chicos desean dejar la droga en depósito.

El Carolina Pines, en Sunset. La clientela de las ocho de la mañana: prostitutas adormiladas y maestros del instituto Hollywood.

—Continúa. —Dwight encendió un cigarrillo.

Marsh le dio vueltas al tenedor.

—La ATN ha recibido tres cuartos de kilo. Lo gracioso es que el FLMM ha recibido una cantidad igual. No sé cómo se hizo, pero fue una especie de consenso. «Fumemos una pipa de la paz para que el negocio no se vaya al garete». Se supone que tengo que hacer de mediador en una «conferencia cumbre» la semana que viene.

Jodida Joan. Absolutamente brillante. Ella había repartido la riqueza y doblado las incriminaciones.

Dwight hizo un aro de humo al estilo Joan. Salió borroso y se dispersó demasiado deprisa.

—Hazlo. Haz que suceda lo antes posible.

Dwight volvió al local tapadera. Olía a rancio. Subió las persianas y entreabrió las ventanas. Cogió un télex de la bandeja.

D.H.:

La embajada dominicana se ha puesto en contacto conmigo hace unos momentos. Lamentablemente, debo informarle de que Wayne Tedrow murió asesinado en Haití en algún momento de esta última semana. El crimen parece tener motivaciones políticas y raciales. El cuerpo fue abandonado en el lado dominicano de la Plaine du Massacre. En los bolsillos del difunto se encontraron pedazos de papel con extraños símbolos dibujados y lemas antiamericanos. Por favor, evalúe esta situación, en vista de los tratos del difunto con RMN, el señor Hughes y nuestros amigos italianos, y otros. Llámeme a la recepción de este comunicado.

JHE.

La oscuridad del local ayudó. Las paredes lo envolvieron. El ruido de la calle era constante. Puso en marcha el aire acondicionado y su murmullo acalló el de fuera.

Se comprimió en espacios reducidos. El hueco debajo del escritorio y el armario parecían seguros. Encogió las piernas y soportó los calambres. Se cubrió la cabeza para tener más oscuridad. Lanzó su pistola por un conducto de la ventilación para no pegarse un tiro él mismo. Tenía la camisa empapada de lágrimas y pegada al cuerpo.

El tiempo taladró un agujero en alguna parte. Echó la bebida y las pastillas por el conducto para no echarse a dormir. El teléfono sonó y sonó. Todo eran disparos. Se tapó los oídos. El teléfono continuó sonando. Salió a gatas de su refugio y arrojó el aparato al suelo. El auricular quedó cerca, oyó interferencias, oyó la voz de ella.

El agujero se expandió. Agarró el teléfono. Articuló: «¿Sí?» y «Nunca me habías llamado aquí». Su voz fue la de Wayne.

Oyó zumbidos. Perdió la voz de ella. La línea se aclaró. La oyó otra vez.

—Balaguer está deteniendo y torturando. Las bombas las puso Wayne. Balaguer está haciendo una declaración de principios.

Dwight carraspeó. La línea crujió y se cortó. Abrió ligeramente las persianas y volvió a ver. Llamó al tipo que le cursaba las llamadas. Encontró un mensaje grabado. Pidió que le devolvieran la llamada: un minuto con el Hombre.

La luz le dolía. Volvió a cerrar las persianas. Oscuridad y viaje en el tiempo: Wayne con su primer juego de química y su abuelo inmigrante escocés.

Peru, Indiana. Primavera del 48. Wayne mezcla polvos y crea un arco iris.

Sonó el teléfono. Agarró el auricular. Un tipo dijo algo. Dwight se enjugó las lágrimas. La línea hizo clic. Richard Nixon dijo:

—Tiene usted muchos huevos, llamarme de improviso.

—Wayne Tedrow ha muerto. Balaguer se ha vuelto loco y anda deteniendo gente por algo que hizo Wayne. Todos tenemos que ver con Wayne, señor. Con el debido respeto, esto tiene que terminar ahora.

Nixon soltó un silbido.

—Claro, Dwight. Llamaré a ese pequeño gilipollas. Joder, esos malditos mormones de Nevada están locos.



(Santo Domingo, 26/3/70)

Vista a la calle, vista al espejo. No podía dejar de mirar.

Su *suite* estaba a la altura del ático. La vista era amplia. La pasma sacudía culos rojos en una graaan panorámica. El espectáculo se prolongaba ya una semana. Redadas, acosos, altercados. Escaramuzas a espuestas.

El espectáculo de la ventana lo absorbió. Su espalda grabada, también. La marca 14/6 era un recordatorio. La cicatriz era permanente. Casi le gustaba. Lo asombraba y lo impulsaba a mirar.

Crutch anduvo del espejo a la ventana. Iba descamisado y estaba sudando. Palpitaciones del corazón: bip, bip, bip.

Ivar Smith acababa de llamarlo. El hechizo Crutchfield había funcionado. Unos negros de vudú habían quitado de en medio a Wayne Tedrow, el amante de negras.

Le dolía la cabeza. Le vibraban los vasos. Era una migraña de grado diez en la escala Richter. L.A. lo había asustado y lo había llevado de regreso a la isla. L.A. era peor. Interpretó las señales: Dwight Holly y Marsh Bowen estaban metidos en algún asunto de drogas.

Droga del Komando Tiger. SU droga. Una condenada conclusión evidente.

Crutch miró por la ventana. Los disturbios se reavivaban lejos y cerca. Era un espectáculo de hormigas. La calle era una granja de hormigas. Policías y comunistas iban y venían como insectos.

Sonaron sirenas. En estéreo y tan potentes que daba dolor de oídos. El sonido se escuchó por toda la ciudad. Los grupos de hormigas hispanas quedaron paralizados.

Se acercó al espejo. La cicatriz estaba rosada y tierna. 14/6 para toda la vida.

Aquella pista del atraco lo enfureció: Leander James Jackson como Laurent-Jean Jacquaeu. Había Localizado a Jackson en Negrolandia y lo había seguido. No averiguó nada. Había seguido a Marsh Bowen. Un filón: Marsh se reúne con Scotty Bennett en la sala de fiestas de Tommy Tucker.

Unos rivales acérrimos, muy colegas de repente. ¿Qué es esto? Crutch se acercó a la ventana. Le dolía la cabeza. Sudaba. Jadeó y empañó el cristal.

Lo limpió. Parpadeó y entrecerró los párpados. El espectáculo de las hormigas había terminado.

Un café parecía buena idea. Baja a Gazcue y toma una taza. Recalibra y reflexiona. Deléitate en el hechizo. Recapitula y reconsidera el caso.

Dio un paseo. Atajó por el campo de polo. Vio mujeres en el paddock. Llegó a la

calle Bolívar y continuó hasta el Malecón.

Ni pasma ni hormigas. Aquel sonido de sirena era una señal de fin de hostilidades.

Seguía doliéndole la cabeza. El dolor recirculó y lo atormentó. Oyó detenerse un coche a su espalda. Oyó pisadas en la acera. Vio sombras delante de él.

Una encerrona:

Dos tipos detrás, dos tipos delante. Van enmascarados con pañuelos, a uno se le cae un poco: es Felipe Gómez-Sloan.

Se le echaron encima. Repartió golpes. Lo tiraron al suelo agarrándolo del cuello, le dieron golpes en la nuca, le taparon la boca con cinta adhesiva. Liberó un brazo y le arrancó la máscara a Canestel. La calle se puso del revés, el cielo lo golpeó, vio el Tigrekar.

Lo metieron en el portaequipajes y bajaron la tapa. Se arrancó la cinta adhesiva. Dio patadas a la cerradura y respiró aire rancio. El Tigrekar salió zumbando. Oyó golpes en el asiento trasero. El forro del maletero se rasgó y dejó pasar aire y luz. Una hoja de cuchillo apuñalaba la tapicería y abría un hueco.

Entra más luz. Asoma una mano. Ahí están los tatuajes de pitbulls del franchute.

El franchute se puso a dar gritos. Fue una bullabesa de palabras. *Cochon, pede, putain rouge. «L'heroïne», en français.* Cambio de idioma: «Cretino».

La hoja continuó hurgando. Crutch se encogió para evitar que lo alcanzara y lanzó una patada que alcanzó la mano de Mesplède. La hoja le desgarró la zapatilla deportiva. Se contorsionó y retiró los pies.

El portaequipajes se llenó de humo: cinco cabrones fumando. Crutch vio los ojos del franchute por el agujero.

—No fue el 14/6. Fue Dwight Holly. Había una cámara de vigilancia en el vestíbulo del hotel. La cámara registraba la hora de la grabación. No puede tratarse de nada más.

Los cubanos soltaron bufidos de tigre. Saldivar echó más humo al maletero. Crutch sintió náuseas y le lanzó una patada a la cara.

El francés se rio. Crutch se encogió contra la cerradura del maletero. Lo bombardearon con humo de cigarrillos. Él apagó las puntas encendidas a patadas.

Rezó. El dolor de cabeza se le alojó detrás de los ojos y envolvió las cosas en una orla blanca. El franchute dijo:

—Los atentados han molestado *beaucoup* a Sam y a Carlos. Sam y Carlos desconocen tu participación en esto, aunque les he dicho que quizá sientas afecto por los comunistas. Dudo que el presidente Balaguer se arriesgue a otra ronda de construcciones y posibles sabotajes. Sam y Carlos creen que deberías engalanar tus credenciales anticomunistas.

El Tigrekar continuó a toda marcha. Daba la impresión de que estaban en plena autopista. Crutch rezó. Repasó los salmos y el Gloria Patria. La cabeza le latía. Los ojos le ardían. Vio a Jesucristo y a Martín Lutero en Wittenberg. El humo llenó el

portaequipajes, seguido de unas colillas. Bufidos de tigre, gruñidos de tigre, caras burlonas en el agujero.

Pariguayo, pariguayo, pariguayo.

Crutch vomitó y jadeó. Los baches del camino zarandearon el Tigrekar. Crutch acercó la cara al agujero del maletero y aspiró. Gómez-Sloan le aplastó un cigarrillo en la nariz.

Gritó y se apartó. Oyó «pariguayo, pariguayo, pariguayo». El Tigrekar frenó e hizo un trompo. Oyó portazos. La tapa del maletero se abrió y dejó entrar una luz a lo «veo a Jesús». Unas manos lo agarraron y lo pusieron de pie en el suelo.

Es un lugar de mierda. Un basurero con seis chabolas contiguas. Restos de papel y estiércol. Cincuenta toneladas de algo molido. Huesos asomando de un montón de ceniza. Dentro, unos culebreos. Colas de caimán abriéndose paso.

Pariguayo, pariguayo, pariguayo.

El sol eliminó el dolor de cabeza quemándolo a través de los ojos. Las manos lo sujetaron y lo hicieron andar. Alguien le pegó un objeto grande y pesado a la espalda con cinta adhesiva. El objeto tenía una manguera, una boquilla y un aspersor. Alguien le puso en las manos una suerte de disparador.

Pariguayo, pariguayo, pariguayo.

Era L.A. o la R.D. Era el basurero de Boyle Heights o las marismas de Watts o algún reducto del 14/6. El sol fundió el disparador que tenía en las manos. Otras manos lo empujaron hacia un cobertizo abierto. Dos docenas de personas estaban atadas y amordazadas allí.

Negros. Hombres, mujeres y niños en los huesos y retorciéndose de dolor. Llagas purulentas. Ojos amarillos saltones de mirada perdida.

La boquilla olía a gasolina. Los ojos amarillos le hablaron. Era L.A. o Haití. Aquellos negros eran gentuza de barrio o señores vudú. Los salmos siguieron sucediéndose en su mente.

Unas manos lo sostuvieron en pie. Unas manos cerraron las suyas en torno al disparador. Unas nubes ocultaron el sol por un instante.

Avanzó un paso y entonces se volvió. Vio a los cinco y por primera vez fue capaz de recordar sus nombres. El sol se reeclipsó y le hizo un guiño.

Pulsó el aspersor. La llamarada salió con ímpetu. Los cinco gritaron y se agitaron espasmódicamente, envueltos en fuego.

La munición de sus cartucheras estalló. Pedazos de ellos reventaron.

**DOCUMENTO ANEXO: 30/3/70.** Extraído del diario de Marshall E. Bowen.

Los Ángeles,  
30/3/70

«Cumbre de militantes negros»: saborea el concepto. Yo iba a ser el agente mediador. Leander James Jackson representaría a la ATN y Joseph Tidwell McCarver y Claude Cantrell Torrance negociarían en nombre del FLMM. El agosto acontecimiento se desarrollaría en forma de barbacoa de tarde en la guarida de Joe McCarver. Habría chuletas, pollo, verduras, bebida, hierba y pastel de batata. El patio trasero de la casa de Joe luciría una decoración festiva. Su hija de

cuatro años y su hijo de seis proporcionarían entretenimiento y tal vez servirían para contener un uso excesivo del término «hijo de puta».

Yo estaba en posesión de la droga. Me encargaría de negociar la participación ATN/FLMM y el reparto final de beneficios. Lo más importante de todo: allí era donde yo iba a cambiar mi lealtad del señor Holly a Scotty.

El plan era resultado de la cumbre Bowen-Bennett en la sala de fiestas de Tommy Tucker. Allí determinamos que era necesaria una acción inmediata. Se realizaría el reparto de la droga; la ATN y el FLMM dejarían la casa llevando el material; Scotty empezaría entonces la redada. Aquello significaba delatar mi condición de infiltrado del FBI prematuramente, dejando plantados al señor Holly y al señor Hoover, con la esperanza de ser readmitido en el DPLA en un abrir y cerrar de ojos. Si el plan daba resultado, la ATN y el FLMM quedarían completamente desacreditados, los federales conseguirían sus autos de acusación y yo volvería al DPLA. El señor Hoover y el señor Holly se pondrían furiosos. Yo habría puesto fin a la operación unilateralmente, con la ayuda de Scotty. Hervirían de rencor contenido y, después, el resentimiento se disiparía. Scotty y yo estaríamos entonces en condiciones de sumar nuestras informaciones sobre el atraco. Formaríamos un poderoso equipo de dos para seguir el rastro del dinero y de las esmeraldas. La OPERACIÓN HERMANO MAAALO se consideraría un éxito. Este período salvaje de mi joven vida, con todos sus paisajes mentales concomitantes, adquiriría una dimensión completamente nueva.

Pregunté a Scotty cómo era que sabía de mi fijación con el atraco, hasta el punto de apretarme las tuercas al respecto. Scotty me dijo que le habían llegado soplos de que había estado haciendo sutiles pesquisas durante meses. Una intuición lo llevó a comprobar mis antecedentes. Bingo: mi dirección de la Ochenta y Cuatro con Budlong aparecía en un antiguo permiso de conducir.

Joe McCarver tenía una casita de estuco cerca de la Sesenta y Ocho y Slauson. El día era cálido. En el patio trasero había unas cómodas tumbonas; los niños chapoteaban en una piscina para críos. Scotty estaba en un coche camuflado, aparcado a dos manzanas. Tenía un radiotransmisor con capacidad de marcación. Yo sólo necesitaría cuatro segundos con el teléfono del dormitorio de Joe.

—Esto va a ser de puta maaadre —dijo Claude Torrance mientras tomábamos asiento. La droga estaba en el centro de una larga mesa de *picnic*, como si presidiera un altar. Era preciso encarrilar la tensión entre los grupos antes de empezar la negociación, así que se sirvió una ronda de ron 151 y hierba. Yo participé con mesura. Los otros tres hombres consumieron una botella entera del ron y fumaron varios porros. Joe atacó la comida; yo preparé los comentarios de apertura de mi mediación. Entonces, Claude empezó a meterse conmigo.

—Hermano... y te llamo hermano con muchísimas reservas, te voy a preguntar una cosa. ¿Por qué delataste a nuestro hermano Jomo Kenyatta Clarkson a los malditos cerdos, el año pasado?

Yo respondí algo neutro. Hice mi conciliador, «Eh, hermano, tranquilo».

Leander intervino; estoy seguro de que consideró mi respuesta amariconada.

—Escúchame, muchachito —dijo—. Yo le metí un tajo a Jomo con mi navaja y lo vi sangrar una sangre débil. Estaba anémico de tantos pensamientos débiles y de su intenso apetito por el mal. Hice un hechizo contra su negra alma y murió al día siguiente. Tengo contactos con los *bokurs* de la secta bizango y con el espíritu del barón Samedi. Ellos se cargaron a Jomo. Le metieron legiones de hormigas rojas por el agujero de la polla para que le comieran los ojos y el cerebro. Es la pura verdad, muchachito.

Contuve la respiración.

Joe dejó una alita de pollo y chasqueó los nudillos.

—El barón Samedi me chupa mi gran polla negra —dijo Claude, y escupió en los zapatos a Leander.

Entonces:

Leander sacó un arma. Joe sacó un arma. Claude sacó un arma. Se produjo la más breve de las pausas, durante la cual habrían podido contenerse. Una ráfaga de viento fuerte barrió el patio. Derribó una botella. El ruido fue enorme. Aquello lo desencadenó.

Los tres llevaban automáticas de cargador grueso. Los tres dispararon a la vez, mientras yo me tiraba al suelo bajo la mesa.

Dispararon a muy corta distancia. El ruido fue horrible. Leander disparó y mató a Claude. Joe disparó y mató a Leander. Leander disparó y mató a Joe mientras caía. Los tres hombres quedaron tendidos en el suelo alrededor de la mesa. Estaban técnicamente muertos, pero todavía movían el dedo en el gatillo. Continuaron disparando y enviando tiros al azar. Los niños chillaron e intentaron huir. Unas balas perdidas y rebotadas los alcanzaron. Vi esparcirse por la piscina los sesos de la niña.

Me enroscué, me cubrí la cabeza y esperé oír más disparos o más estertores agónicos. No los hubo. Miré alrededor y vi a los tres hombres muertos y a los dos niños muertos. Todo había sucedido en menos de diez segundos. Tuve una epifanía. Fue un paisaje mental desarrollado al instante. De inmediato, preparé una escena para mi heroica redención.

Solares vacíos flanqueaban la casa y el patio por tres lados, lo cual me dio intimidad y tiempo para actuar. Con calma, saqué la pistola y disparé en la cabeza al difunto Claude Cantrell Torrance. Con la misma calma, disparé contra los difuntos Joseph Tidwell McCarver y Leander James Jackson. Para terminar, les quité las armas de la mano y disparé balas al azar.

Limpié las empuñaduras y luego, con calma, volví a ponerles el arma en la mano.

Sí, se dispararon entre ellos, pero yo asumí el control y me los cargué a todos. Una pena, lo de los niños. Había intentado ponerlos a resguardo, pero los rebotes los alcanzaron antes.

Crucé el patio y dispuse los cuerpos en posiciones de fuego cruzado creíbles. Borré los rastros de haber movido los cuerpos con papel de cocina y eché un último vistazo a la escena. Corrí a la casa e hice una llamada de falso pánico a Scotty.

Su sirena sonó insistentemente; la oí a dos manzanas de distancia. Volví despacio al patio.

DOCUMENTO ANEXO: 1/4/70. Artículo del *Los Angeles Herald Express*.

#### TIROTEO ENTRE MILITANTES NEGROS

Hace dos días una barbacoa en el patio en Los Ángeles Sur terminó violentamente y murieron tres hombres y dos niños. Las informaciones iniciales atribuyeron las muertes a un negocio de drogas a gran escala que se torció. Ahora, parece que hay mucho más que eso.

Las tres víctimas adultas –Leander James Jackson, de 31 años, Joseph Tidwell McCarver, de 32, y Claude Cantrell Torrance, de 23– eran peligrosos activistas de la militancia negra, según declaró el sargento del DPLA Robert S. Bennett en una rueda de prensa. Los dos niños asesinados, Theodore y Darleen McCarver, de seis y cuatro años, eran hijos de McCarver y de su compañera. El sargento Bennett reveló también que en el patio trasero de la casa de Joe McCarver había una sexta persona: el ex agente del DPLA Marshall E. Bowen.

«Quizá recuerden al agente Bowen de un encuentro que tuvo conmigo el 1 de octubre de 1968», dijo el sargento Bennett. «Las acciones del agente Bowen llevaron a su expulsión del DPLA. En realidad, el encuentro y el tiroteo posterior sólo fueron un engaño para infiltrar convincentemente al agente Bowen en la Alianza de la Tribu Negra y el Frente de Liberación Mau Mau, dos letales grupos nacionalistas negros que se proponían vender heroína para financiar sus actividades subversivas».

El agente Bowen tonó el micrófono. «Jackson, McCarver y Torrance tenían numerosos antecedentes criminales y vínculos comunistas», dijo. «He estado acumulando pruebas contra ellos desde mi fingido despido del DPLA, hace un año y medio. El propósito de la barbacoa era una “reunión en la cumbre” de la droga y la culminación de mi trabajo como infiltrado del FBI. Por desgracia, un intercambio verbal subió de tono y desencadenó un tiroteo. Me protegí e intenté poner a salvo a los niños, pero unas balas perdidas los alcanzaron antes. En aquel momento, entré en un intercambio de disparos con Jackson, McCarver y Torrance, que estaban disparándose entre ellos».

El director del FBI, J. Edgar Hoover, alabó «el brillante trabajo del agente Bowen para frustrar las actividades de dos organizaciones de tendencia comunista». El recién nombrado Jefe del DPLA, Ed Davis, anunció que el agente Bowen volverá al Departamento de Policía de Los Ángeles como sargento y recibirá la máxima condecoración, la Medalla al Valor.

DOCUMENTO ANEXO: 2/4/70. Artículo del *Milwaukee Sentinel*.

#### RUMORES EXTRAÑOS DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

La República Dominicana ha permanecido relativamente pacífica desde la guerra civil de 1965, un breve enfrentamiento militar que terminó hace casi cinco años. Los marines norteamericanos, satisfechos con el aplastamiento de una posible revuelta comunista, dejaron el país. Un dictador izquierdista interino fue depuesto y el centrista reformador Joaquín Balaguer ocupa el poder desde 1966. Sin embargo, durante las últimas semanas han estado llegando rumores preocupantes desde el interior de la «R.D.», como se la conoce popularmente.

Ninguno de estos rumores ha sido corroborado, pero vienen siendo persistentemente parecidos, lo que lleva a algunos periodistas estadounidenses a preguntarse si los hechos estarán relacionados.

En Santo Domingo ha habido una proliferación de manifestaciones de grupos izquierdistas, muy especialmente el «Movimiento Catorce de Junio», de inspiración castrista. Fuentes gubernamentales han dicho que no es algo inusual; la libertad de expresión se practica en la R.D. y, por tanto, las manifestaciones no son en absoluto anómalas. Se rumorea que hace dos semanas fueron saboteados cuatro hoteles-casino en construcción, financiados por intereses norteamericanos, hecho que las fuentes del gobierno niegan también. Añádase a esto el asesinato de un norteamericano por miembros de una secta vudú antidominicana y el descubrimiento de los cuerpos quemados de un francés vinculado con la ultraderecha radical y cuatro exiliados cubanos presuntamente respaldados por americanos ricos de la comunidad en el exilio con base en Miami, y tenemos el material para una gran teoría de la conspiración.

El jefe de sección de la CIA, Terence Brundage, declaró a los corresponsales: «No es más que eso. Teorías y nada más. Tenemos una serie de rumores sin relación y ya está».

Esta valoración fue secundada por un portavoz del presidente Balaguer. «Tonterías», dijo. «Las obras de los casinos no fueron saboteadas. Se derrumbaron por fallos estructurales y volvemos a estar en conversaciones con el grupo inversor norteamericano, que está impaciente

por iniciar la reconstrucción cuanto antes».

DOCUMENTO ANEXO: 3/4/70. Transcripción literal de una llamada telefónica del FBI. Encabezamiento: «Grabada a instancias del director»/«Clasificada Confidencial 1-A: Estrictamente reservada al Director». Hablan: el director Hoover y el agente especial Dwight C. Holly.

JEH: Buenos días, Dwight.

DH: Buenos días, señor.

JEH: Lo veo a usted desanimado, cuando yo estoy exultante. No me sentía así desde 1919. Usted estaba conmigo allí, en el muelle, Dwight. Despedíamos a una insolente Emma Goldman.

DH: Sí, señor.

JEH: El joven Bowen ascendió, finalmente. Y no lo condeno por jugársela al DPLA y al desmesurado sargento Robert S. Bennett. Nuestro seductor negro quería recuperar el empleo, ¿y quién puede echárselo en cara?

DH: Sí, señor.

JEH: La ATN y el FLMM han eclipsado momentáneamente a los Panteras. El Buró ha recibido un millón de comentarios elogiosos en la prensa. Los dos grupos se encaminan a un procesamiento en masa. Es una vívida muestra de torpeza moral negra, repleta de niños negros muertos para tocar la fibra sentimental.

DH: Sí, señor.

JEH: Lo veo desanimado y chirriantemente tenso, Dwight. Debería...

DH: Necesito endilgar un farol en nombre de usted y del presidente Nixon, señor. Si alguien se lo menciona, apreciaría mucho que usted lo confirmara. Y no le pediré nunca más otro favor.

JEH: Desanimado e impertinente. Un Dwight Chalfont Holly como no he visto nunca.

DH: Sí, señor.

JEH: Soy un hombre generoso, Dwight. Mi respuesta es decididamente sí. Abatimos a la ATN y al FLMM como a perros rabiosos. Hablo claro, no me corto.

DH: Gracias, señor.

JEH: Buenos días, Dwight.

DH: Buenos días, señor.

(Nueva Orleans, 4/4/70)

Giros en redondo y giros equivocados. Callejones sin salida mal señalados. El mapa de carreteras tenía diez años.

Las señales lo llevaron a salidas de autopista y lo devolvieron a tréboles de acceso. Esquivó escombros y cascos de trabajo tirados en la calzada. Hacía calor. Las cosas parecían recargadas. El mundo se movía despacio mientras él corría sin aliento.

Dwight tomó un acceso. Por fin: indicadores de «Centro Ciudad y Zonas Residenciales».

Estaba absolutamente agotado y tendría que hacerlo todo solo. Karen había vuelto al este y Joan se había esfumado. Era ir a toda marcha todas las horas del día. Había visto las fotos del escenario del crimen. Parecían falsas. El DPLA se había tragado la versión de Marsh Bowen o había decidido darla por buena. El cretino le había enviado una nota.

«Dwight: vi a Marsh con Scotty B. dos noches antes del tiroteo. Se los veía muy amigos. Me sorprendió y pensé que debía usted saberlo».

La calzada estaba llena de baches. A los lados se extendían las marismas. Dwight se detuvo en un claro. El motel tenía forma de L y paredes de color rosa. Delante de la oficina había tres cochecitos de golf.

Dwight aparcó junto a ellos. La puerta de la oficina estaba abierta. Una pelota de golf salió de ella y rodó por los peldaños de la escalera de acceso. Fue una imagen congelada. Transcurrió con una lentitud bañada en sudor. Todo lo que vio le pareció alarmante.

Cerró el coche con llave y se encaminó a la puerta. El traje se le pegaba al cuerpo. Vio a Santo, Sam y Carlos con indumentaria de golf.

La oficina era de pino nudoso. Los Chicos ocuparon unos pufs de relleno de bolitas y se sirvieron licores de unas botellas de cristal tallado. Carlos señaló un puf y la puerta. Dwight siguió la indicación. Santo arreó una palmada al aparato de aire acondicionado y el aire frío despertó.

—Dwight está demasiado delgado —apuntó Sam.

—Y no parece un hombre que traiga buenas noticias —dijo Santo.

—Nosotros tenemos esas buenas noticias. Esperemos que las malas que trae él no las contraríen.

Dwight se hundió en su asiento. El aire salió de éste con un sonido sibilante. Se sintió ingrátido.

Santo tomó un trago de anisette:

—¿Qué estoy viendo? Dwight H., falto de palabras.

Sam tomó un trago de Galliano:

—Dwight ha aceptado la derrota. Ha perdido peso del disgusto.

Carlos tomó un trago de coñac XO:

—Es un hombre que ha sufrido una pérdida. Wayne T. atentó contra las obras y nos robó por sabe Dios qué motivo. Dwight está afrontando todo el quebranto causado por ese mamón mormón.

Dwight intervino:

—Sé que tenéis planes. Sólo necesito unos minutos de vuestro tiempo.

Santo tomó un trago de anisette:

—En esto tienes razón. El tiempo es una mercadería de la que andamos escasos actualmente.

Sam tomó un trago de Galliano:

—Estoy escribiendo un libro sobre Wayne. Se titula *La muerte de un cazador de negros*.

Carlos tomó un trago de coñac XO:

—Unos rojos se cargaron al Komando Tiger. Apuesto a que murieron disparando.

Santo cambió a Drambuie:

—Eran demasiado fanáticos para mi gusto. Hablaré claro: eran unos zumbados de extrema derecha.

Sam cambió a schnapps:

—El cretino es el último que queda vivo. Estaba en otra parte, mirando por alguna ventana, cuando frieron al Komando.

Carlos tomó otro trago de coñac XO:

—¿Por qué lamentar la historia reciente? Balaguer vuelve a estar en el redil y a meternos mano en la cartera. Esta vez no contrataremos a amantes de negras ni a mercenarios neonazis con objetivos propios.

Santo tomó un trago de Drambuie.

—A los blancos estúpidos les encanta perder dinero en locales tropicales suntuosos. Es la era de Acuario, chico.

—«*Let the sunshine in...*» —tarareó Sam.

—Qué enrollado, hermano.

Dwight movió la cabeza en gesto de negativa.

—Nada de casinos en el extranjero. Esto viene directo del presidente Nixon. Lo de la R.D. ha sido una jodida cagada colectiva. No volverá a suceder. El presidente es comprensivo. Lo encontraréis cooperador en cualquier otra cosa, pero vuestro plan de los casinos está muerto desde este instante.

Lo miraron. Se quedaron perplejos. La escena se congeló y se aceleró.

Carlos le arrojó su vaso. Se estrelló en la pared y se hizo añicos. Santo y Sam le arrojaron sus vasos. No alcanzaron su asiento. Dos licores demasiado dulces lo salpicaron.

Dwight se levantó y salió. Las piernas le flojearon. Se derrumbó en el coche. Vio



una cama y un prado al final de un túnel.

(Los Ángeles, 5/4/70)

El solar.

Una semana en casa.

De vuelta al grupo.

Cretino, pariguayo. Mataste al tío que se cargó a JFK. Mataste incontables rojos y tuviste un montón de aventuras. Tienes veinticinco años. Te han salido canas y arrugas en la cara. Tienes la espalda llena de cortes.

Crutch se quedó sentado en el coche. Circularon antiguos conocidos. Clyde y Buzz Duber, Phil Irwin y Chick Weiss. Bobby Gallard y Fred Otash.

Hubo más «¿estás bien?» y «no tienes muy buen aspecto». Fred O. lo miró mal. Freddy había estado metido en los trabajos King-Bobby. Freddy sabía que él sabía. Ahora todo aquello era agua pasada.

El trabajo no faltaba. Chick envió a Bobby y a Phil a un trabajo de divorcio. Aquel productor del Ravenswood era priápico. La esposa numero 3 ansiaba la separación mientras el marido ansiaba carne griega.

Eh, tío, ¿no estuviste embrollado en un lío cojonudo en el Caribe? No tan cojonudo. Debería haberme quedado en casa.

Soltó a la gente del poblado. Ellos montaron el número de «el gran buana blanco» y huyeron a la jungla. Incendió el Tigrekar y volvió a pie a Santo Domingo. Recogió sus cosas y se largó al galope de Dodge City.

Los Chicos no lo presionaron. Llegó a L.A. y desmanteló los dispositivos de seguridad. Reconectó con Clyde y Buzz y volvió a trabajos de seguimiento. Buzz lo bombardeó a preguntas. Él le quitó importancia a todo. Buzz le preguntó por su caso. Él dijo que se había dado por vencido.

Se desencadenó una tormenta. Los colegas se metieron en los coches. Hacía ocho días que había vuelto. Clyde vio que andaba jodido y lo cargó de trabajo. Desplegó a aquel filipino bien dotado en asuntos de toda clase. Derribó puertas a patadas y sacó muchas fotos. Sal Mineo necesitó pasta y consintió en follar con una mujer. La polla floja de Sal frustró el trato. No le gustó la impresión que le produjo. Debería haberlo estimulado. En lugar de eso, lo asustó.

Todo lo asustaba.

Nada le parecía seguro. Tenía el apartamento en los Vivian y la habitación en el centro donde guardaba su archivo. No le parecían seguros. Escarbó en el expediente de su madre y en el de su caso. Eso tampoco le pareció seguro. Echó un vistazo por Hancock Park. Julie Smith estaba casada, embarazada y ausente de casa. Dana Lund tenía un novio estúpido. Dana había envejecido tanto como él.

Crutch puso en marcha el motor y conectó la radio. Oyó una canción: «Caras que surgen de la lluvia». Lo asustó. La canción procedía del vudú. Estaba dirigida a él. Ahora, llovía. Miró por el parabrisas e intentó leer rostros. Nada: sólo peatones con paraguas.

Ve signos por todas partes. Pasa toda la noche despierto o duerme demasiadas horas. Tiene esos ataques de llanto infantiles: cretino, pariguayo. Tiene alucinaciones involuntariamente. Son tomas nuevas de la Zona Zombi con L.A. de telón de fondo.

Su caso se desactivó en algún rincón de su cabeza. Estaba allí, bullendo en segundo plano. Leander James Jackson era Laurent-Jean Jacquau, pero los dos estaban muertos. Gretchen/Celia estaba en alguna parte. Pensar en Joan le dolía.

La lluvia cayó en zigzag. Crutch vio dos accidentes de tráfico de poca importancia. Escuchó el blablablá de las noticias por la radio: Jane Fonda en Hanoi y James Earl Ray.

Crutch bajó el volumen. Una chica negra bajaba caminando por Beverly. El hechizo no funcionó: pensó en Wayne.

Intentaste decírmelo, hice oídos sordos y te delaté. Hace días que estás muerto y yo estoy aquí. Jodido, tú me rehechizaste. Vomito todo lo que como. Tengo miedo de estar solo y me pongo esquizo cuando estoy con gente. Esta mañana fui a la iglesia. Quería deshacer el hechizo. El reverendo expulsó del recinto a patadas mi culo de mirón.

«Pariguayo» en inglés: «mirón de fiesta».

Clyde lo llevó a una gran fiesta del DPLA. Jack Webb actuaba de maestro de ceremonias. Marsh Bowen recibía la Medalla al Valor.

Marsh era marica. ¿Quién lo sabía y quién no? ¿A quién le importaba y a quién no? Marsh posó con Scotty Bennett para las fotografías. Ahora eran colegas, uña y carne. ¿El «tiroteo entre militantes negros»? Una gran cagada de los federales. El gran plan de Dwight es un tiro que sale por la culata y la pasma aprovecha la ocasión. Dwight estaba en paradero desconocido. Lo había llamado un montón de veces al local y no había tenido respuesta.

Estallaron rayos y truenos. El cielo se puso rojo lanzallamas. Crutch tuvo un acceso de miedo. Corrió al taller de la gasolinera y se refugió bajo techo.

Dos mecánicos trabajaban en un Oldsmobile del 62. Crutch los vio sacar el volante y rectificar el embrague. Sobre el banco de trabajo había un periódico abierto. Crutch echó una mirada.

El *Vegas Sun*. Un artículo sobre el funeral de Wayne. Una foto de Mary Beth Hazzard, de negro y con velo.

Lloraba. Ella había dado crédito a lo que él le había revelado y, a pesar de ello, se lamentaba.

El Stardust estaba en pleno Strip. La *suite* de Wayne tenía una puerta fácil de

forzar. Había leído un libro sobre vudú. Deshacer un hechizo era sencillo y rápido. Tocabas las pertenencias de la víctima y recuperabas tus pensamientos. No se lo creyó. Aquello quedaba a un millón de años luz de un texto luterano. Llegó a la conclusión de que estaba en deuda con Wayne.

El trayecto le llevó seis horas. La lluvia no cesó un momento. Con la música de la radio, iban y venían rostros. Aparcó en el sótano y subió en ascensor a la planta de Wayne. Llamó a la puerta y no respondió nadie. Forzó la cerradura y entró.

La *suite* estaba igual. El mismo mobiliario, el mismo hedor cáustico. El lugar parecía intacto.

Se dirigió al laboratorio. Justo al lado había un espacio para archivo. Pilas de papeles, cajas, un gráfico en la pared. Un remedo de sus escondrijos de expedientes.

Las flechas, las líneas de conexión. Las pulcras notas escritas a mano.

Siguió líneas y flechas. Hechos, lógica, conjetura. Todo tenía un sentido perfecto.

El hijo desaparecido de Mary Beth. Esmeraldas. Haití y Leander James Jackson. La mujer de cabellos oscuros con hebras grises.

Celia, agitadora izquierdista. Una insinuación de Joan y Dwight Holly enamorados.

Su caso y el de Wayne, indivisibles.

Dios santo, esa banderita roja.

(Silver Hill, 5/4/70 — 4/12/70)

La cama, el prado. Los edificios blancos, el sueño inyectado.

Lo ingresaron por la fuerza. Entonces, pasó allí treinta días. Ahora, se quedó ocho meses. Trece años de diezmos penitenciales formaron su período entre ingresos. Su primera visita fue fortuita. El contexto fue de negligencia y ebriedad. Los temas planteados fueron indemnización y abstinencia. La visita de ahora era consecuencia de un propósito temerario y de un pensamiento político cruel. El número de muertos era incontable. El marco mental que había creado aquellas acciones exigía un discurso consciente.

Él estaba aquí. Ella estaba dondequiera que hubiese ido cuando había desaparecido. Ella sabía que era cómplice. Su imprudencia había producido el caos en otras ocasiones. Se había marchado para cimentar la voluntad de volver.

Silver Hill era hermoso. Su estancia se extendió durante tres estaciones. Vio el esplendor de la primavera, el brillo del verano y la nieve.

Envió un télex al señor Hoover. Expuso su necesidad de un largo descanso y no mencionó su ubicación. El señor Hoover sabría que estaría aquí. Un mes después recibió una tarjeta.

Tómese todo el tiempo que necesite. Tengo un nuevo trabajo para usted. Es en Los Ángeles. Empezaría en enero.

«Superintendente de archivos». Eufemismo de «acumulador de mierda». Recoge chismes y basura escandalosa. Acrecienta el tesoro privado del viejo sarasa.

Trabajo de bajo riesgo. Un destino que no cause muertes.

L.A. era L.A. Podía sentirse seguro al norte de L.A. Sur. Karen estaba allí. Joan podía aparecer y encontrarlo.

La crisis le sobrevino en Nueva Orleans. Fletó un avión del Buró y voló directamente aquí. Los doctores lo examinaron y lo encontraron físicamente sano.

Lo alimentaron por la fuerza con grandes comilonas y devolvieron a su cuerpo el peso adecuado. Lo sedaron. Durmió dieciocho horas al día durante seis semanas seguidas. Despertaba agitado. Veía a sus muertos tan pronto abría los ojos. Los enfermeros lo pinchaban de nuevo. Volvía a dormirse y todo empezaba otra vez.

Las paredes de su habitación estaban acolchadas. Los ataques no producían daño. Él quería causar daño. Pensaba que difuminaría las facciones de los muertos.

Superó aquella parte. La repetición la desactivó. Los médicos redujeron su sedación. Evitó a los psiquiatras y a los demás pacientes. Pasó tiempo con un rebaño de cabras domésticas. Vivían protegidas en la finca. Estaban allí para consolar a los pirados.

Les dio de comer y las acarició. Compró por correo animales de peluche y los envió a las hijas de Karen. Imaginó que las niñas eran suyas y que tenía una vida en la que nadie salía herido o jodido. Aquellos pensamientos lo mataron. Perdía la razón y lloraba y tenía miedo de no poder salir más al mundo.

Sus muertos acudieron a él. Se sentaba en silencio con ellos. Pasó semanas escuchándolos y semanas hablándoles. Llegó donde podían coexistir.

Los muertos iban y venían. Él empezó a ver qué querían y qué les debía. Ellos le devolvieron la razón en consigna.

Karen le envió notas llenas de oraciones cuáqueras por la paz. Las niñas le mandaron tarjetas de agradecimiento por los peluches. Karen mandó una foto de las tres. Al dorso había escrita una dirección y un número de teléfono. Dina había escrito encima: «Si este hombre se pierde, devuélvanlo, por favor».

Él llevó encima la fotografía. Pasó horas con las cabras. Reflexionó sobre cuanto había pasado y empezó a verlo.

La chifladura racial del señor Hoover. La guerra del FBI contra el movimiento pro derechos humanos. Su calamitoso paso en falso con los grupos militantes negros.

Un enorme alarde de planteamiento. Una acusación densamente compactada. Un tratado sobre actitudes mentales de colusión. JFK, RFK y MLK han muerto. Os contaré cómo.

Un gran documento social, con los actores clave brillantemente iluminados. Marsh Bowen: un homosexual lleno de dobleces y un provocador inmisericorde. Figuras de la mafia con vínculos detestables con el gueto. La órbita de tiradores a sueldo del señor Hoover. El agente especial Dwight C. Holly: convocado a confesar.

Un acontecimiento de tremenda repercusión. Una gran idea emanada de la manía del señor Hoover por los expedientes. Una épica de papeles malignos convertida en banal por el peso abrumador de su vacuidad. Un texto tan profundo que desafiaría toda lectura fácil e inspiraría estudios concienzudos durante toda la condenada eternidad.

Lo vio todo. No puso nada por escrito. Descansó y acarició sus cabras.

Karen le envió un pastel de melocotón para el día de Acción de Gracias. Lo compartió con sus cabras. Temió por ellas e interrogó a un empleado.

—No les harán daño nunca, señor Holly —dijo el hombre—. Estarán aquí toda la vida. Están aquí para personas como usted.

Descansó. Durmió. Tuvo algunos sueños pacíficos acerca de Wayne. Revisó y embelleció su idea. Pronto se la podría contar a ella. Sabía que no podría encontrarla. Presentía que ella lo encontraría a él en L.A.

Se equivocaba. Sucedió de repente. Ella lo encontró allí con sus cabras.

Él oyó unas pisadas. Se volvió y la vio. La encontró más feroz y sobrecogedora de lo que la había visto nunca. Había cumplido su palabra hasta la última coma.

—Hola, camarada —dijo él y sacó la banderita roja.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo ella.

—Déjame que te cuente.

## **PARTE IV**

### El cártel del Congo

(5 de diciembre de 1970 - 18 de noviembre de 1971)



DOCUMENTO ANEXO: 5/12/70. Transcripción literal de una llamada telefónica. Encabezamiento: «Grabado a instancias del Director»/«Clasificado Confidencial 1-A: Estrictamente reservado al Director». Hablan el director Hoover y el presidente Richard M. Nixon.

RMN: Buenos días, Edgar.

JEH: Buenos días, señor Presidente.

RMN: ¿Cómo se encuentra? En el almuerzo de la Legión Americana lo vi un poco indispuerto.

JEH: Le aseguro que estoy absolutamente sano, señor Presidente. Y, como ya sabe, siempre estoy dispuesto a trabajar para ganarme la cena.

RMN: «Trabajar para ganarse la cena». Cuando uno gobierna este maldito país, comprende perfectamente ese viejo refrán.

JEH: Sí, señor, y ya que hablamos del asunto, déjeme que le diga que espero fervientemente poder seguir trabajando durante su segundo mandato.

RMN: Edgar, menudo pájaro está hecho usted. Cualquiera que lo subestime debería someterse a un examen mental.

JEH: Gracias, señor Presidente. También me gustaría añadir que somos amigos desde 1914.

RMN: Nací en 1913, Edgar. Debimos de conocernos en una fiesta en la cuna.

JEH: (Seis segundos de silencio). Bueno... er... sí, señor.

RMN: Seguro que tiene un expediente de ello. Cada vez que un izquierdista se tira un pedo, usted abre un expediente.

JEH: Sí. Si considero que esa persona es subversiva, así lo hago.

RMN: ¿Y qué sucede en el universo de la militancia negra? Mis hombres en el departamento de Justicia dicen que esa estupidez está decayendo.

JEH: Tal vez sea así, señor. Los Panteras y los EE.UU. están muy infiltrados y enredados en litigios y el FLMM y la ATN, claramente de menor importancia, están kaput. Dieciséis acusaciones de delitos criminales, señor. Una pequeña operación del FBI, pero ha resultado una gema.

RMN: Y ese «tiroteo entre militantes negros» fue un jonrón.

JEH: Sí, señor, más aún, y yo lo llamaría un *grand slam*.

RMN: Hummm...

JEH: (Acceso de tos/ocho segundos).

RMN: ¿Está usted bien, Edgar?

JEH: Me estoy curando de un resfriado, señor.

RMN: Las elecciones al Congreso del mes pasado no me han emocionado especialmente. Pierdes un escaño aquí, un escaño allá y, cuando quieres darte cuenta, los demócratas ya han empezado a sumar. Tal vez le pida un poco de ayuda antes de que se pongan en marcha las presidenciales del 72. Los demócratas tendrán un buen equipo. Me gustaría que aparecieran trapos sucios sobre ellos en el momento oportuno.

JEH: Hummm... ¿qué tipo de...?

RMN: Vigilancia electrónica, entradas clandestinas en oficinas. No sea evasivo conmigo. No finja que no recurrió a ese tipo de operaciones con Lyndon Johnson.

JEH: Hummm..., Sí, señor.

RMN: Dwight Holly sería el hombre ideal para eso.

JEH: Dwight ha endilgado un farol en nuestro nombre. Ha dicho a nuestros amigos italianos que se olviden de los casinos extranjeros. La idea es sensata, pero esa misma acción fue muy descarada.

RMN: Dwight es mi hombre principal. A veces hablamos por teléfono. Tiene razón, el plan es perfecto. Mantengo a los Chicos a cierta distancia e indulto a los suyos para que salgan de la cárcel a intervalos adecuados. De ese modo, todo parecerá más legal.

JEH: Sí, señor. Estoy de acuerdo.

RMN: El gran Dwight es tremendo. Ha dicho que está haciendo una cura de reposo, ¿verdad?

JEH: Exacto, señor Presidente. Regresará a la oficina de Los Ángeles el mes que viene.

RMN: Dwight es provocativo. Eso me gusta de él.

JEH: (Acceso de tos/catorce segundos).

RMN: ¿Está usted bien?

JEH: Sí, señor. Estoy bien.

JEH: (Acceso de tos/doce segundos).

RMN: Dios mío, Edgar.

JEH: Se lo aseguro, señor Presidente, estoy perfectamente bien.

RMN: Si usted lo dice...

JEH: Debería marchar...

RMN: El otro día, Bebe Rebozo me contó una historia de lo más extraordinario. Se ha codeado con unos políticos en Paraguay y ellos se la contaron.

JEH: Hummm, sí, señor.

RMN: Es una especie de leyenda. Este lote secreto de esmeraldas ha estado financiando golpes derechistas desde que Dios era un cachorro. ¿Ha oído alguna vez...?

JEH: (Acceso de tos y comentario apagado/la transcripción termina aquí).

Scotty Bennett  
(Los Ángeles, 7/12/70)

—Una de las muchas cosas que he aprendido a lo largo de esta operación encubierta es que la criminalidad intrínseca es criminalidad intrínseca, independientemente de los agravios raciales o políticos que le sirvan de justificante, independientemente de lo sensata o insensata que sea la ideología expresada.

El discurso arrancó aplausos. El alcalde Yorty y el jefe Davis aplaudieron. Scotty también aplaudió. Marsh tenía buen aspecto. Los galones de sargento sobre el nuevo uniforme azul. El pelo afro pero muy corto.

El gimnasio de la Academia, lleno hasta los topes, polis y políticos. No había nadie del FBI, eso sí que fue una gran sorpresa.

—El DPLA ha desactivado de forma soberbia los aspectos criminales del nacionalismo negro, al tiempo que ha respetado los derechos legales del movimiento civil del nacionalismo negro y ha abierto los brazos a una nueva generación de agentes de policía de minorías raciales.

Scotty se rio por dentro. En el mes de marzo había pegado a Marsh. Había dejado que el tiempo hirviera a fuego lento. Pero había llegado el día: la cumbre sobre el gran atraco.

El jodido sabía hablar. Elegía bien las palabras y se mecía con el ritmo. Evitaba una estética homo.

Al jefe le gustaba. La tropa estaba resentida con él. Sam Yorty disfrutaba con su numerito a lo Tío Tom.

Marsh se animó. ¡Hum, vaya crescendo! Acuchilló el aire como hacía JFK. Alcanzó el tono de redención de MLK. Todo el mundo se puso en pie para aplaudirlo.

El público se arremolinó alrededor del estrado. Marsh era Don Gracioso. Al salir, Scotty le guiñó un ojo.

Atraco a mano armada. CP núm. 211. En su guarida lo guardaba todo como un tesoro.

Dieciocho fotos en las paredes. Dieciocho muertes documentadas. Los doce Panteras no estaban. A los muertos y enterrados no se los puede fotografiar.

Atracos a licorerías y robos en mercados. Emboscadas y tiroteos. Dieciocho varones negros muertos.

Marsh creía que él odiaba a los negros. Marsh se equivocaba. Él no había dicho nunca negros de mierda. Odiaba a los criminales, a los traficantes de droga y a los

atracadores. Los militantes negros se dedicaban a esas actividades. El que en su historial sólo hubiese negros muertos había sido una cuestión de suerte y demografía.

Ann y los niños estaban en Fresno. La casa se había convertido en una fiesta de despedida de soltero. Scotty ponía la priva, los Fritos y la salsa para mojarlos.

Scotty sacó todas sus fechas. Marsh lo había intrigado desde el principio. Marsh pasaba esos billetes manchados de tinta. Marsh había trabajado brevemente en el Banco Popular. Marsh había ingresado en el DPLA. Todo aquello lo intrigaba, pero no era concluyente.

Luego, Marsh se pasa a los federales y lo jode. Luego, Marsh empieza a investigar el atraco. Luego, él comprueba los ficheros del DVM y se entera de que Marsh vivía en la Ochenta y Cuatro con Budlong.

Scotty mojó Fritos en salsa de frijoles. Las fotos de la pared hablaban.

—Por Dios, Scotty —dijo Rydell Tyner—. Hijo, te había avisado.

Bobby Fisk se desangró en una licorería. Él le llevó la pasta a la abuela Fisk.

Lamar Brown tenía el cuello muy delgado. Unas balas del triple cero le cortaron la cabeza.

Sonó el timbre del sótano. Scotty abrió. Allí estaba Marsh vestido otra vez de paisano.

—Hola, socio.

—Hola, Scotty.

—Siéntete como en tu casa. Si tú me enseñas lo tuyo, yo te enseñaré lo mío.

De entonces a ahora: seis años y diez meses. Marsh empezó a hablar. Él estaba allí, aquel día.

Había un tercer atracador. Era negro. El líder le había disparado, lo había quemado con un producto químico y lo había dado por muerto. El tercer hombre fue a gatas hasta un callejón y se escondió. Por aquel entonces, Marsh vivía en ese edificio. Vio al tercer hombre. Vio su chaleco antibalas y el vendaje extra de protección. Pensó que le había salvado la vida. La actuación del DPLA fue brutaaal. Marsh estaba indignado. Llevó al hombre a la casa de un vecino que era médico y lo ocultó allí. El médico le trató las heridas y las quemaduras. El hombre se negó a hablar de los atracadores muertos y no reveló su identidad. Al cabo de dos días, se marchó. Le dio al médico veinte mil dólares manchados de tinta. El médico los depositó en el Banco Popular de Los Ángeles Sur. Le dijo a Lionel Thornton que volviera a filtrar el dinero a la comunidad. Donaciones benéficas, hazlo con prudencia. En la comunidad negra aparecían pequeñas cantidades de ese dinero. Scotty interrogó a los que pasaban esos billetes. El médico murió en el 65. Marsh se obsesionó con el caso. Trabajó un tiempo en el banco. No averiguó nada y lo dejó.

Scotty lo relevó. Él también había estado allí aquel día. Había ganado a los uniformados, llegando al escenario del crimen antes que ellos. Encontró casquillos

mellados de una automática y se los guardó en el bolsillo. Los vigilantes del furgón blindado habían usado revólveres, lo mismo que el conductor del camión de la leche, el líder y los dos atracadores muertos. Así pues, un tercer hombre había llegado y se había marchado. Él había disparado la automática.

Un tercer hombre. La lógica, físicamente confirmada ahora.

Scotty había recorrido el escenario del crimen. Vio un reguero de sangre que se alejaba de él. El reguero se detenía cerca de aquel callejón. Recogió una muestra de sangre que le bastó para saber de qué grupo era. A poca distancia encontró perdigones con abrasivos químicos. Estaban cubiertos de saliva. Supuso que el tercer hombre los había escupido.

Aquel día, los dos lo supieron: un tercer hombre había escapado.

Scotty mandó analizar la sangre en secreto. Un grupo raro, el AB. Los otros muertos tenían distintos grupos sanguíneos. Los casquillos mellados: sin suerte, hermano. Disparó todas las automáticas que el DPLA tenía en custodia. De entonces a ahora: todos los coches de tamaño medio confiscados. Los resultados: todos negativos. Hizo analizar los perdigones. Mierda, ningún componente químico.

Marsh dio un salto adelante. Tengo una nueva pista. Te lo diré en el resumen final. He comprobado las fichas de las comisarías de University y de la Setenta y Siete. He encontrado números de registro falsos. Sé que guardas documentos privadamente.

Scotty señaló su cueva del tesoro. Scotty repuso las bebidas y despegó.

Había rastreado el envío de esmeraldas y había avanzado un poco. Empezaba en la República Dominicana, todo con autorización del gobierno. El gobierno se había negado a cooperar con el DPLA. Scotty lo había probado todo. Otros polis lo habían probado con menos vigor. En definitiva, nadie había podido dar con la procedencia de las esmeraldas. La opinión de Scotty: su origen no era limpio, las piedras eran ilegales. Los remitentes decidieron no utilizar correo diplomático y eligieron la compañía Wells Fargo.

Y:

Los registros del envío habían desaparecido de la oficina de Wells Fargo una semana después del golpe. Había sido un allanamiento hecho por profesionales. Los ejecutivos de la Wells Fargo no colaboraron. Se negaron a hablar con el DPLA.

Marsh intervino. Había oído rumores. Negros en apuros recibían esmeraldas. Se les enviaban anónimamente. Scotty conocía los rumores. Leyendas de gueto, quién sabe, no puedo verificarlo.

Scotty se preparó para lo mejor. Esto es lo que lo hace cuadrar todo.

Seis meses después del atraco había encontrado a un testigo presencial. El tipo decía que el cabecilla de los atracadores era blanco. Bueno, caucásico. Bien, corren rumores de atracadores negros. Un grupo mixto, en el 64, muuuy raro. El testigo no tenía más descripciones. Fue una frustración. A veces se gana, a veces se pierde. Scotty se centró en un ejecutivo de la Wells Fargo. No pasó nunca de la mera

especulación.

Se llamaba Richard Farr. Había desaparecido después del atraco y del robo de documentos en la Wells Fargo. Farr era medio anglo, medio dominicano. Scotty había acumulado información sobre él. No había encontrado datos intrigantes. La conexión con la R.D. era intrigante. Una hipótesis: Farr quizá fuera comunista.

Scotty volvió a llenar los vasos. Marsh adoptó aire de colegial. Señor profesor, por favor, enséñeme.

La investigación se quedó atascada. No aparecía nada. Entonces, Scotty decidió dedicarse a la identificación de los cadáveres y contactó con su colega forense, Tojo Tom Takahashi.

Tojo Tom había congelado injertos de carne de los cuerpos abrasados. Aisló células de la piel de uno de los tipos y las analizó. Encontró leucocitos alterados. Era una enfermedad sólo de blancos.

Scotty investigó expedientes en los cincuenta estados. La recompensa llegó a finales del 69. El lugar: un pueblo de mala muerte de Alabama. El hombre: Douglas Frank Claverly.

Dougie tenía esa enfermedad de la piel. Dougie había cumplido condena por atraco a mano armada y había estado con el Klan. Comprobación exhaustiva del historial: cero. Sí, pero Dougie había desaparecido en enero del 64, un mes antes del golpe.

Scotty redespiegó a Tojo Tom. Tojo identificó al falso conductor del camión de la leche. Lo hizo gracias a un anillo de la buena suerte. Estaba incrustado en una cavidad de la piel.

Tojo extrajo el anillo y analizó las células de la piel que llevaba pegadas. Bien, es un negro. Tojo trajo productos químicos y un microscopio y levantó unas letras del anillo: JJJ & CV.

Scotty rastreó el anillo hasta una joyería en Modesto. Tardó un montón de semanas. Jerome James Wilkinson había encargado el anillo. Era un varón negro. No tenía historial delictivo ni familia. Trabajaba como rompehuelgas. Había desaparecido en enero del 64, un mes antes del golpe.

Introduzcamos al doctor Fred Hiltz. La gracia del chiste: las esmeraldas eran para él.

Marsh se quedó boquiabierto ante aquello. Dijo que él se había infiltrado en grupos izquierdistas para el doctor Fred y Clyde Duber. Scotty dijo que ya lo sabía. Scotty contradujo la historia del atraco que había mantenido durante tanto tiempo.

Las esmeraldas se dirigían, presuntamente, a una cámara acorazada de la Wells Fargo. El dinero era un depósito bancario. En realidad, las esmeraldas iban dirigidas al doctor Fred. Una empresa fantasma las guardaría. Un machaca del doctor Fred haría de correo. El doctor Fred anhelaba las piedras. Había una especie de mito derechista con las esmeraldas y por eso las quería.

Al doctor Fred se lo cargaron en el 68. Marsh dijo que conocía la información

básica. Scotty ofreció la información privilegiada.

Había detenido a Jomo C. por los atracos a las licorerías. Alguien había suplantado a Marsh. El falso Marsh ofreció el soplo de las licorerías y un soplo sobre un gran escondite de armas. Aquello supuso peligro en el gueto para Marsh. Marsh lo sabía demasiado bien. Marsh sabía que Jomo había confesado que se había cargado al doctor Fred y a su compañero de crimen. La mierda que Marsh ignoraba es ésta.

Scotty interrogó a Jomo en presencia de Dwight Holly. El gran Dwight oyó que Jomo se confesaba autor de la muerte de Hiltz. No vio la segunda ronda del interrogatorio de Scotty.

La cárcel del condado de L.A. El bloque de celdas de aislamiento. Jomo solo en una celda.

Jomo le temía. Jomo lo llamaba «señor Scotty». Después de dos golpes en los riñones empezó a hablar.

Dijo que un «enlace» le había propuesto el palo a Hiltz. Encontrarás un refugio antiaéreo. Roba el dinero. No mates al doctor Fred. Avisa al doctor Fred. Dile que no revele mierda de febrero del 64. Él sabrá a qué te refieres.

Jomo no sabía nada del atraco al furgón blindado. A Scotty le quedó claro. Jomo se cerró en banda. Se negó a dar el nombre del enlace. Enlace: un término utilizado por los servicios de inteligencia.

Scotty lo presionó. Scotty le pegó con la manguera. Jomo gritó y no habló. Scotty le pegó demasiado fuerte y lo mató. Scotty preparó una sábana empapada en agua del retrete y simuló un suicidio.

Marsh se estremeció. ¿Te he asustado, hijo? Scotty le preparó un combinado y le puso más Fritos en el plato.

Aquello le dio fuerzas y contó el resto del relato.

Wayne Tedrow, viajero de la culpa. Su búsqueda de Reginald Hazzard. El chico se parecía al tercer hombre. Marsh acababa de comprobar un expediente del DPLV. El chico sabía química. Marsh había pensado en ello. Una vieja vibración subió a la superficie de nuevo: los cuerpos profundamente abrasados indicaban conocimientos de química. Los perdigones y las quemaduras químicas: Scotty coincidió con él.

—Tenemos que averiguar el grupo sanguíneo del chico Hazzard —dijo, mojando un Frito.

Marsh dibujó el signo del dólar en el aire. Scotty dibujó 50-50.

—Esto será divertido —dijo Marsh.

(Los Ángeles, 8/12/70)

A Chick Weiss le gustaba el arte negro. Arte afro y arte caribeño. Estatuas de la virilidad y espíritus guardianes con alas en vez de brazos.

Los objetos atestaban su oficina. Topes de puerta y fruslerías encima del escritorio. Maderas talladas con ojos profundamente incrustados.

Crutch y Phil Irwin acercaron las sillas. Entre ellos se alzaba un dios zulú. Era casi de tamaño natural. Tenía una polla de tres cabezas y sus ojos de bisutería se veían vulgares.

Chick preparó un panatela. Tenía un encendedor que era una diosa negra. Le separó las piernas, le clavó el cigarro y le cortó la punta. Apretó un botón y la diosa escupió fuego.

A Phil le gustó el encendedor. Crutch apartó la mirada. Crutch apartó cosas del escritorio y puso los pies en él.

—Un trabajo de cámara. Papá es un magnate de la publicidad y mamá una chica del *flower power*. Papá tiene buenas relaciones con el DPLA. Un agente le mostró una cinta de vigilancia de la fiesta *hippie* del amor libre de Griffith Park. Mamá se la chupa a un tipo junto al tiovivo. Papá contrató a Clyde para que investigara. Se ven en martes alternos en el motel Sunset Breeze. Quiero que entréis de una manera sutil. Película en directo. Esta vez, nada de disparar y salir corriendo.

Crutch se puso en pie. Phil se puso en pie y se tambaleó de pura resaca. Golpeó al dios zulú. De su polla cayeron algunas lentejuelas.

—Largo, jodidos paganos —dijo Chick—. Esto con lo que os mostráis tan frívolos es arte de un valor incalculable.

El día era caluroso. Phil sobornó al tipo de recepción. Crutch se coló en la habitación de la cita y estropeó el aire acondicionado. Dejaron la ventana abierta para que entrase el aire. La lente de la cámara encajaría allí. Phil dijo que a Chick le ponían las películas de vigilancia. Tenía una filmoteca entera. Le gustaba ver a tías normales jodiendo con tíos normales. Era ilegal y carente de ética pero a Chick no le importaba. Tenía influencia. Daba fiestas con pases de películas para la elite de L.A.

Esperaron en el coche aparcado. Phil presionó a Crutch sobre su mierda reciente. Crutch no soltó prenda. La habitación 6 era su objetivo. Las habitaciones adyacentes estaban ocupadas por *hippies*. Sonaba *rock* a toda potencia a cualquier hora del día.

Crutch bebía café. Phil bebía 151. Intercambiaron chismes y hablaron del combate de Mando Ramos en el Olympic. Freddy O. había comprado Tiger Kab. Qué divertido, joder.

Phil cargó la cámara. El coche objetivo aparcó. La esposa y un *hippie* cachas

entraron en la habitación número 6.

Crutch les disparó con el *flash*. En la película quedaría registrada la hora de llegada. Phil acercó la filmadora a la abertura de la ventana.

Introdujo la lente. Le dio al interruptor de puesta en marcha. Las latas de película estaban llenas.

La cámara rodaba sin sonido. Aquello estaba bien. En California, las pruebas visuales bastaban para el divorcio. La esposa y el *hippie* eran ruidosos. Crutch los oía por encima de la música *rock*. El cámara Phil se puso taponos en los oídos.

Crutch intentó echar una cabezada. Los fóllame, fóllame, se lo impidieron. Las malditas estatuas de Chick. Ojos de bisutería roja. Alas en vez de brazos.

La puerta del nidito de amor se abrió. Phil retiró la cámara y se agachó. La esposa y el *hippie* pillaron el coche y se piraron. Phil cargó con la cámara.

—Han hecho un sesenta y nueve. Lo he captado todo en una toma. A Chick le encantará.

—Eres un desgraciado —dijo Crutch.

Phil se agarró la entrepierna y sonrió.

Recibió la postal con antelación. Todavía faltaban semanas para Navidad. Ésta llevaba el matasellos de Amarillo, Tejas.

Crutch se guardó el billete de cinco pavos. Guardó la postal en la caja del expediente. Del 55 al 70, dieciséis postales en total. Margaret Woodard Crutchfield ha recorrido medio Estados Unidos.

El armario estaba a rebosar de expedientes. Colgó la ropa en el baño. Allí, su archivo de expedientes constaba de seis cajas. Tenía nueve más en la habitación del centro de la ciudad.

Miró por la ventana. Vio luces navideñas encendidas. Sí, es un ritual. Sí, tienes que ir.

Le había robado a Wayne la bandera roja de su archivo. La había pegado con cinta adhesiva al salpicadero. Había arrancado sus fotos de Joan. Era un paso para deshechizarse. Hancock Park estaba muerto sin las fotos de Joan. Las necesitaba para la yuxtaposición.

Ocho meses en casa. Estrés postraumático residual. Todavía no duerme bien. No puede trabajar en su caso. Ahora, sus pesadillas son banales. Los barbitúricos las subsumen. Trabaja para Clyde y como chófer a tiempo parcial. Freddy Otash compró el Tiger Kab. Wayne Tedrow lo había dejado seco de dinero. Freddy lo obtuvo barato.

Es un centro del estilo de vida negro. Atrae a músicos de *jazz*, militantes y seguidores de la Motown de fiesta por los barrios bajos. Sonny Liston acude por allí. Rock Hudson busca pollas oscuras en limusinas atigradas. Redd Foxx lleva cocaína y



pastelillos de chocolate. Los conductores blancos visten esmóquines de rayas de tigre. A los negros les gusta ver invertido el rol de los esclavos.

Su caso, el caso de Wayne, el atraco al furgón blindado. Tres casos que se unían. En abril había visto el archivo de Wayne. Desde entonces ha estado quieto. Piensa en ello y sigue el hilo.

De L.A. a la R.D y Haití. De regreso otra vez. Está siguiendo el rastro a Gretchen Farr. Ella le ha robado a Fred Hiltz. Usa el alias de Celia Reyes. Besa a Joan. Él ve la casa de los horrores. Trozos de cuerpo mutilado, polvo de vudú, cristales verdes. Celia está relacionada con la R.D. Celia tiene un libro de claves. Meses de trabajo descifrando. Éxito. Los símbolos del libro coinciden con los signos de la casa de los horrores. Ha identificado a la víctima. María Rodríguez Fontonette, alias Tatuaje.

Joan y Celia son profundamente rojas. Tatuaje traiciona a la Causa. Termina muerta en la casa de los horrores. Celia está liada con Sam G. Quiere joder la construcción de casinos. El loco Wayne llega primero. Él pincha la habitación de hotel de Sam. Mueve droga con Luc Duhamel. Luc lo zombifica. Oye «esmeraldas», «1964» y «Laurent-Jean Jacques». Todo está conectado.

Ha regresado a L.A. Colabora con Dwight Holly en su trabajo con los federales. Está pinchando a Marsh Bowen. «Marsh, soy Leander James Jackson». Eso significa que es Laurent-Jean Jacques.

Todo está conectado. En aquella época, Marsh vivía en la Ochenta y Cuatro con Budlong. Ahora Marsh es uña y carne con Scotty B. Su pacto de paz fue anterior al «tiroteo entre militantes negros».

El archivo de Wayne. Los extraños regalos en forma de esmeralda. Reginald H., desaparecido desde hace mucho tiempo. Reginald se larga de Las Vegas dos meses antes del atraco al furgón blindado. El chico sabe química. El chico ha estudiado hierbas haitianas. Joan le ha dado clase en la Escuela de la Libertad. Joan le paga la fianza para que salga de la cárcel. Estamos en diciembre del 63. El atraco es inminente.

Joan es omnipresente. Es la chivata de Dwight Holly y, probablemente, su amante. Dwight está haciendo una cura de reposo en una habitación acolchada. ¿Dónde está Joan y por qué no puedo encontrarla?

Crutch fue en coche a la Segunda con Plymouth. Las luces navideñas de Dana estaban encendidas. El árbol llenaba toda la ventana delantera. Debajo de las ramas se amontonaban cajas de regalos.

Música sentimental, Ray Conniff, su habitual nostalgia navideña.

Le compró un jersey de cachemira en Bullock's. Era negro y tejido con punto irlandés.

Estaba envuelto en papel de motivos navideños. Se acercó y lo dejó en la alfombrilla de la puerta. Llamó al timbre y desapareció a la carrera.

Elegancia radical.

Cuatro taxis Tiger salieron del aparcamiento. Crutch vio a Francois Truffaut, unos tipos negros y a la mismísima Jane Hanoi. Una limusina Tiger se puso en marcha. Conducía Phil Irwin. Su esmoquin de franjas de tigre perdía pelo falso, que caía sobre el asiento. Sus pasajeros: Chick Weiss, César Chavez y Leonard Bernstein.

La limusina salió zumbando hacia el sur. Crutch entró en la choza. Freddy O. se ocupaba de la centralita. Redd Foxx esnifaba cocaína. Milt C. tenía a Yonqui Monkey en el regazo. Sonny Liston fumaba marihuana.

—Ocho de marzo —dijo Yonqui Monkey—, en la judía Nueva York. Muhammad Alí contra Smokin' Joe Frazier. Véalo en el circuito cerrado de televisión de Tiger Kab, el hogar del Cártel del Congo.

Sonny le echó humo a Yonqui Monkey. Milt hizo el *gag* del muñeco y tosió.

—Alí es un desertor amariconado. El islam es una religión de mierda. A Alí le dan por culo Gamal Abdel Nasser y el Deshonorable Elijah Muhammad.

Redd Foxx aulló de risa. Volaron mocos y polvo blanco. Fred O. se rio. Crutch se quedó sin habla.

Sonny desarrolló un supositorio de morfina. Manos rápidas. Las metió en los pantalones y se lo introdujo en el culo.

—Vamos, chico. Quiero que me lleves a Las Vegas.

El campeón cabeceó al llegar a San Bernardino y en Barstow se durmió. Crutch funcionó a base de dexedrinas. La I-15 estaba muerta. Condujo a 180. El desierto estaba muerto y helado. Brillaban tropecientos millones de estrellas.

La radio murmuraba. Las cadenas de montañas dificultaban la recepción. Crutch pilló una emisora con temas viejos. Canciones de las fiestas universitarias de los 60. El Magical Mystery Tour del Mirón.

La música crujió. Crutch movió el dial. Sonny hipó como un perro soñando.

Crutch miró por el retrovisor. Sonny iba tumbado y sacaba los pies por la ventanilla. En el coche entraba arena.

—Mierda —dijo Sonny.

—¿Estás bien, campeón?

—No me llames campeón. Se llama, así, a todos esos zumbados que hacen de sparring y que siempre andan por los barrios bajos.

—De acuerdo, jefe.

Sonny encendió un cigarrillo. Quemó el filtro, tiró la cerilla y lo intentó otra vez. Seis intentos más y logró la combustión.

—Vi tu pelea con Wayne Bethea. Le diste una buena paliza, joder.

—Conocí a un pavo llamado Wayne. —Sonny bostezó a lo perro—. Mataba a tipos negros a los que no quería matar. Ese chico no odiaba a nadie, pero la mala

suerte lo seguía, y él seguía buscando negros a los que matar y negros a los que salvar, y esa mujer cuya pensaba que todo era lo mismo, joder.

Llegaron a lo alto de una cuesta. Apareció el Strip de Las Vegas. Luces de colores comprimidas por la oscuridad.

—Déjame en el Sands —dijo Sonny—. Voy a encontrarme con unas personas.

Crutch pisó el gas. Se sentía rehechizado y deshechizado. Sonny le metió tres Seconales en el bolsillo del esmoquin. Su chaqueta de tigre estaba toda apelmazada. Había bolas de pelo en todas partes.

—No vuelvas directo. Aparca en algún sitio y descansa.

Eran las cuatro de la madrugada. El Strip estaba en plena efervescencia. Muchos taxis y trayectos en coches de golf. Los coches de golf llevaban mueble bar incorporado. Los pasajeros bebían cócteles, los conductores viraban bruscamente.

Crutch se detuvo en el Sands. Sonny le dio un billete de cien y le revolvió el cabello. La cafetería tenía una gran cristalera. La gente vio aquella extraña limusina y aulló de risa.

Sonny se apeó. La gente lo saludó. Él entró en la cafetería. Mary Beth Hazzard se acercó y lo abrazó.

Las dexes pudieron con los Seconales. Aparcó debajo del Stardust y trató de dormir hasta mediodía. El pelo del esmoquin de tigre le hacía cosquillas en la nariz. Se sentía jodido en el alma con toda la fuerza.

Abandonó la idea de dormir y optó por los panqueques. Un montón de ellos y café lo revivificaron. Hazlo, cabrón. Si no lo haces, te rezombificarán.

Condujo hasta el Sindicato de Trabajadores de la Hostelería. La limusina ocupó doble espacio en el aparcamiento. Recibió miradas de cabreo que enseguida se convirtieron en carcajadas. Su esmoquin era para partirse.

Un portero le indicó la dirección. Tenía los nervios de punta. La puerta de la oficina estaba abierta. Ella levantó la vista del escritorio y lo vio.

—Lamento lo de Wayne —dijo.

Ella dejó el lápiz en la mesa.

—Wayne intentó avisarme de ciertas cosas —dijo él.

Ella enderezó el secante del escritorio.

—Veo cosas que otra gente no ve —dijo él—. Sé cómo encontrar personas.

Ella abrió el bolso y sacó un llavero.

(Los Ángeles, 11/12/70)

Las niñas perseguían al perro de un vecino. Él miraba desde dos casas más abajo.

Dina tenía velocidad. Eleanora tenía el porte del bebé que echa a andar. El perro corría en círculos esquivos. Eleanora atacó, cayó y se volvió a levantar. El patio delantero los contenía. Sus peluches estaban en el porche.

Dwight reclinó el asiento hacia atrás. El coche iba hasta los topes. Tintes, disolventes y pinceles. Papel de notas de distintas clases.

Había salido de Silver Hill temprano. El mes siguiente empezaría su trabajo en el Buró. Joan había comprendido su plan. Había expresado su pleno apoyo. La fe funciona así.

Nixon lo había llamado el día anterior. ¿Cómo ha ido el reposo? Bienvenido de nuevo y, por cierto...

El presidente estaba organizando un grupo para su operación secreta. Serían cuatro hombres. Dwight declinó. El presidente se hizo el dolido. Dwight recomendó a Howard Hunt, de la CIA.

Eleanora se asió al perro. Él la derribó con las patas y la lamió. Eleanora hizo una mueca y se rio.

Karen montó en el coche. Entrelazaron los brazos en un abrazo lateral golpeándose las piernas.

Encontraron una forma de encajar y se mantuvieron así. Las niñas miraron hacia el coche y saludaron.

Karen le sostuvo la cara.

—Te veo igual.

—Yo a ti te veo mejor.

—Pensé que habrías engordado, con todos esos pasteles que te mandé.

—Casi todos se los comían mis cabras.

—Mi marido está en el patio de atrás —dijo Karen, levantando las rodillas—.

Tendré que volver a casa dentro de un minuto.

—¿Y a finales de semana?

—Sí.

—¿En el Beverly Wilshire?

—Nunca diré que no a eso.

Entrelazaron las manos sobre el volante.

—El nuevo acumulador de mierda del señor Hoover. Empezaré a pedirte que borres expedientes dentro de diez minutos —dijo Karen.

—¿Y por qué no dentro de cinco? Sabes que lo haré.

—Tú quieres algo —se rio Karen—. Esta visita improvisada después de tantos meses no es propia de ti.

—Creo que deberías formar un equipo. —Dwight le frotó las rodillas—. En Media, Pennsylvania, hay un centro de archivos del Buró. Yo creo que deberíais colaros en él a principios de marzo. Allí hay por lo menos diez mil expedientes de vigilancia. Podrías robarlos y desenmascarar las políticas de acoso del Buró de una sola tacada.

—No me creo lo que estoy oyendo. —Karen encendió un cigarrillo.

—Pues deberías hacerlo.

—Y esto, ¿es idea tuya? ¿No es idea de...?

—Ahora no, por favor.

—Sin armas, entrar y salir.

—De acuerdo.

—Y tú me dirás más. Lo que necesite saber...

—Sí. Y pronto —asintió Dwight.

Eleanora cayó y se hizo un rasguño en las rodillas. Se echó a llorar.

—Tengo que irme —dijo Karen.

—¿Me amas? —preguntó Dwight.

—Lo pensaré.

Archivos.

La sala de archivos tenía el tamaño de un patio trasero. Estantes altos, estantes hondos, acceso mediante escalera con ruedas. Expedientes políticos, expedientes criminales, expedientes civiles. Expedientes de vigilancia, expedientes de habladurías y expedientes de lascivia general. Seiscientos mil expedientes en total.

Todos indexados. Carpetas con el índice de contenidos colgadas con una cadena del frontal de cada estantería.

Dwight recorrió las hileras de estanterías. Las escaleras se desplazaban sobre unos rieles engrasados. Cuatro metros de alto, estructuras empernadas en el suelo. Doce estanterías por hilera, veinticuatro hileras en total.

—Has venido pronto. Casi un mes antes de lo previsto, en realidad.

Dwight se volvió en redondo. Jack Leahy estaba apoyado en una escalera.

—Odiarás el trabajo. Estos expedientes no representan lo más sublime del señor Hoover.

—Eres el agente especial más impolítico del Buró. ¿Cómo has aguantado tanto tiempo?

—La fortuna del abogado. ¿Y qué es la ley civil comparada con esto? Vamos, hombre.

Se estrecharon la mano. Jack se sentó en un peldaño de escalera.

—No te había visto desde el caso Hiltz y desde que comenzó HERMANO

MAAALO.

—Bueno, dos veces afortunado y las dos veces sin que me hayan descubierto.

—Sí, pero has pagado un precio considerable, joder.

—Preferiría no hablar de eso —dijo Dwight, sacudiendo la cabeza.

—No me extraña. ¿El viejo sarasa, militantes de tercera categoría y Scotty Bennett todo a la vez? Yo habría pedido una cura de reposo antes que tú.

—Calla, Jack. Eso ya son noticias viejas.

—Joder, sí —tosió Jack—. Tú conoces el paño. Controlas los expedientes de trapos sucios en general y los sustituyes por artículos de los informantes. Cuentas con policías, criminales que quieren favores, periodistas, gente que se dedica a pinchar teléfonos, camareros, porteros, parroquianos de bares, niños aprendices de detective, recepcionistas de hotel y la gran masa agraviada del universo. Intenta pagar poco por tus trapos sucios. El viejo sarasa los quiere, pero los quiere a precio de mercadillo.

Dwight estornudó. La sala de archivos estaba excesivamente refrigerada. El aire seco combatía la podredumbre del papel.

—¿Te dedicas a dirigir puestos de escucha?

—Hemos pinchado picaderos y *suites* de hotel. —Jack puso los ojos en blanco—. El duque John Wayne va a Chicago. El portero del Drake llama al agente especial de la ciudad. Y en un visto y no visto, el duque es promocionado al ático del hotel. Qué pena que esté pinchado. Por cierto, el duque es un travesti. Se pone un mumú extralargo de la talla cincuenta y seis.

—¿Algo más que deba saber? —se rio Dwight.

—La mitad de las saunas de los maricas de L.A. están pinchadas. Una vez el viejo sarasa pescó a un concejal del ayuntamiento en un garito de La Ciénaga, por lo que ha ordenado que haya nueve estaciones de escucha funcionando las veinticuatro horas.

Dwight sacó un expediente y lo hojeó. Johnnie Ray hace una mamada en Ferndell Park. El mamado es un informante del FBI. Lana Turner se lo hace con hermanas de piel oscura, aproximadamente en el 54. Un chivato llama desde El Patio del Sultán Sam.

—¿Y cómo está de salud el viejo sarasa? El mes pasado lo vi en el D.C. y debo decir que tenía un aspecto absolutamente espectral. Una vez tuve una informante llamada «Ada, la reina malvada». Tenía que ser la hermana largo tiempo perdida del viejo sarasa.

Liberace en un local sólo de chicos. El mirón Danny Thomas, la ninfómana Peggy Lee. El comechochos Sol Hurok. El masoquista James Dean, «el cenicero humano».

Dwight guardó el expediente. Las notas al margen persistieron. Ava Gardner y Redd Foxx. Jean Seberg y la mitad de los Panteras Negras.

—Que te diviertas, Dwight. Le dije al viejo sarasa que éste es un nuevo mundo

promiscuo, pero no me creyó.

Alquiló un refugio. Era espacio de trabajo/lugar para dormir. Estaba cerca del local tapadera y de la casa de Karen. Él y Joan tenían llave. Allí guardaban el material. Era un bungalow que daba a la calle de Karen. Podía ver jugar a las niñas.

Baxter con Cove estaba cerca. A dos manzanas y al alcance de prismáticos.

Dwight aparcó y entró cajas. Tenía tiempo para cavilar. Más tarde, se encontraría con Joan en el Statler. El refugio era una guarida de conspirador. Sala de estar, cocina, baño, un colchón para las cabezadas.

Sacó una silla a la terraza. Enfocó sus Bausch & Lomb hacia el sur. Karen cruzó el patio. Dina y Eleanora perseguían gatos.

Karen se veía demacrada. La oferta que él le había hecho la había asombrado. Sabe que es una operación secundaria. Sabe que la operación principal es grande. No puede contarle de qué va. Vamos a matar al señor Hoover y cargarle la culpa a Marsh Bowen.

Manipularán una convergencia. Marsh será incriminado de antemano mediante un rastro de documentos falsos. Llevarán de vuelta hasta el año cero y se extenderán más allá del 2000. Reclutarán a un tirador profesional. Bob Relyea había disparado a MLK. Volvería a disparar. El asesino es un policía negro homosexual. Mata al símbolo principal de la autoridad blanca de una era y se quita la vida de inmediato. Unos documentos falsos revelan que las políticas sociales han salido mal. A Marsh Bowen lo ha consumido una locura políticamente incubada. El FBI lo contacta y actúa como agente encubierto. Sufre una transformación radical. A la vez, intenta aprovecharse de su situación. Está acosado por demonios sexuales que conllevan una vergüenza atormentadora. «El tiroteo entre los militantes negros» deja dos niños muertos. Marsh Bowen reanuda su carrera de policía, condecorado por la matanza de unos inocentes. El señor Hoover había creado el contexto general. El agente especial Dwight Holly lo había llevado a la práctica.

Crearán un diario de Marsh. Éste detallará la marea creciente de conversación y de disyunción psíquica de un negro inteligente. Las entradas describirán su extraña amistad con el agente especial Holly. El agente Holly se desahogaba con Marsh Bowen. Le explicaba la guerra del FBI contra el movimiento de los derechos civiles y describía el rencor racial y rabioso del señor Hoover.

El golpe contra King no se mencionaría. Eclipsaría la conmoción de la muerte de Hoover y desataría el apocalipsis. La amistad ficticia Holly-Bowen sería ampliamente destacada. Expresaría un mundo de culpa y de esperanza. El diario constituiría un tratado. Atraería lectores a un copioso surtido de documentos preexistentes del FBI. Los documentos formarían una narrativa de minucias banales que se enrarecerá hasta convertirse en horror. Los grandes jurados declararían culpable a Marsh póstumamente. Las teorías de la conspiración empaparán el mundo de la política.

Todos los rastros reales o fabricados llevarán al señor Hoover y su legado de odio.

Ahora, el señor Hoover ya estaba parcialmente desacreditado. Sus andanadas contra King ya eran de dominio público. Comparadas con aquello, eran insignificantes. Carecían del valor de conmoción que proporcionaba el sexo explícito. Aquello sería un gran acontecimiento. Provocaría oleadas de incredulidad y aceptación trágica y resignada.

Él sería el desencadenante. Aparecería en reuniones de comités y salas del gran jurado. Hablaría en el Senado de Estados Unidos. Describiría cómo se había aprovechado de Marsh Bowen. Detallaría su propia vida de rencor racial, pormenorizaría su paso en falso con los militantes negros y relataría el coste humano que había tenido. Revelaría su amistad con Marsh y plasmaría la imagen vívida de un blanco y un negro como almas gemelas hermanadas en la coacción. Acogería a Marsh con perdón y con ese amor distante que uno siente hacia los que rechaza. Contaría la historia de su ataque de chaladura. Se resignaría a una vida invasivamente vigilada.

La casa de Karen estaba a tiro de piedra. Dwight utilizó los prismáticos. Eleanora tiraba piezas de construcción a Dina. La hermana mayor se reía y corría.

Le había contado el plan a Joan. Estaban en la cama. Habían alquilado una habitación cerca de Silver Hill. Ella temblaba de la manera en que acostumbraba temblar él. Le había provocado el temor reverente que ella siempre le provocaba a él.

Iría a la cárcel. Entre cuatro y seis años estaba bien. Custodia protegida, pistas de tenis, tendría algunas prerrogativas por ser agente federal. Tal vez habría animales de los que podría cuidar.

—Toma esto —dijo Joan—. Te ayudarán a dormir. —Dos cápsulas de hierbas marrones.

No lo hicieron dormir. Lo dejaron a medio camino. Joan lo guió a sitios. Le puso las manos en el pecho y lo hizo respirar en sincronía con ellas. Empezó en francés y en español. Él lo entendió casi todo. *Cap Haïtien, Cotuí, Pico Duarte, Puerto Plata, Saint-Raphaël, El Guyabo.*

*Respira. Estoy aquí. Ahora estás a salvo. Te diré lo que hicimos con los regalos de Wayne.*

Estaban en el Statler. Eso lo sabía. Tenían habitaciones pagadas por el Buró. Joan le tapó los ojos y le dijo que lo siguiera.

*Cada centavo fue a parar a la lucha. Reacondicionamos cuatro pisos francos y compramos medicinas de mercado negro. Celia pintó las paredes. Balaguer había planeado convertir la Zarpa de tigre en un yate de placer. Cuatro camaradas dinamitaron el casco en el dique seco.*

*Llevamos comida y hierbas medicinales en aeroplano a los suburbios de las afueras de Dajabon. Allí hay una pequeña secta que ha canonizado a Wayne Tedrow.*



*Llevan prendidas en sombreros puntiagudos fotos tuyas aparecidas en la prensa. Ahora existe un mito onírico. La gente cree que unos hombres alados lo mataron y martirizaron.*

*Ahora estate quieto, sé que lo ves. Sé que lo querías. Honramos a los muertos a través de las imágenes. La fe funciona así.*

*Celia dirigió una movida de armas. Compramos armas en Cuba y las embarcamos rumbo a Puerto Príncipe. Mediante sobornos, saqué a presos de la cárcel de La Victoria y les dimos identificaciones robadas y armas. El dinero fue a los conversos de La Banda. Dejaron abiertas las puertas de la cárcel y destruyeron documentos. Un joven al que Wayne había salvado de sufrir daño le pagó toda la deuda. Mató a seis torturadores de La Banda en un burdel de Borojol. Celia voló la cámara de tortura de debajo del campo de golf de El Presidente.*

*Perdimos a algunos de los nuestros. Las represalias generalizadas fueron inevitables y pagamos un alto precio. El Jefe censuró los relatos de nuestras acciones publicados en la prensa y en la radio. La voz corrió mediante octavillas y emisoras de radio de frecuencia secreta.*

*Muchos de los esclavos a quienes Wayne liberó se han unido a nosotros. Algunos llevan su foto colgada del cuello. Ha habido escaramuzas en la costa norte de la R.D. Un equipo de demolición del 14/6 dinamitó la Kaleta del Tigre. Muchas sectas de vudú creen que los emplazamientos de las obras son terreno sagrado y se niegan a cruzarlos. Matamos a dos líderes de los Tonton Macoute y a tres perversos bokurs en un campo de golf cercano a Ville-Bonheur. Celia está perdida en algún lugar de la R.D. o de Haití. Hace meses que no hemos podido contactar con ella. No la encuentro y no puedo seguir buscándola con todo el trabajo que todavía nos queda por hacer. Si has visto algo de esto o todo esto y mis imágenes te han guiado, ahora deberías tratar de dormir.*

El Statler tenía batas para los huéspedes. Talla única. A él le estaba pequeña. Ella se perdía en su interior.

Ella se había levantado primero. El servicio de habitaciones había llegado y se había marchado. Joan examinó el surtido de periódicos. El carro del servicio de habitaciones fue un banco de trabajo. El sofá fue un mueble de despacho.

—¿Cómo envejecemos los documentos?

—Dos pases por un horno de convección. Tratamos el papel químicamente y lo cocinamos. Después, añadimos la tinta o mecanografiamos el texto.

—¿Y cómo diferenciamos la letra redonda de las cursivas?

—Cortamos plantillas e imprimimos o escribimos a mano siguiéndolas.

Joan encendió un cigarrillo. Tenía los ojos rojos de trasnochar y de fumar mucho.

—El diario es lo realmente importante. Es nuestro texto básico por tanto queremos que lo encuentren.

—Antes, debemos asegurarnos de que no lo lleve ya un diario. —Dwight se sentó en el sofá—. Tenemos que localizarlo, de forma que podamos hacernos con él y sustituirlo, justo antes de la convergencia.

—Mecanografiado, ¿verdad? No vamos a falsificar a mano un documento de tanta extensión.

—Exacto. —Dwight sorbió café—. Si tiene máquina de escribir, compraremos una idéntica y trabajaremos a partir de ahí. La primera vez que me cuele en su casa, obtendré una muestra del tipo de letra.

—¿Y Scotty Bennett? —Joan le tomó las manos—. Ahora es uña y carne con Marsh.

—Aquí, Scotty es el imponderable. —Dwight se encogió de hombros—. Por un lado, es un poli condecorado; por el otro, un hijo de puta brutal. Lo importante es que dé consistencia al texto general. Ha matado a dieciocho atracadores y a una docena de Panteras por lo menos, y que todo salga a la luz o quede silenciado dependerá de hasta qué punto las cosas pinten realmente mal para el DPLA.

—¿Qué tal tus sueños? —Joan sonrió.

—Muy vívidos mientras hablabas —sonrió Dwight—. Después, un poco crudos.

Joan habló de las fundas de cerillas. Todas eran de garitos de locas. El Mercader, El Jaguar, La Guarida del Halcón. Marsh se mueve por Hollywood. Marsh guarda poppers en un escondite.

—Quizá tenga un amante que contradiga el perfil que creemos de él.

—Es un solitario. —Dwight sacudió la cabeza—. Es discreto y, ahora que es famoso, especialmente circunspecto. Este mes sale en portada de la revista *Ebony*.

—¿Y quién disparará? —Joan apagó el cigarrillo.

—Un klanero con el que ya he tratado anteriormente.

—¿Es competente?

—Sí.

—Lo más difícil será ponerlos juntos.

Dwight bebió café. Le mató un principio de migraña.

—Marsh tiene que estar apartado. No funcionará a menos que dispare a distancia. El tirador puede disparar, matar a Marsh y dejar el arma de incriminar. Se trata sólo de montar una convergencia apropiada y preparar una línea visual directa viable.

—Se trata de pretextos —asintió Joan—. Se trata de darle a Marsh una razón para estar ahí.

—Sí —dijo Dwight—, y L.A. será la mejor ubicación. Uno, Marsh está aquí. Dos, el DPLA trabajará en el caso a tope, intentando enterrar cualquier cosa que pueda avergonzarlo. Jack Leahy investigará por parte del Buró y Jack es una buena pieza, un tipo mordaz con una extraña opinión sobre el señor Hoover.

Joan le frotó las sienes y le masajéo una vena plana que sobresalía.

—Nos llevará meses.

—Se trata sólo de crear los niveles de subtexto. Tenemos que intercalar

información falsa al principio.

—Las incoherencias inspirarán una investigación más rigurosa.

—Y un mayor grado de paranoia y un deseo general más desesperado de hacerlo encajar todo.

—El acontecimiento desencadenante —dijo Joan—. ¿Has pensado en algo?

—Lo tengo bastante adelantado. —Dwight hizo chasquear los nudillos—. El Buró tiene un Centro de Archivos en Media, Pennsylvania. Allí hay almacenadas diez mil fichas de vigilancia. Es un sitio fácil de allanar.

—¿Un allanamiento publicitado? —sonrió Joan.

—Sí. Una especie de aviso previo. Es de esperar que provoque una expresión pública de indignación y se convierta en un acto preliminar que servirá para que nuestro acontecimiento le resulte mucho más comprensible al público.

—Cuanta más gente tenga acceso a los expedientes, más verán y no verán. No sabrán realmente lo que buscan, por lo que estudiarán con más ahínco y el proceso se fracturará y se debilitará.

Dwight se despezó. Le dolía el cuello. Había dormido enroscado en brazos de Joan.

—Karen.

—Sí —respondió Dwight—. Ella organizará el equipo.

—Bien. —Joan echó la cabeza hacia atrás—. Es muy buena. —Sí.

—No puedes decirle lo que estamos haciendo.

—Eso ya lo sé.

—Aquí hay dos tipos de ética.

—Lo sé.

Joan encendió un cigarrillo. Dwight estudió su rostro. Más líneas de tensión. Más hebras grises que oscuras.

—¿Quién hizo las tachaduras de tu expediente?

—No te lo diré.

—Cuéntame lo mal que te han ido las cosas. Cuéntame cómo lo has superado y cómo te has metido en esto.

—No te lo diré.

—Conocías a Tommy Narduno. —Dwight hizo chasquear los pulgares—. Lo mataron en la taberna Grapevine.

—Sí, así fue. —Joan lo miró—. Estoy segura de que tú y tus colegas lo matasteis porque sabía que habíais dirigido la operación contra King.

—Dime cómo lo supo. —Dwight le sostuvo la mirada.

—Te vio en Memphis dos días antes. Sabía qué papel desempeñabas para el señor Hoover. Te vio repartir sobres a algunos polis de Memphis.

Dwight parpadeó. La barbacoa de Smitty. Un poli escupe jugo de tabaco, un poli se abanica con billetes de cien, un poli devora los bordes quemados de las chuletas.

—¿Qué más?

—Karen dijo que toda aquella primavera te encontraste mal.

—La Escuela de la Libertad. Tú y Karen os conocéis desde entonces.

Joan se inclinó hacia él. Sudaba. Tenía la bata empapada.

—Karen y yo nos conocemos desde hace mucho más tiempo de lo que tú sabes.

—¿Y la manipulaste para que me conociera?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque lo sabía.

—Eso no es una respuesta.

—Porque capté unos objetivos compartidos. Porque pensé que podrías ayudarme a matar al señor Hoover.

Dwight la miró. Ella le tocó la pierna. Wayne sonrió desde algún lugar. Mira, mamá, no tengo miedo.

—Se nos ha ocurrido la misma idea por separado. He querido matarlo desde que era pequeña, pero no te diré por qué.

**DOCUMENTO ANEXO: 16/12/70. Extraído del diario guardado en secreto de Karen Sifakis.**

Los Ángeles,  
16 de diciembre de 1970

Desde luego, voy a hacerlo. Confiaré el trabajo a mis más íntimos y prudentes camaradas. Nadie resultará herido cuando llevemos a cabo la acción. Dwight me ha conseguido un dibujo esquemático del Centro de Archivos y me ha convencido de que el edificio no estará vigilado. El sistema de alarma es obsoleto y el propio edificio está muy apartado. Bill K., Saul M. y Anna B.W. han accedido a participar. Dwight lo llama «una hazaña de revelación, en y por sí misma». Naturalmente, no ha sido sincero; naturalmente, sabe que la posibilidad de desenmascarar las actividades de vigilancia ilegal que realiza el FBI es tan grande que no podré resistirme a ella. Ha fijado la fecha para el 8 de marzo. Esa noche tendrá lugar el combate de boxeo entre Muhammad Alí y Joe Frazier. Dwight cree que los polis locales acudirán a los bares a escucharlo por la radio o verlo en televisión, por lo que su capacidad de concentración y de detectar hechos inusuales se verá mermada en gran medida.

Mis camaradas están comprometidos con la no violencia. No puedo decir lo mismo acerca de Dwight. Sufrió una crisis nerviosa a consecuencia de esa locura de los militantes negros y se siente cómplice. Lo veo en el cuidado cada vez más tierno que profesa a mis hijas. ¿Debo revelar aquí cierto secreto? Dos niños murieron como consecuencia de esa movida de droga. Esa conmoción concreta es lo que parece impulsarlo. Lo veo hacer lo que yo hago. Tengo a mis hijas en un compartimento y trabajo para procurarles seguridad al tiempo que, fuera, en el mundo, me comporto con considerable imprudencia. Soy un ejemplo de arrogancia y Dwight no lo es; su imprudencia está definida por los traumas mientras que la mía va disfrazada con aderezos espirituales y quizá pueda considerarse una pueril elección de estilo de vida.

Eleanora ya casi tiene dos años. Adondequiera que va, lleva los animales de peluche que Dwight le compró. Como Dina, ahora ya sabe que tiene dos papás a tiempo parcial y que ha sacado el premio gordo en el apartado de papás encantados. Cuando sean mayores, me pedirán que se lo explique. Yo diré. «Eran tiempos muy locos», y me sentiré como una idiota.

Ésta es la primera entrada que escribo en el diario desde marzo pasado. En ella, describí mi almuerzo con Joan y la hermosa esmeralda que me regaló. He recordado a menudo, cada vez con más frecuencia, la conversación que mantuvimos aquel día. Joan habló de los sueños como un estado de conciencia interconectado, como un virus que pasa entre personas de mentalidad afín que no pueden reconocer esa afinidad por miedo a la pérdida del yo. Lo comprendí perfectamente, aunque los toques místicos me parecieron muy impropios de Joan. En estos tiempos, comprendo muchas cosas extrañas y extrañamente irreales, porque «es un tiempo muy loco». Respecto a eso, tanto Joan como yo somos las guías de los sueños de Dwight. Yo intento darle el sueño de la paz y tengo celos de que Joan tal vez le haya dado el sueño de una ardiente conversión de pensamiento.

Y el pensamiento, para Dwight, siempre tiene como resultado la acción.

Mi marido se fue de la ciudad hace cuatro días. Dwight ha dormido aquí en noches alternas. Estoy segura de que, cuando no duerme aquí, lo hace con Joan. Y llama para hablar de política

al menos una vez al día. Intenta aparentar pragmatismo, pero las percepciones idealistas siguen colándose en su discurso.

He estado notando el brillo de unos prismáticos a todas horas, procedente de un punto elevado de Baxter Street. Lo he seguido y procede de un pequeño bungalow. Me he colado en él. He reconocido la ropa del armario. Es de Dwight y de Joan, naturalmente.

He visto herramientas para falsificar documentos en una mesa y cajas llenas de productos químicos y papel. Rezo para que mis sueños de paz se crucen con los de ellos y les impidan hacer más daño.

DOCUMENTO ANEXO: 18/12/70. Extraído del diario de Marshall E. Bowen.

Los Ángeles,  
18 de diciembre de 1970

La semana pasada detuve a un negro estúpido por vagancia. Tenía órdenes de busca por faltas y no poseía medios visibles para ganarse la vida. Estaba a punto de arrestarlo cuando torció la cara porque me había reconocido. Sonrió y afirmó categóricamente: «Tú eres el Hombre».

Tenía razón. Soy el Hombre. Soy un agente del DPLA condecorado, soy, según la revista *Ebony*, «un icono de la nueva masculinidad negra» y «un más que probable jefe de policía en el futuro». Tampoco hay que descartar una carrera política ni una carrera en periodismo televisivo. Soy un chico de portada de revista. De *Ebony* y de *Jet*, y pronto lo seré de *Sepia*. Dado el rumbo nuevo que ha tomado mi vida, me está permitido ser magnánimo, así que al idiota de la calle le dije: «Tienes razón, hermano. Soy el Hombre», y lo dejé marchar.

Trabajo en la división de Detectives de la comisaría de Hollywood. Por las noches patrullo con un coche K y coordino investigaciones de delitos desde su inicio. Recibo miradas de temor reverente y de resentimiento procedentes de criminales de toda ralea y recibo miradas de temor reverente y de resentimiento procedentes de mis hermanos policías. Soy sargento y trabajo en una prestigiosa división de detectives. Soy el héroe negro que hizo un trabajo encubierto y desarticuló a dos perversos grupos de militantes negros que se dedicaban al tráfico de drogas y que, en el fondo, eran antinegros. Ya no soy un hermano de pocos recursos que va a los barrios bajos en busca de un efecto cosmético. He dejado el decrepito piso de Watts y me he mudado a una bonita casa de Baldwin Hills. Permittedme que lo diga de nuevo: decididamente, soy EL HOMBRE.

He sacado partido del *zeitgeist* de la militancia negra, el más grande y el mejor. El movimiento nacionalista negro está desorganizado. Hay una larga lista de acusaciones, juicios, condenas y problemas legales diversos en todo el país, resultado de muchos años de infiltración policial y disputas entre los grupos. Eldridge Cleaver está escondido en Argelia. Los Panteras y los EE.UU. han estallado por culpa de insignificantes luchas territoriales, la ineptitud general y las escisiones. La ATN y el FLMM están kaput. Mi testimonio ha llevado a la cárcel a mis camaradas drogadictos, borrachos y puteros. Wayne Tedrow buscó la muerte mediante un gesto grandioso y ésta le llegó en Haití. El señor Holly tuvo una crisis nerviosa. En el gueto, ahora, soy temido. Soy un chivato conocido, un traidor famoso y un poli excelente.

«Tú eres El Hombre». Sí, verdaderamente lo soy.

Me he dejado caer por el Tiger Kab. El nuevo propietario es un hombre llamado Fred Otash. «Freddy O». es expolicía del DPLA, investigador privado, mercenario mafioso y un imán para los rumores no confirmados. Freddy hace chantajes. Freddy droga caballos de carreras. Freddy estuvo implicado en los golpes contra MLK y RFK. No me creo nada de ello y me lo creo todo. Soy El Hombre. Tengo una historia reciente verificable y mucho más prestigio.

Sonny Liston sigue frecuentando el Tiger Kab. Pasamos ratos juntos. Le encanta la autoridad y le encanta que yo haya sido un soplón todo el tiempo que me ha conocido. Sonny está muy enganchado a la heroína y echa mucho de menos a su amigo Wayne. Habla de Wayne con añoranza. A veces me lamento con él, porque yo también le tenía afecto a Wayne. Sonny sabe que conocí a Wayne en el Tiger Kab. No sabe que éramos compañeros de confabulación. Lo que más echo de menos son las conversaciones que tenía con Wayne. Nuestros estados oníricos se mezclaban durante unos dulces momentos y tratábamos de descifrar qué significaba todo ello.

Al señor Holly no lo echo en falta. La última vez que hablamos fue antes del «tiroteo entre militantes negros». Conoce la versión descafeinada de los acontecimientos de aquel día y yo me he aprovechado de ello. No quiere verme ni yo quiero verlo a él. El señor Holly me recuerda al entrenador de fútbol del que me enamoré cuando estudiaba en el Instituto Dorsey. Lo temía y al tiempo ansiaba su respeto y su afecto. Luego entré en una fase de aceptación de mí mismo y se me pasó. *Adieu*, señor Holly. Usted me ha enseñado cosas. Gracias por haberme traído hasta aquí.

Practico esa inclinación de una manera discreta y siempre bien lejos de la ciudad. Ventura y Santa Bárbara están muy bien para eso. Hago redadas de maricas en Hollywood Boulevard esquina con Selma y llevo guantes reforzados para la tarea. Tengo una norma: cualquier sarasa que mariconee con demasiada persistencia en mi presencia se lleva una paliza.

Soy poli. Entre mis compañeros, los polis blancos, despierto enemistad. No me importa. Soy uña y carne con el único poli blanco que cuenta.

Scotty me preguntó si los niños muertos me habían afectado y respondí que no mucho. No

confiaremos nunca del todo el uno en el otro pero nos caemos bien. Hemos reunido nuestra información sobre el atraco y hemos llegado a la misma conclusión: tenemos que encontrar a Reginald Hazzard. Ayer llamé a Mary Beth Hazzard a Las Vegas. Desplegué mi encanto de negro noble, mencioné mi amistad con Wayne Tedrow y expliqué que sabía que Wayne buscaba a su hijo desaparecido. Cité mis relaciones con el DPLA y me ofrecí a ayudarla. ¿Tenía Wayne un expediente sobre el asunto? ¿Hablaban del caso con ella?

La señora Hazzard fue cortés. No, no hablaban de la desaparición de Reginald. Después de la muerte de Wayne, se había deshecho del expediente. No lo había leído. No quería saber.

Llamé a Scotty. Nos habíamos quedado sin la información que nos habría dado ese expediente. Comprobé registros de hospitales de Las Vegas y averigüé el grupo sanguíneo de Reginald. Sí, era AB. Sí, coincidía con el del atracador fugado.

Scotty rastreó registros policiales de todo el país. No averiguó nada sobre Reginald. Coincidimos en que debía haber muerto o se había marchado del país. Ahora Scotty está rastreando pasaportes.

Hemos fijado una fecha para una segunda reunión de estrategia. Scotty me dijo las proféticas últimas palabras de un atracador de coctelerías al que disparó en 1963. El tipo entró armado en el Silver Star, de Oakwood con Western. Scotty entró detrás y le disparó por la espalda. El hombre sobrevivió unos cortos instantes. «Scotty, tú eres El Hombre», dijo.

Ya somos dos.

(Los Ángeles, 19/12/70)

Aduanas respondió rápido. Solicitud rechazada de pasaporte núm. 1189, 14/3/64.

Dos semanas y media después del atraco. Reggie está en Nueva Orleans. Pide un pasaporte con su nombre auténtico. Tiene una identificación falsa y no se lo conceden. La oficina de Nueva Orleans, famosa por su laxitud. La identificación: falsificada, seguro.

Scotty colgó el teléfono. La sala de la brigada estaba en silencio. Su despacho estaba limpio y despejado. Dio dos caladas al cigarrillo, lo apagó y le dio al magín.

Reggie es la pieza clave. Reggie intenta pirarse del país. En Nueva Orleans no le dan el pasaporte. ¿Lo intentó otra vez? ¿Consiguió el pasaporte y se piró?

Jorro Clarkson, un negro maaalo. Jomo pasaba droga al doctor Fred Hiltz. Atracas a ese hijo de puta racista. Lo asustas por lo de febrero del 64.

Jomo dijo que un «enlace» le pasaba la droga. «Enlace», un término de la jerga de los servicios de inteligencia. Jomo había muerto de repente. Sí, pero demuestra este punto.

Una mujer había incitado al falso Marsh Bowen. Le había dicho que delatara a Jomo. Una mujer había denunciado por teléfono que Marsh era maricón. Dwight Holly había presenciado su primer interrogatorio a Jomo. La palabra «mujer» casi lo encendió.

Scotty encendió otro cigarrillo y le dio dos caladas. Su magín se aceleró.

Yonqui Monkey dijo: «Huelo a cerdo. Veo a un cerdo gigantesco con dos patas. ¿Por qué ese porcino hijo de puta lleva esa curiosa pajarita?».

Los hermanos holgazanes cloquearon. Scotty se sacó el sombrero y saludó con la cabeza. Sonny Liston se quedó paralizado a medio esnifar. El mostrador estaba lleno de polvo.

Fred O. atendía la centralita. Scotty señaló la parte trasera del local. En 1952 habían patrullado juntos cuando trabajaban en la comisaría Central. A Freddy quizá le interesaba ganar algo de pasta. Freddy tenía habilidades secretas.

El solar necesitaba un barrido. Los condones usados y las latas de licor de malta lo ofendieron.

—Despierta mi interés —le dijo Fred O.—. Hablar contigo me está costando dinero.

Scotty se puso un chicle en la boca.

—Un chantaje a maricas. Hay un homo en el que no confío.

—Es una propuesta cara. —Fred se hurgó las orejas con un palito—. Necesitarás un cebo, un hombre para pinchar teléfonos y un perro guardián.

—Puedo darte cinco de los grandes.

Freddy O. señaló hacia arriba.

—Diez —dijo Scotty.

—Quince. Último precio. Como somos viejos colegas veteranos, empezaré a trabajar en ello y te daré tiempo para que juntes la pasta.

—De acuerdo —dijo Scotty.

—En el año 67, hice un chantaje de maricas con Pete Bondurant. La víctima fue un luchador de los derechos civiles. Fue una operación secundaria de los federales. La financió un tipo llamado Dwight Holly.

—Conozco a Holly. —Scotty puso los ojos en blanco—. No me gustaría que se enterase de esto.

—Por mí está bien.

—Dame el personal.

—Pete y yo teníamos un homicidio con que presionar a Sal Mineo. Se peleó con el moña de su novio y lo rebanó. A los maricones les gustó la acción. Podríamos utilizarlo otra vez.

—Conozco a Sal. —Scotty mascó chicle—. Si es un macho, le encantará. Fue estrella de cine durante seis segundos. A mi objetivo eso le gustaría.

—Fred Turentine para pinchar teléfonos y Phil Irwin de perro de vigilancia. Fred T. es el mejor de todo el oeste. Phil es un estupendo aprendiz de detective y ahora hace de chófer para mí a tiempo parcial.

—Phil es un borracho y un putero. —Scotty sacudió la cabeza—. Cada bar y cada chica negra que ve le distraen la atención.

—Bien —Freddy se encogió de hombros—, entonces el chico Crutchfield. Conoce a Sal a través de Clyde Duber. A su manera perversa, tiene huevos.

Scotty encendió un cigarrillo, le dio dos caladas y lo tiró.

—De acuerdo. Pero con tres condiciones. Una, este trabajo es mi as en la manga. Dos, quiero quedarme todas las filmaciones y fotos. Tres, yo controlo las amenazas de desenmascaramiento.

—Seguro. Me parece bien. El dinero es tuyo y tú das las órdenes. Un taxi Tiger arrancó a toda prisa. Wilt Chamberlain salió como una bala. El tapizado del techo le aplastaba el peinado afro.

—El objetivo es un poli. Tenemos que ser muy cuidadosos. No es ningún marica imbécil al que se pueda tratar duramente.

—Así que Reggie presenta una solicitud en Nueva Orleans y se la deniegan. Supongamos que lo intenta en otras oficinas, con una identificación mejor o con un nombre falso, y lo rechazan o lo aceptan. Con una ronda más de llamadas telefónicas no solucionaremos nada. Tendríamos que ver los expedientes denegados porque siempre llevan fotos. He hecho algunas averiguaciones. Las oficinas más laxas son



las de Milwaukee, St. Pete y Lynn, en Massachusetts. Los cabrones que van con identidades falsas prueban primero en esos sitios. Tienes días de permiso acumulados. Vas allí, enseñas la placa y que te dejen ver esos archivos.

Pipers', en Western. La clientela de las cuatro de la tarde: conductores de ambulancia tomando café.

—Lo haré —dijo Marsh.

—Adelante, hermano —dijo Scotty.

—¿Y qué hay de la gente del Banco Popular? He pensado que podríamos interrogar a Lionel Thornton.

—No serviría de mucho. Primero, cuenta con el apoyo de todos los políticos de L.A. que valgan media mierda. Segundo, tú trabajaste allí y no te enteraste de nada. Tercero, en el 66 y 67 puse a unos polis de topes en el banco y no se enteraron de nada.

Marsh picoteó la comida con el tenedor. Era un remilgado. Caaasi vibraba a mariquita.

Scotty echó *ketchup* a sus patatas fritas.

—Bien. Estamos en el 64. El doctor Fred quiere hacerse con esas esmeraldas. Ahora, estamos en el 68. Al doctor Fred lo atracan a mano armada y se lo cargan. Ahora, estamos en el 69. Jomo me dice ¡literalmente joder!, que un «enlace» le dijo que avisara al doctor Fred sobre lo ocurrido en febrero del 64.

—Sigue —asintió Marsh.

—Bien, tú delatas a Jomo, pero no fuiste realmente tú. La operación de los federales funciona a todo trapo y tú eres el topo de Dwight Holly. Wayne Tedrow es tu enlace, está buscando a Reggie, qué pena que su madre haya tirado los papeles de Wayne, eso ya es historia pasada, y apuesto a que Wayne tenía tantos frentes abiertos que no había avanzado demasiado en la búsqueda del chico. Es el término «enlace» lo que no para de darme vueltas en la cabeza. Es jerga policial y de servicios de inteligencia. Creo que hay algún tipo de confluencia izquierdista/derechista/policial.

Marsh asintió.

—*Cherchez la femme* —dijo Scotty.

—¿Qué quieres decir, hermano? —preguntó Marsh encogiéndose de hombros.

—Había una mujer que le susurraba cosas a tu suplantador. El gran Dwight tuerce el gesto cuando lo menciono. Ahora volvamos a marzo pasado. Recibo el soplo de que una comunista quiere poner un kilo y medio de droga en la calle.

Marsh frunció el ceño. Marsh lo alisó de inmediato. Inversión inmediata. Hermano, eso vibra muy mal.

(Los Ángeles, 20/12/70)

*Negrorama*: «La nueva esencia afro».

Crutch hojeó el primer número de la revista. Phil Irwin y Chick Weiss le habían hablado de él. A Phil le gustaban las negras con grandes peinados y biquinis de ganchillo. El reportaje principal publicaba Tiger Kab a bombo y platillo. Era «el centro de moda de la nueva masculinidad negra». Era un «laboratorio social que demuestra que la integración puede funcionar».

El negocio iba flojo. Crutch se instaló en una limusina de Tiger. Su esmoquin de tigre tenía caspa. Los asientos de tigre tenían la sarna. Él tenía un terrible cansancio ocular. Había leído el expediente de Wayne Tedrow seis veces.

Guardó el expediente en su cuarto del centro de la ciudad. Las nuevas cajas atestaron el espacio. De las distintas lecturas, sacó en claro lo siguiente:

Wayne no relacionó a Reggie Hazzard con el atraco al furgón blindado. Wayne no sabía que el atraco era la pieza clave de todo. Wayne no había relacionado a Joan Rosen Klein con dicho atraco. Wayne no había relacionado del todo a Laurent-Jean Jacquieu/Leander James Jackson. Wayne no había determinado cuál era la población de cuya cárcel Joan había sacado a Reggie. Wayne había muerto antes del tiroteo entre militantes negros. Wayne no sabía que Marsh B. y Scotty B. ahora eran socios. Wayne no había relacionado nada con el atraco.

Crutch hojeó *Negrorama*. Los clientes más prestigiosos ofrecían opiniones. Wilt Chamberlain decía «los mejores trayectos en L.A., cariño». Archie Bell decía «Tiger Kab jode a la autoridad». Allen Ginsberg decía «Tiger Kab es la vanguardia multirracial».

Phil Irwin entró en el solar. En el taxi llevaba a Chick Weiss y a una puta cubana. Chick tenía los ojos enloquecidos de los Quaaludes. Buzz Duber se marchó del solar. Llevaba a Lenny Bernstein con su transexual mulato.

Es el nuevo lugar de moda. Los aprendices de detective que hacen horas extra como taxistas y café empapado de dexedrinas. El Tiger Kab no cierra nunca.

Crutch se apeó de la limusina y recorrió el solar. Lenny B. buscó en su bolsillo. Chick y Phil tomaron Quaaludes y dijeron «aaah».

—A partir de ahora, para divorciarse ya no se necesitarán pruebas —dijo Chick—. Han aprobado la ley. Eso augura vuestra muerte, pandilla de vagos.

—Sí, así será —dijo Phil—. La culpa es de toda esa mierda permisiva de los *hippies* que está barriendo el país. Para obtener un divorcio, ya no es necesario alegar causas.

—Eso significa que los leguleyos como yo ya no tendremos que pagar a

pervertidos como tú para que peguéis patadas a las puertas o espiéis por las ventanas.

—¿Pervertidos? —preguntó Phil—. Mira quién fue a hablar.

Chick lo hizo callar. Lenny B. se tomó un Quaalude y dijo «aaah».

Crutch los mandó a tomar por el culo con un gesto y se dirigió a la choza. El cártel del Congo al completo. Milt C., Fred O., Panteras diversos y polis. Sonny Liston, esnifando cocaína.

Abrió el *Las Vegas Sun* y leyó en voz alta.

—«Excampeón arruinado. Numerosas fuentes confidenciales han dicho a este periodista que el residente local Sonny Liston, que fue campeón mundial de los pesos pesados y fiero héroe pugilístico, tal vez tenga que recurrir a los cupones de comida o buscar un trabajo de animador de casino como hizo Joe Louis. Se rumorea que se está quedando o se ha quedado sin un centavo debido a unos costosos hábitos y, en opinión de los púgiles profesionales, la posibilidad de una tercera pelea contra Muhammad Alí, en caso de que sobreviviera a su combate contra Smokin' Joe Frazier del 8 de marzo, no es más que una efímera quimera».

—Me parece que es verdad —dijo Redd Foxx.

—Pongo tu dulce culo en el mercado —dijo Yonqui Monkey—. Si haces la calle para mí, no te arruinarás.

—Mentira podrida —dijo Sonny—. Tengo catorce de los grandes en reservas de Krispies de arroz de Kellogs y seis de los grandes en el bolsillo.

Freddy hizo una seña a Crutch. Fueron al retrete. Freddy cerró la puerta.

—¿Te gustaría trabajar en un chantaje a maricones? Te pagaría dos de los grandes.

—Oh, mierda, sí. —Crutch se emocionó.

—Queremos a Sal Mineo como cebo. Tú lo conoces, así que te encargarás de ficharlo. Se llevará tres mil quinientos y no tiene derecho a negarse. Menciona mi nombre. Eso acallará sus protestas.

—¿Para quién es? —Crutch tragó saliva.

—Para Scotty Bennett.

—¿Y el objetivo? —Crutch retragó saliva.

—Ese pasma llamado Marshall Bowen —se rio Freddy—. Ese negro de mierda es un rompeculos.

Sonny se chutaba en el asiento trasero. Estaban a medio camino de Las Vegas. Faltaban cinco días para Navidad. El personal de Tiger Kab llevaba gorros de Santa Claus.

Crutch se quitó el suyo. Desentonaba con el esmoquin de tigre. Evaporación de medianoche. Iba a ser otro trayecto solitario.

Chantaje de maricones. Problemas en el paraíso. Tenía que estar relacionado con el atraco.

—Sé lo que has hecho, mirón. —Sonny se soltó el torniquete—. Le contaste a Mary Beth los trapos sucios de Wayne. Me lo han dicho los elfos de Santa Claus. Eso significa que te estaré vigilando.

Crutch palpitó. Un coyote cruzó la carretera. Dio un golpe al volante y casi se salió de ella.

La radio refuncionó. Las cadenas montañosas obstaculizaban la señal desde hacía setenta kilómetros. Brenda Lee cantaba «Jingle Bell Rock».

Crutch miró por el retrovisor. El pulso le iba a doscientos. Sonny estaba colocado de caballo. Se le había medio caído la dentadura.

Las canciones navideñas lo acompañaron hasta la frontera del estado. Terapia de distracción y repaso a los recuerdos.

Navidades del 54. La abuela Woodard ha venido de Ortonville, Minnesota. Tiene una embolia y la palma en marzo. Su madre se larga en junio.

Navidades del 62. Paul McEachern le da una patada en el culo. Navidades del 66. Roba el coche al novio de Dana Lund y mete petardos en el depósito.

Sonny se movió. ¿Qué hace aquí esta aguja? Crutch no soltó prenda. Divisó Las Vegas, cincuenta kilómetros más adelante.

—No estoy arruinado ni necesito caridad —dijo Sonny—. El *Las Vegas Sun* publica un artículo lleno de mentiras y un gilipollas anónimo me manda una esmeralda verde por correo, joder. Y la esmeralda viene envuelta en el puñetero periódico, para que pille el punto.

Carajo. Crutch se quedó sin aire y empezó a ver doble. La carretera se hundió. Rozó el poste de una valla. La luna saltó, brincó y rebotó.

—¿Puedo ver el sobre y la esmeralda?

—No, mirón, no puedes. Lo que tienes que hacer es llevarme a Las Vegas entero y luego dejarme en paz de una puta vez.

Esmeraldas, extorsión de maricones, la conexión con el cártel del Congo. Todo es una sola cosa.

Tomó una dosis de somníferos para dormir en el aparcamiento del Sands. Se despertó y se puso en marcha a base de panqueques y Bloody Marys. Redd Foxx le había vendido cuatro bolsas a Sonny. Sonny se había chutado una en la limusina. A aquellas alturas, Sonny debía de estar comatoso.

Crutch vigiló su casa. La limusina Tiger atrajo miradas curiosas. La casa, para lo que se llevaba entre los negros, era lujosa. El vecindario era medio blanco.

Ahora o nunca.

Tenía las ganzúas y una pequeña cuña. El Buick de Sonny estaba aparcado delante. La aldaba de la puerta era un guante de boxeador de latón.

Despertad a los muertos. Aquí no cometeremos errores.

Crutch llamó con la aldaba, tocó el timbre y pateó la puerta. No obtuvo respuesta. Repitió la secuencia. El aire muerto se intensificó. Abrió con la cuña y entró.

Le llegaron ronquidos. Sonny estaba frito en un sofá de piel sintética. Había usado una cuerda elástica como torniquete. Tenía la aguja suelta en el puño.

¿Un campeón arruinado? Sí. La casa estaba muy sucia y muy poco amueblada. Del techo caía serrín y jugo de freón. Unos platos para perro lo recogían.

Un registro rápido. No podemos cagarla.

Primero recorrió la casa. Sala, cocina, dos dormitorios. No hay estanterías con libros, ni armarios, la ropa guardada en bolsas de papel. Mira primero en la cocina.

Revolvió la basura. Encontró bandejas chamuscadas de comida de calentar al horno y botellas de vodka vacías. Registró los cajones de la cocina. Eureka, aquí está.

Un sobre blanco de tamaño corriente. Sin remitente. El nombre y la dirección de Sonny escrito con mayúsculas. Matasellos de L.A. El recorte del periódico, dentro. No hay ninguna esmeralda.

Crutch agarró el sobre por los bordes. Lo metió en una bolsa de plástico y en su lugar dejó un sobre con garabatos.

Sonny hipó como un perro dormido.

Clyde le mandó un giro de tres mil dólares al Dunes. Jugando a la ruleta los transformó en cinco mil. Tenía la foto de Reggie Hazzard. Compró un mapa de carreteras de California y Nevada. Llamó al Tiger Kab para decir que estaba enfermo. Guardó la limusina del Tiger en un garaje para que no lo tomaran por un chiflado.

Alquiló un sedán Ford. Pasó del esmoquin de tigre y se compró una chaqueta deportiva. Salió a sobornar pasmas de pueblos de mala muerte. Wayne tenía que haberlo hecho al principio de todo.

Pueblos de mierda. Villas fronterizas y basureros agrícolas. Puntos en el desierto cuyos departamentos de Policía tenían dotaciones de seis, ocho o doce hombres.

Rainbow Hill, Crescent Peak, Dyer, Daylight Peak. Woodford, Minden, Pahrump, Salisbury. Mid-Lockie. Catorce pueblos con «CalNev» en la matrícula.

Fue de un pueblo de mala muerte a otro. Enseñó la foto sujeta con un clip a un billete de cien. Untó a pasmas palurdos, a pasmas capataces y a gentes que se dedicaban al tráfico de espaldas mojadas. Hizo hincapié en diciembre del 63. Describió a Joan. Mencionó la fianza. ¿Puedo ver sus archivos, por favor?

Algunos polis le tomaron el pelo. Casi todos los polis se embolsaron el dinero. Algunos polis dijeron que habían tirado los expedientes. Casi todos los polis hablaron de los cambios de personal y se negaron a colaborar.

Se dedicó a ello tres días. Se gastó 3.400 dólares. Durmió en moteles baratos y soñó con Joan. Visitó nueve de cada diez poblaciones del mapa de carreteras y decidió regresar a L.A.

Salió de la I-15 en McKendrick. El DP era una choza en medio de un campo de lechugas. Los presos de confianza trabajaban en los campos. El parque automovilístico lo componían cuatro Fords viejos y dieciséis caballos. Los recogedores de lechugas llevaban monos de trabajo. Los polis se movían en coches de golf y bebían cerveza.

Crutch aparcó al lado de un ruano con las patas atadas. Un poli bronceado se acercó. Tenía llagas malignas como Crutch Senior.

—¿Puedo ayudarlo en algo, joven?

—Me gustaría hacerle unas preguntas, si es tan amable.

—La amabilidad cuesta dinero —replicó, tendiendo la mano—. No simulemos que no es así.

—Una detención por posesión de armas y vagancia. —Crutch le dio cincuenta dólares—. Diciembre del 63. Detuvieron a un chico negro y una mujer blanca, con el cabello oscuro y hebras grises, le pagó la fianza.

El poli tendió la mano de nuevo. Crutch sacudió la cabeza.

—Yo estaba aquí, ese día. La amabilidad no es gratis.

Crutch le dio dos billetes de cincuenta. El poli chasqueó los dedos. Crutch le dio dos más.

—Un negro de mierda y una tipa judía. —El poli se rascó una llaga de la nariz—. Unos prófugos de la justicia. No me pida ver los archivos porque no los hay. El chico dejó unos libros comunistas y de química en su celda. Tal vez los tengamos todavía.

Herramientas:

Cepillos y polvos para levantar huellas. Cinta transparente de levantar latentes. Una lupa y la tarjeta con las huellas de Joan Rosen Klein.

Objetivos: El sobre de Sonny Liston. *Química básica*, de Magruder. *Los condenados de la tierra*, de Franz Fanon.

Trabajó en su palanca de los apartamentos Vivian. Hizo espacio en la mesa y lo dispuso todo. Un gran flexo le suministraba luz. Las páginas del libro eran porosas. No soportarían el proceso. Las sobrecubiertas eran brillantes y sí lo soportarían. El sobre era liso y satinado. Las posibilidades de levantar huellas eran bastantes.

Crutch mojó un pincel en polvo rojo. Las sobrecubiertas eran blancas y beis claro.

Se puso unos guantes de goma. Abrió los libros con las cubiertas boca arriba. Casi consiguió que todo quedara plano. La cubierta delantera, la trasera, los lomos. Puso el sobre al lado.

Ahora, respira hondo.

Empolvó los libros y el sobre. Obtuvo manchas, remolinos y trazos. Añadió otra capa de polvos. Levantó dos huellas viables del libro comunista. Levantó dos huellas viables del sobre.

Ahora, respira hondo.

Cogió la lupa. Estudió las huellas del libro y la tarjeta de Joan. Una de las huellas se parecía bastante.

Volutas, espirales e inversiones. Puntos de comparación: 4, 5, 6, 7, 8, 9...

Coincide.

Joan había tocado el libro de Fanon con el dedo índice de la mano derecha. Eso había ocurrido en 12/63 o antes. El libro había estado en el DP de McKendrick desde entonces.

Crutch estudió la huella del segundo libro. Hazlo. Graba en la mente cada fragmento.

La memorizó. Estudió la tarjeta de huellas de Joan y le pasó la lupa una y otra vez. No, no había una segunda huella coincidente.

Extendió la cinta transparente. Levantó limpiamente las huellas desconocidas. Las reforzó con tiras de plástico negro. Las huellas se mostraron con todos sus detalles, blanco sobre negro.

Respira hondo. Sólo falta una.

Pasó al sobre. Estudió las dos huellas. Las memorizó. Estudió de nuevo la tarjeta de Joan. Utilizó la lupa forzando la vista. No, no coinciden.

Extendió la cinta transparente. Levantó limpiamente las huellas desconocidas. Las reforzó con tiras de plástico negro. Las huellas se mostraron con todos sus detalles, blanco sobre negro.

Extendió las dos cintas del sobre al lado de la cinta del libro. Pasó la lupa una y otra vez. Una tira de huellas era claramente distinta. Una tira de huellas coincidía perfectamente.

Eso significaba que:

Joan había tocado el libro comunista en 1963. Una segunda persona había tocado el libro entonces. La misma persona había tocado el sobre de Sonny a finales de 1970.

No podían ser los polis de McKendrick. Una posibilidad disparatada: Reggie Hazzard.

Reggie no tenía expediente policial. Eso significaba que no le habían tomado las huellas. Reggie tenía carné de conducir de Nevada. El DVM de Nevada no pedía las huellas dactilares.

El sobre tenía matasellos de L.A. ¿Lo habían mandado desde allí o lo habían mandado primero desde otro lugar a L.A.?

No es una conclusión definitiva. Todo esto son suposiciones. Todavía queda la otra huella del sobre.

Ahora, respira hondo. Más trabajo, joder.

Las navidades llegaron y se fueron. Año Nuevo pasó en una confusión de aguaceros. Sonny Liston murió de sobredosis al cabo de una semana. El velatorio en

el Tiger Kab fue un festival.

Actuaron Redd Foxx y Milt C. *Negrorama* publicó un reportaje. Fred O. puso la priva. Chick Weiss puso la droga y las putas caribeñas. Los chicos Duber acudieron. Los conductores organizaron un cortejo y recorrieron el barrio negro. Los Panteras y los pasmas comieron emparedados en perfecta camaradería. Lenny Bernstein citó a Krishnamurti. Scotty Bennett jugó a cambiar golpes con Jerry Quarry. Se arrearon de verdad. La cosa casi se puso fea.

El chantaje al marica no había arrancado todavía. Freddy quería quince de los grandes. Scotty intentó que bajara a diez pero no lo consiguió. Scotty estaba reuniendo la pasta. Freddy le dijo a Crutch que no abordara todavía a Sarasa.

Hizo trabajos de divorcios para Clyde. Envió preguntas a Mary Beth Hazzard. ¿Había dejado Wayne más documentos? Trabajó de chófer a tiempo parcial para Tiger Kab. Cada noche estudiaba tarjetas de huellas en el DVM del centro de la ciudad.

Insomnio y cansancio ocular. Ampollas de Nembutal y cubas de Visine. Comprobación de tarjetas de huellas una a una. Comparación con las dos tiras de plástico.

Llevaba la cuenta mentalmente. Perdió la cuenta al llegar a diez mil. Llevaba la cuenta de tarjetas que comprobaba cada noche. El 6 de enero perdió la cuenta.

La noche del 7 se presentó tarde. Sobornó al empleado nocturno como era lo habitual. Llevó las tiras de huellas, la lupa y el Visine.

Abrió una caja nueva. Comprobó once que no iban a ningún sitio. Llegó a la tarjeta número 12. Las espirales le hablaron.

Ahora, respira hondo. La segunda huella del sobre. No, sí, no, quizás.

Puntos: 1, 2, 3, 4, 7, 8, 9, hasta 14. Una buena medida. Coincidencia perfecta. Un nombre que conocía. ¡Joder! Lionel Darius Thornton, varón negro. Nacido el 18/12/19.

El menda del Banco Popular. Lionel el Lavandero. El *consigliere* del Cártel del Congo.



(Los Ángeles, 9/1/71)

*Chez Marsh: Cultura y nada de militancia.*

Entró con una ganzúa de tungsteno. Las gafas infrarrojas le permitían ver en la oscuridad. Deja la luz apagada para desaturar.

Baldwin Hills. Una casa de una sola planta junto a Stocker. Burguesía negra. Muebles tubulares. Una estética enrollada de escuela de arte.

Dwight echó un vistazo a la casa. Eran las 21:49. Aquella noche, Marsh tenía un importante compromiso. Daba una charla. A los peces gordos del Partido Republicano les caía bien. Era un tipo que se lo había ganado todo con su propio esfuerzo. El gobernador Reagan le conseguía los bolos.

Dwight tomó fotos. Su Minox disparaba sin *flash*. En el bungalow había un laboratorio de revelado. Joan podría revelarlas allí.

Rauschenberg y Rothko en marcos de acero cepillado. Un espacio serio, en general. Un útero materno metálico.

Golpeó los paneles de las paredes. Registró las estanterías y los ficheros. Vio libros de arte, declaraciones de renta y papel de escribir en blanco. Marsh acumulaba papel. Ya lo sabía. Joan lo llamaba «el escritor de diarios clandestino».

Dwight cruzó la habitación. Allí también había muebles tubulares. A Marsh le encantaba el acero cepillado. Era resistente y funcional. Exudaba olor masculino y excluía la esencia femenina. Marsh era todo terquedad refinada.

Marsh era el nuevo asesino del descontento. Aquélla era su guarida psicopática. Era fría y estricta. A partir de allí, la convertiría en algo aterradorante.

Dwight registró los cajones de la mesilla de noche. Encontró la agenda de Marsh y miró todas y cada una de las páginas. Vio listas de hombres sólo con los nombres de pila. Vio los teléfonos del Klondike, del 4 Estrellas, de El Mercader, del Pincho. Ahora, Marsh se sentía seguro. Su piso para las operaciones era el Actor's Studio. Aquel piso estaba lleno de referencias homo.

Necesitaban espacios para introducir pruebas falsas. Marsh, el marica con gustos estilo escuela de arte. La casa era una imagen hermosa. Suministrémosle un marco que lo corra.

Deja fundas de cerillas de bares de locas aquí. Deja fotos de sodomía allá. Mancha las sábanas de semen el día antes del golpe. Esconde vibradores manchados de mierda en el baño.

La casa atraería una atención pasmosa. La fachada tenía que desmoronarse despacio. El terror tenía que aumentar despacio.

Dwight golpeó los paneles de las paredes. Ningún hueco todavía. Lugares para

pruebas falsas. Literatura subversiva y libros de ciencia política pornográfica. Joan había tenido una intuición: Marsh escribe un diario, localicémoslo e introduzcamos el nuestro antes del golpe.

Una Underwood eléctrica. Papel de escribir al lado.

Dwight puso una hoja y tecleó todas las letras, números y símbolos. A simple vista se veían correctos. Tomó fotos del teclado y de los moldes de las letras. Quizá tenían algún defecto. Tendrían que manipularlas manualmente. Equipos de forenses examinarían la máquina. Tenían que crear una verosimilitud convincente.

Golpeó más paneles de las paredes. No sonaron a hueco. Era un primer reconocimiento. Todavía no se fiaba de sus oídos. Marsh tenía que ser desenmascarado acerbamente post mórtem. Tenía un ingenio desenfrenado y muchos recursos. La casa tenía que explotar con los hallazgos de última hora.

Poner papeles aquí. Poner papeles allá. Es la propia vida de Dwight refractada. Acumula papeles para el señor Hoover. Busca rincones para poner papeles.

Llevaba un mes en L.A. El señor Hoover le había aumentado el sueldo. Los archivos eran todos de escándalos, la mayoría ocurridos en L.A. Marsh es natural de L.A. Después de muerto, todas las oficinas del Buró en L.A. serían rastreadas en busca de menciones.

Había buscado fichas y fechas en las que hubiera habido inserciones de datos. Era subtexto operativo. Ocultas datos amarillentos por el paso de los años. Apuntan a un emergente desequilibrio político y a la patología de un homosexual en el armario. La fichamanía del FBI incrimina a Marshall. Fichas incongruentes son rastreadas con diligencia. El señor Hoover es incriminado post mórtem. La compilación de fichas es un tedio remilgado y una escatología oficialmente aprobada. El horror moral y la excitación se enfrentarán en la escena pública. El agente especial D. C. Holly declarará qué significa todo ello.

Había pasado horas en la unidad de almacenamiento de fichas. A Jack Leahy se le antojaba extraño. Jack siempre hacía chistes sobre la salud del viejo sarasa. Jack no sabía que seguía lúcido las más de las veces.

Fichas:

Joan había desdeñado la incursión en el Centro de Archivos de Pennsylvania. Creía que sacaría a la luz la fichamanía demasiado pronto. Creía que él se estaba aprovechando de Karen. Estaba convirtiendo a una pacifista cuáquera en una cómplice de asesinato.

Habían dejado de hablar de ello. La cuestión seguía en el aire, pero en silencio.

Dwight registró los armarios del vestíbulo. Vio los uniformes planchados y una pistola enrollada en un estante.

Busca a unos cuantos actores. Viste de poli a uno de ellos. Coge un coche patrulla. Prepara un escenario en Griffith Park. Ahí está el falso Marsh vestido de uniforme. La cabeza no se le ve. Un sospechoso esposado le hace una mamada. Marsh le ha puesto la pistola en la sien.

Envejece la instantánea. Métela en algún uniforme gastado. Es un recuerdo olvidado.

Consigue anfetaminas callejeras. Escóndelas detrás de la ropa interior. Marsh se droga mientras está de servicio y patrulla en busca de diversión.

Dwight salió por la puerta trasera. Marsh tenía una vista preciosa. La ubicación era perfecta. Marsh tenía veintiséis años. Le quedaba un año de vida por delante como máximo.

El servicio de habitaciones les trajo bistés de Nueva York y un burdeos demasiado denso. Él bebía menos. Joan bebía más. Sus hábitos de sueño se habían intercambiado.

Comían en bata. Una densa lluvia golpeaba las ventanas. En la chimenea ardía un tronco sintético.

—No me gusta el allanamiento. Lo encuentro precipitado —dijo Joan.

—Te preocupa la convergencia.

—Sí.

—Es la única cosa que no podemos forzar.

—Han de hallarse voluntariamente en el mismo sitio a la misma hora.

Dwight se recostó en la silla.

—En la misma ciudad, con el sitio desde el que disparar establecido de antemano. Tendría que ser en L.A. Las últimas seis veces que ha estado aquí se ha alojado en el Beverly Wilshire. Siempre pide una *suite* con vistas al norte. Al otro lado de la calle hay siete edificios de dos y tres pisos. Dos de ellos tienen carteles de «se alquila oficina». Los otros edificios son tiendas y restaurantes. Los pisos en alquiler tienen espacio para almacenamiento en el segundo y el tercer piso, de frente al hotel.

—Sigue. —Joan encendió un cigarrillo—. Dime qué piensas.

—Pienso que deberíamos encontrar a un chaval negro de la edad de Marsh. Que se parezcan mucho es crucial. Tendrá que alquilar una oficina y la redecoraremos. Es el lugar al que va a joder con chicos, tomar drogas y esconder armas. Robaré tubos de semen del hospital. Pondremos los fluidos gradualmente. Marsh se está volviendo loco. Ha habido una escalada en su uso de drogas. Haré que el tirador le pinche cocaína subcutánea antes de que se lo lleven. Le enseñaré a aumentar las toxinas de su hígado para que coincidan con un uso de drogas prolongado.

—Eres tan asombrosamente genial, camarada...

—Estás preocupada por Celia. —Dwight le cogió las manos.

—No quiero hablar de ello. Ella siempre ha comprendido los riesgos.

—Podría hacer unas llamadas telefónicas.

—No quiero que lo hagas.

—Cuando te relacioné con Tommy Narduno, creí que irías a por mí —sonrió Dwight.

—Pensé hacerlo —sonrió Joan—. Tommy creía que podía desenmascarar la conexión de la Grapevine con vuestra operación y crear un buen alboroto mediático. En el fondo, era un periodista de escándalos. La noche que lo mataste llevaba micrófonos para grabar.

Dwight tembló. Joan señaló el vino. Dwight negó con la cabeza.

—¿Y qué te convenció de que lo dejaras estar?

—Me convenció Karen. Dio a entender que tú estabas maduro. En determinado momento, citó a Goethe. La frase que usó fue «la caída ascendente».

Dwight abrió una ventana. El granizo le rozó la cara.

—Jomo y el asunto con Marsh. ¿Cuál fue tu razonamiento?

Una ráfaga sacudió los cristales. Joan volvió a la silla y dejó que la lluvia la alcanzara.

—Estaban tus objetivos y mis objetivos. Los dos eran sincrónicos y opuestos. Supe que Marsh tenía que ser tu topo. En esa elección quedaba reflejada tu propia patología. Era audaz, grandiosa y autodestructiva. Pasé ratos con Marsh y me pareció débil y casi servil y egoísta. Cuando pensaba que yo no lo veía, miraba a los hombres, lo cual fue un verdadero *faux pas* de actor, dramáticamente insensato y narcisista. Así que llamé a Scotty y le revelé su orientación. Y llamé a Scotty otra vez y medié en la traición de Marsh a Jomo Clarkson. Era una estrategia doble. Quería poner en peligro a Marsh y forzarlo a una alianza con la ATN. En mi opinión, Jomo era malvado y estaba segura de que Scotty no podría resistirse a matarlo.

El viento levantó el mantel y tiró el burdeos. Dwight tiró de Joan y la levantó de la silla.

Puckett, Misisipí. Seis parques de caravanas y nuevos kampamentos del Klan.

Bob dirigía el capítulo de los Kaballeros Exaltados. Hacía la pelota a la pasma y delataba a los de la ATN. Vendía setas alucinógenas y panfletos racistas. Atracaba gasolineras. Bob había estado con el Komando Tiger. Había traficado con heroína en Saigón y trabajado con Wayne Tedrow. Había disparado a Martin Luther King.

El aire era fresko y klaro. El kampamento konsistía en un barrakón con techo de uralita y una kamada kanina. Cuatro gilipollas rondaban por el campo de tiro. Los objetivos eran maniqués de tienda. Llevaban máscaras a lo Eldridge Cleaver.

Bob vio el coche que se acercaba. Dwight frenó y se detuvo a la entrada del kampamento. Bob cubrió el resto del camino a la carrera.

Dwight abrió la puerta del pasajero y la guantera. Salió un rollo de billetes de cien. Bob lo cogió y se lo metió debajo de la camisa.

—¿Y esto es sólo por hablar?

—Exacto.

—No me lo digas. Si me cargo a alguien habrá muchos más como éstos.

—Exacto —dijo Dwight.

—Bravo, muchacho.

—Te llevarás cincuenta mil. —Dwight encendió un cigarrillo—. Te cargas al objetivo y también al chivo expiatorio. Son dos disparos fáciles. Ese detalle no me preocupa en absoluto. Se trata de tenerlos a los dos juntos. Si no queda más remedio, secuestraré al chivo expiatorio y lo colocaré en el lugar adecuado, pero preferiría no tener que hacerlo.

—¿El objetivo es un tipo importante? —Bob se hurgó la nariz.

Dwight guiñó un ojo.

—Todo el mundo hablará de ello —dijo Bob.

—Es lo que quiero. Aquí hay un subtexto.

—¿Quién es el objetivo?

—Cuando lo veas, lo sabrás —se rio Dwight.

**DOCUMENTO ANEXO: 6/2/71. Extraído del diario guardado en secreto de Karen Sifakis.**

Los Ángeles,  
6 de febrero de 1971

Voy a participar en ello, no importa lo que acarree, facilite o presagie para Joan y para Dwight. Corro el riesgo de llevar a la práctica la violencia. Soy leal a Joan y le estoy agradecida del cambio que ha obrado en Dwight. Hemos recorrido un largo camino juntas. No sería fanfarronear por mi parte si afirmo que, con los años, mi pacifismo ha mitigado las acciones violentas de Joan. Es prácticamente seguro que su temeridad me ha llevado esporádicamente más cerca de Dios y de la confrontación no violenta. Ella es mía y yo soy suya y Dwight es de las dos. Hay una profunda alquimia en lo que conectamos y en lo que divergimos. Sigo confiando en nuestro diálogo tanto como temo los posibles resultados. Mi horrible pelea con Dwight me ha obligado a admitir la arrogancia y la especiosidad que existe en el núcleo de mi lógica moral. El fuego de la conversación de Dwight me ha convencido de la necesidad de asumir este riesgo.

Dwight conoce ahora el alcance y la amplitud de mi relación con Joan, aunque no los detalles específicos. Joan ha dejado caer insinuaciones, o ha revelado nuestra amistad en miradas y apartes que el brillante y brillantemente paranoico Dwight ha aprovechado y ha llevado a la certeza mental. He mentido a Dwight por omisión. Ahora estoy segura de que Joan me ha utilizado para llegar hasta él. Ahora, Dwight y Joan me mienten ocultándome detalles de su «operación». Soy totalmente culpable del vínculo Dwight-Joan. Tendría que haberle dicho a Dwight que Joan ha utilizado identidades falsas y que de ese modo ha ocultado gran parte de su subversión. Tendría que haberle dicho a Dwight que Joan planeó atracos cuando estaba en el este. Tenía que haberle dicho que estuvimos juntas en Argelia y que yo organicé una plegaria por los paracaidistas franceses a los que Joan y sus camaradas habían tendido una emboscada a las afueras de Béchar. Tendría que haberle dicho que participé en la invasión del 14/6, en un trabajo no violento de planificación. No le conté esas cosas porque yo deseaba frenéticamente la conflagración entre ellos, porque quería desencadenarla para satisfacer una rabia oculta en mí, para meterlos en el mundo circunspecto, ideológicamente comprometido, radicalmente chic y siempre tan cuidadoso en el que vivo con la única furia que sabía que ellos desarrollarían.

Ahora debo vivir mi papel de creadora en esto, interpretar mi papel secundario y maldecir las vicisitudes del estilo de vida radical, al tiempo que rezo pidiendo la paz. Allanaré un archivo, robaré expedientes, desenmascararé las prácticas de acumulación de información de una burocracia opresiva y esperaré que ese combate de boxeo que tanta expectación ha levantado entre dos brillantes boxeadores negros no relegue mis acciones a un estatus de última página. Ironías: Dwight ha llamado al allanamiento un «acontecimiento mediático». El Centro de Archivos está en Media, Pennsylvania.

La pelea con Dwight tuvo lugar en mi casa. Dina y Eleanora oyeron el estallido inicial y su tempestuosa conclusión. Fue un altercado generado por mi propia arrogancia. He sobreestimado la influencia que podía ejercer sobre Dwight y he subestimado la influencia de Joan. Me mostré mezquina, celosa, estridente y filosóficamente insensata. Dwight me replicó con la furia de un converso y con la del amante de un converso «Dinamitas cosas, destruyes símbolos, atacas representaciones simpáticas de instituciones ya desaparecidas», me dijo. «Te hace sentir contenta contigo misma mientras la gente sufre y muere, y continuarás haciéndolo hasta que una esquirla de la voladura de un monumento confederado le destruya un ojo a un niño negro. Entonces volverás aquí y llorarás y rezarás y planearás algo espectacular y correcto desde el punto de vista cuáquero para poder meterte otra vez en el juego que tanto te gusta y cuya

naturaleza básica es violenta».

Y tenía razón.

Y entonces dijo: «Y no trates con condescendencia a Joan Rosen Klein porque tú me la diste a mí».

Y tenía razón. Por eso, seguiré adelante con el trabajo que él y Joan me han asignado.

DOCUMENTO ANEXO: 21/2/71. Extraído del diario de Marshall E. Bowen.

Camino de Boston,  
21/2/71

Desde mi último encuentro con Scotty, he viajado y he seguido posibles pistas. Los días de permiso acumulados me han servido de tapadera. En teoría, he estado recorriendo el país en coche. Ahora ya he comprobado una a una las fichas de pasaportes aceptados y denegados de las oficinas de Nueva Orleans, St. Petersburg y Milwaukee. Dentro de poco lo haré con las de Lynn, Massachusetts. Éstas son las ciudades que Scotty ha considerado más laxas, incompetentes y permisivas en la expedición de pasaportes. En esas ciudades, me he entregado a mi inclinación y he disfrutado de libertad de movimientos en locales famosos lejos de los míos habituales. A Reginald Hazzard no le expidieron un pasaporte en estas ciudades y tampoco lo encontré en el fichero de denegados. Su fotografía –con o sin las cicatrices de quemaduras que el médico le trató– no iba unida a ninguna de las miles de solicitudes que he comprobado.

Así he viajado y he disfrutado de mi tiempo fuera de L.A. He llamado a Scotty cada pocos días para informarle de que no había habido «suerte». También he escapado mentalmente y he tenido sueños muy vívidos y he cavilado mucho sobre el comentario de Scotty «*Cherchez la femme*».

Fue una mujer la que me delató a Scotty. Dwight Holly reaccionó de una manera extraña cuando Scotty le mencionó ese hecho. Cada vez estoy más convencido de que la mujer es Joan Rosen Klein.

Joan frecuentó mi compañía a finales del 68 y principios del 69. Yo era el topo de Dwight Holly y sabía que el señor Holly tenía una informante. Joan era una mujer de mundo y parecía excesivamente cualificada para trabajar en el ambiente barriobajero de la militancia negra. Su forma de abordarme fue muy insistente, quizá quería seducirme, pero su instinto de depredador perfectamente afinado le dijo que no tendría suerte en eso. Todo me pareció correcto hasta el momento en que me topé con Junior Jefferson, poco antes de iniciar este viaje.

Junior comía pollo y panqueques en la sala de fiestas de Tommy Tucker y hablaba de la trayectoria de Tiger Kab. Primero, los Chicos le compraron el Black Cat y le cambiaron el nombre poniéndole el de ese animal amariconado. Luego, el difunto Wayne Tedrow malversó todo el dinero de Tiger Kab y los Chicos vendieron el negocio a Freddy Otash. Freddy lo había despedido y le había prohibido que volviera por allí. Ahora, Tiger Kab es el lugar más promiscuo del planeta Tierra, verán el combate Frazier-Alí en un circuito cerrado de televisión... y él no podrá ir.

Continuamos lamentándonos. Hablamos del «tiroteo entre militantes negros» con cierto asombro. Junior dijo: «Y tú mientras tanto eras un puñetero chivato del FBI». Reconocí que era cierto. Junior dijo que a él no le parecía mal y, como muy de pasada, mencionó que había visto a Dwight Holly y a «esa Joan judía comunista» haciendo manitas en un restaurante chino de Pico Boulevard, la semana anterior.

*Cherchez la femme.*

Lynn es una decrepita ciudad con fábricas de zapatos en medio de muchas otras ciudades decrepitas del mismo tamaño. Cuando entré en la oficina de pasaportes vi que era igualmente decrepita. Ante el mostrador había un irlandés de tez rojiza. Casi se cagó encima cuando un negro bien vestido le enseñó una placa de sargento del DPLA. Sin embargo, reconozco que era agudo. Cuando le expliqué el motivo de mi visita, me dijo: «Usted no se parece a Jack Webb, sargento», y me llevó a los archivos.

Fue la sexta solicitud de la cuarta caja que inspeccioné. La foto era de Reginald Hazzard, con la cara llena de cicatrices de las quemaduras. El nombre que había junto a ella estaba manchado de tinta y era ilegible. El sello al dorso estaba claro como el agua.

A Reginald le habían concedido un visado para viajar a Haití el 11/6/64.

Se me ocurrió al momento: Esto, a Scotty, no se lo diré.

(Los Ángeles, 1/3/71)

—Tengo la pasta —dijo Scotty.

—Ha robado en una licorería —dijo Fred O.—. Tiene experiencia en ese ámbito.

—Odio pinchar habitaciones de maricas —dijo Fred Turentine—. Las pistas de audio son ofensivas.

Barone's Pizza, en Ventura. Una famosa casa de comidas del Valle. Tenían una sala privada. En ella había fotos de italianos famosos.

La cerveza estaba tan fría que te escaldaba los dientes. La cerveza estaba tan caliente que te abrasaba la boca. Scotty lanzó el sobre encima de la mesa. El chico Crutchfield tenía hormigas en el pantalón. No dejaba de rascarse las pelotas.

—Hablemos de los resultados. —Scotty sirvió cervezas—. He rehipotecado mi casa, así que no quiero retrasos ni complicaciones.

Fred O. afeitó la espuma del vaso de cerveza con la navaja. Unas jabonaduras cayeron al suelo.

—Hace un tiempo hice chantaje a un maricón para Dwight Holly. Es blanco. Podíamos utilizarlo para que haya un atractivo sexual añadido.

—No —dijo Scotty—. Dwight y yo chocamos por culpa de esa operación suya de los federales. No quiero que sepa nada de esto.

Fred T. cogió un trozo de *pizza* con anchoa. Oh, cómo quema esto.

—Yo también evitaría a ese tipo. Sé que está trabajando en los archivos de la oficina del Buró en L.A. Se volvió majara o algo así —dijo.

—Quiero mierda explícita. —Scotty bebió cerveza—. Fotos, películas, actos sexuales diversos. El chico traerá a Sal. Sal y Marsh se enrollan y tienen una relación caliente. Quiero acción de joder y chupar en distintos escenarios.

—Localizaré a Sal —dijo el chico.

—¡Vaya, pero si sabes hablar! —dijo Fred T.

—Corre las cortinas —dijo Fred O.—. La pantera mirona anda suelta.

Scotty gruñó como una pantera y guiñó el ojo. La sala se llenó de música enlatada. Dino gorgoriteó «Esto es *amore*».

—Mierda explícita. Recordad, esto no es una extorsión de dinero. Si la necesidad aprieta, es una amenaza.

El equipo era bueno. La *pizza* era asquerosa. Todavía le dolían los dientes quemados por la cerveza.

Marsh había regresado. Su recorrido por oficinas de pasaportes no había servido

para nada. Esa línea ya no se podía investigar. Reggie Hazzard: regreso a la casilla de salida.

El indicador de gasolina llegó a «vacío». Scotty salió de la autopista. Más adelante hay una estación de servicio Richfield con un teléfono público.

Se detuvo. Le dijo al empleado que le llenara el depósito. Metió monedas en el teléfono y llamó a Marsh.

—¿Hola?

—Por ahora el hilo de Reggie no lleva a ningún sitio. Estoy cada vez más frustrado.

—Ya somos dos.

—Pienso que tendríamos que apretarle las tuercas a Lionel Thornton.

—No discrepo.

—Sé menos equívoco. —Scotty se frotó los dientes—. Ganaste la medalla del valor, joder. Ahora eres Ramar de la Jungla.

—Tienes razón —se rio Marsh—. Deberíamos hacerlo.

—¿Cuándo?

—El ocho de marzo. Thornton blanquea el dinero de Tiger Kab. Allí verán el combate de Alí. Thornton irá a buscar el dinero y luego lo llevará al banco.

—Me gusta —dijo Scotty—. Lo interceptaremos de camino.



(Los Angeles, 4/3/71)

La ruta de los maricas:

Fue a El Refugio, a La Cabina, a El Yunque, a El Mercader y a La Forja. Daba grima. Unos muchachos morbosos le miraban el paquete. Poppers de nitrato de amilo, cuero, torsos desnudos bajo cotas de malla.

Sal no estaba nunca en casa. Sal frecuentaba los garitos homo y los cafés abiertos toda la noche. La ruta del panqueque: El Pines, el Arthur J., el Biff's Char-Broil.

Crutch volvió al Klondike. Era la base de Sal. Sal tenía allí sus pollas habituales. Se lo hacía con el propietario, dos camareros y el cocinero.

Crutch aparcó delante en doble fila. Los maricas de la puerta lanzaron miradas lánguidas hacia su coche. Salió Lenny Bernstein con dos marineros. Los maricones llamaban «bogavantes» a los marineros.

Lenny saludó a Crutch. Crutch le devolvió el saludo. Crutch pensó, todo empezó aquí.

Verano del 68. El doctor Fred lo contrata. Busca a Gretchen Farr. El caso ya tiene casi tres años. Tal vez esté a punto de resolverlo.

Huellas. Joan tocó uno de los libros de Reggie Hazzard. Esto está confirmado. Una segunda persona tocó el libro y el sobre de Sonny. Una buena hipótesis: Reggie H. Una tercera persona tocó el sobre. Huella confirmada: Lionel Thornton.

Pregunta:

¿Manda Reggie esmeraldas a los negros en apuros?

Respuesta:

Probablemente, sí.

Reggie sobrevivió al atraco. Reggie se quedó con una parte de la pasta y las esmeraldas. Reggie no vive en L.A. Reggie está en otro sitio o Wayne lo habría encontrado. Reggie es sigiloso. Los matasellos de L.A. podrían atraer a la policía. Reggie se ha marchado hace mucho tiempo.

Una graaan pista, ahora jodida por el chantaje a las locas.

Crutch vigiló la puerta. Rock Hudson salió con Arthur-Arlene Johannsson. Arthur-Arlene vendía Dilaudid y galletas de marihuana. Chick Weiss había llevado todos sus divorcios. Eran las esposas las que le pagaban la pensión. ¿Te casaste con una drag queen? Pues te jodes.

Rock saludó a Crutch agitando la mano. Crutch saludó a Rock agitando la mano. Llegó un taxi de Tiger. Phil Irwin llevaba el volante. Clark Weiss iba sentado a su lado. Arthur-Arlene hizo entrar a Rock en la parte de atrás. La peluca se le ladeó.

Crutch hizo girar la bandera roja. Joan se había marchado. No la encontraba. De

todos modos, tenía la intuición de que estaba en L.A. L.A. es L.A. L.A. era Zona Joan. Había seguido dos veces a Dwight Holly. Dwight tal vez fuese amante de Joan. Dwight era experto en detectar seguimientos y le dio el esquinazo.

Ahí está Sal, acompañado de Natalie Wood y una zorra marimacho. Natalie hacía números lésbicos. Comía chochos en las fiestas de Hollywood. Clyde la había rescatado de un antro de esclavas lesbianas hacia el año 60.

Crutch silbó. Sal lo oyó y se acercó. Natalie y la lesbiana dominante se besaron en la boca. Dos locas que pasaban aplaudieron.

Sal se apoyó en el taxi.

—No me digas. Clyde tiene un divorcio.

—No exactamente.

—Nada de chicas. Eso ya lo probamos una vez, ¿te acuerdas?

—Se trata de Freddy Otash. Sé que sabe algo sobre ti, así que ya ves que no puedes negarte.

Sal suspiró. El rizo engominado se le movió. Crutch abrió la puerta. Sal montó y encendió un Kool mentolado. Crutch notó la mezcla de menta y hachís.

Arrancó, dobló la esquina y aparcó.

—Espero que tenga una buena herramienta —dijo Sal.

—Te llevarás tres mil quinientos.

Apuró el pseudoporro hasta el filtro. Sal puso aquella expresión de ingenuo.

—Hemos estado aquí antes. He aparcado en este lugar con muchos hombres pero contigo nunca ha sido romántico.

—No empieces.

—No lo hago, de veras.

—El objetivo es un tipo llamado Marshall Bowen, ese poli que se ha hecho medio famoso.

—Otro negro de mierda —gruñó Sal—. Con Freddy, siempre son negros. La carne oscura me gusta, pero no como dieta diaria.

Crutch abrió la guantera y sacó la petaca. Sal se la quitó y le pegó un trago rápido.

—Dime, cariño, ¿y llegaste a encontrar a esa Gretchen Farr de hace tanto tiempo?

—No. —Crutch le quitó la petaca—. Pero casi.

Sal la agarró otra vez. Le pegó un trago y la pasó. Crutch pegó un trago. Sal la agarró de nuevo y la sostuvo en el regazo.

—Yo tampoco la he visto. Gretchie era un ave de paso, a su peculiarísima manera.

Crutch cogió la petaca. Sal cedió de mala gana.

—Me contaste todo lo que sabías, ¿verdad?

—Bueno...

—Vamos, tío.

—Bueno...

Crutch cerró los puños.

—Oooh, qué miedo —dijo Sal. Crutch apuró la petaca. Sal se frotó el índice y el pulgar. Crutch sacó cien pavos. Sal levantó dos dedos. Crutch metió los suyos de nuevo en la cartera y le tendió otros cien.

Sal reclinó el asiento hacia atrás y clavó la vista en el techo. Tiró de su rizo y jugueteó con él.

—Bueno... Ya conoces el *modus operandi* de nuestra Gretchie. Follaba con montones de hombres, les pedía dinero prestado y luego desaparecía. ¿Ya nos hemos puesto al día, cariño?

—Sí —asintió Crutch—. Tú le presentabas a los hombres, pero no recuerdas sus nombres. Ella siempre se aseguraba de no joder con tipos que se movieran en los mismos círculos para que no pudieran comparar experiencias.

—Sííí —asintió Sal.

Crutch pegó un puñetazo al reposacabezas del asiento. Sal se revolvió y se rio.

—No me asustas, Crutchy. Y, francamente, no me creo nada de esos rumores que dicen que te has cargado a unos cuantos comunistas.

Una jaqueca lo atropelló como si fuera un tren de mercancías. Detrás de los ojos, descomunal. Sacó las aspirinas y tomó tres a palo seco. No sueltes prenda. No digas nada de esto.

Sal se quitó las sandalias y puso los pies en el salpicadero. La señorita Frufrú tenía los pies grandes y malolientes.

—Bien, antes de que habláramos de Gretchie por primera vez, la vi en una fiesta. Entonces no te lo conté porque todo me pareció tan irreal...

—¿Y?

—Bueno... Gretchie dijo que había una chica llamada María, conocida también como «Tatuaje». Había pagado para «salir del libro de los muertos», traicionó «a la Causa», pero cumplió «la penitencia». Créeme, nada de lo que dijo tenía ningún sentido para esta que te habla, hasta que Gretchie me dijo que María iba a venir a L.A., que era «la bomba», y me pidió si podía introducirla en el negocio del cine. Aquello ya lo entendí mejor y le dije que preguntaría por ahí, pero no lo hice porque Gretchie me debía mi comisión por los hombres que le había presentado, pero no me pagó nunca, así que, ¿cuál era el incentivo, si iba a timarme otra vez? Así pues, pasé de todo. Gretchie no volvió a mencionar a María y más o menos me pagó lo que me debía. Me dio una esmeraldita y unas hierbas. Era droga haitiana y vaya coloquio raro pillé...

Ahora, respira hondo.

—En serio, corazoncito —dijo Sal—, ¿has oído alguna vez una fantasía semejante?

(Los Ángeles, 6/3/71)

Trabajo de impresión y trabajo de tinta. Fíjate en los detalles.

Notas homo en servilletas. Extractos falsos de diario. Transferencia de huellas a novelas porno homo y textos de propaganda.

El refugio estaba tranquilo. Dwight trabajaba solo. La noche anterior había ido de bares. Había estado en El Jaguar, El Mercader y La Guarida del Halcón. Dejó billetes de dólar y se llevó servilletas. Todas las locas pensaron que era pasma.

Imprimió con movimientos irregulares. «¡Me encanta tu pelo!». «¡Cuando quieras, cariño!» y un número de teléfono emborronado. «¡¡¡Te he visto en la tele!!!». «¡Es increíble haberte visto aquí!».

Distintos tipos de letra. Papel arrugado. Basura en edición bolsillo, minucias del estilo de vida.

«Los duros y los más duros», de Lance Greekman. «La Gestapo amerikkkana», de Richard T. Saltzman, licenciado en Historia. «Mámalo entero» y «El demonio del semen». Disertaciones sobre la guerra del señor Hoover contra el doctor King.

Dwight aplicó las tiras de huellas. Ahora era como si Marsh ya hubiera tocado las tapas de los libros. Dwight escribió notas de enamoramiento marica. Teléfonos emborronados, trozos de servilleta, palabras medio tachadas. Marsh: «La tengo de 22 centímetros. ¿Y tú?».

Tenía el escritorio ordenado. Trabajaba con guantes de goma. Metía en bolsas de plástico sus creaciones. Ideó una entrada para el diario falso.

Piénsala de cabo a raro. Mecanografíala. Tienes una Underwood idéntica. Recuerda: retoca la «c» y la «j» minúsculas.

Estarás allí cuando se dé la convergencia. Joan introducirá un diario falso.

Eso significa más allanamientos. Marsh tal vez tenga un diario auténtico.

Dwight despejó el escritorio. Guardó los libros y las notas y sacó una libreta. La foto de Silver Hill estaba apoyada contra una lámpara. Karen, Dina, Eleanora. Su dirección/teléfono: «Si este hombre se ha perdido, devuélvanlo, por favor».

La tapó con un pañuelo. Suplantó los escritos de Marsh:

«Mi proceso de radicalización empezó de veras cuando descubrí que no podía controlar mis percepciones. Los síntomas físicos se manifestaban en proporción directa a mis intentos de mantenerlos reprimidos. Era como si un virus me hubiera invadido. Era mucho más desconcertante que el pánico que sufrí cuando fui absolutamente consciente de mi homosexualidad. Entonces fui presa de odio hacia mí mismo y ahora soy presa de un odio políticamente definido y expresado hacia fuera. Mi odio se ha centrado en objetivos inmediatos —el bestial Scotty Bennett, el

impenetrable explotador Dwight Holly, y mi alma máter racista, el DPLA— y ha ascendido gradual e inexorablemente hasta un nivel irresistible. No puedo detener la propagación del virus hasta que tome la antitoxina que sólo la muerte de Hoover creará».

Lo leyó de nuevo. Tapó el escritorio con una tela y salió a la terraza. Las nubes enmarcaban Silver Lake por arriba. Una bruma cubría la casa de Karen. Volvió a pasar la película de la pelea. Había asustado a Dina. Eleanora parecía estudiar la situación. A él le pasó algo por la cabeza. Eleanora sabía cosas que él ignoraba. Las sabía por Joan.

La mierda se revuelve en el *spiritus mundi*. Karen le habla a Joan de él. El camarada Tommy está en Memphis el día del golpe. Karen había leído los sueños y lo había abrazado durante las pesadillas. Joan se limitó a entenderlo.

Una ardilla se posó en la barandilla de la terraza. Dwight le echó bellotas suavemente. El animal las agarró con las patas delanteras y se largó a toda prisa.

El chisme de la puerta sonó. Dwight miró por la ventana lateral. Eleanora saltaba en el porche.

Dwight corrió al vestíbulo delantero y abrió la puerta. Eleanora se le lanzó a las piernas. Él la levantó con un solo brazo. Eleanora jugó a morderle el cuello.

Karen estaba apoyada en el poste del porche.

—Podrías haberte colado sin llamar.

—Eso me lo reservo para Media.

—Gracias.

—Ni lo menciones.

Eleanora se retorció. Dwight la dejó en el suelo y la niña entró en la casa corriendo.

—¿Cómo lo has sabido?

—He rastreado el brillo de los prismáticos —respondió Karen, entrando—. Me pareció detectar la presencia de un *voyeur* y apliqué geometría espacial.

Dwight se rio. Karen le pasó el brazo por la cintura. Él la llevó lejos del escritorio. Eleanora miró dentro de una caja de cartón. Dwight la cogió y se la llevó. La niña se soltó y señaló la caja. Puso cara de ¿qué pasa?

—Son pistolas de incriminar, cariño —dijo Dwight.

Karen dejó caer el bolso y le dio una patada.

—¿Me amas? —pregunto Dwight.

—Dios te maldiga, sí.

Anexos:

Trabajó en la sección de ficheros. Por dentro estaba relajado. Se sentía despreocupado y clandestino de madrugada.

Sacó expedientes de Antivicio y fichas de delaciones. Encontró expedientes de

redadas e introdujo el nombre de Marsh Bowen. Marsh en tres redadas de bares de locas, Marsh en un baile de travestís, Marsh en una fiesta antiblancos.

Se acercó al fichero de subversivos. Introdujo una ficha químicamente envejecida.

La había creado Joan. Él había suministrado la perspectiva. Un agente ya muerto había escrito la ficha, a finales del 65. Por aquel entonces, Marsh trabajaba para Clyde Duber. Marsh trabajaba contra Clyde para los Musulmanes Negros. El agente tenía sospechas. Clyde nunca lo supo.

Vendió títulos para tener efectivo y pagar el anticipo a Bob Relyea. Necesitaba el programa de viaje del señor Hoover. Volaría a Media al día siguiente.

Hojeó el índice de fichas de chivatazos. Algunos nombres le sonaron. Bill Buckley delataba a neonegratas. Chuck Heston delataba a fumadores de hierba. Sal Mineo delataba maricas a mogollón. Sal Salaz: un cebo fallido para la extorsión de Baynard Rustin.

Encontró más expedientes de incidentes callejeros. Escribió en uno de ellos con tinta azul y cursiva. Escribió en otros dos con tinta negra y letras de imprenta. Marsh, la abeja industriosa, 66 y 67. Puñetazos en el Klondike. Rollos lascivos con chicos en las fiestas *hippies* del amor libre de Griffith Park.

Dwight recogió su portafolios y salió. Vio a Jack Leahy en el ascensor.

—No me lo digas. No puedes dormir y te han empezado a molar las fichas.

—Eres el único federal que ha dicho alguna vez «molar».

—Cierto, pero no has contestado a mi pregunta.

—Las fichas de trapos sucios son adictivas —dijo Dwight pulsando el botón para bajar—. Pregúntaselo ya sabes tú a quién.

—No he hablado con el viejo sarasa desde ni se sabe cuándo. Tengo más rango que tú, pero habla más contigo que conmigo.

—Eres impolítico, Jack. Has olvidado de quién hablas y con quién hablas.

Las puertas se abrieron. Salieron. Las puertas vibraron y se cerraron.

—¿Alguien ha mandado que me sigan, Jack? Ya que somos unos insubordinados, agradecería una respuesta.

—Dwight Holly, el Ejecutor. —Jack sacudió la cabeza—. Colocado de café y cigarrillos desde que lo conozco, hace veinte años, y finalmente empieza a ver cosas.

Entró en el local tapadera. El teléfono sonaba con insistencia. Dejó caer el portafolios y, a oscuras, descolgó torpemente el receptor.

—Que no muera nadie —dijo Karen, y colgó.

(Los Ángeles, 8/3/71)

¡Alí! ¡Alí! ¡Alí!

El Congo resonaba con los gritos. Las retransmisiones pirata resplandecían en las licorerías y en las salas de billar. Tenían todos los canales de televisión. Los grupos de las aceras tenían transistores. Circulaban porros y botellas. Los grupos eran de entre diez y cien personas. Central Avenue era una cacofonía congoleña.

Los rayos catódicos rebotaban en los escaparates. Conexiones pirata: Mezquita 19, el Sultán Sam, Procesos capilares Cedric. La escena discurría dentro y fuera. En los aparcamientos bullía la acción. Unos macarras con zapatos de plataforma apostaban asalto por asalto.

Scotty pasó por Tiger Kab. La choza estaba abarrotada e iluminada por el televisor. El personal estaba embelesado. Fred O., Milt C., el mirón Crutchfield. Incontables zulúes del lado sur. Yonqui Monkey con guantes de boxeador encima de la tele.

Y Lionel D. Thornton, con una saca de dinero cerrada.

Scotty dejó el coche al ralentí en el aparcamiento. Marsh montó. Llevaba zapatos de suela de crepe y guantes. Scotty cogió sus guantes del salpicadero. Ambos miraron la choza.

La radio chirrió. La señal llegaba y se cortaba. Marsh tocó el dial. Interferencias y el veredicto. Frazier gana los puntos. Marsh apagó.

—Lleva una pipa —dijo Scotty.

—Lo sé. Un pequeño revólver, en la parte de atrás del cinturón.

—Irás caminando. No veo su coche.

—De aquí al banco hay seis manzanas.

Scotty pasó la petaca. Marsh bebió un sorbo.

—He perdido cien pavos.

—Te fiaré. He ganado tres boletos —dijo Scotty.

—¿Has apostado contra Alí?

—Estuve en Saipan. Los prófugos me cabrean.

—Dame el recuento. —Marsh le pasó la petaca—. ¿Infantería japonesa o atracadores? ¿Quién gana?

—Incendí un búnker de munición. Freí a cien japoneses mientras dormían. — Scotty tomó un trago.

—¿Y ganaste una medalla?

—La Cruz de la Armada. Bonita, pero no tan grande como la tuya.

Marsh sonrió. La petaca se movió a contrapunto. De la choza salió Lionel

Thornton.

Se dirigió hacia el sur. Las puertas del banco estaban en una calle lateral/de cara al sur.

—Lo pillaremos allí.

La acción de la choza explotó. Unos cabrones gritaban «Frazier». Otros cabrones gritaban «Alí». Dos hermanos intercambiaron puñetazos. Fred O. los separó. El televisor se cayó. Yonqui Monkey se golpeó contra el mostrador.

Scotty arrancó hacia el este y atajó hacia el sur por Stanford. Dobló hacia el este por la Sesenta y Tres y aparcó al otro lado de la calle.

—Esa puerta de carga y descarga —dijo Marsh—. A la derecha de la puerta principal. Ahí no nos verá.

—Faltan cuatro minutos para que llegue. —Scotty se puso los guantes.

Marsh tragó saliva. Estaba nervioso y sudaba un poco. Scotty notó su pulso.

—¿Qué tal los nervios, hermano?

—Controlados, hermano. Ya sabes que quiero esto.

—Entonces, vamos. —Scotty guiñó un ojo.

Cruzaron la calle. El hueco de la puerta los protegió. Marsh consultó su reloj. Scotty oyó pasos.

Ahora más cerca, más fuerte. Ahí está su aliento, su sombra, el manojito de llaves.

Ahí está la llave en la cerradura, el clic, la puerta que se abre. Saltaron.

Le cayeron encima. Lo asfixiaron. Lo empujaron dentro. La bolsa de dinero salió volando. Scotty le tapó la boca con la mano. Marsh desenfundó la pistola. Thornton pateó y se revolvió. Marsh recibió un zapatazo en la cara.

Thornton intentó morder. No podía abrir la boca. Marsh le dio puñetazos. Thornton respiraba con dificultad. Marsh agarró las llaves y cerró las puertas por dentro. Thornton siguió revolviéndose. Scotty lo hizo girar por encima de su cabeza y lo lanzó a ocho metros.

El cabrón voló. Todo su cuerpo hizo una voltereta en el aire. Rozó el techo con los pies y aterrizó junto a la jaula del cajero.

Gritó. Marsh acercó una lámpara de pie y arrojó luz sobre su rostro.

El suelo estaba oscuro. La lámpara era un foco directo. Iluminaba la cara de Thornton y nada más.

Gritó. Scotty le pisó el cuello. Dejó de gritar. Tenía la boca ensangrentada. Con el golpe le habían saltado los dientes delanteros.

Scotty asintió.

—Nos interesan los billetes manchados de tinta y los no manchados y las esmeraldas —dijo Marsh—. Ya sabes a lo que nos referimos. Creemos que tienes información que nos puede servir de ayuda.

Thornton se debatió. Scotty aplicó más fuerza al pie con que lo pisaba. Thornton dejó de debatirse. Scotty sacó su petaca de reserva. La pócima para confesiones del pastor Bennett: *bourbon* y Valium.



Marsh la cogió. Marsh agarró a Thornton por el pelo y lo levantó. Thornton abrió la boca. Marsh le echó un trago. Thornton casi lo vomitó. Marsh le pisó la cara y Thornton tragó.

Scotty asintió. Marsh retiró el pie. Thornton tragó aire. Thornton dijo:

—No.

Marsh lo abofeteó. Thornton le mordió la mano. Scotty lo agarró por el pelo y tiró de él hasta detrás de la jaula del cajero. Marsh desenrolló el cable y acercó la lámpara.

La jaula del cajero estaba oscura. La lámpara era un foco único de luz. Marsh iluminó la cara de Thornton.

—Aquí tienes las de perder —dijo Scotty—. Puedes hacerlo fácil o difícil, tú decides.

Thornton goteaba sangre. Un insecto se deslizó sobre ella. Marsh lo pisó. Thornton respiró hondo.

—Tú, blanco desgraciado, palurdo y pobre —dijo—. Y tú, Tío Tom de mierda.

Scotty asintió. Marsh sacó una porra y pegó a Thornton en las rodillas. Thornton se mordió el labio y contuvo un grito.

—El sargento Bennett y yo —dijo Marsh— hemos unido las informaciones que tenemos sobre el caso. Sabemos que blanqueaste una pequeña parte, al menos, del dinero del atraco. ¿Quieres hacer algún comentario al respecto?

Thornton escupió sangre y flemas. Thornton se arrastró hasta una columna de la pared y se incorporó. Thornton sacudió la cabeza. No, nada, que os jodan.

Scotty acercó la lámpara. Marsh la ladeó para que diera más luz. Thornton tenía la boca abierta y ensangrentada. Marsh cogió la petaca y le dio un trago.

Thornton intentó vomitar. Scotty lo asió por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Marsh volvió a darle de beber.

Ahora, gárgaras: sangre, bilis y bebida. El líquido empezaba a derramarse. Marsh le cerró la boca y lo obligó a tragar.

Thornton negó con la cabeza: *nyet, nein, no*. Marsh le soltó la boca y le pegó en las rodillas con la porra.

—El sargento Bennett y yo hemos investigado por separado y ahora hemos decidido compartir la información. Aquella mañana, los dos estábamos allí. Sería una estupidez que no colaborases.

Thornton sacudió la cabeza. Salieron despedidos unos dientes. Scotty le soltó el pelo. Thornton tragó sangre y sacudió la cabeza: *nein, nyet, nyet*.

—Yo tenía un vecino —dijo Marsh—. Era un médico anciano. Atendió a un miembro de la banda de atracadores cuyo líder lo había dado por muerto. El médico recibió veinte mil dólares en billetes manchados de tinta como pago por sus servicios. Él te dio el dinero y te dijo que lo devolvieras poco a poco a la comunidad. El atracador superviviente se recuperó y nadie lo ha vuelto a ver. ¿Algún comentario?

Thornton puso unos ojos como platos. Los latidos de su cerebro se volvieron

visibles. Muy listo, el jodido Marsh. Scotty pensó: «Oh, chico».

En la jaula hacía calor. Scotty estaba empapado. Marsh estaba empapado. Scotty vio un aparato de aire acondicionado en la pared y lo puso en marcha.

El aire frío zumbó. Thornton respiró hondo. Marsh le pegó con la porra en las rodillas. Thornton gritó. El traqueteo del aire acondicionado se sumó al ruido.

Marsh levantó la porra. Scotty sacudió la cabeza. Thornton parpadeó, deslumbrado por la lámpara. Scotty se acercó para hacerle sombra. Marsh se agachó junto a Thornton y le arreó en la barbilla.

—El sargento Bennett y yo creemos que el miembro superviviente era un joven químico llamado Reginald Hazzard. Tengo una teoría que todavía no he compartido con el sargento Bennett. Pienso que el joven Hazzard quizás encontró una forma de eliminar parcial o totalmente las manchas de tinta y que, siendo como eres un experto blanqueador de dinero, al final blanqueaste todo ese efectivo. ¿Algún comentario?

Thornton puso unos ojos como platos. Era verdad validada por el suero. Marsh, hijo de puta, eres un genio. El líder del atraco había abordado a Don Limpio por su cuenta.

Thornton se meó y se cagó en los pantalones. El loco de Marsh se incorporó con cara de asco.

Scotty guiñó un ojo. El aire acondicionado despidió astillas de hielo. Una cucaracha se deslizó en zigzag por el charco de sangre.

—Reginald Hazzard —dijo Marsh.

Thornton sollozó y escupió sangre.

—¿Quién envía esmeraldas a los negros necesitados?

Thornton rodó en el suelo para apartarse de la lámpara. Marsh le pateó la espalda. Scotty sacudió la cabeza.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marsh.

Scotty sacó la linterna y ajustó el haz de luz. Marsh sacó un rollo de cinta de embalaje y selló la boca de Thornton con ella. Scotty le esposó la muñeca derecha a una tubería de la pared. Fue telepatía. Registremos el lugar.

Trabajaron con dos linternas y las llaves de Thornton. Revolvieron, hurgaron, volcaron y lo pusieron todo patas arriba. Registraron el lugar por triplicado.

Abrieron todos los cajones de los despachos y todos los cajones de dinero.

Registraron todos los armarios.

Examinaron todas las estanterías.

Levantaron todas las alfombras.

Rajaron todas las sillas tapizadas.

Revolvieron todos los muebles.

Rompieron todas las lámparas.

Palparon todas las superficies, rincones y huecos en busca de los datos de la combinación de la cámara acorazada.

Lo hicieron una, dos, tres veces. Examinaron los fragmentos de todo lo que

habían roto.

—Aquí no hay nada —dijo Marsh.

—Sí lo hay —replicó Scotty.

—No es tan estúpido. Debe de tener algún lugar en su casa o un escondrijo en algún sitio.

Scotty sacudió la cabeza.

—Es un tipo complaciente. Aquí blanquea el dinero. Ha de tener registros a los que pueda acceder. Seguro que tiene una cámara acorazada en algún sitio.

Marsh corrió al lado de Thornton. Antes era Don Limpio y el Lavandero. Ahora era todo mierda, sangre y orina.

Marsh se puso unos guantes reforzados. Cuatro kilos cada uno, tiras de plomo en palma y dedos.

—Ahora, dímelo. —Marsh flexionó las manos. Marsh atizó a Don Limpio en la espalda.

Thornton sollozó y se enroscó en un ovillo. Scotty se acercó corriendo y separó a Marsh.

—No lo hagas. Estate tranquilo, hermano. Primero destrozaremos las paredes.

Marsh bajó los brazos. Sí, hermano, sí, de acuerdo.

Scotty lo soltó. Marsh golpeó el aire acondicionado. Scotty corrió al cuarto de mantenimiento y cogió una palanca. Marsh sonrió como un bobo.

Golpearon las paredes. Las partieron y las perforaron. Se turnaron en los golpes.

Despedían sudor. Estaban empapados. Se turnaron para recuperar el aliento y continuaron con los golpes.

Demolieron las paredes del despacho de Thornton, las paredes de la sala de descanso y las paredes del cajero. Llegaron a las propias paredes del banco y siguieron golpeando. Arrancaron tablero y madera. Comieron polvo de masilla y astillas. Oyeron a Thornton, que gemía y tosía. Demolieron y arrancaron, se turnaron para golpear.

Llegaron al vestíbulo trasero. Scotty se quedó atrás, exhausto. Marsh dio el primer golpe. Se desplomó un trozo de pared. Un libro de contabilidad de tela le cayó en las manos.

Estaba envuelto en plástico y cerrado con cinta adhesiva. Medía treinta centímetros por veinte. Scotty arrancó el plástico. Marsh examinó la primera página. Estaba llena de números y columnas. A la izquierda del todo, las fechas. La primera: 4/64.

Se limpiaron los ojos. Pasaron páginas. Vieron fechas, cifras y designaciones con un número de código. Vieron las cantidades del negocio diario y de lo que guardaba en el banco. La cifra total. Más de siete millones.

—El dinero del atraco es el capital inicial —dijo Marsh—. Lo blanquea y lo presta. Empezaron con dos millones y ahora ya llegan a siete. Eso es lo que tienen aquí. Es la contabilidad de lo que guarda en el establecimiento.

—Hay una cámara acorazada —dijo Scotty.

El libro estaba encuadernado en cuero. Marsh cortó los bordes de la tapa con la navaja y metió la mano dentro. Encontró una hoja de papel.

Un dibujo esquemático. Una caja negra. Números señalando la medida y la situación. Un escondite. Tal vez está aquí, tal vez no. Una cámara acorazada secreta. No la cámara principal.

Volvieron al lado de Thornton. Se había sentado. Su sangre era densa y se le pegaba a la piel. Tenía a su lado una montañita de dientes. Estaba cubierto de polvo de yeso y el sudor se había convertido en barro.

—¿Dónde está la cámara acorazada? —preguntó Scotty.

Thornton sacudió la cabeza.

—La cámara acorazada. —Marsh le mostró el dibujo—. La combinación.

—No —dijo Thornton.

Scotty le propinó una patada en la pierna. Thornton hizo un gesto obsceno con el dedo. Marsh le dobló el dedo hacia atrás hasta rompérselo. Thornton soltó un grito sofocado tras la cinta.

Marsh agarró la palanca y corrió hacia el vestíbulo. Scotty consultó su reloj. Llevaban tres horas allí dentro. Thornton escupió un diente en el regazo. Scotty le guiñó un ojo.

—Siempre me sorprende que los tipos listos como tú se pongan duros. Ahora todos deberíamos estar de celebración.

—Que te den por culo, blanco cabrón, basura.

Empezaron los golpes en las paredes. Marsh las aporreaba con fuerza y de prisa. El aire se llenó de más polvo y fragmentos de argamasa.

Marsh siguió golpeando. Thornton escupió sangre cargada de polvo. Scotty se sentó y cerró los ojos. Le dolía todo.

Los golpes cesaron.

—¡Ohhhh! —gritó Marsh y corrió hacia Scotty.

Scotty no abrió los ojos. Sus párpados pesaban dos toneladas cada uno.

—Es un archivo de recortes de prensa, hermano. Empieza en la primavera del 64. Tenemos recortes sobre los beneficiarios y una lista de sus nombres y direcciones. Esto es Historia con mayúscula, hombre. Están las familias de unos tipos que fueron linchados en Misisipí, las chicas de la iglesia de Birmingham, la mujer que perdió a su hijo en los disturbios de Watts.

Scotty abrió los ojos. Marsh cargaba con rollos de papeles y recortes de prensa. Thornton apretó la boca. Los dientes se le habían caído. Presionaba encía contra encía.

Marsh dejó caer los papeles. No se mancharon de sangre por poco. El aire gélido los hizo revolotear.

—Cientos, socio. Víctimas de tiroteos con la policía, enfermos, manifestantes heridos. Tenemos desde Mary Beth Hazzard y su difunto esposo hasta el excampeón

Liston en la ruina.

—Dame la combinación. —Scotty dio unos golpecitos cariñosos a Thornton.

Thornton sacudió la cabeza.

—¿Están aquí las esmeraldas?

—Que te den por culo. —Marsh le agarró el pulgar y se lo rompió.

ESO es un grito. Ha durado diez segundos.

—Cuéntame lo bien que conoces a Reginald Hazzard —dijo Scotty.

—Que te den por culo —dijo Thornton. Marsh le cogió el meñique derecho y se lo rompió.

ESO es un chillido. Ha durado doce segundos.

—¿Están aquí las esmeraldas? ¿Las has enviado a otro lado? ¿Te las envían aquí para que las envíes? ¿Está Reginald en el extranjero? ¿Quién más está involucrado en esto?

—Que te den por culo.

Marsh le agarró el pulgar izquierdo y se lo rompió.

Gritos y chillidos. De los que rompían los tímpanos. Un minuto entero.

Scotty sacó la petaca de propiciar la confesión. Marsh cogió a Thornton por el pelo y lo sacudió. Thornton abrió la boca por completo. Aspiraba como si le apeteciese. Sus ojos decían «una copa más».

Seguro, jefe. Invita la casa.

Thornton basqueó pero tragó el líquido. Scotty consultó su reloj. Un minuto para que hiciera efecto.

Thornton se puso rojo. Thornton se revolvió. El despegue se produciría a los cuarenta y tres segundos.

—No sé dónde está Reggie. Los envíos llegan desde el extranjero. Llegan camuflados por correo desde lugares distintos. Yo envío las esmeraldas, pero me llegan a través de una enlace.

UNA enlace. ¡Joder!

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—Descríbela —ordenó Marsh.

—Blanca. —Marsh tosió en seco—. De unos cuarenta años. Gafas, pelo oscuro con canas grises.

Marsh tuvo una reacción tardía. Scotty la leyó. Hermano, te conozco.

Thornton tosió en húmedo. Le caía un reguero de sangre por la barbilla.

—¿Dónde está la cámara acorazada?

—No voy a decirlo.

—La combinación.

—No la diré.

—¿Por qué no nos lo cuentas todo? Tenemos todo el tiempo del mundo para escuchar.

—No lo haré.

—Explícanos el código del libro de contabilidad.

—No lo haré.

Marsh flexionó los guantes reforzados. Scotty lo agarró por el brazo.

—Ve a su escritorio —dijo— y trae su agenda. Está en el cajón de arriba a mano derecha.

Thornton se inclinó hacia atrás y tembló. Marsh se marchó corriendo. Scotty inspeccionó las esposas de Thornton. Tenía las muñecas en carne viva.

Marsh volvió corriendo. Scotty estudió la agenda nombre a nombre. Leyeron a la luz de la linterna. Marsh se plantó a su lado. De la «A» a la «K», dos mujeres. Janice Altschuler y April Kostritch. Una sorpresa en la «L»: agente especial destinado en Los Ángeles John Leahy/FBI núm. 48770.

Dos mujeres más: Helen Rugert y Sharon Zielinski. ¿Enlaces? La vibración básica era «no».

Scotty tiró el libro. Marsh dijo:

—Altschuler, Kostritch, Rugert, Zielinski.

—Esas mujeres son funcionarias del ayuntamiento y abogadas —dijo Thornton con una tos entrecortada—. Ya he dicho que no sé el nombre de la enlace.

—¿Y adónde la llamas? —Scotty hizo chasquear los nudillos.

—No la llamo. Me llama ella a mí.

Marsh recogió el libro y lo hojeó. Scotty hizo chasquear los nudillos ante la cara de Thornton.

—¿Por qué está Jack Leahy en la agenda?

—Somos amigos. Jugamos a golf.

—¿Eres informante del FBI? ¿El 48770 es tu número de informante confidencial del Buró?

—¡No! ¡Jugamos a golf!

Scotty lo abofeteó. Thornton sacudió la cabeza. Scotty se secó sangre y mocos en la pernera del pantalón.

—¿Eres informante confidencial del Buró?

—Sí.

—¿Has conocido o trabajado con el fallecido doctor Fred Hiltz?

—¿Con el rey del odio? Joder, ¿por qué iba a hacerlo?

—El suero de la verdad. Me lo creo.

—Eres el chivato de Jack. ¿A quién has delatado?

—A basura del gueto, vendedores de droga y seguidores estúpidos de los Panteras.

Marsh tiró la agenda. Scotty le hizo una señal con la linterna. Marsh se la devolvió. Se miraron a los ojos. Tuvieron telepatía.

—¿Dónde está la cámara acorazada, señor Thornton?

—No lo diré.

—¿Por qué no nos has dicho todo lo que tendrías que habernos dicho en aras de una exposición completa?

—No eres más que un negro de mierda que habla de una manera enrevesada, tío.

—Llévanos a la cámara acorazada, por favor.

—No lo haré.

—¿Dónde están las esmeraldas? —intervino Marsh.

—Si lo supiera, no te lo diría.

Scotty se encogió de hombros.

Marsh se encogió de hombros.

La linterna taladró la cara de Thornton. Marsh sacó una pipa de incriminar y se lo cargó.

(Los Ángeles, 8/3/71)

A Sal Sarasa le gustaba la comida afro. Se lanzó a por el bufé de después del combate y comió mucho más que los hermanos. Estaba colocadísimo de maría. Tenía la libido subida. Devoraba alitas de pollo y disfrutaba de la masculinidad barriobajera. Marsh Bowen no estaba. Crutch quería que Sal viera a Marsh. El trabajo de Sal: encender la vibración de los dos.

La fiesta seguía adelante. Pedantería de Panteras. Fans facciosos de Frazier y musulmanes mongoloides.

Los gilipollas aprovechaban. El precio de entrada incluía papeo y una tabla de drogas. La comida la ponía la fonda Big Mama. Fred O. ponía la química. El consumo era desenfrenado. Los mendas se metían en los taxis de Tiger Kab y se desmayaban.

¿Dónde está Marsh?

Crutch bostezó. Tenía los nervios entumecidos. Su repetición de la jugada no paraba. Tatuaje quiere conocer a hombres del mundo del cine. Ha sido deshechizada. Las huellas del sobre: posiblemente, de Reggie Hazzard. Las de Lionel Thornton, seguras.

Sal comía col rizada. Crutch bostezó otra vez. Había estado leyendo. Sus últimos intereses: la química y la dialéctica izquierdista.

Se había puesto en la piel de Reggie Hazzard. Había enviado a Mary Beth otra carta pidiéndole documentos y no había tenido respuesta. Estaba leyendo los libros de Reggie. Siguiendo las instrucciones, había realizado algunos experimentos sencillos. Había licuado dos polvos y volado un cubo de basura. Había leído sobre la United Fruit y Guatemala. Se había dejado llevar por la narración. Los papeles del bueno y el malo se habían intercambiado. Tenía los ojos cansados. Empezaba a verlo todo ROJO.

Marsh entró en el local. Venía tembloroso y alterado. ¿Qué es esa mancha que lleva en el pantalón?

Sal se fijó en él. Sal puso cara de oh, la, la. Marsh fue al retrete. Crutch lo siguió. Marsh dejó la puerta entornada.

Marsh se lavó las manos. Las manchas oscuras se volvieron rojo claro y rosa. Mojó los puños de la camisa y restregó el tejido. Crutch olió sangre.

Marsh se lavó la cara. Marsh sacó un bolígrafo y escribió en su brazo izquierdo. Crutch forzó los ojos y lo vio:

FBI/48770.



(Media, 8/3/71)

Agencia Resident. Un almacén de expedientes de dos habitaciones. Una oficina en un edificio de cuatro pisos.

Media era Ronquilandia. Un tranvía recorría los veintidós kilómetros que lo separan de Filadelfia. La puerta principal estaba hecha a medida de una palanca de cabeza fina.

Son las 23:49. El mundo vibraba: Frazier gana a Alí.

Dwight aparcó en una calle lateral. Tenía una panorámica casi diagonal. Veía la puerta delantera y las ventanas de las oficinas.

El día antes, Karen lo había puesto al día. Habían discutido los resultados.

Su opinión: el señor Hoover lo silenciará. Eso significa hacer filtraciones a los medios. Ve a los grandes diarios. Cautiva a reporteros dispuestos a denunciar la corrupción. Deja que la historia vaya creciendo. Filtra páginas de expedientes a través de enlaces. Inventa un nombre para un grupo izquierdoso. Reivindica el robo de documentos en su nombre.

Joan discrepaba. Su opinión: estamos robando la gran revelación. La opinión de él: esto es el preludeo y la introducción. Los expedientes de Media son blandos. Detallan pugnas prosaicas y vigilancias rutinarias. Los documentos jugosos están en otro sitio. Nuestra operación los revelará. El FBI post Hoover no podrá silenciarlo. Media habrá sacado a la luz el término CONTRAINTELIGENCIA. La jerga federal distorsionará la verdad. Yo contaré al mundo lo que realmente significa. El Buró no puede replegarse después del golpe. Media habrá creado una protesta ruidosa y un clamor público. Después del golpe, la obcecación no funcionará. Me encontrarán. Romperé filas. Daré un paso al frente para testificar.

Dwight levantó los prismáticos. Una furgoneta entró en su campo visual.

Se apearon cuatro personas, dos hombres y dos mujeres. Vestían como gente ordinaria de mediana edad. Las mujeres llevaban grandes bolsos llenos de bolsas de la lavandería. Karen llevaba un traje pantalón de mamá de clase media.

Tenían el duplicado que él les había dado. Caminaron despacio hasta la puerta delantera y la abrieron. Karen manipuló el cerrojo con una ganzúa para simular que lo habían forzado.

Cerraron la puerta. Todo quedó a oscuras. Encendieron las linternas. Vayamos por la escalera de atrás, no nos arriesguemos a tomar el ascensor.

Dwight consultó su reloj. Era medianoche. Controló las cuatro ventanas. Pasó medio minuto. Los haces de luz de las linternas barrieron el espacio.

Pasó un coche por delante del edificio. Un Mercury último modelo. Un papá y una

mamá de los de club de campo. Papá puso la radio. Dwight oyó: «Alí».

Las linternas siguieron barriendo el espacio. Los cristales de las ventanas centellearon. Un coche patrulla pasó por delante del edificio. Dos polis gordos bostezaron.

Dwight contó minutos de vigilancia. La manecilla de los segundos avanzaba despacio. Las ventanas estuvieron a oscuras hasta que llegó a cuarenta y ocho. Muy bien. Eso es.

Vigiló el vestíbulo. Ahí están. Las bolsas de la lavandería van bien repletas. Salid. Id a la furgoneta y marchaos.

Los otros tres se adelantaron. Karen se quedó en la acera y se volvió hacia el coche. Él se besó los dedos y tocó el parabrisas. Karen levantó el puño.

**DOCUMENTO ANEXO: 12/3/71. Artículo del *Herald Express de Los Ángeles*.**

**CONMOCIÓN POR UN ROBO CON HOMICIDIO EN LOS ÁNGELES SUR  
DE LA INVESTIGACIÓN SURGE UN RETRATO COMPLEJO  
DE LA VÍCTIMA**

Lionel D. Thornton, de 51 años, presidente del Banco Popular de Los Ángeles Sur, encontró una muerte horrible el lunes por la noche. Tras regresar de presenciar el combate Alí-Frazier en el local de una conocida compañía de taxis de la zona, fue abordado a la puerta del banco y obligado a entrar. Luego, le robaron la recaudación de la compañía de taxis, lo torturaron y lo mataron. Las investigaciones preliminares del Departamento de Policía de Los Ángeles han revelado que, en un ataque de rabia, el ladrón o ladrones que lo mataron destrozaron el interior del banco buscando tal vez una cámara acorazada o dinero en efectivo que el señor Thornton guardara en el establecimiento. Lamentablemente, el móvil del crimen tal vez esté en unos rumores nunca confirmados sobre el propio señor Thornton.

«No puedo decir más que cosas buenas respecto al señor Thornton», ha dicho el jefe de la investigación, el sargento Robert S. Bennett, a los reporteros en una rueda de prensa convocada apresuradamente el martes por la tarde. «Ha sido un puntal de la comunidad negra del barrio durante muchos años, como puede verse por la conmoción que ha causado su muerte y las muestras de dolor que no dejan de llegarnos desde que esta mañana se ha hecho pública su muerte».

El sargento Bennett, de 49 años, está al mando de seis detectives encargados de resolver el caso, que trabajan en él con dedicación completa para poner al criminal o criminales en manos de la justicia. «Personalmente, creo que el señor Thornton fue un hombre de conducta intachable», ha dicho a los reporteros. «Una vez dejado esto claro, creo que este caso está relacionado con un rumor que circula desde hace mucho tiempo en la zona sur, según el cual el señor Thornton tenía contactos con el crimen organizado y guardaba en el banco dinero blanqueado. Creo que el móvil del robo fueron estas informaciones falsas que han circulado durante tanto tiempo. La tragedia es que el señor Thornton dio la vida por dos mil dólares de la recaudación de los taxis y que el sospechoso o sospechosos lo mataron y destrozaron las instalaciones del banco en busca de algo que no estaba allí».

La investigación continúa. El sargento Bennett y su equipo de seis hombres encabezarán los esfuerzos por detener al asesino o asesinos de Lionel D. Thornton. La oficina de Los Ángeles del FBI realizará una investigación complementaria supervisada por el agente especial John C. Leahy, que está al cargo de dicha oficina.

**DOCUMENTO ANEXO: 12/3/71. Transcripción literal de una conversación telefónica del FBI. Encabezamiento: «Grabada a instancias del director/Clasificada Confidencial 1-A: Estrictamente reservada al Director».** Hablan: el director Hoover y el agente especial Dwight Holly.

DH: Buenos días, señor.

JEH: Decididamente, no lo son.

DH: ¿Señor?

JEH: Alguien entró a robar el lunes por la noche en la Agencia Resident de Media, Pennsylvania. Han desaparecido muchísimos expedientes.

DH: ¿Está controlada la noticia, señor? Y perdone mi ignorancia, pero no sé dónde está Media.

JEH: Es una oficina con dos empleados, cerca de Filadelfia. En el depósito de expedientes se guardan los sobrantes de las oficinas de Nueva York, Boston y Filadelfia. Forzaron la cerradura cuando los policías locales estaban en la pizzería Shakey, viendo repeticiones de la batalla de

los simios entre Cassius Clay y Smokin' Joe Frazier.

DH: ¿Está controlada la noticia, señor?

JEH: Sí, lo está. Los propios agentes que trabajan en la oficina descubrieron el allanamiento. Se saltaron al DP de Media y llamaron al agente especial de Filadelfia. Lo ocurrido en Media todavía no ha llegado a los medios.

DH: ¿Y los expedientes, señor?

JEH: Según el criterio de la oficina de Los Ángeles, son insulsos. Según el criterio de esos cabezas de alcornoque, los defensores de las libertades civiles, son terribles. Hemos perdido expedientes de vigilancia, grabaciones clandestinas y adendas de informes de CONTRAINTELIGENCIA.

DH: Es un quebrantamiento de la seguridad insólito, señor.

JEH: Dwight, hoy tiene la cabeza enlodada y se deshace de emoción. Las estancias prolongadas en los sanatorios socavan a la gente fuerte, que acaba confundiendo sus estados emocionales con el mundo.

DH: Sí, señor.

JEH: Eso está mejor. El viejo «Ejecutor». Cortante y sumiso.

DH: Sí, señor.

JEH: Mejor todavía.

DH: Sí, señor.

JEH: Estoy seguro de que nuestros pensamientos siguen líneas similares. ¿Qué grupo marginal de lunáticos reivindicará la acción? ¿Harán públicos los expedientes? ¿A qué traicionero periodicucho rojo los entregarán?

DH: ¿Cuántos agentes hay trabajando en ello, señor?

JEH: Cuarenta y seis, a dedicación completa. Naturalmente, no hay testigos y los ladrones no dejaron pruebas físicas.

DH: Preguntaré a mis informantes, señor.

JEH: Hágalo. Ofrezca incentivos en metálico y emplee sus métodos de intrusión habituales con mi plena autorización.

DH: Sí, señor.

JEH: He enviado un informe general a todos nuestros agentes de campo. Ahora mismo, estamos reforzando la seguridad de todas las instalaciones donde se almacenen expedientes.

DH: Sí, señor.

JEH: No subestime mi determinación de impedir nuevos allanamientos. No subestime mi robusto estado de salud. Mi médico, el doctor Archie Bell, me considera un espécimen extraordinario.

DH: Sí, señor.

JEH: El presidente Nixon tiene una enfermedad mental. Se niega a informarme de que volverá a nombrarme director después de su reelección, la cual es un hecho consumado. Le hablaré claro porque yo no me corto, hermano Dwight. Dick el Tramposo me ha pedido que espíe a los principales candidatos demócratas, lo cual he rehusado hacer. Me estoy tomando mi tiempo para responder y el chico Nixon empieza a ponerse nervioso.

DH: Mola muchísimo, señor.

JEH: Lo sé, Dwight. ¿Y su salud mental? ¿Ha recuperado su ruda visión de la vida?

DH: Sin lugar a dudas, señor.

JEH: Hemos perdido algunos expedientes, pero al final venceremos. Con los expedientes que tengo en mi sótano perfectamente seguro, el mundo se vendría abajo.

DH: Muy enrollado, señor.

JEH: Que tenga un buen día, Dwight.

DH: Igualmente, señor.

DOCUMENTO ANEXO: 12/5/71. Transcripción de conversación telefónica LITERAL FASE-1/CONTACTO CERRADO/Circuito de acceso restringido, expediente cerrado núm. 48297. Hablan: el presidente Richard M. Nixon y el agente especial Dwight C. Holly, del FBI.

RMN: Buenas tardes, Dwight.

DH: Buenas tardes, señor Presidente.

RMN: Hacía demasiado tiempo que no hablábamos, amigo mío...

DH: Coincido con usted, señor.

RMN: ¿Se mantiene ocupado?

DH: Sí, señor.

RMN: De eso se trata. De seguir adelante mientras el cuerpo aguante.

DH: Un consejo muy sabio, señor.

RMN: Lo es. Con respecto a eso, he de decir que seguro que quien usted ya sabe está muy preocupado por ese robo.

DH: Lo está, señor. Hemos estado hablando de ello esta mañana. ¿Puedo preguntarle si ha sido él quien le ha informado de lo sucedido?

RMN: Me ha llamado el fiscal general. Me ha dicho: «Es posible que el viejo sarasa tenga la polla debajo de una apisonadora».

DH: ¿Puedo ser rudo, señor?

RMN: Por supuesto, Dwight. ¿Por qué medir las palabras? Yo sólo lo llamo cuando llevo unos cuantos lingotazos y me apetece la rudeza.

DH: Los ladrones reivindicarán o no la acción y filtrarán o no los expedientes. Dicho sea de paso, añadiría que Media, en Pennsylvania, es la Siberia de los almacenes de expedientes y que todos los datos que hay en esos archivos son anteriores a su administración.

RMN: Eso me gusta.

DH: Ya lo suponía, señor.

RMN: Mis temores son que quien usted ya sabe esté enfermo hasta el punto de usar los expedientes que tiene sobre mí para no perder su puesto.

DH: Usted será reelegido el próximo noviembre. La toma de posesión de 1973 me parece una buena fecha para que suelte lastre.

RMN: Eso me gusta.

DH: Ya lo suponía, señor. Y déjeme añadir, por favor, que si alguien reivindicara el robo de los expedientes y, como resultado, éstos se divulgaran, quien usted ya sabe se lo pensaría dos veces antes de difundir informes con ánimo de desprestigiar.

RMN: Dwight, es usted mi hombre principal.

DH: Gracias, señor.

RMN: En lo que respecta a las próximas elecciones, el viejo sarasa está tomándose su tiempo antes de responder a cierta cuestión. Habría que ponerse en marcha rápidamente, ¿no le parece?

DH: Francamente, señor, yo también lo veo así.

RMN: Usted es muy perspicaz. La próxima vez hablaremos de esto.

DH: Sí, señor.

RMN: ¿Puedo hacer algo por usted?

DH: Una cosa, señor.

RMN: Le escucho.

DH: La oficina de L.A. está mejorando la seguridad de los archivos. Los agentes temen que quien usted ya sabe se presente por sorpresa antes de que terminen el trabajo. ¿Podría conseguirme su programa de viaje a través de alguien del departamento de Justicia?

RMN: Pues claro, Dwight. En absoluto secreto. Como todas nuestras conversaciones.

DH: Gracias, señor Presidente.

RMN: Adelante, chico.

(Los Ángeles, 13/3/71)

Scotty garabateaba.

Su cubículo constaba de tres paredes. Dibujaba pequeñas esmeraldas. Les añadía el símbolo femenino de los griegos. Significaba: «¿Quién es la mujer?».

Era temprano. Los chicos del turno de noche lo habían dejado todo hecho una mierda. Él se había adueñado del caso. Había mandado a sus hombres a seguir pistas falsas. Había visto el primer informe forense. Los cubría por completo. El equipo técnico no había encontrado pistas en su primer reconocimiento. Eso significaba que quedaba un reconocimiento más y basta.

Habían robado la recaudación de Tiger Kab y nada más. Jack Leahy también investigaba por cuenta del FBI. Don Limpio era un chivato de los federales. Se superponían aspectos de mutua complacencia.

La cámara acorazada. De momento, nadie la había encontrado. El hermano Bowen resistía bien.

Scotty revisó una lista. Fred O. se la había enviado por télex. Los invitados que habían estado en Tiger Kab la noche del combate, por orden alfabético:

Milt C. y Fred T. Lenny Bernstein y Wilt Chamberlain. Ahí está Sal Mineo, al cuidado del mirón Crutchfield. Se suponía que el sarasa Sal iba a encontrarse aquella noche con el macho Marsh.

Scotty siguió leyendo la lista.

Ahí: Marcus y Lavelle Bostitch.

Vivían en Watts. Ocupaban una choza detrás de la mezquita de Mumar núm. 2. Yonquis, atracadores, pedófilos. Candidatos al Premio Nobel de la Paz.

Los chicos Bostitch se movían sin coche. En ese sentido, eran legendarios. Rulaban en bicicletas de sillín con respaldo y manillar elevado.

Las bicis no estaban. La puerta no estaba cerrada con llave. Los musulmanes de la mezquita estaban ruidosamente absortos en Alá. Scotty entró.

Llevaba un equipo de pruebas. Llevaba una navaja de bolsillo y tres rollos de dinero de Tiger Kab. Llevaba tarjetas de huellas, cinta de huellas, polvo de huellas y seis bolsas de plástico.

El antro apestaba. Era hedor de yonqui. Higiene deficiente y supuración. Lo registró de arriba abajo. Allí no había armas. Eso no significaba nada.

Dos sillas tapizadas, suelo de linóleo, un colchón. Sin cocina, baño, armarios o estanterías.

Manos a la obra.

Scotty movió el borde del colchón y metió los tres rollos de dinero debajo. Scotty

abrió una bolsa de plástico y espolvoreó la estancia con restos del derribo de paredes del banco. Scotty recogió cabellos rizados del alféizar de la ventana y los metió en la bolsa.

Empolvó los umbrales y cuatro superficies más. Obtuvo dos series de huellas latentes. Las comparó con las de las tarjetas. Los chicos Bostitch, diez puntos de coincidencia cada uno.

Las transfirió a la cinta y las guardó en los tubos de huellas. Guardó en la bolsa fibras de la silla y más pelo. Guardó suciedad y residuos de polvo. Dejó una pistola de incriminar escondida junto al colchón.

Los infieles seguían cantando. Scotty pasó junto a la mezquita y montó en el coche. Un negro de mierda con un fez en la cabeza le hizo un saludo tipo plegaria. Scotty se lo devolvió.

Escenario del crimen: DPLA/FBI. Cinta amarilla y policías alrededor del edificio del banco.

Scotty enseñó la placa al tipo de la puerta. El tipo lo dejó pasar. Los suelos estaban cubiertos de lonas. Había cedazos apilados hasta un metro de altura. Los restos recogidos llenaban bolsas gigantescas. La jaula del cajero olía a Luminal. Iban a analizar la sangre para saber el grupo. Tal vez Thornton había herido a los asesinos mientras éstos lo mataban.

Incorrecto.

Scotty entró en la oficina de Don Limpio y cerró por dentro. Transfirió las huellas de las tiras a las paredes y las estanterías. Espolvoreó la estancia con pelos, polvo y suciedad. Metió un billete de cien ensangrentado debajo de una alfombra.

Abrió la puerta y salió. El camión del almuerzo alimentaba a los policías. Jack Leahy estaba sentado en un coche de los federales. Scotty se acercó.

—Déjeme que adivine. El Lavandero tenía algunas conexiones ante las que tiene que ser precavido. El señor Hoover le ha dicho que eche un vistazo.

—En una palabra, sí.

—Ahí dentro hay un buen caos. La policía científica no encontró nada en el primer pase que hizo. He ordenado un segundo.

—Siempre has sido muy meticuloso.

—Don Limpio se merece lo mejor —sonrió Scotty—. Gané dinero apostando por Frazier y me siento generoso.

—¿Sospechosos? —Jack se limpió las gafas.

—Dos varones negros. Estuvieron en Tiger Kab viendo la pelea. Creo que siguieron a Thornton hasta aquí y le saltaron encima.

Pasó una ruina rodante. Dos hermanos saludaron a la pasma alzando el puño.

—Esto empieza a recordarme el caso de Fred Hiltz —se rio Scotty.

—Sí, lo admito —dijo Jack.

- De ese caso te apropiaste tú, pero aquí no lo permitiré.
- De momento, lo admitiré —dijo Jack.
- Hiltz era informante del Buró. Me huelo que Don Limpio, también.
- Sin comentarios.

La mezquita de Mumar cerraba por las noches. Las dos Schwinn estaban fuera. Bicicletas de jungla. Tapicería y faldones de guardabarros de imitación de piel de cocodrilo. Neumáticos lisos de carreras y bocinas aaa-ooo-gaaa.

Scotty miró por la ventana. Oh, hermanos, qué amables por vuestra parte.

Eran unos insensatos. Tenían el torniquete puesto y estaban soñando con Saturno. Cucharas, jeringas y caballo blanco a plena vista.

Scotty se puso unos guantes y entró. Marcus y Lavelle dormitaban en sendas sillas. Scotty sacó dos pistolas de incriminar. Marsh había matado a Don Limpio con la pistola número uno. La número dos procedía de una redada de traficantes de droga del año 62.

Paz, hermanos.

Scotty puso la pistola número uno en la mano derecha de Marcus y le dobló el dedo índice sobre el gatillo. Levantó la pistola y colocó la boca del cañón pegada a la oreja de Marcus. Puso su propio dedo en el gatillo y presionó.

El disparo sonó fuerte. Marcus se desplomó hacia atrás, muerto. La bala se le alojó en el cerebro. Scotty dejó caer el brazo de la pistola. El arma cayó junto a la mano.

Scotty puso la pistola número dos en la mano derecha de Lavelle y le dobló el dedo índice sobre el gatillo. Levantó la pistola y colocó la boca del cañón pegada a la oreja derecha de Lavelle. Puso su propio dedo sobre el gatillo y presionó.

El disparo sonó fuerte. Lavelle se desplomó hacia atrás, muerto. La bala se le alojó en el cerebro. Scotty dejó caer el brazo de la pistola. El arma cayó junto a la mano.

Unas bonitas quemaduras de pólvora. Empíricamente correctas y coherentes con los libros de texto. Un bonito reguero de sangre por la boca. Después, una gran hemorragia por los ojos.

(Los Ángeles, 14/3/71)

FBI/48770.

Mézclate con ellos. Eres un currante. Los engañarás.

El día anterior había estudiado al equipo de trabajo. Llevaban monos y almorzaban con sus fiambreras en el césped de la oficina federal. Los agentes los contaban por la mañana. Por la tarde, no. Eres un menda currante más.

Clyde había dicho que habían entrado a robar en unos archivos de los federales cerca de Filadelfia. Aquello imponía que se tomaran más medidas de seguridad. Clyde había dicho que los números de cinco cifras eran los códigos de los chivatos. Mierda/joder. Probémoslo.

Crutch comía un bocadillo de mortadela. Los currantes pasaban de él. Todo es lo mismo. Don Limpio muere. Marsh con las manos manchadas de sangre. Scotty se apropia del caso, suicidios de yonquis, caso cerrado.

Sonó un silbato. Los currantes se pusieron en pie y se desperezaron. Seis tipos más él. Que no nos cuenten, por favor.

Crutch se confundió con ellos. Nadie dijo nada. Llevaba barba de dos días y una gorra de pintor. Se había manchado la cara de pintura.

Entraron en el vestíbulo. Un federal los subió en ascensor. Crutch se agachó entre dos polacos gordos. Nadie dijo nada.

El ascensor se detuvo en la planta once. El federal los llevó por un pasillo. Dwight Holly pasó junto a ellos con una tablilla de notas. No vio una mierda.

El archivo estaba junto a la sala principal de la brigada. Era grande como un hangar de aviones.

El federal se despidió. Los currantes se dispersaron. Empezaron a desatornillar las guías de los estantes. Crutch se alejó seis pasillos y los imitó.

Trabajó despacio. Los otros tipos movían paneles. *Ahora lo entiendo. Se trata de proteger las estanterías de los expedientes. Que sólo se pueda acceder a ellos abriendo la cerradura con llave.*

Estantes de expedientes, hileras de expedientes, pilas de expedientes. Índices encuadernados colgados de una cadena. «ICB». En la jerga abreviada de los federales: «Informantes confidenciales del Buró».

Los currantes de verdad curraban. La colocación de los paneles y de las cerraduras iba depriiisa. Crutch trabajó rápido. Ahora, hazte el industrial. Aprieta unos cuantos tornillos.

Se separó de los otros. Abrió las carpetas con los índices de contenido. Revisó dieciséis hileras de expedientes. Las abreviaciones se confundían. Núm. 17:



«ICB/00001».

Tragó saliva. Miró hacia arriba. Contó números y estantes hasta el techo. La madre que los parió: la serie de los que empezaban por 4 alto estaban arriba de todo.

No había escaleras. Tendría que encaramarse.

Lo hizo. Las estanterías temblaron. Se agarró como un mono, se impulsó hacia arriba y ascendió. Llegó a la cima. El techo estaba cerca.

Se arrastró. Comió polvo, gomas elásticas e insectos que llevaban años muertos. Miró por encima del borde y vio los 4-5, los 4-6 y los 4-7. Contuvo estornudos. La estantería se sacudió. Llegó a los 4-8. Vio la etiqueta roja del expediente que buscaba.

Lo sacó.

El Lavandero del Orgullo Negro, un cobarde chivato de los federales.

Sólo delataba a atracadores. Informaba al jefe de la oficina, Jack Leahy. Su relación empezaba en el 63. Los nombres de los atracadores estaban tachados con tinta. *Está todo demasiado cerca. Es como si todo fuera uno.* Nada es tangencial. Lo tengo todo aquí, al alcance de la mano.

La estantería se meneó. Crutch casi vomitó el almuerzo. Chivatazos de atracos. Diseminación y desinformación. Tenía que ser eso.

Crutch estornudó. La estantería se hundió. Casi dejó caer el expediente. Una página se soltó: Vio un párrafo tachado con tinta negra. Dios le habló: Jack Leahy había tachado el expediente de Joan Rosen Klein.

(Los Ángeles, Misisipí rural, 15/3/71 — 18/11/71)

La Operación.

Nunca le dieron nombre. No lo necesitaban ni lo querían. Nunca intercambiaron informes. No había necesidad de referenciar su trabajo con papeles. Las siglas resultaban autocomplacientes y satíricas. Olían a federales pueriles jodiendo a los privados de derechos civiles sólo para divertirse.

Hizo su trabajo de archivo de una manera rutinaria y se dedicó a la Operación con todas sus fuerzas. Un ayudante de Nixon le había mandado el programa de viajes del señor Hoover. El viejo sarasa estaba frágil. Cada vez viajaba menos. Este año no tenía previsto ir a L.A.

Dormía bien. Tenía los nervios en su sitio. Se deshizo de su reserva de priva y pastillas. Imaginó que lo seguían y emprendió acciones evasivas. Los coches que lo seguían desaparecieron. Sólo era miedo residual.

El viejo sarasa confiaba en él. La Operación era segura. Su refugio seguía inviolado. Nadie lo vigilaba.

Se olvidó de los seguimientos y fue de un lado a otro en coche. Se estaba recuperando de la crisis. Iba de tarea en tarea sin paranoias. La Operación era inabarcable. Nadie sospecharía de sus objetivos ni discutiría los resultados. A continuación, habría una avalancha de papeles. Media había sido una suerte de anuncio. El Acontecimiento era inevitable.

Joan trabajaba con él, tarea tras tarea. Comprendía el nivel de minuciosidad requerido. Hablaron, tramaron, construyeron un gran laberinto de papel. Joan se negó a explicar en detalle su sorprendente afirmación.

«He querido matarlo desde que era pequeña, pero no te diré por qué».

Él no volvió a preguntárselo. Tampoco se lo preguntó a Karen. Rastreó más documentos sobre sus familiares conocidos. Todas las fichas se habían perdido, se habían archivado mal, se habían desviado o habían resultado destruidas o robadas. Abandonó el asunto. En realidad, no tenía por qué saber nada de eso. Ella se lo diría o no. Se descubrió cada vez menos curioso. La Operación era de los dos. El alcance brutal de ésta era lo que los vinculaba.

La entrada en el edificio de Media había funcionado. Karen y su equipo seguían siendo anónimos. Karen había filtrado los expedientes a través de una serie de enlaces. El *Washington Post* los divulgó el 24 de marzo. El *New York Times* y el *Village Voice* lo hicieron a continuación. El clamor creció. Karen atribuyó las filtraciones al «Comité de Ciudadanos para investigar al FBI». El hombre de la calle pudo echar un vistazo a expedientes de vigilancia insulsos. La mujer de la calle se

enteró de lo que era la CONTRAINTELIGENCIA. El señor Hoover hizo unos comentarios aturullados. El presidente respiró aliviado. Los expedientes sólo revelaban embrollos previos a la administración Nixon.

Había funcionado. Joan lo reconoció. El acontecimiento se desvanecía de los medios de comunicación y volvía a aparecer. Los periodistas izquierdosos seguían hincándole el diente. El término CONTRAINTELIGENCIA estaba incrustado en el subtexto. El Acontecimiento grabaría ese concepto en sangre.

El trabajo era tenso. La Operación era su sostén ideológico. A Joan, la Operación la impulsaba de una forma absolutamente vindicativa. Para ella, era una *vendetta*. No quería revelar el origen de su viaje de venganza. Se estaba quedando demacrada. La muerte de Lionel Thornton la había alterado. Era un blanqueador de dinero en el peor de los casos y un sobornador de políticos en el mejor. Joan no quería hablar de ello. Siempre decía lo que había dicho siempre: «No te lo diré».

Joan dormía con él en *suites* de hotel y trabajaba con él en el bungaló. Las noches que dormía con Karen se alojaba en pisos francos. Estaba preocupada por Celia. Hacía llamadas telefónicas a la R.D. para tratar de encontrarla. Rechazó sus ofrecimientos de ayudarla.

Se sentaba sola en la terraza. Bebía té y tomaba cápsulas de hierbas. Él le robó unas cuantas y las mandó analizar. Eran pociones haitianas para la fertilidad. Joan tenía cuarenta y cinco años y quería quedarse embarazada. Un hijo de los dos: la idea lo dejó pasmado. No había posibilidades de concepción. Él lo sabía. Nunca lo decía. Nunca mencionó las cápsulas haitianas. Observó cómo su cara se reconfiguraba mientras intentaba forzar su cuerpo. Se recreó en aquella insana tarea y en su tenacidad.

La casa de Karen estaba al pie de una pendiente. Utilizó los prismáticos y observó a las niñas mientras jugaban. Karen le había informado de lo de Media y no le había dicho nada más. Su relación de informante había terminado formalmente. Él lo aceptó. Karen dijo que lo de Media era una deuda que tenía con él y con Joan y, respetuosamente, afirmó que ya la había pagado. Él dijo que sí. Karen nunca volvió al bungaló. Él llevaba la foto de Karen con las niñas. Ella le mandaba mensajes nocturnos codificados. Captaba su presencia en la terraza y ponía los cuartetos de cuerda de Beethoven a todo volumen. Dejaba la luz de la cocina encendida para indicar la procedencia del sonido.

La música invadía sus sueños. Wayne sustituyó al doctor King. Ríos y cocodrilos en Haití. Explosiones en la R.D. y demacrados hombres alados.

La Operación siguió adelante. La convergencia seguía siendo el único obstáculo. Voló a Misisipí cuatro veces. Bob Relyea seguía comprometido con el golpe. Bob practicaba. Bob mantendría la boca cerrada. Bob no sabría quién era el objetivo hasta el mismo día del golpe.

Se había colado en casa de Marsh Bowen otras seis veces. Buscaba un diario escondido y no lo encontraba. Joan estaba segura de que Marsh escribía un diario

sincero. Su ensimismamiento típico de actor así lo indicaba. El diario falso que ellos estaban creando era el deus ex machina de la Operación. Tenían que asegurarse de que no aparecería un diario real.

Marsh trabajaba en el turno de noche y daba charlas sobre motivación a otros agentes del orden. Dwight lo espía sin cuartel: Registro de su basura, registro de sus escritorios, registro de las paredes por si sonaban a hueco. Muchos libros de arte y folletos turísticos de Haití. De momento, nada de diarios.

La sección de archivos ya tenía la seguridad reforzada. Era una precaución que se había tomado post Media. No importaba. Era agente del FBI y tenía llaves de acceso. Ahora los expedientes de Marsh Bowen ya habían sido modificados profundamente. El sargento Bowen era insensatamente promiscuo. El sargento Bowen era políticamente inestable desde hacía muchos años.

Se quedaba en la oficina hasta muy tarde. Charlaba con el mordaz Jack Leahy. Jack tenía una fijación con la decrepitud galopante del viejo sarasa. Lo de Media era una chorrada. Jack lo consideraba previsible. Tenía la pensión segura y era de naturaleza bronco. Lo ocurrido no parecía importarle un carajo.

Dick Nixon se ponía bronco después de un par de copas. Llamaba a Dwight dos veces al mes. El señor Hoover lo llamaba el doble de veces. Nixon estaba picado con Hoover. Hoover estaba picado con Nixon. El Presidente se medio emborrachó y dio rienda suelta a su frustración. Hoover rabiaba para que le dieran seguridades en medio de grandes meteduras de pata mentales. Hablar con el Ejecutor los consolaba a los dos. Era el pistolero, de vuelta de una crisis nerviosa.

Y a él, ¿qué lo consolaba? El diario de Marsh.

Está creando un mundo de hombres desquiciados *in extremis*. Atribuye sus sueños a Marsh. El discurso de Marsh está moldeado por su discurso con Karen y Joan. Los diarios de Marsh parecen casi utópicos. Rechaza el mundo como es y profetiza el que podría ser. Las entradas abarcan desde el inicio de HERMANO MAAALO y llegan hasta el presente. Marsh se siente culpable de haberse aprovechado del «tiroteo entre militantes negros». Está decidido a matar a J. Edgar Hoover. Su papel de actor-policía le ha dado la gloria y ha ocasionado muerte. Su confusión moral es el contrapunto de su torturada vida interior y de su cotidiana complacencia en la perversión.

Ha añadido detalles de su propia crisis. La crisis de Marsh es su propia crisis hiperradicalizada. Ha creado un vínculo Holly-Bowen que no existía. Los dos hombres hablan de la crisis mental como un violento llamamiento a las armas y como el medio para trascender una patología egoísta. Dwight describe las políticas públicas como pesadillas privadas y como vehículo de expiación. Qué se siente al tener que hacer algo para no volverse loco. Su historia y la historia de Marsh, recuperadas.

Ha llegado a sentir cariño por Marsh. No lamentará matarlo.

(Los Ángeles, 15/3/71 — 18/11/71)

Frustración. Jodidamente incesante. Día tras días.

El gran jurado del condado condenó póstumamente a los chicos Bostitch. Scotty respiró tranquilo. Los hermanos habían matado a Don Limpio y habían hecho un pacto de suicidio. Muy bonito, pero el caso del atraco al furgón blindado seguía parado.

*¿Quién es la mujer?*

Era el conducto de Thornton y su enlace en el asunto de las esmeraldas. Una mujer impregnó la delación de Jomo. Marsh da un respingo cuando él dice «mujer». Marsh se presenta bifurcado: es creíble e indigno de confianza a la vez.

*¿Quién es la mujer?* Marsh cree que estaba implicada en la OPERACIÓN HERMANO MAAALO. Bonito, pero:

No puede presionar a Dwight Holly. Dwight es sutil y más listo que el demonio y lo presionaría a él como réplica. No puede presionar a Jack Leahy. Jack está al día de la OPERACIÓN HERMANO MAAALO. Jack es sutil y más listo que el demonio y lo presionaría a él como réplica.

Frustración absoluta. Noche tras noche.

Habían robado el registro del reparto de las esmeraldas y el libro de contabilidad codificado. Intentó descifrar el código. Dedicó meses a ello. Pensó en contratar a un criptógrafo. Un profesional tal vez lo lograría. Finalmente, rechazó la idea. El profesional se enteraría y habría otro cabo suelto más.

Los censores de cuentas de los federales pusieron patas arriba el Banco Popular. Scotty fue con ellos y con Jack Leahy. Derribaron paredes, levantaron suelos y destrozaron los techos. Encontraron la caja acorazada del dibujo de Don Limpio. Dentro: una palanca de droga y 89.000 dólares.

Un apaño. Una solución provisional que se había prolongado. Una medida contra posibles desenmascaramientos.

El dinero y las esmeraldas restantes estaban apalancados en otro lugar. Thornton era listo. No había revelado la ubicación de la cámara acorazada. Había jugado la carta de «no lo sé». Sabía que, de todos modos, era hombre muerto. Una teoría: el dinero y las esmeraldas habían estado en la cámara acorazada. Los atracadores lo sabían. Las habían sacado antes de que llegara el personal del banco.

*¿Dónde está Reggie? ¿Quién es la mujer? ¿Quién desembolsará las esmeraldas ahora que Don Limpio ha muerto?*

Frustración. Sudores nocturnos. Argh, sábanas fuera.

Marsh estaba frustrado. Ha leído todos sus expedientes. Los lee y se detiene en

los detalles. Son el mejor equipo poli blanco-poli negro canallas del mundo. Llevan años en ello y todavía les falta mucho para llegar al arco iris.

La frustración significaba desfogue. Scotty jodía más con su mujer y sus novias y vivía para las vigilancias. En mayo se cargó a dos cholos a la puerta de una bodega de Boyle Heights. A Marsh le encantó. Al menos, no eran negros. Al cabo de una semana, detuvo a dos neonazis. Habían robado en un mercado de Vermont propiedad de un negro. Le voló un brazo a uno de los blancos de mierda y puso a salvo a un chaval negro. A Marsh le encantó. Marsh tenía influencia en la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color. Tal vez le darían una medalla.

Marsh se desfogó a su manera. ¿Dedícate a lo tuyo? Seguro. Marsh desapareció tres veces en ocho meses. Dijo que había hecho viajes en coche para reconectar la cabeza. Tenía que ser cosa de maricas, citas secretas de maricas, excursiones de maricas.

Frustración. ¿Quieres un buen botín? Deja que el Pastor Bennett y el mirón Crutchfield te hagan de macarras.

El sarasa Sal se lanzaba como un loco sobre el macho Marsh. Marsh no cedía. Aquello lo estaba volviendo loco. Lo mismo que al mirón, Fred T. y Fred O.

Frustración. ¿Quién es la mujer?

Ha husmeado por toda Negrolandia. No ha descubierto nada importante. Su descripción levanta reacciones. Hay mendas que parecen algo asustados. Uno dijo que la mujer podía estar relacionada con la militancia negra. Preguntó a sus contactos en los Panteras y los EE.UU. y no se enteró de nada. Los mendas de la ATN y el FLMM estaban en la cárcel, fuera de circulación. No podía ir a preguntarles allí. Sus visitas llamarían la atención y habría habladurías.

El caso era todo ELLA. La mujer de las hebras grises en el pelo lo era TODO.

**DOCUMENTO ANEXO: 18/11/71. Extracto del diario guardado en secreto de Karen Sifakis.**

Los Ángeles,  
11 de noviembre de 1971

Han pasado ocho meses desde lo de Media. Mis camaradas y yo no hemos sido arrestados. Nadie ha roto filas. La vigilancia ilegal por parte del FBI de las organizaciones políticas, los grupos cívicos y los individuos propensos a las protestas ha quedado revelada en un torbellino de artículos, reportajes, editoriales enojados y programas de radio y televisión. La revelación ha llegado y se ha marchado. El concepto de CONTRAINTELIGENCIA ha sido introducido en la sociedad americana que había preferido, en gran media, seguir al margen de su existencia. Las operaciones encubiertas más draconianas del FBI no han aparecido mencionadas en ninguno de los expedientes filtrados a los medios. Dwight y Joan parecían contentos con ello. Soy muy capaz de discernir los pensamientos callados de Dwight. Está contento de que la guerra específica del FBI contra el movimiento de los derechos civiles y los grupos de militantes negros no haya sido prioritariamente situada en el ámbito de la CONTRAINTELIGENCIA.

No quiero saber lo que planean Joan y Dwight. Sospecho que me enteraré de ello por los medios públicos y empiezo a albergar el sentimiento de que se tratará de un acontecimiento importante y grandioso. Lo de Media fue una táctica de distracción y/o un montaje. Las ramificaciones de mi salvedad por Dwight y Joan se harán evidentes con el tiempo. No quiero saber. Ellos lo saben y me ocultan sus planes. He rezado por esto y he hecho la promesa de seguir amándolos, independientemente del horror y del caos que puedan perpetrar.

No nos hemos encontrado nunca como grupo de tres. Joan ha vuelto a aparecer en mi vida; salimos a almorzar o a tomar café dos o tres veces por semana, siempre aquí, en Silver Lake o en Echo Park. Discutimos de política sin cesar. Nixon, Vietnam, asuntos laborales y el declive

del movimiento de la militancia negra pueden abstraernos durante horas. Joan está demacrada y habla en estallidos de invectivas nerviosas aunque absolutamente coherentes, mezcladas con flujos de perspicaces monólogos políticos. Las bonitas y características hebras grises de su pelo se están volviendo blancas y son cada vez más abundantes. Temo que se esté volviendo paranoica... Dice que tiene la sensación intermitente de que la siguen y a menudo habla de su camarada y amante Celia, que está en Haití o en la República Dominicana y con la que ha perdido el contacto. Celia le dijo una vez que, si desaparecía, no tratase de encontrarla. ¿Cuántas veces ha dicho ella lo mismo a sus amantes o a sus amantes/camaradas? Ahora, es ella la abandonada y es su vínculo con Dwight Chalfont Holly lo que la ha llevado a un punto en el que ya no puede contener la pena.

Joan fuma sin parar y bebe tazas y tazas de un té de hierbas haitiano. Toma píldoras de hierbas haitianas con todas las comidas, en momentos muy concretos del día. Le pregunté por qué y dijo que intenta quedarse embarazada. Quiere tener un hijo.

No le pregunté el motivo. Supe que no podía preguntarle el porqué. Joan se habría limitado a decir, «no te lo diré». Una mujer de su edad no puede desear tener un hijo. No parece darse cuenta de lo inevitablemente cierto. Quiere tener un hijo con Dwight.

Joan y yo no nos hemos sincerado nunca la una con la otra. Tenemos nuestros compromisos individuales y disimulamos. Vivimos en un mundo de mentiras cuya subversión nos ha sido moralmente encargada. Podría decirle a Joan la única cosa que no le he dicho nunca a Dwight. Tal vez le haría daño o tal vez no. Sé lo que le haría a Dwight. Temo la crisis nerviosa que podría generar y la profunda determinación que a buen seguro crearía.

**DOCUMENTO ANEXO: 18/11/71.** Extraído del diario de Marshall E. Bowen.

Baldwin Hills,  
18/11/71

Pensaba que el asesinato me haría más daño y me invadiría el cuerpo y la mente de una manera más dolorosa. He adoptado el papel del asesino y me he comportado a la manera del asesino que mata por primera vez, decidido a sobrevivir. A mi equilibrio mental le costó unos días adaptarse. Imaginé las posibles consecuencias de mis acciones mientras Scotty se encargaba del trabajo. Me encontré con él varias veces para cenar de madrugada en 011ie Hammond's. Bebimos un poco y comimos emparedados de carne. Scotty predicó: Al final, sobrevivirás. Hiciste lo que era necesario y volverías a hacerlo, llegado el caso. ¿Te sientes mejor, ahora?

Me sentí mejor entonces, me siento mejor ahora. En nuestra relación de socios, tengo una ventaja. Sé cosas que Scotty no sabe: Reginald Hazzard y las esmeraldas están en Haití. La mujer es Joan Rosen Klein.

Mi vida es una serie de juegos de sombras e incongruencias. Trabajo en la división de detectives de la comisaría de Hollywood. Voy a cócteles de la gente del cine y disfruto de las respuestas ambivalentes que mi presencia despierta en ellos. Hace tres años, era un poli al que habían pegado, reducido al ostracismo y convertido a la fe de la militancia negra. Aquello me proporcionó prestigio en el mundo del cine. Ahora, soy un poli del que se sabe que fue un topo, un policía que alaba los valores autoritarios en prestigiosas conferencias y que se muestra orgulloso de vestir el uniforme azul del DPLA. A la gente del cine le gustaría odiarme como a un vendido, pero no puede. He ganado el juego y soy demasiado atractivo.

He salido de fiesta y he conocido a personas, entre ellas el guapo actor Sal Mineo, que participó en varias películas de adolescentes airados en los años cincuenta. Sal tiene la inclinación y ha decidido que yo la comparto. Sal está colgado de mí; nos encontramos por casualidad, hablamos por teléfono, coqueteamos, salimos a tomar café pero no lo «hacemos». Sal es muy insistente y es un amor, pero me llevo demasiadas cosas entre manos y un novio a dedicación parcial o completa ahora mismo no cabe. Es divertido. Es un paisaje mental. Hablo con Sal y cuelgo. Scotty llama a los cinco minutos. Scotty se ocupó del asunto Thornton/hermanos Bostitch con gran desenvoltura y filtró una serie de expedientes de la División de Inteligencia que demostraban que Don Limpio, en realidad, tenía vínculos con la mafia. Algunos periodistas de Los Ángeles publicaron la noticia, que luego ha tenido un amplio eco en la prensa de toda la nación. Scotty difama a nuestros muertos mientras buscamos pistas entre nuestros vivos. Hemos pensado en hacernos con el expediente de Thornton como confidente federal, pero Scotty cree que es demasiado arriesgado. Yo he pensado que me gustaría echarle un vistazo por mi cuenta, pero no se me ocurre cómo.

Me callo que Reggie está en Haití y que la mujer es Joan. Es la amante de Dwight. Eso la hace inabordable. Un Dwight Holly cabreado podría desbaratar por completo mi trato con Scotty.

Paisajes mentales: amagos, maniobras, engaños y ocultaciones.

A Scotty le oculto cosas. He tratado de hacerme con los expedientes completos de aduanas de Reginald Hazzard y no lo he conseguido. El acceso a ellos requiere una orden legal. Mis ocultaciones responden a pura arrogancia y puro odio racial. De la OPERACIÓN HERMANO MAAALO he aprendido algunas cosas. Bravo, señor Holly: En parte, he conseguido trascender mi patología de actor narcisista. Me he radicalizado.

Scotty Bennett representa el mundo blanco dispuesto a arrasarme con su indiferencia. Eso no

lo puedo permitir. Scotty es el opresor blanco y no me rendiré ante él. Scotty no se partirá el dinero y las esmeraldas conmigo. Tengo que encontrarlos primero y matar a Scotty antes de que él me mate a mí.

He realizado tres viajes a Haití. Los he sincronizado con las salidas a pescar y a emborracharse que Scotty hace con sus compañeros policías y que se prolongan una semana. Salí a Haití en un rodaje y compartí conmigo su conocimiento de ese lugar tan maravilloso y atávico. Volé a Puerto Príncipe. Recorrí el país como un negro de clase media con un buen dominio del francés. Enseñé mi foto de Reggie Hazzard y formulé preguntas. No averigüé nada importante y me olí el hecho obvio de que Reginald tenía que estar allí.

Haití era primitivo y seductor. Sentí una suerte de regresión, el proceso de inmersión de un actor. Visité tabernas de sectas de vudú y bebí klerin. Soñé con hombres que tenían alas en lugar de brazos. Asistí a unas cuantas ceremonias de vudú y comí muchas hierbas. Regresé de los trances y me encontré bailando con hombres que llevaban máscaras de madera. Desperté de un viaje de hierbas y vi que tenía sangre en las manos. El hombre que estaba en la cama a mi lado me dijo que yo había comido un pollo recién sacrificado.

En Haití, mi personalidad de formas cambiantes me resultó muy útil. Me hice pasar por turista francés, lo cual me ayudó en mis pesquisas sobre Reginald. Nadie conocía a Reginald. Mucha gente me contó historias del fallecido Wayne Tedrow y sus valientes actos prohaitianos. ¿Qué diría el pobre Wayne de todo eso? La gente va por ahí con fotos suyas colgadas del cuello. Oí el relato de su muerte veinte o treinta veces. Los detalles variaban en todas. Varias personas me dijeron que los hombres alados habían venido a buscarlo. Wayne y yo compartíamos el concepto del estado onírico. Él lo relacionaba con la química. Se trataba de almas predestinadas en perpetuo movimiento.

He estado tres veces en Haití. Regresaré. Reginald Hazzard tiene que estar allí.



(Los Ángeles, 15/3/71 — 18/11/71)

Mirón.

Su antiguo nombre y su nuevo nombre redescubierto. Unos tipos lo habían llamado cretino y pariguayo. Le preguntó el motivo a Clyde.

—Llevas bastante tiempo en danza. La gente de La Vida te conoce. Corren rumores sobre ti. Algunos los creen, otros no. Si se te pega un mote, tienes que imaginar que algo de cierto lleva.

Dejó que se lo llamaran. No mencionó su conocimiento del golpe JFK/RFK/MLK. No mencionó sus muertes de comunistas ni su caso. No mencionó sus pesadillas ni la mierda que había visto y hecho en aquella isla.

Mirón: cierto, es verdad. Mirón: está bien, por ahora.

Hizo seguimientos para Clyde y Chick Weiss. Atrapó esposas infieles. Pateó puertas y fisgó ventanas.

Mirón, sí. Lector, también. Estudiante a tiempo parcial: eso cuadra.

Leyó más libros de química y más textos de teoría izquierdista. Mezcló pasta de azufre y voló un rótulo callejero en la Primera y Oxford. Conoció la historia de la IWW y la bomba del L.A. Times. Mezcló pasta de fertilizante y voló un cartel de «VIVA VIETNAM».

Hubo un movimiento onírico dentro de él. Fue casi como si se convirtiera en Reggie y Wayne.

Estudió. Aprendió. Condujo taxis de Tiger Kab a tiempo parcial. Fue a Las Vegas e intentó encontrar al herbolario haitiano. El tipo se había esfumado. Preguntó por la zona y encontró otros herbolarios. Ninguno de ellos conocía a Reggie. Todos sabían cocinar hierbas e inducir la locura.

Dijeron que le enseñarían. Pasó dos semanas en Las Vegas y aprendió trucos. Le enseñaron a mezclar órganos de sapo y toxinas de pez globo. Le enseñaron cómo la mezcla de ciertos helechos y el hígado de una rana arborícola causaba ataques al corazón. Aprendió a zombificar. Mezcló pociones que producían convulsiones generalizadas. Aprendió fórmulas para viajes de droga. Compró hierbas, tubos y cubetas. Aprendió un poco de francés criollo.

Voló un cartel de Nixon en L.A. Este. Tomó hierbas, condujo y fisgó ventanas. Trató de seguir a Dwight Holly nuevamente. Dwight lo despistó tres veces seguidas. A la cuarta tuvo suerte.

Dwight condujo hasta un bungalow de Silver Lake. Él se apostó y miró. Dwight se quedó dentro mucho rato. Dwight tomó precauciones y anduvo hasta una casa calle abajo. Allí vivían una mujer alta y dos niñas. Un esposo a tiempo parcial aparecía de

vez en cuando. Comprobó los registros de venta de la casa y consiguió el nombre de la mujer: Karen Sifakis.

Hizo más comprobaciones. Hizo una llamada a Clyde. Clyde dijo que Karen S. era profesora universitaria y confidente federal. Era amante del gran Dwight. El gran Dwight entraba por la puerta de atrás cuando el marido se iba. Sucedió desde hacía cinco o seis años.

Tomó hierbas y vigiló el bungalow. Estaba repleto de expedientes, como las casas. Pensó en forzar la entrada. No podía. La idea lo paralizó. Se había enterado de toda esta mierda nueva. Eso le hizo quedarse quieto y limitarse a mirar.

Entonces, ella apareció allí.

Estaba más vieja y más canosa y aún más fiera. Todavía llevaba ladeadas las gafas. Su andar desgarrado seguía igual. Se apostó fuera de la vista y la vio llegar durante veinte días seguidos. Preveía la ropa que llevaría. Algunos días vio la cicatriz, otros días no. Él seguía teniendo la suya del 14/6 en la espalda.

Él la vio llegar y marcharse. Empezó a tener una idea de qué significaba todo aquello.

Él es el nexo de grandes y alarmantes acontecimientos. Nadie lo sabe y a nadie le importa. Él ha relacionado una serie de crímenes desconcertantes. Nadie lo sabe y a nadie le importa. Scotty Bennett y Marsh Bowen mataron a Lionel Thornton y persiguen el botín del atraco al furgón blindado. Él lo sabe. Nadie más lo sabe y a nadie le importa.

Scotty desconfía de Marsh. Scotty está tramando un chantaje al marica. Sal no es capaz de seducir a Marsh. Él lo sabe. Nadie más lo sabe y a nadie le importa.

Jack Leahy tachó el expediente de Joan Rosen Klein. Nadie lo sabe y a nadie le importa. Él siguió a Joan hasta Jack y vigiló tres de sus citas para almorzar. Los espía desde muy cerca. Los oyó hablar de Celia, desaparecida en la R.D. Oyó la palabra «Haití». Reggie vivía en Haití. Lo presintió con toda intensidad. Reggie envía las esmeraldas desde allí. Nadie más lo sabe y a nadie le importa.

Está solo en esta empresa. Joan y Jack estaban involucrados en el atraco. Acepta esta conclusión y la da por buena. Marsh y Scotty saben más y menos que él. Ha trabajado este caso mucho tiempo. Es todo improbable. Sus rastros de documentos son lógicamente íntegros y engañosos. Todo está en su cabeza.

La isla lo aterroriza. Teme volver. Puede convertirse de nuevo en ese niño monstruo y perder todo lo que tiene.

Es un aprendiz de químico y, ahora, un aprendiz de rojo. Lee expedientes y libros y pasa datos a papel. El expediente de su madre, el expediente de Wayne, el expediente de Tatuaje. Se pierde entre la certeza lógica y la inconsistencia. Nadie sabe cuánto trabaja y a nadie le importa.

Tatuaje quería conocer hombres del negocio del cine. Él no sabía a quién había conocido. Su abanico de sospechosos era amplio. Joan no mató a Tatuaje. Eso lo consoló. Le había permitido localizarla y vivir todo eso más con ella.

Joan desayuna con Karen Sifakis. Él las observa. Sabe que comparten un amor por Dwight Holly. No mencionan nunca a Dwight. Es el tercero ausente. Sólo un mirón sabe cómo funciona esto.

Él sigue a Joan. Vive con la esperanza de que ella lo conducirá a alguna parte. Eso debe justificar todo el tiempo que ha pasado con ella. Ella tiene que hacer algo o decir algo que le permita descansar y abandonar todo esto.

He estado siguiéndote tres años, cuatro meses y veintinueve días. Sé que tienes una historia que sólo puedes contarme a mí.

## **PARTE V**

### La pistola de incriminar

(18 de noviembre de 1971 - 26 de marzo de 1972)

(Puckett, 18/11/71)

—Así, ¿a quién voy a matar?

—Lo sabrás cuando lo veas.

—¿Has escogido ya una fecha?

—El verano que viene es nuestra mejor oportunidad. Tiene que suceder en L.A.

—Estos atentados políticos remueven montones de mierda. Varios grupos patrióticos ya son objeto de estricto escrutinio.

El kampamento estaba konkurrido. Mi kasa es tu kasa. Los Kaballeros Exaltados invitaban a unos kolegas. Kampamento de fin de semana. Zoquetes del Klan, exiliados cubanos, fascistas sudamericanos. El barracón estaba lleno. El campo de tiro hacía el agosto. El Sheriff del condado aliñaba un alce. Sus ayudantes montaban el asador.

—Tú quieres que se hable de conspiraciones —dijo Bob—. Yo tengo miedo de que mi nombre aparezca en la lista de sospechosos. Dwight movió la cabeza:

—No saldrá. El cabeza de turco se lleva todos los aplausos en ese asunto. Nadie querrá buscar más allá de él. Es un montaje de pies a cabeza. Cuanto más mires, más querrás seguir mirando.

Bob se enfurruñó. Se hundió en su asiento. Su sábana rozó el suelo. Hacía calor de mitad de otoño. Anocheció. Los exiliados colocaron focos. Una *frau* veterana del Klan preparó un bufé.

Dwight cerró los ojos. Eso dio pie a Bob para largarse. Eres un perdedor asesino, márchate, por favor.

Bob caminó sin rumbo. Dwight abrió los ojos. El kampamento estaba desklasado. El Klan de su padre era el colmo de la ostentación, comparado con esto. Indiana, años veinte. Tertulias contra la inmigración y estafas piramidales. Lecturas sobre eugenesia. Un kuarteto de kuerda femenino.

Se hizo totalmente de noche. Los insectos bombardearon los focos. El alce asado olía de maravilla. Los zoquetes se acercaron al bufé a buscar *bourbon* y Cheetos.

Dwight se apartó de la fiesta. Los focos bañaban la escena y producían calor. El suelo del kampamento era de tierra. Los payasos del Klan se juntaron. Llevaban las sábanas sucias hasta las rodillas.

Joan lo preocupaba. Estaba demacrada. Encadenaba los cigarrillos y tomaba *whiskies* dobles por la noche. En lo que se refería al señor Hoover, era puro rencor. La suya era una posición nada pragmática y muy impropia de ella. Se negó a explicar las razones. Se puso a la defensiva ante sus preguntas, con miradas y respuestas de «no te lo diré». Resultaba frustrante. Su marco temporal era «insanamente extenso».

Sabía que el señor Hoover estaba viejo y viajaba mucho menos. En cierta medida, estaba desacreditado. Hacía menos apariciones públicas. Últimamente, cada paseo que daba iba precedido de la visita del médico. La Casa Blanca mandaba por télex un programa de actividades actualizado. Joan estaba preocupada por Celia. Él hizo una llamada no programada al presidente y le pidió ayuda. Nixon se la negó.

—Usted ya ha estado allí, muchacho. No puede seguir volviendo a esa isla.

Pocas cosas conmovían a Joan. La muerte de Lionel Thornton la afectó profunda y largamente. Se negó a explicar por qué. Scotty Bennett se ocupó del caso y lo cerró enseguida. Scotty lo preocupaba vagamente. Scotty tenía una amistad extraña con Marsh. Crutchfield el mirón informó de ella antes del «tiroteo entre militantes negros». La vida de Marsh sería pasada por un fino tamiz post mórtem. Aquello planteaba un dilema: ¿debía hacer referencia a Scotty en el falso diario?

Los insectos voladores bombardeaban los focos. Los zoquetes klaneros comieron, bebieron y lo dejaron en paz. Sabían que él era del FBI. Sus prejuicios estaban desencaminados. Hicieron juegos de palabras espantosos. FBI: Buró Federal de *Integración*.

El diario era el punto clave de la Operación. Trabajó en sus páginas mientras Joan o Karen dormían. Utilizó el estilo verbal de Marsh e hizo hincapié en un lenguaje político que había evolucionado en su cabeza. Atribuyó a Marsh unos recuerdos de niñez que eran suyos. Alquimia y trasposición. Él era un chiko del Klan que arrojaba arena. Marsh era un chico negro al que acababan de tirar arena a los ojos. Estaba construyendo un retrato compasivo. Estaba creando un inexistente enamoramiento de Marsh con el propio agente Holly. Aquello distorsionaba el trabajo de Marsh en la OPERACIÓN HERMANO MAAALO. Él no sabía nada de la relación Marsh-Scotty. El diario tenía que reflejar a Scotty con verismo. Las partes de Scotty debían resistir el escrutinio público y las belicosas refutaciones de Scotty. El tema central debía ser la autoridad. Marsh la odia ideológicamente, pero no puede expresarlo. En eso, es como su viejo colega, el señor Holly.

La reunión del Klan empezó a animarse rápidamente. Corrieron fragmentos de historias. Emmett Till era agente comunista. Rosa Parks se prostituía para una cábala sionista. El doctor King era hermafrodita.

Una kría del Klan le llevó a Dwight comida y una cerveza Jax. Él le dio las gracias y la vio escabullirse. De la carne de alce saltó grasa y le quitó el apetito. Encendió un cigarrillo.

Joan seguía tomando las píldoras de la fertilidad. Él no le dijo nunca que las había llevado a analizar. Ella había cumplido cuarenta y cinco el mes pasado. Ya no podía suceder. Él acarició la idea, de todos modos. Hizo castillos en el aire. Le sentó bien durante un rato. Le recordó lo que era su vida. Lo llevó a las niñas de Karen y lo dejó en algún lugar frío bajo la lluvia.

La kamarilla del Klan acercó sillas en torno a él. Sostuvieron platos de papel y contaron historias. Un tipo le había vendido la polla del Che Guevara a Josef

Mengele. El Cuarto Reich surgiría en Paraguay. Un hombre contó una de golpes de estado derechistas y esmeraldas místicas.

Joan tomaba té en la cama. Las hierbas le sonrojaban la piel intensamente. Él advirtió nuevas canas en sus cejas.

Tenía la bata abierta. Las hierbas la hacían sudar. Dwight le enjugó los pechos a besos.

—Dime en qué piensas.

—En que debería ceder. En que deberías llamar a tu amigo telefónico y decirle que haga unas llamadas por lo de Celia.

Dwight dijo que no con la cabeza:

—Lo llamé desde Misisipí. Me dijo que no.

Joan se apartó de él. Él le quitó la bata, hizo lo propio con la suya y se enroscó en torno a ella. Ella se llevó sus dedos a la boca un instante y luego colocó la mano de Dwight bajo su cabeza.

—Todo esto se está alargando demasiado.

—Probablemente, vendrá a L.A. el verano próximo. Pronto me mandarán su programa de viajes actualizado.

—Supón que no se aloja en el Beverly Wilshire.

—Lo hará. Tendremos que alquilar la palanca pronto y empezar a colocar la evidencia.

Joan carraspeó:

—El chico negro que alquila el local será un testigo.

—Lo alquilaremos a través de un enlace. Si decide presentarse a la policía, lo considerarán un chiflado. La gente desea aparecer en la historia. Sólo en lo de Jack, hubo cuatro mil y pico falsos testigos.

La almohada de Joan estaba completamente sudada. Dwight la apartó y le puso otra debajo de la cabeza.

Joan cogió una cápsula de la mesilla de noche. Dwight le pasó su vaso de agua.

Ella engulló la cápsula. Tenía el pelo mojado. Dwight lo secó con una sábana.

Empezó a quedarse dormida, acurrucada en su mano.

Trabajó hasta tarde. Medianoche era el momento de «Marsh en mi lugar». Recordó un trato entre policías, en 1953. El DP de Cleveland quería un expediente federal. Un sospechoso de robo tenía un tinte rojillo. El agente especial se negó a un intercambio de expedientes. El DP envió a la exesposa de un policía a untar al Ejecutor. A la mujer le gustaba ligar con hombres a salto de mata. En aquella época, a él le gustaba ligar con mujeres a salto de mata. Pasaron la noche en el Shaker Heights Plaza. Ella llevó champán. Él llevó el expediente. Se lo pasaron bien. Ella leyó el

expediente por la mañana. El DP de Cleveland pilló al tipo: procesado por seis delitos.

Bien; ahora, la perspectiva de Marsh Bowen.

El momento era ahora. Marsh trabaja en la patrulla nocturna en Hollywood. Está solo. Anda de pesca. Marsh caga donde come. Distingue a un macizo prostituto. Lo cachea y tiene una erección. El prostituto lo advierte.

Marsh pide antecedentes del chico y órdenes de busca pendientes. No está limpio: posesión y consumo de drogas. Marsh dice: «¿Cómo quieres que llevemos esto?». Fundido al tosco abrazo en el callejón oscuro.

No podía pegar ojo. Joan dormía profundamente. Marsh estaba durmiendo en Ventura. El consejo del Liderazgo Negro lo había contratado para dar una charla: «El papel del agente de una minoría racial en la dinámica del trabajo en equipo».

Eran las 2:14 de la mañana. Entró con espadines de tungsteno y llevaba visores infrarrojos. Llevaba su Minox mini. Avanzó con cautela en la oscuridad teñida de rosa.

Abrió cajones y golpeó tabiques. Todo normal. Tanteó las paredes del dormitorio. Marsh tenía una nueva litografía de Rothko. Miró debajo del estéreo. Había discos nuevos de Chet Baker y de la Dresden Staatskapelle. Miró la basura de la cocina. Marsh tenía una nueva pasión por las cenas preparadas de gourmet. Ahí hay una tarjeta de embarque de avión. Marsh ha viajado recientemente a Puerto Príncipe, Haití. Una suposición con fundamento: Marsh caga donde no corre peligro. Retirada de marica afro.

Dwight volvió al salón. Más normalidad. Los marcos de acero cepillado, el pulcro escritorio de trabajo, la libreta de direcciones junto al teléfono.

Hojeó la libreta. Ah, en la B: los números de Scotty, casa y trabajo. Saltó de la C a la M. Ah, aquí hay una nueva.

Sal Mineo. Un número con prefijo de Hollywood Oeste. Lógico: Sal es marica. Sal es una perra en celo, Sal tiene un culo muy viajado.

Pero:

Él había utilizado a Sal en la extorsión a un marica, hacía más de cuatro años. Había visto el nombre de Sal en un listado de confidentes del Buró.

¿Normal Probablemente, pero...?

Un agente dormitaba en la sala de la brigada. Las llaves del archivo colgaban de un tablón. Dwight las cogió y se encaminó directamente al fondo.

Los expedientes de ICB tenían códigos de cinco cifras y llegaban hasta el techo. Dwight hojeó el directorio. Allí: «Mineo, Salvatore»/02108. Allí: tercer estante arriba, dos columnas más allá. Dwight abrió el archivo, se puso de puntillas y lo



extraño. Apenas contenía nada. Cuatro páginas en total. Pura narración de los hechos.

Agosto de 1966. Sal tiene un papel coprotagonista. Es el compinche en una película policíaca titulada *Batida en L.A. Sur*. Se exhibe en circuitos de drive-ins de segunda y desaparece de la cartelera. El guión es una adaptación libre del famoso atraco de 1964.

Hasta aquí, sopor.

Jack Leahy visita el plató. Jack interroga a Sal y al resto de los actores y utileros. ¿Tipos sospechosos merodeando? ¿Preguntas sospechosas sobre el atraco real?

Sal no sabía nada. Los demás, lo mismo. Jack encandiló a Sal y lo desvirgó como soplón. Sal delató a actores moñas por cuatro perras.

Bostezos, sopor, todo normal... pero no lo descartes todavía.

Dwight se quedó inmóvil. Oyó caer toda una caja de alfileres.

El buró investigó el atraco durante diez segundos. El caso era del DPLA y era la fijación de Scotty B. Ahora Scotty y Marsh eran uña y carne. El atraco: la fijación moderada de Clyde Duber. Marsh había trabajado para Clyde. Scotty había apretado las tuercas a Jomo C. sobre el atraco. Entonces no le vio sentido. Quizás ahora se lo vería. Jomo mató a Fred Hiltz, Jomo es un atracador. Está Joan, rondando. Delató falsamente a Jomo. Delató la inclinación de Marsh. ¿Qué quieren Marsh y Scotty? Etiqueta de roja en el expediente, bandera roja. El vínculo Marsh-Scotty no debe impedir la Operación.

Dwight dejó el expediente donde lo había encontrado. La caída de alfileres se convirtió en un hormigueo.

Sal Salaz no dormía nunca. Cerraba bares de maricas y transmitía sus soplos en cafeterías. Su ambiente eran las juergas de madrugada. El cocinero del Klondike dijo: prueba en Arthur J.'s.

Dwight lo visitó. Sal Sodomita estaba acomodado con tres transexuales. Hablaba por los codos. Me enrollé con James Dean mientras rodábamos *Rebelde sin causa*. Él tenía una polla como un interruptor de la luz. Yo le clavé la mía hasta que chilló.

Los transexuales reían entre dientes. Sal Sarasa habló de Rock Hudson. Tenía una polla como un microbio. Le hice cosquillas en las amígdalas hasta que trino.

Dwight se acercó a la mesa con aire amenazador. Los transexuales tragaron saliva y se largaron. Abandonaron sus cafés con panqueques. Dwight se sirvió.

Sal jugó con el rizo engominado.

—Hola, señor Holly.

—¿Qué te cuentas, Sal?

—¿Viene a apretarme las tuercas otra vez?

—Nada de eso. —Dwight se sirvió café—. Vengo a hablar.

—¿Sin trampas? ¿No tendré que embaucar a ningún pobre adalid de la justicia social al que, simplemente, le gustan los chicos?

Dwight limpió el carmín de su taza de café.

—Verano del 66. Tú trabajabas en *Batida en L.A. Sur*. Jack Leahy se presentó con algunas preguntas.

Sal puso mantequilla en sus patatas asadas.

—¿Y? Esto es historia antigua. Ese pasma era un perdedor. Tuve que llevarlo a juicio para que me pagara las dietas.

—Empezaste a trabajar de informante para Jack.

—Bueno...

Dwight agarró un bastoncillo de pan y se rascó el cuello. Redd Foxx y Chick Weiss, aquel jodido leguleyo, entraron en el local. Un menda de Tiger Kab los sostenía.

—Mira, estoy seguro de que tienes más que contar. «Se presentó Jack Leahy y...». Continúa a partir de ahí.

Sal se encogió de hombros.

—Luego, se presenta otro pasma y me hace las mismas preguntas.

—¿Scotty Bennett? —preguntó Dwight.

—¡Oh, sí, Scotty! —Sal puso los ojos en blanco.

Dwight partió el bastoncillo.

—Ahora te voy a decir un nombre. Quiero ver cómo reaccionas.

—Es un poco pronto para jugar a nombres, pero adelante...

—Marshall Bowen —dijo Dwight. Sal Servil se agarrotó y tuvo náuseas. Oh, sí, se ha puesto verde—. Háblame de eso.

Sal jugó con el rizo engominado.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Si lo haces, te invito al desayuno. Si no, te colgaré una violación. Hay un perverso que acosa a menores en el instituto de Berendo. Encajas en la descripción.

Sal tragó un valium y lo acompañó de café. Sal exhaló un suspiro de «pasemos el mal trago de una vez».

—Bien, encanto. Tengo en marcha otro chantaje a un marica. Freddy O. me reclutó. Lo dirige un policía, pero no sé quién. El objetivo es Bowen, pero no consigo que se suelte el pelo y baile conmigo. Hay tipos que son así. Yo me muero de ganas, pero el chico no quiere morder el cebo.

Scotty B. y Marsh. Ahora, son ubicuos.

—¿Quién más está metido en esto?

—El de las escuchas es Fred T. Ese mirón sin atractivo, Crutchfield, es mi perro guardián.

—Bowen. ¿Qué sucede con él?

Sal puso los ojos en blanco. Sal tiró del rizo engominado. Sal hizo gestos de marica exasperado.

—No quiere picaaar. Tengo muchas cosas con las que entretenerme, pero él no quieere. Es de 1000cos. Marsh es gay de pies a cabeza, pero no quiere jugaaar. Es un

tío raaaro. Joder, se queda ahí sentado, o sale con esos divagues raros sobre Haití, precisamente.

Dwight se frotó los ojos. Sus antenas vibraron. Cayeron más alfileres. Más alfileres se quedaron clavados.

Bien, Jack Leahy. Él sabe de Marsh y HERMANO MAAALO. Jack está obsesionado con el señor Hoover. Es una fijación terca e impolítica. Acababa de husmear en el piso de Marsh Bowen. Había visto el billete de avión a Haití. Las hierbas haitianas de Joan. La mierda reciente en la R.D. y Haití. Celia está allí. El mirón Crutchfield estuvo allí. El rumor persistente sobre el mirón: está buscando a una mujer fugitiva. Ella estafa a hombres. Puede tener vínculos rojos. El mirón es un desgraciado. A ver qué consigue.

Vinculación: Celia como la estafadora. Pon la red, da el salto mortal. Amplía la visión. Dilo.

El 211 del C.P. de Joan como telón de fondo. Las cosas que ella no quería contar. Amplía más, ahora: Jack expurgó el expediente de Joan tachándolo. Los dos estaban metidos en el golpe al furgón blindado.

Se desencadenó una tormenta. Los cristales repiqueteaban. Cayeron alfileres de lluvia. Entraron tres drag queens. Llevaban vestidos de fiesta empapados. Se les veía el vello del pecho. Vieron a Sal y saludaron. Vieron a Dwight y se alejaron.

Sal hizo pucheros. Sal reprendió a Dwight con el tenedor.

—Señor Holly, está usted fastidiándome la vida amorosa.

(Los Ángeles, 22/11/71)

El televisor del bar estaba a todo volumen. América llora la pérdida de JFK, ocho años después. Entonces éramos inocentes. Ahora, el mundo nos odia.

Scotty hizo una señal al camarero de la barra. El hombre cambió de canal. El castor Beavy anunciaba pasta de dientes Ipana. Scotty hizo otra señal al camarero. El hombre apagó la tele.

—Estás machacado, hermano. Ve y cárgate a unos cuantos atracadores. Luego te sentirás mejor —dijo Marsh.

El Kibitz Room del Canter's. La clientela de las seis de la tarde: judíos borrachos camino a casa desde la sinagoga.

Scotty encendió un cigarrillo, dio dos caladas y lo apagó. Scotty probó los *kreplach* y apartó el plato.

—Seguimos llegando a callejones sin salida.

—Se acabó, Scotty. Los censores de cuentas del banco se quedaron con contenido de la cámara acorazada y no cederán. No podemos encontrar a Reggie, ni las esmeraldas, y ya no podemos hacer nada más.

—¡No se ha acabado! Encontraremos a la mujer. La interrogaremos, hablará y seguiremos a partir de allí.

Marsh dijo que no con la cabeza. Condescendencia, aire de superioridad, parodia de nobleza negra.

—Busca en las compañías navieras. Repasa sus listas de pasajeros. Repasa las listas de embarque desde la primavera del 64 hasta el final de ese año. Comprueba los registros de salida de todos los puertos importantes con destino al extranjero. Hazlo, joder, y hazlo ya.

(Los Ángeles, 26/11/71)

Llegó un paquete a los apartamentos Vivian. Venía de Las Vegas. El contenido hacía ruido. Pesaba una tonelada, joder.

Pagó al cartero y lo llevó dentro. Remitente: Mary Beth Hazzard, Apdo. de Correos 19. Un sobre pegado encima con cinta adhesiva.

Joder, ella respondía a sus peticiones. Joder, Mary Beth había encontrado más...

Abrió el paquete. Ella había escrito:

Señor Crutchfield:

Un agente de policía de Cleveland, Ohio, envió esto en respuesta a una de las numerosas peticiones de Wayne. Es un expediente actualizado del FBI sobre una mujer llamada Klein, de la que Wayne sospechaba. Como puede usted ver, aparte del encabezamiento y de diferentes números de caso, el texto ha sido censurado. Wayne me dijo que había tenido un éxito muy limitado en eliminar la tinta de las tachaduras por medios químicos, pero he incluido los instrumentos y productos que él me contó que usaba.

Mis mejores deseos para usted,

M.B.H.

El expediente estaba actualizado: 8/12/68. SUJETO: KLEIN, JOAN ROSEN, números de caso ilegibles. Seis páginas completamente llenas de tachaduras con tinta.

Un expediente. Enviado a un hombre muerto. El jodido químico genial: «Un éxito muy limitado».

Y un espectroscopio.

Y un fluoroscopio.

Y ácido hidróxido de pH alto.

Y las notas de Wayne sobre contraste de imágenes por bombardeo de rayos.

Lo dispuso todo. Hojeó los libros de química y encontró las proporciones de ácido hidróxido. No había nada sobre espectroscopios y fluoroscopios.

Conectó los aparatos a un enchufe de la pared y los colocó sobre la mesa. Cogió unas torundas de algodón y se puso guantes de goma. Extendió las páginas tachadas.

Conectó los interruptores. Se encendieron dos luces, una azul y una rosa. ¿«Bombardeo»? ¿Te refieres a mezclar y juntar?

Lo intentó. Colocó los aparatos e hizo que los rayos se cruzaran. Las primeras

cuatro veces, ennegreció más lo negro. Las segundas dos veces, aclaró el negro. Con una torunda mojada en ácido hidróxido, aplicó un toque suavaave sobre la tinta más clara. Quemó el papel hasta la mesa.

Reajustó los rayos. Esta vez, aplica el ácido a la tinta oscura.

Lo hizo. Dio toques firmes y dio toques suaves. Quemó el papel hasta la mesa.

Se detuvo. Ahora, respira hondo. Probó el aparato de la luz azul y toques firmes. Quemó el papel hasta la mesa. Empecemos otra vez. Probó el aparato del rayo rosa y toques suaves. Quemó el papel hasta la mesa.

Le tembló la mano. El frasco se le cayó. El ácido se derramó. Cuatro páginas completas se quemaron hasta la mesa.

Empieza otra vez. Ahora respira hondo. Hermano Wayne, lo estoy intentando. Nos quedan dos páginas.

Secó el ácido derramado. Cruzó los rayos otra vez. Todas las líneas mecanografiadas aparecieron más claras. Les dio unos toques supersuaves.

El papel silbo y burbujeó. Las líneas mecanografiadas se quemaron hasta la mesa.

Última página.

La mesa estaba marcada de quemaduras. La limpió con una toalla. Centró la página. Experimentó con los rayos. Consiguió un híbrido rosa-azul completamente nuevo. Obtuvo líneas de tinta oscura y líneas de tinta claras y vio algo más.

Pequeñas marcas de máquina de escribir. Allí mismo, debajo de la tinta.

Las miró detenidamente. Sacó la lupa y la aplicó allí, cerca. No consiguió descifrar las palabras cubiertas de tinta.

Respira hondo, ahora. No des toques, pintes, quemes, escaldes o chamusques todavía.

Sí, prueba eso.

Fue a la cocina. Vacío un frasco de limpiacristales con rociador. Limpió el interior con detergente suave. Dejó que se secase. Lo llevó al salón y lo colocó sobre la mesa.

Vertió el ácido hidróxido en el interior. Enroscó la tapa. Disparó una rociada de prueba y se formó una niebla fina.

El aire le escoció los ojos. Dejó que la niebla se disipara. Centró la página bajo los rayos rosa y azul. Roció muy ligeramente las líneas de tinta, de arriba abajo. La tinta se disolvió en vetas al azar. Vio palabras y fragmentos de palabras debajo.

«SUJETO: JOAN ROS»/«ha dec»/«varias ident»/«Williamson, Margaret Susan/Broward, Sharon/Goldenson, Rochelle/Faust, Laura»/«B», «D», «L», «Q», «A», estofado de palabras tiznadas.

«Sospechosa de participación»/«nóminas», borrones, «tigaciones», «desde 194», «donado», borrones, «causas izquierd».

«SUJETO: JOAN ROSEN KLEIN», paréntesis, borrones, paréntesis. «Celia Reyes, alias Gretchen Farr»/«Movimiento 6/14», borrones y texto ilegible. «A fecha de hoy (8/12/68), un ICB informa de que está buscando a la citada SUJETO REYES FARR como presunta asesina de una mujer dominicano-haitiana conocida por

“Tatuaje” (no se conocen apellidos reales), presuntamente desaparecida en Los Ángeles desde el verano del 68. También informa de que la SUJETO REYES-FARR contó con la ayuda de LEANDER JAMES JACKSON (presunto militante negro) en este crimen».

«SUJETO», borrones, «*EIN*», «sosp», «rev», borrones, «mento», «Argelia», «Palest», «Carib».

Oh, mierda. Hay líneas completas. Direcciones en español. Pisos francos en la R.D.

«Un rumor persist», borrones, «presun», «intento de interceptar un alijo de esmeraldas de contrabando que se rumoreó que habían financiado», borrones, borrones, «golpes de estado».

La impresión empezó a difuminarse.

Perdió letras y palabras enteras. Una frase se fundió en blanco. Parpadeó. Se frotó los ojos. Perdió un párrafo entero. Perdió la palabra «JOAN».

Roció la página. Roció en exceso. La niebla se convirtió en chorro. Las palabras se esfumaron. El aire ardió. La página ardió en llamas.

(Los Ángeles, 26/11/71)

El avión tomó tierra. Dwight iba encajado en un asiento central. Culo del Mundo, Misisipí, y regreso en diecisiete horas.

El viaje era una improvisación. Bob Relyea había tenido una rabieta. Dwight: a uno le gusta saber a quién mata. Bob: no te lo diré. Aquí tienes cinco de los grandes. Ve, imprime unos folletos racistas y visita unas farmacias.

La puerta de salida quedaba junto al aparcamiento. Dwight descendió del avión, llegó a su coche y tomó hacia la autovía. Eran las 21:16. Joan estaba en el refugio. Marsh estaba en Oxnard. El Caucus del Orgullo Negro lo había invitado. Ese hermano Bowen, él sí que sabe hablar.

Dwight se dirigió a La Cienaga y ascendió el Stocker Pass. Tenía los nervios deshechos. También volvía a dormir mal. La charla con Sal Mineo le daba vueltas en la cabeza. No había visto a Joan desde entonces. No habían hablado una palabra. El presidente iba enviando actualizaciones del programa de viajes de Hoover. Tenía que ir a Washington. Nixon quería una cumbre para preparar las escuchas a los demócratas. El Ejecutor y Howard Hunt, antiguo miembro de la Agencia. Karen y las niñas estarían allí entonces. Enseña a las niñas algunos monumentos. Enséñales a poner explosivos más adelante.

La teoría Joan/Jack Leahy lo torturó. Su primera sospecha acerca de Joan: tiene un amigo federal. Tres años después, la sospecha es un tenue conocimiento.

El mirón Crutchfield lo torturaba. Aquel gilipollas entrometido. Premonitorio del carajo y sobrehumanamente insistente. Le habían perdonado la vida. Por aquel entonces, el gilipollas lo sabía todo. A saber qué sabía ahora.

El asunto principal: la convergencia. El asunto secundario: el vínculo Marsh-Scotty. La gran cuestión: ¿el chantaje al marica significa que abortamos la Operación?

Dwight acompañó con café tres aspirinas. Mal augurio: su primera migraña desde Silver Hill.

Las ganzúas funcionaron siempre. La capa de aceite no dejó nunca marcas de herramienta. Las gafas le proporcionaron luz de casa embrujada.

Dwight entró y cerró la puerta. El salón olía a cerrado y a sudor. Notó vestigios de incienso. Marsh había hecho una adquisición extravagante: un Kandinsky. El cuadro estropeaba la simetría de la pared orientada al norte.

Dwight husmeó. Era el allanamiento número seis mil. Fútil repetición de trabajo



policial. A él le encantaba aquella mierda.

Tanteó tabiques, abrió cajones, buscó debajo de sofás y alfombras. Vio caer polvo de una viga del techo. La viga tenía un enlucido fino. Lo del polvo era extraño.

Acercó una silla y se subió a ella. Miró con atención. Vio unas ligeras marcas en un lado de la viga. El polvo se filtraba de una rendija casi inapreciable.

Empujó. La pieza de madera se abrió hacia dentro. Una diminuta bisagra con corredera chasqueó. La trampilla era casi invisible y rectangular. Tenía unas dimensiones de veinticinco por veinte.

Olor a papel. Inmediato.

Metió la mano. Estaba encuadernado en piel. Marsh, un tipo con estilo. Hojas de papel de barba.

Lo sacó del escondite y bajó de la silla. Preparó su Minox. Llevó el cuaderno al escritorio de Marsh y leyó.

Él conocía a Marsh. El diario lo confirmó enseguida. Los estilos narrativos eran similares. Los dos sabían lo listos que eran. Los dos tenían el mismo ingenio áspero. Los dos veneraban la crueldad. Marsh acababa de descubrirla y lo tenía asombrado. Oh, chico. Oh, hermano. Tú no conoces su precio.

Eran las 22:21. Tenía doce carretes de película. Podía fotografiar la mayor parte del texto.

Fue pesado y engorroso. Pasar la página, apuntar la cámara, disparar. Fotografió de cerca y leyó mientras disparaba. Allí estaba todo. Era su mundo y el mundo del hermano Bowen, combinados.

El atraco como santo grial. Su entusiasmo juvenil por D.C. Holly. Su engañosa asociación con Scotty Bennett. Wayne Tedrow y Reggie, desaparecido desde hacía tanto tiempo. Reggie como superviviente del atraco y conducto de las esmeraldas. La muerte de Lionel Thornton. Los tres viajes a Haití. Marsh identifica a Joan como «la mujer» y se lo oculta a Scotty.

Fotografió setenta y tres páginas. Se le acabaron los carretes. Memorizó la mayor parte del texto. Volvió a guardar el diario y limpió el polvo. Dejó la habitación prístina.

La migraña había desaparecido. La Operación corría peligro. Sintió tranquilidad y luz y otra cosa.

El refugio estaba a oscuras. Joan había salido. Karen escuchaba la *Grosse Fuge* a todo volumen. Salió a la terraza. La luz del cuarto de baño de Karen estaba encendida. La música salía rugiendo por una ventana iluminada.

El cuarto oscuro estaba completamente equipado. Joan revelaba fotografías mejor que él. Él conocía los rudimentos. Encendió la luz roja, llenó las cubetas y desenrolló los carretes. Invirtió cuatro horas en el trabajo.

Cortó tiras de película, las sumergió en los líquidos y las colgó a secar. Vio

aparecer palabras sobre papel. Hizo un alto y llamó al mirón. El tipo apenas participó en la conversación. Él dejó caer insinuaciones acerca de esmeraldas. Joan Klein y el atraco. No hagas nada, cretino. ¿Entendido?

El mirón tragó saliva y dijo que sí. Dwight volvió al trabajo.

Terminó de bañar los carretes en líquidos de revelado, colgó los fragmentos de película a secar y, a continuación, los descolgó y los llevó al salón.

Creemos una narración. Saquémosla a la luz. Dedicuémonos a escudriñar y leer.

Colgó las fotografías. Allí se contaba la historia de Marsh y la historia de ellos.

Salió a la terraza. La luz del dormitorio de Karen seguía encendida. Enfocó los prismáticos. Dina entró en la habitación, llorando. Karen la levantó del suelo y la sostuvo en brazos. Pobrecita, una pesadilla.

Las luces se apagaron. Él esperó que volviera a encenderse la luz del baño y a sonar más música. No fue así. Las luces de los rascacielos titilaban en el centro de L.A.

Una llave se introdujo en la cerradura de la puerta de la calle. Oyó que alguien abría y volvía a cerrar de un portazo. Las pisadas eran demasiado ligeras para ser de ella. Y no arrojó el bolso de cualquier manera.

Él esperó. Observó el cielo y vio el Ayuntamiento. Viajó al 51. El DPLA tenía la sede allí. Él había visto a un joven policía que esposaba a un sospechoso. Un metro noventa y pico, corte de pelo al uno: el presagio de Scotty B.

Vio la sombra de ella y olió sus cabellos. Se apoyó en la barandilla de la terraza. Ella se acercó y se apoyó en él.

—Nunca te he mentado, ni te he traicionado.

—Lo sé.

—Marsh ha ligado gran parte del asunto.

Dwight se volvió hacia ella. Ella lo abrazó. La barbilla de Dwight rozó su coronilla.

—Yo recluté a Reginald Hazzard. Jack y yo somos amigos desde hace muchos años. Planeamos el atraco juntos. Reginald lleva en Haití muchísimo tiempo.

Dwight le tocó los cabellos. El negro de la semana pasada se había vuelto gris y el gris, blanco.

—El atraco da a esto toda una nueva dimensión. Scotty sabe que Marsh no es el típico asesino solitario. Es un nivel de intromisión que no podemos permitirnos. Scotty sabrá en el acto que detrás estamos nosotros.

—Discrepo —dijo Joan.

Dwight movió la cabeza en gesto de negativa.

—Están engañándose mutuamente. Scotty está tramando un chantaje sexual a Marsh. Marsh conoce tu nombre y sabe que eres mi informante. Ellos mataron a Lionel Thornton. Marsh no querrá entrar en el local del francotirador, con todo esto en danza.

—Discrepo —dijo Joan. Dwight cerró los puños. Joan los cubrió con sus manos y

los llevó a su pecho.

—Eso da densidad a todos los niveles de nuestro subtexto. Acusa directamente a Scotty Bennett y provoca la necesidad de un encubrimiento por parte del DPLA, lo cual ampliará el rastro de papeles e incrementará en gran medida el grado de exposición pública. Podemos combinar los diarios. Podemos eliminar las referencias a Jack Leahy, a Reginald Hazzard y a mí. Podemos eliminar las referencias a Lionel Thornton para que su familia no salga perjudicada. Considéralo un documento social que nos devuelve, infaliblemente, al señor Hoover y a todas las cosas malas que ha hecho. El atraco enfangará el rastro de documentos y fomentará la lectura y el conocimiento general. La amistad Bennett-Bowen pone de manifiesto todo lo que siempre he querido plantear acerca del odio y la codicia.

Dwight se apartó. La luz del cuarto de baño de Karen se encendió. Aguzó la vista. No sonó música.

—Háblame de Lionel Thornton.

—Era una especie de camarada.

—Blanqueaba tu dinero y el de Jack.

—Sí.

—Jack se conchabó con los censores de cuentas del banco. Sacó la mayor parte del dinero con anterioridad. Dejó una cantidad para que la encontraran.

—Sí, lo has ligado todo —dijo Joan—, pero hay algo que no has contado y algo sobre lo que no has preguntado.

Dwight la miró.

—No te culpo de nada de eso. Sencillamente, no puedo, dado lo que he hecho yo.

—¿Y la pregunta?

—La pregunta es, ¿quién se quedó el dinero? Y la respuesta es: todo fue a parar a la Causa.

La música empezó a sonar, baja. Cuerdas disonantes. Era muy tarde. Ella quería que lo oyeran a poco volumen.

Joan dijo:

—No quiero perder esto.

Dwight aguzó el oído para seguir la música. Un viento débil la dispersó.

—Marsh sabe quién eres, Scotty podría saberlo. Entonces, correrías peligro y tu nombre saldría finalmente a la luz.

Joan dijo que no con la cabeza:

—Scotty no sabe de mí. Marsh no se lo dirá a él ni a nadie. Es un hombrecillo codicioso y avariento, Lo quiere todo para él. Tú has visto las páginas del diario. Nadie más lo ha hecho. Marsh me mantendrá al margen y nadie dará crédito a lo que Scotty diga de mí. Él es el poli blanco compinche del negro sarasa y tú eres el testigo estrella del gobierno que tuvo una crisis nerviosa y tiene que confesar.

Dwight se enjugó unas lágrimas. Joan le apretó las manos, con los nudillos blancos.

—Cuéntame qué te hizo el señor Hoover.

—No. No te lo diré.

**DOCUMENTO ANEXO:** Comunicado por télex. Encabezamiento: «Código de Acceso 1-A/Estrictamente reservado al destinatario. Destruir después de la lectura». Al agente especial Dwight C. Holly. De: Oficina de Programación de Viajes, Centro de Comunicaciones Centrales, Washington, D.C.

Señor:

En relación a su última petición telefónica, le ruego tome nota de que el programa de viaje del SUJETO ha sufrido recortes debido a recientes episodios repetidos de mala salud. A fecha de hoy, se prevé que el SUJETO viajará a Miami el 14/4/72, a Cleveland el 5/5/72 y a Los Ángeles el 10/6/72. Se le informará de cualquier cambio o actualización del programa. Como siempre, haga el favor de destruir esto una vez leído.

**DOCUMENTO ANEXO:** 4/12/71. Transcripción literal de una llamada telefónica oficial del FBI. Encabezamiento: «Grabada a instancias del director»/«Clasificada Confidencial 1-A: Estrictamente reservada al Director». Hablan: el director Hoover y el agente especial Dwight C. Holly.

JEH: Buenos días, Dwight.

DH: Buenos días, señor.

JEH: (Acceso de tos: doce segundos).

DH: Buenos días, señor.

JEH: No se repita.

DH: Sí, señor.

JEH: No sé por qué sigo hablando con usted.

DH: Sí, señor.

JEH: Deje de repetirse. No estoy senil. Tengo una salud de hierro.

DH: Sí, señor.

JEH: Ha vuelto a hacerlo. Basta. Estoy diciéndole que no responda.

(Silencio: cincuenta y tres segundos).

JEH: Dick el Escurridizo me ha pedido que espíe el hotel Watergate. Le he dicho que no. Conservaré mi empleo mientras le siga la corriente. Soy un calentapollas. Finjo que estoy de acuerdo con él. Me llamó sarasa. Llamó a mi operación de hemorroides «una histerectomía».

(Acceso de tos: nueve segundos).

JEH: Tengo un expediente sobre Dick el Escurridizo. Me llamó sarasa. Mi sótano está reforzado con kriptonita. No hay ladrón de expedientes que pueda allanarlo.

(Acceso de tos: dieciséis segundos/la transcripción de la llamada telefónica termina aquí).

(Los Ángeles, 5/12/71)

—Sal, eres un filete apetitoso. ¿Cómo es que no metes en el saco a ese negro?

Segunda cumbre del chantaje al marica. Preside el sargento Robert S. Bennett. También presentes: Sal, Fred O., Crutchfield el Mirón.

—Miren, hay tipos que, sencillamente, no pican. A veces se hacen la chica difícil, a veces, simplemente, no les apetece la carne.

El Silver Star, en Western. Scotty cenaba gratis, allí. El dueño era propenso a los atracos. Llamaba a Scotty directamente.

Un camarero sirvió unos *gin fizz* y galletas saladas. Su reservado miraba a la puerta. Scotty insistió en ello. Scotty reconocía caras al instante. Tenía absoluta memoria policial.

Fred O. se arrancó una cutícula. El mirón se rascó las pelotas. Sal Sedoso estaba deprimido. Era un buscador de carbón. Anhelaba el profundo pozo minero de Marsh.

El camarero se alejó.

—Yo ya lo conocía a usted, sargento. Fue en el rodaje de esa película.

—Ya lo sé. *Batida en L.A. Sur*. Llevé a mis hijos a verla. Mi hija se encandiló contigo. Le dije, «no tienes nada que hacer, ese tipo es marica».

Sal soltó una risilla. Fred soltó una risilla. El mirón, no. El mirón estaba siempre absorto en sus cosas. Unas ventanas atraían su atención, fuera.

Scotty engulló unas galletas.

—Cuéntamelo. ¿Por qué ese estúpido no quiere aceptar?

Sal se encogió de hombros.

—Marsh es duro de mollera. Tiene su pequeño mundo muy organizado y no aprecia las intromisiones. Tiene ese punto de policía y ese modo de hablar y ese arte tan suyo. Y ahora no habla más que de esos viajes que hizo a Haití.

*Hooola.*

*Softbol. Lanzamiento alto y fácil, captura fácil. Marsh se callaba cosas. Haití estaba pegado a la R.D. Las esmeraldas enviadas desde allí. Haití significaba Reggie y las piedras.*

Sal Sarasa cotorreó. Scotty desconectó. El mirón estaba nervioso. Fíjate en el sudor de sus manos y de su cuello.

Scotty apuró su copa de un trago.

—Sigue insistiendo, Sal. Te conseguiré unos cuantos Quaaludes. Un poco de soul en el estéreo y ba-ba-bum.

Sal soltó una risilla.

—No es que yo no quiera. Marsh es un bocado de lo más apetecible. Yo lo llamo

«La reina de África».

Fred D. se agarró la tripa. El mirón aulló. Volaron migajas de galleta.

—Esto tiene que quedar entre nosotros —dijo Scotty—. Dwight Holly no debe saberlo. Éste es nuestro chantaje al marica; el suyo es agua pasada.

Hoola.

Sal se sonrojó al oír «Dwight Holly». El mirón se crispó ligeramente.

Sal jugueteó con el rizo engominado.

—Sólo vi al señor Holly hace mucho tiempo. Mi contacto federal fue siempre Jack Leahy. Me acosaba con preguntas sobre Batida en L.A. Sur. ¿Lo recuerda, sargento? Usted también estaba. El atraco al furgón blindado esto, el atraco al furgón blindado lo otro, como si yo tuviera algo que ver con ese tipo de cosas.

Hoola.

El mirón parpadeó al oír «Leahy». El mirón parpadeó al oír «atraco». Fíjate en la mirada huidiza del mirón y en su ligero sudor.

Scotty lanzó una mirada amenazadora a Sal. Sal se humedeció los labios e hizo una mueca presuntuosa. Fred O. volvió a tirar de la cutícula. El aire cargado zumbó a su alrededor. El mirón tragó saliva y volvió a tragar. Su nuez de Adán bailó el twist de Frug and the Peppermint.

Scotty fue al baño. Los fríos azulejos lo atraieron. Apoyó la cabeza en la pared. Vale, vale, vale: encontremos la lógica a todo esto.

Leahy. Preguntas sobre el atraco, entonces. El jaleo del Banco Popular, ahora. Jack se conchabó con la gente del banco. Jack entró con los censores de cuentas. Estuvo implicado en el atraco. Ahora, él tiene la pasta.

«Haití» significaba: Marsh muere.

(Los Ángeles, 5/12/71)

El friso del salpicadero: todo fotos nuevas.

La farra de quemar tinta le dejó una pista caliente y cuatro identidades falsas. Contrastó los nombres con fotos de fichas policiales. Obtuvo cuatro nuevas Joan.

Williamson, Goldenson, Broward y Faust. Joan en 1949. Joan tres, cinco y siete años después.

Está más joven, tiene el pelo más oscuro, es todavía algo menos que feroz. Siempre aparece desafiante. Sin gafas, tiene los ojos entornados. Los hombros son más suaves. La mandíbula todavía no tiene una expresión tan dura.

Crutch contempló las fotos. La cumbre acababa de terminar. Rastreó las ondas cerebrales de Scotty. Scotty se había quedado con lo de Haití y Marsh.

Puso en marcha el coche y se dirigió al sur. Clyde tenía trabajo para él. También hacía de taxista para Tiger Kab. Su caso estaba resolviéndose y estallándole encima.

Dwight Holly lo había llamado y advertido: no hagas nada, cretino. Celia buscaba al asesino de Tatuaje, igual que él. Scotty iba tras Marsh. Iba tras él de cabeza, joder.

Atravesó Hancock Park. Miró ventanas a la luz del día. No sintió ninguna emoción.

Se acercaba la Navidad. Su madre mandaría una postal y cinco pavos. Le compraría un regalo a Dana Lund.

Fue al solar de los aprendices de detective. Phil Irwin y Buzz Duber lo saludaron de lejos. Weiss sobaba a una prostituta mulata.

La chica se dirigió cojeando a la estación de servicio. Chick vio pasar a la mulata con una calentura interracial. Crutch frenó y puso el motor al ralentí. Chick se inclinó hacia la ventanilla.

—Pareces triste, hijo. Deberías apuntarte a Voyeurs Anónimos. —Ve a joder a la puta de tu madre.

—Lo intenté una vez. Me rechazó y me mandó a la escuela de Leyes.

Se levantó un viento cálido. Crutch dirigió la salida del aire acondicionado hacia sus pelotas.

—Dame un trabajo de divorcio.

—No. Mi chico es Phil —dijo Chick—. Y tengo a ese filipino de picha de burro en reserva, así que no puedo excederme en gastos para sacarte de tu tedio.

Crutch se rio. Chick continuó:

—Sal de aquí. Haz algo idiota y valiente y el mundo pensará que andas bien follado.

Pasó por Tiger Kab. El DPLA tenía algunos presos de confianza allí. Llevaban monos de trabajo a rayas atigradas. Hacían trabajos forzosos de lavado y encerado. Redd Foxx les servía platos de comida afro.

Crutch estaba evitándolo. No podía soltarlo sin más.

Milt C. lo vio y lo saludó con la mano. Yonqui Monkey lo saludó con una pata. Crutch devolvió el saludo y dobló al oeste hacia Stocker.

El piso estaba bien. Baldwin Hills era zona alta de negros. Ray Charles y Lou Rawls vivían en aquella calle. Él los había llevado en taxi.

Se apeó y llamó al timbre. Marsh Bowen abrió la puerta. Iba de uniforme. La Medalla al Valor brillaba en su pechera.

Marsh tuvo una reacción tardía. Ah, sí: el chico de Clyde Duber. Crutch le dijo:

—Scotty sabe que fuiste a Haití. Creo que será mejor que huyas.



(Washington D.C., 7/12/71)

Harvey's estaba abarrotado. Esperó en la barra. Howard Hunt llegaba tarde. La gente que almorzaba iba de mesa en mesa.

Ted Kennedy y John Mitchell. El vicepresidente Agnew contaba un chiste multimesa. Dwight pilló retazos. Un león se follaba una cebrá, ja ja.

Estaba machacado del jet-lag y de días sin dormir. El día anterior había almorzado con Jack Leahy. El encuentro había chirriado como las uñas en una pizarra. No hablaron de la Operación. Joan ya lo había hecho. Jack la aprobaba y la deseaba. Su mirada transmitía asentimiento. Eso quedaba claro.

Jack había acudido para hablar, sólo bajo sus propias condiciones. Había dicho que Joan y él se conocían desde hacía mucho tiempo. Había dicho que él sacó el dinero. No hablaron del atraco. Jack dijo que odiaba a Hoover tanto como Joan. Dwight le preguntó por qué. Jack respondió: «No te lo diré».

Hunt llegaba tarde. Le fastidió mucho. Karen y las niñas estaban allí. Dwight tomó café y paseó la mirada por el restaurante. Entró Ronald Reagan. Provocó 000hs y aaahs y mofas.

Había trabajado tres días seguidos con Joan, combinando extractos del falso diario con el texto auténtico de Marsh. Ahora, los dos eran uno. Borraron el asesinato de Lionel Thornton. Eso metería mucha presión a Scotty y lo induciría a hablar. La omisión tal vez lo convenciera de guardar silencio. Joan había estado próxima a Lionel Thornton. La omisión dejaría fuera de aquello a la familia de Thornton.

El nuevo texto revelaba la fijación de Marsh con el golpe. Lo hacía colega de un Scotty con la misma fijación y perseguía con él pistas infructuosas. Ahora, Marsh era todo codicia y perversión. Había llegado tarde al contexto político. Era titiritero y marioneta a la vez. Su psique se había desarticulado de dieciséis millones de maneras. La policía lo acogió y le dio una identidad. La policía le dijo que la conservara mientras él adoptaba otra antitética. La búsqueda del dinero y las esmeraldas no llevó a ninguna parte. No sabía quién era, dónde estaba ni qué hacía. Decidió matar a una figura pública para que todo encajara.

Howard Hunt llegó por fin. Dwight le indicó que se acercara con un gesto. El barman lo vio y preparó un Martini.

Tomó dos sorbos y cargó una pipa. Se limpió las gafas con la corbata.

—No puedo quedarme a almorzar.

—No esperaba que lo hiciera.

—Fuera hace calor. Esta primavera se va a hacer insoportable.

Dwight le pasó un sobre. Hunt lo guardó y encendió la pipa.

—¿Y bien?

—Este verano. El hotel Watergate. Usted decide el momento exacto y el personal.

—El viejo sarasa le ha dicho que no. He oído rumores.

—Le caigo bien al hombre. Dejémoslo ahí.

—¿Usted está al cargo? —Hunt apuró el Martini. Dwight dijo que no con la cabeza.

—Mire en el sobre. Hay un teléfono público al que puede llamar. El Hombre tiene querencia por los cubanos. Usted ya sabe de qué va esto. Es todo escuchas, enlaces y filmaciones. Me estoy apartando de eso, ahora.

Hunt dejó un billete de cinco sobre la barra. Dwight no lo consintió.

—Yo invito.

—Dwight el Ejecutor. Siempre tan caballero.

—Me alegro de volver a verlo, Howard.

Hunt se puso una gorra de golf y salió. La puerta se abrió de par en par. La luz del sol bañó la barra y el comedor. Dos tipos grandes ayudaron a entrar a un viejo frágil.

Arrastraba los pies. La ropa le quedaba grande. Las gafas se le deslizaban por la nariz. Manchas hepáticas, parálisis, cuello torcido. Pasitos de medio centímetro. El viejo miró alrededor y lo vio. Tenía unos ojos castaño oscuro de mirada borrosa. No exteriorizó nada. Dwight parpadeó y reenfocó. El señor Hoover lo miraba impertérrito.

Los guardaespaldas lo llevaron a una mesa. Tardó tres minutos en avanzar quince metros. Dirigió una mirada general, desenfocada, al restaurante. Nadie reparó en él. La gente continuó yendo de mesa en mesa a su alrededor. Un camarero le sirvió comida precocinada.

Dwight lo tenía de frente. Había una corta distancia entre los dos. Se apartó de la barra. Se convirtió en una figura individual, en una silueta grande.

El señor Hoover miró en dirección a él. Dwight lo saludó con la mano. El señor Hoover no reaccionó.

Un guardaespaldas le cortó el bisté. Un guardaespaldas le dio de comer. Ted Kennedy lo vio y apartó la mirada. Ronald Reagan sonrió y siguió su camino. El señor Hoover asistió impertérrito. Le caía saliva por la comisura de los labios.

Dwight se acercó tres pasos. Se hizo una figura más definida. El señor Hoover tosió. La saliva formó un charco en el plato. Un camarero se acercó y lo retiró. Dwight avanzó más. Llegó a su lado. El señor Hoover estaba muy cerca. Miró directamente a Dwight y no alcanzó a verlo.

Las niñas saltaban alrededor del monumento. Dwight y Karen se tomaban las manos en un banco.

—¿Les has explicado que Washington fue el padre de nuestro país?

—Tu historia de Norteamérica no es la mía —sonrió Karen.

—Podría rebatirte ese punto ahora mismo.

—Dados los recientes acontecimientos, tal vez aceptaría que tienes razón.

El césped estaba lleno de criadas con cochecitos y de niños que jugaban a pelota. Un chiquillo vio la cartuchera de Dwight y sonrió.

—Llevamos siete años juntos —dijo Karen.

—Lo sé. Cumplirás cuarenta y siete en febrero.

—Llévame a alguna parte un fin de semana. Me paso el tiempo preparándome para lo peor. Estás haciendo algo irreparable. Quiero unos momentos contigo antes de que suceda.

Dwight puso el pie sobre el banco y se volvió hacia ella. Karen lo miró. Él le sostuvo la cara en la mano. Rodaron unas lágrimas. Él las enjugó con los pulgares.

—No lo voy a hacer.

Karen se apartó de él. Lloraba a lágrima viva. Se quitó el suéter y se lo llevó a los ojos.

El cárdigan de cachemira malva. Su primer regalo de Navidad.

—¿Qué? ¿No me creíste roja? ¿Por qué?

—Que no muera nadie —dijo Dwight.

Tenía una gran *suite* en el Willard. Lujos por cuenta del Buró. El baño tenía una ducha inmensa.

El servicio de habitaciones le mandó una botella de *bourbon*. Lo hizo salivar. Llevó el maletín y la botella al baño. Metió las páginas del diario en la ducha y vertió encima el *bourbon*.

Encendió una cerilla y la dejó caer. La ducha contuvo la llamarada. Dejó que las llamas se alzaran.

La alcachofa colgaba fuera de la ducha. Abrió el agua y lo mojó todo. Las páginas se redujeron a una pasta negra.

Encima del retrete colgaba un teléfono de pared. Dwight llamó directamente al refugio. Escuchó tres señales de llamada y:

—¿Sí?

—Abandonamos. No puedo hacerlo.

Joan dijo: «No», y colgó.

**DOCUMENTO ANEXO: 8/12/71 - 17/1/72. Extraído del diario de Marshall E. Bowen.**

Siempre sé cuándo algo se ha acabado. Abrí la puerta, vi a aquel chico estúpido en mi porche y me di cuenta de que muchos hilos de mi vida han llegado al final del carrete. No le pedí más explicaciones; no le dije que lo había visto aquí y allá lo suficiente para saber que tenía que ser un hábil artista de la vigilancia con considerables conocimientos sobre mí. Había aparcado el coche en la calzada de acceso de mi casa. Me acerqué a recoger el periódico del día de mi césped y vi que el chico tenía fotografías de Joan Rosen Klein pegadas con cinta al salpicadero. En aquel instante, lo supe: se acabó.

El chico se marchó. Yo saqué el diario del escondite, liquidé la cuenta del banco, hice una maleta y vine volando hacia aquí. Dudé que Scotty viniera a buscarme o que se arriesgara a destapar nuestros muchos crímenes azuzando al DPLA contra mí. La intuición me decía que el

dinero estaba en Los Ángeles y que Reginald y las esmeraldas estaban aquí. Así pues, tomé un avión y volé a Puerto Príncipe.

Haití es muy negro. Yo soy un negro que habla francés con fluidez, un americano, un policía. Tengo el instinto del gran actor para asimilar idiomas. Nunca podría hacerme pasar por haitiano puro, pero he mejorado mucho en francés criollo. Los nativos se sienten honrados cuando un extranjero intenta hablar en su lengua y realmente lo consigue. Mi aprovechamiento y mi encanto natural me han proporcionado carta blanca para darme el gusto y observar. Me nuevo a pie y en bicicleta y me alojo en hoteles pequeños. Hago preguntas sobre Reginald Hazzard en inglés y en francés dondequiera que voy. Describo a un joven negro con la cara quemada; a veces exhibo mis credenciales de policía. Mucha gente recuerda haber visto a Reginald, pero nadie sabe dónde está. Tengo todo el tiempo del mundo para dar con él. No pienso regresar a Estados Unidos.

Los Tonton Macoute me han seguido innumerables veces y me han interrogado en cuatro ocasiones. Mi estatus de policía americano los desconcierta. Son todos policías corruptos y presienten que yo también lo soy. Me han visto repartir propinas por informaciones sobre Reginald. Estoy seguro de que saben quién es y tal vez dónde está ahora. Los Tonton me han contado la historia disuasoria de otro policía norteamericano que sintió el impulso de explorar el Haití rural. Wayne Tedrow era blanco y carecía de mi coloración protectora. Los Tonton no me han amenazado nunca; han deducido que los americanos negros con recursos financieros pueden comprarse la seguridad del anonimato y vivir a salvo en Haití mientras les dure el dinero. También han deducido que tal puede ser el caso de Reginald Hazzard y quizás han deducido también que yo debo volver a casa.

Me quedo. Los Tonton lo aceptan con cierta reticencia porque Haití es un lugar peligroso, porque soy un policía negro que habla su idioma con bastante desparpajo y porque parece que les caigo bien. Un Tonton me dijo que el DPLA se había interesado por mi paradero. Todavía no había contestado. Tenía que tratarse de una investigación privada de Scotty. Di dinero al Tonton y le dije que no respondiera. Me dijo que así lo haría.

Siempre ando callejeando por Puerto Príncipe, las ciudades cercanas y los pueblos más remotos. Bebo klerin y viajo con toda suerte de hierbas haitianas. Hice viajes de hierba y reviví el último día de Wayne sobre la tierra. Un *bokur* me preparó una pócima a la que habían puesto su nombre. Es el paisaje mental más sofocante. A menudo veo rostros de mi pasado en formas completamente alteradas. Pienso en mi vida como joven negro de clase media, farsante izquierdista, policía, homosexual, falso militante negro y asesino. Vivo en un estado contemplativo y libre de cargas. El 24 de febrero de 1964 y todo lo que he hecho por sacar provecho de él me resulta ahora completamente irrelevante.

De vez en cuando, pienso en Scotty. Pienso en Wayne frecuentemente y en el señor Holly, sobre todo. Lo quería a la manera en que los moralmente afligidos aman a aquellos que más ejemplifican su compleja voluntad de hacerse valer y sobrevivir. Creo que nos conocíamos el uno al otro. Al final, no condujo a nada más que eso. Dado quién soy, quién es él y quiénes somos los dos, era un vínculo de cierta solvencia... y, por mi parte, de afecto. Ahora, extrañamente, eso me nutre.

El Haití rural me atrae imperiosamente. Se parece a las zonas más duras de Hollywood Este. He asistido a varias ceremonias vudú. He visto hombres y mujeres zombificados. A veces me han seguido grupos de hombres, pero nunca me he sentido amenazado. Pienso en Wayne y en nuestras conversaciones sobre el estado onírico. Deseo ser inmovilizado físicamente de modo que pueda estar absolutamente quieto y privado de la voluntad de evocar un pensamiento consciente o una reacción. Tengo una reserva de hierbas tremendamente potentes y de toxina de pez globo que he estado guardando para una ocasión especial. La llevo conmigo a todas partes. Busco la estimulación y la estimulación me busca a mí. Quiero estar preparado químicamente para intensificar cualquier estado de revelación en el que pueda encontrarme. Recuerdo a menudo mi primera conversación con el señor Holly. Fue en Chicago, durante los disturbios policiales del verano del 68. Yo estaba en un calabozo; era una víctima de la policía racista que, casualmente, también era policía. El señor Holly estaba dando los primeros pasos del plan para atraparme en la OPERACIÓN HERMANO MAAALO. Citó a «una mujer muy sabia», que luego supe que era su novia cuáquera izquierdista. «Cuidado con lo que buscas, porque eso te está buscando a ti», me dijo el señor Holly. Fue un reconocimiento inmediato de mi vida hasta la fecha y una fascinante profecía de futuro.

Ayer estaba sentado en un banco en Cayes-Jacmel. Estaba haciendo un paisaje mental de ese mismo pensamiento mientras contemplaba el Caribe. Hacía sol y no mucho calor. Un vendedor me había preparado una tarrina de helado regado con klerin. Estaba endulzado con fruta y dejaba un regusto amargo. Reginald Hazzard se acercó y tomó asiento a mi lado.

Lo reconocí de aquel día, hacía ya casi ocho años. La fotografía de Wayne era una imagen plana, de antes de su desfiguración. Éste era el hombre al que mi vecino médico y yo habíamos rescatado del atraco y de sus crueles secuelas policiales.

Nos saludamos. Las cicatrices de las quemaduras de Reginald se habían desvanecido y habían dejado su negra piel de un tono blanco rosado. Me agradeció que lo hubiera salvado y me dijo que había oído rumores de que un policía andaba haciendo preguntas. Hacía tres semanas, le habían señalado quién era. Me había estado siguiendo desde entonces. Había sabido quién era tan pronto me había visto. Le llevó un largo período de estudio determinar que yo no le deseaba ningún mal.

Él tenía una botella de klerin y nos la pasamos. No lo presioné para que me contara detalles del atraco; él no me presionó para que le contara detalles de mi carrera en la policía o de mi reciente condición de celebridad local. Sabía mucho de mí. Lo percibí enseguida y supe que sería una descortesía presionarlo en modo alguno.

Pregunté a Reginald si se sentía seguro en Haití. Reginald dijo que sí, pero añadió que echaba mucho en falta a su madre. Yo no mencioné la muerte de su padre en el verano del 68, con Wayne Tedrow muy en la órbita del luctuoso suceso. No mencioné a Wayne como héroe popular. No mencioné la unión de Wayne con Mary Beth Hazzard ni su empeño en encontrar al chico que me había encontrado a mí con tanta facilidad. Él lo sabía todo, o no sabía nada, o sabía una parte de ello, o la mayor parte. Lo entendí así y, de nuevo, me comporté decorosamente.

El sol descendió sobre el agua. Estuvimos callados mucho más rato del que hablamos. Reginald me preguntó si había conocido a Joan. Le dije que sí. Me puso una esmeralda en la mano y me dijo que era la ultimísima. Le di las gracias. Él se levantó del banco y se alejó.

Viajé en bicicleta al interior de Haití. Poblados y villorrios se extendían a lo largo de sierras de cumbres no muy elevadas y de llanuras cubiertas de matorral. Las ramas caídas y las piedras afiladas destrozaban las llantas. Continué a pie. La noche se hizo más oscura. Noté que me seguían grupos de hombres.

De vez en cuando, la luna me permitió ver algo. Distinguí brevemente unos cocodrilos inmensos y unos árboles con marcas de sangre. Noté que los grupos que me seguían se expandían. Llegué a un pequeño pueblo con un hotel muy pequeño. Me iluminaron los faros de un coche. Hice gestos al conductor. Llevaba una máscara blanca de madera.

Engullí mi reserva especial de hierbas y entré en el pueblo. Un perro que llevaba un gorro puntiagudo se acercó corriendo y me mordió. Entré en el hotel y hablé en francés al tipo de la recepción. Me alquiló una habitación en el primer piso, con vistas a la calle.

Era pequeña y de techo bajo, con sólo un lavamanos, una silla y la cama. Apagué las luces. Saqué la esmeralda de Reginald y me coloqué delante de la ventana. Las hierbas surtieron efecto. La luna convirtió la piedra verde en un prisma. Vi gente entrando y saliendo de los rayos y oí que me decían cosas asombrosas.

Ahora, un grupo de hombres se ha reunido fuera. Levantan la vista hacia mí. Son tres. Llevan machetes envainados. Tienen brazos izquierdos y alas donde deberían tener los derechos.

Estoy quedándome inmovilizado. Mis pensamientos se dispersan tan pronto empiezan a formarse. Dentro de un momento soltaré la pluma con la que estoy escribiendo. Ahora, los hombres alados entran en el hotel. Les he dejado la puerta abierta.

(Los Ángeles, 22/1/2 — 18/3/72)

Supo la noticia tarde. Fue un mazazo. Lo hizo tambalearse.

Llevaba semanas corriendo en una dirección. Aquello lo mandó en dirección contraria y lo agotó y lo hizo sentarse a pensar. Lo echó en falta más que a nada. Tenía en él a un amigo. El amigo lo había jodido y se había largado. Él lo echó en falta a pesar de todo.

Marsh había muerto en Haití. Él sabía que había huido allí. Mandó una petición del DPLA para indagar su paradero y obtuvo respuesta con retraso. Él no podía ir allí. Su estatus de cerdo blanco lo excluía. La extradición no era posible: Marsh estaba desaparecido, pero Marsh estaba limpio. Agentes de Asuntos Internos registraron su casa. Encontraron listas de bares de gays en su libreta de direcciones. Entrevistaron a Scotty. Tú y Marsh tuvisteis un enfrentamiento en el 68, háblanos de eso.

Contó que Marsh había sido topo de los federales. Los de Asuntos Internos se lanzaron sobre ello e interrogaron a Dwight Holly. Dwight les dijo que Marsh había hecho un trabajo soberbio. Los de Asuntos Internos se formaron teorías estúpidas. Marsh delataba militantes negros. Podía ser una venganza diferida.

Scotty rechazó la hipótesis. Haití: ¿a quién le importa? Déjalo. Tómalo como una escapada de marica. No delates que lo era. No ensucies el nombre del DPLA. No avergüences a su anciano padre.

Marsh tal vez había dejado un diario. La perspectiva le produjo escalofríos. Revolvió su madriguera y encontró un escondite en una viga. Olía a cuero y papel. Evidente: Marsh se había llevado el diario consigo. Asuntos Internos decidió abandonar el caso. Era lo mejor para todos. El policía del «tiroteo entre militantes negros» era marica. Le concedieron la Medalla al Valor, imagina.

La noticia lo trastornó. Había estado tenso y esquizo todas las semanas anteriores. Estuvo dándole vueltas a la cabeza en su guarida. Hizo seguimientos. Llevó a Ann y a los chicos a Disneylandia. Llevó a cuatro de sus novias a Las Vegas en fines de semana consecutivos. Repartió dinero por Negrolandia y esperó que le llegaran soplos. ¿Quién es la mujer comunista?

Marsh siempre fue reservado. Juntos habían hecho cosas atroces. Marsh se había escabullido y no había contado nada. Lo respetaba por eso. Él había salido adelante de todo aquello. Marsh había muerto por culpa de todo aquello. Maldito Haití: ciempiés voladores y vudú. Marsh era un místico en secreto. A veces, empezaba con aquella cháchara. Reggie y las esmeraldas: el golpe era asunto muerto. El dinero era otra cosa.

Alguien había avisado a Marsh. La cumbre sobre el chantaje al marica acababa de

terminar. Sospechosos: Sal M., Fred O., C. el Mirón. Sal y Fred no tenían motivo. Eso dejaba al Mirón. Pasó semanas dándole vueltas.

El Mirón era ubicuo. Conducía y hacía de mirón y no soltaba prenda. Fred O. dio a entender que sabía cosas. Ha visto y hecho mucha mierda; no menosprecies a ese chico.

El Mirón vivía encerrado en sus pensamientos. Él también, últimamente. El atraco vivía entero en su cabeza, ahora. Marsh estuvo allí aquel día. Él, también. Los dos sabían qué significaba y por qué tenían que hacerse con el botín. Ellos y nadie más.

Aplazó el asunto del Mirón. Rondó el solar de los ayudantes de detective e indujo temor. Las piezas encajaron en la cumbre. Se concretó así:

Jack Leahy organizó el golpe. Los detalles no importaban. Entró con la gente del banco. Sacó el dinero antes.

Es una confrontación suave. Verá la luz y accederá al reparto.

Saturó el sur de L.A. El señor Scotty suelta muuucho dinero. La semana pasada consiguió esas grandes pistas coincidentes.

La probable organizadora: Joan Rosen Klein. Joan tiene un pedigrí de extrema izquierda. Faltan expedientes policiales. Hay rumores de un atraco a mano armada. Es informante de los federales. Podría ser el amorcito del Gran Dwight.

Recogió todas sus hojas de soplos. Masticó pastillas de menta para el mal aliento y lo repasó todo una y otra vez. Le pareció cierto. Es roja, está equivocada. Ha estado implicada marginalmente en asuntos de militancia negra desde el 68.

La mujer requiere una cumbre de policías corruptos. Un asunto en el orden del día: el reparto ampliado del dinero.

Eso se superpone a todos los programas. Es esencialmente izquierdista. Compartamos la riqueza. No quiero causar dolor.

Él recurre a Dwight. Dwight recurre a Jack y a Joan. La cuenta en dólares se vacía. De cualquier modo, es calderilla.

Echó de menos a Marsh. Lo llevó consigo. Hizo ese gran gesto. El chantaje al marica quedó kaput. Fred O. devolvió la mitad de su dinero. Rellenó un cheque y lo envió al padre de Marsh, en Chicago. Eh, viejo. Nuestro asunto salió mal, pero sentía aprecio por su hijo.

(Los Ángeles, 22/1/72 — 18/3/72)

*Piso franco.*

Es un término radical. Es nomenclatura de la Zona Joan. Él tiene su propia versión de lo mismo.

Necesitaba un piso franco. Él era un rojo sin convicción. Tenía conocimientos esotéricos y un equipo de química. Tenía algunas ideas nuevas. Tenía a un blanco derechista buscando venganza.

Scotty apareció por el solar y le guiñó un ojo. Scotty tenía a sus matones protegidos trabajando a tiempo parcial para Tiger Kab. El Matón Uno y el Matón Dos eran del tamaño de Scotty. Le guiñaron un ojo y sonrieron.

Cretino, mirón, pariguayo. Añade a eso «soplón». Scotty sabía que él había avisado a Marsh Bowen. Los guiños significaban: estás muerto... pero todavía no.

*Piso franco.*

Alquiló una cabaña en las colinas de Hollywood. Guardó allí sus expedientes, los libros, las hierbas y el equipo de química. El lugar es seguro. Él no está seguro allí. Se deja caer por los Vivian y por su piso del centro de vez en cuando. Duerme en el coche. Alquila habitaciones de motel a salto de mata. Hace trabajos de divorcios para Clyde y Chick. Cuando sigue a alguien, se siente seguro. Cuando deja de hacerlo, se siente inseguro.

Marsh se largó a alguna parte. Él había rondado por Baldwin Hills todo el invierno y vio tráfico de vigilancias en cantidad. Scotty vigilaba la casa de Marsh. Dwight vigilaba la casa de Marsh. Unos policías de Asuntos Internos vaciaron la guarida a finales de enero. Dwight lo había prevenido: no hagas nada, cretino. Dwight sabía la mayor parte de lo que sabía él. Dwight podía o no matarlo. Scotty, seguro que lo haría.

*Piso franco.*

*Ejecución diferida.*

No podía escapar. L.A. era L.A. Sólo se sentía seguro aquí. Su caso estaba aquí. Aquí hacía el taxi y seguía gente. Aquí volaba carteles callejeros de derechas. Aquí sabía vivir. No podía huir a ninguna parte. L.A. siempre le daba mierda urgente que hacer.

Gretchen/Celia había intentado seguir el rastro del asesino de Tatuaje. El difunto Leander James Jackson la había ayudado. Él había encontrado a cuatro asociados conocidos de Jackson. Le dijeron que Leander estaba muy interesado en el caso. Le dijeron que no guardaba documentos. Una mujer llamada «Celia» compartía su fijación. Se comunicaban a través de un teléfono público. El asunto de Tatuaje



empezó con mal *gri-gri* haitiano.

*Piso franco.*

Su equipo está a salvo ahí. Él, no. Es divertido y jodido. Acaba de cumplir veintisiete. Parece mucho mayor. Tiene el pelo veteado de canas y una marca comunista en la espalda. No sabe hablar con las personas que le importan. En vez de eso, las sigue.

Sigue a Dwight Holly. Parece que Joan lo ha dejado. Dwight espera en el apartamento cerca de la casa de Karen, durante días seguidos. Las cajas y el material han desaparecido. Dwight espera junto al teléfono. Descuelga el auricular cada media hora. Observa la casa de Karen con prismáticos. Enfoca a las niñas.

Dwight permanece inmóvil. Él tiene que permanecer en movimiento. Sigue a Karen en ocasiones. Ella lo ha conducido a citas con Joan para almorzar.

El seguimiento resultaba fácil. La movilidad era su punto fuerte. Los coches eran camuflaje. Su aire de tipo ordinario le proporcionaba protección. Poner micrófonos era fácil. Sabía taladrar y tender cables. Escuchar conversaciones en persona era difícil. Podían verte y presentir tu intención.

Se acercó a Joan y Karen. Tomaban café y encadenaban cigarrillos en un local de Hillhurst. Joan dijo que tenía «el dinero». Eso la animaba. Estaba preocupada. Celia andaba perdida por Haití o la R.D. Joan había cortado con Dwight. Tenía que ver con «la Operación». La frase hizo que Karen torciera el gesto. Joan dijo «piso franco» dos veces. Joan dijo que Dwight no podría encontrarla nunca.

Eran muy buenas amigas. Oyó el deje de Nueva York en sus voces. Karen era pelirroja y no parecía griega. Últimamente, refrescaba. Joan llevaba suéters. No alcanzó a verle la cicatriz de arma blanca.

Hizo una foto a escondidas. Joan tenía cuarenta y cinco años, cuatro meses y diecisiete días.

La pegó al salpicadero. Él siempre está moviéndose. Todas sus fotos están a salvo.

(Los Ángeles, 22/1/72 — 18/3/72)

Desaparecidos.

Joan se llevó los documentos falsificados y el instrumental que habían empleado. Jack se retiró del Buró. Dejó su carta de renuncia en la sala de la brigada. Era respetuosa. Daba las gracias al señor Hoover y alababa su liderazgo. Por favor, envíenme los cheques de la pensión a mi apartado de correos en el Oregón rural.

Marsh huyó a Haití y allí lo mataron. Los de Asuntos Internos del DPLA lo interrogaron. No mencionó al sargento Robert S. Bennett. Alabó la actuación del sargento Bowen en la OPERACIÓN HERMANO MAAALO. Los policías dijeron que Marsh era homosexual. Dwight se las dio de sorprendido.

Los dos han desaparecido. Ella ha desaparecido. Limpió el refugio y dejó la línea telefónica intacta. El número no consta en las guías. Ella es la única que lo tiene. Si el teléfono suena, es ella.

Dime cosas.

Dime qué te hizo ese hombre.

No, no te lo diré.

El odio de ella se superpuso al calor de la conversión de él. Jack mantuvo vivo el odio que tenía, fuera cual fuese. La rabia de los dos eclipsó la vergüenza y el sentimiento de culpa de él. La herida de ellos se hizo más honda. No podía matar al hombre. Había querido hacerlo a su modo. No podían utilizar a Marsh. Encontrarían otro chivo expiatorio o lo harían sin subtexto. Él no intercederá, lo saben. Si llama Joan, se lo dirá.

Se coló *chez* Marsh una última vez. Buscó en el escondite. El diario había desaparecido.

Llamó a Bob Relyea y le dijo que habían abortado. Guárdate el dinero y cómprate una sábana nueva. Bob se quedó aliviado. Dwight, esto tenía escrito por todas partes que sería una gran cagada. Bob, todavía no está liquidado. No te alejes del televisor.

Continuó volviendo por el D.C. Que Karen estuviera allí ayudaba. Vio al señor Hoover. Perdonó a Marsh por lo que el hombre le había hecho. «Que nadie muera» no era una frase vacía.

Va a la oficina. El teléfono del refugio y el del local tapadera no suenan nunca. El señor Hoover no ha llamado. Nixon no ha llamado. Crutchfield el Mirón lo sigue y espera fuera. El chico lo sabe todo, excepto que SE ACABÓ. Hijo, no tengo la voluntad de matarte.

Llevó fuera a Karen el fin de semana del aniversario de ella. Estuvieron en una casita de campo e hicieron mucho el amor. Ella había visto a Joan. Él lo sabía. Ella

nunca mencionó su nombre.

Ella pone los cuartetos de cuerda cada noche. Él sale a la terraza y escucha. Ondeada la bandera roja de Joan. Karen deja una luz encendida para él.

(Los Ángeles, 19/3/72)

El local del Sultán Sam. El Patio a las ocho de la mañana. Absolutamente surrealista.

Scotty tenía una llave. El negro Sam era soplón de la Agencia de Control del Tabaco, Bebidas Alcohólicas y Armas de Fuego del DPLA. Sam daba fiestas de jubilación. Redd Foxx actuaba a cambio del pago instantáneo de las fianzas. Redd calentaba la sala como un hijo de puta. El tipo era un admirador secreto de los cerdos blancos.

La sección de reservados necesitaba una limpieza a fondo. El escenario era un basurero. Los Soul Survivors habían dejado toda su mierda en el escenario. Las paredes eran de velludillo color lima. Absorbían el humo de los cigarrillos. Las alfombras eran de pelo largo. Absorbían el pis.

Sé conciso. El secreto de las cumbres es la brevedad. Tápatelo la nariz, da la mano y lárgate.

Scotty estaba en un reservado del fondo. Encendió un cigarrillo, dio dos caladas y lo apagó. Dejó la puerta entreabierta. Dwight Holly entró.

Se detuvo en el umbral hasta que sus ojos se adaptaron a la penumbra. Se orientó. Vio a Scotty y fue a su encuentro.

Sus rodillas se rozaron debajo de la mesa. Los dos las recogieron al instante y dejaron un poco de espacio.

—Gracias por venir.

—No podía faltar.

—No nos llevará mucho rato.

—Los dos somos buenos negociadores —dijo Dwight—. Creo que llegaremos a un acuerdo enseguida.

Scotty hizo girar un cenicero. Las colillas que contenía salieron despedidas.

—Se lo has contado a los demás, ¿verdad? ¿Vienes en representación suya?

Dwight dijo que no con la cabeza:

—Nosotros arreglamos el asunto. Yo me aseguraré de que los demás lo acepten. Todos sabemos que esto ha de terminar. Si eres razonable, le pondremos fin hoy.

Scotty se tocó el ala del sombrero:

—Pensaba que me cachearías por si llevo un micrófono.

—Y yo pensaba que me cachearías por si llevo un arma en el tobillo.

Scotty se rio.

—Cuántísimo se ha tardado en que todo encajara.

—El señor Hoover tiene algunas cosas en marcha, eso te lo concedo.

—Confírmame que no estoy loco. El atraco fue cosa de Jack Leahy, Joan Klein y

ese chico negro de la cara quemada. Todo fue una absurda chifladura política.

Dwight sonrió:

—Así fue, más o menos.

—Puedes saltarte lo de las esmeraldas.

—Es una gentileza por tu parte —dijo Dwight.

—Leahy se llevó el dinero.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Un poco más de siete millones.

Scotty hizo chasquear los nudillos.

—¿Se ha lavado todo? ¿Ya no quedan manchas de tinta?

Dwight asintió:

—Billetes limpios, no consecutivos. Billetes de cinco, diez, veinte, cincuenta y cien dólares. Es el dinero con mejor aspecto que has visto nunca.

—Quiero la mitad.

Dwight dijo que no con la cabeza:

—El cuarenta por ciento.

—El cuarenta y cinco —dijo Scotty.

—Trato hecho —asintió Dwight.

El local provocaba picores y era tóxico. El velludillo estaba desgarrado. Scotty sintió que las partículas le roían la piel.

—Hablemos del Mirón. Es un tema secundario en este asunto. Creo que sabe mucho de él.

—Estoy seguro de que sí —dijo Dwight.

—Lleva husmeando desde siempre. Conoce a todos los actores. Es una posible fuente de problemas que no necesitamos. —Dwight asintió. Scotty añadió—: Lo quitamos de en medio.

—No hay trato —dijo Dwight—. Subiré al cincuenta, pero no quiero que sufra daño.

—Pensémoslo bien. El cincuenta es generoso, pero debo insistir.

—No hay trato. Te haré otra concesión, pero no me echaré atrás en eso.

En la calle sonó un claxon. Dwight dio un pequeño respingo. Estaba delgado. Su pecho abultaba desmesuradamente. Probablemente llevaba un chaleco antibalas.

—No podemos tenerlo fisgando y rondándonos con la mano extendida. Ese cabroncete no desistirá.

—No —dijo Dwight. Dio un pequeño respingo. La camisa se entreabrió. La tela del chaleco quedó a la vista.

—Tengo que insistir. Ahora es una decisión difícil, pero algún día me lo agradecerás.

—No. Empecemos otra vez. Subo hasta el cincuenta y cinco y te daré un consejo gratis: yo subo, tú renuncias y todo funciona.

Sonó un claxon. Dwight dio un respingo. Su mano desapareció debajo de la mesa. Scotty se agarró al borde de ésta. Dwight le observó las manos atentamente. Scotty le leyó los pensamientos: Está pensando, ¿cartuchera cruzada o al costado?/ ¿chaleco antibalas o no?

Sus miradas se encontraron. Se observaron fijamente. Sus manos desaparecieron.

Dwight disparó. El tiro rebotó debajo de la mesa. Un cojín del asiento reventó. Scotty se echó a un lado y se agachó. Vio las piernas de Dwight y la mano que empuñaba el arma. Sacó dos pistolas de incriminar. Dwight disparó dos veces. Alcanzó una pata de la mesa y el chaleco de Scotty. Scotty voló hacia atrás y rebotó hacia delante. El impacto hizo que viera doble. Empujó la mesa hacia arriba y la volcó. Dwight disparó. La bala rebotó y lo alcanzó en el cuello. La mesa le cayó encima. Escupió sangre y disparó a discreción. Scotty se escabulló del reservado rodando por el suelo y disparó a dos manos. Alcanzó a Dwight en las dos piernas y en la entrepierna. Le destrozó la mano que empuñaba el arma.

Dwight disparó. Una sección de la pared voló en pedazos. Dwight disparó sin balas. Los dedos no le obedecían. El arma no funcionaba. El tambor y el gatillo se cubrieron de sangre. Scotty se acercó rodando y le hizo saltar el arma de la mano de una patada.

Dwight le escupió sangre a la cara. Scotty le levantó el chaleco y le disparó a las tripas. El aire se había llenado de humo. Los vapores de cordita escocían los ojos.

Scotty recuperó el aliento y las piernas. Se palpó. Todo bien: ni un rasguño, ni una herida.

Sacó un rollo de billetes de cien con una faja de Tiger Kab. Lo metió en el bolsillo de la chaqueta de Dwight. Se palpó el pecho. Localizó la bala incrustada en el chaleco. Bien; ahora, salgamos.

Lo hizo con calma. Se alejó paseaando. Vio el buzón de correos de la esquina y echó el sobre por la ranura.

Una delación. Anónima. Escrita en guetoés. La recibiría la oficina de L.A. Jack Leahy la vería: D.C. Holly, federal corrupto; él sobornó y mató a los hermanos Bostitch. Observa con atención, no actúes. Lo del Banco Popular es cosa del Ejecutor.

Nubes bajas sobre Negrolandia. Vapores de pólvora saliendo por la puerta. Un arco iris hacia el sur.

Señor, es el 24/2/64 revivido.

(Los Ángeles, 19/3/72)

Estaba corriendo tendido boca abajo, o rodando en el aire. Le habían crecido piernas en la espalda y lo propulsaban. No entendía cómo era posible aquello.

Unas paredes verdes se venían abajo. Una película roja nublaba sus ojos. El brazo derecho le latía. Un hombre verde corría con una botella y se mantenía delante de él.

Creo que ya lo entiendo.

Recordó haberse arrastrado por el suelo, recordó la acera y al viejo negro. La foto del bolsillo. El teléfono de ella en el dorso.

A las paredes verdes les salieron luces blancas. Aquellas piernas eran ruedas. La película roja se disolvió y le dejó ver caras. Más hombres verdes con botellas. No eran las caras que deseaba ver.

Tú sabes quién eres. Una última vez, por favor.

Empezó a palpar y a parpadear. El rojo volvió. Rozó cosas y derribó cosas. Las oyó estrellarse. Las manos no le pesaban. Eran como alas.

Sus piernas dejaron de rodar. Alguien enjugó el rojo. Alguien le tomó las manos y las apretó infundiéndoles vida. Vio orillas de río en torno a Karen.

—Son hijas tuyas, Dwight —dijo ella—. Juro que es verdad.

Los ríos se comprimieron y se desbordaron sobre ella. Karen se abrió paso entre ellos y se mantuvo cerca. Él buscó un pensamiento, lo encontró y lo dijo en voz alta:

—¿Me amas?

Los ríos confluyeron oscureciéndose. Las paredes verdes se disolvieron en cabezas de alfiler. Ella dijo: «Me lo pensaré», mientras las luces se apagaban.

(Los Ángeles, 23/3/72)

La licorería Tío Gibb's. Otra vez.

Ostentaba el récord de L.A. Sur. Veintinueve 211 del C.P. desde 1963. El viejo Gibbs siempre meneaba la cabeza.

—Señor Scotty, tengo una nube oscura sobre mí.

El soplo había llegado una hora antes. Era una llamada fiable. Una mujer de color había oído unos comentarios en la calle. Dos muchachos con escopetas que no tramaban nada bueno. Señor Scotty, usted tiene que impedirlo.

Scotty se apostó en el callejón. La puerta trasera daba a él. Había acudido en su coche sin distintivos policiales. Los cazaría cuando entraran.

Su trama de la carta funcionó. La muerte de Dwight Holly pasó inadvertida. El dinero del banco y Jack Leahy, el Ejecutor, pasaron a confidencial. Como había previsto, el Buró enterró el asunto.

Pronto, Joan. Sería manejable. Se saltaría a Jack y la abordaría directamente. Ella vería la sensatez del reparto de dinero.

Había niebla. El cristal se llenó de gotitas. Scotty puso el motor en marcha e hizo funcionar los limpiaparabrisas.

Una mujer se acercó a pie. Era alta y pelirroja. No parecía perdida del todo. Parecía fuera de lugar en Negrolandia.

Bajó el cristal de la ventanilla. Ella rodeó el coche y se asomó. Él preparó un comentario, «nena, te has perdido». Ella apoyó una mano en el marco de la ventanilla. En aquel momento, él notó algo raro.

Ella lo apuntó con un pequeño revólver de cañón corto. Le disparó seis veces en la cara.

**DOCUMENTO ANEXO: 24/3/72.** Extraído del diario guardado en secreto de Karen Sifakis.

Las páginas que siguen me servirán de confesión, si se llega a este punto. No voy a huir. No voy a mentir si me interrogan oficialmente. No voy a ofrecer justificaciones personales o políticas para eso tan horrible que hice. Lo hice porque amaba a Dwight Holly con toda mi alma y porque la otra mujer a la que él amaba carecía de la voluntad necesaria para hacerlo. Estoy dispuesta a sobrevivir sin Dwight y a rezar a Dios para que me dé fuerzas para hacerlo, en nombre de nuestras hijas.

Llevé a cabo ese acto en un estado de furia incontenible. No me detuve a rezar, a dedicar unos minutos a la reflexión. Fui al pequeño bungalow de Dwight y encontré una única pistola de incriminar en una caja. Maté poseída de una apostasía desenfadada e inexcusable. Me niego hoy y me negaré siempre a abdicar de mi responsabilidad personal por ese acto. Dwight abortó su operación y salvó una vida. Mi persistente prédica de la no violencia influyó en su decisión. Su rechazo profundamente firme de sus propias vilezas me impulsaron a reconocer violentamente el precio que pagó por rectificar su pasado y buscar la trascendencia. No habría podido vivir conmigo misma si no hubiera completado el círculo volviendo a ese hombre valiente y a la mujer que yo envié para que le enseñara. El vínculo de los tres debe continuar floreciendo dentro de mí. Mi acto fue un intento de saldar todas las deudas y mantenernos juntos, con uno de nosotros incapacitado, ahora, y uno de nosotros muerto. Veo perfectamente la grandiosidad y el engaño de



estas afirmaciones al tiempo que las hago. En este momento, me trae sin cuidado. Siempre asumiré la responsabilidad de lo que he hecho.

Ahora siento la urgencia del patrimonio de Dwight. No me mortificaré pensando que debería haberse lo contado antes. Lo supo durante un breve instante de conciencia y lo sabrá en el mundo que viene después de éste. A su debido tiempo, les cambiaré el apellido a nuestras hijas y les pondré Holly.

Dwight apreciaba a Marshall Bowen más de lo que había reconocido nunca. Bowen murió en Haití hace unos meses. Haré trasladar su cuerpo a Estados Unidos y lo enterraré con Dwight. Me aseguraré de que reposen cerca de algunas cabras domésticas.

(Los Ángeles, 26/3/72)

Ella estaba dentro. No salía nunca.

Llevaba días vigilándola. La noche anterior había hablado con Clyde. Los rumores corrían desbocados. Dwight Holly estaba muerto. Unos atracadores habían matado a Scotty. Clyde elaboró toda suerte de teorías. Todas equivocadas. Él tenía visión de rayos X. Sólo él sabía qué significaba.

Ella continuó dentro. Él dormía en el coche y vigilaba las ventanas. La había visto una vez, hacía dos días. Buscaba en el armario donde antes guardaba las cajas. Llevaba unos vaqueros gastados y una de las chaquetas de Dwight.

Se puso a contar los días transcurridos desde la primera vez que la había visto. Se detuvo al llegar a mil. Contempló la foto del salpicadero y se puso frenético. Corrió a la casa y empujó la puerta.

Se abrió de par en par. Ella estaba sentada en el suelo. Tenía la cara llena de ronchas y rastros de lágrimas. Se había arrancado mechones de pelo. Las muñecas estaban cubiertas de costras de sangre. En la pared del fondo había un cuchillo clavado. Al lado, había escrito «NO» con sangre.

Estuvo a punto de pisar sus gafas. Ella lo miró forzando la vista. Él recogió las gafas y se acercó. Ella se apartó y pegó la espalda a la pared.

Le tendió las gafas. Ella se las puso. Sus ojos enfocaron más allá de las lágrimas. Levantó la cara y lo miró.

—Señorita Klein, me llamo Donald Crutchfield. La llevo siguiendo mucho tiempo y le agradecería que hablara conmigo.

## **PARTE VI**

Camarada Joan

(26 de marzo de 1972 - 11 de mayo de 1972)

Joan Rosen Klein  
(Los Ángeles, 26/3/72)

Ella lo había visto. Era una cara que aparecía inesperadamente y una mancha confusa y persistente. Era algo intermitente. Parecía que se transformara. Desaparecía y reaparecía distinto.

Te lo contaré a ti, pues. Es la historia que tendría que haberle contado a él.

Se adecentó y se acurrucó bajo la chaqueta de *tweed* de Dwight. Preparó una tetera. Llegaron nubes rasantes. Se estaba fraguando una tormenta de primavera.

Todo empezó con las piedras. El «fuego verde», la «muerte verde». Colombia, mediados del siglo xv. Los españoles conquistan a los indios muzos y saquean sus minas de esmeraldas. Los españoles se convierten en colombianos. Los muzos se convierten en esclavos. La tradición ha llegado hasta el momento actual. Las compañías mineras saquean las montañas Itoco. Están cerca de Bogotá.

Sus abuelos eran emigrantes judíos alemanes. Vinieron a América y se establecieron en Nueva York. Isidore Klein viajó a Sudamérica y se introdujo en las tradiciones del fuego verde.

Era casi un místico. Era rojo hasta la médula.

Los bandidos rojos atacaron las minas del valle de Muzo. Los hombres se autodenominaban huaqueros. Significaba «cazadores de tesoros». Excavaron túneles en los túneles de las compañías mineras y sacaron piedras para ellos. Se enfrentaron a escuadrillas de matones de las empresas. Se llevaban esmeraldas rutinariamente y los apresaban, torturaban y mataban rutinariamente. Había decenas de bandas de huaqueros. Algunos se identificaban políticamente. Isidore sólo les compraba las esmeraldas a ellos. Destinaba una parte de sus beneficios finales a los grupos insurgentes sudamericanos. Vendía sus esmeraldas en buenas joyerías de Estados Unidos. Se hizo rico. Donó pequeñas fortunas a grupos anarquistas y a organizaciones obreras de izquierdas. Vivía confortablemente. Vivía más modestamente que otros emigrantes arribistas. Su aumento de riqueza coincidió con el aumento de poder de un joven abogado. El hombre se llamaba John Edgar Hoover. Era un zángano del departamento de Justicia. Era brillante y captaba oportunidades en unos acontecimientos que se desarrollaban frenéticamente.

El Terror Rojo que siguió a la Gran Guerra le dio entrada en la historia. La casa del fiscal general fue víctima de un atentado. Hoover se puso en marcha a partir de ahí.

Las redadas de rojos. Las libertades civiles suspendidas, abrogadas, aplastadas, prohibidas, derogadas, reprimidas. Los derechos de la Primera Enmienda, pisoteados. Redadas políticas, falsos encarcelamientos, deportaciones por capricho. Al mismo tiempo, se dio una resurgencia de grupos nativistas y del Klan. John Edgar Hoover vio el poder del miedo y se aprovechó de él.

Isidore Klein tenía un hijo. Se llamaba Joseph. Había nacido en 1902. Lo educó rojo. Joseph se casó con Helen Hershfield Rosen en 1924. Helen había recibido una educación roja. Su hija Joan nació la noche de Halloween del 26. Sus padres y su abuelo le dieron una educación roja.

El FBI acababa de crearse. El viejo Buró de Investigación había sido tildado de moribundo. J. Edgar Hoover se hizo cargo de la dirección. Era un mago de las relaciones públicas y un genio de la organización. Su objetivo: acabar con la disensión. Perfeccionó sus técnicas durante la década alocada del boom económico. Comprendió el valor metafísico del enemigo. Sabía que, a ese respecto, los comunistas le servirían. Los gánsteres eran la piedra de toque picaresca para la imaginación del público. Carecían de la fuerza penetrante de los rojos. El boom se convirtió en la Depresión. La izquierda americana se movilizó. Hoover captó un cambio insurgente y reaccionó. Saltó a la palestra pública con estilo. Lanzó un mensaje anticomunista y pasó por alto el crimen organizado. Se convirtió en un héroe nacional. Desató un gran tsunami de vigilancia ilegal, control oficial y falsos arrestos. Isidore Klein se fijó en él.

El nombre Hoover era ubicuo. Isidore recordaba el nombre en boca de sus camaradas apaleados en 1918. Empezó a estudiar a Hoover. Convirtió a Hoover en su enemigo personal. Actuó en el ámbito público. Utilizó las esmeraldas.

Pagó fianzas a subversivos y los sacó de la cárcel. Los regalos pequeños y grandes de esmeraldas abrían las puertas de las prisiones. Las esmeraldas fueron el sostén económico de Joseph, Helen y la niña Joan. Acudieron a reuniones de socialistas y distribuyeron panfletos entre la gente que hacía cola en los repartos de comida. Alojaron y dieron de comer a izquierdistas fugitivos. Se enfrentaron a matones en los piquetes y soportaron detenciones de tres y cuatro días. Libraron su guerra. Isidore Klein libró una guerra cada vez más definida contra J. Edgar Hoover.

Su arma era la palabra. Las esmeraldas financiaron la publicación clandestina de propaganda contra Hoover. Isidore Klein repartió abundante propaganda. Furioso, el señor Hoover tomó nota de ello y ordenó una estrecha vigilancia. Las imprentas de Isidore fueron desmanteladas repetidas veces y él fue repetidas veces encarcelado. Salió de la cárcel gracias a las esmeraldas. Las piedras eran recuerdos, regalos, talismanes y sobornos. La Depresión castigaba con fuerza. Con una esmeralda pequeña, la familia de un policía vivía varios meses. El fuego verde era la llama de la magia y de la revolución. El señor Hoover lo sabía. No consiguió detener el flujo de esmeraldas y, por consiguiente, el flujo de panfletos. Creía que Isidore Klein tenía un escondrijo de esmeraldas en su casa de la calle Sesenta y Tres Este. Ordenó a una

brigada de agentes de la ciudad de Nueva York que saquearan la vivienda y las robaran. Corría 1937. Joan tenía diez años.

La brigada la dirigía el agente especial Thomas D. Leahy. Era viudo y tenía un hijo de dieciséis años llamado John. La brigada puso patas arriba el piso de Isidore. Encontraron diez kilos de esmeraldas del Muzo de la mejor calidad y las robaron. Aquella noche, Isidore llegó tarde. Al descubrir el robo, sufrió un ataque al corazón y murió.

Joseph y Helen Klein se quedaron sin recursos. Sabían que Hoover había ordenado la incursión y le contaron la historia a Joan con todo detalle. Hoover guardó las esmeraldas. Repartió pequeñas cantidades entre sus aduladores a cambio de ciertos favores. Los huaqueros encontraron importadores de piedras menos controvertidos. Hoover regaló esmeraldas a los esquirols y a los infiltrados en los grupos subversivos. El resto de las piedras se lo quedó él.

La muerte de Isidore Klein destrozó a Tom Leahy. El señor Hoover le causó horror. Su miedo y su repulsión corrían paralelos a su culpa y al odio contra sí mismo. Dentro de él, un engranaje hizo clic para bien o para mal. Se radicalizó.

Ayudó en secreto a izquierdistas y los avisó de redadas federales inminentes. Actuaba con gran precaución y cubría sus pasos. El agente Tom se convirtió en un colaborador secreto del movimiento izquierdista clandestino. Los Klein oyeron hablar de él. Nadie sabía que él había dirigido el robo de las esmeraldas. Hoover había acallado toda mención pública del asunto. El agente Tom confesó los hechos a Joe y Helen Klein y a su hija Joan. Joe y Helen lo perdonaron. Entre ellos nació una profunda amistad. Al agente Tom el perdón le llegó al alma y le dio inspiración. Era un brillante abogado y un investigador del ámbito de lo criminal. Sabía acumular información y preparar un caso hasta la incriminación. Decidió preparar un expediente masivo sobre J. Edgar Hoover y hacerlo público.

Interrogó a otros agentes, a los ayudantes de Hoover, a colegas abogados y a sus rivales. Tomó declaraciones a testigos de la negligencia de Hoover y de su planificada ocultación. El expediente llegó a tener varios miles de páginas. En él se constataba la codicia, la mezquindad, la violación a gran escala de las libertades civiles y el flagrante abuso de poder. Joe y Helen Klein leyeron el expediente. La joven camarada Joan leyó el expediente y quedó extasiada y furiosa.

Corría el otoño de 1940. Joan tenía catorce años. Jack, el hijo de Tom Leahy, tenía casi veinte. Tom Leahy era un rojo con la placa del FBI. Preparaba a su hijo para que fuera un policía revolucionario. A la sazón, el señor Hoover tenía cuarenta y cinco años. Tenía las esmeraldas. Su carrera estaba en pleno ascenso. Poseía el poder que siempre había anhelado.

Había creado un mito. La prensa escrita y las emisoras de radio lo divulgaron. Hoover captó hábilmente el espíritu de los tiempos en que vivía. Creó un cuento de certeza moral y de su propia supremacía, hecho a medida para la Depresión y la Segunda Guerra Mundial. Afirmaba que los invisibles «otros» estaban en todas

partes. Eso justificaba la existencia del FBI y de su dirección en la medida en que pudiera convertir ese mito en realidad.

Hoover tenía informantes en todas partes. Se enteró de la traición del rojo Tom y de la existencia del expediente anti-Hoover. Supo que Leahy tomaba declaraciones. Leahy estaba aislado en un campamento izquierdista de los montes de Catskills. La ocasión era perfecta.

Compró a una brigada de la policía estatal de Nueva York. Envío paquetes con esmeraldas, nada de dinero en efectivo. Los agentes hicieron una incursión en el campamento. Algunos de los acampados resistieron. Los agentes los rodearon y quemaron el barracón de las mujeres.

Joseph y Helen Klein resistieron. La policía los detuvo y les pegó de mala manera en un calabozo cercano a Poughkeepsie. Murieron de la paliza.

Aquel fin de semana, Joan estaba en casa, en Brooklyn. Sobre ella cayó un velo de rabia y horror.

Los agentes de policía de la ciudad de Nueva York asaltaron el apartamento de Tom Leahy. Encontraron el expediente. Hoover lo leyó y lo quemó. Sus informantes le ayudaron a preparar una acusación de traición contra Tom. La guerra estaba en su punto álgido. Hoover jugó una carta ganadora: la «seguridad nacional». Hizo arrestar a Tom Leahy y lo juzgó en secreto. Tom fue condenado por un juez y un jurado convocados a toda prisa. Lo condenaron a seis años en Sing Sing.

El expediente de Tom Leahy era muy amplio. Tenía diligentes anotaciones y estaba construido de una manera extraordinaria. Aquello fue el origen de la demencia devoradora de expedientes del señor Hoover.

Los papeles del FBI aumentaban a razón de diez toneladas al año. Tom Leahy murió en prisión en 1943. Se mató a base de beber un licor destilado en la misma cárcel. Lo habían torturado repetidas veces. Los guardias que le habían pegado llevaban anillos de esmeraldas.

Jack, el hijo de Tom, desapareció y vivió en el anonimato. Fue a la universidad y sirvió en la Marina. Ingresó en la escuela de abogacía de Notre Dame. Era un comunista cabal y comprometido, movido por la venganza. Creó un rastro de documentos de oscuros cambios de nombres y regresó al principio para convertirse en el desafiante John Leahy. El rastro estaba construido a partir de su fecha aproximada de nacimiento. El expediente de su padre le enseñó a acumular información. El acceso de su padre a los expedientes de Hoover le enseñó a acumular documentos de manera fraudulenta. En 1950, ingresó en el FBI superando sin problemas la comprobación de sus antecedentes.

Agente especial John C. Leahy: rojo.

Hizo trabajos rutinarios del Buró. Mantuvo contacto con los amigos subversivos de su padre. Tachó y expurgó clandestinamente expedientes de sus camaradas y desvió las interferencias del FBI. Jack Leahy: servidor del FBI de día, agente comunista de noche.

Jack recuperó el contacto con Joan. Ella había pasado a la clandestinidad y había participado en acciones criminales. Su sentimiento de venganza tenía más amplitud y era más indiscriminado. Seguía siendo profundamente roja.

Joan hizo proselitismo en los campus universitarios. Conservó con orgullo su nombre real, igual que había hecho Jack. El uso esporádico de alias enturbiaba su rastro. Conoció a Karen Sifakis. Trabaron una honda amistad. La definía el diálogo que flotaba entre ellas. Karen era partidaria de la no violencia. Joan casi siempre discrepaba.

Un esquirol la apuntó con una pistola. Ella le pegó con un tablón. Recibió una herida de arma blanca en el brazo.

Dos miembros de la Legión Americana la acorralaron en el concierto de Paul Robeson. Recibió una paliza brutal. Esperó nueve años. Mató a los dos tipos mientras dormían.

Le gustaba la emoción de los atracos. Planeó varios aunque no participó en ellos. Era consciente de su condición de mujer. Se mantenía en segundo plano y su rabia roja crecía.

Jack le pasaba avisos del día que pagaban la nómina las empresas y sobre cámaras acorazadas. Joan siempre donaba a la Causa lo obtenido en los atracos. Joan y Jack se volvieron amantes-camaradas. Compartían una historia familiar y un odio familiar. Se movieron juntos y en círculos superpuestos. Joan fue Williamson, Goldenson, Broward y Faust y siempre volvió al Klein. Jack siguió siendo un agente secreto bajo su nombre real y absolutamente ficticio. Jack sacó a Joan de la cárcel. Jack utilizó sus contactos en los departamentos de Policía para que borrarán nombres de expedientes criminales. Joan planeó dos atracos a dos fábricas de tejidos de L.A. en el 51 y el 53. La detuvieron en una gran redada. Jack la sacó de la cárcel y alteró expedientes. Joan planeó un atraco en Dayton, Ohio. Jack sobornó a los investigadores clave y consiguió expurgar casi todos los documentos.

Joan anduvo vagabunda y visitó lugares donde la lucha revolucionaria ardía con fuerza. Fue un recorrido vertiginoso y una deuda de sangre de gran urgencia. Su diálogo con Karen Sifakis redujo sus peores instintos. Su lujuria alcanzó el punto máximo y las cosas se torcieron: 51, 56 y 61. Sólo Karen conoció los detalles. Sólo Karen supo el precio que había tenido que pagar para seguir adelante a su enloquecido paso.

Traficó con heroína para financiar golpes izquierdistas. Fomentó la revuelta en Argelia y en Cuba. Era imprudente, vengativa, incauta e ideológicamente insensata. La muerte de su gran amor Dwight Holly le había enseñado cosas. Su ultraizquierdismo estaba a la altura del ultraderechismo de Dwight en odio y en rigor especioso. Tendría que haberle dicho todo eso antes de huir de él.

Anduvo vagabunda y huyó de J. Edgar Hoover y corrió hacia él. Pensaba en las esmeraldas casi constantemente. Oyó rumores y almacenó conocimientos y suposiciones. Actuó con sentido común y siguió el rastro.



Jack lo siguió con ella. Compartieron información y llegaron a esto:

Después de la guerra, Hoover vendió las esmeraldas a un fascista paraguayo. Fue una cuestión de codicia y un favor político. El caudillo sudamericano ocultaba a científicos nazis buscados por Estados Unidos. El caudillo conocía a gemólogos brillantes. Sabían de piedras y tenían sus propios planes.

Estudiaron las esmeraldas. Entre sus hallazgos se contaban unas técnicas de explotación minera. Se trataba de una tecnología de perforación de la roca. La pusieron en práctica, funcionó y terminó con las incursiones de los huaqueros. El caudillo temió una venganza abierta por parte de éstos y ordenó masacres. Cientos de huaqueros fueron pasados a cuchillo.

La tecnología de perforación acarreó despidos masivos y los beneficios de las explotaciones aumentaron. Con ellos se financiaron golpes de estado derechistas en toda Sudamérica.

El fuego verde sirvió para mantener a Rafael Trujillo en el poder. El Chivo se obsesionó. Tenía que adueñarse de las esmeraldas iniciales de los muzos-Klein. Su procedencia lo consumía. Quería que aquella historia terminara al mismo tiempo que él.

Trujillo se apropió del dinero dominicano y se apoderó de tierras haitianas. Papa Doc Duvalier había sido financiado con las esmeraldas y las quería para él. Trujillo y Duvalier se odiaban a muerte. Trujillo mató a refugiados haitianos. Duvalier tomó represalias. Los dos *führers* descubrieron su deseo mutuo y decidieron confiar el uno en el otro en lo que se refería a la adquisición de las piedras y en nada más. Joan rastreó el arco recorrido por las esmeraldas hasta ese punto y nada más. Viajó a la R.D. a principios del 59.

Encontró un país maduro para la revuelta. Conoció a Celia.

Una red izquierdista las presentó. Celia era una heredera arruinada de la United Fruit. Era medio estadounidense, medio dominicana, de familias ricas de muchas generaciones. Utilizaba intercambiamente el apellido de su padre, Farr, y el de soltera de su madre, Reyes. Era Gretchen o Celia a conveniencia. Joan prefería el segundo apellido. Celia era una víctima de la revolución, por la izquierda y por la derecha. Castro había nacionalizado los cultivos de caña y su padre se había arruinado. El Chivo acababa de expropiar unas tierras de su madre. Celia era una jugadora de polo de fama nacional y una artista de las estafas. Era omnívoramente inteligente y no demasiado brillante. Joan consideró que estaba preparada para la conversión. Hubo algo que se lo corroboró.

Las esmeraldas. Celia enloquecía por ellas.

Se hicieron amantes-camaradas. Celia era obstinada, dúctil e independiente y voluntariamente sumisa al concepto de revuelta. Celia era una mística. Joan, no. Celia tenía algunos conocimientos de filosofía oriental y muchos más de vudú. Celia creía en la fuerza espiritual de las esmeraldas. Joan, no. Conciliaron sus diferencias y viajaron a la Cuba de Castro. Empezaron a planear la invasión del 14/6.

La invasión fracasó. Una rebelde llamada María Rodríguez Fontonette traicionó a la Causa. Un Tonton Macoute llamado Laurent-Jean Jacques ayúdó a la Causa. Jacques emigró en secreto a Estados Unidos y se cambió el nombre por el de Leander James Jackson. Joan y Celia fueron capturadas, encarceladas y liberadas mediante sobornos. Joan había guardado lo obtenido de un atraco en una cámara acorazada de L.A. Jack Leahy recurrió a ese dinero y untó a los funcionarios pertinentes.

Joan y Celia volaron a Estados Unidos. El Chivo fue asesinado. Juan Bosch y Joaquín Balaguer lo sucedieron. Eran unos gobernantes represivos y mucho menos extravagantes. Balaguer heredó la fijación del Chivo por las esmeraldas. Por aquel entonces, era un abogado del gobierno que aspiraba a la presidencia. Papa Doc siguió siendo presidente y conservó la fijación por las esmeraldas.

Los dos hombres se encontraron. Colaboraron y cerraron un trato paralelo. Habían averiguado la identidad del jefe paraguayo. Le dieron un pago anticipado a cuenta de las esmeraldas de los muzos-Klein. El jefe estaba casi arruinado y su salud era mala. Quería venderlas. Corría diciembre del 63. El azar intervino y lo jodió todo.

Balaguer sufrió un revés financiero. Papa Doc sufrió un revés financiero. No tenían dinero suficiente para comprar las esmeraldas. Buscaron a un americano rico al que enviárselas.

La radio macuto derechista les proporcionó un nombre: el doctor Fred Hiltz. Distribuía panfletos racistas y era un devoto del mito de las esmeraldas. Contactaron al doctor Fred. Éste pagó al caudillo sudamericano por giro bancario. Las piedras fueron enviadas mediante un mensajero a Santo Domingo. Balaguer y Papa Doc se encontraron allí sólo para tocarlas. No confiaban en mensajeros para que se las entregaran en mano. El doctor Fred insistió en un vehículo blindado. Contrataron a un haitiano para que las llevara en avión a L.A. Era el 16/1/64. No pudo viajar hasta el 21/2/64. Balaguer y Papa Doc disfrutaron con el retraso. Tuvieron más tiempo para tocar las esmeraldas.

#### DE REPENTE:

Un matón de los Tonton Macoute se enteró del envío. Se puso en contacto con su *frère* Tonton, Leander James Jackson. Leander conocía a sus viejas camaradas Joan y Celia. Chiripa: Richard Farr, hermano de Celia, trabajaba en la Wells Fargo de L.A.

Jack Leahy era el director de la oficina del FBI en L.A. Richard conocía la ruta del furgón blindado. Richard avisó del efectivo que viajaría junto con las esmeraldas. Jack conocía a basura criminal sacrificable, gente que dejar muerta en el escenario del crimen. Lo más complicado sería dificultar su identificación. Joan conocía a un químico brillante llamado Reginald Hazzard. Había sido alumno suyo en la Escuela de la Libertad. El mes anterior, le había pagado la fianza para sacarlo de la cárcel.

Urdieron el plan. Reginald preparó una solución que quemaba hasta los huesos. Jack reclutó a un klanero sacrificable llamado Claverly y a un maleante sacrificable llamado Wilkinson. El plan ya estaba urdido del todo, pero:

Reginald quería estar allí. Se lo dijo a Joan y a Jack. Joan y Jack discutieron y trataron de disuadirlo. Reginald insistió. Pensó que su experiencia como químico lo hacía imprescindible e inmune a los engaños. Tenía razón y no la tenía. Joan y Jack discutieron. Jack abogaba por la condescendencia y Joan, por el control. Ganó Jack. Reginald participaría en la acción y sobreviviría. El plan ya estaba urdido del todo, pero:

Reginald temía una traición. Reginald albergaba un resentimiento infantil. Sus camaradas confiaban en él para que creara compuestos químicos que quemaran en profundidad, pero no confiaban en su participación. Aquel día, él estuvo allí. En un arrebato, rompió una de las gomas que sujetaban los billetes y todo se llenó de chorretones de tinta. En un arrebato, Jack le disparó.

Sus precauciones con el retardante de llama le salvaron la vida. A pesar de ello, lo alcanzaron balas de punta blanda. Sus compuestos químicos funcionaron de una manera errática. Los perdigones paliativos de la boca no le causaron daño. Paradójicamente, los productos antillamas incrementaron las llamas.

Y sobrevivió. Marsh y el médico le salvaron la vida. Antes de alejarse del furgón blindado, se había llevado unos puñados de billetes y se los dio al médico.

Se escondió en Los Ángeles Este. Scotty Bennett se encargó de la investigación por parte del DPLA. Jack lo hizo por parte del FBI. Los artículos de los periódicos y los informes del escenario del crimen lo conmocionaron: en el escenario del crimen había dos atracadores muertos.

Jack quería encontrar a Reginald y matarlo. Joan le dijo que no lo hiciera. El encendido debate duró varios días. Ganó la camarada Joan. Buscó a Reginald y lo encontró. Le pidió perdón. Él le dijo que quería vivir en Haití y estudiar química herbolaria. Ella le dio las esmeraldas y le dijo que sirviera a la Causa.

Joan y Jack tenían cuatro millones de dólares. Una docena de fajos de billetes había quedado manchada de tinta. Debido a las manchas, durante un tiempo no pudieron poner el dinero en circulación. Esperaron. Jack oyó un rumor: a través del Banco Popular se había blanqueado dinero birlado del atraco. Se lo dijo a Joan. Ella hizo pesquisas acerca de Lionel Thornton. Supo que tenía contactos con la mafia. Supo que había participado en la lucha obrera de Detroit de 1940. Concertó una cita con él.

La cita fue bien. Ella se mostró instintivamente colaboradora. Se estableció confianza entre los dos. Thornton sabía mucho de política y era egoísta. Joan descubrió trapos sucios sobre él y se los guardó como póliza de seguros.

Le dio los billetes manchados y los no manchados. Reginald creó un compuesto químico para quitarles las manchas. Dejó que Thornton invirtiera el dinero como quisiera. El capital inicial creció en una cámara acorazada oculta. Joan le dejó que pusiera en práctica el plan de reparto de las esmeraldas. Las piedras verdes formaban un circuito que regresaba a Isidore Klein y a su lucha. Aquello proporcionó a Joan un leve remedo de paz.

Thornton hizo su trabajo y cumplió su palabra. Scotty Bennett y Marsh Bowen lo mataron. No reveló el nombre de Jack ni el de ella.

Reginald se quedó en Haití y seguía allí. Su paradero exacto no se sabía. Perdonó a Jack y a Joan. Tenía diecinueve años, era vehemente y se dejaba llevar con facilidad. Era cómplice pasivo y tan culpable como ellos dos. Se creyó la revolución a pies juntillas y no fue nunca capaz de ver su coste. Ahora, Joan sabía un poco de eso. Llevaba treinta años en el juego.

Las consecuencias del atraco fueron remitiendo. Joan vivió el *zeitgeist* de los años 60. Jack se quedó en el Buró. Diseminó información. Expurgó y archivó mal los expedientes de sus camaradas. Joan siguió manteniendo contacto con Karen Sifakis. Karen describió su aventura amorosa con un FBI canalla llamado Dwight Holly.

Dwight hizo cosas terribles para el señor Hoover. En primavera del 68, Dwight estaba hecho polvo. Tommy Narduno había notado la mano del FBI detrás del golpe contra King. Tommy había visto a Dwight en Memphis unos días antes. Joan no le contó a Karen lo que Tommy pensaba. Karen decía que Dwight estaba planeando una operación de CONTRAINTELIGENCIA. Necesitaba un informante. Joan supo que tenía que ser ella.

HERMANO MAAALO entró en la fase de planificación. Ocurrió un hecho inesperado. Jack llamó a Joan y le informó de un rumor persistente.

Se trataba del doctor Fred. Había juntado algunas pistas sobre el atraco, sacadas del expediente de Clyde Duber. No buscaba venganza. Balaguer y Papa Doc le habían reembolsado el dinero. Quería una segunda oportunidad de hacerse con las esmeraldas.

Hiltz quería comentar con el señor Hoover sus pistas sobre el atraco. Era un ICB de plena confianza y a menudo mantenía charlas amistosas por teléfono con el señor Hoover. Joan actuó sumariamente.

Sabía que el doctor Fred tenía un refugio antiaéreo. Leander conocía de oídas a Jomo Clarkson a través de radio macuto de la militancia negra. Joan contactó con Jomo y le propuso un plan: róblele el dinero al doctor Fred. No le hagas daño. Asístalo para que calle lo que sabe de febrero del 64.

No quería más muertes. Y, sin embargo, las tuvo. Jomo y su compañero mataron al doctor Fred. El compañero se fugó. Jomo lo encontró y lo mató.

HERMANO MAAALO siguió adelante. Joan se convirtió en la informante de Dwight. Se produjo la asociación imprevisible entre Marsh Bowen y Scotty Bennett. Joan y Dwight no supieron de su alcance, entonces.

Marsh y Scotty querían el dinero y las esmeraldas. Se confabularon y se traicionaron el uno al otro y murieron por su causa. Dwight y Joan se confabularon y conspiraron. Ella lo traicionó sólo con su silencio. Habían tramado una operación que serviría para enmendar todo lo que habían hecho mal. Dwight se retiró de ella, unilateralmente. Todos los documentos que habían preparado estaban escondidos en casa de un camarada. Ella respetaría la decisión de Dwight de abortar el plan. Carece

de la voluntad requerida.

Celia estaba perdida en aquella isla. La Banda y los Tonton la habían señalado. La buscaban por el trabajo que había hecho con Wayne. En algunos aspectos, Celia estaba loca de atar. Casi con certeza, María Fontonette había sido asesinada hacía unos años en L.A. Celia se había sentido culpable de su muerte. Le había hecho un hechizo a Tatuaje. Era un disparate. El vudú era capitalismo bárbaro disfrazado de magia. Celia no lo veía así. No importaba. El coraje de Celia iba más allá de las ideologías. La fe funciona así.

Tendría que haberle contado la historia a Dwight. Había algo que todavía la carcomía. La última palabra que le había dirigido no debería haber sido «no».

Las nubes se rompieron y derramaron lluvia. El chico se veía distinto. La longitud del relato se correspondía con la amplitud de la vigilancia que él había llevado a cabo. Aquella cara que siempre aparecía y desaparecía.

Sé que quieres tocarme.

Te dejaré hacerlo.

Él captó la señal y se acercó. Ella pensó que sería torpe. Él le limpió sangre seca de las muñecas y le besó la raya del cabello.

(Los Ángeles, 27/3/72)

*LA SILLA ELÉCTRICA, LAS MANOS Y PIES, EL OJO.*

La piel abrasada, los muñones, el hedor del lanzallamas. Cinerama y Olorvisión. Espera... Hay un perro con un sombrero de vudú y una palmera ardiendo.

Crutch despertó. El perro que ladraba era uno que había fuera. Las llamas eran el sol de las seis de la mañana.

Se orientó. Estaba en su piso núm. 3/piso franco núm. 1. Scotty había muerto. No tenía que esconderse.

Tienes que regresar. Ahí es donde ella te ha llevado. A ella le ha costado todo. Ella marcó tu ficha de entrada al trabajo de vigilancia. Has terminado el turno al cabo de tres años y nueve meses.

Preparó café y escribió una lista de preguntas para Celia. Celia sabía cosas sobre Tatuaje. Se preguntó si a Celia todavía le importaba.

Se entretuvo con el equipo de química. La historia no cesaba de repetirse como si fuera una película. La cinta se enganchaba aquí y allá.

La Operación. El plan de Joan y Dwight. Sólo podía ser eso.

Crutch fue a Clyde Duber Asociados y se coló en el despacho. Eran las 7:10. Podría estar solo un buen rato.

Leyó el expediente que había hecho Clyde sobre el atraco y el expediente personal de Marsh Bowen. Ahora conocía la historia de Joan. Los datos coincidían, redundantes. ¿A quién le importa?

Una gira de despedida. No puedes pasarte el resto de la vida vigilando, mirando y saliendo a la caza de documentos. Eso te ha jodido la cabeza.

Dejó el despacho y pasó por el solar de los colaboradores de los detectives. Phil Irwin y Bobby Gallard dormían en sus bugas. Clyde daba una fiesta en honor del fallecido Scotty. El solar estaría iluminado y decorado con tela de tartán.

Joan había recuperado fuerzas y le había contado más cosas, antes de que él se largara. Había hablado de la lista negra y de todas las personas a las que Hoover había machacado. Él había memorizado sus nombres. Había querido tocar su cicatriz y enseñarle la que él tenía en la espalda.

Dobló hacia el este. Aparcó delante del refugio y subió los peldaños del porche. El timbre no funcionaba. Aporreó la puerta varias veces, fuerte. El cerrojo era demasiado inocente como para no saltarlo.

Ella había hecho un nido en el suelo. Las chaquetas y jerséis de Dwight, sus trajes de federal. Él olió el humo de los cigarrillos de ella y de la loción para después del afeitado de Dwight. Los trajes estaban empapados de loción. Ella los había rociado a

conciencia.

Crutch salió a la terraza. En la barandilla había unos prismáticos Bausch & Lomb. Los ajustó y miró hacia la casa de Karen. Karen y Joan quemaban papeles en la barbacoa del patio trasero. Joan llevaba las muñecas vendadas.

Las niñas jugaban al escondite. En el respaldo de una silla había una toalla manchada de sangre. Acercó más el *zoom*. Joan casi sonreía y se reía.

Tuvo una idea. No la gafó concretándola en palabras, dentro o fuera de la cabeza. Tenía el equipo de química apalancado en el piso núm. 3. Se entregó a una noche de Walpurgis y trabajó hasta caer rendido.

Toxina de pez globo y ortigas urticantes. Hígados de rana arborícola del frigorífico. Fórmulas rigurosas, popurrí, improvisación. Tres hornillos encendidos y nubes de hongo como Hiroshima.

Aglutina, reduce, aumenta, corrige, recalcula y reinténtalo. Es como el anuncio de Brylcream: «Un pequeño toque servirá». Reformula y redúcelo todo a tamaño subatómico.

Se acercaba. Unas dosis del tamaño de una gota quemaron papel y madera. Recalculó y lo reintentó. Manipuló interminables cadenas moleculares y redujo la dosis. Pensó que estaba sub-ultra-cerca y calculó mal. Se acercó más que la primera vez y gritó: «¡Alto!», antes de desplomarse.

Introdujo una partícula en un trozo de queso y lo dejó en el porche trasero. Tomó dos Seconales y durmió durante el experimento. Sedación. Nada de pesadillas. Ningún *flashback* de la Zona Zombi. El gorjeo de los pájaros lo sacó del coma. Se precipitó al porche trasero.

Ahí está el queso y una rata muerta. Un mordisco minúsculo ha tumbado al roedor.

(Los Ángeles, 28/3/72)

—¿Quién mató a Scotty Bennett?

—No te lo diré.

—Recuerdo la primera vez que dijiste eso.

—Fue en 1944. Me preguntaste si me acostaba con aquel chico de la Alianza Socialista de los Jóvenes.

—¿Y te acostabas con él?

—No te lo diré.

Estaban sentados en el coche de Jack. Elysian Park seguía mojado por la lluvia. Ella se había encontrado allí con Dwight algunas veces. A tiro de piedra de la Academia del DPLA. El lugar de intimidación de Dwight.

—¿Has destruido el expediente? —preguntó Jack.

—Karen y yo lo quemamos ayer.

—¿Lo leyó ella?

—No tenía por qué hacerlo. —Joan encendió un cigarrillo—. Ya sabía que no podía haber nada más.

Un coche patrulla pasó cerca. Joan lo miró.

—Podríamos haber filtrado a los medios algunas páginas sobre Bowen y HERMANO MAAALO.

—No, sin hacer daño a Dwight.

—Los muertos están muertos. Los camaradas perdidos sirven a la Causa desde la tumba. «¡No te lamentes, organízate!». No me digas que no has oído nunca la consigna.

—Las cosas han cambiado.

—Tú y el Ejecutor.

—Hay personas a las que uno espera toda la vida. Eso me lo dijo Wayne.

Jack encendió un cigarrillo. El sol le alcanzó los ojos. Bajó la visera.

—Asuntos Internos ha enterrado a Scotty. Encontraron su expediente, con toda la mierda de Bowen. A Scotty y a Bowen les han cargado póstumamente la muerte de Thornton. Nosotros no estábamos en el expediente. De lo contrario, ya me habría enterado.

Joan se limpió las gafas con el faldón de la camisa. Jack hizo lo propio. Ella recordó la primera vez: Brooklyn, 1946.

—Tenemos siete millones de dólares.

—Lo sé.

—Echo de menos a Celia. Soy demasiado conocida y no puedo ir a buscarla.



—Celia ya conocía los riesgos —replicó Jack—. Tú se los explicaste. Te dijo que si desaparecía, no la buscaras. Tienes que respetar su deseo. Así es como funciona nuestro mundo.

—Podrías ir tú —dijo Joan, tirando el cigarrillo.

—No lo haré.

—¿Por principios?

—Sí.

—¿Sólo por principios?

Jack le pellizcó el brazo. Le dolió. Eran las calabazas de un amante-camarada, año 46.

—Tú suspendiste la Operación. Yo, no. Tú tuviste un lapsus sentimental. Antepusiste una relación personal al cumplimiento del deber. Yo, no.

Joan miró por la ventana. Un joven policía la saludó con la mano. Ella le devolvió el saludo.

—Me ha llegado un aviso —dijo Jack.

—Te escucho.

—Dwight montó un equipo que espía para Nixon. Podríamos aprovecharnos de ello.

—No.

—¿Por qué?

—No te lo diré.

Jack se rio. Joan tragó dos cápsulas a palo seco.

—Deberíamos haber tenido un hijo juntos.

—Recuerdo la primera vez que dijiste eso. —Jack le pellizcó el brazo, esta vez con suavidad.

—¿Cuándo fue?

—En otoño del 54. Por la televisión daban las audiencias del proceso Ejército-McCarthy.

—¿Por qué recuerdas las cosas de esa manera?

—Por pura arrogancia. Estamos ensimismados y confundimos nuestra vida con la Historia.

Joan sonrió. Jack abrió su portafolios.

—Tengo un expediente sobre nuestro amigo. Estaba en el escritorio de Dwight. Lo hizo Clyde Duber. Pensó que algún día el chico podía desviarse de la línea.

DONALD LINSKOTT CRUTCHFIELD. Nacido en Los Ángeles, 2/3/45. Cabello castaño, ojos castaños, 1,72, 69 kilos.

Joan lo leyó en el refugio. Ahora, el nido de ropa olía a ella. Cada vez captaba menos a Dwight.

Clyde Duber se había inspirado en informes de los departamentos de Policía y

había añadido sus propias notas. En la parte posterior había una copia de ICB sujeta con un clip. La mancha persistente cobra forma.

El padre indigente y apostador en el hipódromo. La madre desaparecida. El chico a la edad de diez años. Todos los años, por Navidad, la madre le manda cinco dólares y una postal. El chico investiga.

La posdata de Duber.

Había localizado a Margaret Woodard Crutchfield en el 65. Había muerto alcoholizada en Beaumont, Tejas. No podía romperle el corazón al chaval: se puso en contacto con colegas de todo el país y continuaron con la tradición del envío del regalo navideño. La búsqueda de su madre le daba al chico algo que hacer que no fuera una perversión.

El chico era hábil. «Los *voyeurs* son buenos aprendices y a veces llegan a ser buenos detectives». Clyde sacó al chico de problemas y le dio trabajo. Valoró su intransigencia y su invisibilidad. Temía sus «tendencias extrañas». Citaba el caso del doctor Fred Hiltz/Gretchen Farr.

Así que todo empezó ahí. Me encontraste entonces.

Aquel verano, Celia era Gretchen. Como Gretchen, cometía locuras. Estafaba a los hombres, se drogaba y transportaba cocaína en aviones fletados. Estaba en plena fase mística. La revolución le aburría. Las muertes de King y de RFK propiciaron travesuras *hippies* soeces. Estaba preocupada por Tatuaje. La había hechizado y deshechizado. Creía firmemente que Tatuaje corría peligro.

Verano del 68. El chico te ve.

El informe mecanografiado de Duber terminaba allí. Joan pasó al informe de ICB. El chico conoció a un aprendiz de detective llamado Phil Irwin y a un abogado de divorcios llamado Charles Weiss. Irwin era informante del FBI. Delataba a cónyuges que ponían los cuernos a partir de los trabajos que hacía para Weiss. Su operador lo citaba:

«Sí, tengo que admitirlo. A mi colega Chick y a mí nos gusta mirar. Hemos aprendido con el mejor maestro. No hay ventana de Hancock Park en la que ese retorcido no haya metido las narices. Él nunca lo supo, pero Chick y yo lo seguíamos y estudiábamos su técnica. Chick dijo que había “escalado el Partenón del mirón”, sea lo que sea eso».

Más abajo constaban notas de archivo de tres departamentos de Policía. DP de Santa Mónica: Irwin y Weiss, interrogados por merodear, 9/67. DP de Beverly Hills: Irwin y Weiss, interrogados por merodear, 4/68. Nota de los archivos del DPLA, 68/5: el agente inmobiliario Arnold D. Moffett, interrogado por «fiestas porno».

Joan recordó el nombre. Aquel tipo le había alquilado una casa a Gretchen.

El DPLA abandonó la investigación. Fiestas porno, ¿y qué? A pie de página había una relación de asociados conocidos. Cuatro nombres, más Charles Weiss. «El señor Weiss comparte con el señor Moffett la afición por el arte negro estrafalario».

Joan pensó en el chico. ¿Debía enseñarle el expediente? En parte, quizá.

Buscó su navaja. Rascó con la hoja las líneas referidas a Margaret Woodard Crutchfield. La mano se ajustaba perfectamente a la navaja. Con ella había acuchillado a un esquírol en 1956.

(Los Ángeles, 29/3/72)

—Scotty jodía con un puercoespín —decía Redd Foxx—, pero tengo que deciros que era una hembra de puercoespín, por lo que no hay nada de pervertido en ello.

Ja, ja, ja, el gentío rio con ojos empañados. Unos negros se habían cargado a Scotty. Pongámonos hasta el culo de todo y lloremos su muerte.

El solar de los colaboradores de los detectives. Luces navideñas y banderolas de tela de tartán. Priva y fármacos. Qué pasada, tío.

Crutch, Clyde, Buzz, Phil Irwin y Chick Weiss. En el escenario, Milt C. con Yonqui Monkey y Redd. El exgobernador Pat Brown y numerosos polis. Catorce Panteras Negras. Un atracador negro que ahora es telepredicador. *Frau* Scotty y seis novias del difunto.

—Scotty pilló a este pobre simio por un atraco ridículo —dijo Yonqui Monkey—. Lo único que me llevé fueron seis tartas, cuatro cajas de chicharrones, una botella de vino y diez cartones de Kool extralargo. Scotty captó que yo tenía soul y me perdonó la vida. Nos lo fundimos todo allí mismo y nos fuimos de putas.

Ja, ja, estamos conmocionados por el dolor, pero es divertido. *Frau* Scotty le pasó un porro a la novia núm. 4. La novia núm. 5 comía una galleta de hachís.

—Scotty quería pillar a un hermano llamado Cleofis —dijo Redd Foxx—. Era un atracador y un ladrón de botines. Daba palos en las licorerías con una recortada y se follaba a las zorras de Scotty con un duro cañón de acero negro diez veces más grande.

La novia núm. 3 aulló de risa. La novia núm. 2 abrazó a *frau* Scotty. Phil Irwin lanzó un Quaalude al aire. Chick lo cogió con la boca. Pat Brown parpadeó.

¿Qué estoy haciendo aquí?

El ruido de la fiesta lo machacaba. Había pasado el día rememorizando y haciendo llamadas telefónicas. El asunto: los pisos francos de la R.D. y las víctimas de Hoover.

Rememorizó la lista de la CIA de pisos francos. Rememorizó la lista de pisos francos del expediente de Joan. En su piso núm. 3 cogió el teléfono y llamó a gente.

Lo tomaron más por pasma que por camarada. El nombre de Joan le hizo ganar algo de credibilidad. Tenía una retahíla de nombres sacados del relato de Joan y de sus monólogos. Consiguió sus números. Llamó a aquellas personas y habló con ellas de manera casual y amistosa. Lo pusieron al día de algunas novedades y le contaron historias viejas. J. Edgar Hoover lo jodió a usted, ¿por qué no me lo cuenta?

Le contaron las historias que circulaban por radio macuto. Ingresos en prisión, suicidios, desaliento. Muertes precoces y acoso. Muchas propuestas de delatar a los

amigos a cambio de mejor trato. Algunos sucumbieron a ello. Otros, no.

Continuó llamando. Los jodidos seguían hablándole y dándole datos. Las malas noticias le cayeron encima como un alud. Federales espiando por la ventana y en la escuela de tus hijos. Has enojado al gay Edgar. Ha oído indiscreciones. Ahora iremos a por ti.

Aquello lo abrumó. Reavivó en él Aquella Idea. Más suicidios, más seres amados desaparecidos. El dolor lo dejó terremotizado y tsunamizado.

*Frau* Scotty subió al escenario y se puso sentimental. Aquello dio pie a los Panteras a ponerse a bailar. Yonqui Monkey miró lascivamente a las seis novias de Scotty. Ellas se partieron de risa.

Crutch se dirigió al teléfono público. Todavía era temprano. Podía hacer más llamadas y obtener más combustible para la idea. Buscó monedas en los pantalones. No tenía de cinco ni de diez. Sacó la reluciente esmeralda.

El abrazo de despedida. Ella se la había metido en el bolsillo. Nena, no tenías que haberlo hecho. Ya me has vuelto rojo.

Sill's Tip-Top estaba en Las Vegas Norte. El trayecto lo dejó hecho polvo. Ella había llamado al lugar «mi local talismán». Si vas a venir, nos citaremos allí.

Era un café de mierda cerca de la base aérea de Nellis. Los parroquianos de la mañana eran soldados y restos de noctámbulos. Consiguió llegar puntual. Por un margen de pelo púbico.

Ella esperaba en un reservado de la parte de atrás. En el local no había segregación. En el aire zumbaba una mínima tensión.

Crutch se sentó.

—Siempre vas con la lengua fuera —le dijo Mary Beth. Una camarera le sirvió café. Crutch lo bebió deprisa y se quemó la lengua.

—Siempre vengo corriendo a Las Vegas para contarle algo. En esta ocasión, sin embargo, la he avisado antes.

—Tu aspecto es siempre distinto. —Mary Beth dio un sorbo al café—. Quizá se debe a que te veo de tarde en tarde y siempre en un estado muy alterado.

Crutch jugueteó con la taza. Derramó café. Mary Beth lo secó.

—Me recuerdas a Wayne.

—Lo lamento muchísimo, maldita sea.

—Wayne era responsable de sus propios actos. Yo agradecí poder compartirlos con él durante un tiempo, pero las cosas tenían que terminar así.

Un tipo de la base aérea los miró mal. Crutch le respondió con una mirada dura.

—Déjalo —le dijo Mary Beth—. Mira dónde llevaron a Wayne los grandes gestos. Intenta ser más prudente. A la larga, todo te irá mejor.

Crutch sintió calambres de tanta conducción. Estiró las piernas y tocó con ellas a Mary Beth. Aquello lo puso nervioso. Ella no se movió y esperó a que se le pasara la confusión.

—Se me da muy bien encontrar a personas.

—Eso ya me lo dijiste la última vez.

—Ahora todavía se me da mejor. He averiguado cosas nuevas.

—Tu aspecto es distinto, eso lo reconozco.

La camarera trajo más café. Mary Beth se enrolló las mangas de la camisa. Llevaba un brazalete de plata con una esmeralda engarzada.

—Su hijo le mandó la piedra.

—¿Cómo lo sabes?

—No se lo diré.

Mary Beth miró por la ventana. Crutch siguió su mirada. Ella miró un cartel que rezaba «Nixon reelección».

—Sé dónde está su hijo.

—¿Y cómo lo sabes?

—No se lo diré.

—No voy a pedírtelo. —Ella le tocó la mano—. Harás lo que te apetezca, sean cuales sean mis deseos. Lo único que te pido es que no atribuyas toda tu estupidez a una presunta deuda que tienes con Wayne.

La camarera se acercó. Crutch se puso nervioso. Mary Beth entrelazó los dedos con los suyos. La camarera lo vio y puso unos ojos como platos.

Mary Beth puso las manos sobre las suyas y las mantuvo en la mesa. Él vio las motas verdes de sus ojos.

—¿Por qué haces estas locuras?

Crutch se quedó pensativo.

—Para que las mujeres me amen —respondió al cabo.

Los herbolarios vivían cerca. Tenían el laboratorio en el garaje de la casa de un tipo llamado François. Crutch se presentó con *pizza* y cerveza. Los encontró en plena sesión de hervir y depurar.

Los tipos hicieron un alto para papear y privar. Crutch dijo que tenía una idea. Quiero chamuscar un papel justo hasta el límite de la combustión y la llama.

Muy bien, chico. Nosotros trabajamos y tú miras y aprendes.

Explicó lo que había hecho Wayne con las tachaduras y sus propios resultados, poco concluyentes. Dijo que podía llevar líquidos o polvos, pero no los chismes de rayos. Explicó todas las estructuras moleculares que acababa de memorizar. Los tipos charlaron en francés y le dijeron que mirara.

Tres hornillos eléctricos a toda caña. Crutch perdió la noción de las proporciones y del proceso de reducción. François llenó el suelo del garaje de papel de mecanografiar. Los otros tipos llenaron de líquido unas botellas de limpiacristales. Crutch contó seis botellas y pilas de papel. François fue de pila a pila y las roció.

La pila núm. 1 se quedó allí, mojada. La pila núm. 2 burbujeó y goteó. La pila núm. 3 estalló en llamas. Dos de los tipos la pisaron para apagarlas.

La pila núm. 4 se coaguló, crujió y desprendió un humo negro.

(Los Ángeles, 1/4/72)

Eleanora echaba de menos a Dwight.

Se lo contaba a los peluches. No se lo decía a Karen. Cocodrilos de felpa. Los regalos que le hacía Dwight.

Joan la miraba. Eleanora ponía los cocodrilos en la mesa de *picnic* y les susurraba teatralmente. Tenía tres años. Estaba desarrollando unas cualidades estoicas e imitaba a los adultos. Pronto aprendería a compartimentar información.

Dina salió corriendo hacia la casa.

—He decidido desaparecer —dijo Karen—. Aquí han ocurrido demasiadas cosas. Cogeré a las niñas y me marcharé.

Joan se frotó las muñecas. Empezaban a curarse. La noche anterior se había quitado las vendas. Estaban formándose nuevas cicatrices.

—¿Y tu marido?

—Le dejaré una nota. Es tan egoísta que no se ocupa de mí. Echará de menos a las niñas durante un tiempo y a otra cosa, mariposa.

—Puedo darte algo de dinero. Así no tendrás que dedicarte a la enseñanza.

—Te lo agradecería.

Los cocodrilos habían perdido pelo. Eleanora era rigurosa y les asignaba tareas. No hablaba mucho. Escuchaba y actuaba. Era obstinada y circunspecta. Llegaría a ser calculadora y contundente.

—Quiero hacer documentos —dijo Karen—. Conservaré el nombre de pila y crearé una personalidad a partir de ahí.

—Jack puede conseguir fotos policiales y tarjetas de huellas. Tu nombre aparecerá en los archivos de cómplices conocidos, pero puedes limitar la exposición al peligro.

Eleanora cogió los cocodrilos y corrió hacia la casa. Joan miró hacia el refugio.

—¿Hay una relación genética en la virtud de la persistencia? Karen señaló la sombra de Eleanora. Joan sonrió. Destellos de sol llenaron el patio. Karen se protegió los ojos.

—Nos están vigilando.

—Lo sé.

—¿Es inofensivo?

—No estoy segura. Es una especie de converso y trata de ser amable.

—Mi marido me regaló esos prismáticos. Si supiera dónde han estado, se moriría.

—Déjaselos con la nota. Serán un buen pisapapeles.

Los destellos volvieron. Joan saludó con un gesto que decía «ven aquí».



Las niñas lo inspeccionaron. Eleanora lo estudió. Dina se tapó la boca y corrió. Eleanora se alejó caminando y lo miró volviendo la cabeza.

—El café de Hillhurst —dijo Karen—. Siempre estabas allí.

Joan oyó que Dina lloraba. Karen se excusó y entró en la casa. El chico estaba en buena forma. Tenía los ojillos castaños y el pelo cortado al uno con alguna cana. Su estilo era un «a tomar por culo la moda actual».

—¿Tienes las muñecas mejor?

—Sí.

—Espero no estar molestándote a ti y a tus amigas.

—Te ganas la vida de ese modo.

—Se me da bien encontrar a personas —sonrió.

—Ya hemos hablado antes de tus habilidades —sonrió Joan.

—Encontraré a Celia. La sacaré de allí y la traeré.

Karen reñía a Dina. Les llegaron las voces. El chico había asustado a la niña y Dina tenía una rabieta.

—Tal vez debería marcharme.

—No, no lo hagas.

—Voy a traer a Reginald, así que también puedo traer a Celia.

—¿Qué quieres?

—No lo sé. Es mi manera de decirte «no te lo diré».

Volvieron a pie al refugio y hablaron hasta el anochecer. El chico describió su locura en la R.D. Ella reforzó las cápsulas con té haitiano. Dejaron la puerta de la terraza abierta para que entrara la brisa.

Ella se tomaba la temperatura a escondidas y contaba los días. Puso velas encendidas en el suelo. Él le dijo que le gustaba la luz de las velas en su pelo. Ella se lo alborotó. Él dijo que veía chispas en sus cabellos.

Sus pies chocaron. Ella lo miró. La mirada decía «sí, ahora». Él la besó. Fue dulce. Ella le devolvió el beso con dureza. Decía «no tengas miedo». Él le desabrochó un botón de la blusa. Puso las manos sobre sus pechos.

Ella le quitó la camisa y vio la cicatriz. Él empezó a contarle la historia. Ella lo hizo callar. Dijo «ya lo sé». Le recordaba todo lo de Dwight.

Él le quitó las botas. Ella se tumbó en el suelo. Tenía la blusa levantada y los vaqueros desabrochados. Él pasó la boca por la piel al aire. Ella arqueó la espalda. Él le arrancó los vaqueros y las bragas y se quitó los zapatos y los pantalones. La blusa de ella estaba medio abotonada. Él desabrochó los últimos tres botones. Ella notó el frío del suelo en la espalda.

Las luces de las velas y las sombras tramaban algo. Sus cabezas convergieron de una manera extraña. Ella calculó la edad que los separaba. Tabulación telepática.

Dieciocho años, cuatro meses y cinco días.

Ella rodó hacia el colchón. El olor de Dwight seguía allí. El chico se arrodilló y tuvo un calambre. Ella le frotó las piernas, lo hizo tumbar y le dio un masaje. Él le besó las piernas. Ella se abrió para él. Terminó de separarla con pequeños toques de la nariz. A ella le gustó.

Una ráfaga de aire frío le puso la piel de gallina. Él la protegió. Se puso encima de ella y la abrazó. Quédate tranquila/quédate quieta/estoy aquí. Ella lo echó hacia atrás e hizo bailar sus manos.

Mientras lo acariciaba, el pelo se le abrió como un abanico. Él se incorporó para mirar. Estate quieto/no mires/estoy aquí.

Las manos de ella jugaban con más dureza y turbulencia. Sus cabezas chocaron otra vez. Él se tumbó y cerró los ojos. Emitió unos sonidos de dolor que ella antes no había oído nunca.

La luz de las velas se torció. En las paredes se formaron sombras. Él abrió los ojos y la vio de perfil. Sus cabezas se encontraron de nuevo. Esto no lo hemos visto nunca antes ninguno de los dos.

Él intentó hacerla rodar en la cama. Ella no se lo permitió. Se encajó encima de él. Lo dejó mirar y le pidió que cerrara los ojos. Ella se movió y los llevó a los dos a algún lugar. Duró un rato. Las velas ardieron hasta consumirse.

—¿Estás decidido a hacerlo?

—Sí.

—En Borojol hay un piso franco. El pequeño edificio que está junto a la bodega sin puertas. Allí tal vez consigas alguna pista.

—He memorizado algunas direcciones.

—Hay un médico llamado Esteban Sánchez. Traslada la consulta de un lado a otro. Celia y él son amigos. Quizá sepa dónde buscarla.

—Tengo algunas ideas. Allí conozco gente.

—¿Gente sobornable?

—Sí.

—Te daré algo de dinero.

—Me asusta. Ya sabes lo que vi allí.

—Fuiste en busca de eso y eso te encontró a ti. Siempre es así.

—¿Sabrá Celia dónde está Reginald?

—Posiblemente. Son camaradas.

—Me asusta. El lugar en sí. Me asusta más que cualquier cosa que pueda ocurrir aquí.

—¿Qué buscabas?

—Todo.

—¿Qué encontraste?

—Una foto tuya en una playa y un billete de regreso hacia aquí.

—¿Y mereció la pena?

—No tienes que preocuparte por mí. Sé que las cosas tienen un precio.

—No, no lo sabes. No puedes correr a este ritmo siempre porque llega un día en que el motor se para.

—No me digas eso. Acabo de arrancar.

(Santo Domingo, 7/4/72)

La Zona Zombi, destilada. Más de LO MISMO, joder.

Más redadas callejeras, más roedores tóxicos, más haitianos desposeídos. Más fascistas blandiendo porras y más diferencias por el color de la piel.

Más calor, más insectos voladores, más negros con las piernas amputadas sobre planchas con ruedas. No más cosmética de construcción de casinos. Más maaal yuyu y menos disidencia.

Crutch fue en taxi a Borojol. Llevaba cuatrocientos mil pavos y una pistola con silenciador. En la aduana lo habían dejado entrar sin problemas. No estaba etiquetado de rojo. Llevaba sus listas memorizadas. Joan le había dado dos pasaportes falsificados: uno para Celia y uno para Reggie.

Lo demasiado familiar se combina con el mal. Todo le evocó algo que intentaba olvidar. Pasó cerca del campo de golf. Su visión de rayos X revivió. Ahí está el búnker de las torturas y la silla eléctrica.

El *New York Times* lo distrajo. Demócratas incompetentes y Nixon. La última metedura de pata de J. Edgar. Un suceso en la calle lo redistrajo. La pasma apareció y aplastó a un grupito que repartía panfletos.

Había pasado cuatro noches con Joan. Hablaron e hicieron el amor. Él había salido durante breves períodos, sólo para respirar hondo. No mencionó su idea. No podía arriesgarse a un «no». No durmió mucho. Se enroscó en torno a ella y olió su cabello en la almohada. Ella le apretó las manos contra sus pechos.

El taxi se detuvo en Borojol. El Más se convirtió en Peor. Más tortura. Más mendigos en tabla de patines. Más haitianos descalzos caminando penosamente entre mierda de rata y cristales rotos.

Ahí está la bodega sin puerta. Ahí está el piso franco.

Crutch pagó al taxista y se apeó. El piso franco parecía inocuo. Llamó y no obtuvo respuesta. Ni pisadas en el interior, ni ruidos de huida.

Abrió la puerta cargando con el hombro. El sol que entraba por un cristal roto le mostró la escena.

Las paredes tenían agujeros de bala. El suelo estaba cubierto de casquillos disparados. Una pared estaba salpicada de sangre y moteada de perdigones, todo entretejido de cabellos oscuros.

Las moscas zumbaban en torno a una bata de médico manchada de rojo, colgada de una silla.

Mantente despierto. Es una última mirada. Ve a sacar más del Más. Las reglas de la clandestinidad izquierdista lo limitaban. Joan conocía a la mayoría de sus camaradas sólo por el nombre de pila. El doctor Sánchez no tenía ninguna lista de teléfonos. Eso significaba conducir y mirar.

Alquiló un coche desvencijado y recorrió los pisos francos de la lista. Había memorizado catorce direcciones. Empezó en Gazcue y fue hacia el oeste.

Los tres primeros pisos estaban vacíos. Llamó, no obtuvo respuesta y entró por la fuerza. Vio evidentes señales de limpieza. Olió amoníaco con matices de sangre. Pasó la linterna de bolsillo y vio las vainas que los tipos de la limpieza habían pasado por alto.

Santo Domingo de noche: veintiocho grados y todavía bajo la opresión fascista.

Continuó conduciendo. Se perdió en los detalles. Vio tres mujeres a las que había estado espiando un rato antes.

Los chicos negros comiendo cebo de pesca en el río Ozama. Los antiguos emplazamientos de los casinos llenos de gente sin techo y edificios de pisos en construcción como cajas de galletas.

Estuvo en cuatro direcciones más. Dos casas no existían. Habló con un tipo de la calle. Le dijo que La Banda las había quemado. Aquello lo irritó. Habría querido que fuesen tabernas clandestinas. Toc, toc. Se abre una mirilla. Él dice: «Soy amigo. Me envía la camarada Joan».

Dio más vueltas. Visitó los siete lugares siguientes. Encontró dos familias corrientes instalándose. Acabamos de alquilar el agujero. No conocemos a Celia, no sabemos nada de rojos.

Estuvo en los últimos cinco pisos. Uno estaba quemado y los otros cuatro, limpiados. Un borracho dijo que aquellos gorilas de La Banda eran unos jodidos pirómanos. Vio viruelas de perdigón y pilas de gusanos sobre cartílago. Vio una peluca afro cosida a balazos.

Tuvo otra idea.

—Hola, pariguayo —dijo Ivar Smith.

—Pensaba que no volveríamos a ver tu jeta de mirón por aquí nunca más —dijo Terry Brundage.

El bar de El Embajador. Ocho de la mañana. Bloody Marys aderezados con tallos de apio. Los dos tipos habían envejecido. Los dos tipos parecían prematuramente escleróticos.

Crutch hizo espacio en la mesa. Brundage echó salsa tabasco a su bebida. Smith señaló el maletín.

—¿Qué es esto? —preguntó en español.

—Cuatrocientos de los grandes —dijo Crutch.

—Oh, mierda. Vuelve a trabajar para los Chicos —dijo Brundage.

—Como si Wayne Tedrow y el Komando Tiger no hubieran sido suficiente —dijo Smith.

—Precisamente lo que necesitábamos —dijo Brundage—. Más dolor mafioso y más sabotaje comunista.

—Wayne mató el mormonismo, para mí —dijo Smith—. Antes pensaba que todos los mormones eran hombres buenos de derechas.

Brundage mordisqueó el tallo de apio.

—Odio a los malditos italianos de mierda.

Smith mordisqueó el tallo de apio.

—Yo odio a los malditos conversos izquierdistas con conocimientos de química.

Crutch enseñó las fotos: Reggie y Celia Reyes.

—¿Quién es la chiquita? —dijo Brundage—. Me gustan sus ojos.

—El negro parece Chubby Checker —dijo Smith—. «*Come on, baby. Let's do the twist*».

Crutch metió la mano en el maletín y le arrojó diez de los grandes. Smith se atragantó y casi escupió el apio. A Brundage se le cayó de la mano el suyo.

—Son comunistas —dijo Crutch—. Quiero encontrarlos y llevarlos de vuelta a Estados Unidos.

—¿Por qué? —Brundage manoseó el fajo de billetes.

—No te lo diré.

—Olvidémonos un momento del motivo. —Smith manoseó el fajo de billetes—. ¿Cuánto de ese dinero nos quedará?

—Todo. —Crutch dio unas palmaditas en el maletín—. Pagáis todo lo que tengáis que pagar y el resto es vuestro.

—Explícamelo —dijo Brundage—. No estoy diciendo que no, pero dame más pistas.

—No tengo ninguna. Os encargáis de los expedientes, los informantes y el personal. Es una redada. Encontradlos o encontrad comunistas que sepan quiénes son.

—Detenciones... —Brundage echó sal a su bebida.

—Interrogatorios. —Smith echó pimienta a su bebida—. Hablaremos con La Banda.

—Podrían estar en Haití —dijo Crutch.

Brundage puso los ojos en blanco:

—Eso significa los Tonton.

Smith puso los ojos en blanco:

—Gente primitiva, mala, que jode con pollos. No trabajan barato.

—Papa Doc querrá un pellizco. —Brundage hincó el diente al tallo de apio.

—Igual que el Enano. —Smith hincó el diente a su tallo de apio.

Crutch exhibió un fajo de billetes:

—Hay mucha pasta.

—Yo tengo sangre judía —dijo Brundage—. Lo haremos por quinientos.

—Yo estoy volviéndome más judío por momentos —dijo Smith—. Quinientos y trato hecho.

Crutch dijo que no.

—Cuatrocientos de los grandes, no va más.

Brundage suspiró y miró a Smith. Smith echó sal a su bebida y le devolvió el suspiro.

—Esto podría ponerse crudo. Se trata de subversivos aguerridos.

Crutch señaló las fotos:

—No me importa, mientras estos dos no sufran daño.

Se quedó despierto. Le asustaba soñar. Sus pesadillas eclipsaban la mierda que destilaba la vigilia. Consiguió dexedrinas en una farmacia. Acompañó el combustible con unos helados bañados en klerin. La base de frutas redujo la deshidratación.

Smith y Brundage abrieron expedientes y elaboraron una lista de nombres. Empezó el reparto de dinero. Papa Doc y el Enano se llevaron la parte del león. Cien de los grandes cada uno. Smith y Brundage se quedaron cincuenta por cabeza. El resto se fue en gastos operativos y en matones. La Banda y los Tonton suministraron los sicarios.

Escuadras volantes: la R.D. y Haití. Sendos centros de detención rurales flanqueando el río. Polígrafos, pentotal, coerción. Tipos duros con listines telefónicos y porras flexibles.

La planificación llevó tres días. La oficina de Smith sirvió de puesto de mando. Crutch permaneció despierto y esperó. Brundage y Smith repasaron listas de asociados conocidos. Encontraron diecinueve de Celia y ninguno de Reggie. Aquello limitaba sus objetivos. No digamos nada, propuso Smith. Detener, interrogar, presionar y/o soltar. Brundage no estuvo de acuerdo. Todos los rojos se conocen. Organicemos un gran círculo de soplones.

La discusión continuó. Crutch se puso del lado de Brundage. Más era mejor. Smith argumentó a favor de una combinación de «a mitad de camino entre menos y más». No superpobléis las cárceles. No dejéis que esos jodidos se junten y tramen. Expurgad los piojos que no conocen a Celia o a Reggie, para empezar. Ofreced dinero por delaciones. Restringid los interrogatorios a los sospechosos probables.

Se pusieron de acuerdo en treinta y cuatro nombres. Veintitrés vivían en la R.D., once vivían en Haití. Había cuatro equipos de La Banda con coches patrulla. Tenían tres equipos de Tonton con coches patrulla. Las prisiones estaban en mitad de la isla, cerca de Dajabón. Un puente proporcionaba acceso a pie. La Plaine du Massacre estaba infestada de cocodrilos, allí. Los bichos cenaban basura arrojada al río y haitianos errantes en viajes de hierbas vudú.

Los polígrafos quedaron instalados. El pentotal estaba preparado y los interrogadores, dispuestos. Las dos cárceles estaban conectadas por radio. Los coches patrulla llevaban emisor-receptor. La organización era excelente.

Smith llevó la voz cantante. Crutch fue a verlo a la cárcel de la R.D. En la orilla del río tomaban el sol los cocodrilos. Estaban contentos. Crutch los contempló por la ventana.

Marca la hora: las 7:00 de la mañana, exactamente.

Smith habló por radio con los coches. Los coches dieron el «recibido» en inglés y en francés. En la pared había fotos colgadas: treinta y cuatro camaradas en total.

Crutch había leído sus expedientes la noche antes. La mayoría eran jóvenes de su edad. Parecían adolescentes. Él, no. Él tenía canas y cicatrices en la espalda. Había una excepción no adolescente: Esteban Sánchez, médico. Se lo veía envejecido por la lucha. Joan lo había llamado «un avezado guerrero de la Brigada Roja».

Las llamadas se sucedieron: a por ellos, a por ellos, a por ellos. Smith se ocupó de la radio. Crutch escuchó crepitaciones y chirridos. Algunos rojos se resistieron, otros no. Enseguida llegamos nosotros.

Crutch salió al exterior y esperó en el puente. Debajo de él, los cocodrilos se bañaban y tomaban el sol. Les arrojó puñados de tasajo de vaca. Los atraparon fuera del agua. Les brillaron los dientes. Sus hocicos se volvieron hacia el puente.

Joan.

Ahora, en todos sus pensamientos. Penetrando su caso y su idea. Penetrando el presente.

Ella levanta los brazos. Él la besa ahí. Ella dice: «Eres desquiciadamente duradero y persistente». Insiste en ello. Habla del gen de la persistencia. Él le pregunta a qué se refiere. Ella dice: «No te lo diré».

Transcurrieron horas. Crutch no se movió de la Zona Joan. Tomó dexedrinas. Contempló a los cocodrilos. Escuchó llamadas entrantes por un altavoz. Sí, tenemos un puñado de rojos, pero no a Reggie o Celia.

Llegaron los coches patrulla. El petardeo de los tubos de escape los anunció. Bruuum, en estéreo, en ambas orillas. Un movimiento sincronizado. Crutch tuvo una doble panorámica del río.

Vista a la derecha: los Tonton y comunistas negros. Vista a la izquierda: La Banda y comunistas negros y mulatos. Crutch contó cabezas desde el puente. La R.D.: dieciocho en total. Haití, nueve de trece. Ni Reginald Hazzard ni Celia Reyes.

Los camaradas venían esposados. Crutch contó veinticuatro hombres y trece mujeres. Los matones los condujeron a empujones. Algunos remolonearon. Unos golpecitos de porra los forzaron a continuar.

Entraron en las cárceles. Doble panorámica del río. Fuera y dentro, instantáneo.

A través de las ventanas no se veía nada. Crutch permaneció en el puente y dio de comer a los cocodrilos. Estaba desmadejado y consumido. Se le formaban manchas delante de los ojos. Llevaba despierto desde L.A.



Un cocodrilo saltó hacia arriba. Crutch alargó la mano y le rascó el hocico. Un hombre gritó en la cárcel de la R.D., muy cerca. Un hombre gritó en la cárcel de Haití, débilmente.

Aquello se prolongó diez segundos. Los cocodrilos se agruparon en masa bajo el puente. Dame de comer esa mierda ahora.

Crutch desconectó de todo aquello. Los cocodrilos se dispersaron. El tiempo se dispersó. Tomó más dexedrinas, se sintió más consumido, vio más manchas. Joan se quita las gafas y se frota los ojos. Él la besa en los brazos. Se abraza a sus botas. Ella se ríe y se resiste. Él se cae de culo.

Un hombre gritó en la cárcel de la R.D. Dos hombres gritaron en la cárcel de Haití, débilmente. Se prolongó medio minuto y cesó.

Crutch redesconectó. Sentía un hormigueo en los brazos. Sentía el sol en la cabeza. Los pantalones le iban flojos. Las manchas empezaban a parecer bichos.

Un hombre gritó en la cárcel de la R.D. El grito continuó y no cesó. Él conjuró a Joan con más fuerza. Ella tocaba las ropas de Dwight y lloraba. Él le decía que cuidaría de ella. Ella decía: «No puedes».

Una mujer gritó en la cárcel de la R.D. El grito continuó y no cesó. Crutch se tapó los oídos. Eso no lo acalló. Le dio la espalda y puso más distancia. Eso lo empeoró. Le dolieron los oídos. Las manchas se hicieron rejillas y lo reenmarcaron todo. Los gritos se hicieron más sonoros. Se volvió y corrió hacia allí.

La puerta principal estaba abierta. Dentro, varios muchachos estaban esposados a tuberías y bancos de trabajo. El grito resonaba desde un pasillo al fondo.

Crutch corrió. Las manchas se hicieron figuras. Abatió a un Tonton y a un tipo de La Banda con un subfusil Sten. Llegó a un pasillo de enlace. Vio a los dos lados salas de interrogatorio con falsos espejos. Los muchachos se resistían a las pruebas del polígrafo. Los matones los esposaban a respaldos de sillas. Los matones blandían listines de teléfono y trozos de manguera.

La mujer gritó más fuerte. Crutch localizó el sonido y abrió la puerta a patadas. Estaba esposada a la silla. Tenía los brazos ensangrentados. Un Tonton blandía una porra con alambre de espino.

Ella lo vio entrar y gritó más fuerte. El Tonton se interpuso. Ah, no, chico: esto es cosa mía.

Crutch le hizo una presa de cuello. Los huesos crujieron. Crutch le estrelló el codo en la nariz y se la rompió. El Tonton lo agarró del cuello entre convulsiones. La mujer gritó. Crutch se quitó la camisa y le enseñó la cicatriz.

Smith entró precipitadamente en la habitación. El jodido Tonton escupió fragmentos de hueso y sangre. Crutch se tambaleó y vio manchas. La mujer le vio la cicatriz. Sus cabezas convergieron. Ella dijo algo en español. Crutch creyó oír «Celia» y «Puerto Pr...».

Dos Tonton lo llevaron allí en coche. Brundage y Smith olvidaron sus pleitos. Eres demasiado entusiasta. Tu reacción fue excesiva. Gracias por la pasta.

El coche era una barcaza de vudú. Un Impala del 63, con faldones y el capó rebajado. Banderas de la secta bizango. Neumáticos anchos y tapacubos cromados. Fotografías de perros con gorros puntiagudos en el salpicadero.

Crutch iba en el asiento trasero, dando bandazos. Las manchas seguían girando. Batió su récord de L.A. de tiempo despierto a base de pastillas. A los Tonton les cayó bien. El torturador se metió con la mujer del conductor. Aquello era mal yuyu. Tú eres un chico blanco virtuoso.

La barcaza tenía aire acondicionado. Los cristales tintados difuminaban la pobreza de fuera. Pasaron pequeños pueblos con grandes carteles ensalzando a Papa Doc. Árboles con marcas de sangre por todas partes y mendas con sombreros de cabeza de pollo.

La gente se difuminó en manchas y viceversa. Los Tonton hablaban medio en inglés, medio en francés. La redada les reportó un billete de cien a cada uno. La Banda tuvo una escaramuza con unos rojos en Santo Domingo. Aquello era mal *gri-gri*.

Puerto Príncipe era un lugar de mierda junto al mar. Playas de rocas, cubos de estuco por viviendas y edificios erosionados más viejos que Dios. La barcaza se detuvo ante una casa de color verde lima, levantada del nivel de la calle mediante pilones. Crutch se despidió y se lanzó peldaños arriba.

Llamó y la puerta se abrió. Celia Reyes se apoyó en el quicio. «Ya te he visto antes», dijo. «Como todo el mundo», dijo él. Las manchas se juntaron y lo cubrieron todo de negro.

Teniente Maggie Woodard, de la Reserva Nacional.

Llevaba el uniforme azul de invierno y el caqui de verano. En su chapa de identificación ponía WOODARD. No se había casado nunca con Crutch Senior. Bebía demasiado y se ponía pesada o efusiva. Se quedó en las reservas después de la Gran Guerra.

Ella llevaba el uniforme los fines de semana. Él miraba desde las puertas. Ella bebía y escuchaba a Brahms en un fonógrafo estridente. Encadenaba cigarrillos. Llevaba colgado del pie izquierdo el zapato marrón de uniforme. Llevaba colgado del pie derecho el zapato negro de uniforme. Lo sorprendió acechando y se rio. Le dio de comer cerezas al marrasquino de su copa.

Fusión y dispersión. El color negro se fragmenta en manchas. Estamos en Ensenada. Te duele el oído. No soporto tu dolor. Voy a la farmacia y te meto un pinchazo.

Estamos en L.A. Tu padre se funde nuestro dinero. Nosotros recogemos envases vacíos y dilapidamos la pasta en Bob's Big Boy.

Estamos en San Diego. Tu padre está en otra parte. Andas vagabundeando, como siempre. Regresas de improviso. Me sorprendes con una amante en el hotel El Cortez.

Siempre estás observándome. Me marchó ese día. Tú estás en la ventana, esperando. No llegué a verlo, pero lo sé.

—Tú me desnudaste.

—Delirabas. No sabías lo que hacías.

—¿Cuánto estuve así?

—Dos días enteros.

—¡Jesús! Todo parece diferente.

—Quizá lo sea.

El batín le estaba demasiado grande. Había perdido casi diez kilos, fácilmente. Ella le preparó un gran desayuno. A él le repugnó el olor. La cocina estaba abarrotada. La habitación le pareció desmesurada. Los platos cubrían la mesa y despedían humos extraños.

—Te envía Joan —dijo Celia.

—¿Cómo lo has sabido?

—Encontré una foto de ella entre tus ropas.

—¿Qué más encontraste?

—Una medalla de san Cristóbal, una automática del 45 y una lista de preguntas preparada meticulosamente.

Crutch reenfocó. Cuatro años, de entonces a ahora. De Hollywood a Haití. Ella no había cambiado. Todo lo demás, sí.

—Espero que estés dispuesta a responderlas.

Celia tomó un sorbo de café:

—No creo que me importe tanto como a ti.

—No te entiendo.

—Estoy diciendo que he cambiado —sonrió ella—. Mis creencias se han solidificado. Ya no soy esa persona vindicativa y desatada, tan decidida a vengar a Tatuaje.

Crutch se tambaleó. La habitación desmesurada se contrajo. Notó el calor de la cocina y rompió a sudar.

—Te agradecería que me contaras lo que sabes y lo que recuerdas.

Celia untó la tostada de mantequilla. Llevaba un vestido sin cintura hasta las rodillas y el pelo recogido con un pasador.

Tatuaje era una hechicera vudú. Entonces, yo compartía sus creencias mucho más que ahora. Ella era desenfrenada y yo también, y yo estaba intentando manipular a un

hombre que trabajaba para Howard Hughes. Quería ver contruidos esos casinos en mi país. Joan y yo pensábamos que podríamos conseguir que ese hecho beneficiase a la Causa.

Crutch sirvió más café.

—Esa parte la conozco. Estoy al corriente del hechizo que le hiciste a Tatuaje y de que querías deshacerlo. Lo que me interesa son los detalles concretos de ese vera...

—Yo estaba loca. Ella estaba loca. Nos vimos metidas en grandes cosas juntas. Ese verano volvimos a conectar. Era un tiempo peligroso en el mundo. Yo quería hacer daño a Tatuaje y salvarla, todo a la vez. Ella había hecho una película pornográfica con ambiente vudú. Un ruin agente inmobiliario organizó unas proyecciones de la película por la época en que Tatuaje desapareció. Las cosas se conectaron. El agente conocía al hombre que trabajaba para Howard Hughes. Todo tenía un aire místico. Joan me complació y me permitió alquilarle una casa al tipo. Tatuaje aparecía de vez en cuando por una casa de las inmediaciones. Joan le había hablado del lugar. Pasaba largas temporadas desocupado. Joan y algunos camaradas lo habían usado de piso franco años antes.

Convergencia, confluencia, coincidencia. Arnie Moffett, la casa de los horrores, las notas de la reunión comunista. Un salto en el tiempo: del 68 al 6/12/62.

—El nombre del agente inmobiliario era Arnold Moffett.

—Sí, me parece que sí. Tenía una vaga relación con el Caribe. Creo que estaba metido en negocios de importación y exportación en Haití.

Reconvergencia. Arnie Moffett en el 68: mis pisos son estudios de filmación de películas guarras.

—Conociste a Sal Mineo. Le pediste que presentara a Tatuaje a unos hombres del mundo del cine. Antes, te había presentado a ti. Tú querías deshacer el hechizo. Tatuaje había hecho penitencia y había pagado por salir del libro de los muertos. Ella...

Celia le tomó las manos. Él estaba acelerado y sudoroso. Dejó que ella lo tranquilizara.

—Sal lo llamó entonces «una fantasía», y yo digo lo mismo ahora. Tatuaje estaba loca. Yo estaba loca. Las dos estábamos tan locas como tú lo estás ahora. Tatuaje se reconcilió con la gente del 14/6 y le hizo favores a Joan. Joan me dijo: «Encanto, detén esa locura. Tatuaje saldrá beneficiada si abandonas todo esto».

Crutch se desasíó.

—¿Y lo hiciste? ¿Y me estás diciendo que eso fue todo?

Celia asintió:

—Te lo aseguro. Tatuaje desapareció y yo tuve la legítima premonición de que la habían matado ese verano. A decir verdad, todavía la tengo. La tuve más adelante, ese mismo año, y lo comenté con un amigo y...

—Con Leander James Jackson, que...

—Que ahora está muerto. Él indagó por ahí sobre Tatuaje. Habló con el agente inmobiliario, pero no sacó nada en claro.

Crutch se frotó las piernas. Las sentía entumecidas. Su cerebro rebobinó, se reinició, se redetuvo y se realimentó.

—¿Me estás diciendo que eso fue todo?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que no recuerdas a los hombres a los que presentaste a Tatuaje?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que no sabes quién asistió a las proyecciones?

—Sí. Tengo una copia de la película, pero Leander y yo no identificamos nunca a los otros actores.

—¿Me estás diciendo que Jackson interrogó a Arnie Moffett respecto a las proyecciones y no sacó nada, y que después de esto dejaste de insistir en el asunto?

Celia le tocó el brazo:

—Eres listo y persistente, o no habrías dado conmigo. Si tienes tanto interés en complacer a Joan como yo creo, puedes encontrar mejores maneras de servir a la Causa.

Realimentación, rebobinado, apagado/puesta en marcha, chirrido/chisporroteo/apagado.

—¿Sabes dónde está Reginald Hazzard?

—Sí. Vive a un kilómetro de aquí.

Crutch se rio:

—¿Tal cual?

Ella le limpió la cara con una servilleta. El sudor le caía en los ojos.

—Voy a llevarte de vuelta con Joan.

—No, no lo harás. Le escribiré una nota.

La lata de la película pesaba. El sobre estaba sellado. Al dorso llevaba impreso C.R./J.K.

Decidió caminar y reescalar las cosas. No funcionó. Se sintió recarrilado, no descarrilado. Tenía la repista de Arnie Moffett. Todavía tenía esa idea...

Llamó a Ivar Smith desde la casa de Celia. Hicieron planes de viaje. Transporte Tonton a Santo Domingo. De allí a L.A. Haz la llamada a Las Vegas y reza para que salga bien.

Tenía cortes de papel en los dedos. Gajes de la lectura de expedientes. Escocían. Su cerebro se limitó a reseñarle el dolor.

Espuma marina y humedad. Fragancia en el aire. Negros hablando en francés.

Arrojó el pasaporte de Celia a un cubo de basura. Hurtó un plátano de un tenderete y lo devoró. Unos chicos jugaban con un transistor. Del túnel de la

memoria: Archie Bell and the Drells con «The Tighten Up».

Ahí está *chez* Reggie. Es verde fluorescente caribeño.

La puerta estaba abierta. Una mosquitera rasgada estaba encajada en su sitio. Crutch metió la mano por un agujero y descorrió el pestillo.

Un laboratorio y un tesoro de expedientes. Filas de botellas y carpetas apiladas. Textos de química, vasos de precipitados, quemadores y tarros. Unas ingeniosas tablas moleculares.

Le escocían los dedos. Estudió estanterías y se dejó llevar por una intuición. Ahí hay *Ocimum basilicum*. Claro, ¿por qué no?

Metió los dedos de la mano izquierda en el frasco. Le rehormigearon y le desescociaron. Los sacó. Los cortes desaparecieron mientras la piel se arrugaba.

—¿Crees en la química haitiana?

Se volvió. Nada de Chubbie Checker. Reggie se parecía a Harry Belafonte con manchas blancas y un bigote de Fu Manchú.

—Creo en todo —dijo Crutch.

El sueño lo encontró y lo venció. Quería verlo todo una vez más y despedirse de Wayne. Sólo vio una cortina de oscuridad y bocanadas de humo de cigarrillo.

Olió el aeropuerto. Carburante de aviación y goma quemada. Inmediatamente después, oyó cánticos.

«Muerto», «incursiones», en español. La Banda.

Abrió los ojos. Vio chicos con carteles enmarcados en negro. Una foto de un hombre moreno. ESTEBAN JORGE SÁNCHEZ, 1929-1972.

Cerró los ojos otra vez. Reggie dijo:

—No te duermas. Estamos aquí.

El Enano los mandó en primera clase. Reggie era alto. El espacio para las piernas le encantó. Crutch intentó evocar a Joan y sólo vio a Esteban Sánchez continuamente.

Reggie era don Silencio. Todo rezumaba *fait accompli*. No criticó, no cuestionó, no protestó. Reggie, el genio chiflado con un pasado lleno de firme determinación.

Crutch siguió despierto. La perspectiva de la pesadilla lo revitalizó y lo mantuvo alerta. Reggie leyó libros de química y comió en exceso. Las cicatrices de las quemaduras parecían exóticas. La azafata le tomó simpatía. Reggie, el sabihondo angélico y abandonado social.

Crutch se puso furioso de repente. El latido de la turbina del avión se le metió dentro. Sintió vértigo. El sueño luchó con él y venció.

—Señor, hemos llegado.

La azafata lo sacudía por el hombro. La primera clase se había vaciado. Reggie había desaparecido.

No, por favor. Todavía no. Dios, por favor, déjame ver...

Se incorporó de un salto. Agarró la bolsa y se abrió paso a empujones. La chaqueta se le abrió. La gente vio su arma y reaccionó con pánico. Se abrió paso por la escalerilla. Apartó a codazos a unos *hippies* zumbados y a una monja. Alcanzó la pista. Vio a Reggie y Mary Beth fundidos en un abrazo.

El chico sollozaba. Mary Beth le sujetaba la cabeza hundida. Levantó la vista y distinguió a Crutch. Le dedicó una breve mirada de sus ojos moteados de verde y se llevó a su hijo.

(Los Ángeles, 13/4/72)

Joan construyó identidades.

Trabajó en el escritorio de Dwight. Klein y Sifakis por ahora estaban *verboten*. Habían ocurrido demasiadas cosas. Ya había utilizado excesivamente Williamson, Goldenson, Broward y Faust.

Necesitaban partidas de nacimiento. El cementerio de Forest Lawn le había mandado una lista. Incluía nombres, fechas de nacimiento y de defunción. La hojeó. Los fallecidos venían por orden alfabético. Necesitaban a dos mujeres. Nacidas alrededor de 1920, una étnica y la otra, no. Ella era judía y lo parecía. Karen era griega y no lo parecía.

Leyó las columnas. La selección de nombres de la edad adecuada era escasa. Necesitaban mujeres solitarias. Con poca familia o ninguna. Eso significaba investigación complementaria. A partir de ahí, carné de conducir, tarjeta de la Seguridad Social, introducción de documentos en archivos oficiales.

Los nombres la preocupaban. Sorbió té y encendió un cigarrillo. Las cicatrices de las muñecas le escocían. Miró a su alrededor.

Junto a la puerta había un sobre. Papel caro. Apenas cabía por la ranura.

Se levantó y lo cogió. Vio las iniciales del reverso. Rasgó el borde y leyó la nota en español que había en el interior.

*Mi amor:*

*Me quedo. Por la Causa. Con respeto al regalo que eres tú.*

Había besado la página debajo de la firma. Sus labios habían dejado una marca rojo brillante.



(Los Ángeles, 14/4/72)

Pasa la película.

Clyde y Buzz no estaban. Crutch montaba el proyector de la sala de reuniones. Puso el rollo y enganchó los agujeros en la rueda dentada. Apagó las luces y bajó la pantalla. Centró el foco y tuvo «Acción».

Película en color, granulada. Ajustó mandos. Mejor, ahora. Las imágenes se ven más claras.

Fundido. Hay una toma panorámica. Una sala de estar. El cámara filma una ventana. Fuera hay luz. La habitación es pequeña y los muebles son baratos. No es la casa de los horrores.

Una toma estática. La sala, más cerca. Cinco personas entran en el plano. Hay tres mujeres y dos hombres. Van todos desnudos y llevan el cuerpo pintado. Símbolos de vudú, de la cabeza a los pies. Los dos hombres son negros. Dos mujeres son blancas. Los cuatro llevan máscaras de madera. La otra mujer no lleva máscara y va tatuada llamativamente. Es María Rodríguez Fontonette.

Crutch se sentó a horcajadas en una silla. La cámara recorrió toda la sala. Ahí está la calle otra vez. Es Beachwood Canyon, estamos cerca de la casa de los horrores.

La cámara volvió al centro de la sala. Los actores y las actrices tomaron cápsulas marrones. Hierbas haitianas. Un primer plano. Ahí está María. Ahí, el tatuaje del brazo. Poco después, la mutilarían y cortarían esa obra de arte. Tenía unas manos muy bonitas. Se las cortarían. Se movía con elegancia. El asesino la había destripado. Todo aquel movimiento tan flexible, anulado.

Crutch miró. Se sintió comprimido. Verano del 68. Tatuaje duerme en la casa de los horrores, Tatuaje muere allí. Era una de las viviendas que alquilaba Arnie Moffett. Joan y Celia habían alquilado una. Las casas de alquiler para fiestas y rodajes de películas. Todo está comprimido. Él estuvo cerca al principio de todo y no ha vuelto a estarlo desde entonces. Clic de advertencia: hay algo que te pasó por alto.

Salto en la imagen. Ahora estamos en un dormitorio. Hay una cama de agua que se mueve. Los actores y las actrices se sitúan alrededor. Hablan con alguien que está fuera de plano. Sus labios se mueven sin sonido.

Crutch miró a Tatuaje. Es hermosa, está viva. Traicionó al 14/6 en el 59 y se reconcilió después: «Eran tiempos muy locos», había dicho Celia. A él no le cuadraba la Causa con una película porno. Aquello lo ofendía.

Los hombres temblaron y se sacudieron. Cayeron en la cama. Arquearon la espalda. Tenían espasmos en las piernas. Las pociones hacían efecto. Estaban en las primeras fases de la zombificación. Se quitaron la máscara y respiraron con

dificultad. El sudor les emborronaba la pintura vudú del cuerpo.

Tatuaje los fustigó con un látigo. Golpes suaves, como parte del espectáculo. Las dos blancas empezaron a temblar. Sus movimientos eran espasmódicos como los de una marioneta. Se tumbaron en la cama y acariciaron con dureza a los hombres. Todos se sacudieron y se debatieron, todos estaban epilépticos. Los hombres se sacudían boca arriba. Las blancas se sentaron a horcajadas sobre ellos y los atrajeron a su interior. La cámara tomó primeros planos de la inserción.

Hierbas distintas. Las mujeres se contorsionaban a un ritmo frenético. Tenían a los hombres inmovilizados. Las caderas y los brazos se movían a contrapunto. Las cabezas se movieron en un eje espástico. La cámara tomó primeros planos de los hombres. Tenían los ojos abiertos y muertos. Tatuaje fustigaba suavemente a las mujeres. Sus contorsiones se aceleraron.

Tatuaje salió del plano y volvió a entrar en él. Llevaba un atizador en forma de falo. La punta de la polla resplandecía. Estaba casi incandescente. Tocó la alfombra con ella y empezó a arder. Las mujeres se debatieron y abrieron la boca. Ella les dio de comer el glande de la polla. La chuparon y no dieron muestras de dolor. Se quitaron la polla de la boca y la presionaron contra la base de la cama. El tejido chisporroteó y se quemó hasta los muelles.

Los hombres estaban zombificados. Las mujeres los follaron a base de vudú. Tatuaje cogió la polla ardiendo y grabó unas marcas en la pared. Crutch lo entendió. Conocía los signos. Tatuaje los había dibujado en la casa de los horrores. Ahora los grababa con fuego en la pared del escenario de una película porno.

El rollo de celuloide se atascó. La pantalla se quedó en blanco. La película terminó en aquel punto.

Convergencia. Conexión. Confluencia. La frase de Clyde: «Se trata de a quién conoces, a quién se la chupas y cómo estás conectado».

Clic de advertencia: falta algo. No sabes quién mató a Tatuaje. No sabes quién preparó todo esto.

Crutch cogió el coche y fue a Beachwood Canyon. Todo estaba en su sitio. Ahí está la casa de los horrores. Ahí está la casa que Joan y Celia alquilaron. Ahí están las otras casas de Arnie Moffett. Tus recuerdos de hace cuatro años siguen intactos.

Recorrió calles laterales. Buscó la panorámica que se veía desde la ventana de la peli porno. Ahí está, intacta. Las mismas palmeras y la misma calzada de acceso al otro lado de la calle. Un anuncio de la agencia inmobiliaria de Moffett.

Todo en su sitio. A tiro de piedra de aquí, a tiro de piedra de allí. ¿Quién empezó todo esto e hizo que cobrara cohesión?

Celia había dicho que Arnie Moffett tenía un negocio de importación-exportación. Clic. Ya hemos vuelto allí otra vez. Confluencia. Se trata de a quién conoces y a quién...

Crutch volvió al centro de la ciudad. Clyde tenía influencia en la oficina de Licencias Comerciales. El acceso a los archivos costaba cincuenta pavos y un guiño de ojo.

El funcionario lo reconoció. ¿Importación-exportación, hace unos años? Las cajas están en el cuarto 12.

La estancia era una ciénaga de papel mohoso. Las cajas estaban clasificadas por años. No había etiquetas y los documentos no estaban archivados en orden alfabético. Una auténtica excavación.

Empezó en el 66 y trabajó hacia atrás. Lo encontró en el 63.

Arnie tenía un pequeño negocio. «Exotismo Isleño de Arnie, Sociedad Limitada». Curiosidades, recuerdos. Conexión: Importaciones de Jamaica, Haití, la R.D. Más cerca, ahora. ¿Dónde está ese pequeño clic que lo encaje todo?

La misma oficina. La misma tienda de comidas para llevar en la puerta contigua: «El hogar del héroe hebreo».

Llevó consigo medio litro de Jim Beam. Arnie era un borrachín. La otra ocasión, la priva había ablandado la paliza. Tal vez ahora también funcionaría.

Crutch entró. Sonó el timbre. Arnie estaba sentado detrás del mismo escritorio. Esta vez, llevaba una camisa de jugar a bolos de color verde. Se hurgaba la nariz y leía una revista de coches.

Crutch se sentó en la silla del cliente. Arnie pasó de él. Crutch dejó la botella en el escritorio. Arnie la miró.

—Verano del 68 —dijo Crutch—. ¿Qué es lo primero que te viene a la cabeza?

Los ojos en la botella. Considera, reconsidera y repiensa. Ahhh, ya lo pillas.

—Lo primero que me viene en mente es todo ese follón político. Y lo segundo, tú. Crutch abrió la botella y se la pasó. Arnie bebió.

—Lo tercero es que pareces mucho más viejo. Lo cuarto es que espero que no andes metido todavía en aquella cruzada. Si tiene que ver con mis casas, Gretchen Farr, Farlan Brown o Howard Hughes, ya te dije todo lo que sabía.

—Leander James Jackson —dijo Crutch.

—¿Qué? —Arnie bebió.

—El otro tipo que vino haciendo preguntas. Esa mujer, Tatuaje, el escenario de la película porno, la casa que alquiló para que la filmaran.

—Aquí hay dos asuntos totalmente distintos. —Arnie se hurgó la nariz—. En qué punto se conectan, no lo sé. Tú tenías tu cruzada de Gretchie, él tenía algo con Tatuaje. Está muerto, por cierto. Lo mataron en ese «tiroteo entre militantes negros». Y, por cierto, yo no te oculté nada. Te dije que alquilaba mis casas para la filmación de películas porno, pero tú nunca me preguntaste por Tatuaje.

Reconvergencia, desconvergencia. De momento, Arnie había sido legal. La mierda ya no estaba lejos.

—Hábleme de Tatuaje.

—No hay nada que contar. Conocí a alguien que conocía a alguien que la conocía

a ella. Oí que estaba sin blanca. Ella supo que yo tenía un negocio y que importaba cosas de su mierda de país. Ella quería hacer una peli guarra de vudú y necesitaba un sitio donde proyectarla. Hablamos por teléfono y le di alguna pista. Era todo tipos pervertidos de mis listas de clientes del negocio de importación-exportación. Ella se puso en contacto con ellos por su cuenta y así terminó nuestra breve relación.

—¿Estuvo presente durante la filmación de la película?

—No.

—¿Conoció al equipo de rodaje o a los demás actores?

—No.

—¿Ha visto la película?

—*Nyet*. El porno no me va. A mí me gusta lo auténtico, conmigo en el saco. Soy de esos tíos de meterla y sacarla. Diez minutos de arrobo y luego vuelvo a ver las partidas de bolos del Canal 13.

Crutch se frotó el cuello. Lo tenía lleno de nudos y agarrotado.

—¿Quién asistió a las proyecciones? Dígame algún nombre.

—No lo sé. —Arnie se amorró a la botella—. Le mandé a Tatuaje una copia de mi lista.

—Aquel verano, la mataron. ¿Cómo le sienta eso?

—No me sienta de ninguna manera. —Arnie lo mandó a tomar por culo con un esto—. Ese haitiano pensaba que se la habían cargado, así que te diré lo mismo que le dije a él. Acababan de cargarse a Bobby K. y a ese *macher* de los derechos civiles, así que a un chocho isleño descarriado no le di mucha importancia.

Crutch se puso furioso. Como entonces. No, no lo hagas.

—¿Dónde está esa lista de clientes, joder?

—Si está en algún sitio, está en el garaje. —Arnie se reventó un grano del cuello—. La llave está colgada de un gancho, junto al retrete. Diviértete, pero no vuelvas otra vez dentro de cuatro años con la misma historia.

Polvo, moho, telarañas, nidos de arañas, ratones. Latas viejas de gasolina, baterías muertas, un motor estropeado. Revistas *Car Craft* desde el año 52. Cuarenta pelotas de béisbol Sandy Koufax falsificadas.

El garaje de Arnie Mofett, en Mar Vista.

Talonarios de recetas robados. Todos los números de *Food Service Monthly*. Una foto de Marlon Brando con una polla en la boca. Cuatro pistolas de aire comprimido, dos cortacéspedes difuntos, restos del esqueleto de un gato.

Crutch trabajó. Tuvo que remover un montón de trastos para llegar a las cajas. Atacó la primera fila de éstas. El currículum de Arnie creció. Vendía condones de fantasía, vendía rosarios, vendía el extensor de pollas de Donkey Dan. Vendía entradas falsificadas para el fútbol. Dirigía el club de fans de Debra Paget. Vendía muñecos de JFK y de Jackie K. Suministraba poppers a los bares de maricones. Tenía

una agencia de empleo para espaldas mojadas.

Ahí. «Exotismo isleño de Arnie».

Abrió la caja. Sacó un bloc de albaranes. Vacío la caja en el suelo. Ahí está: «Clientes/59-63».

Cuatro páginas grapadas. Un montón de nombres. Estaban por orden alfabético.

Crutch los leyó. Los nombres y direcciones no le sonaban de nada. Llegó a la última página. Leyó de la T a la Z. Se detuvo en seco.

«Weiss, Charles. 1482 North Roxbury, Beverly Hills».

Chick: abogado de divorcios. Chick, amigo de los aprendices de detective. Chick: su mejor colega, Phil Irwin. Phil: contratado y despedido por el doctor Fred Hiltz. Búscame a Gretchen Farr. Chick: toxicómano y amante de la carne negra.

Y...

Ahí esta...

El...

CLIC.

La oficina de Chick. La estrategia del trabajo de divorcios. La estatua de los tres falos. La negra de las piernas abiertas. Importaciones... Todo vudú malvado.

Necesitaba una pistola de incriminar. El refugio estaba cerca. Dwight quizás había dejado alguna.

Ya había anochecido. Se dirigió hacia el nordeste. De camino, pasó por delante de casa de Karen. Vista de la ventana: Joan y Karen en la sala. Las niñas, muy traviesas.

Las luces del refugio estaban encendidas. Crutch cogió la llave de debajo de la alfombrilla y entró. Encima del escritorio había un expediente. Joan le había dejado una nota.

D.C.:

Un amigo ha encontrado esto. Los federales tienen información sobre ti. He pensado que te gustaría verlo.

J.K.

CRUTCHFIELD, DONALD LINSCOTT.

Informes recogidos por Clyde Duber. Párrafos expurgados con una navaja. Las valoraciones de Clyde: «Los *voyeurs* son buenos aprendices», «Tendencias raras». El chico trabajaba en el caso Farr. Estaba demasiado colgado en ello.

Un informe de ICB: Phil Irwin, chivato del FBI.

«A mi colega Chick y a mí nos gusta mirar. Hemos aprendido con el mejor maestro, Crutch Crutchfield. No hay ventana de Hancock Park en la que ese retorcido no haya metido las narices. Él nunca lo supo, pero Chick y yo lo seguíamos y estudiábamos su técnica».

Abajo, informes de departamentos de Policía: Phil y Chick interrogados por merodeo. Un amigo de ellos, Arnie Moffett, interrogado por «fiestas porno». Arnie comparte con Chick la afición por «el arte negro estrafalario».

Se puso furioso. Le costaba respirar. Bebió agua del lavamanos y no pudo tragarla. Consiguió inhalar un poco de aire.

Dwight había dejado un cesto de golosinas. Encontró una pistola de incriminar, unas esposas y un rollo de cinta de embalaje.

Phil vivía en el coche. Casi todas las noches dormía en su taxi de Tiger Kab. Por lo general aparcaba en el solar de los ayudantes de los detectives, lejos de la calle.

Crutch se acercó hasta allí. La gasolinera estaba cerrada. Junto al cobertizo de herramientas había una limusina aparcada. Phil dormía en el asiento de atrás. Le colgaban los brazos por la ventanilla.

Ronquidos. Olor a priva en su aliento. Phil tenía la cabeza apoyada en el borde de la ventana.

Crutch abrió la puerta. Le pasó la cadena de las esposas por el cuello, tiró de él y lo levantó del asiento. Phil despertó. Aterrizó en el mundo de rodillas. No lo entendía. No puedo moverme. Tengo el brazo por encima de la cabeza y me duele.

Crutch le propinó una patada en las pelotas. Phil vomitó priva aderezada con cacahuets. Intentó ponerse en pie y tirar de la cadena. Crutch le propinó una patada en las pelotas. Phil volvió a caer de rodillas.

Gritó. La cadena le apretaba el cuello con fuerza. Un reguero de sangre le corría por el brazo.

—Verano del 68 —dijo Crutch—. Tú tuviste primero el trabajo de Gretchen Farr, yo lo tuve después. Te fuiste de farra y te relevé.

Phil trató de sentarse. La cadena de las esposas se le clavó más hondo. Phil trató de levantarse. Crutch le pateó las pelotas. Phil cayó de rodillas, más fuerte.

Gritó, tosió, vomitó. Dobló la cabeza hacia el pecho y jadeó.

—Tú y Weiss —dijo Crutch—. Los merodeos, Arnie Moffett y esa película de vudú.

Phil tenía la cabeza colgando. Crutch lo abofeteó. Phil trató de esquivarlo y morderle la mano. Crutch sacó la pistola de incriminar y se la plantó delante de los ojos.

—Pondré la radio. Nadie oirá el disparo. Trabajas en Tiger Kab. Estás siempre en Negrolandia. Follas con la mitad de las chicas negras que viven al sur de Washington Boulevard. ¿Cuánto tiempo crees que el DPLA dedicará al caso?

Phil respiró hondo. Phil resbaló sobre las rodillas. Se le pusieron los ojos de loco. La sangre que le corría por el brazo empapaba su camisa.

—Así que nos gusta mirar. A ti te gusta, a mí me gusta, y a Chick le gusta. Él conocía a ese tipo llamado Arnie. Le compraba objetos exóticos. Arnie alquilaba pisos para fiestas y para pases de películas. Chick vio aquella extraña película y una de las chicas que salía en ella lo excitó. Se enteró de que vivía en una casa vacía cerca de allí y me imagino que fue a mirar por su ventana.

—¿Y eso es todo?

—¿Quieres más?

—Sí.

—Bien. Nosotros te mirábamos cuando mirabas, así que hemos aprendido con el mejor. Lo mismo que te excitaba a ti nos excitaba a nosotros.

Crutch sacó la cinta de embalaje. Phil se retorció y sacudió la cabeza. Crutch lo agarró por el pelo y lo envolvió como si fuera una momia. Dejó un agujero abierto en la nariz. Le tapó la boca, la cabeza, los oídos. Lo levantó del suelo y lo hizo entrar en el asiento trasero de una patada. Las esposas se le clavaban hasta el hueso. Las fundas de imitación de piel de tigre lo llenaron de pelo.

Humo de hachís. Sigue el rastro. El coche de la esposa no está. El tipo está paseando al lado de la piscina.

Crutch recorrió a pie la calzada de acceso. El patio trasero estaba a oscuras. Los reflejos de la piscina proporcionaban la única iluminación.

Medida olímpica. Artísticos desnudos en el fondo. Picasso en LSD.

Chick se sentó junto a la parte más honda. Se meció en la silla y tocó la palanca de saltos con la punta de los pies. Tenía en la mano una pequeña pipa con una tela metálica en la cazoleta.

—Deberías haber llamado antes. Eso, Clyde, ya lo sabe.

—¿Phil también tiene que llamar antes?

—Phil es un caso especial. Y eso Clyde también lo sabe.

Crutch dio la vuelta a una silla y se sentó a horcajadas. El humo del hachís le producía escozor en los ojos. Olió a colonia High Karate.

El agua de la piscina se onduló. Chick fumó una calada y le ofreció la pipa.

Crutch dijo que no con la cabeza.

—He reconstruido unas cuantas cosas. Agradecería tus comentarios.

Chick encendió la pipa de nuevo. La pequeña tela metálica refulgió.

—En esta visita tuya hay algo siniestro. Empieza a deprimirme.

—Mataste a una mujer llamada María Rodríguez Fontonette. Me gustaría que me lo contaras.

Chick sonrió y guiñó un ojo. Era algo estudiado. Chick había observado al difunto Scotty B.

—No hay mucho que contar, aunque debo reconocer que a ésta la descubrí siguiéndote a ti.

—¿Ha habido otras?

—Unas pocas, aquí y allá.

—¿Miras, ves algo que te gusta y luego matas?

—Más o menos.

—Háblame de María.

Chick fumó una calada. Tenía los ojos enrojecidos. Las pupilas eran puntos.

—La espié. Le gustaba el vudú, a mí me gustaba el vudú. El arte vudú nos gustaba a los dos. Tomamos unas hierbas y hablamos de Haití. Todo va bien hasta que ella dice que se siente culpable porque ha delatado una invasión comunista. Me cortó el rollo de mala manera. Me bajó el efecto de las hierbas y empecé a pensar. Estás aquí, en esta casa abandonada. Siempre has querido hacerlo. Ella es un ave de paso, una negra de mierda a quien nadie echará en falta.

—Y lo hiciste. —Crutch acercó la silla.

—Sí. Mutilé el cuerpo y le corté las manos. Ella me había contado un montón de historias de esmeraldas y metí cristales verdes en sus heridas. Había empezado a tener esas fantasías cinco años antes. Compré instrumental quirúrgico y lo llevaba siempre en el coche, pero no creía que fuese capaz de hacerlo nunca. Bueno, aquella noche, la luna estaba en Escorpión y lo hice.

Crutch miró la luna. Era una raja fina y estaba medio nublada.

—Vibras como si quisieras juzgarme, Mirón. Eso me da risa.

—¿Qué?

—Siempre he creído que tenías un exceso de huevos y un déficit de sesos. Ahora, a eso debo añadir que eres un hipócrita.

Crutch hurgó en los bolsillos. Chick fumó una calada y le echó el humo a la cara.

—No puedes meter las narices en una ventana y alejarte de ella limpio de sangre. La inspiración es la inspiración. Es como lo que dijo ese King: «Tengo un sueño». Uno no sabe nunca quién lo ha estado vigilando o quién te baila en la cabeza.

Crutch sacó las cápsulas y se las enseñó.

—¿Qué es eso? —preguntó Chick.

—Son haitianas. Muy potentes. Volarás durante un día y medio.

Chick pidió permiso para probarlas. Crutch se lo dio. Chick tragó las cápsulas a



palo seco y reencendió la pipa.

—Háblame de las otras. —Crutch se acercó más.

—No hay nada que contar. Estaban buenas y yo me aburría.

—¿Solamente por eso?

—Sí —dijo Chick, tras fumar una calada—. Solamente por eso. Estamos en los años setenta, cariño. Haz lo que te dé la gana.

Crutch miró alrededor. La piscina, la luz de la luna. El momento. Un pájaro cruzó el cielo.

Chick lo miró. Pasaron unos segundos. Su mirada se vidrió. De los ojos, la nariz y la boca salía espuma verde. Sus brazos se movieron a espasmos. Los huesos estallaron. Crutch oyó los chasquidos. Chick se puso en pie, tambaleante. Le salía espuma de las orejas.

Crutch le puso la zancadilla. Chick cayó a la piscina. Crutch vio que se debatía hasta flotar boca arriba.

(Los Ángeles, 17/4/72)

—No me des un apellido. Hay uno que estoy considerando.

—¿Puedes darme una pista?

—Digamos que hace honor a los últimos años, al tiempo que huye de ellos.

El patio trasero era la reserva de cocodrilos de Eleanora. Las nubes se congregaban y prometían lluvia.

—Un albacea literario —dijo Karen—. ¿Qué te parece? Todos nuestros expedientes, diarios, informes. Todo lo que hemos reunido.

—Lo hará bien. —Joan miró el refugio—. Es un consumado acaparador.

—¿Y qué hará con todo ello?

—Lo leerá y buscará respuestas. Verá cosas que nadie ha visto hasta ahora e impondrá su propia lógica. Si crece, comprenderá lo que significa todo.

Las niñas corrían por la casa. Joan miró por las ventanas. Dina puso los dibujos animados de la tele. Eleanora se coló a hurtadillas, desenchufó el aparato y se rio.

—Echo de menos a Dwight —dijo Karen.

—Algo está cambiando en mi cuerpo —dijo Joan.

La lluvia no cesó. Con ella llegó un viento fuerte. Joan usó pistolas de incriminar y objetos de Dwight como pisapapeles. Deseaba sentir el viento. Al chico le gustaba ver su cabello arremolinado.

Ventajas y desventajas. El viento les proporcionaba el telón de fondo. Las ráfagas apagaban las llamas de las velas.

Él estaba allí con ella y lejos, en otro sitio. Tenía los ojos abiertos. Ella se los cerró a besos y le acarició una vena que le palpitaba en el cuello. Él emitió unos sonidos que ella no había oído nunca. Tenía todo un repertorio de sonidos infantiles. Los sonidos le hicieron contener las lágrimas. Hundió la cabeza en su pelo para que no lo viera.

La escena se prolongó. Él derivó hacia otro sitio y la tocó desde lejos. Había pasado tiempo alejado de ella y regresó rodando. Vio lo que vio y pensó lo que pensó y volvió a ella. Puso una rodilla entre sus piernas y le besó las axilas. Él forzó el encaje. Ella rodó en la cama y se puso a horcajadas sobre él. Tenía los ojos enloquecidos. Ella se los cerró. Él le besó las palmas de las manos y se llevó los dedos a la boca.

—Dime qué has hecho.  
—No puedo.  
—¿Has estado pensando en la isla?  
—En parte, sí.  
—He oído que han matado a Esteban Sánchez.  
—Así es.  
—¿Fuiste cómplice?  
—Sí.

—Confía en la pureza de tus intenciones. Siempre habrá bajas, y si actúas con audacia, siempre habrá menos.

—Hay algo más.  
—Cuéntamelo.  
—No lo haré.  
—¿Fuiste cómplice?  
—Sí.  
—¿Actuaste con audacia?  
—Sí.  
—¿Supiste que tenías que actuar porque, de otro modo, nadie lo haría?  
—Sí.  
—Y eso, ¿ahora te consuela?  
—No.

—Tus opciones eran hacerlo todo o no hacer nada. Tomaste la decisión correcta.

—¿Y cómo sabré cuando tomo la equivocada?

—Cuando el resultado de tu acción sea una catástrofe que no remita en modo alguno.

—Y entonces, ¿qué hago?

—Buscar una determinación más profunda y tratar de ser más fuerte y más listo la próxima vez.

—Hay algo que ahora me da vueltas en la cabeza.

—Cuéntamelo.

—No puedo.

—De acuerdo.

—Dime por qué expurgaste mi expediente.

—No te lo diré.

—Creo que no volveré a sentirme nunca seguro. Siempre andaré buscando algo que tal vez exista o tal vez no.

—Siempre has sido de ese modo.

—¿Hay una manera de escapar de todo esto?

—Para ti o para mí, no. Podemos escapar, pero siempre regresaremos.

(Los Ángeles, 18/4/72 — 30/4/72)

Trabajó en el piso núm. 3. Bajó las persianas, corrió las cortinas y puso el aire acondicionado. Paró todos los relojes. Desconectó el teléfono. Convirtió el día en noche y la noche en día.

Fue un incendio controlado. Vacío su colección de expedientes de los apartamentos Vivian. Puso en cajas todos los expedientes que tenía en el cuarto del centro de la ciudad. Tenía la fórmula líquida de las hierbas y la jeringa. Había escrito fórmulas de los herbolarios. Quema el expediente de tu madre, quema el expediente de Wayne, quema el expediente de tu caso. Construye tus bombas de papel y mide los resultados.

Robó las ganzúas de Dwight Holly. El tungsteno previamente engrasado hacía saltar cualquier cosa. Tenía sus billetes de avión, su vello facial falso, su identificación falsa. Lo tenía todo. Tenía que actuar porque, si no, nadie más lo haría.

Vació las cajas. Las pilas de papel alcanzaban los tres metros. La última que vació fue la del expediente de su caso. El asesinato ocurrió a un latido de distancia. Tenía que haberlo sabido entonces. Se le había ocurrido tarde. Actuó porque, si no, nadie más lo haría.

Salvó las fotos de Joan. Las clavó en la pared del sótano trasero. Colgó su medalla de San Cristóbal del clavo.

Los herbolarios le habían dado unos apuntes. Coció líquidos y llenó cuentagotas con ellos. Echó gotas sobre papel secante. Cotejó las estructuras moleculares. Refinó el efecto quemar las palabras/conservar el papel.

Papel de expedientes ennegrecido, cuajado, ondulado. Texto de expedientes borrado. Olor y vapor pero, de momento, sin humo.

Preparó seis botellas llenas y las protegió envolviéndolas. Metió tres botellas vacías de limpiacristales en la mochila. Compró cuarenta bolsas de malla de lavandería. Las llenó todas de papeles.

Bolas de papel, vainas de papel, cilindros de papel. A la espera de la rociada.

Llenó la botella de limpiacristales núm. 1. Roció la obra de toda su vida, su Partenón de Papel. El líquido cuajó, burbujeó, redujo el texto y lo vaporizó. Despidió un hedor. Le provocó escozor de ojos. Los nidos de papel vibraron. Las redes se rompieron. Fragmentos de papel sin palabras se arremolinaron en el aire.

Crutch se acercó al muro trasero. Las fotos de Joan estaban cubiertas de polvo. Las limpió. Se colgó del cuello el San Cristóbal. Yo te vengaré.

Rendiré honor al gran regalo que eres tú.

Titubeaste y me diste tu bandera para que la guardara. Ahora la portaré por ti.

(Los Ángeles, 1/5/72)

Primero de Mayo.

En Silver Lake Boulevard ondeaban banderas rojas. Entre ellas había pancartas con lemas políticos. NO MÁS GUERRA, ORGULLO NEGRO, DERECHOS DE LA MUJER. Los manifestantes desviaban el tráfico. Los polis cabreados hacían horas extra.

Joan lo contemplaba desde la terraza. Con los prismáticos de Dwight podía verlo de cerca. Reconoció caras de la manifestación por la libertad de los Rosenberg de hacía veinte años.

Pronto se marcharía. La documentación estaba a punto. Empezaría de nuevo como Jane Anne Kurzfeld. Karen estaba preparada para marcharse. No quería comunicarle su apellido. Se comunicarían a través de un servicio de buzón de voz.

Tenía una buena suma de dinero. A Karen le había dado la misma cantidad. Jack administraría el resto.

Los coches evitaban el recorrido de la manifestación. Algunos conductores tocaban el claxon pidiendo la paz. Algunos conductores lanzaban globos llenos de meados y hacían gestos obscenos a los manifestantes.

El chico había desaparecido. La última vez que lo había visto parecía alterado. Karen estuvo de acuerdo con ella. Es persistente y sincrónico. Le dejaremos nuestros papeles.

Joan encendió un cigarrillo, le dio dos caladas y lo apagó. No debería fumar. Aquel cambio en su cuerpo persistía. Sí, estoy segura de que es eso.

(Washington D.C., 1/5/72)

Primero de Mayo.

Banderas rojas y *hippies*, mogollón de pacifistas envejecidos. Muchas pancartas y causas distintas. Polis a caballo como en Chicago en el 68. Nada que ver con aquel baño de sangre.

Unas cuantas escaramuzas, unas cuantas persecuciones, algunas caídas y pisotones. Espectros con máscaras de Nixon.

Se mezcló con la gente. Llevaba una peluca de pelo *hippie*. El bigote y la barba le picaban. La peluca le quedaba torcida. La mochila hasta los topes se sumaba al efecto.

Había llegado en avión dos días antes. Había comprado el billete con un pseudónimo y se había registrado en el hotel del mismo modo. Pasó tres veces por delante de su objetivo. La puerta del sótano parecía inexpugnable. La caja de fusibles del sótano parecía fácil. La ventana del cuarto de la colada estaba siempre entornada.

No había personal de servicio viviendo en el edificio. No había federales aparcados fuera vigilando. No había perros guardianes.

Ella le preguntaría si lo había hecho. Él guiñaría el ojo como Scotty Bennett y diría: «No te lo diré».

Las manifestaciones diurnas se convirtieron en fiestas nocturnas. Se quedó un rato en Lafayette Park. Al otro lado de la calle estaba la Casa Blanca. Él había conseguido que Dick el Tramposo saliera elegido. El franchute había colaborado. Eso había sido un millón de años antes de volverse rojo.

Los *hippies* fumaban hierba y se divertían. Unas cuantas chicas llevaban los pechos al aire. Los polis pasaban por allí de vez en cuando como mera formalidad.

Crutch deambuló hasta Rock Creek Park. El D.C. estaba lleno de gente de orden y renegados. Nadie se fijaba en él.

Llegó a una estación de servicio Texaco y se puso su ropa habitual. Hizo pedazos las prendas y el pelo de camuflaje y los tiró por el retrete. Volvió al parque y encontró un rincón tranquilo. La acción sería a medianoche.

La prensa de Los Ángeles decía que Chick Weiss había muerto de sobredosis. Phil Irwin había callado. Recordó algunas cosas que Joan le había dicho. Esteban Sánchez seguía rondándole en la cabeza.

Hacía una noche de bochorno. Los insectos lo bombardearon. Estaba en un sitio apartado. Al otro lado del parque estallaban fuegos artificiales.

La cuenta atrás resultó interminable. Las manecillas del reloj no avanzaban. Por fin, llegó la medianoche. Se quedó aturdido hasta las 00:03. Entonces, pam, entró en

acción la adrenalina de reserva.

Caminó, deambuló, paseó. Una buena noche, un buen barrio. Soy un buen chico que lleva a casa la ropa de la escuela para que la lave mi mamá.

Ahí está Northwest Thirtieth Place. Ahí está la entrada privada. Ahí está la casa neogeorgiana.

Por la Causa. Sé descarado, sé audaz.

La ventana estaba entornada. Se acercó, se impulsó apoyándose en el alféizar y entró de un salto. Posó los pies en el suelo con ligereza.

Las luces de la planta baja estaban apagadas. La cocina olía a abrillantador de muebles con aroma de limón. Había visto fotos en la revista *Antique Monthly* y había hecho planos de los distintos pisos. Sacó la linterna y se dirigió a la puerta del sótano.

Estaba cerrada. Introdujo una ganzúa del seis e hizo saltar los tambores. El acceso exterior era imposible. El acceso interior resultó fácil.

Bajó los peldaños. Ajustó el haz de la linterna para que fuera más estrecho. El recinto era como su espacio para archivos y el espacio para archivos de Wayne y el laboratorio de Reggie juntos, y mucho más amplio. El sótano medía lo mismo de largo que de ancho. El techo estaba elevado para que cupieran más papeles. Los estantes llegaban más alto que el monte Matterhorn y casi rozaban las nubes.

Tenía cuarenta y cuatro bombas de papel, medidas en sendas mallas y con tapa de rosca. Abrió la bolsa y las fue colocando en las estanterías. Al llegar al fondo de la bolsa vio que su pócima para provocar un ataque al corazón se había derramado. La jeringa estaba aplastada.

Se quedó allí plantado. Un millón de voces decían «cretino, mirón, pariguayo». Se tapó los oídos, pero no las acalló. Las voces lo golpeaban. Se sentó en el suelo y dejó que gritaran hasta cansarse.

Se puso la máscara de gas. Recorrió el sótano corriendo. Abrió las cuarenta y cuatro tapas.

Los vapores se elevaron hacia el techo.

Se formaron nubes de colores.

Las paredes los contuvieron.

El papel se chamuscó, se coaguló, crujió y se carbonizó. Se produjeron pequeñas explosiones. Los estantes de los archivos temblaron. La pintura se desprendió de las paredes. Los vapores cambiaron de color: oscuro/claro, oscuro/claro. Unas motas de papel vaporizadas flotaron en el aire enrarecido.

Crutch subió la escalera y cerró la puerta a su espalda. Se encendió la luz de la cocina. El señor Hoover estaba junto al frigorífico.

Crutch metió la mano en el bolsillo y sacó la esmeralda. El señor Hoover tembló y la miró fijamente.

El brillo era incesante. Hipnotizaba. El resplandor verde aumentó sin parar. El señor Hoover titubeó y babeó. El señor Hoover se llevó la mano al pecho y subió la escalera tambaleante.



(Los Ángeles, 3/5/72)

Fue noticia de portada. Ataque cardíaco, setenta y siete años. Ella no sintió nada. Los obituarios lo alabarían y lo difamarían.

Dwight se lo había arrancado de las manos. Ya no le importaba. Joan aparcó delante de la casa.

El noticiario informaba a todo volumen. Los rayos catódicos se reflejaban en una ventana. El chico llamaba al lugar el «piso núm. 3». El coche trucado del chico no estaba. Ella abrió la puerta con una tarjeta de crédito falsa y se coló dentro.

La sala era un caos. Una brisa arremolinaba restos de papeles. El aire olía muy raro. Las paredes estaban manchadas de carbonilla.

Una pila de revistas de automóviles. Tubos de ensayo y botellas de productos químicos. Notas garabateadas en cuadernos. Una recortada.

Abrió el bolso y sacó la cámara. Se levantó el suéter para mostrarle cómo había cambiado. Sostuvo la cámara lo más lejos que le alcanzó el brazo y tomó la foto.

La instantánea salió al cabo de un minuto. La imagen cobró cohesión. La puso en el alféizar de la ventana delantera.

Tu determinación ha resucitado mi determinación.

No imagino en quién te convertirás.

Agradezco que esto haya ocurrido contigo.

**DOCUMENTO ANEXO: 11/5/72. Extraído del diario guardado en secreto de Karen Sifakis.**

Los Ángeles,  
11 de mayo de 1972

Me marchó. Ésta será la última entrada de este diario. La casa está vendida, el coche ya está cargado. Las niñas están sentadas en el asiento trasero junto con los peluches de Eleanora. No tendré que dar clases nunca más. Los beneficios de un ataque endiabladamente violento me permitirán vivir holgadamente.

De momento, no tengo apellido. Me he resistido a todas las identidades falsas que me han ofrecido. Es un riesgo, pero lo correré agradecida. A su debido tiempo, les contaré a las niñas toda la historia y cómo llegué al apellido Holly.

He cerrado la casa y he echado un vistazo al refugio. Me he asegurado de que todas las puertas del coche tuvieran puesto el seguro. Dina ha hecho pucheros. Eleanora me ha sonreído. He visto la banderita roja pegada al asiento.

He mirado alrededor. Quería verla por última vez o, al menos, oler el humo de su tabaco. Se había marchado. Siempre ha opinado que las despedidas son místicas y presuntivas. Los camaradas han de estar dispuestos a reencontrarse o a perderse para siempre. La fe funciona así.

**AHORA**

La fotografía se ha conservado. La historia se detuvo en ese momento, hace treinta y siete años. La historia se reanudó con el primer fajo de papel.

Han llegado documentos a intervalos irregulares. Siempre llegan anónimamente. He compilado extractos de diarios, transcripciones de historias orales y un mar de expedientes policiales. Izquierdistas y militantes negros de la época me han contado sus historias y me han proporcionado verificación. Las solicitudes de documentos acogiéndome a la ley de Libertad de Información me han servido bien.

Encontré los diarios de Marshall Bowen y Reginald Hazzard. Encontré las libretas de Scotty Bennett. Joaquín Balaguer fue sorprendentemente sincero. La Biblioteca Richard M. Nixon me proporcionó apoyo rutinariamente. La Biblioteca J. Edgar Hoover se resistió. El portavoz de Hoover ha negado repetidamente la quema de expedientes en su sótano y se niega a relacionar el hecho con la muerte de Hoover, esa noche.

Entrevisté a numerosos camaradas de Joan Rosen Klein y Karen Sifakis. Sus recuerdos constituyen una gran contribución a este relato. Se negaron a revelar las nuevas identidades de Joan y de Karen. Mis intentos de sobornarlos y coaccionarlos han fracasado rotundamente.

Mi propia memoria arde en sincronía con todo lo que he descrito. No he olvidado un solo instante de todo ello. Cuarenta mil nuevas páginas de expedientes apuntalan mi recuerdo. Quemé todo mi papel original. Reconstruí todo el papel para poder contaros esta narración.

La mayoría de los que aparecen ha muerto. Sal Mineo fue asesinado en un atraco frustrado. La bebida terminó con Phil Irwin. Tiger Kab quebró. Freddy Otash murió de un ataque cardíaco. Drácula falleció en el 76. Farlan Brown lo siguió un año después. Clyde y Buzz están difuntos. Los Chicos de la mafia han muerto. Mary Beth sigue viva. Reginald Hazzard volvió a Haití. Dana Lund murió en 2004. Jack Leahy se ha esfumado.

Yo era el más joven de todos. Sigo bien de salud. Dirijo una próspera agencia de detectives en Los Ángeles. Mi empresa da escolta a celebridades y verifica historias para revistas del corazón. Soy un invitado frecuente en los programas de escándalos de televisión. Mis empleados utilizan la tecnología más avanzada. Yo saco provecho de sus esfuerzos. Me permiten revivir la historia y continuar mi búsqueda de Joan.

Sé que todavía vive. Sé que Karen y sus hijas siguen vivas y con salud. Ni toda mi pericia de cazador me ha conducido a ellas.

Dios me dio un temperamento inquieto y una disciplina de investigador. Mi indómito espíritu vagabundo se dirige ahora al bien. Busco seres amados perdidos y los devuelvo a casa. Lo hago constante y anónimamente y no cobro por ello. He encontrado a mucha gente y a un buen número de perros perdidos. Este libro encapsula cuatro años y circunscribe muchos actos de magia. Retazos de esa magia han terminado por radicarse en mí. Escucho, miro, entresaco expedientes. Sigo a gente que me lleva a gente y la devuelvo a quienes más los quieren. El proceso

cumple una misión sagrada y me lleva intensamente a Joan.

Ahora tiene ochenta y tres años. Nuestra hija tiene treinta y seis. El instinto me dice que fue niña. Mi madre tiene noventa y cuatro. Todavía me manda una tarjeta y cinco dólares por Navidad.

«Tus alternativas son hacerlo todo o no hacer nada». Así me dijo Joan. He pagado un precio alto y salvaje por vivir la historia. Nunca dejaré de mirar. Rezo porque estas páginas la encuentren y porque no malinterprete mi devoción.

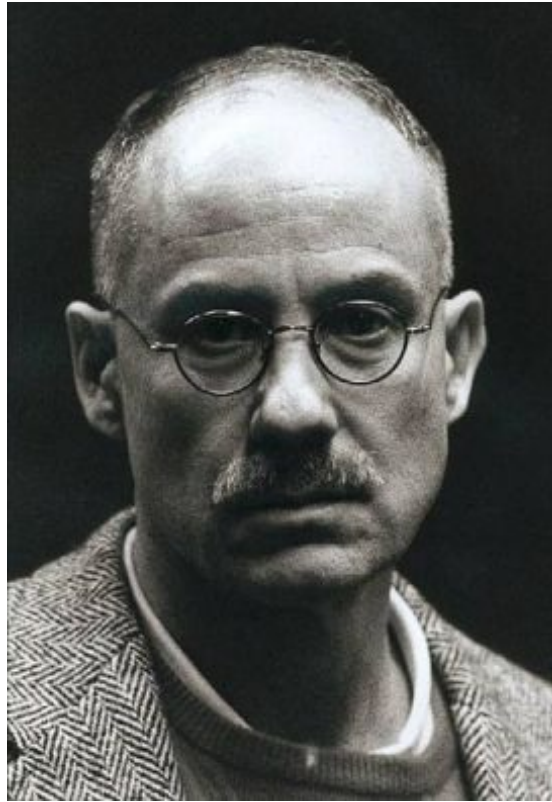
He visitado los puntos calientes revolucionarios del mundo. He estado en Nicaragua, en Granada, en Bosnia, en Ruanda, en Rusia, en Irán y en Irak. He dibujado a Joan y la he envejecido con mi imaginación. Leo periódicos y revistas e investigo sus actos en elipses. Veo mujeres que podrían ser ella y las sigo hasta que su aura se dispersa. He gastado millones de dólares en pagos por información. Me entero de tráfico de armas y de coches bomba y escaneo fotos de ordenador. Tengo un laboratorio lleno de equipo de realce de fotografías. Mis corresponsales me envían material cada día. Yo observo las escenas de multitudes y contengo la respiración a la espera del momento en que aparezca ella.

Su foto. Mi propio gen de la persistencia.

Mis alternativas fluctúan a menudo entre el Entonces y el Ahora. Vivo en este último a regañadientes. Vivo en el primero con rectitud de recién converso.

En Tiger Kab dan una fiesta. Una isla extraña me llama. Persigo a un asesino a un final autoinfligido. Hago amigos y enemigos y vagabundeo a toda velocidad. Tengo esa licencia para robar y esa libertad de acción.

Está siempre ahí. Está siempre desplegándose. Me enseña siempre cosas nuevas. Te entrego este libro y te unjo como mi camarada. Aquí está mi regalo en lugar de una reunión: mi madre perdida, mi hija perdida y Joan, la diosa roja.



JAMES ELLROY (Los Ángeles, 1948). Su ciudad de nacimiento le ha servido como telón de fondo de su narrativa. Es uno de los grandes escritores de novela negra contemporánea, y su trabajo es deudor de la tradición iniciada por Hammett y Chandler. Gracias al crudo retrato que hace de la Norteamérica racista y conservadora, recibe el sobrenombre de «Perro rabioso de las letras norteamericanas». *Time*, *The New York Times* y *Los Angeles Times* han considerado algunas de sus novelas como mejor libro del año. En Ediciones B ha publicado *El gran desierto*, *La Dalia Negra*, *L. A. Confidential* y *Jazz blanco* (novelas que conforman su Cuarteto de Los Ángeles); *Réquiem por Brown*, *Clandestino*, *A causa de la noche*, *Sangre en la luna*, *Ola de crímenes*, *Destino: la morgue*, *Loco por Donna*, *La colina de los suicidas*, *Mis rincones oscuros*, *El asesino de la carretera* y *Noches en Hollywood*. *Seis de los grandes* forma parte de la Trilogía Americana, que inicia *América* y completa *Sangre vagabunda*.